

SG-3  
8-6

B.P. de Soria



61115386  
D-1 1667



139 ✓

**LAS CRIATURAS.**

GRANDIOSO TRATADO DEL HOMBRE.

586.

D-1.  
1667

—•••—  
*Varios Prelados de España han concedido 1500 días de indulgencia á  
todas las publicaciones de la LIBRERÍA RELIGIOSA.*  
—•••—

3  
70

# LAS CRIATURAS.

**GRANDIOSO TRATADO DEL HOMBRE,**

ESCRITO

**POR RAIMUNDO SABUNDE,**

filósofo del siglo XV,

REFUNDIDO Y ADAPTADO PARA LA JUVENTUD DEL SIGLO XIX

POR UN SACERDOTE

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS.

SEGUIDO DE UN TRATADO TITULADO:

ARMAS Á LOS DÉBILES

**PARA VENCER Á LOS FUERTES,**

TRADUCIDO DEL ITALIANO

**POR D.\*\*\***

Posside sapientiam, quia auro  
melior est.

(Prov. XVI).

LIBRE

LIBRERIA RELIGIOSA  
Avenida, 20.  
BARCELONA.

PABLO RIERA,  
MERO 17.

1854.

LAS CRIATURAS.

GRANDIOSO TRATADO DEL HOMBRE

8880

TRATADO

DEL HOMBRE, SALUDE

DEL SIGLO XX.

TRADUCIDO Y ADAPTADO PARA LA REVISTA DEL SIGLO XX

Y SU SEPTIMA

DE LA COMPAÑIA DE

---

*Esta traduccion es propiedad.*

---

DE LAS DEBILIDADES

PARA VENCER A LOS ENFERMOS.

TRADUCCION DEL ITALIANO

POR D. ...

Tratado de medicina, 4.ª ed.

1900

(1.ª ed. 1891)

BARCELONA

LIBRERIA REINOLDA - IMPRESA DE VARGO RIERA

CALLE NUEVA DE SAN FRANCISCO, NUMERO 17

1891



## CENSURA.

---

Por comision del M. Ilre. Sr. D. Ramon de Ezenarro, Pbro., Doctor en Jurisprudencia, Dignidad de esta Santa Iglesia, y Vicario General del Excmo. é Ilmo. Sr. D. José Domingo Costa y Borrás, Obispo de Barcelona, he leído y examinado atentamente el libro intitulado: *Las Criaturas, grandioso tratado del hombre*, compuesto por Raimundo Sabunde. Esta obra, con la cual este sábio filósofo español del siglo XV conduce el hombre al conocimiento del Criador por el conocimiento de las criaturas, es digna de todo elogio por la copia de erudicion, amenidad de estilo, sutileza de pensamientos y fuerza de racionios con que en las criaturas todas, y principalmente en el hombre, descubre impresas las señales del grande Artifice que las formó, y los caractéres de su divinidad, haciéndonos manifiestas las cosas invisibles por medio de las visibles. Tan claras se manifiestan en ella las verdades de nuestra Religion, que léjos de dar lugar á duda alguna, sola su lectura es suficiente para convencer el mas preocupado, y obligarle á confesar que nuestra razon no está en oposicion con la revelacion, sino muy al contrario en la mas perfecta armonia, y que bien distante de ser oprimida y esclavizada por la misma, es por ella grandemente ilustrada y puesta á cubierto de mil errores. Por tanto, no habiendo hallado en ella cosa alguna contraria á nuestros sagrados dogmas y buenas costumbres la juzgo muy digna de ser dada á la pública luz.

Barcelona 26 de noviembre de 1833.

JOSÉ JACINTO CLOTET, *Pbro. y Maestro en sagrada teologia, de la Orden de Predicadores.*

## APROBACION.

---

Barcelona treinta de noviembre de mil ochocientos cincuenta y tres: En vista de la anterior censura, damos nuestra aprobacion para que se imprima esta obra.

DR. EZENARRO, *Vicario General.*



---

---

## BREVE RESEÑA BIOGRÁFICA

DE

## RAIMUNDO SABUNDE.

---

### CARÁCTER Y OBJETO DE LA PRESENTE OBRA.

Son muy escasas las noticias que han llegado hasta nosotros, acerca de las circunstancias de la vida del ilustrado escritor Raimundo Sabunde. No hay apenas dos opiniones conformes entre las varias que han emitido los que de él se han ocupado. Hasta su mismo nombre ha sido objeto de controversia. Se le ha llamado Sabunda, Sebonda ó Sabunde por unos, y por otros Sant-Sebeide ó Sebon.

Todos, sin embargo, están conformes en atribuir á Sabunde un ingenio vivo y penetrante, que él supo cultivar estudiando las bellas artes, la medicina, las sagradas Escrituras y la teología. Fijase su nacimiento en la segunda mitad del siglo XIV habiéndole cabido á la ciudad de Barcelona el honor de ser su patria. Ignórase á punto fijo cuál fue su familia y su estado; pero la circunstancia de haberse dedicado á un mismo tiempo á diversos estudios, hace creer verosímil que ejerciese la medicina, segun unos, y se dedicase, segun otros, á la enseñanza de la filosofía y de la teología. Como quiera que sea, es lo cierto que invitado Sabunde para ocupar una plaza de profesor en la universidad de París, apenas llegó á Tolosa para dirigirse á aquella capital, no se le permitió proseguir su viaje, y tuvo que fijar su residencia en Tolosa, y recibir la investidura del profesorado. En esta ciudad desplegó sus talentos, y se adquirió gran nombradía; y en la misma murió por el año 1432.

Entre sus escritos gozan de especial celebridad los dos siguientes: *La Teología natural*, ó sea *libro de las criaturas*, que fue escrito

en latin semibárbaro, y la obra titulada: *Quaestiones theologicae disputatae*; pero esta última se cree que ha quedado en manuscrito inédito, porque ni aun en la biblioteca del Escorial ha podido hallarse. De la *Teología natural* se hicieron multitud de ediciones sucesivamente en Estrasburgo, donde se hizo la primera en 1496, en París, en los Países Bajos, en Lyon, Venecia, Francfort, Amsterdam, y se publicaron traducciones en todos los idiomas de Europa.

Posteriormente, un sacerdote de la Compañía de Jesús se propuso traducir en su juventud esta obra del latin al italiano, invirtiendo en ello el tiempo transcurrido desde el año 1789 al 1793. En el prólogo de su traduccion expresa en los términos siguientes el modo como desempeñó su trabajo:

«La edad, la continuada meditacion de esta obra y del carácter del siglo actual me dieron á conocer claramente, que no «podria sacar de mi traduccion la utilidad que especialmente pretendo para la juventud, sino dando distinta forma y disposicion «á esta Teología natural, como lo haria, mas acertadamente sin «duda, el mismo Sabunde, si viviera en nuestros tiempos. A este «se deberá siempre el mérito de la obra; porque de él es el plan, «suya es la conexion de las ideas, suyos en la mayor parte los «raciocinios, y suyo es todo cuanto hay de bueno en ella. Yo no «deseo otra cosa que rectificar las ideas de una juventud desviada por las lecciones de tantos maestros de impiedad é irreligion, y que engañada al creer descubrir la naturaleza con toda «la pompa de sus arcanos, y hallar en ella la verdad que anda «buscando, solo encuentra los insensatos y contradictorios sistemas de sus maestros. Léjos de nosotros formar suposiciones que «pueden ser dudosas ó falsas; nosotros no oscureceremos el lenguaje natural y sencillo de los seres creados, sino que desde las «criaturas infimas, cuyo modo de existir es conocido y palpable, «nos remontaremos á los seres superiores; y pasando de grado «en grado, de descubrimiento en descubrimiento, de verdad en «verdad, llegaremos al conocimiento exacto del hombre, y á descubrir cuál sea su origen, su destino y fin.

«De esta suerte veremos que la Religion y la Filosofia, léjos de «estar opuestas entre si, una á otra se dan la mano; y que así «como la Religion es la verdadera Filosofia, la Filosofia sin la «Religion es una verdadera impostura.»

---

---

# LIBRO PRIMERO.

## DE LAS CRIATURAS Y DEL CRIADOR.

---

### CAPÍTULO I.

#### ASPECTO DEL MUNDO FÍSICO.

El hombre, colocado por una mano invisible en esta tierra llena de bienes y maravillas, por instinto natural aspira á ser sábio y feliz. En el mundo todos andan afanosos en busca de la verdad y de la felicidad, pero no están acordes en la eleccion de los medios para alcanzar estos fines deseados con tanto ardor, y con tal ímpetu buscados. Unos se forman á su alrededor un mundo reducido de necesidades, mas allá del cual su vista miope no se extiende cuatro palmos. Entréganse otros á los placeres sensuales, y no descubren felicidad y verdad mas que en las sensaciones físicas y en las torpezas que les hacen iguales á las bestias. Otros, finalmente, teniéndose por mas juiciosos, se dedican de intento á meditar los engañosos libros de los hombres que les han precedido; y á los insensatos antiguos sistemas de verdad y de felicidad dados á luz por aquellos, unen sus propios inventos no menos dotados de insensatez.

Ya que las frivolidades limitan á los primeros dentro un círculo de vanidad; y el desordenado amor á los placeres rebaja á los segundos hasta la condicion de los brutos; ya, en fin, que el orgullo ofusca á los últimos, y que en tanto que todos se lisonjean creyéndose próximos á descubrir la verdad y la felicidad que buscan, ninguno exclama: *estoy satisfecho, la he encontrado*; tomemos nosotros distinto camino; dejemos las necesidades para los hom-

bres frívolos, desterremos los placeres que embrutecen nuestra naturaleza, abatamos el orgullo que tanto se hincha, y fijemos con atención nuestras miradas en el inmenso libro del mundo físico y moral; escuchemos la sencilla voz de las criaturas, andemos sin prevención leyendo, observando y descubriendo lo que hay en realidad, no lo que nuestras pasiones y nuestros falsos juicios quisieran que hubiese.

El hombre conoce y tiene por ciertas muchas verdades: por medio de lo que le es conocido y cierto ha de remontarse á lo desconocido é incierto; por lo fácil á lo difícil, por lo menos noble á lo mas noble, por lo imperfecto á lo perfecto. Así, pues, los seres inferiores y superiores, sea cual fuere su importancia, servirán de introducción al conocimiento del hombre, que siendo el mas digno de estimación, el mas perfecto, se conoce y obra sobre sí mismo. Estudiaremos primero la gradación de todos los seres, despues su naturaleza, sus conexiones y su armonía universal. Harémos luego el parangon entre el hombre y los seres inferiores, en lo que se parece á ellos, y en lo que de ellos se distingue; semejanza y diferencia que nos han de dar la llave principal para entrar en los arcanos del universo, y comprender lo que nos importa tocante al hombre y á Dios. De los seres criados irracionales ascenderémos punto por punto hasta el ser criado racional, y desde el ser criado y racional nos elevarémos al Criador de todos.

Cuatro son los grados generales en la naturaleza, cada uno de los cuales contiene una escala de seres especiales, que nos conduce al siguiente grado general, con el que se encadena y forma el todo.

1 Todo cuanto existe, ó no hace mas que existir sin gozar de vida, sentimiento, inteligencia, raciocinio ni libre albedrío;

2 Ó existe y vive falto de sentimiento, inteligencia y libertad;

3 Ó existe, vive y siente con cierta inteligencia, pero sin raciocinar ni tener libre voluntad;

4 Ó bien, adornado de todas estas cualidades existe, vive, siente, entiende, raciocina y goza de libre albedrío.

Todas las cosas del universo quedan, pues, comprendidas en los grados de ser, vivir, sentir, comprender, entender ó percibir, raciocinar y querer con libertad.

El primer grado reúne multitud de seres, que se semejan entre

si en cuanto solo disfrutan de existencia, como la tierra, el aire, el agua, el fuego, los minerales, los mismos cielos, las estrellas, los planetas, cualquier artefacto, y todo cuanto al presente solo existe, y no vive, como haria si fuese vegetal ó animal. No se impide por esto que entre sí guarden una gradacion y preeminencia secundarias con respecto al objeto para que están destinados.

En el segundo grado se nos presentan todos los seres que existen y viven, pero ni sienten, ni entienden, ni racionan, ni tienen voluntad; tales son las yerbas, las plantas, los árboles, que con razon se llaman vivientes, porque vegetando, y sacando de la tierra sus alimentos, se levantan, serpentean, se dilatan, y en las flores y los frutos engendran á sus semejantes, todo por propia fuerza, por sí mismos, por su naturaleza; lo cual no está concedido á los seres del primer grado. Estos vegetales afectan una multitud de gradaciones entre sí, y nosotros los consideramos como habitantes inmóviles de la tierra, porque su modo de existir los obliga á permanecer fijos siempre en un lugar.

En el tercer grado observamos todo lo que existe, vive, siente y goza de conocimiento, aunque imperfecto; pero ni raciona ni tiene libre albedrío. La vista, el oido, el olfato, el gusto, el tacto y poco mas es cuanto los animales tienen de superior á los vegetales. Pero las gradaciones secundarias son todavía mas palpables en este tercer grado. El tacto es comun á todos los animales; pero algunas especies están privadas de la vista, otras del oido ó del olfato; las mas perfectas, sin embargo, que son en gran número, gozan de todos los sentidos. Nosotros consideramos á los animales como libres habitantes de la tierra, porque hablando en general, no tienen ellos lugar fijo, y toda la tierra se presta á sus correrías. Todos los animales están comprendidos en el ínfimo grado de su escala secundaria, porque todos sienten; pero aquellos que no pasan de él, se aproximan algo á los vegetales, y son los menos notables; los demás que se elevan mucho, merecen mayor atencion; y aquellos, en fin, que mas de él se apartan, son mas aventajados y dignos de consideracion. Pasemos ya al cuarto grado de la gran escala primaria de la naturaleza.

Nos representa este una sola especie que existe, vive, siente, entiende, raciona, y tiene libertad de querer, el hombre, al cual no parece que se le pueda añadir ninguna otra prerogativa natural, pues no hay en la naturaleza otra superior á la de la libertad.

El hombre es racional, y por eso comprende, medita, compara y discurre, y es susceptible de alcanzar singulares conocimientos experimentales de artes, de ciencias, y capaz de toda educacion; el hombre es libre, y siente en lo íntimo de su corazon el sentimiento de su libertad, quiere ó no quiere, consiente ó niega sin necesidad alguna ó violencia; quiere porque quiere, niega porque le place negar.

Y ved ahí sucintamente analizada la naturaleza del universo; observemos ahora algo mas difusamente su órden y belleza, sus relaciones y utilidad.

### § I. — *La tierra y los minerales.*

La tierra es un globo redondo no perfecto, sino algo achatado por los lados, cuyas dimensiones en leguas de España son siete mil sesenta y cuatro de circunferencia, dos mil doscientas ochenta y nueve de diámetro, y cincuenta millones, trescientas treinta y un mil de superficie, con cortas diferencias. La tierra está rodeada por el aire, que encima de ella se extiende á muchas leguas; está penetrada de multitud de partículas de fuego y agua, y cruzada por lagos, rios y por el mar, que ocupa la mayor parte de ella. Contiene en su seno infinidad de objetos dignos de nuestra atencion, que son los minerales divididos en varias clases. Unos, ni son solubles ni maleables como las tierras sencillas, las piedras comunes y las piedras preciosas. Otros, al contrario, son solubles en el agua, como la sal comun, las sales ácidas, y los álcalis. Otros son cuerpos inflamables, como el azufre, las resinas. Por fin, los metales, mercurio, plomo, cobre, hierro, estaño, plata y oro, y muchos otros. Todas estas cosas están á manera de cuantiosos materiales colocados en otros tantos espaciosos almacenes á corta distancia de la superficie de la tierra, lo cual supone el destino que les está señalado de ser extraidos, trabajados, y destinados al uso comun.

### § II. — *Los vegetales.*

La superficie de la tierra se halla cási totalmente cubierta de millones de vegetales, yerbas, plantas, árboles. Empezando por el musgo y el limo, y llegando hasta el cedro y el abeto, se pasa



una multitud de gradaciones y variedades. Con una sola ojeada por un prado ¡qué sorprendente número de yerbas se descubre! Supuesta una pradera de mil pasos de longitud en cuadro solamente, la superficie será de un millon de pasos; demos tan solo diez yerbas á cada paso, que serán por consiguiente ciento para cada paso cuadrado, y por poco que extendamos la vista, podemos asegurar que estamos viendo á la vez cien millones de estos pequeños seres tan maravillosamente organizados. Si de aquí pasamos á las flores, ¡qué multitud, qué variedad de colores, qué diversidad de organizacion, qué distincion entre los olorosos effluvios que esparcen por el aire haciéndolo suave y balsámico! Aunque todo limo, cada hilito del musgo y cualquier yerbecilla sean plantas lo mismo que la mas bella entre las rosas, por constar de iguales partes esenciales; son especialmente dignas de atencion aquellas que acostumbramos á llamar plantas. Lo que principalmente encanta nuestra vista es su diversa configuracion y variedad en el tronco, en las flores y en los frutos. Unas serpentean por el suelo, otras se arriman á los árboles, y otras se sostienen por sí solas; las flores y los frutos distingúense entre sí en la figura, en el color, y en su aroma y sabor. Entre tantos miles de plantas ninguna hay que no tenga su carácter distintivo, sus propiedades, y su modo particular de crecer, de nutrirse y perpetuarse. Compárense las especies mas perfectas con las que lo son menos, y aun cuando entren solo en parangon las diferentes especies de una misma clase, ¡qué novedad de modelos, y qué pasmo para nuestro espíritu!

Tocante á los árboles, nuestros ojos se fijan ante todo en su multitud y variedad. Lo que entre sí les distingue no es solamente la elevacion, ó la medianía de su cuerpo, sino tambien la diversidad que se nota en su manera de crecer, de dar flores y frutos, y la variedad de sus hojas y leños. Unos son delicados y débiles, otros robustos é inmóviles; la encina, por ejemplo, se distingue por su dureza, y el pinabete por su gallarda estatura. Algunos hay de corteza escabrosa y ruda, mientras otros son lisos y pulidos. Cuéntanse rarezas de ciertos árboles del Congo, que vaciados forman con su tronco bajeles que dan cabida á mas de cien personas, y de otros que crecen en la isla de Ceylan, de cuyas hojas basta una sola para resguardar de la lluvia á muchas personas juntas. Tenemos manzanos, cedros y otras clases de árboles, cu-

yas edades se cuentan por siglos. Nos sorprende la pequeñez de las semillas del tilo, del arce y del olmo; y ¿quién creería que de ellas pudiesen salir aquellos desmesurados troncos, cuyas cimas se hundan en las nubes? Y ¿qué dirémos en general de la rara fecundidad de los vegetales, si una sola semilla de un año de cualquier árbol basta para plantar un bosque tal vez, y formar una selva? ¿Si la sola semilla de una yerba ó de una planta es suficiente las mas veces para llenar de yerbas ó de plantas un campo ó una pradera?

### § III. — *Los animales.*

Innumerable cantidad de criaturas vivientes habitan en el aire, en la tierra y en las aguas... ¡qué arte, qué habilidad, qué hermosura, qué conjunto de maravillas se nos descubre á una sola mirada! ¡Qué diversidad de estructura, qué mezcla de colores, qué proporciones y formas! Contemplemos estos seres particularmente.

¡Cuántos millones de insectos que llegan á confundir la imaginación! Insectos en el aire, insectos en el agua, insectos en las piedras, en las plantas, en los animales, insectos hasta entre los demás insectos, número que no tiene expresión, variedad pasmosa de insectos que por todos lados nos rodean. Unos arrastran su cuerpo por el suelo, otros van andando, y otros saltan; estos nadan, aquellos vuelan, y algunos, por fin, casi no se mueven. Toda especie de insectos así reptiles como volátiles está compuesta ó bien de anillos, que se unen y se apartan entre sí, ó de chapas recortadas, que resbalando una encima de otra se mueven, ó bien de dos ó tres partes principales, que se mantienen unidas por una especie de hilo que las enlaza y anuda. Los insectos son pequeños, y su pequeñez hace que se los mire como un desperdicio de la naturaleza; pero observándolos con atención, ¡qué economía, qué maravilloso artificio, qué orden encantador no se deja ver en la disposición de sus sentidos, en los atavíos de su capillo y de su plumaje, en la vivacidad de sus colores! ¡Cuánta sabiduría en armarles de instrumentos ofensivos y defensivos á merced de sus necesidades: trompas, dientes, sierras, agujones y tenazas! ¡Qué admirable la estructura de los miembros, aletas mas ó menos numerosas, vejiguillas para el equilibrio, escamas, envolto-

rios para sus huevos ó para los gérmenes! Unos hilan, otros fabrican telas, otros se sostienen en su propio hilo. ¡Qué orden mas admirable y mútua proteccion no se observa en una colmena, ó en un hormiguero! ¿Hay cosa mas estupenda y maravillosa que las metamórfosis y transformaciones de muchas especies, y los diversos estados en que se nos presentan, ya de gusanos, de ninfas ó de crisálidas, ya bajo la apariencia de reptiles, ya, en fin, á manera de volátiles? Si nos armamos de un instrumento que abulte los objetos, ¡cómo se aumentan la admiracion y el pasmo al vislumbrar con mas perfeccion el número y calidad de sus miembros, y su inexplicable belleza y proporciones! Pero lo que nos sorprende del todo, y nos deja extáticos y mudos, es ese otro nuevo mundo que nos descubre el microscopio. La tierra, el aire, el agua, ciertos licores, las yerbas y flores, las hojas de los árboles, todo está lleno de nuevas especies de pequeñísimas criaturas organizadas como aquellas, y diferentes en sus órganos, miembros y sentidos. Pasemos ahora á los cuadrúpedos.

La naturaleza de los cuadrúpedos, en lo tocante á la vida vegetativa y sensitiva, es casi igual en todas las especies, y tiene mucha analogía con la del hombre. En todos, ó casi todos los cuadrúpedos, observamos una organizacion admirable, mas ó menos semejante en el cerebro, en los pulmones, en el corazon, el estómago, el hígado, el bazo, el páncreas, los riñones, glándulas, intestinos, ojos, oidos, narices y lengua. Encontramos muy parecidos los huesos, cartilagos, músculos, tendones, membranas, nervios, arterias, venas; y lo mismo la sangre, el quilo, la leche, la linfa, el suero, la orina, el esperma, su andar, su cabeza inclinada hácia la tierra, y otras muchas cosas en que se asemejan las especies todas de animales terrestres. Con no menos admiracion notamos en cuántos conceptos varian y se diversifican. Por un lado un aspecto de uniformidad que nos encanta, y por otro un cúmulo de variaciones que nos sorprende. ¡Qué diversidad de magnitud, por ejemplo, entre el topo y el elefante, el cochinitillo de Indias y el rinoceronte! ¡Qué variedad de piel en la marta, el leon, el tigre y el leopardo! Ciertos cuadrúpedos tienen una conformacion particular en sus cabezas, ojos, oidos y cuello; y algunos están armados de uno ó mas cuernos sencillos, ó en forma de ramo. Varian otros en la forma de las piernas y de los piés, en la cualidad del pelo, de las espinas, de las garras. Unos rumian el

alimento despues de haberlo comido, otros se alimentan solo de carne, y otros de vegetales; y los hay, por fin, que lo mismo viven en la tierra que en el agua. Pero lo mas sorprendente, lo mas digno de admiracion consiste en sus instintos, sus astucias, sus industrias; el perro no solamente distingue la voz de su dueño, sino tambien el olor de sus vestidos; parece ser un modelo de fidelidad, y en cierto modo, lo mismo que otros muchos animales, goza de inteligencia, y puede darse á entender. El caballo pica de cierta generosidad. El castor parece un arquitecto que dirige á los operarios en la construccion de sus cabañas. La fuerza de unos tiene por contrapeso la cortedad de otros; distingúense estos por su aire jugueton, aquellos por una mansa docilidad, algunos por una ferocidad indomable, y todos por una solicitud incesante hácia su propagacion y nutricion, hácia su bienestar. Ocupémonos de las aves.

¿No hemos de contar á las aves entre las mas hermosas criaturas del universo? ¿Esos seres que andan y vuelan, habitantes á un tiempo del aire y de la tierra; que atraen nuestras miradas con los vivos colores de sus plumas, y encantan nuestros oidos con sus melodiosos é inimitables conciertos? La estructura de su cuerpo es regular y perfecta hasta en las partes mas pequeñas. Tienen verdaderos huesos lo mismo que los cuadrúpedos; pero están vestidos de un modo totalmente diverso: su cuerpo está cubierto de plumas fijas en la piel, sobrepuestas una á otra, y cuyo artificio es admirable en todas sus partes, así en el cañon como en el tallo y en las barbas. Maravilloso es igualmente el mecanismo de sus alas y cola, y muy bien dispuesto para impeler el aire al subir y bajar, y al sostener el cuerpo en equilibrio. Su cabeza y pico están propiamente fabricados para rasgar y atravesar el aire, para rebuscar en la tierra, en la madera, en el limo, para romper las cubiertas de las semillas de los vegetales, para atrapar los insectos que les sirven de alimento. Tan adecuada es la situacion de sus ojos, y tal la agudeza de su vista, que la mayor parte de ellas abarca de una mirada cási todo un hemisferio, y descubre con exquisita finura cualquier cosa que ocurra á su alrededor. Hasta la conformacion de los piés es tambien notable, y adaptada en unos al uso de sostenerse eneima los árboles, en otros propia para agarrar la presa, y en otros, para mantenerse y andar sobre las aguas. Tanto como se parecen las aves en lo esencial de

su organizacion, varian en la proporcion de sus figuras. ¿Cómo se compara el cuerpecillo del reyezuelo con la gran mole del avestruz? ¿Qué de semejante tienen las modulaciones del pinzon y el grito del ganso? El número de sus especies es cosa sorprendente: los diversos climas nos dan otras aves; las del África y las de la China no tienen en su mayor parte relacion alguna con las de nuestros países. Pero el descubrimiento de la América fue para nosotros el descubrimiento de un nuevo mundo de aves. ¡Qué prodigioso número, qué belleza, qué colorido, qué plumas tan vistosas! El gran reino de los volátiles ha alcanzado desde entonces nuevo esplendor. Sin hacer mencion de su diversa estructura, la viveza de colores de sus plumas llega al extremo. Admirase en unos un rojo tan subido, que nada tiene que envidiar al rubí; en otros un color amarillo, que se parece al de oro; en aquellos un verde esmeralda; en estos un negro luciente como el ébano; y en algunos, unos puntos que brillan lo mismo que diamantes. Mas, no por eso tienen que envidiar las aves de nuestros países las dotes de las de afuera; el solo pavo real ofrece inimitables bellezas; su cabeza no menos briosa que altanera, aquel conjunto de colores, aquel oro y azul de su cola, que con tal dignidad él gira, agruparian á su alrededor multitud de aquellos volátiles para contemplarlo. Pero vamos adelante.

Las aves son ó terrestres, ó acuátiles. De las primeras, unas viven de granos, de frutos, de insectos; otras, de retorcido pico, se alimentan de carnes, fruto de su industria y astucia. Estas aves de rapiña se dividen en unas, que dotadas de atrevida índole cazan de dia; y en otras que, ó por ser menos robustas ó mas villanas, hacen presa de noche. Las aves acuátiles tienen por lo comun el pico largo para buscar su alimento en los lugares pantanosos, la cola corta, las piernas largas y desnudas hasta encima la rodilla, piés palmeados, todo con el fin de procurar mas fácil nado y mas cómoda su accion al sumergirse dentro el agua. Cási todas las aves se gozan en su libertad, y están muy celosas de ella. ¡Cuánto nos deleitan con su misma rusticidad! Tan pronto se nos muestran como huyen, y se ocultan á nuestra vista; algunas van y vuelven, se presentan, y se pavonean á nuestra presencia; brincan y saltean en las ramas de los árboles, y bajando por las rociadas márgenes de los sonoros riachuelos, picotean las aguas, y en ellas agradablemente se recrean. ¡Qué gracioso mo-

vimiento, qué esbelta acción, y qué gentil andar! Otras nos llenan de delicias con sus cantos; y ¡qué diversidad de voces, qué variedad de solfeos, qué deleitables sinfonías! El solo ruiseñor tiene tantos atractivos, tanto brio, tanta gracia y dulzura en su voz, que nos cautiva, nos recrea y nos encanta. Sabe pasar del tono grave al agudo, del fuerte al suave, del risueño al patético, y de los trinos mas animados y graciosos á los mas lánguidos y dolorosos suspiros. ¿No hemos de descubrir en estos una especie de lenguaje con que expresan sus amores, y se avisan del comun peligro? ¿No es bien conocida de los polluelos la voz de la gallina, y no se distingue fácilmente, cuando les llama á alimentarse, y cuando pesarosa los invita á guarecerse bajo sus alas de las garras del milano que se acerca? Y ¿qué dirémos de los nidos, obras maestras de arquitectura? ¿No revelan ellos cuidados y prevenciones para evitar el frio, para garantirlos del agua y resguardarlos de un ojo atrevido ó de una mano alevé? No menos admirable es el paso de las aves de uno á otro clima: todo va en regla, tiempo, modo y fin. Vense á veces tropas de ellas en singular orden á manera de grandes escuadrones; unas van delante, y dejan oír su voz cual una trompa, las mas van reunidas formando como un cuerpo de ejército, y siguen después otras á modo de retaguardia. A una señal todas se abajan, á otra señal vuelven á elevarse... mas no nos detengamos en exceso. Ocupémonos de los peces.

Un nuevo orden de cosas se presenta á nuestra vista. Los rios, las lagunas, los mares, están llenos de habitantes. ¡Prodigiosa multitud de criaturas! Creíamos nosotros que el reino vegetal tenia sus límites en el borde de las aguas; pero no es así. ¡Cuántas nuevas especies de yerbas, árboles y malezas se hallan en los rios, en los lagos y en el mar! Sin tomarnos el trabajo de arrancarlas de su oscuridad, de analizarlas, y de conocer sus cualidades; limitemos nuestras observaciones á los peces, á esos numerosos ejércitos de vivientes, que nos sorprenden con sus nuevas propiedades, con sus variadas formas y sus singulares costumbres, conduciéndonos realmente á un nuevo mundo. Y sin embargo, hasta en el mar guarda la naturaleza cierto orden, cierta relación en el diseño con las demás criaturas. En el mar, como en la tierra, se pasa gradualmente del menor al mayor, de lo menos á lo mas perfecto; y se enlazan todos los seres por medio de una

inmensa cadena que á todos los une y estrecha. La multitud de especies de los peces raya casi en lo infinito; cualquier cálculo que de ellas se forme sale insuficiente, porque sin cesar se descubren otras nuevas. ¿Cuántas clases de peces no habitarán en lo profundo de los mares, inaccesibles á nuestras investigaciones? ¿cuántos en el fondo de los lagos y lagunas al cual el hombre no alcanza? Su estructura y modo de moverse y de propagarse los distinguen de los demás animales. Vemos peces que tienen el cuerpo afilado, sutil, chato por los lados, y agudo por la cabeza, provistos de agallas en el pecho, en la espalda, en la cola y en la cabeza, con cuyo auxilio y de ciertas vejiguillas de aire que en el vientre llevan, suben y bajan, se vuelven á todos lados, y se mueven con lentitud ó presteza segun les place. Se nos presentan otros de cuerpo delgado y largo, ó ancho y corto; otros casi redondos, ó triangulares, ó de caprichosa figura. Muchos de ellos están cubiertos de escamas de varios colores, que les sirven á un tiempo de amparo y de adorno; no tienen huesos, mas en lugar de ellos poseen espinas tan bien distribuidas, conexas y configuradas, que ofrecen un admirable espectáculo al que con atención las observa. El ojo de los peces es tal como á su naturaleza corresponde, y está con mucho arte adecuado á la refracción del agua, que tan diversa es de la del aire; es en los mas llano por defuera, y el humor cristalino es globuloso, y no complanado como el nuestro. Los peces son mudos, y no tienen comunmente voz alguna, si se exceptúa en algunos una especie de silbido. Y no por eso carecen de medios de darse á entender mutuamente, ni están desprovistos de industrias y de artificios. Vense algunas especies provistas de armas: trompas, aletas, puntas, sierras ó espadas. La fecundidad de los peces no puede explicarse, pues son muchísimo mas fecundos que los demás animales de aire y tierra. Hanse encontrado sollos con trescientos mil huevos fecundados; sargos con medio millon, y merluzas con mas de nueve millones. Ciertas especies de peces son vivíparas, como las anguilas, y algunas hay que á poco de haber nacido hormigean graciosamente en el agua. ¡Qué espectáculo, qué prodigiosa multitud de vivientes nos presenta el mar, cuando solamente la multitud de arenques lleva con su pesca inmensas riquezas á todas las naciones! ¡Qué diferencia entre las especies, qué diversidad de formas, de instintos, de cualidades y de naturales atavíos! ¡Qué

enorme distancia desde el pececillo que se agita y juguetea á orillas del mar, hasta la ballena, que semejante á una isla por su magnitud, é inmóvil á veces como un escollo, burla el furor de las olas y de las tempestades! Pero no hacemos mas que andar de maravilla en maravilla. Ved ahí otro género de vivientes en el mar, ó mejor, otras diversas especies pertenecientes á una especie de criaturas dispuestas de un modo extraordinariamente distinto que las precedentes; tales son los crustáceos. ¡Qué estupenda variedad de figuras; qué admirable encanto en los colores! Ostras, cangrejos, carpas, conchas de tantas especies, anchas, largas, cuadradas, redondas, planas, espinosas, rayadas, lisas, acanaladas. Algunos de estos crustáceos viven fuertemente adheridos á escollos y rocas del mar; los mas llevan consigo su concha, y en cualquier parte en que se hallen están en su casa; uno sale al exterior, otro se columpia sobre las olas como un navío, y otro está oculto; aquel va saltando, y este anda lentamente, ó camina por un lado, ó hácia atrás. Causa asombro el considerar tan portentosa diversidad de crustáceos así en sus especies, como en el modo de vivir, de alimentarse, de defenderse y propagarse. Baste con esto, retrocedamos un poco, y volvamos á nuestras anteriores observaciones.

§ IV.—*Anillos intermedios, que enlazan los cuatro grados de la escala natural.*

Aunque hayamos dividido la escala de los seres en unos que no hacen mas que existir, otros que á mas de la existencia disfrutan de la vida vegetativa, otros que á la existencia y á la vida unen la facultad de sentir, y otros, en fin, de índole privilegiada, que además de existir, vivir y sentir, están adornados de inteligencia, y poseen libertad de obrar; hemos expuesto que los seres pasan gradualmente del menos al mas perfecto, del menos noble al mas noble, del mas olvidado al que goza de mas privilegios. Seria una empresa vana intentar hacer tocar de cerca todos estos anillos, y todos y cada uno de estos enlaces. La vida del hombre fuera muy breve para presentar una por una, y analizar las cualidades de todas las especies de los seres creados. Contentémonos observando ciertos grados y eslabones que unen las clases entre sí. ¿Cuáles son aquellas especies de seres, que perteneciendo cla-



ramente á la clase de los que solo existen, tienen, sin embargo, algun rastro de vida vegetativa? Las piedras fibrosas, el amianto, el talco, y otros. Encontramos luego aquellas especies de seres, que contándose claramente en el número de los vegetales, apenas disfrutan del principio de la vida vegetativa; los musgos, el limo, los líquenes. Luego las piedras fibrosas, el amianto, el talco, seres puramente existentes, están enlazados con los ínfimos vegetales, musgos, limo y líquenes. Y ¿cuáles son los vegetales que, al parecer, tienen un principio de vida sensitiva? El tulipan, el girasol, y otras plantas ya llamadas sensitivas. Y ¿qué animales son los que apenas dan señales de sensibilidad? Varias especies de pólipos, las ostras, y otros testáceos que toman comunmente el nombre de zoófitos. Dirémos entonces que el tulipan, el heliótropo y la sensitiva como en poca cosa son menos que las ostras, y que los pólipos y demás zoófitos forman el nudo que ata los vegetales con los animales. Animales hay tambien, que á mas de estar organizados en varias partes á semejanza del hombre, gozan de cierta inteligencia y reflexion; así son el castor, el caballo, el perro y el mono, entre otros. Ahora pues, prescindiendo de algunas atenciones y privilegios exclusivamente propios del hombre, podemos decir que ciertos hombres estúpidos y ciertas almas degradadas vienen á formar este anillo de union, que los eleva muy poco del castor, del caballo, del perro y del mono.

§ V.—*Conexion y armonía de todos los seres entre sí.*

Se desprende de las precedentes observaciones, que todo en la naturaleza está ligado y conexo. Entre tanta variedad de seres, de grados y especies, entre tal desemejanza de cosas, y en tanta antipatía ó contrariedad, reina admirable órden; hay unidad de objeto. El agua, por ejemplo, tan enemiga del fuego, no puede estar sin él, ó de otra manera se convierte en hielo, y pierde su actividad y virtud. El aire, la tierra, el fuego, se prestan mútua ayuda. Los minerales en medio de sus diferencias tienen tambien analogías; y las varias especies de tierras, las resinas, el aire, el agua y el fuego concurren de consuno en la produccion y crecimiento de los vegetales; estos y aquellos parece que están destinados en provecho de los animales; y los vegetales junto con estos se juntan para el bien del hombre. Hay, á mas, tantos lazos y

relaciones de los seres entre sí, que en la incesante actividad de la naturaleza admiramos un perenne círculo de hechos, que consiste en dar y recibir, volver y tomar de nuevo. Aparece una generacion á tiempo que se acaba otra. Millares de cuerpos de hombres y de bestias se reducen cada dia á polvo, volviendo á la tierra el barro de que estaban formados, y las partes húmedas, ígneas, nitrosas y oleosas al aire, que á su vez las vuelve al fuego, al agua, á la vegetacion de las plantas, de los árboles y yerbas, que luego concurren de por junto á la formacion y sustento de otros vegetales, animales y cuerpo del hombre, los cuales, de la misma suerte, al disolverse lo restituyen todo á los seres y á las especies que inmediatamente vienen á poblar y embellecer la tierra. Á pesar de tan grande variedad y del continuo choque de tantas leyes de la naturaleza, todo queda en orden y en imperturbable regla; todo descubre el mas maravilloso artificio, la mas juiciosa y mejor entendida armonia.

§ VI. — *Parangon del hombre con los tres grados á él inferiores en la escala natural.*

Conocidas ya las mútuas relaciones de los cuatro grados generales de la escala de la naturaleza, volvamos nuestra vista por un momento hácia el hombre.

El hombre está dotado de todas las perfecciones de los seres hasta aquí enumerados. Existe como los elementos, que en sí contiene, sin los cuales no pudiera vivir ni conservar su propia individualidad un solo instante. Igualmente en razon de su ser conviene con todo lo que no pasa de la sola existencia.

El hombre vive, se alimenta, crece y se propaga, como viven, se nutren, crecen y se propagan las yerbas, las plantas y los árboles, y no hay en esto mas diferencia que la manera de hacerlo.

El hombre ve, oye, saborea, tiene olfato y tacto, está en vela, duerme, come y bebe como los demás animales; hé ahí, pues, como conviene con ellos por las mas estrechas relaciones de semejanza, ya que el modo de ver, de oír, de alimentarse y de producir á sus semejantes, con cortas excepciones, es igual al de aquellos. Luego el hombre está dotado de las perfecciones y cualidades de todos los grados de seres inferiores á él.

El hombre se distingue de los demás seres, no por defecto de sus cualidades y dotes, sino por una superioridad de prerogati-

vas, que le dan distincion y privilegio. Su razon y perfectibilidad, la elevacion de sus deseos, y su libre voluntad lo levantan á gran altura, y hacen de él el soberano de la tierra.

§ VII. — *Contemplacion del cielo.*

¿Podemos creer, ya que hemos analizado, aunque rápidamente, la naturaleza del universo, podemos acaso lisonjearnos de haber dirigido nuestra vista á todas partes, y de haber en todas fijado nuestra inteligencia? No por cierto; no hemos hecho mas que dar una rápida ojeada, observando casi en confuso los varios seres que mas de cerca nos rodean. Levantemos nuestros ojos al cielo. ¡Qué inmensos espacios nos falta que recorrer! ¿De qué naturaleza es el vivo esplendor de esa bóveda de zafiro? ¿Cuál es la extension de ese firmamento que nos sorprende y encanta? ¿Dónde están las columnas en que él descansa y se sustenta? Y ¿qué diremos de esas brillantes antorchas, que esparcidas á millares alumbran sus espacios, y ofrecen á nuestra vista una imponente majestad? ¿Hay sobre la tierra cosa semejante? El sol, este astro mas de cuatrocientas mil veces mayor que la tierra, y que desde tal altura derrama sus influencias, y las envia hasta las entrañas de esta, que da vida, movimiento y fecundidad á los vegetales, y contribuye tanto á la formacion y conservacion de los animales, que despierta de su letargo á los habitantes del mundo, y lo pone todo en actividad, y todo lo llena de calor y de luz; el sol... ¡Ah! Por firmes y brillantes que sean nuestros ojos no sufren por el mas breve instante los fulgurantes rayos del sol. La tierra, que en su presencia es tan pequeña, no es la única á quien él concede su benéfico influjo; tiene sujetos á su esfera globos menores, iguales ó de mas magnitud que ella; Mercurio, Vénus, Marte, Vesta, Ceres, Palas, Juno, Júpiter, Saturno, Urano<sup>1</sup>, que giran en torno á él participando de sus resplandores, de su influencia y beneficios. ¡Cuán distinguido cortejo! Si las pequenezas de los hom-

<sup>1</sup> Los astrónomos reconocen en el dia once planetas primarios: Mercurio, Vénus, Tierra, Marte, Vesta, Ceres, Palas, Juno, Júpiter, Saturno, Urano y veinte secundarios ó sean lunas ó satélites, es á saber: el nuestro, los cuatro de Júpiter, los siete de Saturno, los dos anillos del mismo, y los seis satélites de Urano. Urano fue descubierto por Herschel en marzo de 1781. El Padre teatino Piazzi descubrió á Ceres en 1.º de enero de 1801. Olbers descubrió á Palas

bres admitieran la majestad del parangon, diríamos que es como un gran emperador seguido de una turba de reyes acompañados á su vez de otros príncipes, todos subordinados al grande imperio. Saturno, mil veces mayor que la Tierra, lleva consigo en su movimiento regular en derredor del Sol, á mas de los dos grandes anillos siete planetas de segundo orden, que de continuo se revuelven á su alrededor; Júpiter tiene cuatro, la Tierra uno, Urano seis. ¡Qué magnífica escena, qué soberbio teatro, cuán grande espectáculo! Y ¿qué dirémos de los cometas, de su número, de sus asombrosas proyecciones, tan próximas á veces del sol, y á veces tan lejanas? Mas ¿llegan aquí, por ventura, los confines del universo? No por cierto. A un inmenso espacio mas allá de Saturno está la region de las estrellas fijas, de las cuales la mas cercana dista de la tierra veinte y siete mil cuatrocientas veces lo que dista el sol, siendo la distancia de este de nuestro globo, cuando se halla mas apartado de él, de 22,000 semidiámetros de la tierra. Y ¿cuántos globos mas á los que nuestra vista no puede alcanzar no existen tal vez en el inmensurable espacio que se extiende mas allá de Saturno y de las estrellas fijas? Conocemos muy imperfectamente la distancia que nos separa de las estrellas fijas. Los astrónomos de mas renombre han asegurado que la mayor y mas luminosa, y por tanto mas cercana de ellas, llamada Sirio, dista de nosotros cerca de 700,000,000,000 de leguas; y de aquí puede sacarse por cálculo de proporcion que para alcanzarla una bala de cañon con toda su velocidad emplearia setecientos mil años <sup>1</sup>.

en marzo de 1802. Harding descubrió á Juno en setiembre de 1804. Olbers descubrió á Vesta en marzo de 1807 (\*).

<sup>1</sup> El Sol distante de nosotros treinta y seis millones de leguas, dice Euler, derrama sus rayos sobre nuestra atmósfera, y tarda en hacerlos llegar á ella ocho minutos. Los rayos de las estrellas fijas necesitan en proporcion cerca seis años, por lo cual Adan no las veria sino hasta despues de ese tiempo. Para que nosotros llegáramos á oír el ruido de un cañonazo disparado en la mas inmediata de las estrellas fijas deberian pasar cinco millones y cuatrocientos mil años. (*Carta de Euler á una princesa de Alemania*, ediciones de Petersburgo y Francfort, 1768 y 1774. Véase *Anal. Liter.* 1805, tomo III).

(\*) Desde esa época hasta nuestros dias se han descubierto cuatro planetas mas, tres menores y uno mayor, que son los siguientes: Astrea, que lo descubrió Héncke el dia 8 de diciembre de 1843; Neptuno, hallado por Mr. Leverrier el 23 de setiembre de 1846, y es el mayor; Hebé, descubierto por Héncke en 1.º de julio de 1847, y finalmente Iris, que lo encontró Hind en 13 de agosto de 1847. Hací muy poco que se anunció el descubrimiento de un anillo y dos satélites de Neptuno. (*Nota del Traductor*).

¿Cuál será el número de estas estrellas fijas, que son á manera de otros tantos soles, y cuál la multitud de los globos secundarios que de cada una de ellas reciben sus resplandores é influencias? Nuestra imaginacion sucumbe ante la enormidad de este supuesto cálculo. El considerar tan solo que aquella larga via de pálida luz que descubrimos se ha encontrado no ser mas que un prodigioso conjunto de estrellas, cuyos confusos rayos dan aquella luz y forman aquella suerte de blanca nubecilla, nos colma de admiracion y asombro. La distancia que de nosotros las separa es muy grande; los telescopios mas comunes hacen ver que su número es increíble. En diciembre nos hallamos á 160.000,000 de leguas mas cercanos á ellas que en el mes de junio, y sin embargo á causa de su enorme lejanía no vemos notable aumento en su magnitud. Si estas son probablemente otros tantos soles, ¡cuán prodigioso y estupendo número de órbitas se acercan en los inmensos reinos del espacio universal! Si nuestra tierra, que en presencia de todo lo criado solo aparece como un garbanzo, alberga tantas especies de seres, tan estupendas maravillas, y en tal número, que ni aun puede observarse una milésima parte de ellas en la mas prolongada vida de un hombre, ¿cuáles y cuántas serán las cosas, cuántos los seres, cuánta la ostentacion de magnificencia que se hallarán en aquellos cielos y estrellas, en aquel espacio inmensurable? Nuestra mente queda sorprendida, encantada, absorta en un inexplicable éxtasis de maravillas y de estupor, y se dice á sí misma: ¿cómo existen estas cosas? ¿Quién las ha hecho? Pero no nos es dado pasar mas adelante; somos sobrado pequeños, limitados en exceso, estamos á demasiada distancia para pretender analizar lá magnificencia de los cielos, y sacar deducciones. Volvamos á la tierra; y por la contemplacion de los seres terrestres podremos sin duda alguna conocer mejor las cualidades de los celestes.

## CAPÍTULO II.

### DEL CRIADOR DE TODAS LAS COSAS.

#### § I. — *Del Ser increado.*

No descubrimos en toda la tierra cosa alguna que no sea susceptible de division ó de cambios en su estado; antes bien observamos que todo se despliega por grados, y se renueva. No hay ser alguno que pueda decir *siempre he existido y existiré*; ninguno que pueda lisonjearse de haber criado las cosas que lo rodean, y de las que se sirve. A mas, se nos presenta muy claro que ninguna de las innumerables especies de seres terrestres, inclusa la especie humana, existe de un modo necesario, ni creemos en la imposibilidad de su no existencia, siendo fácil de comprender que una revuelta entre los hombres ó una combinacion de circunstancias pudiese acabar con cualquiera de ellas; así como fácilmente concebimos que una peste universal, ú otro accidente parecido, puede acarrear la pérdida de todo el género humano. No hay, pues, en la tierra ser alguno ó especie de existencia necesaria, y cuya no existencia sea inconcebible; de aquí es que ninguna contiene en sí la razon de su propia existencia; porque si de ese don disfrutara, sería eterna, inmutable é independiente, y no temeria la accion de un ser extraño que la destruyese; y como no es así, segun hemos demostrado, es necesario que exista un ser que á mas de tener en sí la razon de su propia existencia eterna, inmutable, independiente, posea la virtud y poder eterno <sup>1</sup> de dar la existencia

<sup>1</sup> Algun ser ha de existir necesariamente *ab aeterno*, porque si no existiese cosa alguna *ab aeterno* no podrian existir las que vemos que existen en el tiempo; es así que estas existen; luego ha de haber un ser existente *ab aeterno*. Del no ser al ser hay una distancia infinita. Si la nada hubiese sido *ab aeterno*, nada hubiera pasado al ser, porque como la nada no da nada, habríase quedado nada para siempre.

Para eludir la fuerza de este raciocinio, ó no sentir su peso, que eficazmente abate á cualquier ateo, se recurre al miserable subterfugio de que el mundo, ó sea el universo, existe *ab aeterno*. Mas, en vano se esfuerza el hombre en trastornar su razon ó en cegarse. Si el universo existiera *ab aeterno*, debería ser

á los demás seres distintos de su ser. Tal es, pues, el Ser necesario, tal la causa primaria de todas las cosas que existen ó existir pueden, y su no existencia es inconcebible, como lo son tantos efectos sin causa.

## § II. — Ordenador supremo.

Hemos manifestado poco hace (*Cap. I, § V*), que todo está armonizado en la naturaleza, que todos los seres están entre sí enlazados, y sometidos á un bellissimo orden. Cuanto mas profundamente nos internamos en las mútuas relaciones de estos seres, tanto mas nos admiran en ellos su union, sus vínculos y armonía; y allí donde tal vez nuestra vaga atencion nos hizo ver ciertas aparentes incoherencias y parciales desórdenes, alcanzamos un orden de relaciones tanto mas bello cuanto mas oculto. Existe, pues, en la naturaleza un orden de cosas, y nosotros vemos muy claro que él no está en la esencia propia de las cosas, sino que estas, ó dígase los seres, son distintos del orden, y el orden distinto de los seres que están sumisos á él, al modo que el plan general de una gran fábrica es distinto é independiente de los materiales que la componen; de suerte, que el orden ha de preceder á la disposición de las cosas; así como en la mente del artifice ha de existir el diseño de la fábrica antes que esta se construya; es, pues, consiguiente que, hallándose en la naturaleza todas las cosas ordenadas, ha de haber preexistido un Ordenador que las haya dispuesto y encerrado á cada una dentro sus límites, á favor de un absoluto poder sobre todas ellas. Él es, por lo tanto, el que reduce y limita los seres del primer grado de la escala natural á la sola existencia; Él quien ha señalado sus límites á las plantas y á los árboles, é impedídoles que pasaran del fijado circulo circunscrito á la sola vegetacion; Él quien levantó á los animales sobre las plantas, dándoles facultad de sentir, ó poco mas; Él es quien puso al hombre superior á los árboles y animales, dotándolo, como adelante veremos, de una vasta inteligencia y de una

inmutable en su esencia, é independiente: no es inmutable, como hemos demostrado; no es independiente, como en el siguiente párrafo demostraremos; luego el universo no puede existir *ab aeterno*. Luego ha de haber un Ser eterno, inmutable, independiente, que tenga en sí inefable fuerza, un poder incomprendible de crear de la nada, y de dar la existencia á seres distintos de su ser.

perfecta libertad; Él mismo subordinó á los planetas y á las estrellas á sus recíprocas distancias; Él el que quiso y quiere que todas las especies de seres queden inmutablemente en sus respectivos límites, y que todo esté sumiso, no ya á un orden caprichoso, sino á aquel orden especial que á Él plugo señalar en su existencia eterna <sup>1</sup>.

### § III. — *Motor universal.*

En la naturaleza todo se halla en actividad, todo está en movimiento. Desde la yerbecilla del campo, que con fuerza saca los jugos nutritivos de la tierra, los separa, se los adapta, los filtra, y los muda en sustancia propia, hasta el cedro del Líbano que hunde sus raíces y se sirve de la tierra, del aire, del agua, del calor para nutrirse, crecer y propagarse en sus semillas y frutos, irguiendo su cima hasta luchar con los vientos, todos los vegetales están en un sorprendente movimiento análogo y regular. Desde el mas pequeño insecto hasta el mayor de los elefantes, desde el pececillo hasta la ballena, del reyezuelo hasta el águila, encontramos en los cuerpos de todos los animales, incluso el hombre, diversa disposicion y regla, otro orden de movimientos proporcionado y admirable. Si alzamos los ojos hácia los soberbios luminares que dan resplandor á los cielos, si nos extendemos en reflexiones acerca esas antorchas admirables, con sin igual asombro descubrimos nuevas cualidades, nueva regla y otro orden de movimientos, y estupefactos y atónitos nos decimos: ¿quién dió á esos

<sup>1</sup> Si todo lo que existe está dispuesto de suerte que no pasa mas allá de los límites que tiene marcados, si acaso existiera por sí mismo, á sí mismo se habria puesto límites; esto es imposible; luego no es posible que un ser exista por su propia virtud. Si existe por sí mismo, no necesitó que ser alguno le diese la existencia, y por lo mismo no reconoce á ninguno que pueda limitársela; pero está limitado; luego él puso trabas á sus propias perfecciones; mas es imposible que un ser se señale libremente límites á sí mismo, porque esto es empeorar de condicion. (Y ¿quién será el que siendo libre é independiente quiera sujetarse, hacerse dependiente, inferior y ligado?) Es por lo mismo evidente, que otro ser lo limitó y puso sujeto al orden del universo; pero esta accion no puede tener su fuerza sino sobre un ser dependiente, y esta dependencia no puede nacer en los naturales principios, sino por la creacion. Siendo, pues, cierto que el universo está sujeto á límites y al orden, fue por lo tanto dependiente; si es dependiente, fue criado, y siendo criado, ya no existe por sí mismo, ni á sí mismo se impuso límites.



inmensos globos del cielo su movimiento incesante é inexplicable rapidez, sus fuerzas centripeta y centrífuga, sus periodos, sus declinaciones? ¿No es verdad que aquellas enormes masas, aquellas moles desmesuradas que pueblan los cielos y ruedan en el vacío del espacio, parece que, abandonadas á sí mismas, nada las sostenga ni las fije? ¿Cómo corren con espantosa velocidad, y cada una de ellas sigue como al acaso su ruta, y sin embargo encadenadas todas en su curso por invisible poder, guardan invariablemente los límites señalados y las relaciones que constituyen el conjunto del universo! Podemos concebir la materia sin movimiento; por lo tanto el movimiento no es materia, ni la existencia de la materia lleva por condicion el movimiento<sup>1</sup>. Todo está dispuesto y ordenado con admirable fuerza, robustez y elegancia; y se hallan perfectamente conexas y en estupenda armonía establecidas las innumerables moles y ruedas de la gran máquina del universo. Pero ¿quién ha movido el péndulo, si así me es lícito expresarme, quién ha movido el péndulo de tan magnífico y complicado reloj? Estaria todo, es cierto, en admirable ajuste y arreglada disposicion; pero sin este poderoso impulso quedaria para siempre en quietud é inercia. Un Motor supremo, tocando con su mano vivificadora un punto solo de esta universalidad de cosas, todo lo ha puesto en movimiento, actividad y energia. Los seres todos, este hácia lo alto, aquel hácia lo bajo; este hácia la derecha, aquel hácia la izquierda, enlazándose unos con otros, atrayéndose y repeliéndose, comunicándose acciones ó fuerzas mas ó menos activas, segun sus necesidades y tendencias, vivifican la naturaleza, la conservan, y en cierto modo la renuevan á favor de tantas y tan grandes metamórfosis. ¿A quién mas podrá en razon atribuirse este impulso omnipotente sino es á aquel Ser supremo y escondido que á nadie debe la existencia, que con tal maestría creó todas las cosas, y con tanta ciencia las dispuso?

<sup>1</sup> Aunque alguno se obstinase en sostener, que el movimiento es una cualidad inherente y esencial á la materia, no por eso perderia su valor nuestro argumento sobre la necesidad de un Motor supremo. Pues aunque diésemos de gracia, lo que no harémos, que el movimiento en general fuese cualidad inherente á la materia, queda siempre en pié que la materia por sí sola es indiferente para tomar una especie ú otra de movimiento. De suerte que tenemos siempre el derecho de preguntar: ¿quién dió á los seres materiales esta especial direccion de movimiento y no otra, quién fijó el grado y estableció el objeto de ese movimiento?

§ IV. — *Inteligente previsor.*

Volviendo á la contemplacion de la naturaleza, se nos manifiesta claramente que existen muchos seres en su actualidad perfectos, pero que suponen la existencia de otros seres separados y distintos por su propio modo de existir. Internándonos mas, descubrimos que muchas cosas existen, no precisamente para el tiempo actual, sino para otro tiempo que ha de sobrevenirles; y de esto con sobrada razon deducimos que el que ha criado, dispuesto y dado impulso á todos los seres del universo no es una potencia ciega, sino una Inteligencia sublime y providencial.

Si nos propusiésemos hacer un exacto análisis de las numerosas y complicadas relaciones de los seres, y de esta altísima é infalible prevision, quedaria nuestra mente embargada de un dulce encanto; pero fuera harto breve la vida de un hombre para alcanzar este fin. Contentémonos, pues, con echar un vuelo, y sin detencion pasemos al descubrimiento de otras verdades mas útiles y necesarias <sup>1</sup>. ¿De qué servirían, por ejemplo, las raíces y las barbas de las yerbas y plantas, si no hubiese en la tierra humores homogéneos que atraer? ¿Por qué las flores de la adormidera y de otras plantas, cuando ya maduras y pesadas, se levantan y vuelven hácia el sol, y antes en su estado de imperfeccion estaban encorvadas, sino por la humedad que tan temida es de su delicadeza? ¿Por qué la cebolla dobla sus vestidos, si el cercano invierno ha de ser mas riguroso de lo que suele?

Pasando al reino animal hallamos que cada individuo de un sexo, aunque en su género sea perfecto y distinto, supone y necesita otro individuo de la misma especie, pero de diverso sexo. Es evidente que las alas de las aves están en estrecha relacion con el aire, y las aletas de los peces con el agua; el bello é industrioso destino de las alas y aletas supone respectivamente la existencia del aire y del agua. Así pues ¿de qué serviría la membrana palmípeda de los ánades si no hubiera agua donde nadar? Y el pico de las granívoras, las garras de los falcones ¿en qué se emplearían á no haber granos que desmenuzar y animales que desgarrar? Ciertamente que la conformacion de estos picos y garras supone la existencia simultánea de cierta especie de granos y razas de animales. Las lenguas redondeadas y largas de los picoverdes que

<sup>1</sup> Véase la *Teolog. Natur.* de Guillermo Paley. Lóndres, 1803.

se extienden encima la corteza de los árboles para cebar á los insectos, y en especial á las hormigas, fueran inútiles en su organización, como no hubiese insectos ni hormigas. Notámos que la abeja lleva una trompa dispuesta para chupar la miel del cáliz de las flores; pues esta trompa tan bien conformada supone la coexistencia de tantas especies de flores que contienen un jugo tan delicioso. Con solo dirigirnos superficialmente hácia la estructura del cuerpo humano, ¡cuántas cosas admirables, cuántas sábias disposiciones se nos descubren en confuso! ¡Cuántas relaciones no hay entre la estructura del ojo y la luz, la elasticidad del aire y la conformacion del oído! Un niño recién nacido no podría mamar y respirar á no estar provisto de otro conducto para el aire, las narices. Hasta este accidente está previsto. Todas las partes de la boca están acabadas y perfectas, pero los dientes no aparecen hasta la época necesaria, porque si antes se desarrollaran serian obstáculo para la lactacion. Antes del nacimiento los ojos están ya completamente formados, aunque inútiles en aquella oscuridad; hay, pues, una prevision de que los ojos han de mudar de lugar en época que todavía no ha llegado, han de pasar á un estado que todavía no existe, cuyo estado supone la luz y sus análogas operaciones. ¿Qué dirémos de los pulmones tan inútiles y fuera de lugar antes de ver la luz el niño? Son lo mismo que un fuelle en el fondo del mar, sin relacion alguna con cuanto los rodea, formados para otro elemento y para otro estado: como una máquina en el almacen, privada de todo ser hasta el oportuno momento. Esto prueba que el Artífice ha previsto este momento. ¡Oh Inteligencia sapientísima, eterna, inmutable y llena de poder! ¡Oh sublime Geómetra! ¿Quién eres, cuál es tu esencia, cuáles y cuántos son tus atributos, y tu nombre cuál es?

§ V. — *Infinito en todas sus perfecciones, único en su esencia.*

¿Acaso no tendrá expresion la Fuente universal de donde procede todo ser, y nos emana todo bien? ¿No será dado á la voz humana publicar el nombre de Aquel que la creó? Calla la naturaleza, y con su silencio nos muestra que el nombre del Criador universal no puede expresarse. Formémos, pues, uno para nuestro uso: será Dios. Pero ¿qué viene á ser este Dios? Despues de haberlo conocido como á Ser supremo y existente por sí, creador, ordenador, motor y previsor inteligente, señor por esencia

de todo lo criado, ¿podremos engrandecerlo y apagar nuestra curiosidad, tan útil, tan necesaria? Mas, ¿de qué modo, por qué lado hemos de empezar nuestro escrutinio, y á quién nos dirigimos con semejante fin? Internémonos en nosotros mismos, ya que no es posible que hallemos un testimonio mas irrefragable que nuestra propia naturaleza. Yo me digo á mí mismo: yo pienso, yo conozco, yo comprendo; pero yo no puedo pensar, conocer ni comprender mas de lo que piense, conozca y comprenda Dios, porque todo pensamiento, todo conocimiento é idea me viene de Dios, pues no tengo cosa alguna mia, ni aun la existencia, segun anteriormente lo hemos manifestado; pero así como Dios no puede darme mas de lo que él tiene en sí, es consiguiente que tendrá cuando menos pensamientos, conocimientos é ideas tan superiores como yo. A mí no me es posible comprender el menor grado de belleza, de valor, de perfeccion, que no esté en Dios; porque si yo pudiese conocer alguna cosa, que en algun modo no existiese en Dios, esta mi inteligencia ó conocimiento no tendría la razon suficiente de su propia existencia, y seria un efecto sin causa, y yo en algunos puntos seria mayor que Dios, lo cual es un absurdo, como hemos demostrado en los precedentes párrafos. Mas, yo puedo centuplicar en extension y superioridad mis pensamientos, conocimientos é ideas, luego este centuplo está en Dios. Yo me adelanto y digo: no solo puedo concebir la existencia de un sorprendente número de bellezas y dotes con mi inteligencia, sino que hasta puedo desear con la voluntad que la existencia suprema de Dios sea infinita en todas las perfecciones posibles, é infinitamente superior á la pequeñez de mis ideas y á la comprension de todos los seres criados. Esta clara concepcion mia, este deseo extenso é infinito me da idea de Dios; porque si Dios no fuese tan grande y tan perfecto, cual yo lo concibo y lo deseo, mi comprension y mi deseo serian mayores y mejores que Dios, lo cual no es posible.

Dios es, pues, el conjunto de todas las perfecciones imaginables, y hasta de todas las que no pueden imaginarse, pero que son posibles. No hay sobre él cosa mejor, mas bella, mas sublime y perfecta, como que es el origen, fuente y *sustancia* de todo lo bello y perfecto posible. Digo la *sustancia* ó sea *esencia*, porque nada accidental puede haber en la esencia divina, siendo ella, como hemos demostrado, necesariamente existente por sí, eterna é in-

mutable, todo lo cual no lo sería si contuviese algo de accidental, como se contiene en el hombre, que por no ser inmutable, es susceptible de aumento y disminucion. Por lo tanto, Dios es toda sustancia, todo esencia; mas si esta sustancia estuviera compuesta de varias partes (sobre que esta composicion supone un anterior y primer actor, que no puede suponerse), esta composicion sería distinta extrínsecamente de la sustancia divina, ni la composicion sería la sustancia, ni esta la composicion, y habría en Dios dos cosas diversas, de las cuales una no tendría la razon suficiente de su existencia, lo cual es imposible. Ahora, pues, no pudiendo la sustancia, ó sea esencia de Dios, estar compuesta de partes, viene por consecuencia que Dios es un ser único y sencillísimo, y que cuanto nosotros digamos de Dios, y cuanto podamos atribuirle no es mas que una cosa sola é individual, á la cual damos el nombre de sustancia ó sea Esencia divina, y que en Dios todo es uno, y uno es todo; y si nosotros distinguimos los divinos atributos, no es porque en realidad sean distintos, sino porque distintos son y diversos los benéficos dones de este todo, de este Criador universal hácia las criaturas. Ved ahí el postrer esfuerzo de nuestra razon, que se confunde ya, se ofusca y se pierde en lo inmenso de las divinas perfecciones.

De esta suerte conocemos infaliblemente que Dios es aquel Ser supremo y existente por sí, fuente original de toda criatura y todo bien, Criador universal, Ordenador inteligente, sábio Motor, Previsor eterno, inmutable en su esencia, infinito en sus propiedades, el cual, aunque sea el conjunto de todas las perfecciones, es único en su naturaleza, y sencillísimo en su sustancia.

§ VI. — *Incomprensible en la totalidad de su esencia.*

Dios en la totalidad de su esencia debe ser incomprensible para toda mente criada, porque si una criatura pudiese comprender ó conocer á Dios en su totalidad, la criatura sería infinita en esta comprension, por serlo Dios en su naturaleza; no sería ya criatura, porque es esencial á esta el ser limitada y finita; y quedarían así rotos los lazos entre la criatura y el Criador, haciéndose ella en cierto modo infinita como el Criador. Dios, pues, es el único capaz de conocerse y comprenderse á sí mismo. Feliz desde la eternidad en su esencia increada, se deleita y goza de todo bien en sí mismo sin necesidad de nadie; se conoce y se ama, y solo

con el fin de difundir los efectos de su amor, sacó de la nada millones de seres para hacerlos felices, y prodigarles beneficios, á cada uno segun su naturaleza. ¿Qué dirémos, pues, de Dios, si es incomprendible é inmenso? ¿Qué palabras usarámos para no balbucear del todo? Y ¿qué esfuerzos emplearámos para hacer que hiéra nuestros ojos un rayo de su increada gloria?

Invoquemos nuestras reflexiones, detengámonos en nuestras meditaciones acerca las criaturas, repitámonos una y mil veces lo que hayamos encontrado; busquemos, indaguemos de nuevo, y estemos seguros de que nuestros descubrimientos, por admirables y grandes que sean, serán infinitamente inferiores á la realidad de las cosas; reconozcámoslos, pues, ante todo como páli-dos destellos de la Majestad divina.

§ VII. — *Único y sin igual.*

Es esencial al Ente existente por sí el contener toda esencia, esto es, ser él todo lo que es increado y eterno, y hasta el modelo de todo lo que puede ser criado en el tiempo; por lo que es esencial al Ente que existe por sí el ser ilimitado é infinito. Sentado esto: si fuesen posibles mas entes de esencia diversa, independientes todos uno de otro, ninguno podria ser como el Ente de que hablamos, porque todos serian limitados y finitos, pues la esencia del uno no perteneceria ni en origen ni en cualidades al otro, y las mismas idénticas perfecciones del uno no serian las del otro, y de aquí es que uno de ellos estaria falto de toda la esencia del otro<sup>1</sup>, y por ser uno y otro imperfectos, podrian ser susceptibles de crecimiento; pero todo lo que es susceptible de natural crecimiento no es inmutable, y lo que no es inmutable no puede

<sup>1</sup> La quimérica invencion de Manes acerca la existencia de dos seres primarios, independientes, uno esencialmente bueno, y otro esencialmente perverso, esta quimera, que en los tiempos de nuestras locuras encuentra aun admiradores, queda disipada por la fuerza de un superior raciocinio; porque sobre que el mal no puede ser originario, es innegable que este ser perverso tendria de bueno cuando menos la existencia; pero es repugnante que haya una existencia independiente del primer ser, segun hemos demostrado, luego se hace repugnante la existencia de este ser primario y perverso, porque si tal ser existiese, le faltaria al ser bueno el bien de la existencia individual del otro; y de aquí es que entrambos serian incompletos, ninguno de ellos seria el Ser por sí, que debe ser un todo completo, y el origen increado de todo, como consta de los anteriores párrafos.

ser el Ente existente por sí, eterno origen de todos los demás seres. Y como la naturaleza, esencia ó sustancia de este Ente no puede ser distinta ó dividida, se saca en consecuencia que el Ente que existe por sí es esencialmente único é indivisible, sencillísimo, eterno, infinito, origen increado de todas las cosas posibles, que excluye necesariamente á todo ser que no esté en él, ó que en cierta manera no sea él mismo. A mas, si bien mi entendimiento por ser limitado no puede concebir, ó por mejor decir, comprender la esencia de este Ser único, inmenso y perfectísimo, concibe no solamente la posibilidad de este Ser, sino tambien su condicion de único, inmenso y perfectísimo, condicion mejor que la que gozaria si tuviese una esencia divisa, limitada é imperfecta; pero si no fuese único, inmenso y perfectísimo, ¿cómo podria yo concebir una cosa, y concebirla mejor que su contraria, una cosa que ni fue, ni es, ni será, ni puede ser? ¿Dónde estaria la razon suficiente de esta concepcion mia, de este mejor, si no es en Dios? Y ¿cómo Dios me la habria podido dar á no tenerla en sí? Luego si Dios me la ha dado, existe en Dios; si existe en Dios, él es único, inmenso y perfectísimo.

Vienen á robustecer esta demostracion de la unidad de Dios, dos consideraciones: 1.<sup>a</sup> La identidad de principios, y la analogía de todas las partes del universo visible; 2.<sup>a</sup> cierta gradacion de propiedades en los seres criados, que cuanto mas perfectas son, tanto mas se aproximan á la unidad.

Expliquémonos mas claramente, comenzando por la primera.

La unidad del diseño, la uniformidad del plan adoptado en la disposicion y en el orden de las cosas criadas, en la comunicacion y proporcion del movimiento, en las causas finales, instrumentales y eficientes, en los mútuos enlaces de cosas naturalmente opuestas, que á pesar de esto se sostienen y ayudan mútuamente; esta unidad demuestra la de la sublime Inteligencia, que sábiamente ha dispuesto las partes todas del universo. A mas, el movimiento relativo es análogo en todos los planetas, como sus alternativas de luz y de oscuridad; y es lo mas probable que la ley de atraccion sea comun á estos y á las estrellas fijas. Y luego en las cosas pertenecientes á esta tierra, mas al alcance de nuestras consideraciones, encontramos en medio de tanta variedad una admirable analogía; por ejemplo, los vegetales, las aves, los peces, y otras muchas especies de animales se engendran de un modo

diverso, pero todas consiguen el fin de su multiplicacion. La estructura de las yerbas, plantas y árboles es distinta, pero aunque ofrezca distintos aspectos, es siempre la misma. Así en los animales, sean insectos, peces, aves, ó testáceos, aunque formados sabiamente con tanta variedad en sus órganos, todos descubren un resultado solo, un solo fin. Ven, oyen, sienten, se mueven y se nutren cada uno de distinto modo; pero esa vista y esos oídos, esa facultad de sentir, y esas maneras de moverse y de alimentarse, tienen entre sí estrechos lazos, alcanzan igual fin, y anuncian claramente una misma creacion, y un solo Criador.

En segundo lugar, todo el sistema del universo, en cuanto nosotros vemos, tiende á la unidad; todos los planetas se mueven en torno á un sol único; así tambien los planetas secundarios en derredor de uno de primer orden, y razones fundadas tenemos para creer que de esta misma suerte sean los sistemas de las estrellas fijas. Si reflexionamos acerca los grados de los seres de la tierra, encontramos que cuanto mas nobles son sus propiedades, tanto mas se acercan á la unidad. La existencia es propia de todos los seres; no así la vegetacion ó sea la vida, mucho menos la sensibilidad, y menos aun la inteligencia y la libertad. Todos los seres del primer grado de la escala natural existen. Juntemos estas existencias á las de los vegetales, á las de los animales, á las de los hombres, ¡qué número casi infinito de existencias! Unamos las vidas de todos los vegetales á las de los animales y á las de todos los hombres, ¡qué número de vegetaciones, aunque inferior al de existencias! Juntemos luego las propiedades sensibles de todas las especies de animales á las de la especie humana, y su número es grande, pero ya mucho menor que el de las vegetaciones. Por último, todas estas propiedades tienden á terminar en la especie humana, la única dotada de una verdadera inteligencia, libertad y perfectibilidad. Los rasgos de la poderosa mano del Criador en las criaturas nos enseñan que la unidad es una perfeccion, y que como tal debe hallarse en sumo grado en Dios criador, debe ser todavía mayor que en la especie humana. El hombre, como ya veremos, se compone de espíritu y materia; Dios, pues, deberá ser un puro espíritu. La naturaleza humana está dividida en varios seres independientes uno de otro; luego la naturaleza de Dios ha de ser individual y sola, ápice extremo de la unidad.



### CAPÍTULO III.

SÍGUESE HABLANDO DE LOS ATRIBUTOS DEL CRIADOR DE TODAS  
LAS COSAS, Ó SEA DE DIOS.

#### § I. — *Regla general.*

Si por la existencia de las criaturas sacamos la existencia del Criador, por las propiedades que ellas han recibido vendrémos en conocimiento de las propiedades del Criador, pues que el Criador no hubiera podido dar en manera alguna lo que no hubiese tenido en sí.

Algunas criaturas están dotadas de vida, otras de sentimiento, y muchas de inteligencia y voluntad: luego el Criador de todas vive, siente, tiene inteligencia y libre voluntad. Pero las criaturas, por ser limitadas no pueden recibir dotes ilimitadas é inmensas; segun hemos demostrado ser las del Criador; por lo que su modo de ser, de vivir, de sentir, comprender y querer es infinitamente inferior al existir, vivir, sentir, comprender y querer de Dios, á la manera que lo finito está infinitamente distante de lo infinito. Mas la existencia, vida, sentimiento, inteligencia y voluntad de Dios en cuanto á naturaleza divina no puede comunicarse á las criaturas; luego esas cualidades en cuanto á propiedad de las criaturas no son mas que un luminoso reflejo de las del Criador universal, plenitud de vida, de sensibilidad, de inteligencia y de libertad inmensurable, infinita, incomprendible. El ve, oye, comprende y ejerce la voluntad de un modo tan noble como incomprendible; origen increado y eterno de toda vida, de todo sentimiento, inteligencia y voluntad, de toda suerte de libertad existente y posible. De nadie necesita para comprender, existe por sí mismo y por sí mismo, comprende; y como es infinito, é incesante en un solo acto y en cualquier punto, segun nuestro modo de expresarnos, en cualquier punto donde comprende su esencia infinita, contempla su eternidad, omnipotencia, bondad, inmensidad y verdad, y se deleita en su comprension y en su propio ser. Pero si él contempla siempre con un solo acto toda

su esencia, y si esta es el modelo de todo lo criado y creable, luego contemplando su esencia tiene siempre presente al universo y á todo ser posible. Las obras de sus manos no se escapan á su entendimiento; con un solo acto ve lo pasado, lo presente, lo futuro; en un instante cuenta las arenas del mar, las gotas de agua, los cielos, las esferas que ruedan con sus movimientos y analogías, los seres innumerables que contienen. Él cuenta los días, las horas, los momentos que fueron, son y serán; las yerbas, las innumerables hojas de los árboles, las semillas, los frutos, los volátiles, y peces, y cuadrúpedos, y las mas bellas criaturas, objeto de sus complacencias, los hombres que han vivido, viven y vivirán. A Él se le descubren sin trabajo luminosamente los mas íntimos arcanos del corazon lo mismo que las obras y las palabras; en suma, lo ve y lo conoce todo, y todo lo comprende á cada instante y con la mas resplandeciente claridad.

§ II. — *Se suelta una objecion.*

Si de la existencia, la vida, la sensibilidad y la inteligencia de las criaturas sacamos la consecuencia de que estas propiedades se hallan en el Criador, como en su fuente original, podremos deducir tambien de la existencia de la materia, que Dios, en cierto modo, sea material en su ser. Seria esto un error, y véase la demostracion de ello. Si de una perfeccion absoluta de la criatura deducimos la plenitud de tal perfeccion en el Criador, esta deducion será muy recta. Pero si de una imperfeccion en la criatura pretendemos deducir otra imperfeccion en el Criador, infinito, como hemos demostrado, en todas las perfecciones, ¿estará acaso justamente establecida nuestra consecuencia? No por cierto: la inteligencia, por ejemplo, es una perfeccion absoluta, siendo preferible á la no inteligencia; así, de la inteligencia de las criaturas bien podemos deducir la del Criador. Muy al contrario es nuestro caso. Porque, ¿qué supone necesariamente la materia, sino extension? Y la extension supone la divisibilidad, y esta lleva consigo la mutabilidad y la corrupcion. ¿No es por lo mismo evidente que son mejores que estas sus contrarias: indivisibilidad, inmutabilidad é incorruptibilidad? Luego por ser mejores son perfecciones absolutas en Dios: y siendo perfeccion absoluta en Dios lo contrario de la materia, la cualidad esencial de esta será una im-

perfeccion; y por eso no podrémos deducir de la esencia material de las criaturas la esencia material del Criador, como no se puede deducir de lo limitado de aquellas lo limitado de este. Ciertamente: la materia existe en cierto modo en Dios, cási al modo que lo ilimitado y lo infinito contiene en sí de una manera mas noble y eminente lo limitado y lo finito.

§ III. — *Prosiquese la regla general.*

Para que nuestro entendimiento, inferior sin medida á la Divinidad, no quede desvanecido y confuso, y no sean vanos todos los esfuerzos de nuestra míope vista, al elevarnos á la contemplacion de los brillantes resplandores de la divina Esencia, fijemos un punto, y tal es la inteligencia de Dios. Dios alcanza cuanto es, y es cuanto alcanza ó comprende, ya que, segun hemos demostrado en la Esencia divina, todo es uno, y uno es todo, y los divinos atributos están identificados entre sí: pues Dios es tan grande, inmenso, omnipotente, cuanto comprende su grandeza, inmensidad y omnipotencia, y la comprende tanto, cuanto quiere; y tanto la quiere cuanto la puede querer, y tanto la puede querer cuanto la quiere... Porque todo en Dios es un círculo sin principio ni fin, un infinito conjunto de infinitas perfecciones, que se cercan mútuamente, se enlazan, se pierden una en otra: en Dios todo es uno, y uno es todo.

Y lo mismo puede decirse de la sabiduría, de la felicidad, y de todas las demás perfecciones: es Dios tan sábio, feliz y perfecto, cuanto es inteligente, y tan grande es su inteligencia como su sabiduría, felicidad, perfeccion...

§ IV. — *Relaciones entre la esencia increada de Dios y la esencia creada de las criaturas.*

Toda criatura está dotada de ciertas propiedades esenciales á su naturaleza, como lo son, por ejemplo, la existencia, la vida, el sentimiento, la inteligencia, ó cosas semejantes. Estas propiedades son esencialmente limitadas, y están respectivamente ordenadas; como que existe un diseño de toda criatura antes de que ella exista, debiendo el diseño preceder á la existencia del objeto diseñado. Pero como, á mas de las razones aducidas en el pár-

rafo primero del segundo capitulo, no hay todavía intermedio entre la criatura y el Criador; este diseño debe existir en el Criador, esto es, en la naturaleza divina. Y no pudiendo existir en esta naturaleza divina ninguna cosa accidental, sino todo sustancia simple é indivisible, segun hemos demostrado, es consiguiente que este diseño de la criatura es la esencia misma del Criador, diseño original increado de todo lo bello posible. Toda criatura, pues, es una imágen mas ó menos adecuada del Criador, y conserva en el mismo Dios su natural principio. Pero como la naturaleza divina, segun hemos dicho, es incomunicable á las criaturas por su esencia infinita, por su inmutabilidad y sencillez, se sigue de aquí que la esencia criada, ordenada, limitada y visible de la criatura no puede ser la esencia increada y eterna del Criador. De aquí es, que la esencia propia y visible de la criatura ha de ser realmente distinta de la del Criador, y por lo tanto sacada de la nada por la vivificante omnipotencia del Criador. Dos son, pues, las esencias de las criaturas, una está en Dios increada, eterna é invisible, otra visible y criada en el tiempo; una que no depende de Dios, porque es Dios mismo, y es indestructible; otra totalmente dependiente de la voluntad de Dios, y que puede ser aniquilada: una es Dios, y no criatura, otra es criatura, é imágen de Dios <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Raimundo Sabunde presenta aquí varias otras relaciones que existen entre Dios y las criaturas, y prosigue así: Lo que el sol á la luna, es la Esencia increada á la criada. La luna por sí misma no resplandece, es opaca, recibe del sol todos sus rayos y resplandores: el universo no existe por sí, sino que recibe todo su ser de la eterna Esencia. El sol no toma luz de otro cuerpo alguno, pues él es fuente de toda lúcida emanacion, de todo resplandor. Del mismo modo la Esencia increada existe por sí, origen y fuente de todo ser, nunca se halla imperfecta. Un ingenio filosófico que en el descanso de la noche observe atentamente los rayos lunares no puede escaparse á la consideracion del sol que los transmite, por mas que no lo vea; asimismo una mirada indagadora que contemple la naturaleza criada y visible no puede menos que descubrir al Ser increado é invisible. La luz lunar en presencia del sol es tan débil, que apenas se nota; pero cuanto mas el sol se aleja, mas se engrandece, refleja y brilla. Así el mundo ante su Criador es nada; pero á los hombres materiales paréciese una gran cosa, porque están encerrados en él. Alzad una vez la mente, alzad una vez los ojos alucinados por las frivolidades en que los ocupásteis, y preguntad á las criaturas que os rodean cuál es vuestro Criador y el suyo. Ellas os lo mostrarán, y despues de los conocimientos que adquiriréis en ellas os parecerán menos apreciables. El Criador es luz eterna é indeficiente: las criaturas son resplandores nuevos y criados, luces débiles que no ofuscan la vista, como los rayos que el sol comunica al globo lunar, y que aunque dé-

§ V. — *Lugar de las criaturas.*

¿Dónde se encuentran estas esencias criadas, y distintas de Dios? ¿dónde habitan estas criaturas? ¿Cuál es la denominacion de su morada? Véamoslo. La esencia de Dios es por su naturaleza inmensa é infinita: no hay lugar, por lo tanto en el que esencialmente no se halle; ocupa todos los espacios y todos los lugares, ó por mejor decir, contiene en sí misma y abraza todo lugar y espacio, cási al modo que las simas y abismos del mar abrazan y contienen las aguas; y todos los lugares y espacios reasumidos en su inmensidad son como otros tantos pequeños átomos ante su inmensurable é inconcebible esencia. En tal lugar y espacio existen, viven y sienten respectivamente las criaturas todas, comprenden, raciocinan, gozan, sufren, quieren ó no quieren, obran, y libremente alaban ó maldicen al Criador que extrínsecamente las contiene en su seno, las ama, las acaricia y sostiene, y á veces las vitupera y castiga siguiendo la rectitud de sus incomprensibles é inefabables juicios. Luego nosotros en Dios vivimos, nos movemos y somos. Dios, pues, no está léjos de nosotros. A la manera que el aire cerca las aves, y el agua circunda los peces, así mas íntimamente abraza Dios con su esencia todas las criaturas.

§ VI. — *Dios es naturalmente invisible.*

Nosotros estamos en Dios; su increada esencia nos abraza secretamente, y nos rodea á millones de millones de leguas de distancia y por todos lados, sin que nos sea dado comprender la elevacion, profundidad y extension infinita de esta divina Esencia, cuyos increados esplendores infinitamente mas vivaces que los de cien soles nos cercan por todas partes. Esto es una verdad demostrada. Nosotros vivimos en la Esencia divina, original conjunto de toda belleza y perfeccion; pero nuestros órganos naturales no están proporcionados á nuestros deseos de verlo, oirlo, gozar de

biles inducen á conocer la fuente de los rayos eternos. Si no se pueden mirar con vista desnuda los centelleantes esplendores del sol, ¿cómo podrá ahora el entendimiento fijarse en la Esencia divina, eterna y esplendidísima? Lo creado será, pues, como un vidrio artificial y semiopaco para contemplarla á mansalva, y para conocer al Criador y Señor.

él, y estrecharlo contra el pecho. Nuestro tacto, nuestros oídos y vista solamente se adaptan á estas cosas materiales que nos rodean: hemos visto, no obstante, que la divina Esencia es inmaterial, simple é indivisible; nuestro entendimiento, que participa de idénticas cualidades, hace un esfuerzo, y casi superando su propia naturaleza, se eleva á la contemplación de la Divinidad; pero por su pequeñez é inadecuada proporción no ve de Dios mas que algún brillante rayo en medio de una inmensa oscuridad. ¡Ah! ¿dónde está este lugar feliz? ó por mejor decir, ¿cuándo se arrancará á nuestros deseos este funesto velo, cuándo se quitará á nuestra curiosidad esta venda fatal, cuándo se nos dará aquel toque omnipotente, aquel claro destello de gloria, por el cual nuestro entendimiento se inunde en esta Esencia divina, inefable, y guste según su capacidad algunas gotas de agua viva de aquel piélago infinito de perfecciones? Mas no nos desviemos de nuestro raciocinio.

§ VII. — *Dios es inmóvil en su esencia.*

Si todos los lugares y espacios son cual otros tantos átomos en medio de la inmensidad de Dios, si esta abraza en su seno todos los espacios y lugares creados, creables y posibles, pasando aun mas allá, se deduce que esta infinita esencia de Dios no puede cambiar de situación, no pudiendo concebirse espacio alguno fuera de ella; y de aquí es que existe inmutablemente fija é inmóvil en sí misma. Pero esta eterna inmovilidad no es inercia, no es inacción, que ciertamente en Dios no puede hallarse en manera alguna. Vamos á probarlo. La facultad de moverse supone al sujeto limitado, y como que tenga necesidad de alguna cosa: limitado, porque al transportarse de un lugar á otro, y no ocupando mas que un corto espacio, da á conocer la cortedad de los límites de su ser: y necesitado de alguna cosa cuando se mueve en busca de algún bien que no posee. Luego la facultad de moverse es un suplemento de la limitación, de la flaqueza, de la necesidad. Y estas imperfecciones están infinitamente distantes del Inmenso, del Omnipotente, del que de nada necesita; luego este suplemento es inútil y de ninguna conveniencia para Dios. No es así de la facultad de obrar: esta es una perfección que supone poder, fuerza, vigor; y es del todo propia de Dios, esencia increada, y origen de todo vigor, de toda fuerza, de todo poder.

Dios, pues, aunque inmóvil en su esencia está todo él en acción y en vigor, puebla los cielos con sus criaturas, las asiste y provee, las recrea de continuo, estrechando en su amoroso seno los millones de millones de seres que de continuo saca de la nada con su vivificante fuerza, complaciéndose en mirar en las bellas cualidades de estos el reflejo de sus increados y eternos esplendores. Pero, ¿qué es ante Dios esta actividad omnipotente, esta incesante creacion, esta providencial conservacion de las criaturas? ¿No es acaso menos que un átomo?

¡Oh inteligencia suprema! ¡oh inaccesible sabiduría! ¡Oh inagotable poder! ¿Son estas acaso todas tus obras? ¿Dónde está, dime, el centro de tus grandezas infinitas? Si tú te complaces en tus criaturas del reflejo criado de tus increados y eternos esplendores, ¿no te complacerás mas justamente con estos mismos esplendores, con estas mismas bellezas de tu sustancia, increadas y eternas? Si tú obras en el tiempo, ¿no obrarás tambien en la eternidad? Si descubres un vigor tan grande y tan extenso en el universo criado, ¿quedarás sin fuerza en el universo increado de tu esencia? ¡Oh elevacion incomprensible de Dios! ¡oh humano entendimiento! ¿á dónde vuelas? Tú pretendes alejarte más de lo que puedes: tus esfuerzos serán vanos. El infinito no es comprendido mas que por el infinito.

## CAPÍTULO IV.

LA PRODUCCION, Ó SEA LA CREACION DEL UNIVERSO DE LA NADA EN EL TIEMPO, NOS SUMINISTRA ALGUNA PRUEBA DE LA EXISTENCIA DE OTRA PRODUCCION OCULTA Y ETERNA DE LA MISMA NATURALEZA DE DIOS.

### § I. — *Ideas preliminares.*

En la contemplación de las innumerables especies de los animales, insectos, volátiles, peces, cuadrúpedos, comprendiendo tambien al hombre, entre tantas y tan diversas dotes de que los hallamos revestidos, dos especialmente dejan asombrada nuestra inteligencia. Quedamos admirados al observar como todas están dotadas uniformemente de dos cualidades, una natural, y artificial la otra. Nos maravilla la vista de la admirable labor de una tela de araña, del nido de un pájaro, de la casilla de una abeja, pasando de aquí gradualmente hasta la ingeniosa cabaña del castor. Pero cuando se ofrecen á nuestra vista las obras de los hombres tan varias, tan originales, tan grandes, tan profundamente nos conmovemos, que no nos es posible abstenernos de tributar un homenaje de alabanza á su mente creadora y sublime. Sin embargo, por sorprendentes que sean estas obras, por admirables que parezcan sus principios, consecuencias y fines, quedan siempre estas obras extrañas á la naturaleza de sus inventores: los animales y los hombres en este caso obran en cuanto son artífices, no como á animales ó hombres. Es siempre mas noble la naturaleza del inventor que la cosa inventada. Al observar un pez agitarse en las aguas jugueteando con sus pececillos, una ave que trae el alimento á sus movedizos hijuelos, un hombre que estrecha contra su seno á sus niños que amorosamente lo rodean, entonces admiramos mucho mas esta cualidad, esta fuerza, este poder infundido por el supremo Criador á sus criaturas, que les da la virtud de producir á sus semejantes y de obrar naturalmente efectos mucho mas encumbrados y nobles.

Si hemos encontrado á Dios que obraba en el tiempo sobre una



materia extraña á su naturaleza, y sapientísimo artifice de todas las criaturas, ¿no lo podremos encontrar tambien obrando *ab aeterno* en su misma naturaleza, Productor de un Producto divino? Si de Dios hemos conocido la menos noble perfeccion, ¿no hemos de admitir la mas noble? El que ha dado la fecundidad á todos los seres criados, ¿será estéril en sí mismo?

§ II. — *Se comienza el racionio.*

La procesion que conviene á Dios en cuanto es Dios, es mas digna de él que la produccion que conviene á Dios como á Criador <sup>1</sup>. Y como la procesion de un Dios por Dios le conviene en cuanto es Dios, se sigue que ella es mas digna que la produccion del universo, la cual conviene á Dios como á artifice Criador. La primera conviene á Dios en cuanto es Dios, porque le es connatural, propia é intrínseca; la segunda viene de él como á Criador, porque le es extrínseca y artificial. Existe lo criado; luego existe la procesion menos digna y noble. Si existe, pues, la menos digna y menos noble, ¿no habrá existido antes que ella la produccion mas digna, mas noble, mas excelente y gloriosa? La perfeccion de la divina Esencia no lo permite. La divina naturaleza de infinita virtud, de infinito vigor es sumamente activa, y las perfecciones divinas, como que son infinitas, se remontan al mayor grado posible. Sentado esto, la fuerza productiva en la Esencia suprema es mejor que la contraria; si es una perfeccion, será en Dios infinita, sin término, sin medida, sin límites; por lo tanto el Ser supremo podrá todavía producir intrínsecamente en su propia naturaleza, y nosotros tendremos el indisputable derecho de afirmarlo así, como no se nos haga ver la imposibilidad de ello, mostrándonos algun absurdo, contradiccion ó repugnancia.

Mas aun pudiendo Dios hacerlo, ¿lo ha hecho?

Segun los lógicos, la deducion de la potencia al acto no es recta, no es justa.

<sup>1</sup> En la primera, obra Dios con toda la extension y poderío de sus perfecciones juntas, comunicando toda su perfectísima sustancia, su divinidad, todo su ser, y lo hace con fuerza ilimitada y sin restriccion; pero cuando obra como Criador, se pone límites y confines, no hace todo lo que puede, ni comunica mas que ciertas limitadas imágenes de sus bellezas; y hé aquí la razon por la que, la procesion que conviene á Dios en cuanto Dios es mas digna de él que la produccion que le conviene en cuanto á Criador.

Si Dios no hubiese sido dulcemente necesitado por su propia naturaleza, *ab aeterno*, á la produccion intrínseca, esta nunca existiria; porque la naturaleza divina será á punto fijo lo que ha sido siempre, y no estará sujeta á revolucion ó cambio; y siendo esto una produccion intrínseca á la Esencia divina, si no hubiese existido *ab aeterno*, quedaria alterada desde el punto en que tuviera principio; por lo que ó siempre ha existido, ó nunca puede existir; si nunca puede existir, hay inutilidad en el Ser divino, por quedar ya inútil la potencia de producir intrínsecamente, y lo infinito de la fuerza productiva<sup>1</sup>: pero esto repugna, es imposible; luego ha existido siempre.

Si la fuerza productiva en Dios llega hasta lo infinito, ha de producir un infinito para no quedar sin uso; este infinito no puede sacarse de la nada; luego esta fuerza productiva eterna, inmensa y grande debe sacar de sí, ó sea de la naturaleza divina, una cosa eterna, inmensa y grande: y ved ahí como la produccion mas digna y grande en Dios ha de ser intrínseca á su esencia.

Un ser actualmente infinito en todas sus perfecciones no puede ser sacado de la nada; porque á poder serlo, pudieran existir dos seres infinitos actualmente, uno por sí mismo, y otro sacado de la nada: y como esta supuesta duplicidad de seres infinitos repugna, se deduce que no puede sacarse de la nada un ser infinito. Y repugna, porque existiendo dos seres actualmente infinitos en todas sus perfecciones, y de distinta naturaleza por ser uno existente por sí, y otro sacado de la nada, el uno no tendria la naturaleza del otro; y por eso no serian los dos á un mismo tiempo infinitos é inmensos. Luego solamente de su propia naturaleza sin dividirla puede el Ser supremo sacar otro supremo, inmenso y grande; y obteniéndolo de su propia naturaleza, el Producto no puede ser mas que una imágen sustancial y perfecta del Productor.

Dios se complació en la produccion exterior como es la del universo, y la actual existencia de este lo prueba hasta la evidencia;

<sup>1</sup> Si esta fuerza no ha producido *ab aeterno*, es repugnante que nunca produzca: por lo cual es inútil. Al contrario, la fuerza productiva extrínseca produjo, produce y producirá, y nunca será inútil, porque Dios usó de ella, usa y usará. Ello es cierto, que la fuerza productiva extrínseca tendrá siempre que producir, y nunca será repugnante que produzca; pero la existencia de la produccion dependerá de la libre y sola voluntad de Dios.

pues á no haberse complacido Dios en criarlo, no existiria. Luego hay en Dios complacencia, y esta puede ser suma é infinita; y semejante complacencia tanto mas aumenta cuanto mas acercado está el objeto producido á la semejanza de su productor. De aquí es que Dios se deleita y complace en la creacion del hombre mas que en la de las criaturas inferiores; pero tal complacencia y deleite ha de ser efímero, accidental y extraño á la Esencia divina.

Para que la complacencia sea sustancial é infinita es necesario que la mirada engendradora se tienda á la produccion intrínseca. Entonces la afluencia del placer, del gozo y del contento traspasa todo límite, porque en ella descubre no un ser que se le asemeje, sino otro él, grande de un grande, sábio de un sábio, Dios de Dios, de su propia indivisible esencia, eterno, infinito é inmenso. Si en Dios hay complacencia en la produccion, en la intrínseca debe ser infinita, porque él es infinito. Pero si es infinita, no puede derivarse de un objeto finito y limitado: sino de otro ilimitado é infinito; y este infinito é ilimitado no puede ser sino Dios: luego si en Dios hay complacencia infinita en producir, no puede hallarse mas que en la produccion intrínseca, por la cual únicamente puede ser infinita *ab aeterno*, y antes que todo lo criado; *ab aeterno*, porque *ab aeterno* debe existir la Esencia divina sin cambio ni alteracion; antes que todo lo criado, porque Dios no puede ver ser alguno exterior antes que su propia naturaleza, teniendo en si mismo todas las cosas. Mas si Él dirige su contento, complacencia y deleite á la produccion intrínseca, este acto de complacencia la hace al punto existente, y por lo mismo eterna, inmensa, inteligente, sencillísima, verdadera, real y perfecta imágen del Dios viviente, y única luz de luz, Dios de Dios.

No solamente se complace Dios en aquel acto criador de sacar de la nada los millones de seres criados, sino que goza y se complace todavía en su perenne sociedad, llevándolos y conservándolos amorosamente en su seno. Por lo tanto, si le es dulce y agradable la sociedad de seres sacados de la nada, limitados y finitos; seres, que en su presencia, por mas perfecciones que tengan, no son mas que á modo de trémula chispa en parangon con el sol; ¿qué afluencia mas copiosa de dulzuras no ha de sentir Él con un producto de su propia indivisible naturaleza, igual á Él en todo en la eternidad, en la inmensidad y en la omnipotencia?

Consideremos ahora que, si este único producto no existiese en la naturaleza divina, Dios estaria faltó de este infinito placer de que hablamos; y como esto no puede concederse, siendo como es en Dios todo infinito; es consiguiente que no puede dejar de existir este uno consustancial al Productor increado, y como este, eterno, omnipotente é inmenso.

### § III. — *Prosigue el racionio.*

Si analizamos las propiedades naturales y las cualidades de los seres criados, las hallamos encaminadas todas al objeto de la felicidad propia del ser que las posee; ni una sola se encuentra que descubra una intencion directa del Criador en daño de la criatura. Vemos desparramados por el supremo Criador por todas partes en el universo dones y cualidades en profusion, y admiramos cierta grandiosa prodigalidad que lo llena todo de los beneficios de Dios, dador de todo bien. Tal manera de obrar nos da á conocer en la esencia de Dios cierta propension natural á comunicar perfecciones, gracias y dones; porque si él no hubiese tenido tan generosa tendencia, ciertamente no hubiera dispensado tan profusamente y con tal exceso á las criaturas los tesoros de sus magnificencias. Esta tendencia, esta benéfica propension en Dios es una perfeccion: y siéndolo, ¿no ha de llegar al infinito? Y si es infinita, ¿no ha de comprender lo bueno y lo mejor? Apreciable es y digno de atencion el poder dar, pero mucho mas lo es el dar actualmente; es mas noble dar una belleza sustancial, original y eterna, que una creada de la nada y temporalmente; es mas conveniente, es mas digno del Ser supremo comunicar lo mejor propio é intrínseco, que formar una cosa exterior tan inferior á él como lo criado á lo increado, como lo finito á lo infinito. Si, pues, tal propension á dar ha de comprender lo bueno y lo mejor, habiendo encontrado lo bueno en las criaturas, nos es preciso conceder que existe lo mejor, aunque para nosotros incomprendible; que Dios ha dado y da actualmente todo lo bello y mejor propio, intrínseco, sustancial y eterno á otro, y de un modo admirable sin dividirlo, disminuirlo ni perderlo; y debemos añadir que una criatura, cualquiera que sea, sacada de la nada, por ser finita y limitada, ni es ni puede ser capaz de recibir toda la esencia divina, infinita en todos sentidos; y que por lo mismo el que la reciba no puede ser sino

otro de la propia indivisible naturaleza, igualmente noble, igualmente grande é infinito en todas sus perfecciones, como el sumo Dador y Comunicador.

Semejante comunicacion ¿no es infinita? ¿No llega hasta el punto mayor á que puede alcanzar? ¿Qué mas puede dar Dios que su propia naturaleza, todo lo bello, todo lo amable, todo lo grande y perfecto, en suma, todo su ser? Y por mejor decir, ¿qué mas que el conjunto de todo encanto, de toda excelencia, de toda amabilidad; amabilidad, excelencia y belleza tan extensa y grande que todo lo ocupa y llena, de la cual no alcanzará á formarse por sí mismo la mas pequeña idea una inteligencia criada, por perspicaz y sublime que sea? Si, porque el no tener ni querer conservar la menor belleza, que no sea comunicada tambien á otro, es de una grandeza y valor que merece los elogios y aplausos de las inteligencias todas, así criadas como creables.

Y ved ahí que cási sin advertirlo nos vemos obligados á admitir en la naturaleza divina uno que da toda su sustancia, y otro que la recibe sin dividir un punto su indivisible naturaleza, sin quitar la perfecta unidad, siendo la naturaleza del uno la naturaleza del otro, una sola y comun la inteligencia, belleza y perfeccion de ambos. Uno y otro son Dios; y es una sola la divinidad comun á ambos. Uno y otro son inmensos; y es una sola su inmensidad, así ellos y la divinidad y la inmensidad y todos los demás atributos son el mismo Dios.

Aclararémos, en cuanto posible sea, la oscuridad de estas observaciones, y queremos que nos preceda y nos sirva de ayuda y de luz esa razon humana, que neciamente se proclama por enemiga de ellas. No se apartará de nuestro lado, no nos dejará hasta que, conociendo ella misma su imbecilidad é insuficiencia, nos descubra otra luz mas superior, y nos deje.

#### § IV. — *La pluralidad de personas en la suma unidad de Dios.*

Nuestro raciocinio nos ha conducido insensiblemente á admitir en la naturaleza divina dos personas, una que comunica toda su belleza, su esencia, y otra que la recibe, lo cual es lo mismo que decir un Productor y un Producido. Sigámoslo pues.

La divina esencia es infinita, indivisible y sencillísima. Como no tiene partes no puede comunicarse ni ser recibida sino en to-

tal; y por ser indivisible es necesario que el Productor y el Producto tengan una sola *en número* y única naturaleza, una sola y misma sustancia sencillísima, y que no se distingan en otra cosa sino en ser uno el que da, otro el que recibe, en tener el primero la esencia por sí mismo, y el otro del primero. Pero como el Productor, en cuanto es Productor, no es el Producto; y el Producto, en cuanto es Producto, no es el Productor; hay entre ellos una real y verdadera distincion, no en la naturaleza, sino en las personas; porque uno no es el otro, aunque tengan la misma divinidad, la misma é idéntica esencia. Porque si la esencia de Dios no puede comunicarse ni ser recibida sino toda entera, por ser simple é indivisible, sale por consecuencia que el Productor ha comunicado toda su belleza, grandeza y perfeccion, todo su ser al Producto; y no teniendo el Ser supremo, el sumo comunicador sino amabilidad y perfeccion en sí, y habiéndolo comunicado todo sin perderlo, porque queda en la misma indivisible naturaleza, se deduce que cuanto tiene el Productor lo tiene el Producto, y cuanto tiene el Producto lo tiene tambien el Productor en una suma y perfecta igualdad.

Luego el Producto y el Productor son perfecta y sustancialmente iguales, y no difieren en otra cosa mas que en ser uno Productor, y Producto el otro. Mas por esta diferencia no es el Producto menor que el Productor; porque ambos tienen la misma y única, indivisible naturaleza, las mismas bellezas, sublimidad y perfecciones.

Pero, dirá alguno, no serán coeternos, y el Productor será, un instante siquiera, mas antiguo que el Producto, como que debió existir antes que producir.

Si atendemos á las criaturas y á las ideas que de ellas nacen, semejante objecion parecerá insoluble y victoriosa. Pero si libres de toda preocupacion nos entregamos á la fuerza del racionio, á la excelsa y sublime esencia de Dios, nos parecerá muy distinto. Las criaturas están sujetas á una sucesion de tiempo; un dia no existieron, existen despues, y mas tarde producen á sus semejantes; para la divina Esencia no hay sucesion de tiempo, ella es un puro *Es*; por lo que, en todos los momentos fue y será cabalmente lo que es; si es eterna, como hemos demostrado hasta la evidencia, toda ella debe ser eterna, y ha de haber sido siempre tal cual es su mismo modo de existir. Pero si el Productor intrínseco hu-

biese estado por un solo momento sin su Producto, en aquel pequeño instante la divina Esencia inmutable no hubiera existido como ahora existe con su Producto, y por consiguiente no hubiera sido en todos tiempos lo que al presente es. Por lo tanto, ó la divina Esencia no ha sido siempre cual es ahora, ó el Producto y el Productor son coeternos. Lo primero destruye la inmutable idea de Dios, es repugnante y contradictorio; debemos, pues, necesariamente conceder la perfecta igualdad en la eternidad de uno y otro. Y téngase advertido que una vez sentada en inconcusos y estables fundamentos la facultad intelectual y la espiritualidad perfecta de la Esencia divina, debe admitirse una produccion en ella del todo espiritual é intelectual, de un modo digno de la divinidad. Adviértase á mas que el Productor con el entendimiento no produce más que un solo, natural y necesario Producto; porque este termina y agota todo su infinito poder, y tambien porque siendo Dios un acto puro, obra naturalmente con el entendimiento en un solo acto, con toda la intensidad de fuerza que á su entendimiento le es posible. Establecidas estas verdades, ¿no podré yo decir que siendo esta produccion, por médio del entendimiento, natural y necesaria, el Producto es necesariamente imágen del Productor? ¿Quién puede justamente reprenderme porque dé el nombre de generacion á semejante acto productivo porque es natural? ¿No podré llamar Padre al que produce, Hijo al producido, siendo este igualmente inmenso, amable y grande, imágen perfecta de aquel? ¿No podré llamar á este Hijo Verbo y Sabiduría del Padre, porque es producido por la inteligente comprension de sí mismo? No encuentro razon alguna en contrario, antes bien pareceme ver cierta congruencia y conformidad que me alientan á adoptar esas denominaciones.

§ V. — *Se continúa.*

El Productor entiende y conoce: conoce y entiende todo lo bello, lo curioso y sublime que da á su Producto. Él dirige hácia este la inmensa plenitud de sus complacencias, á lo sumo grandes, fervientes é intensas, y contemplando en Él una reproduccion de sí mismo, no puede menos que deleitarse suavemente, ni su voluntad abstenerse de amarlo. El Producto, inteligente al igual, comprende que ha sido originado y que viene del Productor, y que es grande, excelente y perfecto como Él, y á Él totalmente

igual; está dotado de voluntad y de una fuerza amorosa, ardiente, lo mismo que el Productor. Está, pues, fuera de duda que tal voluntad y amor son llevados y aspiran por Él con toda intensidad y suavidad al Productor, que es su origen y un otro sí mismo. El Padre, por lo tanto, ama ardientemente al Hijo, y es también amado ardientemente por este. Pero este recíproco amor del Padre al Hijo, y del Hijo al Padre, no es padre ni hijo; luego es un tercero desconocido. Pero en la divina esencia, como á sencillísima que es, repugnan los accidentes; luego este tercero desconocido tiene una verdadera y real subsistencia distinta de la subsistencia del Padre y del Hijo en su naturaleza comun. Amor coeterno á uno y otro, porque uno y otro, eternos é inmutables, no pasaron un solo instante sin amarse con aquel ardor, con el cual al presente se aman y se amarán siempre. Amor infinito, conjunto de toda belleza, grandeza y perfeccion; porque procede del Padre que abarca en sí todo lo bello, grande y perfecto; del Padre infinito, y que ama infinitamente; y porque procede del Hijo, igual en todo al Padre, infinito, y que infinitamente espira amor. ¡Oh Espiritu Santo, oh amor de los amores! Haz vibrar sobre la tierra una chispa sola, no de aquel amor intenso, sustancial, en que ardes intrinsecamente, porque es Esencia comun al Padre y al Hijo, indivisible, increada, infinita é incomunicable á los seres finitos y criados; sino de aquel amor semejante en que arden las inteligencias dichosas al regocijarse á tu vista, y entonar tus alabanzas; una sola eficaz y purificante chispa de este amor arrancaria á los mortales todos de su necedad y frivolidades, y los conduciria hácia tí: ni veria yo lugar ó tiempo que no respirase amor, ni persona que no te amase.

Ved ahí en Dios dos distintas producciones; dos solas, digo, porque con dos operaciones se vuelve Dios hácia sí mismo, esto es, conociéndose y amándose, una por via del entendimiento, otra por via de la voluntad; de cuyas dos operaciones vienen dos Productos realmente distintos entre sí, y distintos del Productor. Ambos son perfectamente iguales, porque tienen la misma identidad de esencia, la misma divinidad. Como el Hijo es en todo igual al Padre, y el Padre al Hijo, así el Espiritu Santo es en todo igual al Hijo, é igual al Padre. Llamámoslo el tercero, porque procede del Padre y del Hijo; pero á ambos es coeterno. Dámosle el nombre de tercero en razon al origen, no al tiempo.



El Padre, principio y fuente de la divinidad, tiene el ser por sí mismo como á Padre. El Hijo recibe la esencia del Padre, y es coeterno al Padre; del mismo modo que si el sol fuese eterno, sus rayos serian á él coeternos; pero esta misma esencia es como á Hijo, no como á Padre. El Espíritu Santo tiene su ser del Padre y del Hijo como de un principio único; pero este ser no es á la manera de Padre ni de Hijo sino como á procedente; porque procede y viene de la voluntad del Padre y de la voluntad del Hijo; porque es el amor del Padre y el amor del Hijo.

#### § VI. — *Conclusion.*

Es totalmente incomprendible para toda humana inteligencia, cómo una sola y misma sustancia indivisible esté realmente en tres personas distintas. Todos los esfuerzos de una asidua y profunda observacion de las criaturas solo nos dan á conocer que esto puede efectuarse, pero no nos descubren de qué modo. Veámoslo. La experiencia nos ha enseñado hace poco que las especies de las criaturas, cuanto mas nobles son, tanto mas se acercan á la unidad. La naturaleza de los animales racionales es única en la especie, mas no en el número; y si bien la naturaleza humana esté en todos los hombres, aunque distintos unos de otros é independientes, sin embargo la mismá naturaleza individua de uno no es la de otro, por mas que en todos sea la misma naturaleza humana. ¿Cómo, pues, no podremos dar algun mayor grado de unidad á la increada naturaleza divina, infinitamente mas noble? ¿Cómo no hemos de decir que ella es única, no solo en la especie sino tambien en el número, y que la misma indivisidua naturaleza del Padre es la del Hijo, y la de entrambos es la misma naturaleza indivisidua del Espíritu Santo? Sólidos é invencibles argumentos nos fuerzan á admitir una perfecta unidad é indivisibilidad en la naturaleza divina; y tambien por no menos poderosas razones estamos obligados á creer que en ella misma hay pluralidad de personas. Debemos combinar una verdad con otra: y no hay combinacion mas natural, mas á propósito que la siguiente: Si la divina naturaleza sobrepasa á la humana hasta lo infinito, ¿por qué la unidad de la naturaleza divina no ha de exceder de un grado al menos á la unidad de la humana? ¿Negarémos acaso que una sustancia infinita, única é indivisa pueda estar en tres personas

realmente distintas, solo porque ignoramos el cómo? ¿Por ventura comprendemos el mútuo comercio del alma con el cuerpo? Y no obstante ¿hay quien lo niegue, y desmienta en sí mismo á la experiencia? ¿Llegamos á entender el artificio de la vision, cómo el rayo de luz penetra nuestro ojo, excita la retina, y pinta en ella no su imágen, sino la del cuerpo que á este fin lo ha reflejado; y cómo nuestro espíritu abarque de una sola ojeada tanta extension, y distinga millares de criaturas? ¿Lo comprende alguno? Y sin embargo, ¿quién lo niega? La física pone á nuestra vista prodigios inexplicables, y la geometría demuestra verdades intrínsecamente incomprensibles.

La razon nos hace conocer que en Dios el poder, la inteligencia, la voluntad y todos los atributos son lo mismo que la existencia, son una sola cosa. Todos estamos obligados á admitirlo así, y ninguno lo entiende. Y si yo aseguro con válidos y fuertes argumentos que en una misma y única naturaleza, en un solo ser hay tres Personas, ¿se me ha de negar porque no se entiende? Semejante proceder seria extraño, y valdria tanto como no atender, segun hemos expuesto, á que la experiencia nos hace admitir ciertas verdades que la razon no comprende; y al contrario, que la razon nos hace conocer evidentemente otras que en vano querriamos probar con la experiencia.

#### § VII. — *Epilogo.*

Avivemos nuestra mente absorta en la dulce y profunda contemplacion de la sublime é infinita Esencia divina. Observemos en derredor nuestro, y consideremos hasta dónde nos hemos elevado, bajemos la frente, y veamos á dónde hemos venido, y el estupor y la admiracion nos descubrirán el camino ya expedito.

De la curiosa y agradable investigacion de las criaturas puramente existentes hemos pasado á las que existen y viven; quedando nuestra mente sorprendida de la cualidad, forma, delicadeza, fuerza y diversidad de los vegetales; hemos pasado luego á las que existen, viven y sienten, y todos los animales, sus especies y gradaciones han sido para nosotros un objeto de pasmo y de compfacencia; de aquí nos hemos elevado al hombre, hallándolo dotado de existencia, vida, sensibilidad, inteligencia y libertad, y descubriendo que todas las tendencias de las criaturas

entre sí, y las criaturas mismas hacia él se encaminan, y solo á él reconocen como á soberano y dominador á ellas impuesto por el Ser supremo que las creó.

Desde luego el hombre, la mas bella de las criaturas, nos condujo y elevó á su Criador: y aquí nuestro entendimiento, llegando al colmo de la admiracion y del estupor, quedó extático y en tal manera ofuscado, que al ver, aunque oscura é imperfectamente tal belleza, amor, sublimidad, inmensidad y perfeccion, no sabia qué decir, ni cómo explicarlas, ni aun á tenor de sus débiles conocimientos, y cuanto mas veia, menos apto se hacia para expresarlo. Dijimos, es cierto, que esta suprema esencia, ó sea Dios, existe, vive, siente, comprende y tiene voluntad, como que es el poder, la fuerza y el origen de todo ser, vida y sentimiento, inteligencia y voluntad; dijimos que es sencillísima, existente por su propia virtud, increada, eterna, inmensa, perfecta, de una actividad suma, y única creadora de todas las cosas sacadas de la nada en el tiempo; adelantándonos mas, dijimos que habia en Dios una Produccion natural, intelectual, intrínseca, que no dividia la esencia, aunque le era comunicada: en una palabra, Dios de Dios, como luz de luz.

Por medio de esta Produccion hemos llegado á descubrir otra semejante, no del entendimiento, sino de la voluntad. Dijimos que el Padre era increado y existente por sí mismo; que el Hijo se origina del Padre; y que el Espíritu Santo procede de entrambos; y que esta produccion dura siempre, porque nunca cesa el Padre de producir y amar al Hijo, ni el Hijo de volver su amor al Padre. Hemos dicho, en fin, que todo lo criado y creable fue sacado de la nada, y lo será por el Padre, por el Hijo y por el Espíritu Santo como obra de un solo Ser; hemos dicho... Pero, ¿qué hemos dicho de la infinita, adorable esencia de Dios, á quien no pueden abarcar los cielos, ante cuya presencia no es mas que un punto el universo entero, y cuya mente abraza lo presente, lo pasado y lo futuro? ¿Qué hemos dicho hasta aquí? ¡Ah, quién nos dará fuerza para expresar al menos aquellas pocas ideas que hayamos concebido á fin de apartar á los hombres de las pequeñeces y frivolidades de la tierra, y encaminarlos á tí, única Belleza, Riqueza única y único Bien, tanto mas desconocido cuanto mas grande! Vengan, pues, y secunden nuestros inflamados deseos las criaturas todas. Pero estas, precisamente por ser criaturas no nos pres-

tan mas que un débil y mezquino auxilio. ¿Qué dirémos, pues, á los hombres? Que tú eres un Todo inmenso que reunes todas las perfecciones. Dirémos que eres una Grandeza que sobrepuja á toda grandeza, que eres el Infinito, el Inmenso, el Increado. Si no basta esto, dirémos que eres su Criador y Señor, que los sacaste de la nada, los riges y los gobiernas. Dirémos que nada queremos decir, que no podemos explicar tu grandeza, porque eres incomprendible é inefable.

---

---

## CAPÍTULO V.

### DEL HOMBRE.

#### § I. — *Privilegios del hombre.*

Desde la contemplacion de la Esencia divina, á la que nos ha elevado un esfuerzo de nuestro entendimiento, descendamos á la consideracion de nosotros mismos. Despues de Dios no hay objeto que mas nos interese que nuestro propio ser, nuestras propiedades y cualidades naturales, nuestros deberes y destino.

A la primera ojeada que echamos sobre el hombre se nos presenta esta evidente y primera verdad, es á saber: entre los vivientes que vuelan por los aires, que hienden las aguas, ó habitan en la tierra ninguno hay, como el hombre, capaz de perfeccionarse á sí mismo. Parece que el Criador universal, despues de haber encerrado en ciertos límites, y metido dentro un círculo de cosas perenne y uniforme á los demás seres inferiores, quiso dejar al hombre el poder de perfeccionarse, y que, perfeccionándose á sí mismo, cooperase en algun modo al estupendo trabajo de la creacion misma. Observemos con atencion.

Todos los animales perciben ideas, y á ciertas especies no las falta una reflexion proporcionada; pero estas ideas y reflexiones son siempre las mismas y lo serán en todos los individuos presentes y futuros. Observamos nosotros que una especie de animales no trata de conocer las artes é industrias de otra, ni adelanta en perfeccionar las propias. Todas quedan en aquel grado de conocimientos que les dió el Criador; ni lo traspasan de un punto, ni lo traspasarán jamás. No sucede así con el hombre; que adquiere ideas, las recuerda, las comunica á sus semejantes por medio de una apreciabilisima prerogativa natural, forma mil combinaciones, descubre verdades, perfecciona sus propias artes, é imita algunos rasgos de las criaturas inferiores, los embellece, los adapta y se los apropia. Desde su aposento se traslada él con la mente á las delicias de la ciudad mas populosa, á la soledad de los mas inaccesibles bosques, mide la extension de los mares y las mas

remotas playas. No satisfecho aun se dirige á las estrellas, á esos globos lucientes que admiramos extasiados; y allí, aunque á la distancia de millones de leguas, combina, mide, calcula, y halla seres que anuncian la gloria del Criador. Y aun no contento con esto hace mayores esfuerzos, y penetra hasta el mismo Criador, al grande, al inmenso, al infinito: allí observa, allí contempla las bellezas, las perfecciones de la Esencia divina, y sumergido en dulce éxtasis apenas tiene idea de que se halla en la tierra <sup>1</sup>.

§ II. — *El hombre es dominador en la tierra.*

Si observamos atentamente las innumerables especies de los seres inferiores al hombre y distintas en los grados de la escala natural, descubrimos claramente que el hombre es el único ser que hace servir á los demás seres para su uso y provecho. Naturalmente débil é inerte, todo lo vence, todo lo supera, y lo somete todo; exiguo en su persona, de escasa mole y reducida fuerza, encadena al leon, sujeta al tigre, hace bajar de lo alto al águila, maneja el elefante, arranca las entrañas á la ballena. La sola voz de un niño hace obedecer al buey, y da imperiosamente leyes á rebaños enteros. El aire, el agua, el hierro, el fuego no se libran del poder del hombre, y á veces sienten la fuerza de este soberano del mundo. La naturaleza se hace en cierto modo su agente: si él quiere se hienden las montañas, desaparecen las honduras, abre la tierra sus entrañas para ofrecerle sus tesoros; fulmina él rayos para destruir los obstáculos cuando le place, y las olas mu-

<sup>1</sup> El hombre, confinado á la superficie de la tierra, y que en proporcion es mas pequeño para este planeta que el insecto microscópico para el árbol en que vive: aquella pequeña criatura, indagadora é intrépida, ha empleado los sentidos que se le habian concedido para sus necesidades ordinarias, primero en perfeccionar el uso de sus órganos con la construccion de instrumentos que á ellos se adaptan; y despues en observar todo el sistema del mundo á que pertenece su planeta. Esa pequeña criatura ha determinado la situacion, accion recíproca y el movimiento de los inmensos globos que corponen este universo, y lo ha hecho con exactitud tal, que puede pronosticar en qué punto del espacio se hallará tal ó cual cuerpo celeste en cualquier época futura, y no solo el dia, sino el minuto y el segundo en que el indicado globo llegará allí despues de haber divagado largos siglos en la inmensidad del espacio. ¿Qué es lo mas admirable? ¿la constancia de los movimientos de los diversos cuerpos de este universo, ó la perspicacia del hombre, que calcula sus vueltas? (*Teol. Natur.* de Guillermo Paley. Lóndres, 1803).

gen al estrellarse contra los muros que edifica él en las riberas del mar. A mas, la naturaleza de los demás seres les ordena alguna cosa, y ellos ceden al punto: solo el hombre alza su frente, y resiste cuando quiere á los impulsos, á los apetitos de su naturaleza, y se da á conocer dignamente investido por el Criador supremo, no solo con el dominio sobre la tierra, sino tambien sobre sí mismo.

§ III. — *El hombre es el único ser en la tierra que conoce al Criador.*

Extendiendo mas y mas nuestras observaciones acerca las criaturas que nos rodean, ninguna hallamos que nos dé el menor indicio del conocimiento del Criador universal. Por mas que hayan estudiado los hombres en las aves y peces, y en los animales de la tierra, por mas interés que hayan tomado en hacer nuevos descubrimientos, ninguno ha vislumbrado jamás en ellos tan alta y singular prerogativa. Solo el hombre, este soberano del mundo, la posee exclusivamente. Al tiempo que Dios con un solo acento de su omnipotente voz sacó de la nada á todos los seres inferiores al hombre, les puso en posesion de la tierra, y los encaminó respectivamente á su felicidad; bien sintieron los efectos de aquella mano benéfica, mas no la conocieron. No fue así con el hombre. Cuando el Criador universal con su animador soplo dió vida y sacó de su sopor al cuerpo humano, *mirame*, le dijo, y el hombre levantándose de la tierra se mantuvo en pié, y lleno de gratitud; al dar en torno una mirada, quedó mas sorprendido de poder conocer al que lo habia criado, que de las numerosas maravillas que lo rodeaban, y del homenaje y servidumbre de las demás criaturas que amorosamente se agrupaban á su alrededor.

§ IV. — *El hombre está compuesto de dos sustancias.*

Dediquemos atenta observacion al hombre. ¡Cómo se pinta en su rostro la majestad de dueño de la tierra! ¡qué delicadeza y elegancia, qué proporciones en sus miembros! ¡Cuál será el oculto artificio por el que vive y siente, por el que ve, oye y habla! Los mas grandes filósofos, que han investigado el cuerpo humano, no han podido contener el entusiasmo, y han proclamado en alta voz la sin igual sabiduría de su grande Autor. Aquel se ha detenido á considerar el corazon, y este el ojo; uno se fija en

el oído, otro en el cerebro, y otro en las venas ó en los nervios, músculos ó vasos, y en todas partes prorumpen todos á una en gritos de admiracion por tales maravillas. Pero todos confiesan que esto no es mas que un compuesto de materia, admirable en su formacion, pero insensible, frágil y destructible. Aquel ser, pues, que experimenta dolor y placer, que piensa y reflexiona; aquel ser que ama con tal fervor, que con tal ardor desea, que quiere ó no quiere á su albedrío, que impaciente se agita, se *eleva mas allá de los sentidos*, observa el órden y en él se complace, conoce la virtud y le encanta, insaciable investigador, en fin, deja atrás las estrellas y los cielos, y sube hasta el trono de la Divinidad, y nunca se detiene hasta que aniquilado se pierde en la original inmensidad de todo lo bello: este ser ¿es una sustancia diversa de nuestro cuerpo, ó forma parte de él, y es órgano labrado con finura extrema, sutil, y purificado en grado superior?

Observando con detencion los cuerpos materiales los hallamos todos extensos y divisibles, por manera que son propiedades esenciales suyas la extension y la divisibilidad. Discurramos ahora en esta forma. Una causa divisible y extensa no puede producir efectos indivisibles é inextensos; porque si tal pudiera, tendria facultad de dar lo que en modo alguno tiene; es así que ninguna causa puede dar lo que no tiene: luego una causa extensa y divisible no puede producir jamás un efecto inextenso é indivisible.

Una idea, un acto de nuestra libertad, un *quiero*, no es extenso y divisible. El sentido íntimo de todos los hombres, que no traten de seducirse á sí mismos y de desmentir á su propia conciencia, es entre las mas luminosas pruebas, la mas convincente.

Nuestra idea, nuestro querer, pues, inextenso é indivisible, no puede proceder de una causa extensa y divisible cual es un cuerpo ú órgano material, y ha de nacer de otra causa distinta. Nosotros sentimos y racionamos; y esto no es solamente una impresion física, pasiva, porque á mas tenemos idea de que sentimos y racionamos. Nosotros experimentamos sensaciones, combinamos racionios, y nos elevamos para juzgar de estos y aquellas. ¿Cómo podríamos comparar dos racionios, dos diferentes sensaciones, que aciertan á ofrecerse á un mismo tiempo, si el ser



que las pone en parangon, y de ellas juzga no fuese único é indivisible? Vamos á demostrarlo.

Si este ser pensador se supusiera extenso por naturaleza, no podria percibir las sensaciones sino en ciertos puntos distintos de su extension; y nada mas. Pero el conmoverse, el conocer, el juzgar, el combinar son cosas imposibles para un ser extenso compuesto de partes. Porque, ó es una sola parte de este compuesto la que conoce, combina y juzga, ó son todas juntas: si todas juntas, el conocimiento, la combinacion, el juicio, no pueden ser únicos; es así que el sentido íntimo nos da á conocer la unidad del conocimiento, de la combinacion, del juicio; luego no puede proceder esto de muchas partes reunidas, sino de una sola. Mas si esta es materialmente compuesta, es por consiguiente extensa, y queda en la imposibilidad arriba indicada.

A mas, un ser extenso no puede medir cualquier extension; seria preciso que estuviera fuera y encima de la extension que trata de medir abarcando sus puntos extremos, longitud, latitud y profundidad, y para ello es claro que el ser que mide ha de ser mayor que la cosa medida: esto es evidentemente falso en nuestro caso, por medir el hombre tantas cosas enormemente mas extensas que su ser material: luego es concluyente que el ser pensador del hombre que mide, combina, juzga, ha de ser inextenso, indivisible, inmaterial. Pero, podriase replicarme: si es cierto que los elementos corpóreos, segun algunos filósofos, son simples é indivisibles, ¿repugnaria acaso que uno de estos elementos fuese en nosotros el ser pensador?

La repugnancia es tal, aun segun el sistema de estos, cual la de que un cuadrado pueda ser círculo, quedándose cuadrado; ó bien un círculo ser una parábola, quedándose círculo. Dios puede, como pueden los hombres, de un cuadrado sacar un círculo, y de un círculo una parábola, pero entonces ni el cuadrado será cuadrado, ni el círculo será ya círculo. Así tampoco puede hacer Dios que un elemento corpóreo esencialmente inerte sea un ser esencialmente activo, como lo es nuestro espíritu; por ser contradictorio que una cosa sea á un tiempo de naturaleza inerte, y de naturaleza activa. Y conociendo nosotros por el sentido íntimo la natural actividad de nuestro espíritu, que por sí solo se mueve y determina; conocemos tambien la imposibilidad de que él sea un elemento corpóreo.

Por consiguiente, este ser único, que en nosotros piensa, quiere, ama, desea, mide, combina, juzga, es una sustancia esencialmente diversa de la materia, y de todo elemento corpóreo <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Aquellos hombres, á quienes desagrada tener alma, se esfuerzan cuanto pueden en dar el pensamiento á la materia. Recurren unos á la omnipotencia de Dios, suponiendo que Dios hiciera tal cosa, y que puede hacer cosas contradictorias. Disponiendo otros sus ataques desde mayor distancia, echan el ridículo sobre las ideas innatas y las operaciones del espíritu independientes de los sentidos. Preguntan otros: ¿por qué todos estos espíritus, ó almas humanas, siendo igualmente de una sustancia inextensa, indivisible, obran de tan diversa manera en un niño, en un viejo, en un demente? como si un hábil organista pueda tocar con igual perfeccion un órgano muy bueno que otro imperfecto y echado á perder. Los reducidos limites de una nota no me permiten entrar en pugna con Helvecio, con el baron de Holbach y con cuantos los han precedido ó sucedido, y hacerles ver que la doctrina de Platon y de tantos otros filósofos antiguos y modernos no merecè el desprecio con que se trata de cubrir las ideas innatas, y las operaciones del espíritu independientes de los órganos de los sentidos. Nada diré tampoco acerca las ideas abstractas, que nadie negará al hombre, ni acerca las verdades eternas, la belleza de las virtudes, que transporta al hombre mas allá de los sentidos; me limitaré tan solo á decir dos palabras acerca el amor innato hácia lo bello, peculiar de todo hombre, y acerca el juicio de este bello, formado por el hombre sin que le sea indicado por los sentidos. Al presentármese una obra de proporción ú orden como las de arquitectura y pintura, sin que entienda yo gran cosa de estas artes, como el mayor número de los hombres, mis sentidos no hacen mas que trasladar fielmente al espíritu basas, capiteles y columnas altas, gruesas, etc.; él las observa atento *súbitamente y de por junto*; hace sus reflexiones, y juzga el todo, lo aprueba, ó lo condena. Esto es bello, digo yo, eso es mejor, aquello tiene un no sé qué, que desagrada: lo conozco y lo afirmo, aunque no sepa por qué es bello, por qué es mejor, ó desagradable; con que mi espíritu juzga de esta belleza sin tomar los motivos de los sentidos. Aquel sencillo lugareño, que con la armonía de su voz me impresiona y conmueve, demuestra ser mas hábil en el arte música que no lo son sin duda célebres profesores, que con sus estrépitos y gorjeos me ensordecen y aturden. Conozco mejor el canto por medio de una reflexion totalmente intelectual que hace mi espíritu combinando dos sensaciones distintas: así lo siento yo y lo aseguro, por mas que no descubra por qué razon es mejor y preferible; y si no conozco esa razon, es porque los sentidos no me suministran los medios de poder conocerla; y sin embargo, aunque falto de estos motivos, juzgo de la armonía, y juzgo sin temor de equivocarme. Mi espíritu, pues, juzga á veces independientemente de los sentidos, así como quiere ó no quiere, ama ú aborrece por su propia virtud, sin dependencia alguna de los sentidos.

§ V. — *Continúa.*

Echemos una ojeada á la naturaleza de los seres inferiores al hombre. ¿Dónde está la flor, dónde está el árbol, que no sean perfectos en todas sus proporciones? ¿Dónde está el insecto, que en su género sea imperfecto? ¿Ó podrá añadirse una pluma mas á alguna ave, una espina á algun pez, una vena ó un músculo á un animal cualquiera? No por cierto: todo está acabado en su género por sus proporciones y por sus fines.

Prestemos mas atenta observacion á la naturaleza de los seres dotados de sensibilidad y de cierta inteligencia. Todos van en pos de aquellos objetos, cuya adquisicion forma su bien, su contento, su natural felicidad; ¿falta alguna cosa en el aire, en el agua y en la tierra que ellos puedan desear? ¿Buscarán en vano el cumplimiento de sus deseos? Por mas que hayan meditado los hombres, por mas indagaciones que hayan hecho los filósofos, nadie ha creido descubrir en ninguna especie de animales, instintos insaciabiles, ó deseos dificiles de contentar. Calmoso está el rebaño en la pradera, y gozoso en su nido el pajarillo, pósase contento el insecto sobre las flores, no se descubre en ellos inconstancia ni volubilidad; lo que una vez les ha saciado, les sacia siempre; el tédio y el hastío son cosas extrañas á su naturaleza, nunca oímos sus suspiros, no vemos en ellos perplejidad, ni los sorprendemos pasando de un objeto á otro, enojados, volubles é insaciabiles. Mas no sucede así al hombre, cuya mente da mil vueltas sin saber por dónde, se agita sin saber por qué, siempre en busca de la felicidad sin hallarla jamás; ningun objeto le satisface del todo, nada le contenta; dominado siempre por nuevos deseos pregunta como Alejandro el Macedonio si hay mas mundos que conquistar, exclama como Salomon: que todo en la tierra es vanidad y afliccion de espíritu; engañado siempre por la experiencia, y con una inquietud natural, que le persigue hasta en medio de los mas dulces placeres, de los mas altos honores y lisonjeras delicias; y sin ser uniforme y constante en nada mas que en la inquietud y en la inconstancia <sup>1</sup>. El hombre es, por lo tan-

<sup>1</sup> Es cosa muy sensible y digna de compasion la sincera descripcion que cada hombre hace de su estado. El que abunda en riquezas y honores, y es tenido por la mayor parte del género humano en opinion de hombre feliz, pinta

to, un ser á cuya perfeccion le falta alguna cosa. Y en la tierra no se ha encontrado, ni llegará á encontrarse cuál sea la que lo pueda completar y saciar. Por lo que el hombre deberá ser siempre un ser incompleto; pero es repugnante que el Ser supremo y perfecto haya formado seres naturalmente incompletos para dejarlos en tal estado: luego el hombre alcanzará al fin su complemento; encontrará alguna vez el objeto que ha de saciarlo, y

su condicion de un modo triste y desconsolador. Vosotros me estais viendo, dice, en medio de la magnificencia de mis palacios y de la multitud de mis sirvientes, como quien nada en delicias y placeres, y por eso dais en creer que yo soy afortunado y feliz. Es que vosotros no observais una multitud de ideas y deberes que me oprimen, mil impensados accidentes que me trastornan, ciertas enfadosas miras que me quitan la libertad. Son ciertamente seductoras y halagüeñas las muestras de respeto y de benevolencia que mis servidores me ofrecen; pero por una larga y segura experiencia he llegado á conocer que no son sinceras, que ellos aman mis riquezas, y no mi persona, que como me envidian tratan de rebajarme y envilecerme. ¡Oh cuánto mas felices sois, prosigue, vosotros inocentes labradores, viviendo sencillamente sin mas cuidados que cultivar los campos, que no son ingratos á vuestros afanes! vosotros amais y sois correspondidos, y vuestro amor es sencillo y natural; dormís gustosamente al pié de un árbol como en un lecho de mórbidas plumas, y la suavidad de vuestros sueños no es interrumpida por el cúmulo de los negocios, ni por la envidia de vuestros enemigos. Vuestra mesa es rústica y frugal; pero vuestra disposicion y vuestro apetito os hacen mas sabrosas las cenicientas tortas, que á nosotros las exquisitas salsas. Ved ahí un hombre que sin haber nacido aldeano ambiciona el bien de este.

Pero escuchad cómo el dichoso labrador describe su propia situacion. Yo soy, dice, un miserable que como un pedazo regado mil veces con mis sudores. ¡Cuántos pensamientos, cuántas fatigas empleo yo en estos campos antes de sacar de ellos el menor fruto. Es cierto que me anima á veces alguna esperanza; pero una nube que se vislumbre, un leve viento que se levante, me llena repentinamente de temores, me abate, y paréceme ya ver al devastador granizo cayendo sobre las doradas mieses. Pero lo que mas me aflige es la opresion de los poderosos, la prepotencia de los grandes, las vejaciones y crueldad de los amos. ¡Estos son felices sin merecerlo! No los llama el sol naciente á incansantes y pesados trabajos; no conocen la crudeza del hielo, ni han sufrido la dolorosa sensacion de los ardientes rayos del sol de verano: encuentran sus mesas pródigamente servidas, reposan en mullidos lechos, y los placeres, honores y delicias se ofrecen á porfia á llenar su felicidad. Y ved ahí un hombre que mira á cierta clase de personas como á semidioses.

Si un hombre se obstinase en querer gozar de todos los honores, placeres y solaces terrenales propios de toda clase de personas, en breve el disgusto y el fastidio reemplazarian á tan infeliz experiencia: Preciso es al fin convenir en que no hay en la tierra dicha completa para el hombre que todo lo llene y satisfaga.

darle sosiego y perfeccion; mas, como semejante objeto no se halla en la tierra, segun hemos demostrado, necesariamente el hombre ha de sobrevivir á su cuerpo, para poderse unir al deseado fin; y á mas, alcanzado ya este fin, el hombre contento, satisfecho y feliz debe esperar con firmeza que la mano omnipotente y vivificante de Dios saque nuevamente á su cuerpo de las revoluciones de la tierra, y hecho tambien impasible é inmortal, lo reuna á su espíritu, no como á una atadura, sino como á instrumento de sus sublimes operaciones, en perfecta concordia y comun felicidad; porque si esto no fuera así, el hombre quedaria aun con tendencias naturales hácia ese cuerpo; por lo cual seria imperfecto é incompleto, siendo como es un ser compuesto de espíritu y cuerpo. Caiganme á pedazos las carnes, no me quejaré; aunque vea yo revolverse sobre mis huesos medio descarnados el roedor gusano, no me asombro; venga la muerte á arrancarme el cuerpo, yo la aguardaré á pié firme; como á espíritu inmortal, me será dado ver mis huesos destrozados por el arado, y mis cenizas esparcidas por el viento, sin que dude un solo instante de reasumirlas otra vez; el Omnipotente, que hace sus obras con perfeccion y no puede hacer al contrario, me da segura garantía de ello.

§ VI. — *El hombre criado para Dios.*

¿Cuál será el objeto natural del hombre, su fin, su reposo y su contento? ¿Cuál es ese complemento tan deseado por el hombre? Busquémoslo.

Un ser capaz de desear la fruicion de delicias, de placeres, de honores mas elevados y dignos, mas intensos que los que ahora disfruta, lo deseará siempre. Pero un ser que viva en estado de deseo, no estará tranquilo, contento, ni será completo y feliz hasta colmar sus deseos, y alcanzar la posesion de lo que anhela.

El hombre es este ser capaz de desear la fruicion de delicias, placeres y honores mas elevados, mas dignos é intensos que los que pueden darle las criaturas todas segun constante experiencia; puede tambien aspirar á gozar todo lo que gozar se puede hasta aquel grado de que puede hacerse capaz; puede desear todo lo suave, lo dulce, lo bello, todo lo que se puede gozar, y *todo junto, todo en un instante, en un solo acto, sin que cese jamás, y que dure para siempre.* Si tanto puede desear el hombre, es consiguien-

te que lo desea por estar inclinados todos los seres á desear lo mejor que para sí mismos pueden anhelar. Hasta que se llene, pues, esta ancha capacidad del corazon humano, el hombre será siempre insaciable, incompleto é infeliz; y andará siempre en busca de aquel bien, de aquel objeto á que tiende naturalmente su corazon, sin conocerlo, ni hallarlo, pero bien convencido de que no lo posee.

Mas ¿cuál es ese bien, ese objeto tan ardientemente deseado por el hombre? Una belleza sobre todas las bellezas, un amor sobre todos los amores, esencia increada, original, que fue, es y será todo cuanto se puede ser de grande, de sublime, de suave, de dulce, puro, perfecto y feliz; de suerte que la hermosura, las delicias, los placeres, los amores, perfecciones y felicidades de todo lo criado no son mas que un débil vestigio de un centelleante rayo de esta eterna belleza, y original esencia, que se exalta y regocija en sí misma con un júbilo increado é inconcebible. ¿Puede el hombre aspirar á mas? ¿No encontrará en esta fuente de toda felicidad el objeto de su eterno reposo? ¿Qué puede desear mas, si otro mas es imposible, porque se halla fuera de toda existencia? ¡Ah sí! que mi corazon palpitante me dice que de esta suerte el Criador universal acabará la estupenda obra de mi creacion, que de esta suerte apagará del todo la vehemencia de deseos que él mismo encendió en mí, y *no en vano*. Si un débil vestigio de un solo rayo de este inmenso Bien, que se me aparece como un relámpago, en tal grado me encanta, enamora y arrebatá, ¿en qué afluencia de gozo nadará mi corazon cuando absorto y perdido gustará á manos llenas aquella misma felicidad increada en que brilla Dios y se exalta desde la eternidad?

¿Es posible que yo exista para siempre? ¡Oh benéfico Criador mio, que te dignaste mirarme en la nada, y con tal poder me llamaste á la existencia! ¿acaso me aniquilarás? ¡Cuán opuesta me parece á tu ser bueno y perfecto esta idea de aniquilamiento! ¿Serviré acaso de estorbo á tu inmensidad? ¿Es posible que cuando me hayas perfeccionado y hecho feliz, cuando hayas coronado tus dones con el don mas grande, y me veas feliz, absorto en tí, es posible, repito, que como cansado de favorecerme, como envidioso de mi felicidad, quieras arrancarme del objeto á que con tanta vehemencia yo me dirigia, y hácia el cual me llamabas tú incesantemente? No lo creo, antes bien pienso y deseo lo con-

trario, y este deseo ardiente me lo has dado tú, tú que no puedes engañarme. Seré inmortal. ¡Bella inmortalidad! Tú eres el consuelo de mis miserias, tú suavizas mis trabajos; si te muestras al afligido, alza la frente y se sonríe; al verte él oprimido se llena de valor y espera; y el opresor y el fuerte tiemblan delante de ti, y huyen<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Siendo Dios el conjunto original de todas las perfecciones, ha de ser, por consiguiente, naturalmente amante del orden y de la virtud. Demostraremos en breve, que él exige del hombre ciertos deberes, como el sincero reconocimiento de sus beneficios, la probidad, el amor al prójimo, la gratitud, la obediencia, la justicia, la mas excelente de las virtudes sociales. Ciertamente, es esta una verdad totalmente conforme con la idea que tenemos de Dios, es una verdad, que hasta la llevamos impresa en el corazon. *Dios quiere el orden, quiere la virtud.* Si el ser del hombre se limita á la vida presente, si su existencia está naturalmente limitada á tan estrechos confines, podemos deducir que Dios ha establecido medios insuficientes, impropios y poco adecuados al fin señalado, que es el orden y la virtud. Figúrese el hombre por un instante, que se halla destinado á perecer con la disolucion del cuerpo, y no se contente con dudarlo, como hacen comunmente los materialistas, sino esfuércese en persuadirse de ello; recójase entonces en su corazon y haga el escrutinio, y verá desde luego que se mudan los principios, y que el hombre no puede ser mas que un mónstruo, y debe serlo por ley de la naturaleza. Veamos cómo.

El hombre debe buscar su felicidad; esta es la primera de las verdades, que el hombre siente indeleblemente impresa en su corazon. Si nada tiene que esperar el hombre despues de la muerte, debe durante la vida abocarse á todas las fuentes de felicidad que tenga á su alcance; luego, los bienes, los placeres, los honores de esta tierra son el único objeto á que incesantemente tiende, y no puede menos de querer. Por lo tanto es enemigo natural suyo el que le pone obstáculos al logro de aquellos. El engaño, la adulacion, la hipocresía, la calumnia, la violencia son deberes inspirados por la naturaleza, y por consiguiente admitidos por su Autor, é igualmente el homicidio, el hurto, el adulterio, el rapto, siempre que le ayuden sus fuerzas, y las circunstancias le garanticen la impunidad por parte de los hombres. Si degüella á su amigo para robarle, si da un veneno á su mujer para unirse con otra, si ahoga á su padre para asegurarse de que nadie le vigila, cumple un deber, y esta idea de deber ha de sofocar en él todo remordimiento. ¿Qué es la virtud para él sino una fantasma estéril, una penosa carga? Debe, pues, aborrecerla por deber natural. Y ¿qué es Dios para él, sino el mas horrible tirano, que se divierte con él, le muestra un bien como la inmortalidad, se lo da á conocer, le hace sentir sus atractivos, y despues se lo niega; digno por lo tanto de todo el odio del hombre? Mas estos son blasfemias. ¿No es, pues, un mónstruo el hombre sin la idea de la inmortalidad? ¿No es un mónstruo que por naturaleza debe destruir el orden, y aborrecer á Dios y á la virtud? Pero hay ateos, dirá alguno, hay materialistas, y al fin no se ven semejantes mónstruos. ¿Sabeis el motivo? En primer lugar, porque muchos de estos son hombres inconsecuentes, que no siempre

§ VII. — *El hombre amado por Dios.*

El descubrimiento de tan grandes verdades llevan nuestra mente al colmo de la admiracion y del estupor. Nos vemos arrebatados y atraidos por un dulce éxtasis. ¿Qué cosa es el hombre? ¡Cuán grande es Dios, cuán magnífico y generoso se muestra con el hombre! ¡Y cuán pequeño, cuán débil es este para corresponderle! ¿Dónde hay un ser mas favorecido y amado de Dios, que el hombre? ¿Pero qué? ¿Ama Dios al hombre? Nuestro corazon se ha conmovido tiernamente ante una verdad tan íntima, antes la profirió la lengua, que el entendimiento conociera su fuerza y peso. ¡Dios á pesar de ser feliz y dichoso en sí mismo ama al hombre! ¡El inmenso, el infinito, ama al hombre! Si, es cierto; Dios nos amó, y podia dejar de amarnos; nos amó sin interés, y solo por nuestro bien; nos amó en la nada; nos destinó á la felicidad cuando aun no existíamos; infalibles testigos somos nosotros de su amor, y lo son sus generosidades y mercedes. Ama tambien, en algun modo, á las criaturas inferiores, que nos sirven y nos

obran segun sus principios, porque no pueden borrar ni las huellas de la virtud, naturalmente impresas en el corazon del hombre, ni los efectos de una buena educacion. En segundo lugar, tales hombres á la vista de ciertos delitos estrepitosos, no esperan encontrar siempre ocasion oportuna para cometerlos. Finalmente, la razon mas comun es que la mayor parte de estos hombres, si no son todos, en su decantado ateismo ó materialismo, por cuantos esfuerzos hagan, no pasan de la duda, y en el corazon les queda siempre *un puede ser* que nos equivoquemos, y que en verdad existan un Dios, y otra vida. En efecto, esta posibilidad, esta indeleble duda que les deja la Providencia divina para bien de los demás hombres, es un terrible martillo, un dique, que de cuando en cuando les corta el paso en el camino de la iniquidad. Pero sus principios por ley natural no pueden menos que ser destructores de toda virtud, de todo orden, y de toda sociedad. Estos principios son legitimos, como hemos visto, puesto que Dios no ha dado al hombre la inmortalidad. Por eso todo el mundo moral estaria en completo desórden, y lo estaria naturalmente por voluntad de Dios. Y como esto no puede ser, pues no cabe en Dios mas que el orden y la virtud; debemos deducir firmemente que Dios dió al hombre la inmortalidad, sentando con ello las bases de la virtud y del orden: y si á veces en el mundo moral impera el desórden, no es mas que parcial, y contrario á los principios fijados por Dios en el corazon del hombre, y es culpa solo de este. Es cierto que Dios podia criar al hombre y no darle la inmortalidad; pero entonces debia formarle una naturaleza diversa. No habiendo hecho esto, y habiéndole dado la naturaleza que tiene, ha proclamado por medio de ella su inmortalidad.



obedecen; pues son ellas tambien obras de sus manos; pero las ama principalmente en nosotros y para nosotros. Porque es un hecho que las ha criado y dirigido á nuestro servicio; el aire, el agua, el fuego, la tierra, y todo cuanto está oculto en su seno, todo está en movimiento y actividad para nosotros. Entre los vegetales, ¡cuántos nos atraen con sus aromas, nos invitan con sus sabores, y nos encantan con su belleza! Unos embellecen nuestros jardines, otros alegran nuestras campiñas; elévanse estos para cubrir nuestros palacios, y aumentan sus proporciones aquellos para darnos un suelo en que dominar los mares. Y entre los animales, ¡cuántos se asocian á nuestras fatigas, nos llevan en sus espaldas, ó se arman en defensa nuestra! Unos nos proporcionan su lana, y nos ofrecen su leche, otros alegran nuestras ideas, y otros dulcifican nuestras desgracias, y acompañan nuestros lamentos. ¡Grande don es el amor de Dios hácia el hombre! Que el hombre alce la vista, ó la baje, que mire á la derecha ó á la izquierda, ó se recoja en su corazon; no puede menos que conmoverle el reconocimiento, y despertarse en su pecho vivos afectos de gratitud.

## CAPÍTULO VI.

### DE LOS DEBERES DEL HOMBRE.

#### § I. — *El hombre obligado estrechamente á Dios.*

¡Cuánto me agrada la sencillez de la naturaleza! Subo á una colina de suave pendiente, ¡qué bella perspectiva se me presenta! Veo una extension de mar que vagamente refleja los rayos del sol naciente. El tortuoso giro de los riachuelos á los rios, de los rios al mar, dispierta en mí la patética idea de la tendencia de las criaturas hácia el hombre, y del hombre hácia Dios. Observo las pintorescas campiñas y la extension de los prados, que tienen un no sé qué de halagüeño. Por otro lado descubro una rústica extension de montes, y selvas y valles, que parecen la morada del descanso y del silencio. El puro y leve airecillo que suavemente se mueve, las dulces modulaciones de los pájaros, que ligeros vuelan de hoja en hoja, el balido de los corderillos, el eco de los montes, el sencillo, natural y tierno canto de los pastores aumentan mi complacencia. En suma, yo me comparo á un soberano rodeado de sus vasallos. Sin embargo, no puedo persuadirme de que la vista de tantas bellezas no sirva mas que para producirme un sencillo placer. Quiero mirar con mayor atencion las criaturas, al menos aquellas que están á mi alcance ó mas cercanas á mí. Me separo de cualquier otro objeto, fijo mi atencion particularmente en algunas, me adelanto y observo; me elevo aun mas, y veo que estas criaturas tienen ciertas expresiones y hablan un lenguaje desconocido. Fijo atentas mis miradas en una planta de trigo, y parece que me está diciendo: Mira cuánto hago para tí; me desarrollo, crezco, me dilato, y de día y noche, en invierno y en verano trabajo en producir unos cuantos granos para tí; pero dime, ¿de qué manera tomas tú mis homenajes, cómo rindes los tuyos al Padre comun, al Criador universal? ¿Son tus afanes continuos é incesantes como los míos?

Adelantemos nuestras consideraciones; venid conmigo, observemos atentamente. ¿Veis allí aquella fuente que nos atrae é in-

vita? Acercaos á ella, parece que nos esté diciendo: Ved cuán cristalinas, cuán frescas son mis aguas; bañad vuestros labios, y refrescaos las manos. Este es mi homenaje; rendid ahora el vuestro. El mio es para vosotros, el vuestro para el comun Bienhechor y Criador universal. Yo sirvo á este sirviéndoos á vosotros, mas á vosotros toca ofrecerle mi servicio unido al vuestro<sup>1</sup>. ¿Puede darse un lenguaje mas enérgico y penetrante al paso que mas sencillo? Escuchémosle en otro lugar. ¡Qué florido está aquel pedazo de tierra! Observémoslo. Aquellas flores nos excitan, parece que porfien entre sí por atraernos. Ved cuán bella soy, nos dice la rosa, y cuán perfumado está el aire que me rodea; ¿no os halagan mis efluvios? ¿no os cautiva la delicadeza de mis colores? Regocijaos, gozad en ellos. Este es mi vasallaje, dad el vuestro. Aquellos árboles tan bien dispuestos, cuyas frondosas ramas se encorvan por el peso de los frutos que de ellas penden, ¡cómo nos halagan é incitan! Ven, me dice aquel peral, ven, descansa bajo mi sombra, prueba, y sáciate de mis frutos, mira cuán maduros están; estos son para tí. Recibe mis dones, pero ríndelos tú á la fuente increada de todos los dones. Aquella corderilla que balanceando corre hácia mí, y rueda y se rebulle á mis piés, no parece que me pida que la despoje de su lana para mi provecho. Aquella ternera de henchidas tetas que mugiendo se para, está repitiendo, toma, ordeña mi leche para alimentarte; toma, pero da. Toma, pero da, me dicen la tierra, el agua, el fuego y el aire. Toma, pero da, repiten las yerbas, las flores, las plantas y los árboles, los cuadrúpedos, volátiles y peces. Pero ¿qué debo yo dar, amables criaturas? ¿Qué debo yo ofrecer por vosotras y por mí al comun Criador?

La voz infalible de las criaturas nos intima, pues, que rindamos tributo al Criador. Por lo mismo algo tendremos que poder dar, sino las criaturas nos hablarían en vano. Consultemos sesudamente á nuestra razon.

Una reflexion madura acerca la naturaleza humana y los beneficios que ha recibido de Dios, nos da á conocer que debemos principalmente y ante otra cosa al Bienhechor universal un homenaje todo nuestro; que tenemos la libertad de rendir ó no ren-

<sup>1</sup> El espectáculo de la naturaleza (dice J. J. Rousseau, *Elois.*, tomo V), tan vivo y tan animado, está muerto para el ateo. — Y en otro lugar: — La doctrina de los ateos es desoladora. (*Promen.* 3).

dir un homenaje el mas digno de estimacion, el mas precioso; un homenaje, en fin, que no pueda por manera alguna ni fuerza ser impedido ó suspendido. Pero ¿cuál será este homenaje? Analizando nuestra esencia, y escudriñando entre nuestras afecciones y tendencias, hallamos que no puede ser sino un homenaje de amor, porque precisamente este amor es todo nuestro; está á nuestro albedrío el darlo ó no; es el mas digno de estimacion, y el mas precioso homenaje que podamos nosotros ofrecerle, el cual ninguna fuerza criada podrá no solo impedirnos, sino ni quitarle el menor grado de vehemencia. Cierta ley de analogía da todavía mas solidez á nuestro descubrimiento. El grandísimo é infinito amor que hácia nosotros tuvo y conserva el Ser supremo, exige toda la fuerza y extension de nuestro amor; y las criaturas todas en el acto de hacernos sentir los efectos de las dádivas de este Ser Criador, parece que nos están, en cierto modo, hablando de amor, y que nos invitan á que lo amemos. Aquel céfiro que dulcemente sopla parece que vaya diciendo *amor*: aquel arroyuelo repite *amor*. *Amor* vemos pintado en las flores, y lo hallamos y sentimos en las yerbas y en los frutos. Si nos retiramos á las selvas, los árboles nos hablan de amor; se nos presentan los pájaros, y nos preguntan si amamos; si nos vamos á los mares, descubrimos allí *amor*; y hasta recogidos en nuestras habitaciones encontramos el *amor*. Y ¿será posible que no amemos? ¡Cuán tierna y suave es para nosotros esta idea de amor! Padre increado, Ente supremo, impon silencio á las criaturas, ó dispierta en nosotros mismos, en cuanto sea capaz de ello nuestro corazon, una intensa llama de amor. Vuélvete hácia los hombres, estas criaturas tuyas que sucumben y desfallecen, que quisieran amar, y parece que no puedan; y que sabiendo cuánto deberian amarte, no te aman.

§ II. — *El hombre debe amar á Dios, y á todas las cosas en Dios.*

La ley del amor se la dictan al hombre todas las criaturas. Estas, que por su incapacidad no pueden amar á Dios, obligan al hombre á cumplir por ellas y por sí mismo este elevado é indispensable deber. Solo á la razon humana está señalado el determinar la fuerza y la extension de este amor. Fijemos un principio.

Nuestra existencia, nuestras cualidades, todas nuestras prerogativas nos vienen de Dios; todo cuanto hemos adquirido en

probidad, en ciencias, en bienes de la tierra, lo hemos recibido de esta mano benéfica, que da el poder y la voluntad, que de todo dispone los medios, y conduce rectamente los efectos con peso, medida y sabiduría inefables. Todos los seres naturales son sus ministros; los hombres, con ventaja propia, somos sus agentes y administradores. Si todo, pues, nos viene de solo Dios, mediata ó inmediatamente, es consiguiente que debemos á Dios todo nuestro amor, con toda su extension, ardor é intensidad.

Un filósofo ofrece al mundo enseñar en un solo dia toda la sabiduría moral. El mundo lo toma por un extravagante; riense de él los mas célebres pensadores, sin que por eso él se desanime. Llama al discípulo, y le pide su atencion; le descubre la grandeza, la amabilidad, la beneficencia del Ser divino; de aquí lo interna en su propio corazon, le muestra hasta la evidencia sus obligaciones, sus tendencias, y le pregunta despues: ¿Cuál es el objeto de tu amor? Y responde el amaestrado discípulo: Dios. Ama, pues, sinceramente á Dios, replica el filósofo, y serás perfectamente sábio. Esta es toda la sabiduría.

En efecto, puesta la base fundamental de que Dios sea el único objeto de nuestro amor, se sigue necesariamente que nosotros debemos secundar esos llamamientos é impulsos, que el soberano Señor se digna hacer sentir á nuestro corazon como determinaciones suyas inmutables. — Nuestro amor de nosotros mismos, el amor de nuestros semejantes. — El amor de nosotros mismos, que es una verdad de sentimiento que nos infunde Dios, nos hace buscar la felicidad, porque Dios nos manda buscarla. Del deber de amar á nuestros semejantes nace el ejercicio de todas las virtudes sociales, la sinceridad, la gratitud, la fidelidad, el desinterés, la beneficencia, la justicia, y todas las demás virtudes que enlazan con un dulce nudo de concordia y fraternidad á todos los hombres.

Adoptados estos principios de buena fe y con sinceridad, demos una ojeada al mundo moral, observemos un poco el encadenamiento, el órden y las relaciones que necesariamente han de existir entre el soberano y los súbditos, entre el rico y el pobre, el infeliz y el afortunado. No se encontrarán, por cierto, otros mas sólidos y mas útiles, mas estables y perfectos.

El soberano, que ama á sus pueblos como á sí mismo, porque los ama en Dios y por Dios, se tiene por un padre amoroso rodeado

de sus hijos, se persuade de que está sentado en el trono, no para aumentar sus placeres ni para gozar de los homenajes de sus súbditos, ó deleitarse en el esplendor de su majestad, sino para aliviar los sufrimientos de sus pueblos, y para fomentar en ellos la paz, el reposo y la felicidad. Su trono está rodeado por aquellos que le dicen sinceramente la verdad, aunque sea amarga á veces. Su morada está igualmente abierta al rico que al pobre. Con igual placer, con la misma presurosa atencion escucha él la voz de un mendigo que la de un grande de su reino. La vista de un infeliz es para él un callado, pero penetrante reproche. Léjos de sacrificar al menor de sus súbditos á sus particulares intereses, se forma de él un objeto de ternura y de compasion. Premia solamente á la virtud, y castiga solo al vicio igual é indiferentemente. En fin, se demuestra en todo tal como debe ser necesariamente un soberano, que ama á sus pueblos como á sí mismo.

Los súbditos, hallando en el príncipe un padre amoroso que trata de conocer sus necesidades para proveer á ellas; que todos los medios agota para disminuir su infelicidad; que constantemente vela sobre sus haberes y sobre su vida; que lleva el gravoso cuidado de toda la sociedad, y se hace casi infeliz para hacerlos á ellos felices, conocerán que no tienen sentimientos de amor, de ternura, de gratitud y de adhesion proporcionados á tan grandes beneficios; se persuadirán de que al soberano se deben la sumision, la obediencia y el respeto que él no exige sino para utilizarlos en su provecho. Le amarán, finalmente, como se aman á sí mismos, le amarán en Dios y por Dios, y en cuanto Dios lo quiere. Los derechos de la soberanía no pueden estar mejor fundados y seguros. En este sistema un rebelde es un enemigo de toda la sociedad y destructor del órden.

El rico en vez de ensoberbecerse se reconoce hermano del pobre, y reflexiona que acaso sus mayores sirvieron antes á los antepasados de aquellos que ahora obedecen sus órdenes, y que semejante suerte podria tambien tocar á sus sucesores. Estos pensamientos le humillan; él se considera como depositario y repartidor de sus riquezas; se muestra benéfico sin fomentar la ociosidad y la pereza, liberal, mas no pródigo; humilde, y no imbécil; trata á sus criados como quisiera ser tratado él si fuese como ellos; ayuda á la sociedad con las ciencias, con la prudencia, con los consejos y con las riquezas sin mira alguna, sin el menor interés,

solo en Dios y para Dios. No es posible hallar un impulso mas fuerte, un medio mas estable.

El pobre llega á ser necesariamente fiel, subordinado y laborioso; vive contento en medio de sus fatigas, porque sabe bien que aunque el granizo puede devastar los campos bañados con su sudor, no puede quitarle el corazon de su amo; que la vejez puede volverle débil, pero no hacerle infeliz.

El afligido, no bien ha experimentado el infortunio, encuentra ya el consuelo; y aun cuando no le venga directamente de parte de los hombres, le sirve al menos de grande aliento el saber que todo el mundo se aflige con él y por él.

El afortunado tiene gusto en hacer participes de sus prosperidades á sus semejantes, y no se propone otro intento que el de consolar afligidos y auxiliar á infelices; los ama á todos, y de todos es amado; no teme perder lo que posee, porque sabe que sus hermanos léjos de despojarle de ello desean sinceramente duplicárselo.

Si todos los hombres tomasen por norma estos principios, la bella edad de oro no se contaria ya mas entre las quimeras.

§ III. — *Sientanse sólidos principios acerca el amor del hombre hácia sí mismo y hácia sus semejantes.*

El hombre debe todo su amor á Dios en todo tiempo y en todo lugar, en toda su extension; le debe este homenaje de reconocimiento, que no le es por su naturaleza ni grave, ni pesado, ni fatigoso, sino agradable, dulce y suave.

Si el hombre ama sinceramente á Dios, debe amar por consecuencia todo lo que es de Dios *en cuanto es de Dios*.

Si el hombre ama en efecto á Dios, debe por lo mismo amar solamente todo lo que Dios quiere que ame, porque tal es la voluntad de Dios. Pasemos á la aplicacion de estas verdades.

Todas las criaturas son de Dios; debe por lo tanto el hombre amar á todas las criaturas.

El hombre es la mas bella y perfecta criatura de este globo; siente esculpido en su corazon el amor de sí mismo y de sus semejantes; por lo que el hombre debe amarse á sí mismo y á sus semejantes en Dios y por Dios, y porque este quiere que los ame efectivamente y con orden.

Si el hombre debe amar á sus semejantes como á criaturas que son de Dios, siendo los hombres todos criaturas de Dios, sale, por consecuencia, que el hombre debe amar á sus semejantes igualmente é indiferentemente, porque igual é indiferentemente son criaturas de Dios.

Si el hombre debe amarse á sí mismo en cuanto es criatura de Dios, siendo los hombres todos igualmente criaturas de Dios, se tiene, por consecuencia, que el hombre debe amarse á sí mismo igualmente que á todos sus semejantes, y debe amar á sus semejantes igualmente que á sí mismo, siendo todos igualmente criaturas de Dios. Pero como el amor de sí mismo, infundido por Dios, sea mas penetrante y sensible, en *igualdad de circunstancias* se debe el hombre la preferencia á sí mismo.

Estas son las bases fundamentales, los principios directivos de la facultad de amar. En fuerza de estas todo el amor del hombre se refunde en Dios, todo viene de Dios y vuelve á Dios. Un amor continuo, porque el objeto amado es eterno: un amor constante y firme á toda prueba, porque su objeto es invariable y siempre el mismo; un amor, en fin, puro, sincero y cándido, que no encuentra ni busca su interés mas que en Dios, que no tiende mas que á Dios, ni se para y descansa sino en Dios; un amor semejante es el mas sublime y el mas digno de ofrecerse á Dios, es el único verdadero, estable y efectivo de que puedan los hombres lisonjearse mutuamente. A vista de esto, ¿no es cierto que nuestra tan decantada beneficencia regularmente no pasa de una vanidad? ¿No es cierto que nuestra espléndida liberalidad es ordinariamente interesada, y que nuestra compasion es casi siempre debilidad? Internémonos mas. Conformemos nuestro corazon con los principios establecidos. No queramos encubrir nuestras miserias, confesémoslas. ¿Son efectivamente los hombres como deben ser? ¿Aman á sus prójimos como á sí mismos? ¿Viene acaso de Dios su amor reciproco, y se sostiene fundado en Dios? ¿Forman entre sí un solo y comun interés? ¿Miranse uno á otro como un solo hombre? El que resolviese esas cuestiones por la afirmativa se haria indigno de la impugnacion. Sobrado evidente es que la humanidad ha torcido el camino, que los hombres todos en vez de inclinarse á la derecha se han inclinado á la izquierda, y corren por donde no debieran. Se forman tantos intereses particulares cuantos son las familias y los individuos. Uno ama á otro en



cuanto espera de él ó le teme. Los grandes se halagan mutuamente, porque mutuamente temen ó esperan. El pueblo no ama las personas de los poderosos, sino el lustre, las riquezas y las dignidades que pueden dar. Mírese á un grande en el apogeo de su fortuna, todo el mundo anda detrás de él, se humilla á sus piés, lo colma de bendiciones, se exageran sus dotes, se ensalzan hasta sus mismos defectos bajo el manto de cualquier virtud. Veámoslo ya caído. Se ha quedado solo; la turba de los amigos, de los cortesanos y aduladores se ha alejado; las decantadas virtudes se eclipsaron con su fortuna, y el mundo entero, ó no hace memoria de él, ó lo aborrece y detesta. Uno trata de elevarse, y lo consigue medrando en la desgracia de su hermano, y se alegra; pero en tanto otro trama ocultamente su ruina. Todos aspiran á disfrutar una momentánea y superficial felicidad; conocen lo bueno y lo mejor, y lo aprueban, y se dirigen á lo peor. Todos, por fin, aman á los demás, no en Dios y por Dios, sino en si mismos y por si mismos, y este es el origen de la arrogancia, de la injusticia, del hurto, del adulterio y de todas las demás impiedades; esta es la razón por la que los hombres desconfían unos de otros, prometen y no cumplen, se aborrecen y no se aman. Este es el motivo porque las amistades mas decantadas y firmes son vacilantes y de corta duracion <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> El motivo por el cual debemos nosotros amarnos á nosotros mismos, y amar á los demás hombres, no es otro que la sola voluntad de Dios, voluntad que llevamos y sentimos impresa en nuestro corazón. Yo me observo á mí mismo, y veo que soy una criatura, que nada tiene por sí; me conozco sacado de la nada, ensalzado, lleno de beneficios, privilegiado por el Ser supremo y Criador; todo se lo debo á él, porque soy todo de él: pero como el amor sale de mí, y es una parte de mí mismo, le debo á él toda la fuerza, todo el ardor y eficacia de mi amor, y se lo debo á él solo, incesantemente y en toda su posible intensidad, sinceridad y pureza. Yo, pues, lo ofrezco todo, lo llevo puro y sin mancha hasta su trono; y él por un efecto de su generosidad infinita me impone dulcemente el deber de hacer participante de él á mí mismo y á mis semejantes; así lo hago, pero no divido por eso mi amor, amo únicamente á Dios amándome á mí mismo y amando á mis prójimos por Dios solamente y en Dios; y mi amor no hace mas que un dulce giro; parte de Dios, y vuelve despues á Dios. Sentada la verdad de este principio, es consiguiente que el amor del hombre hácia sí mismo nunca podrá oponerse al amor que debe el hombre á Dios, ni este amor podrá tampoco oponerse al primero, siendo único el amor, única la causa porque se ama, y único el objeto final del amor.

Si se me concede, que el hombre debe todo su amor á Dios, y que por consiguiente el amor que se tiene á sí mismo es el mismo amor que dirige á Dios;

§ IV. — *Dos propiedades del amor.*

No tenemos nosotros cosa alguna que en realidad sea nuestra sino semejante amor; y por consiguiente, todas nuestras riquezas, todos nuestros bienes consisten en este amor. Con qué, á aquel objeto á que damos nuestro amor, con preferencia y en totalidad, damos por consiguiente todas nuestras riquezas, todos nuestros bienes, todo nuestro ser. Pero este no es un don violento, forzado y penoso, sino libre, espontáneo, apacible y dulce.

si se me concede, que Dios no se contradice, que no es posible que quiera y no quiera al mismo tiempo, y que por consiguiente el verdadero amor del hombre hácia sí mismo no puede jamás oponerse al amor del hombre hácia Dios y vice versa; sacaré yo una deducción, que confirma una gran verdad. Diré yo, pues: el sistema que divide esencialmente estos dos amores, que hace que se opongan y contrasten como si no dimanasen de igual origen; el sistema que acaso obliga al hombre á no amar á Dios ni á sí mismo, y hasta á aborrecer necesariamente á Dios y á sí mismo, es un sistema que se apoya en falso, es insostenible y absurdo. Y sin embargo, tal es el sistema de los que hacen mortal el alma del hombre al destruirse el cuerpo.

Un materialista, según arriba hemos dicho, ha de ser un hombre malvado por principios, y este deber le es inspirado continua y fuertemente por su propia naturaleza; y si á veces sigue en parte la virtud, ó es por causa de poco y superficial conocimiento de su sistema, ó bien practica ciertas virtudes públicas, cuya práctica ha de ser tan vacilante, cuanto lo es la esperanza de un premio, ó el temor de un castigo en la tierra. Pongamos este hombre á prueba. Propónese él ser justo con sus semejantes, y tributar á Dios aquellos homenajes que cree debidos por una criatura al Criador. Reconoce á este Ser soberano por único Criador de todo, y liberal dispensador de todo bien. Encuéntrase acaso en la violenta alternativa de anteponer la vida á un acto de justicia, que debe á sus prójimos como juez, ó á un homenaje de gratitud, que debe á Dios como hombre; ó vice versa, de anteponer este acto de justicia, este homenaje, á su propia vida. ¿Qué partido ha de abrazar? Si hace traición á la justicia, si niega descaradamente esta gratitud que debe al Criador, falta con sobrada evidencia á aquel amor, que la razón le dicta deber á Dios totalmente, *en cualquier momento, y sin excepcion*. Pero si él antes que violar estos sagrados derechos halla la muerte, ¿no falta esencialmente á aquel ordenado amor, que se debe á sí mismo, y que la naturaleza le inspira de continuo á cada momento, y sin excepcion? ¿Qué idea mas horrible la de la muerte! Y en el sistema del materialista, ¿no es tal vez el peor, *el último, el mas irremediable de todos los males*? ¿No son para él una misma cosa muerte y aniquilamiento? Luego, el sistema de los que creen mortal el alma del hombre divide y opone esencialmente los dos amores, y hace que el hombre acaso se halle en la dura necesidad, no solo de no amar á Dios ni á sí mismo, sino de tener que odiar necesariamente á Dios y á sí mismo.

Un materialista no ateo que raciocinase con cierto orden reconocería su en-

El objeto del amor primario y total atrae suavemente hácia sí toda la voluntad del amante, la sujeta y la encadena; él entonces no vive mas que en su objeto; no ve, no siente ni obra sino en este; no busca ni desea otra cosa, ni á otra cosa se dirige que á su objeto; á este se une, en este se transforma y convierte; él ve sus cadenas, las conoce y observa, las besa, y se complace en ellas.

El amante es libre en la eleccion de aquel objeto que quiere amar con predileccion y totalmente<sup>1</sup>, y cuando lo ama, tambien es libre de no amarlo, porque tiene libertad de dirigir su amor

gãno con la experiencia. Un cortísimo racionio seria entonces suficiente para él. — Dios no puede permitir nunca que la virtud sea un motivo eficaz de la irreparable infelicidad de los seres racionales y libres. El sacrificio que yo hago de mi vida á la virtud no puede quedar sin premio. Muera el cuerpo: yo sobreviviré á él.

Hé aquí este hombre, que ilustrándose ama á Dios, no queriendo á costa alguna abandonar la virtud; se ama á sí mismo en el hecho de aspirar á un premio elevado, que lo haga feliz, y lo sacie infaliblemente.

<sup>1</sup> Objecion. Aquel objeto, que se presenta al hombre, ó lo hace como del todo bueno ó del todo malo, ó bajo la especie de una mezcla de bien y de mal, sea real, ó aparente: si se le presenta del todo bueno, como la voluntad está naturalmente llevada á abrazar el bien, deberá amarlo necesariamente como bien; si se le presenta del todo malo, como la voluntad se inclina á rehusar lo malo, necesariamente lo aborrecerá; si, por último, se le presenta mezclado de bien y mal, real ó aparentemente, por la misma razon deberá amarlo, si los motivos que lo caracterizan de bien tienen mas fuerza y preponderancia que los que lo representan como un mal; y al contrario, deberá aborrecerlo, si los motivos que lo caracterizan de mal tienen mas fuerza y preponderancia que los que lo representan como un bien. Pero si llegasen estos motivos á presentar una igualdad perfecta, deberá entonces el hombre quedar suspenso, irresoluto é indeterminado. De lo cual resulta que de ningun modo es libre el hombre en la eleccion del objeto á quien quiere amar.

Yo admito de buena gana que cuando se le presenta al hombre un objeto completamente bueno debe abrazarlo, al paso que debe aborrecerlo necesariamente si se le ofrece completamente malo. Advierto, sin embargo, que una combinacion semejante en las presentes circunstancias apenas es posible. El hombre encuentra siempre ó puede encontrar en cada objeto, en cada accion, una cierta mezcla de bien y mal, sea en realidad, ó en apariencia. Limitando, pues, la cuestion á este punto, concedo yo que el hombre esté inclinado, ó si se quiere, tenga necesidad de abrazar ó aborrecer un objeto, á hacer ó no hacer una accion por los motivos de bien ó de mal que él vea preponderar en uno ú otro. Pero noto que no son los motivos por sí solos los que mueven al hombre, sino que el hombre mismo se hace mover por estos ó aquellos motivos, aplicándose libremente á la consideracion de estos antes que de aquellos; y la causa por qué lo hace es, porque prefiere hacer esta accion á hacer aquella, ó quiere abrazar este objeto en vez de aborrecerlo. Y observo mas, que no es la fuerza intrín-

hacia otro objeto; pero hasta que lo ama no es dueño de sí mismo; el objeto amado lo atrae dulcemente, lo transforma, y le hace obrar cómo, cuánto y en lo que quiere; de suerte que diríase casi que no es un hombre que ama á un objeto, sino un objeto que absorbe á un hombre y se transforma en él. Por lo que, si el objeto amado es grande, sublime y perfecto, también el amante estará revestido en algún modo de esta grandeza, sublimidad y perfección; y al contrario, si el objeto amado es ínfimo, débil y bajo, penetrarán en el amante esa bajeza, abyección y debilidad.

Otra propiedad del amor es la de extenderse y dilatarse tanto como se extiende y dilata el objeto amado. Hagamos palpable esta verdad.

Un hombre que cifre en la criatura el total y primer objeto de su afecto, reúne todo su amor, y lo encierra en la misma criatura. Pero este afecto se dilata casi con exceso, y se comunica á aquellos objetos que tienen relación con el objeto primario. Él no los ama porque en sí sean amables, sino en cuanto favorecen y se unen al objeto de su predilección.

saca de los motivos la que mueve al hombre á alguna cosa, sino una fuerza intrínseca que el mismo hombre la da, ó por mejor decir, es la misma fuerza intrínseca, en cuanto está adaptada y aumentada, ó rebajada por el mismo hombre. La experiencia, maestra de la verdad, me hace ver que á veces un motivo tiene una fuerza tan grande, que conduce al hombre á una acción de las más arduas; y tal vez el mismo motivo en iguales circunstancias solo débilmente inclina al hombre á una acción de las más pequeñas: y esto es porque el hombre aumenta ó disminuye esta fuerza á su albedrío cuando quiere, cómo quiere, ó porque quiere. Sé que podría decirse, que el hombre se engaña, que no se encuentra realmente en las mismas circunstancias, y que ciertas ocultas tendencias ó secretos impulsos, que dan fuerza ó se oponen al primer motivo, aumentan ó disminuyen su valor, y que por consiguiente no es el hombre quien aumenta ó rebaja á su voluntad esta fuerza cuando quiere, cómo quiere, y porque quiere. Pero nosotros debemos considerar que aquí no tiene lugar engaño alguno, porque esos impulsos, como no obran sobre la parte material, sino sobre el espíritu en acción, no mueven la voluntad del hombre sino en cuanto el entendimiento los presenta á esta con la fuerza y vigor que le parece, séase lo que fuere de su realidad.

Deduzcamos, pues, que si bien el hombre está inclinado, ó si se quiere, tentado de la necesidad hacia una cosa por los motivos que en ella encuentra; esta necesidad es una necesidad llamada tal impropriamente, una necesidad de consecuencia, una necesidad querida, y de la cual puede librarse el hombre á cada momento; quedando libre por lo tanto de hacer ó dejar de hacer una acción, abrazar, ó aborrecer cualquier objeto.

Este amor es muy limitado, porque limitados y pocos son los objetos que tienen algun enlace con el objeto principal.

Este amor es muy débil é inconstante, porque el principal objeto á que tiende, y por el cual solamente se dirige á otros, es inconstante y naturalmente débil. Pero un hombre, que dedique á Dios su total amor, ama por igual razon cuanto hay en Dios y pertenece á Dios, y lo ama en cuanto es de Dios y tiene relacion con él. Por lo que este amor será en cierto modo infinito, no podrá extenderse mas, porque es todo de Dios, y no hay un *mas allá* que no pertenezca á Dios; será sincero, fuerte, estable, siempre igual y firme, porque el principal objeto á quien se encamina, y solo por el cual se fija en los demás, es el Increado, el Eterno, el Infinito.

§ V. — *El hombre que ama á Dios en orden á los precedentes principios, posee el don de la felicidad.*

El bien público, la paz general, el mútuo auxilio son objetos que interesan en alto grado á toda clase de personas.

Los mas sábios legisladores, y todos cuantos se dan al presente el nombre de filósofos, manifiestan de continuo la necesidad de ellos, inculcan su eficacia, y proponen medios para adquirirlos; pero los mas de estos medios no son proporcionados al fin, y su eficacia sale quimérica. Nuestras meditaciones nos han hecho ver el único medio adaptado, y que tiene verdadera y sólida base; fuera de él bien puede decirse sin ostentacion, que los proyectos podrán ser bellos y seductores, pero que nunca merecerán otro nombre que el de disfrazadas imposturas. Hemos visto el noble cortejo que se forma por sistema el que fija dignamente su amor, y le hemos observado con complacencia contribuir generosamente á la felicidad pública <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Antes que nuestros filósofos hubiesen quitado la máscara con los hechos á la atrocidad de su filosofía, no salian comunmente de sus labios mas que palabras melosas de humanidad, filantropía, tolerancia universal, derechos sociales, recíproco amor, socorros mútuos; y sus libros preconizaban una próxima felicidad para el género humano. Pero temiendo muchos de ellos que la filosofía fuese tachada de impiedad, tomaban prestadas de la Religion sus bases fundamentales, los principios de que dimanaban todas las virtudes sociales, proclamaron un cisma perpétuo entre la Religion y la moral, y hablaron á los hombres en un tono tan imperioso y decisivo, como vano é inútil. — Tú no debes, ó hombre, dicen ellos, atacar los derechos ajenos, para que no sean atacados

Observémoslo ahora en su interior, y veamos si aquella hermosa serenidad, aquel buen orden que por defuera se descubren, reviste el interior de su corazón. Aquí no se necesitaria raciocinio; bastaria llamar á un hombre cualquiera de buena fe, y preguntárselo. Sin embargo, procuremos en cuanto nos sea posible presentar argumentos para persuadir á aquellos, que por lo mismo que no tienen pruebas son temerarios. Dicen ellos que la virtud es penosa, y que no pudiéndose ligar las penas con la felicidad, nunca el virtuoso podrá ser feliz. Vamos á desengañarlos.

Todo el bien del hombre consiste en una paz inalterable, en un gozo consolador, en un contento interno; y todo el mal, al contrario, se reduce á la tristeza, á la afliccion, al dolor. A estos los miro yo como á dos secuaces, de los cuales uno ú otro acompa-

los tuyos. Tú debes aspirar, y concurrir eficazmente al bien, al provecho de la sociedad entera, porque la sociedad entera desea eficazmente tu bien y tu felicidad, y para ellos trabaja. Sean estos los motivos de todas tus acciones. Si el bien público exige las obras de tu habilidad, si quiere el sacrificio de tus intereses privados, y hasta tu misma vida, debes inmolarla generosamente ante el bien comun de tus prójimos. Si te inquieta, te agita, ó te ofende un derecho de tu hermano; debes hacerte una noble violencia á tí mismo, y reprimir, vencer y aniquilar generosamente la perversidad de tus inclinaciones. —

¡Qué lecciones tan sublimes!

Pero ¿por qué he de violentarme, y privarme de unos placeres tan gustosos, y que tan dulcemente me halagan? ¿Por qué motivo he de abstenerme yo de ciertas supercherías, influencias y usurpaciones que me agradan y me engrandecen? Ved la gran barrera, el poderoso dique opuesto por la moderna filosofía: — para que mis derechos sean igualmente respetados por los demás. — Pero ¿cuántos hombres hay que puedan lisonjearse de tener uno y otro intento? ¿Cuántos se harán un deber de anteponer una adquisicion preciosa á la dudosa pérdida de un derecho, de que apenas se hace caso, precisamente porque se posee? Prosigamos. Y ¿por qué he de sacrificar mis riquezas y mis talentos á la sociedad, y vivir en un estado de angustia y de penuria? ¿Qué razon ha de moverme á ser pródigo hasta de mi vida para provecho de aquella? Escuchad el motivo de ello: — Porque la sociedad desea tambien eficazmente mi bienestar y concurre á él. —

Pero ¿acaso no es posible que muchos den justamente en creer que en tal caso contribuyen al bien de la sociedad mas de lo que la sociedad entera contribuye á su bien privado, y se persuadan de no estar por lo mismo obligados á tan grandes sacrificios? ¿Y no se hallará quizás alguno que con atrevimiento pida á la misma una compensacion proporcionada al sacrificio de su propia vida? J. J. Rousseau, que á veces decia grandes verdades, se rie de ellos, y les pregunta: ¿Qué sustituyen al temor del infierno, para hacer á los hombres virtuosos? (*Emil.*, tomo III).

ña siempre al hombre ; ellos lo hacen feliz, ó miserable. Si el sábio, si el amante de la virtud fomenta en su seno una paz inalterable, nada en gozo consolador é interior contento, gustará todas las fuentes de felicidad, de que puede ser susceptible un hombre que vive; y la contraria opinion ajena, antes que perturbarlo, le hará mirar su bien como un tesoro mas apreciable cuanto mas raro. Este, amando totalmente y con preferencia á Dios, y á sí mismo, á sus prójimos y á las demás criaturas solo en Dios y por Dios, vive en cierta calma de espíritu, que le da la paz, la alegría, el gozo y el consuelo. Él no desea ni quiere mas que lo que quiere Dios; el contento, por lo tanto, lo alimenta, le da fuerzas y deleite; es feliz porque lo quiere ser, y lo quiere ser porque es sábio. Tiene él cuanto quiere, porque solo quiere lo que tiene; y si le faltan comodidades, si está afligido por dolores, si algun cruel infortunio le persigue, se resiente su humanidad, y entonces acaso titubeará su virtud, pero no quedará abatida; porque la reflexion viene en su ayuda, y le devuelve muy pronto la calma. Conoce sobrado evidentemente que es tiernamente amado de su Criador, le corresponde, y quiere corresponderle con todo su ser, con todas sus fuerzas, con todo su corazon. Reflexionando despues que no se mueve una hoja, ni respira un viviente sin su consentimiento, y que todas las segundas causas vienen de él, y están sometidas á su imperio para bien del hombre, bendice en los dolores, angustias y persecuciones la mano que le azota; se resigna á ellas, y en ellas se complace, y hasta, si puede decirse, desea su afliccion y dolor, porque se los envia el objeto á quien él ama, Dios. Superior á los bienes y males de la tierra, poniendo su felicidad en objetos mucho mas dignos, se siente, y se cree un ser inmortal, gustando la virtud de un modo mas dulce, mas suave, mas inefable; espera, y su esperanza se funda en la gran verdad de que, Dios no puede dejar sin premio á la virtud, ni al vicio sin castigo. No busca, ni á otra cosa aspira que al perfecto cumplimiento de esta esperanza; no ama, ni quiere otra cosa mas que á Dios, único y natural objeto de su amor. Las mas inesperadas desgracias, las prosperidades mas inauditas solo dejan en su espíritu pasajeras impresiones, sin perturbar jamás su resignada indiferencia ó envidiable calma. Ni le cautivan, ni esclavizan placeres, riquezas y honores; abandona él los teatros que lo aturden, las luchas que lo degradan, los deleites que lo

debilitan; y si se maravillan los hombres, con mas motivo se maravilla de ellos y se asombra.

Concentrado en su ser, y encerrado dentro de sí mismo, encuentra sus placeres y delicias; siente allí la voz de su amado como le habla al corazon y le llama, y él le contesta; observando á veces, lo ve fácilmente en una flor que tiembla, lo oye en una fuente que murmura, en una ave que modula el canto, en el céfiro que sopla; con tanta dulzura lo goza á veces, que le conmueve el corazon, lo inunda de un contento inefable, de un júbilo redundante, leves muestras de aquella felicidad, que le promete, y le prepara en la eternidad; muchas veces es tan tierno y tan penetrante el gozo, que no puede dejar de exclamar: Yo soy, Señor, un ser demasiado débil, basta, basta, pon límite á tus favores; mi actual debilidad no es susceptible de mas: fuiste mi principio, eres mi fin, y algun dia serás mi premio. ¿Puedo desear yo premio mas grande que tú mismo, siendo tú el original conjunto de todo lo bello, lo amable y lo perfecto? ¿Cuándo vendrás, deseable momento, término de mis inquietudes, de mis disgustos y miserias? ¿Cuándo correré, Señor, rápidamente hácia tí, cual el rio al mar, y la piedra al centro, para descansar seguro en tí para siempre? ¿Cuáles serán entonces mis conocimientos y los objetos que tendré á la vista? ¿Cuál la intensidad y eficacia de mi amor? ¡Gozaré de la felicidad de mis semejantes, y estos gozarán á su vez de la mia! ¡Cuál será el júbilo universal, el gozo, la suavidad, el contento!

Tales el fin del hombre justo. Útil á sus semejantes, útil á sí mismo, feliz en la sociedad, feliz en sí mismo, feliz para siempre en Dios.

Quitemos á este hombre la virtud: supongámoslo en la misma situacion; y le verémos entregado á la iniquidad, al frenesí y á la desesperacion. Sola la virtud puede darle calma y consuelo. Solo ella hace felices á los que la siguen, ó para hablar con mas propiedad, los hace menos infelices que á los demás.

#### § VI. — *El hombre malvado labra su propia desdicha.*

Yo encuentro el contraste del hombre feliz, que todo lo quiere y ama en Dios y por Dios, en el hombre perverso que todo lo quiere, y lo ama todo solo por sí y en sí mismo. Si el primero da á Dios lo que le debe, el segundo le quita lo que le corresponde;



si el primero coopera á la felicidad de sus semejantes , el otro destruye la belleza del órden social ; si el primero se ama á sí mismo por Dios , el otro no lo hace ni por sí mismo. Desenvolvamos nuestras ideas.

El hombre debe amarse á sí mismo ; esta es una dulce voluntad y un precepto de la naturaleza , que nunca deja de hacerlo sentir , y del cual por lo tanto no puede dispensarse un solo instante. Está él , pues , obligado á amarse á sí mismo constantemente , y dirigir por consiguiente todas sus acciones á su propio bien y felicidad.

El hombre debe amar á Dios ; y este deber es indispensable , y de continuo le está obligando ; por lo que está obligado á amar continuamente á Dios , y á dirigir todas sus acciones al nombre , á la gloria y al amor de Dios.

Pero si él ha de amar continuamente á Dios , y dirigir por consiguiente á él todas sus acciones ; y amarse á sí mismo dirigiendo todas sus acciones á su propio bien y felicidad ; el amor de sí mismo no puede separarse del amor de Dios , y el amor de Dios no puede estar separado del amor de sí mismo.

Pero si esto es así , el hombre no amará *realmente* á Dios cuando no se ame á sí mismo , ni se amará *realmente* á sí mismo como no ame á Dios. Estas son verdades incontestables. Vengamos á las consecuencias.

El que no se dirige en busca de una felicidad completa y estable , no ama ciertamente á sí mismo ; luego no ama tampoco á Dios , porque el amor de Dios no puede estar separado del amor de sí mismo.

El hombre que lo quiere y lo ama todo en sí mismo y por sí mismo , no atiende al sentimiento de su propia razon , ni sigue la virtud , y como el que así hace no ama realmente á Dios : luego en *realidad* tampoco se ama á sí mismo , porque este amor no puede separarse del amor de Dios. Por lo tanto , el amor de un hombre que diga que ama á Dios sin amarse á sí mismo , es un amor falso y quimérico , y el amor de un hombre que diga que se ama á sí mismo sin amar á Dios , es un amor engañoso , momentáneo y ligero , cuyas consecuencias , muchas veces funestas para la salud del cuerpo , y siempre fatales para la tranquilidad del espíritu , lo encaminarán á una completa desdicha en esta vida. Y á mas , si el hombre amante del órden y de la virtud ha de encon-

trar, según hemos demostrado, el objeto de sus deseos en Dios, orden increado y supremo de todas las cosas, y dichoso y feliz para siempre, gustará de la felicidad de Dios, á quien solo ha amado, y á quien solo ha dirigido todas sus acciones y todo su ser; ¿qué puede esperar el hombre perverso, que ha dividido su amor, y ha antepuesto la criatura al Criador, que viviendo en el desorden y ocasionándolo, tantas veces ha tenido la osadía de infringir las leyes del Omnipotente? ¿De qué podrá lisonjearse? Si muere en medio del desorden, quedará siempre fuera del orden eterno, siempre culpable, infeliz, sujeto á otras leyes de aquel Árbitro supremo, de aquel soberano Señor, de cuyos beneficios y dones usó para rebelarse contra él, y conculcar en cuanto pudo su Majestad suprema. ¡Infeliz! Desde su interior desorden será lanzado á otro nuevo estado; y si ha abusado del orden presente para que fue criado, orden de bondad y de beneficencia, caerá en el de los terribles efectos de la divina justicia, para el cual no estaba criado, y conocerá sin remedio, que no se traspasan impunemente los decretos del Altísimo, á quien el cielo, la tierra, el justo como el perverso, y el universo entero están sometidos, y lo estarán eternamente.

#### § VII. — *Otro deber del hombre.*

Aunque sea cortísima la porción de lo criado puesta al alcance de nuestra vista, sin embargo, en tan reducido espacio estamos rodeados de maravillas, que atentamente observadas nos encantan y arrebatan; no hay una criatura por pequeña que sea que no hable con grandísima viveza del poder, magnificencia y bondad del Ser supremo. Si observamos por un lado, ciertos rasgos nos llenan de estupor; si nos volvemos á otro, quedamos extáticos á la vista de tal encadenamiento de cosas; si levantamos los ojos, los cielos nos anuncian la gloria del Criador, y el firmamento hace pompa de sus obras. Todas estas cosas fueron criadas, no podemos negarlo; pero ¿sabemos el motivo, el objeto, el por qué fueron criadas? Penetremos algo más, y tratemos de fundar una base para el descubrimiento de grandes verdades.

El universo fue criado por Dios. Pero siendo Dios un esencial conjunto de todo lo bello, lo amable y lo perfecto, siendo el original increado la primera esencia de todos los mundos posibles,

y siendo lo que nadie puede llegar á ser, no es susceptible del menor aumento: millones de mundos criados, ó por criar, no pueden ensanchar un punto su esencia infinita, ni él puede sacar de ellos la menor ventaja: luego si el Criador no puede sacar ventaja alguna del universo, es consiguiene, que cuanto este encierre de provechoso y útil redundará en favor de las criaturas; porque entre el Criador y las criaturas no hay ni puede haber seres intermedios, que no sean ni Criador ni criaturas.

Este raciocinio tan conciso y breve, que me descubre toda la extension del universo, todo lo visible é invisible criado para el solo bien y utilidad de las criaturas, me presenta aun con el mas dulce y consolador aspecto cierta elevada complacencia del soberano Criador, un no sé qué de afectuoso, un atractivo hácia las criaturas.

Pero todo esto de que se lisonjean las criaturas lo han recibido de un modo ú otro del Criador; y no pueden vanagloriarse de una sola cosa, que en totalidad las sea propia. Todo el honor, pues, toda la gloria del universo, que no es otra cosa mas que el conjunto de todas las criaturas, se deben naturalmente al Criador; porque de él solo descende todo bien, toda belleza y amabilidad, toda perfeccion; y las criaturas, por mas hermosas y perfectas que sean, no pueden preciarse mas que de los efectos de la soberana beneficencia de su Criador <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Concedo, dirá alguno acaso, que los bienes de fortuna, las cualidades exteriores, la agudeza del ingenio, la elevacion del pensamiento, y tantas otras dotes del hombre no sean mas que efectos de la soberana bondad del Criador; pero me parece que no puede esto decirse, por lo menos en general, de todos los actos que pudiera ejecutar el hombre, pues que el consentimiento libre y voluntario que da él á las acciones virtuosas, puede merecer un verdadero honor, y una verdadera alabanza y gloria.

Verémos ahora, como esta es una dificultad que no puede presentarse sino al que observa superficialmente al hombre, porque basta profundizar algo para verla allanada y deshecha. El hombre antes de resolverse á ejecutar cualquier accion digna de elogio tiene muchos medios, ocasiones y alicientes. Estos ¿acaso no son efectos de la sola soberana beneficencia de Dios? Cieto es que este desnudo consentimiento del hombre es un efecto de su libertad; pero ¿acaso no ha recibido esta libertad del Criador en toda su extension? Y por consiguiente, aunque el consentimiento del hombre á cualquier accion virtuosa sea propiamente suyo, ¿no es sin embargo radical y originalmente de Dios? Luego aunque el hombre merezca cualquier honor y alabanza, han de encaminarse y fijarse en Dios; y pretender fijar la gloria y la alabanza en sí mismo, como

Progresivamente se nos presenta en este punto una relacion mútua entre la utilidad de las criaturas y el honor y gloria del Criador. Yo observo que cuanto fue criado para provecho de las criaturas necesariamente redundará en honor y gloria del Criador; y escudriñando con ojo mas fino y atento vemos que el honor y la gloria del Criador, hablando de cosas extrañas á su esencia, no se llaman tales por otra cosa, sino porque la produccion que hace este honor y esta gloria, y hasta estos mismos redundan en beneficio de muchas criaturas.

§ VIII. — *El hombre debe á Dios honor y gloria.*

Fijemos ahora nuestras ideas, limitémoslas á objetos particulares, observemos atentamente las innumerables criaturas que nos rodean, remontándonos de los seres de pura existencia á los vegetales y á los animales; y ¿qué es lo que descubrimos? Nos ofrecen todas cierto atractivo, que despierta en nosotros un afecto de gratitud, y nos presenta en la forma mas augusta y venerable la majestad, el poder y la grandeza del Criador. Pero ¿quién ha formado estos seres, para que de tal suerte y con tal viveza alaben y ensalcen al supremo Ser? Y ¿quién nos ha formado á nosotros y nos ha dispuesto para que podamos tener conocimiento de esta universal aclamacion y alabanza? ¿No ha sido acaso el mismo Señor criador de unos y otros? Ese modo de obrar, pues, nos persuade de que él quiso con esto darnos á entender que le importan muchísimo su honor y su gloria; y presentar á los seres racionales y libres un ejemplo ó muestra que les dicte una regla viva, decisiva y clara acerca la extension de sus deberes, y el uso que les toque hacer de su libertad. En efecto, si nos paramos á observar la hermosura de una flor, ¿no parece que nos esté diciendo, mira como hago yo resaltar *con todas mis fuerzas y en todas mis partes* el honor y la gloria de Dios? Si nos encanta la suave me-

cumplido objeto de aquella, solo puede caracterizarse de verdadera usurpacion (\*).

(\*) A mas de lo que dice el autor se debe advertir, que aun con respecto al *nudo* consentimiento, el hombre no es mas que una causa segunda, y así dependiente de Dios, que es la primera y universal causa de todo lo que en cualquier modo existe. Esta dependencia la admiten todos los filósofos y teólogos, si bien que la explican diversamente segun los diversos sistemas de las escuelas. (*Adicion de los Editores*).

lodia de un pájaro, ¿no nos parece que cante himnos de alabanza al que le dió el ser? Sin duda que estos enseñan al hombre, le invitan, sacuden su estupidez, y de un modo sensible le echan en cara sus faltas tocante al primer deber.

El lenguaje de la naturaleza se dirige á nosotros; y nosotros conociendo que somos criaturas debemos, como á tales, reconocer al Criador como á nuestro principio, y ensalzar su beneficencia; y porque somos criaturas privilegiadas en grado muy alto y distinto sobre todas las demás, debemos con mayor distincion y viveza elevar á Dios nuestras alabanzas.

El resultado, pues, de estas y de las anteriores observaciones nos da á conocer, que el hombre está indispensablemente obligado en todo lugar y tiempo á dirigir sus obras, á reducir todas sus acciones con todas sus fuerzas á honor y gloria, y á la exaltacion del supremo y benéfico Criador, y que este es un deber que se lo dicta su propia razon y se lo enseñan las demás criaturas. A mas, las cualidades naturales del hombre dan por sí solas, por mas que él no quiera, luminoso concepto á la sabiduría, poder y grandeza de Dios, alabando naturalmente y ensalzando á su Criador. Ningun hombre, que de veras lo desease, podria quitarle la menor parte de esta alabanza y exaltacion. Por lo tanto, si el hombre no quiere que sus acciones sean opuestas á lo que dicta su propia naturaleza, debe conformarse con sus cualidades naturales, y dirigirse con estas al decoro, honor y gloria del Criador; de otra suerte obrando como hemos visto, de un modo no solamente opuesto á todas las demás criaturas, sino discorde tambien con su propia naturaleza, se convertiria en un objeto desordenado y monstruoso.

Si remontándonos á nuestro punto de partida, atendemos á lo que hasta aquí hemos dicho, principalmente acerca los deberes del hombre, estoy persuadido de que se nos presentará con la claridad y extension necesarias: 1.º Que el hombre debe á Dios todo honor y gloria en todo tiempo y lugar, y sin excepcion, y por consiguiente ha de guardarlo en su corazon, y procurar por todos los posibles medios que toda criatura alabe, glorifique y bendiga al Criador. 2.º Que este honor debe ser afectuoso y tierno, y no degenerar en vana confianza, ó seguridad presuntuosa. 3.º Que este afecto debe ir junto con cierto temor, no afanoso y apesarado, sino dulce y filial. 4.º Que esto forma aquel bello con-

junto de amor, honor y temor, que contiene en sí todos los deberes del hombre hácia Dios. 5.º Que de esto puede deducirse, que el hombre no debe amar cosa alguna sino en Dios y por Dios, porque Dios lo quiere, y en cuanto es amable y bella en Dios; el hombre no debe honrar á nadie, si este honor no lleva la mira de dirigirse á Dios, y no descansa y termina en él; y finalmente, que no debe temer á persona ni cosa alguna sino á Dios, como no sea en él y por él; ni debe espantarle sino lo que puede volver á Dios contrario á su esencia propia, porque Dios es su *todo*, su principio, su fin y su felicidad.

## CAPÍTULO VII.

### DE LA EXISTENCIA DE OTRAS CRIATURAS INVISIBLES PARA EL HOMBRE.

#### § I.— *Existencia de otras criaturas semejantes al hombre.*

¿Estará señalado únicamente al hombre el superior encargo, estará confiado solamente al hombre el elevado ministerio de proclamar la honra y gloria de Dios? ¿Tan solo el hombre habrá sido llamado á la alta dignidad de conocer al Criador universal, y de amarlo? Mas, ¿qué son los hombres todos ante la creacion entera? ¿Cómo es posible que solo al hombre estén descubiertas las grandezas de Dios? En la inmensidad de la creacion, ¿no habrá otra criatura privilegiada? Consultemos otra vez el gran libro de la naturaleza universal; estudiémoslo atentamente.

Hemos dirigido nuestra vista hácia las innumerables especies de criaturas que nos rodean, y nos han dejado atónitos su orden, su número y sus cualidades. Instigados por una provechosa curiosidad, hemos aumentado el poder de nuestros ojos, y hemos llegado á descubrir un nuevo mundo de criaturas, antes invisibles en la tierra, en el aire, en el agua, en las plantas y flores, en los frutos, y hasta en los mismos animales. Pero atendiendo á la inmensa extension de los espacios impenetrables á nuestra vista, por aumentada que esté, hemos deducido con certeza, que nosotros no alcanzamos á ver del universo entero mas de lo que ve en nuestro hemisferio el insecto microscópico, que nace, vive y muere en la hoja de un árbol. Pero si nuestro ojo no alcanza á penetrar en los espacios inmensos de lo criado, si tan limitado es, tan reducio y miope, ¿lo será igualmente nuestro entendimiento? Y habiéndose elevado este tantas veces sobre la vil esfera de las cosas terrenas y caducas, habiéndose lanzado hasta la morada de la Divinidad, y penetrado hasta sumergirse en la inmensidad del Ser divino, ¿desconfiará él encontrar otras criaturas hijas de un mismo padre, aunque imperceptibles á nuestra vista? No por cierto. Entre lo invisible y la nada hay una distancia infinita. ¿Ha-

brá, pues, criaturas en el espacio que media entre nosotros y el Sol; entre Júpiter y Saturno; en Marte y Urano? Lo ignoramos. Pero si en la Tierra, sujeta á nuestras miradas, no descubrimos un palmo de lugar desocupado, ¿podrémos creer que reine la nada en tan grandes é inmensos espacios? La superficie de los planetas es extensísima, y la de Júpiter solo es ciento veinte y tres veces mayor que la de la Tierra. ¿Qué horribles é interminables desiertos serian ellos si estuviesen faltos de criaturas! Y por otra parte, ¿con qué motivo suponemos nosotros que la Tierra, que no es otra cosa que un planeta como los demás, sea exclusivamente privilegiada? ¿Cómo podemos creer que estén despoblados tan vastos horizontes? ¿De qué serviría la rotacion de los planetas sobre sus ejes, que les produce los cambios de temperatura, y los períodos de noche y dia, si no hubiese en ellos vivientes que alumbrar y á quienes dar calor? Los mas célebres y modernos astrónomos han descubierto, con auxilio de fuertes telescopios, atmósferas de aire en los planetas, aguas, montes y volcanes, y admirables analogías con cuanto hay sobre la Tierra.

Cuando vemos á esta abundar en criaturas vivientes, para las cuales sirven el aire, el agua, el fuego, ¿por qué no hemos de decir otro tanto de la existencia de criaturas vivientes en los planetas, para cuyo bienestar tienen el aire, el agua, el fuego que en ellos descubrimos? De la vista de las raíces de un árbol arrancado de la tierra deducimos nosotros con certeza en fuerza de analogía la existencia de raíces ocultas de otro árbol fijo todavía en la tierra. Practicando la anatomía de los miembros interiores de un animal, conocemos la existencia de iguales miembros en los demás animales de la misma especie. Las cosas, pues, que nosotros conocemos claramente que están en la tierra destinadas á las criaturas vivientes, y que igualmente descubrimos en los planetas, nos guian al conocimiento de la existencia de otras criaturas vivientes en estos; al modo que encontrando nosotros por acaso en los bosques de alguna desconocida playa rastros de la presencia del hombre, juzgamos con certeza que aquella playa no está desierta, sino poblada, aunque no lleguemos á ver los hombres que la pueblan; así la luz, el calor, el aire, el agua, y demás cosas existentes en los planetas nos hacen creer en la existencia de criaturas vivientes en ellos. Y si las leyes de la analogía nos han llevado á admitir la poblacion de todos los planetas, las



mismas leyes de analogía, ayudadas de otros fundamentos, nos hacen suponer que todas las estrellas fijas pueden ser otros tantos soles, en torno á los cuales rueda una multitud de otros planetas. ¿Dirémos que estas inmensas regiones estén yermas y desiertas? Y ¿podrémos creer que la omnipotencia de Dios, que tan magnífica y espléndida se ha mostrado en nuestro globo y en los mas cercanos á nosotros, haya sido avara y parca en los mas lejanos? Transportémonos por un momento á estos espacios inmensos, ábranse á nuestro espíritu esas desconocidas regiones, y ébrios de gloria y transportados de júbilo estrechemos en nuestro corazón á otras criaturas semejantes á nosotros, otros hijos del Padre universal. ¡Qué multitud de seres! ¡qué variada organizacion! ¡Cuántas naturalezas nuevas y especies no conocidas! ¡qué modificaciones y diferencias! En todos estos nuevos sistemas de cosas se notan grandes analogías, en todos está impreso el sello de la diestra mano del Omnipotente. ¡Oh, cómo proclaman por doquiera la sorprendente sabiduría del Artífice universal los incasantes descubrimientos, la admirable é infinita variedad y la ordenada disposicion de un criado, que raya en la inmensidad! ¿Dónde está ahora nuestro sol? ¿dónde está la tierra? ¿dónde han quedado los hombres con sus pequeñeces de reinos é imperios? Escuchad, ó criaturas, nuestras lejanas voces: ¿Sois acaso felices? ¿Ha penetrado alguna vez el desórden y el pecado en vuestras moradas? ¿Hay entre vosotras alguna afortunada especie que conozca la mano benéfica que la sacó de la nada? ¿Hay mas de una tal vez? ¿Las ha invitado Dios á que le amen? ¿las ha encargado de propagar su gloria? ¿Aspirais vosotras á su inefable felicidad, ó la estais ya gozando? Pero, ¡ah! median entre nosotros lenguaje, expresiones, sentimientos desconocidos, y distancias inmensas que hacen inútiles nuestras indagaciones. Bajemos á la tierra... Mas, de paso observemos: ¡Cuántas enormes masas! ¡qué leyes de mútuo influjo y atraccion! ¡qué proporcion en los medios, y qué grandeza en los fines! ¡qué movimiento tan espantosamente rápido el de estos innumerables cuerpos que ruedan á la vista del Criador en profundo y respetuoso silencio! ¿Y la tierra? ¡Oh, cuán pequeña es la tierra en presencia de todo lo criado!

§ II. — *Existencia de los espíritus.*

La innumerable multitud de nuevas criaturas, que confusamente y como en embrión hemos visto, y á quienes hemos saludado por pocos instantes, ¿será acaso el término de la creacion? ¿Quedó en esos límites parada la mano del Omnipotente? Estudiemos la naturaleza de los seres; observemos é indaguemos atentamente. Dios nos abrió el libro de la naturaleza para que descifrándolo descubriésemos verdades en ellos ocultas, necesarias y útiles al hombre.

En todos los seres dotados únicamente de existencia, en todos los vegetales del segundo grado de la escala natural no encontramos mas que materia: luego la materia tiene una existencia propia, independiente de la demás sustancia criada. Observando á los animales sospechamos con fundados motivos, que esté tal vez unida á sus cuerpos una especie de espíritu distinto de la materia; y esto que sospechamos de los animales lo conocemos con mas nobleza, y con mas evidencia lo sentimos (*cap. V*) en nosotros mismos. Nuestro cuerpo permanece unido á un espíritu sublime en una sola persona, de modo que ni la materia organizada de nuestro cuerpo, por sí sola puede llamarse hombre, ni solo el espíritu es todo el hombre. Luego la materia está dotada de dos modos de existir, esto es por sí sola, y unida á otra diversa sustancia, á un espíritu. Pero no vemos en la naturaleza á los espíritus existir de otra manera que ligados á una porcion de materia; con lo que por este lado pareceria la materia mas privilegiada que el espíritu. El espíritu, pues, de nobleza tan superior á la materia, el espíritu criado á imágen de Dios ¿será en cierto concepto inferior á la materia? ¿La materia será en tantos entes intrínsecamente libre de sentir los preceptos del espíritu; y el espíritu sentirá siempre el peso y las ataduras de la materia? Esto es imposible. La naturaleza estaria en desórden si el espíritu no gozase en otros seres de una independendencia natural de la materia. ¿Existirá, pues, tambien el mundo de los espíritus? Ciertamente. Lo acabamos de descubrir. El gran libro de la naturaleza, escrito de la mano infalible de Dios, nos lo ha mostrado. Pero ¿cuáles y cuántos son, dónde están esos espíritus independientes de la materia? El universo de los espíritus ¿está concentrado en el universo de

la materia, ó se halla mas allá de él? Volvamos á nuestro libro para adquirir idea de ello.

El universo de los espíritus es de naturaleza mas noble que el universo de la materia; proposicion que dejamos demostrada al hablar de la composicion del hombre. El universo de los espíritus es de naturaleza menos heterogénea de la de Dios; verdad que hemos sentado al ocuparnos de la Esencia divina.

Sentado esto: si el universo de los espíritus es mas noble, si se acerca mas á la imágen de Dios que el universo de la materia, ha de tener preferencia de lugar, de cualidades y de número sobre el universo de la materia. Si el número de los seres puramente materiales y mistos es tan grande, inexplicable é inconcebible; ¿cuánto mas grande, inexplicable é inconcebible no será el de los espíritus? Si las cualidades, bellezas y magnificencia del universo de la materia son tan encantadoras y sorprendentes; ¿cuánto mas no lo han de ser las del universo de los espíritus? Y si nuestro mundo está dividido en gradaciones naturales, y si con razon suponemos existir semejantes gradaciones en los demás mundos, ó sean orbes celestes; con mas motivo hemos de creer que haya estos grados y órdenes de dignidad en el universo de los espíritus. ¿Quién nos franqueará la entrada en este universo, á nosotros que nos deleitamos con las cosas grandes? ¿De qué naturaleza es la luz que lo ilumina? ¿Son acaso tinieblas junto á ella los brillantes rayos de nuestro sol? ¿Cuánto mas unidas y obligadas que nosotros están á Dios esas innumerables falanges de espíritus! ¡Con cuánto mas ardor, por lo mismo, ofrecerán á Dios todo su inefable amor! ¡y con cuánto mayor celo de fortaleza, poder y constancia proclamarán y propagarán su honor y gloria!

§ III. — *Himno eucarístico en loor y gloria del Criador universal.*

Espíritus afortunados que andais en torno á nosotros conociendo nuestras grandezas y vanidades, ¿sois acaso vosotros los que de vez en cuando enviáis penetrantes rayos de luz al interior de nuestras almas? ¿Sois vosotros los que nos ofrecéis con aspecto halagüeño y lisonjero las bellezas de la virtud? ¿Sois vosotros, ministros del Altísimo, los que desde lo alto nos enviáis el fuego del santo amor? Vosotros, que en tantas distintas especies llenais todos los lugares y espacios; vosotros especialmente los que mas

de cerca escuchais nuestras voces, lanzaos ahora á las regiones superiores, y entonad un himno de gloria al Criador universal. Id de lugar en lugar, de espacio en espacio, penetrad de uno en otro globo, pasad de esta á la otra esfera, y en todas partes invitad, haced esfuerzos para que con júbilo se eleve este himno al Eterno. Haced que concurren tambien á su modo las criaturas insensibles: y sean los primeros anuncios de tan alto festejo sus melodiosos conciertos, sus cualidades armónicas, excitadas por vosotros con la maestría con que soleis tañer el arpa de oro. Y luego, las criaturas todas, que en la frente llevan escrito el nombre de Dios, y que conocen y tienen por fin á Dios; hombres y seres que no tienen nombre, y espíritus de todas jerarquias levanten la voz desde el lugar en que se encuentran, descubran sus corazones, póstranse en profunda adoracion, y hagan públicas sus dotes y bellezas, sus estupendas cualidades, los dones de Dios; y expresen al supremo Bienhechor su gratitud con toda la efusion y ternura del corazon.

Gran Dios, que abrazas lo presente, lo pasado y lo futuro; que conoces todo lo criado, y lo por criar; que eres grande lo mismo en tus obras mas pequeñas que en las mayores; Trinidad augusta en la unidad mas perfecta, que criaste el mundo, y sacaste de la nada los entes todos, y en medio de la nada los colocaste cual triunfal enseña de tu poder, no deseches este himno de alabanza que en nuestra pequeñez osamos dirigirte. La voz no puede expresarte, el pensamiento no te comprende, y sin embargo tú eres el objeto de nuestro gozo y de nuestros temores. Nosotros nos regocijamos en conocerte en algun modo; pero nos regocijamos mucho mas en comprender que tú eres grande hasta ofuscar nuestra vista y sobrepujar nuestro poder. Tu grandeza es la mayor de las grandezas, tu bondad no tiene igual, y tu amor excede todos los amores; porque tú solo eres verdaderamente poderoso, tú solo grande, tú solo altísimo, tú el Señor de la interminable muchedumbre de los seres que criaste. A tu presencia desaparece toda grandeza criada, apágase la luz de los astros, toda magnificencia es vanidad, y todo el universo criado y posible no es mas que un pigmeo. Los cielos, que tan majestuosamente anuncian tu gloria, los astros, que propalan tu poder, perecerán á una señal tuya, se extinguirá su luz, se pararán sus armónicos movimientos; pero tú serás siempre el mismo. Tú eres un todo grande y completo,

que de nada necesitas, que en tu esencia increada te deleitas, á la cual nada puede quitarse, ni es susceptible de aumento ni disminucion. Los seres criados que anuncian tu gloria, y propagan tu amor, nada te dan, y las recompensas de tu magnífica generosidad son en bien y en ventaja de ellos mismos. Tu sosegada complacencia al ver los virtuosos esfuerzos que hacemos nosotros tus criaturas ni te engrandecen mas, ni te hacen mas feliz; á nosotros sí que tus mercedes nos hacen grandes y felices. Sea, pues, eterna alabanza, y dése honor perpétuo á tu nombre tres veces santo. Respondan las generaciones futuras á nuestras voces de júbilo y de accion de gracias. ¡Goce siempre y sea feliz el que te ame; desgraciado el que en todo lugar y tiempo no busca tu honor y tu gloria !

1 Todas las naciones, sean civilizadas ó salvajes, admiten la existencia de los espíritus; todos los pueblos, de cualquier clima ó época que sean, están acordes en este punto.

## CAPÍTULO VIII.

### LA NATURALEZA DEL HOMBRE EN CONTRAPOSICION CON SUS DEBERES.

#### § I. — *Ideas preliminares y verdad de sentimiento.*

Hemos experimentado transportes de júbilo; nosotros, habitantes de la tierra, nos hemos confundido un instante con los moradores del cielo. Destinados por Dios á contemplar al término de nuestra peregrinacion la majestad de su luminosa presencia, ha desplegado ante nosotros esta escena de maravillas para fortalecer nuestra inteligencia, para acostumar nuestra vista al esplendor de tan elevados objetos, y familiarizarnos con la admiracion y el estupor. Pero tomemos otra vez el hilo de nuestras meditaciones.

Nosotros tenemos deberes que cumplir para con Dios, con nosotros mismos y con nuestros prójimos; los conocemos, comprendemos y aprobamos, y sin embargo no los cumplimos; y no solamente no los cumplimos, sino que tenemos cierta aversion á dedicarnos á ello, y antes bien estamos inclinados á hacer lo contrario de lo que debemos hacer, y nosotros como á tal deber conocemos y aprobamos. Es esta una verdad tan patente, que para descubrirla basta ponerse la mano sobre el corazon y analizar fielmente sus sentimientos. De ello vamos á dar una prueba. El hombre, segun dejamos demostrado, debe buscar la honra de Dios en todo tiempo, en todas las cosas y con toda la extension posible; y el hombre nunca anhela otra cosa que honrarse á sí mismo, sin que en conseguir esto trate en ningun modo de honrar á Dios; y á tanto llega el ansia de ensalzarse á sí propio, que despierta en él una fuerte y natural inclinacion á procurar que todo se ofusque para poder él solo brillar mas. Observad cuidadosamente á un hombre, y veréis que en todas sus palabras y cualidades descubre inadvertidamente, y á veces á pesar suyo, cierta inclinacion y fuerza que tiende á rebajar injustamente sus propios defectos, y hacer resaltar con exceso las prendas que le hacen mas grande y apreciable. Y aun mas: veréis como encubiertamente se precia y se jacta de

muchas cosas, y casi totalmente se las apropia, y procura y desea que crean los demás que son obra suya, por mas persuadido que él esté interiormente de que le dimanen de Dios; y lo que me parece, no sé si diga mas estúpido ó mas perverso es que, este vanamente se hincha, despreciando y abatiendo á aquellos, en quienes no anduvo tan liberal y benéfica la mano del Criador. Dirigios á un hombre de esos á quienes llamamos doctos, que es decir menos ignorantes que los demás, y decidle: Vos teneis conocimientos que os elevan sobre la mayor parte de los hombres, sois mirado con distincion y respeto; pero acordaos de que si el Distribuidor soberano no os hubiese dado esa penetracion de ingenio, ni os hubiese colocado en tales circunstancias, ni ayudado á vuestros progresos con tantas oportunidades favorables, con bienes de fortuna y con proporcionada salud, seriais ignorante como otros hombres. Este lenguaje podrá, á lo mas, alcanzar una aprobacion por compromiso, pero nunca el consentimiento: pasará por conforme á la verdad, pero no será admitido; porque todo se quiere atribuir á la propia industria únicamente, á los cuidados propios, y ya que no puedan negarse los beneficios de Dios, quiérese por lo menos disimularlos, y ocultarlos impiamente. Vámonos ahora hácia un hombre rodeado de bienes de fortuna, colmado de honores y sin mérito personal alguno; penetremos en su corazon, y hagámosle comprender que él, antes de su existencia, no pudo hacer la menor cosa para merecer un nacimiento de tan brillantes circunstancias, y que, por consiguiente, todos sus honores y riquezas, y las cualidades de su familia le vienen absolutamente de Dios, lo mismo que á la mayor parte de los hombres vienen la pobreza y la estrechez. ¿Le será agradable esta idea? No por cierto. Y ¿podrá negar su verdad? Sin duda que no; pero sentirá siempre en su interior cierta repugnancia hácia ella; de suerte que no hará de ella mucho caso, disimulará los beneficios de Dios, y dará á conocer, en cierto modo, que mira su esplendor como obra propia. ¿Qué hemos, pues, de inferir de esto? Que el hombre no obra como debe; y ¿por qué no lo hace? Porque está fuerte y naturalmente inclinado á no hacerlo. Y ¿quién se la ha dado? Esto es lo que nosotros ignoramos.

Señale este observacion de nuevo el  
El hombre tiene cierta inclinacion natural á alimentarse, á no-

§ II. — *Investigaciones y observaciones acerca las disposiciones naturales del hombre hácia sus fines.*

El obstáculo fatal en que hemos tropezado, ese nudo, que no hemos podido desatar aun, nos pone en la dura alternativa, ó de poner fin á nuestras investigaciones acerca el hombre, ó de traspasar atrevidamente ese tropiezo y seguir adelante. Debemos confesar que nuestro valor mengua ante la oscuridad de las tinieblas y lo intrincado del laberinto en que vamos voluntariamente á introducirnos, tal vez para no saber salir de él. Pero no somos tímidos hasta el extremo de detenernos en lo mas precioso de nuestro estudio, despues del descubrimiento de tantas verdades, y de tan grandes y repetidos trabajos. Busquemos ahora distinto camino.

Si el hombre es obra del eterno y sapientísimo Artífice, debe tener las debidas proporciones y aptitud para los fines que le están señalados por el supremo Criador.

Esta ha de ser la base fundamental de nuestras investigaciones. Demos una ojeada al hombre : observémosle en cualquiera de sus fines.

El hombre tiende naturalmente á la conservacion individual : debe tener, por lo tanto, una aptitud natural para satisfacer esa tendencia.

El hombre fue criado para la felicidad, para aquella perfecta felicidad que no puede encontrar sino en Dios ; lo que equivale á decir : El hombre fue criado para Dios ; y hé aquí una verdad que me lisonjeo de haber demostrado hasta la evidencia. Si el hombre, pues, fue criado para Dios, si el corazon del hombre está destinado á su Criador, debe ser apto para el conocimiento de este Criador, y encerrar en sí una fuerte inclinacion, que no solo lo lleve directamente á Dios, sino á todo cuanto puede servirle de medio para llegar á ese fin y su destino, y que, por consiguiente, lo retraiga y aleje, sin menoscabo de su libertad, de todo cuanto puede servirle de tropiezo y desvío para aquel objeto.

Sentado esto observemos de nuevo al hombre.

El hombre tiende naturalmente á su propia conservacion : este es el fin.

El hombre tiene cierta inclinacion natural á alimentarse, á mo-



verse, á defenderse de cualquier violencia exterior : estos son los medios.

El hombre está criado para Dios, está dirigido á Dios : este el fin ; pero ¿ dónde están los medios, la inclinacion, la aptitud natural para conseguirlo ?

Si el hombre tiene medios y proporcion natural para un fin, que á primera vista puede llamarse de consecuencia escasa, ¿ cómo no ha de tener él esos medios proporcionados para el fin principal, para el objeto de su amor, de su felicidad, de su dicha eterna para Dios ? ¿ Por qué, pues, no ha de tener una aptitud natural para conocerlo cuanto convenga, para amarlo cuanto pueda, y desearlo cuanto deba ? ¡ Y qué ! ¿ acaso es posible que habiendo el supremo Criador dado al hombre medios tan adecuados, tendencias tan fuertes, para un fin tan limitado como es el de conservar la propia existencia, le haya negado la aptitud é inclinacion debidas para el mayor y más noble fin ? ¿ Para un fin que le hace comprender á Dios como el mas bueno, como verdadero y como suyo ? ¿ Para un fin al cual le llama con voz tan penetrante é íntima ? Con todo, el hombre no tiene esta inclinacion y aptitud natural á Dios ; y como es muy repugnante que Dios obre en un modo tan diverso, desconcertado y contradictorio, parece que debería concluirse que el hombre no es obra de Dios. Esto, pero, es imposible ; y tenemos mil demostraciones en contrario. Pues que se verá en el párrafo siguiente <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Si alguno sin internarse en el fondo de esta obra la leyese superficialmente, debemos prevenirlo, que mas de una vez creará hallar en ella algunas contradicciones. Por ejemplo : hablando de las cualidades naturales del hombre hemos manifestado sus inclinaciones y tendencias hácia Dios ; y ahora vamos á demostrar que el hombre no tiene una aptitud natural y suficiente para hallarlo y conocerlo. En esto no hay contradiccion, porque allí hemos manifestado su tendencia hácia Dios, y su inclinacion natural á buscarlo ; y ahora vamos á manifestar, que no tiene una aptitud natural suficiente para hallarlo, que ciertamente son cosas muy diversas. Conocemos bien que el que ha recibido de Dios una tendencia é inclinacion á buscarlo debe haber recibido tambien del mismo una aptitud suficiente para ello ; y ved ahí lo que puntualmente decimos, esto es, que estando ahora el hombre privado de esta aptitud de hallar á Dios, no es cual debería ser, ni cual en su origen fue criado por Dios.

Si profundamente se ponderan y meditan las cosas y relaciones se hallará la misma solucion de dudas en otras contradicciones aparentes de esta obra.

§ III. — *El hombre no tiene una aptitud natural suficiente para conocer á Dios cuanto es menester.*

Representémosnos por un momento algunos hombres, que, hallándose en medio de las criaturas, no conozcan otra cosa mas sino que existen : como su espíritu se halla en estado de reflexionar y juzgar, vuélvense naturalmente á observar los seres que los rodean, y les encanta y arroba el ver su número, su belleza, su orden y armonía. Y observándose á sí mismos les llenan de admiración ciertos rasgos que no pueden escaparse á su vista. ¿Quién somos? dicen ellos; ¿qué son todas estas cosas? Por cierto que algun ser muy grande ha de haber producido este espectáculo tan vario y agradable. Pero por mas que deseen saber cuál es ese ser, y sientan una inclinacion activa á conocerlo y adorarlo, no tratan de fatigarse mucho en su busca. Dirigen entonces en derredor su vista. Observará uno atentamente ciertas criaturas que hieren mas fuertemente su atencion, como el sol, por ejemplo, que con sus resplandores le deslumbra, le alegra con su luz, y con su influjo le favorece; discurrirá una y otra vez, y no hallando entre las criaturas otra cosa mas llena de majestad ni mas benéfica, este es, exclamará, el Criador de todo; ved cual centellean sus rayos, como nos ve, nos conserva y nos mantiene; humillad, hombres, vuestra cerviz ante la sublime majestad de este Ser supremo, de este Soberano universal. Acaso otro, queriendo formar ideas mas extensas, alzará los ojos al cielo, azulado y brillante de estrellas; y dirá que este es quien nos ha criado, y lo que nosotros buscamos. Y todavía algun otro, mas estúpido y material, inclinará la frente, haciéndose semejante á los brutos, y buscará su Dios entre los metales, las plantas ó los animales, humillándose temblando ante aquellos de quienes es naturalmente soberano y dueño. Tal es la suerte de la humanidad... ¡Desgraciada! ¿Hasta qué punto alcanzará tu estupidez? ¿Por qué no te elevas sobre los metales, los animales y las plantas? ¿por qué no pasas mas allá de los cielos, las estrellas y el sol, para encontrar á aquel que produjo los metales, las plantas, los animales, los cielos, las estrellas y el sol? ¿Cómo pretenderlo? ¿Dónde están los medios, dónde está la aptitud natural?

§ IV. — *El hombre no es tal como debería ser.*

Un hombre que no se observe á sí mismo con la atencion que debe, un hombre que no sea capaz de deplorar vivamente la falta de una disposicion natural que le conduzca al conocimiento de Dios, se encuentra rodeado de oscuridad y confusion, y no puede menos que desear poder disfrutar de esta verdad mas claramente. Acuda, pues, á la experiencia, recorra la historia de todos los tiempos, de todos los pueblos, y encontrará el estado llamado primitivo de los hombres, ese estado en que hablaba mas la naturaleza que el arte: encontrará á los hombres en imperfecta sociedad, y en el mas vil estado de miseria y degradacion: los encontrará en un lugar totalmente olvidados de Dios, y en otro sentado en el trono del Altísimo á una miserable criatura. El sol, la luna, los cielos, las estrellas, las yerbas, las plantas, los animales y hasta los hombres mas perversos é impíos fueron objeto de adoraciones y homenajes por parte de todos los pueblos naturalmente ignorantes y ciegos.

Por lo tanto, si tan apartados estuvieron los hombres del conocimiento de Dios en un estado en que la naturaleza obraba con toda su fuerza, señal es que les faltaba la aptitud natural y suficiente para conocerlo. Pero siendo cierto, demostrado y evidente que el corazon del hombre es obra de Dios, debería tener esa aptitud natural, porque es repugnante é imposible que una obra de Dios, infinitamente sábio, no sea cual debe ser.

§ V. — *El hombre no es tal como fue criado por Dios.*

Pasos gigantescos hemos dado en una senda tan intrincada y trabajosa; hemos descubierto con gusto muchas verdades; pero nos falta vencer quizás lo mas difícil y tenebroso. Hemos de combinar dos verdades que son tan ciertas como parecen repugnantes, contrarias é incompatibles.

El hombre es obra de Dios: el hombre no es como debe ser. El hombre es obra de Dios; luego fue criado cual debía ser. Pero el hombre debía ser criado con aptitud natural y suficiente para conocer á Dios, porque por Él fue criado; sin embargo, el hombre no tiene esa natural y suficiente aptitud para conocer

á Dios; luego el hombre no es tal como fue criado por Dios.

Creo que hemos llegado, por fin, al objeto, al término que tanto anhelábamos; creo que hemos llegado á combinar dos verdades que parecia imposible de hermanar: hemos alcanzado al limite de nuestras fatigas. El hombre no es tal como fue criado por Dios.

Esta verdad, que se nos ofrece con tan claro y luminoso aspecto; esta verdad, que iluminándonos de repente, da una admirable conexión á nuestras ideas, y nos explica cómo por completo la naturaleza del hombre; esta verdad, repito, no será acaso igualmente comprendida por todos. Busquemos, pues, otro medio: toquemos al corazón de los hombres: y sientan estos una verdad tan humillante, una verdad que no han conocido todavía con su entendimiento.

§ VI. — *Dos intimas tendencias naturales opuestas, que existen en el hombre, confirman que no es tal como lo crió Dios.*

Voy á presentar una muestra digna de su atención á los hombres sinceros y de buena fe, dispuestos á escuchar el lenguaje de su propio corazón: no deben ellos hacer mas que ponérsela delante, y sin interés ni prevención alguna atender á la íntima, natural y sincera voz del corazón.

## HOMBRE

En todas tus acciones busca solo la virtud. Sea esta el principio, el medio y el fin de tus empresas.

Sea el móvil de todos tus actos el amor que debes al Creador y á tí mismo: pero á este y á aquel te conducirán únicamente la rectitud, la equidad, la justicia.

Ten presente que vale mas un solo acto de virtud que todos los tesoros y placeres del mundo.

El hombre ha sido criado pa-

En todas tus acciones no busques mas que tu comodidad; y sea el medio y el fin de ellas el interés personal.

El dolor y el placer han de ser los móviles de todas tus acciones; no repares en medio alguno para huir del primero, y buscar el segundo.

El placer mas pequeño, que apenas se disfruta desaparece, tiene mas precio que cualquiera otra cosa que no sea placer.

El hombre está criado para el

ra la virtud, solo la virtud constituye su felicidad.

Ama á tus hermanos en Dios y por Dios; que tu amor sea sincero y puro, leal, desinteresado, benéfico y sólido. No hagas á los demás lo que no quieras que te hagan á tí, y haz con los demás como para tí querrias.

Olvida las injurias, y confunde á tus enemigos con un generoso perdon.

Que tu felicidad presente forme la felicidad de tus hermanos, y vice versa que la felicidad de tus hermanos forme la tuya.

Si ante todo nos detenemos á examinar estos principios tan opuestos y contradictorios, hallaremos en unos los caracteres de la virtud, y en otros los del vicio; descubriremos que aquellos forman la base del orden social y de la fraternidad; y estos, destruyendo uno y otra, levantan sobre sus ruinas el egoismo personal justamente odioso á todos los demás hombres; y conoceremos, en fin, con la mayor claridad y evidencia, que el hombre está destinado naturalmente á seguir los primeros, y huir de los segundos, porque está destinado á practicar la virtud, y no el vicio, á conservar el orden social, no á destruirlo. Sentado esto, si presentamos estos principios á nuestro corazon, veremos que, á pesar de la favorable tendencia que nuestra razon tiene hácia la virtud, encuentra él en unos y otros algo de bueno y bello, algo que le agrada en los unos y en los otros, y siente dos atracciones ó in-

placer; los placeres sensibles son el objeto de su corazon.

Ama á tus semejantes; pero cuida de no dar tu amor infructuosa é inútilmente. Este principio: *No hagas á otro lo que no quieras para tí, y haz con los demás como para tí quisieras*, debes considerarlo profundamente esculpido en el corazon de los demás hombres; pero por lo que á tí mira régúlo todo á medida de tu interés personal.

Haz sentir, en cuanto puedas, los efectos de tu desprecio á todos cuantos se opongan á tu voluntad. La compasion hácia tus enemigos seria una debilidad: perturbaron tu felicidad y no merecen perdon.

Que tu felicidad humille á tus semejantes, y la humillacion de tus semejantes formará tu felicidad.

clinaciones naturales que lo dirigen y lo llevan, una á estos, y otra á aquellos.

Si el hombre, pues, tiene dos inclinaciones naturales opuestas, una para la virtud, y otra para el vicio, si el hombre se siente inclinado á seguir no solo lo que seguir debe, sino aun lo que conoce que no debe, puedo yo asegurar que el hombre no es tal como fue criado por Dios: y voy á probarlo.

Dios, que es el conjunto original de todas las virtudes, que aborrece *naturalmente* todo cuanto no es belleza, perfeccion y virtud, no puede formar criatura alguna con inclinacion natural al vicio, con inclinacion natural á aquello que la criatura sabe infaliblemente que no debe seguir. Luego Dios no ha criado al hombre con inclinacion al vicio, con una inclinacion natural á aquello que conoce le está prohibido; pero como el hombre siente en su interior esa inclinacion, hemos de deducir que el hombre no es ahora como Dios lo crió.

Cualquiera que lea con atencion los párrafos en que se trata de la perfectísima esencia de Dios, no podrá dudar en manera alguna de la primera y fundamental proposicion, es á saber, que Dios no puede dar á criatura alguna inclinaciones perversas; y ningun hombre de juicio hallará dificultad en admitir la otra, pues si Dios no puede hacerlo, no hay que dudar que no lo ha hecho; y tocante á la segunda, tengo yo por muy cierto que solo puede negarla un hombre que quiera de intento ahogar la voz de la naturaleza, y desmentir á los demás hombres que sienten en sí mismos dos inclinaciones opuestas, dos tendencias contrarias: ¿qué hemos de decir pues? Que es verdadero y evidente, que el hombre no es tal como lo crió Dios; no obstante, no queramos pararnos aquí; volvamos á presentar á nuestro corazon la anterior muestra para hallar mas pruebas de una verdad tan sorprendente é importante. Echemos una ojeada á los principios opuestos: Si nosotros probamos de practicar ahora unos, despues otros, la experiencia nos hace sentir vivamente cierta interior repugnancia é inexplicable aborrecimiento hácia los que nos conducen á la perfeccion y á la virtud; y al contrario, una fácil adhesion, una tendencia que nos lleva y casi nos arrastra hácia aquellos que forman el carácter del hombre perverso. Esta es otra profunda verdad que no necesita pruebas: todos los hombres la sienten en su interior. Bajo esta suposicion, argumentamos así:

Como hemos demostrado, Dios es el principio y fin de todas las criaturas; él las crió por sí mismo y según su esencia; luego todas las criaturas fueron producidas por Dios, no contra Dios, salieron provistas únicamente de bellezas, perfecciones y virtudes, porque fueron criadas á imagen de la esencia perfectísima de Dios, y no podían serlo de otro modo; mas si todas las criaturas fueron producidas por Dios, y no en oposicion con él, y solo se les dieron bellezas, perfecciones y virtudes, así fue criado el hombre y de estas dotes salió adornado.

Pero al presente, el hombre no es de esa suerte; luego el hombre no es ahora como lo crió Dios. El hombre está en oposicion con Dios, porque tiene una íntima y natural antipatía á los medios que le conducen á la virtud, siendo Dios la misma virtud original; está el hombre en oposicion con Dios, porque tiene una fácil y natural adhesion á todo lo que está opuesto á la perfeccion y á la virtud, que es Dios; de suerte que estando el hombre en oposicion con Dios, no solo no es tal como él lo crió, sino del todo contrario.

§ VII. — *Dedúcese que la naturaleza del hombre está degenerada y corrompida.*

Si naturalmente lleva el hombre en sí mismo una fuerte inclinacion contra la virtud, y por consiguiente contra el ser perfectísimo de Dios, no es en verdad tal como este lo crió; y si, á mas, es cierto que esta inclinacion torcida es mas vehemente que la que experimenta el hombre hácia la virtud, no quedará duda de que no solamente no es tal como lo crió Dios sino totalmente contrario. Aquí no hay salida; esta verdad se desprende inmediatamente de la esencia de Dios. Un hombre que se obstine en negarla, que quiera cegarse voluntariamente y chocar con el sentido común, afirmando impávidamente que él es como debe, y que si siente en sí mismo tendencias opuestas á la virtud, es solo por efecto de su libre voluntad; un hombre semejante acaso sorprenderá á alguno; pero yo le diré, que se engaña si llega á imaginar que por ser esta una de aquellas íntimas verdades cuya fuerza naturalmente se siente, no le será demostrada nunca por la razon, ni llegará él á ser descubierto á la faz de los demás hombres. Yo le reto á que me responda ante la experiencia, y le pregunto:

Los hombres de todos tiempos y de todos los pueblos ¿hacen lo que conocen que es un deber? ¿se aplican á la virtud, á cuya práctica conocen infaliblemente que están destinados? y ¿huyen con horror de lo que naturalmente conocen que deben huir? Por cierto que basta una sombra de sinceridad para confesar necesariamente, que todos ó casi todos los hombres hacen lo que ellos mismos conocen que les está vedado hacer, y se entregan á los vicios, á los desórdenes, á la iniquidad, que detestan mutuamente en los demás, por mas que se reflejen á veces en ellos mismos. Ahora bien, si los hombres fuesen todos como debieran, serian todos ó casi todos amantes de sus prójimos, justos, sóbrios, liberales y fuertemente apegados á todas las virtudes, que forman el carácter del hombre de bien, honesto y sociable; porque entonces seria menester un desusado esfuerzo de perversidad y de malicia para superar aquella innata y natural inclinacion á la virtud.

Suponiendo ahora, lo que no es cierto, que Dios hubiese podido criar al hombre dirigiéndolo á un fin, y dejándolo en perfecta indiferencia hácia él ó hácia su contrario; aun cuando no fuera esto repugnante en Dios, encontramos que no lo ha hecho, y que los hombres no están en esa indiferencia completa por el vicio ó la virtud; porque es regla cierta é infalible que si todos los hombres se encontrasen en esa perfecta indiferencia, casi la mitad del género humano hubiera sido virtuosa: y esto está muy léjos de ser así, segun lo patentiza la experiencia; ni jamás ha sido, segun se desprende de la historia; luego el hombre no es indiferente en esta materia. Pero si esto es así, si los hechos demuestran que el hombre no tiene en sí mismo una profunda inclinacion y proporcionada tendencia á la virtud, los mismos hechos de todos los pueblos, como antes hemos demostrado, descubren de un modo incontrastable una inclinacion violenta en el hombre, que lo conduce á los desórdenes y á la perversidad, que su razon tiene por tales y reprueba en los demás. ¡ Misera humanidad! ¿Cómo admities esta verdad degradante? ¿Acaso quieres negarla para cúmulo de tus miserias y ceguedad? Mas, ¿no es cierto que si no estuvieses naturalmente inclinado al bien necesitarias un penoso esfuerzo de perversidad y de malicia para abandonar la virtud? Y ¿no es cierto que por lo mismo que tú te diriges naturalmente á la corrupcion, á la iniquidad, se necesita mayor esfuerzo para inclinarte á la virtud, y para hacerte familiares ciertos actos vir-



tuosos é indispensables? ¿Podrás negar acaso una verdad tan evidente, y que sin cesar estás sintiendo en lo íntimo del corazón? ¿No es también cierto que una perfecta indiferencia hácia el vicio y la virtud acarrearía naturalmente igual facilidad para la práctica de uno y otra? Y ¿no es cierto también que se hace penosa la senda de la virtud, al paso que es suave y fácil la del vicio, solo porque tu naturaleza depravada y corrompida se inclina con gusto á esta, y huye de aquella con abominación? Concluyamos, pues, que el hombre no es en su naturaleza como debiera, porque no tiene una aptitud natural y suficiente para conocer á Dios por quien fue criado; que el hombre no es lo que debe ser, porque no tiene una inclinación natural á la virtud, para la cual fue destinado sin duda alguna, y á favor de la cual le habla su razón con tanta energía; que el hombre, en fin, se halla naturalmente opuesto á lo que debería ser, porque á mas de no hallarse inclinado al bien lo está con vehemencia al mal: dedúcese de todo esto que el hombre no es tal como Dios lo crió, y por lo tanto que su naturaleza está depravada y corrompida.

Hemos demostrado esta verdad con el raciocinio, la hemos hecho sentir con el sentido íntimo, la hemos confirmado con los hechos, y llevádola al último grado de claridad con la experiencia personal. ¿Qué mas podemos desear?

#### § VIII. — *Primera objecion contra esta verdad.*

Si con atención observamos la naturaleza humana, veremos que no es la virtud lo que el hombre aborrece, sino la molestia que consigo lleva la práctica de la virtud; y porque aborrezca naturalmente esa molestia ¿hemos de decir que no es el hombre lo que debe ser?

Si yo hubiese sostenido que el hombre aborrecía naturalmente la virtud, estaria en su lugar esta objecion; pero diciendo que se complace en ella, que se encanta observándola, y queda cautivado por ella, y que esto es un rastro de la primitiva belleza en que fue criado, que le da un recuerdo de otro estado mas dichoso, cual es su fuente original; no me opongo á que solo aborrezca el hombre la molestia que ocasiona la práctica de la virtud, y en esto nos hallamos de acuerdo. Ciertamente, el hombre no aborrece la virtud, sino el trabajo que su práctica le acarrea; pero yo pregun-

to: ¿Por qué al hombre, criado para la virtud, al hombre, á quien su propia razon llama hácia la virtud, y tambien, quizás, algunas íntimas y secretas, aunque débiles voces de su corazon, al hombre ha de serle tan penosa y difícil la senda de la virtud? Esa pena, ese disgusto, esa dificultad no viene ciertamente del lado de la virtud; pues esta ofrece un camino practicable y halagüeño *en su verdadero aspecto*; luego, el disgusto y la dificultad están en la naturaleza del hombre; si ese camino se le hace penoso, solo consiste en que él es débil; si le molesta, será tal vez porque su naturaleza no esté adecuada á la virtud; pero, por otra parte, es cierto, demostrado y evidente que el hombre fue criado para la virtud, fue criado por aquel Ente supremo, que en manera alguna se sirve de medios inaptos para el fin á que se los destina; y por lo tanto, no debería el hombre ser tan excesivamente débil para la virtud, ni estar formada su naturaleza con tanta desproporcion para ella: esto hace creer, pues, que no es como debe ser, tal como Dios lo crió.

§ IX. — *Otra objecion.*

Todos los males del hombre, las fuertes contrariedades que cree hallar en su naturaleza no son mas que efectos naturales, y legitimamente procedentes de una naturaleza criada en el modo que lo es la del hombre. ¿Qué tiene de extraño que el hombre sienta inclinaciones diversas, si él está compuesto de dos diversas sustancias, como son el espíritu y la materia? Y por cierto que esas supuestas contrariedades son los verdaderos elementos que entran en la composicion del hombre, el cual es como el resto de la naturaleza lo que debe ser.

Ved ahí una objecion que, para penetrar en su falsedad y malicia, debe aclararse. Pregunto yo: ¿Qué es mi espíritu? Es aquel ser que piensa. Y ¿qué es el cuerpo? Es la materia unida al espíritu, y por medio de la cual recibe estas impresiones. Ahora bien; la causa de las diversas tendencias se encontrará en mi espíritu, que unas veces obra por su propia actividad, y otras se deja arrastrar por las impresiones que por medio de los sentidos hacen en él los objetos exteriores. Sentado esto: Dios dotó al hombre de espíritu y cuerpo, y lo sujetó naturalmente á diversas tendencias. Si por la palabra *diversas* entendemos que el hombre está

naturalmente sujeto á sentir distintas inclinaciones, que lo conducen, aunque por diferentes caminos, á un mismo fin, no tengo dificultad en concederlo; pero no es esta la cuestion: búscase comprobar si hay en el hombre diversas y opuestas inclinaciones que lo guien á opuestos fines: si esto es así, si nosotros sentimos en lo íntimo de nosotros mismos que el espíritu va contra la carne y la carne contra el espíritu; si experimentamos esta dura y continua lucha en nosotros mismos, no puede hallarse razon alguna capaz de persuadir á un hombre dotado de sinceridad que él es como debe ser, y por consiguiente tal como lo crió Dios. El hombre fue formado de materia y espíritu; pero debería serlo en perfecta armonía entre una y otro. Este desorden sensible, este interior desconcierto, estas diversas y opuestas inclinaciones hácia fines tambien diversos y opuestos no pueden ser obra de aquel Ser supremo, que es la idea increada del orden, de la armonía y de la virtud. Encontramos en esto repugnancia, dimanada de la misma naturaleza de Dios; y es tan absurdo que el hombre sea ahora cual fue criado por Dios, como es absurdo que Dios en el acto de la produccion exterior pueda desviarse de su perfectísima esencia.

§ X. — *Otra prueba mas de sentimiento. — El hombre no es lo que debe ser, no es tal como lo crió Dios.*

No sé hasta qué punto puede llegar una ceguedad voluntaria, una deplorable obstinacion. ¿Es posible que un hombre sincero pueda resistir á tantas luces, á tan fuertes é íntimas demostraciones? ¿Es posible que se obstine aun en sostener que el hombre es como debe ser y como fue criado?

¿Encontrárase acaso alguno que observándose á sí mismo tan corrompido y degradado llegase á dudar de que él fuese obra de Dios? Si esto sucediera, no trataria yo de convencer al que tal partido abrazara, y lo miraria con ojos de compasion como á hombre incapaz de ser persuadido, y voluntariamente ciego. Toda la teología natural no es mas que una continuada demostracion de que el hombre es obra de Dios.

Dejando, pues, á un lado semejante extravagancia, sin negar este acto de gratitud á nuestro supremo Criador, me limitaré á hacer sentir á todos, con ayuda de la experiencia, su corrupcion y ma-

licia. Dirijome á un hombre en estos términos : ¿ No te hallas por ventura naturalmente inclinado á amar á tus semejantes, á complacerte en su felicidad, en su bien, principalmente cuando este bien y esta felicidad no redundan en daño tuyo ? Díme ahora sinceramente, ¿ cómo estaba tu corazon al saber que una persona á quien tú conocias mucho habia sido elevada por su mérito á una distinguida posicion, colmada de honores y riquezas, y hecha el objeto de veneracion de un pueblo entero, y aplaudida por todo el mundo ? Cuando te llegastes á persuadir con fundamento de que tales aplausos no serian momentáneos, sino que pasarian de generacion en generacion con las bendiciones de los antepasados ; díme, ¿ cómo estaba tu corazon ? ¿ Sentiste acaso, como debias, una secreta complacencia, un deleite interior por el bien y la felicidad de un semejante tuyo ? ¿ ó se hacia sentir en tu corazon un disgusto involuntario, que desaprobaba la felicidad de tu hermano ? Y sin embargo, ¿ qué daño se te seguia de ello ? ¿ Podias acaso aspirar á tan alto lugar, y en un país tan lejano, y á una fama tan bien asegurada y universal ? No : pues ¿ qué significa ese interior disgusto de la felicidad de tu hermano ? ¿ Qué ha de significar sino una muestra de la corrupcion interior ? Y ¿ qué quiere decir tambien el secreto placer que tú experimentaste con las repetidas desgracias de un desconocido ?... ¡ Oh hombre ! que eres el soberano del mundo, el dominador de la tierra, que eres un ser espiritual libre é inmortal ; objeto de amor y de ternura para tu Criador ; formado por Dios, vinculado en Dios, y á Dios destinado, ¡ oh cuánto me impone tu majestad ! ¡ Cuánto me sorprende tu grandéza !

¡ Oh hombre, á quien tan difícil es el conocimiento de tu principio y fin, y tan penosa la práctica de la virtud ; hombre, que huyes de Dios, y usurpas su honor, que te olvidas de tí mismo, y rebajas tu espíritu para hacerte comun con los brutos, que en tu interior estás en continua lucha ; hombre ! que tanto provecho sacas de tus pasiones, que te arrastran á vicios é iniquidades que tu razon reprueba, ¡ oh hombre, que eres lo que no deberias ser, que no eres lo que un día fuiste ! ¡ oh cuánto me abate tu envilecimiento ! ¡ cómo me desalienta tu degradacion !

§ XI. — *Otra prueba. — La vanidad y la irreflexion son naturales al hombre.*

Sabemos ya que la naturaleza del hombre no es tal como la crió Dios, que está gastada y corrompida; pero ¿de qué nos aprovecha tan humillante conocimiento? ¿Una verdad que nos abate, nos envilece y nos desespera? ¿No encontraremos cosa alguna que nos consuele? ¿Necesitan acaso los demás hombres ese consuelo, cuyo socorro nosotros buscamos? Ciertamente que los más de los hombres, bien sea por sentimiento, bien por raciocinio, ó por otros medios, están muy persuadidos de una verdad que tanto envilece: y no obstante, todos gozan y se alegran. Este es un fenómeno muy extravagante; dirigiémos á un hombre, y decidle: Tú no eres naturalmente lo que debes ser, tú no eres tal como te crió Dios: tu ser se halla en contradicción con la esencia perfectísima del Criador, tus perfecciones y bellezas están agostadas y corrompidas, y eres el juguete de las más estupendas contradicciones, apartado de Dios, opuesto á Dios... Observad como este hombre se humilla, y como busca algún remedio para el más funesto de sus males: por ciertos rasgos conoce él cuál debía ser su original belleza, y siente todo el peso de su vileza y degradación. Estas reflexiones lo ponen en un estado de abatimiento y de confusión: retiraos un instante, y veréis luego al hombre gozoso, alegre y festivo. Pero hacedle entrar de nuevo en el conocimiento de su ser, y lo tendréis otra vez abatido, aunque no hasta tal punto como antes. Vuelve él después á su estado de jovialidad y de alegría, y ya vuestras palabras no le causan la impresión que de ellas esperais; le entristeceréis, pero esa tristeza durará muy poco; y á pesar de que una y mil veces le probeis la citada verdad, no os escuchará ya, se dirigirá hácia las cosas sensibles lleno de gozo y con la risa en sus labios; ¿qué decís, pues, de tan desordenada conducta? ¿Qué significa el que estas verdades, que le llenaron de tristeza hasta el mayor grado, estas mismas verdades no hayan tenido fuerza al presente para arrancarle la risa de los labios? ¿Es que se ha cambiado la verdad ó la persuasión? Si observamos atentamente, veremos que la verdad es la misma, que él está persuadido del mismo modo, y que todo el cambio está en la reflexión. Este hombre se concentró mucho en su interior, y por consiguieren-

te, sinió toda la fuerza de vuestras expresiones : ¿ qué milagro, pues, que le encontráseis triste y abatido ? Y si no fue tanta des- pues la afliccion y la tristeza, tampoco lo habia sido la reflexion ; y si alfin llegó á no causarle impresion alguna, fue porque no ha- bían orado la reflexion ni el sentimiento. ¡ Gran beneficio recibia al parecer este hombre de su irreflexion ! Pero lo mas singular es que, este beneficio no se origina del temperamento de uno que otro hombre, sino que es comun á todos ellos. Todos serian infelices si reflexionaran mucho ; y si continuamente se ven alegres y festivo, es porque poco ó nada reflexionan. Preguntemos á un hombre cualquiera con toda seriedad, cómo está, cómo lo pasa. ¡ Oh ! si semejante pregunta hacemos, ¡ cuántos males, cuántas miserias se descubrirán á nuestra vista ! La eficacia y la violencia de nuestras pasiones, los deseos demasiado ardientes, la codicia de falsos bienes, el odio, los celos, la envidia, los fraudes y traiciones, las calumnias, las injurias, el robo, las heridas, el homicidio, el terremoto, los incendios, las borrascas, la sequedad, peste, guerra y otras tantas miserias, de las cuales basta una para perturlar nuestra dicha. Si preguntamos, pues, á los hombres, todos se tienen por infelices, todos se lamentan y duelen ; príncipes, súditos, nobles, plebeyos, viejos, jóvenes, fuertes, débiles, sábios, ignorantes, sanos y enfermos, hombres de todos los tiempos y países, edades y condiciones ; todos, en una palabra, viven contentos, rodeados de placeres, y dándose aire de la mas completa jovialidad. Sí, tal es el efecto de tan portentosa irreflexion. El hombre es infeliz cuando reflexiona, la irreflexion le conduce á la felicidad. ¡ Miserable felicidad ! Felicidad engañadora, imaginaria que no le quita, si solo le oculta sus males, y le hace, en cierto nodo, mas ciego, mas mísero y mas infeliz. Esta es la triste condcion de los hijos del hombre, ser desgraciados, ser infelices, y no hallar descanso ni consuelo alguno, mas que en el olvido desu propia miseria é infelicidad ; y este es un consuelo míserable que oculta al hombre sus males, y ocultándoselos se los hace irremediables ; pues por una extraña aberracion de la naturaleza del hombre, sucede que el pensar y concentrarse en sí mismo, el pensar en las propias miserias, aunque las haga mas dolorosas al comun de los hombres, es en realidad su mejor bien, como que se dirige en derechura á dar algun alivio á sus males ; y al contrario, las distracciones, la irreflexion, que el hombre

mira como sus mas preciosos bienes, son en realidad su mayor desgracia, porque lo alejan del verdadero remedio, del mas sólido consuelo, adormeciéndolo en sus miserias <sup>1</sup>.

§ XII. — *Prosiguese.*

El hombre es naturalmente reflexivo, y este es uno de los mas sublimes dones que lo distinguen y embellecen. El hombre está inclinado á reflexionar acerca las criaturas todas que lo rodean, á observar todas las cosas de la tierra y del cielo y de los inmensos espacios á que puede extenderse la sorprendente actividad de su espíritu. Todo lo quiere ver, todo lo quiere conocer el hombre; todo menos á sí mismo, menos á su naturaleza y á su corazón; cómplacese y se deleita en cualquier objeto, en cualquier descubrimiento, en cualquiera observacion exterior; pero en cuanto á sí mismo aborrece hasta el mirarse. Esta verdad no necesita demostracion, basta observar á un hombre cualquiera, aunque sea

<sup>1</sup> Acerca este punto se leen muy oportunas reflexiones en los *Pensamientos* del célebre Pascal.

Escójase, dice este escritor, escójase una condicion cualquiera, poniendo en ella todos los bienes y todas las satisfacciones que tengan al parecer fuerza para dar contento. Si el que sea puesto en ese estado no tiene distracciones, y se le deja discurrir acerca su naturaleza, aquella lánguida felicidad no bastará á sostenerlo, y caerá en la amarga contemplacion del porvenir; y si no hay cosa que le ocupe á su alrededor, vedle ya infeliz. La dignidad real ¿no es acaso bastante grande para hacer feliz, por el solo objeto de su ser, al que la posee? ¿Será necesario alejar de él aquellas ideas como del vulgo? Veo muy bien que es hacer feliz á uno el distraerlo de sus miserias domésticas, dirigiendo toda su atencion al empeño de bailar bien; pero ¿será así esto con un soberano? ¿será mas feliz él inclinándose á estas fruslerías, que á la vista de su grandeza? ¿no sería injuriarle el pretender ocupar su ánimo en ajustar sus pasos al compás de una música en vez de dejarle gozar en paz de la majestuosa gloria que lo rodea? Hágase la prueba: déjese á un rey solo sin pesar alguno en el espíritu, sin compañía, abierto el campo para pensar en sí mismo, y ocupar toda la actividad de su espíritu en este único pensamiento; y se verá que un rey es un hombre lleno de miserias, y las siente como otro cualquiera... De aquí es que muchas personas se deleitan en el juego, en la caza y en otros pasatiempos, que ocupan toda su alma; pero no es que haya verdadera felicidad en el dinero que se gana en el juego, ó en la liebre que huye, sino que los hombres aman el estrépito, el tumulto, que les libra de pensar en sí mismos. Por cierto que tales diversiones serian incapaces de ocupar el espíritu del hombre, á no haber él perdido el sentimiento del bien, y si no estuviese lleno de bajeza, orgullo y ligereza.

de un modo superficial, para no guardar la menor duda acerca de ella. Ofreced al hombre un objeto frívolo, de solaz y de esparcimiento, un objeto que le aparte de la consideracion de sí mismo, ved cómo va tras él con excesivo ardor, y hasta perderse. Presentadle á sí mismo; observad cómo se turba, se agita y se disgusta. ¿No es esta una voz de la naturaleza, un sentimiento palpable de su miseria? Si él huye de mirarse á sí mismo, es porque al hacerlo no se encuentra conforme á la idea innata de orden que lleva impresa indeleblemente en su espíritu. ¿Acaso no le molesta y fastidia el escuchar un sonido poco armónico? Y ¿no le hace cerrar los ojos, produciendo una sensacion desagradable, la vista de cualquiera figura desproporcionada y disforme? Así huye aun mas de contemplarse á sí mismo, porque su naturaleza está desconcertada y disforme en el mas alto grado. Fijemos bien la atencion en que al hombre le repugna mirarse á sí mismo, porque no puede aguantar la vista de sus miserias: profundicemos algo, y veremos que este es el solo y único motivo, y que el hombre no huye precisamente de contemplarse á sí mismo, sino de verse tal cual es, miserable é infeliz. Pero descubrid al hombre aquellos rasgos de belleza por los que conoce que es grande y soberano; hacedle ver la elevacion, la penetracion y la fuerza del ser que en él piensa; mostradle que es un ser sencillísimo, sorprendente obra del supremo Criador, y que su espíritu no está destinado solamente á ser el dueño de cierto número de criaturas, sino que es naturalmente superior á todo el universo material: decidle que fue criado inmediatamente por Dios, el cual lo conserva y lo protege; decidle, finalmente, que él existirá siempre; y veréis á este hombre escucharos con atencion, observarse, é interrogarse con gusto á sí mismo, impaciente é infatigable. Pero en cuanto lo dejéis solo en la oscuridad y en la confusion, cuando le dejéis que se penetre de su estado de degradacion, entonces leeréis en su semblante el tédio y el abatimiento, y le veréis alejarse, y divagar, y distraerse de tan desagradable impresion. Él es, pues, desgraciado; y si otra prueba no hubiera de sus miserias, lo seria suficiente este aborrecimiento, esta repugancia natural á contemplarse á sí mismo.



§ XIII. — Conclusion.

De esta inclinacion general de todos los hombres hácia lo vano y frívolo, y á no reflexionar acerca lo íntimo de su naturaleza, de esa repugnancia natural á la contemplacion de sí mismos, hemos deducido nosotros su miseria. Todo hombre, que esté dotado de suficiente penetracion, conoce á fondo la fuerza y el valor de semejante demostracion; mas no podremos decir lo mismo de otros hombres, cuya inteligencia no alcanza tanta extension, ni gozan de tan fino tacto. ¿Nos esforzaremos acaso con estos en probarles la degradacion del hombre? ¿Debemos, pues, ya que no comprenden el valor de nuestros argumentos, descubrirles uno á uno sus interiores males, su ignorancia, la efervescencia y desenfreno de las pasiones, las vivas tendencias hácia el vicio, y el odio á la virtud? ¿Les pondremos á la vista todo cuanto les persigue, peste, hambre, guerra, terremotos, incendios, tormentas y tantas dolorosas sensaciones á que está sujeto el cuerpo de tan distintas maneras? Seria este demasiado arduo trabajo, cási supérfluo para los que están persuadidos por las precedentes demostraciones, y para todos enfadoso, porque se habla de males que comunmente se padecen, sin quererlos padecer; tomaremos, pues, un término medio, y haremos palpar la infelicidad de los hombres todos.

Escogeremos entre los innumerables males que afligen á la humanidad, uno solo, pero grande, universal é inevitable, que por ser grande será suficiente para hacer ver la miseria y degradacion del hombre; por ser comun no admitirá excepcion alguna, y finalmente, por ser inevitable nos probará no solo que el hombre es miserable, sino que lo es naturalmente, ya que de ningun modo puede evadir sus miserias. Este es la necesidad de la propiedad ó sea de lo *mío* y *tuyo*; esa fria palabra, que en decir de san Juan Crisóstomo atrae todos los males sobre la tierra. Si demostramos que este mal es verdaderamente grande, universal y real, y que para desterrarlo del mundo seria preciso cambiar la naturaleza del hombre, entonces tendremos probado que el hombre es miserable, y que lo es por naturaleza <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Para no dejar dudosas nuestras ideas acerca un punto, para el cual se necesita una gran circunspeccion en nuestros días, desearia, que al tratar yo de

§ XIV.— *El hombre está fuera de su estado verdadero y natural.*

La dignidad del hombre, el dominio de la tierra, la soberanía que ejerce en todas las criaturas inferiores á él, y es la mas natural y digna que pueda idearse, ¿no toca acaso al hombre precisa y solamente porque es hombre? Siendo así, todo hombre nació soberano de los innumerables seres inferiores que lo rodean; todos recibieron del Criador esta respetable y utilísima soberanía, y todos tienen derecho á los homenajes y servicio de las criaturas inferiores.

Hé aquí una verdad que nos descubre una varia y agradable perspectiva, que eleva, vivifica y sorprende á nuestro espíritu.

Mas, si todos los hombres son igualmente soberanos y señores de las criaturas inferiores, todos tienen igual derecho á sus servicios, y derecho incontrastable, como que está fundado en la naturaleza, y que nadie puede quitarles fuera del mismo Ser supremo, que se lo ha dado. Semejante verdad, que levanta al hombre de su torpeza, é iguala *naturalmente* el aherrojado esclavo con su orgulloso y triunfante tirano, conduce directamente á un reparto igual de los frutos de los llamados bienes de fortuna, los cuales no son otra cosa que el homenaje de los seres inferiores. Este reparto igual de los servicios de las criaturas inferiores está ordenado á la natural exigencia del hombre, no solo porque está en conformidad con la plenitud de los derechos del hombre, sino tambien porque coloca á todo el género humano en una especie de felicidad natural; pues es cierto que el hombre fue criado en la plenitud de sus derechos, y en una especie de felicidad natural. Pero si esta igual repartición de los servicios de las criaturas in-

la propiedad de los bienes de fortuna, no se incline el lector á creer que yo pretenda destruir sus derechos, que en el *estado presente* del hombre deben mirarse como sagrados, inviolables y necesarios, y sancionados por Dios particularmente con estas palabras del Decálogo: *Non furtum facies*; es verdad que yo haré ver que segun la *exigencia en origen natural* del hombre la propiedad está contra el derecho que la naturaleza da á todos los hombres; que ella es el único y verdadero origen de casi todos los males que forman la infelicidad del género humano; pero tambien demostraré que ese mal no tiene remedio, porque nace de la corrupcion intrínseca del hombre, y que el quitar la propiedad seria un mal mucho mayor, destruiria la sociedad, y derribaria el orden y el estado político-moral del hombre.

feriores está arreglada al orden natural, ó al verdadero estado primitivo del hombre, y si los hombres no disfrutan (ni pueden disfrutar, como veremos) actualmente de este reparto, habrá que deducir que no se hallan en su verdadero estado natural. Veámoslo.

Aquel estado, que pone á todos los hombres en una verdadera y real impotencia de gozar en toda su extension de aquellos derechos que como hombres les competen, no es el estado verdadero y natural del hombre;

Es así que el estado, que impide la reparticion igual de los servicios de las criaturas inferiores ó un equivalente de ella, pone al hombre en estado de verdadera impotencia para disfrutar de los derechos, que como á hombre tiene señalados:

Luego ese estado no es el verdadero y natural del hombre.

El estado que no da al hombre cierta felicidad natural, no es el propio y verdadero estado del hombre;

Es así que el estado, que no admite un igual reparto de los servicios de las criaturas inferiores ó un equivalente de ella, no da al hombre esa felicidad natural que puede alcanzar en la tierra:

Luego este estado no es el verdadero y natural del hombre.

Y pregunto yo ahora: ¿Se encuentra el hombre en el estado que debe ocupar naturalmente, ó sea en su estado verdadero y natural? Observemos por un momento el orden político-moral de los hombres.

Estoy viendo que muchos se han levantado sobre multitud de sus semejantes, y se atribuyen un verdadero y exclusivo dominio sobre las criaturas inferiores. Esto es *mío*, dicen unos, señalando un número casi infinito de vegetales y animales; los servicios de todas estas criaturas, dicen otros, me pertenecen solo á mí; mias son estas selvas, y solo yo tengo derecho á los frutos de estos campos. Al contrario, encuentro una innumerable multitud de hombres, que ni tienen selvas ni campos; que no reciben soberanamente los servicios de los vegetales y animales, y que para vivir, aunque sea con estrechez y miseria, se humillan, suplican, y piden incesantemente á aquellos, que gozan de dominio sobre las criaturas inferiores, y soberbiamente señorean la tierra.

Este es el estado en que realmente se encuentra todo el género humano.

Si por una hipótesis, considerándolo en abstracto, reclamase

un pobre sus derechos naturales y primitivos, y sostuviere que le corresponden á él, como á los demás hombres, los servicios de las criaturas inferiores, se fundaria en la razon de que su humanidad no es en manera alguna distinta de la de los demás hombres.

Podrian responder el rico y el hacendado, que esa posesion, ese usufructo de sus terrenos son el precio de los sudores de sus antepasados, los cuales les cedieron todos sus derechos, por lo cual poseen legítimamente lo que poseen.

Mas, á decir verdad, considerando la cosa en sí misma y desde su origen (prescindiendo del estado actual del hombre), se ve que la justicia, el derecho está de parte del pobre, porque pudiera decirse al rico, al poseedor: ¿De quién has adquirido la propiedad de tus posesiones? De mis antepasados. Y ¿qué eran esos antepasados? Eran hombres. Mas, no fueron llamados los hombres todos á señorear la tierra, sino por durante el tiempo que viviesen sobre ella; ¿cómo, pues, esos que solo tenian el usufructo podian disponer en vuestro favor de una propiedad que no era suya? Esto fue por una convencion mútua entre los hombres. Pero ¿quién hizo ese contrato? Nuestros abuelos. Y ¿acaso podian hacerlo? ¿Cómo podian ellos privar á sus nietos de un derecho de que, como á hombres, disfrutaban? ¿Fueron, por ventura, los primeros hombres dominadores perpétuos de la tierra? No sé ver yo que el supremo Criador haya distinguido á los primeros de los últimos. Repito, pues, que la razon está á favor del pobre, y que la propiedad de los bienes de fortuna es contraria al derecho natural del hombre.

#### § XV. — *Prosiguese.*

Continuemos nuestras investigaciones, y veamos qué efectos produce en el estado político-moral del hombre una propiedad introducida de un modo tan opuesto al orden y á la justicia. ¿Qué bienes reporta al género humano esta exclusiva propiedad? ¿Hace felices al menos á parte de los hombres? Lo que yo veo, y comprendo hasta la evidencia es, que el sistema de propiedad exclusiva es ocasion y causa de casi todos los males que afligen á la humanidad entera. Profundicemos algo, no nos contentemos con un exámen superficial. ¿De dónde toman origen las cábalas, las

arterias, los fraudes, las enemistades, los odios, las querellas y los homicidios? ¿De dónde nacen los temores, la codicia, la desconfianza, las guerras y otros tantos males que hacen desgraciada á la humanidad en cualquier lugar y tiempo? Lo mas comunmente, de este sistema de propiedad de los bienes de fortuna resulta, que los hombres esperan, temen, adulan, aborrecen, desconfian, disputan, pelean solamente por extender algo su propiedad, y elevarse sobre los demás hombres. Cada uno se sirve de distinto medio ó pretexto; uno oculta su codicia, y otro la descubre, y entre tanto pelean entre sí, se engañan mutuamente, corren todos á un mismo fin, que no pueden obtener todos, y que los hace infelices á unos por no haberlo obtenido, y á otros porque lo obtuvieron.

Tal es el hermoso fruto de la propiedad personal y exclusiva.

§ XVI. — *Sientase por conclusion que el hombre se halla fuera de su estado verdadero y natural.*

Hemos visto el aspecto real del órden politico-moral de los hombres, lleno de injusticia, de confusion, desórden y miseria, y que nos da á conocer la ceguedad, el error y la corrupcion en que viven todos. Si hemos encontrado á los hombres en un estado que les priva de recibir con igualdad los servicios de las criaturas inferiores ó un equivalente de ellos, es evidente que no los hemos encontrado en su verdadero estado natural, porque no están en posesion de sus derechos.

Si hemos encontrado á los hombres en un estado, que no les pone en una especie de felicidad natural, claro es que no los hemos encontrado en su estado natural, porque no los hemos visto felices como debian ser naturalmente. Por el contrario, habiéndoles hallado en un estado opuesto á un igual reparto de los servicios de las criaturas inferiores, en un estado de miserias y trabajos, opuesto al de su felicidad natural, claro es que se hallan fuera de su propio órden y de su natural posicion, y por consiguiente en un estado de injusticia, de ignorancia y de miseria.

§ XVII. — *El hombre, aunque quisiera, no podría recobrar su estado verdadero y natural.*

Siendo los hombres tan desgraciados, y causa de su desgracia el sistema de propiedad exclusiva, paréceme que les oigo decir: ¿Por qué soberanos del siglo, filósofos de la tierra, no os juntáis para buscar los medios de desterrar semejante propiedad, y poner á los hombres en aquella igualdad que por naturaleza les corresponde<sup>1</sup>? ¿Por qué no haceis oír vuestra voz, vuestra razon, y sentir vuestras fuerzas para regenerar totalmente á la humanidad? ¿No ha habido nadie que haya formado un proyecto tan útil, tan justo, y tan glorioso? ¿Seria acaso imposible? Y ¿por qué<sup>2</sup>?

Supongamós por un instante, que todos los hombres, unos por amenazas, unos por convencimiento, y otros, por fin, á la fuerza, háyanse reducido á su estado natural. Vedlos, pues, percibiendo igualmente los homenajes de las criaturas inferiores, y regocijarse en la comun soberanía. Los prados, los campos, la caza, la pesca, los animales todos no pertenecen ya á un solo hombre, sino á toda la sociedad; desterrada la mendicidad y el exceso, y guiados los hombres por un sistema de mútuo auxilio, de amor y de paz. ¡Cuán bella perspectiva! Pero ¿qué es esto? ¿No es verdad que los individuos deben cooperar todos con sinceridad y en cuanto puedan al bien de la generalidad? Mas, ¿qué significa el que con este sistema aquel juez, á quien está encomendado el orden público, dedica al sueño mucho mas tiempo del que parece dispensarle su deber, y de lo que antes acostumbraba? ¿Qué signi-

<sup>1</sup> Háblase aquí de igualdad de frutos de los bienes llamados de fortuna, ó sea de los servicios de las criaturas inferiores, no de una igualdad que se oponga á toda subordinacion y dependencia. El estado verdadero y natural del hombre, que exige que todos respectivamente segun sus necesidades y lugar que ocupan en la sociedad gocen de los servicios de las criaturas inferiores, lleva consigo cierto orden y dependencia mútua, sin los cuales no parece posible la existencia de sociedad alguna.

<sup>2</sup> No encontraremos en tiempo alguno, en todas las revoluciones de los Estados, ó en las mas terribles sediciones populares, que se haya presentado alguno tratando seriamente de abolir la propiedad, porque la imposibilidad del proyecto salta evidentemente á los ojos de eualquiera. No confundamos las cosas. Las leyes agrarias, á veces formuladas, pero no cumplidas, subdividian la propiedad, mas no la destruian.

fica el que aquel labrador, que antes parecia que tuviese cien ojos y cien manos para recoger las mieses, no cuida ahora de ello, y lleva su descuido hasta el extremo? ¿Cuál es la razon de esto? Es que aquel juez esperaba entonces aumentar su propiedad personal con el aplauso de sus semejantes, y vivir mas cómodamente que los demás, y ahora le basta salvar las apariencias; porque conoce que sus posesiones no se han de aumentar, ó será muy poco, por mas que desempeñe su oficio; pues las que ahora cuenta, las cuenta en su mayor parte como á hombre que es, no como á juez. Y el labrador, que tanto se afanaba con la esperanza de asistir mejor á su familia y de aumentar sus frutos sobre los de los demás, solo trata ahora de aparentar que hace lo que debe, seguro de que de ningun modo ha de perder la mediania de sus placeres y comodidades. Pero al juez le importa que el labrador cumpla puntualmente su deber, para disfrutar de los frutos de la tierra con mas abundancia; y al labrador le es conveniente en extremo que el juez cumpla tambien el suyo, para que no le falte á su debido tiempo la parte que le toca percibir de los bienes de la sociedad; pero ni uno ni otro querrian cumplir su deber, ó lo harian flojamente, por no tener un aliciente que les impulsara á ello.

Y ¿la ley del deber, que debe reinar en todos los seres racionales? la ley del deber no tiene apenas accion en el hombre que se deja dominar del interés personal.

Pero ¿por qué las leyes del deber no tienen influencia sobre el hombre, y ha de dejarse dominar hasta tal punto del interés personal? Esto es un desórden, es una decadencia natural. Mas, no perdamos de vista nuestras observaciones; ¿qué es lo que se presenta á nuestros ojos?... Vemos que los mas de los hombres hacen lo mismo que hemos visto hacer al juez y al labrador; en una palabra, todos querrian que los demás cumpliesen su deber respectivo, porque á todos les interesa; pero nadie quiere cumplir el suyo en particular; porque, como puedan salvar las apariencias, poco les interesa lo demás. Y ¿qué resulta de esto? Resulta, que cada uno va quedándose retraido y aislado poco á poco, la sociedad se disuelve, y los hombres vuelven á su primer estado de propiedad personal, estado de corrupcion y de miseria. Luego, no hay aquí medio alguno, no hay salida: el hombre es miserable por necesidad, por naturaleza; porque no puede gozar

la felicidad de su estado verdadero y natural; porque la ley del interés personal prevalece en su corazón contra la ley del deber; porque el hombre, en fin, está degradado y corrompido, por lo cual se halla lejos de su estado verdadero y natural, y ha de hallarse sumido en la abyección y la miseria, y rodeado de injusticia y llanto.

Ni todos los sistemas de los filósofos, ni los esfuerzos de los soberanos unidos, ni el consentimiento unánime de todo el género humano conseguirán jamás establecer y consolidar á los hombres en su verdadero estado natural, ó en un estado equivalente de felicidad.

Discúrrase y proyéctese cuanto se quiera; todos los proyectos que se dirijan á evitar cierto número de desgracias producirán infaliblemente otras tantas.

Hemos visto también, que por mas que el sistema de la propiedad personal sea en la presente hipótesis contrario al estado natural del hombre, de ninguna manera puede desterrarse; porque de ello resultarian males infinitamente mayores que los que él produce, y que por lo mismo conviene adoptarlo como un impedimento necesario de una multitud de desastres, de los que seria el primero la disolución completa de la sociedad. Y no deja por eso de ser un mal, tanto mas sensible porque no puede evitarse.

El único medio de conducir á los hombres en buen orden seria hacer que la ley del interés personal no preponderase sobre la del deber, y que la ley del deber jamás se opusiera á la del interés personal; sino que se sostuvieran mutuamente, de suerte que todo deber del hombre redundase en beneficio ó interés del hombre mismo, y que todos los intereses de este consistiesen en el deber. Entonces si que el género humano podria disfrutar felizmente de su verdadero estado natural. Pero nadie tiene el poder de producir tal cambio, sino el que es capaz de regenerar el corazón del hombre. Este desorden, pues, esta degradación y corrupción son la única causa de la mayor parte de las miserias humanas.



§ XVIII. — *¿De dónde le ha venido á la humanidad tan grande mal?*

Discurro, medito, busco de dónde ha recibido la humanidad una corrupcion tan profunda, un desarreglo tan funesto, y no encuentro cosa alguna positiva que llegue á satisfacerme. Lo que con evidencia comprendo es, que estos males no los he recibido de mi Criador: en primer lugar, porque nosotros nos formamos clara idea del estado feliz, verdadero y natural que no es propio, y que nunca la naturaleza cesa de reclamar; y en segundo, porque es cosa á todas luces repugnante, que seres racionales criados por Dios hayan recibido de Dios mismo una corrupcion interior, que á mas de hallarse en pugna con el orden, los envilece y degrada, los aleja de él, y los constituye, en cierto modo, opuestos y contrarios á su perfectísima esencia, á la Esencia divina. ¿Demanará, pues, de algun ser criado? Pero yo no puedo comprender cómo un ser criado de distinta naturaleza puede obrar sobre un ser extraño, independiente, y menoscabar la obra de Dios: y como dejarían de recaer después las funestas consecuencias sobre el maléfico corruptor mas bien que sobre el hombre inocente: yo no puedo combinar estas cosas, y menos enlazar la justicia y la providencia de un Dios supremo con la inocencia y la miseria del hombre.

Dios providente y justo, y el hombre miserable é inocente: estas son ideas que no pueden subsistir, y que abiertamente se contradicen.

Es cosa cierta y evidente, que Dios con providencia admirable rige y gobierna todas sus criaturas; y que siendo Dios la misma justicia increada, ni puede querer, ni permitir aflicciones ni *penas inevitables y connaturales* en sus criaturas inocentes <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Las bestias son seres inocentes por su naturaleza, y sin embargo; á cuántos males no están naturalmente sujetas las bestias! y de la observacion de las bestias ¿se pretende sacar una objecion contra la sólida verdad, de que Dios no puede querer ni permitir las miserias de sus criaturas inocentes? Para fundar una objecion en la observacion de un objeto cualquiera, conviene antes conocer su naturaleza, de otra suerte se corre el peligro de edificar sobre arena, y hablar quiméricamente. Definanse, pues, las bestias y se podrá después conocer la fuerza de la objecion. Los mas grandes filósofos andan discordes al tratar de la naturaleza de las bestias. Luego vuestra objecion, sea cual fuere el vigor que podais darla, se fundará siempre en datos inciertos, al paso que la

Es tambien cosa cierta y evidente que el hombre vive inevitable y necesariamente entre penas, trabajos y miserias. Luego queda demostrado que el hombre no es inocente.

Ved ahí un nuevo tropiezo. El hombre está corrompido, y por esta misma razon es desgraciado. Pero yo tengo la certitud de no haber cooperado á mi corrupcion, y sé que la he traído conmigo junto con su castigo y con mi existencia; ¿por qué, pues, he de ser yo, y han de ser los hombres todos reos de semejante corrupcion? Toda accion supone necesariamente un agente. Si yo no existia, ni ninguno de mis semejantes antes de esta corrupcion general é individual, ¿cómo podíamos cooperar á ella? ¿Cómo, pues, no es el hombre inocente?

Comprendo que se podria suponer un estado de preexistencia de nuestros espíritus sobre nuestros cuerpos, podriase acaso decir, que en tal estado habian perdido los espíritus su inocencia, y cooperado á su natural corrupcion <sup>1</sup>. Pero á mas de que esto no

verdad que yo sostengo es de tal modo resplandeciente y cierta, como que desciende inmediatamente de la esencia de Dios.

Pero demos ahora que las mismas bestias sean naturalmente como vosotros queréis y las definís. Nosotros no sabemos que las bestias estén sujetas á otros males que á las sensaciones dolorosas, al paso que hemos demostrado que estas son los menores males que afligen á la humanidad: y tenemos poderosos motivos para creer (como algunos filósofos han demostrado) que las bestias, por lo que toca á estas sensaciones dolorosas, solo experimentan una impresion momentánea, de suerte, que ni los dolores pasados, ni los venideros, por no recordados ni previstos, les causan impresion alguna. No le sucede así al hombre, que agravado por una múltiple série de males de diversa especie, apura toda la amargura de sus sensaciones dolorosas; el recuerdo de lo que ha sufrido, y el conocimiento de lo que le falta que padecer le forma un conjunto de cosas que le oprime y humilla, y le hace sentir un peso mayor que su actual padecimiento. Véase, pues, á qué pueden reducirse los sufrimientos de las bestias, aun suponiéndolos en distinto grado de lo que enseña la demostracion: á una actual y momentánea sensacion dolorosa, que á veces las aflige, y que, á decir verdad, parece adecuada á la naturaleza de su ser, que por estar criado para la felicidad de la conservacion del propio individuo, y propagacion de la especie, debe ser dirigido á estos fines por varias, dulces y suaves impresiones, no exentas, sin embargo, de alguna incomodidad que las lleve á desechar ciertas cosas contrarias á esos fines, y á buscar la satisfaccion de sus naturales instintos.

<sup>1</sup> Así discurrían muchos filósofos antiguos, y en general todos los Platónicos y Pitagóricos. Penetrando ellos hasta el fondo de la humana naturaleza por medio de sus sutiles meditaciones, y viendo claramente que no era cual debia ser, no sabian resolver el punto de otra manera que sosteniendo esta suposicion.

pasa de una suposicion, no me parece probable, porque veo imposibilidad en que todos los espíritus sin excepcion hayan perdido su inocencia, y cooperado á la degradacion interior del género humano; y no solo esto, sino que todos hayan cooperado en igual grado, y de la misma manera, pues se ve que todos los hombres nacen en el fondo con iguales tendencias, con las mismas pasiones, con la misma corrupcion, en cualquier tiempo, en cualquiera nacion y en todos los climas. ¿Cómo, pues, no es inocente el hombre? Lo ignoro; todo se me presenta cubierto de una oscuridad impenetrable; mis ideas se ofuscan y se confunden.

Levanto la voz y digo: el hombre no es inocente, ¿cómo se ha pervertido, Señor, tu obra? ¿qué parte he tenido yo en mi corrupcion? ¿cuándo he perdido mi inocencia? Si soy culpable, y por lo tanto odioso á tu perfectísimo Ser, ¿hay algun recurso, puedo encontrar algun medio para hacer que mi naturaleza no esté discorde con la sublimidad de tus perfecciones, para superar y vencer la perversidad de mis inclinaciones, para hacerme digno de tí? ¿Acaso me has rechazado para siempre de tu presencia? No, por cierto. Mi corazón me dicta lo contrario; conozco que estoy lejos de tí, que he perdido la aficion á los verdaderos bienes, que me he apegado á la tierra, asemejado á los brutos; pero todavía siente mi corazón vehementes tendencias hácia tí, todavía te busca y te desea. ¿Alcanzaré el fin de mis deseos? ¿Cómo, y cuándo será? Espero y temo; y temo tambien porque sé de cierto que he infringido muchas veces las leyes que dejaste impresas en mi corazón, leyes de equidad y de rectitud; sé que he quebrantado los mas sagrados deberes, que he obrado contra mi misma razon, que abiertamente reclamaba su superioridad y sus derechos; bien lo sé, Señor; pero sé tambien que puedo contrariarme á mí mismo en lo sucesivo, impedir tan funesto desorden, y conducir por el camino de la virtud á mi extraviado espíritu. Mas... ¿y lo pasado? ¿Olvidarás tú acaso mis iniquidades al contemplar mi dolor, ó me castigarás inexorablemente? Yo experimento las miserias y los trabajos de mi natural corrupcion como los demás hombres; pero no siento aun los efectos de tu cólera por mis delitos particulares. ¿La guardas quizás para la eternidad de mi espíritu? ¿Cuál será la extension y la fuerza de tus castigos? Yo estoy temblando en medio de tan profundo silencio é impenetrable oscuridad. Tus juicios, Señor, son inescrutables, me pareces sobrado terrible en

el rigor de tu justicia, y demasiado amable en la expansion de tu misericordia.

§ XIX. — *La naturaleza calla, y el hombre se encuentra en la oscuridad y la confusion.*

En medio de tan grande confusion de ideas, y entre la densidad de las tinieblas que me rodean, á veces voy preguntando á la naturaleza. Observo las relaciones que los seres tienen entre sí y conmigo mismo; veo el orden de las cosas, las combinaciones adecuadas á mis investigaciones; se apodera de mí un desaliento que me hace temblar. Vuelvo á observar los diversos aspectos con que se presentan los sentimientos de mi corazon; encuentro en lo exterior del mundo físico un no sé qué de halagüeño que me da alegría; y entonces espero; así entre el temor y la esperanza paso mis dias en un estado terrible de suspension y de incertitud ¿Qué será, pues, de mí? voy repitiendo á cada instante. ¿Á quién acudiré para descifrar esos arcanos tan oscuros, tan importantes y tan decisivos para mi suerte? Los demás hombres á pesar de sentirse cargados con las mismas miserias, envueltos en iguales tinieblas en que yo me encuentro, no dan muestras de ello, y léjos de manifestarse penetrados de dolor, pasan su vida descuidados y alegres. Yo confieso sinceramente que no puedo alcanzar paz, y cualquier hombre de juicio, que me haya seguido en mis meditaciones acerca el hombre, me dará, sin duda, la razon. Grandes progresos se han hecho, en verdad, en el conocimiento del hombre; mas ¿de qué sirven nuestras fatigas, nuestros desvelos, nuestras oscuras meditaciones, si despues de todo, encontramos para nosotros un conjunto de cosas tan humillante y tenebroso, que nos arrastra hasta el borde de la desesperacion? ¿No nos valia mas quedarnos en nuestra natural ignorancia? ¿Deberémos, pues, por esto entregarnos á esa irreflexion que deploramos en los demás hombres, y hacer así mas tolerables nuestras miserias, por menos conocidas? Esta idea es para nosotros la mas baja y humillante. Si la naturaleza enmudece, ó mejor, si nosotros no la comprendemos, ¿buscaremos el conocimiento de nuestro ser en los hombres de cualquier condicion, tiempo y lugar, pasaremos por todos los climas y naciones gritando: — ¿Quién nos descubrirá nuestros destinos, nuestro fin? — Analicen otros en el seno de la tierra las va-

riedades de los metales, busquen estos las propiedades de las plantas, adelanten aquellos sus descubrimientos en las vastas series de animales, y midan, finalmente, algunos los astros y las esferas, fijando sus ojos en esos lucientes globos, en esos inmensos espacios, que anuncian solemnemente la majestad y la gloria del Criador: nosotros los sobrepujamos á todos, y tratamos de conocer al hombre. Todavía no se ha debilitado nuestro valor. Observamos al hombre, y andamos investigando su destino, su fin; nos encontramos ya en mitad del camino. Sabemos que el hombre no es como debe ser, no es tal como lo crió Dios; sabemos que el hombre está fuera de su estado natural, que su naturaleza está corrompida. Esto nos basta por ahora; busquemos las consecuencias, y pasemos mas adelante.



---

## LIBRO SEGUNDO.

### DEL MUNDO MORAL.

---

#### CAPÍTULO I.

##### INTRODUCCION.

¿Será verdad que el espectáculo del universo, el sagrado libro de la naturaleza se cierre á nuestros ojos, y enmudezca? ¿Acaso nos será preciso buscar el destino del hombre en otro orden de cosas distinto del orden físico y natural de los seres hasta aquí observados? Ese nuevo orden de cosas, acerca el cual enmudece la naturaleza, ¿es por ventura imposible que exista? No por cierto. Y ¿existe en verdad? Lo ignoramos; pero nos interesa á lo sumo el averiguarlo. Dios, nuestro Padre benéfico y universal, ¿habrá abandonado á los hombres á su propia ceguedad, y dejado el género humano en su actual degradacion? Si la naturaleza calla, ¿por qué no hemos de buscar en otra parte la verdad? ¿Por qué, despues de habernos demostrado nuestra dignidad, preeminencia y prerogativas, las tendencias de nuestro corazon, la corrupcion, el envilecimiento, la degradacion de nuestro ser, se ofusca, se confunde, y nos abandona en el mas terrible estado de incertitud acerca nuestra suerte?

Pero, ¡oh Dios! Si se me permitiera elevar mi pensamiento hasta tus miras eternas é inescrutables, diria que tú no dejaste hablar á la naturaleza mas extensamente, para dar á conocer que no creaste al hombre para ese estado de desórden y ceguedad, y que, como no se halla comprendido tan gran mal en tus eternos decre-

tos, tuviste que modificar en cierto modo tus diseños, y agregar al orden de la naturaleza, dispuesto para el hombre inocente y feliz, otro orden de cosas dirigido al hombre culpable y desgraciado. Mas, ¿cuál es este orden nuevo criado por Dios para el hombre? ¿Será tan admirable, encantador y sorprendente como el de los seres físicos que hemos observado? Y ¿llevará impreso lo mismo que este el sello de la mano del Omnipotente? ¿Dónde lo encontraremos? ¿Acaso en el mundo de los espíritus? Pero, ¿cómo penetrar en ellos, ni aun acercarnos ligados como estamos á este cuerpo fijo en la tierra? Dirijámonos, pues, á observar minuciosamente á los hombres, á penetrar en su corazon, á escudriñar, no precisamente su esencia natural, sino las mútuas relaciones, los variados hechos, cuyo admirable orden, arreglada conexión, y bien dispuesto enlace dependen, no de los hombres en particular, sino del Director universal de todas las cosas, del que provee y dispone todas las causas y todos los sucesos humanos.

¡Divina Providencia, que riges y gobiernas el universo, sin que nada se resista ni pueda oponerse á tu absoluta voluntad: tú que lo dispones todo con tal poder y suavidad! Vibra un rayo de tu eterna luz, é introduce al hombre en el santuario de tus misericordias, y entre los tesoros de tus grandezas y magnificencia para él desconocidas.

§ I. — *Rápida ojeada á un cuadro que ofrece á la vista todas las naciones y todos los pueblos.*

Desde la gran época que en nuestros dias atravesamos, pasemos de un vuelo con nuestro espíritu hasta los remotos tiempos de que tengamos monumentos y memorias, y bajemos con la verídica faz de la historia hasta la cuna de todos los pueblos y naciones. Desde luego descubrimos algunas de estas revestidas de un carácter semibárbaro, feroz y salvaje, que viven en imperfecta sociedad; y otras en grado algo mas cercano á la cultura y á la civilización, y por consiguiente, en una sociedad algo mas cercana á la perfección. Unas nos ofrecen sus artes como en estado de infancia, y otras, al contrario, casi perfectas. Vemos, finalmente, ciertas naciones colocadas en la mayor altura de civilización: pueblos que tienen sus leyes, formando cuerpo y desarrolladas en proporcion al grado de ilustración en que se encuentran. Las



de los primeros conservan cierta sencillez y fuerza, que tiene mucho de sincero y de cándido : las otras se van modificando poco á poco, y forman un conjunto, muy bello á la verdad, pero que supone ya en los hombres alguna astucia. Pasando de siglo en siglo se nos presentan otros pueblos y otras naciones, apenas nacidas en la vida social, y observamos que parece que no sepan salir de su tosco estado, siendo muy escasos sus progresos; al paso que algunas se encaminan rápidamente al colmo de la perfeccion política y civil. Y tambien vemos otros pueblos, andando el tiempo, que estaban antes en elevada cultura, y retroceden algo, haciéndoles cambiar de aspecto circunstancias accidentales. Ciertas relaciones físicas, en que antes no repararan, forman la fortuna de muchas provincias, y hacen brotar la abundancia y la prosperidad entre las peñas y los arenales; y tambien se nos alcanza que de esto proviene daño notable á otras naciones, y que conciben cierto entusiasmo que las induce á desear igual ventaja, mas que no corresponda á su situacion. De aquí nace la union y alianza de muchos pueblos, así para comunicarse mutuamente los productos de sus climas, como para conservar su bienestar y aumentarlo, ó defenderse mutuamente. El tiempo que va pasando, los descubrimientos casuales, el estudio de los hombres, las circunstancias, las oportunidades, los accidentes impensados, nos presentan en varias épocas multitud de cuadros diversos, y á menudo cambios verificados en el mundo entero. Imperios destruidos y desmembrados, reinos nacies y floridos, ciudades derrocadas primero, y levantadas despues, pueblos sublevados, naciones envilecidas... Pero la halagüena variedad de tan vasto cuadro nos ha llevado demasiado léjos sin conocerlo; tócanos observar ahora con atencion las relaciones que todos estos pueblos tienen con la virtud y con la verdad. Veamos, pues, si nos enseñan ellos lo que con tanto ardor deseamos saber, y tanto nos importa. Tocante á la verdad y á Dios, hallamos en todas estas naciones, en todos estos pueblos caractéres que discrepan poco unos de otros; y parece que la cultura y la civilizacion en vez de disipar las tinieblas las han condensado mas, trastornando las ideas, y alejando mas que nunca á los hombres de Dios y de la verdad. La ignorancia reina lo mismo en estos que en aquellos reinos; en las imperfectas tribus como en las mas arregladas monarquías se sostiene universalmente que *Dios existe*. Pero á mas de dividir la divinidad, se

forman acerca de ella los conceptos mas ridículos, é ignoran en qué consista este Dios, y quién sea.

Algunos se forman bustos á su semejanza propia, y suponen que hay en ellos cierta fuerza divina; otros, mas estúpidos, se postran delante de ciertos vegetales, y rinden sus adoraciones á los seres brutos; y otros presentando á la vista distintas clases de brutos gritan neciamente: ¡Pueblos! aquí teneis vuestros dioses; y hasta hay algunos que llegan á divinizar á ciertos hombres, y, aunque sean infames por sus iniquidades, se los figuran despues de la muerte paseando las estrellas, y dando leyes al mundo entero. Y tocante á la verdad que debe enseñarles cuál es su procedencia, su condicion, sus deberes y su destino (si exceptuamos algunas ideas innatas en los hombres todos, ciertos brillantes rasgos de la razon humana), les encontramos á todos sumidos en la mas deplorable ignorancia, en una indolencia y olvido que raya en estupidez. Algunos nos presentan sistemas inventados caprichosamente, sin solidez, llenos de absurdos y ridiculeces, y á veces tan enredados y oscuros, que descubren claramente la confusion del inventor, y la falsedad de lo inventado. Hé aquí, pues, el gran cuadro que nos ofrece el aspecto de los tiempos pasados con respecto á Dios y á la verdad. Pero ¿qué vemos tocante á la virtud y á las costumbres? No es posible imaginarlo. La corrupcion natural, sin un freno bastante robusto que la contenga, la ignorancia tan profunda, y la malicia tan comun nos manifiestan diversos aspectos, segun la índole de los pueblos y de los climas, pero formando todos un asqueroso conjunto de los mas refinados y sórdidos vicios. En algunos lugares encontramos la crueldad llevada á tal extremo, que sirve como objeto de solaz y de diversion el derramamiento de sangre humana, el estrago y la muerte. Otros países nos presentan la liviandad en tanto exceso, que no le es lícito al pudor el referirlo, y que jamás hubiésemos creído á no tener de ello seguras pruebas.

Lo que de mas notable observamos en todos estos pueblos es, que sus vicios se aumentan y echan raices á medida que aumenta la cultura, y que, por consiguiente, los pueblos mas toscos son tambien los mas sencillos, y muestran mucha mas sinceridad y candor. Esto es lo que vemos acerca la virtud y las costumbres. Pero la misma extension de este cuadro nos priva tal vez de la observacion de algunos rasgos importantes. Confesémoslo, pues, sin-

ceramente; pero observemos con mayor precision. En ciertas naciones mas cultas, y en diversos tiempos, vemos que algunos hombres levantándose sobre los demás los imponen á todos, se forman prosélitos, y se declaran abiertamente maestros de la verdad; toman el encargo de enseñar á los hombres su origen, sus deberes, su destino. Penetremos algo mas, y hallaremos á esos hombres, á esos prosélitos discordes en opiniones y sentimientos, y haciéndose mutuamente la guerra: hablan unos de la grandeza del hombre, como si no fuera desgraciado; y otros de sus miserias, como si no fuese grande. Huye, dicen estos, huye vil gusano de esta tierra; abate tu orgullo, mira los brutos que te rodean, son tus semejantes, aprende en ellos tu origen, tu destino, tu fin. Mentís, responden otros; os engañais descaradamente á vosotros mismos; el hombre es un ser noble, destinado á la virtud, al dulce néctar de la virtud; la virtud es su objeto, su fin, su premio. Semejantes aserciones no exigen por cierto reflexiones de nuestra parte.

Sabemos bien que no somos bestias, y conocemos por el sentido íntimo que nuestro corazon y nuestro espíritu se dirige á mas sublime altura que á los placeres sensibles y animales. Y por lo que toca al extremo opuesto, tambien sabemos que la virtud, como á tal, no es el verdadero objeto, no es el último fin, no es nuestro premio, sino únicamente un medio para alcanzar ese objeto, ese fin, ese premio; por cierto que esas expresiones están vacías de sentido, y aduermen dulcemente con su sencilla apariencia y superficialidad, produciendo, por consiguiente, frutos vanos y aparentes. Pasemos, pues, adelante. ¿Serán estos, acaso, los que han de amaestrar al género humano? Nada nos dicen ellos de lo que nosotros deseamos saber, y nos es tan importante. Observando mas atentamente, y dejando á un lado y á otro hombres de distintas doctrinas mas ó menos absurdas, naciones de poca importancia, cuyas relaciones con la Divinidad y la virtud son en todas casi uniformes, encontramos al fin un pueblo (el pueblo hebreo) que nos ofrece un no sé qué de particular, una cosa singular, que embarga nuestra atencion, y nos obliga á observar mas fijamente. ¿Cómo es posible que en medio de tan universal corrupcion, en medio de tan tenebrosa y comun ignorancia, los hombres mas incultos de este pueblo singular nos den tan elevadas y tan dignas ideas de la Divinidad? Todas las demás nacio-

nes, aun[que] las mas cultas, nos muestran sus dioses limitados, habitantes en ciertos parajes; y estos hombres de escasa civilizacion nos dicen que su Dios es su Criador, el Señor de todos los pueblos y naciones, del universo entero; que todo lo criado existente é imaginable no es mas que un punto en su presencia; que él ha existido siempre, es esencialmente y será siempre, y que para él mil años no son mas que un solo día: nos dicen que él es el omnipotente por naturaleza, el inmenso, el infinito, el incomprendible, el santo, el original de toda belleza y perfeccion: dicennos que las demás naciones viven en las tinieblas, en el error, en el engaño, y que sus dioses son fantasmas levantados en el altar de la ignorancia universal de los pueblos. Nosotros les pedimos que nos muestren ese Dios tan poderoso y grande; y nos contestan que su Dios no habita en los templos, y que los cielos todos no son bastante inmensos para contenerlo. ¡Qué singularidad de opiniones! ¡qué sublimidad de ideas! ¡qué conformidad con lo que antes hemos aprendido acerca el Ser supremo! Por cierto, que este pueblo merece que le dediquemos las mas atentas observaciones.

§ II. — *Una nacion totalmente singular y distinta de las demás nos habla de un modo muy racional y satisfactorio.*

El cuadro no está terminado todavía, su sorprendente extension, que poco á poco se va desarrollando, en vez de envilecernos nos inspira valor. Este pueblo tan singular, y tan conforme á la rectitud de nuestras ideas, nos ofrece una perspectiva en extremo consoladora. ¿De dónde habeis tomado, digo á los hombres de ese pueblo, de dónde habeis recibido tan dignas, tan elevadas ideas acerca la Divinidad? Los pueblos que rodean la reducida, templada, fértil y dichosa parte del Asia que vosotros habitais, muy léjos de suministraros luces y conocimientos, os dan funestos ejemplos del mas grande extravío y de la mas profunda corrupcion. Lo limitado de vuestro ingenio, vuestro carácter vago y disipador, y vuestro presente estado no os pueden abrir camino para llegar al conocimiento de verdades tan grandes y sublimes, al paso que ignoradas de los demás hombres; ¿quién fue, pues, el que tan extraordinariamente os instruyó? ¿De dónde nacieron en vosotros tan excelsas y claras luces? ¿En qué tiempo se hizo vuestra envidiable regeneracion? ¿Cómo es que hallándoos ante el comun

materialismo, ante el ejemplo de todo el mundo, habeis conservado en toda su pureza y energía ideas tan espirituales, excelsas y sublimes del Ser infinito, de aquel que crió Él solo, y Él solo domina el universo entero? — Pero, ¿no sabeis, contestan ellos, no sabeis que somos un pueblo predilecto, un pueblo depositario de los eternos é incomprensibles decretos de Dios? ¿No sabeis que nada de comun tenemos con las naciones, que estamos separados de intento, para dar al mundo un hombre extraordinario, que será la maravilla de todos los siglos, el príncipe de la paz, admirable, fuerte, el ungido del Señor, el deseado de las gentes, cuyo trono es eterno, y cuyo imperio se extenderá de uno á otro mar, hasta los límites de la tierra? Él descubrirá los caminos del Señor, en él serán bendecidas todas las tribus de la tierra, y su nombre será siempre celebrado y ensalzado desde el Oriente al Occidente. En esta consoladora esperanza vivimos, que nuestros primeros padres transmitieron á los que nos dieron el ser, sin interrupcion alguna, y que nosotros legamos fielmente á nuestros descendientes. Tenemos prendas seguras é infalibles de esta suave esperanza, y de siglo en siglo algunos hombres de nuestra nacion, extraordinariamente iluminados por el espíritu del Señor, espíritu de consejo, de ciencia y de prevision, nos hacen oír su animadora voz, y nos pintan sábiamente ciertos objetos que nosotros saludamos desde léjos con dulces afares. Como el sol, la luna, las estrellas y los cielos son nuestras leyes, obras del supremo y universal Criador; dignóse Él dictarlas y establecerlas; la diestra del Señor se nos mostró poderosa, obró maravillas, nos protegió, y nos salvó. Nuestra historia, nuestras leyes, nuestras promesas y esperanzas están contenidas todas en un libro, que reconocemos infaliblemente como formado por el espíritu del Señor, que con él nos enseña, nos dirige y nos manda. La nacion entera está velando con el mayor celo este gran libro, que hemos recibido intacto de nuestros padres, y con igual cuidado transmitimos á nuestros descendientes, y confiamos que de la misma suerte nuestros hijos lo transmitirán á sus nietos hasta que aparezca la aurora feliz, el ansiado dia, que de todo corazon deseamos, y cuya memoria dejamos al morir á nuestros hijos, como la mas estimada prenda.

§ III. — *Medio de evitar errores.*

Una de las prendas que caracterizan al hombre sábio, al verdadero filósofo, es la de no ser sobrado crédulo ni excesivamente incrédulo cuando se trata de aquellos hechos relativos á la verdad, y que los demás hombres los presentan como consentáneos á ella; porque si es demasiado crédulo, muy á menudo quedará engañado, y las invenciones de la imaginacion humana ocuparán en su corazon el lugar augusto destinado á la verdad; y si es en demasía incrédulo, tal vez tomará la verdad por una impostura inventada para engañarle. Por eso, nosotros, que deseamos buscar la verdad sinceramente, y abrazarla donde quiera que se presente, debemos también despojarnos de toda prevencion y parcialidad, y conformarnos escrupulosamente con las ideas enunciadas. Ciertamente deseamos ser sinceros, deseamos ser cautos y atentos, ni queremos ser engañados ni engañarnos.

Por mas halagüeño, atractivo y singular que sea el aspecto que esa nacion nos ofrece; por mas que sea firme y enérgico el tono en que nos habla, y sólida la persuasion que demuestra de lo que dice, no debemos andar ligeros en darla nuestro asenso. Pidámosla primero ese gran libro que contiene las leyes, la historia, las esperanzas de sus individuos; ese gran libro que ella nos supone formado por el espíritu del Señor, el cual la enseña, la dirige y la manda; observemos por ahora algunos rasgos de este libro; y si nuestras reflexiones no nos dan indicio alguno fundado de engaño ó impostura, preguntémosles claramente por qué Dios, que habla tan extensamente á los hombres por medio de las criaturas inferiores, quiso hablarles á ellos por medio de los mismos hombres, como si ya no les hubiese hablado sobradamente; y preguntémosla despues por qué está tan firmemente persuadida de que este libro sea formado por el espíritu del Señor, que dirige á los hombres que en diversas épocas lo dictaron y escribieron.

§ IV. — *Esta nación nos presenta un libro.*

Tomemos el libro, y recorramoslo atentamente. Lo primero de que se ocupa es la creacion universal, y despues de establecer que la universalidad de las cosas fue criada en el tiempo, y que todo es obra de Dios, pasa rápidamente con singulares, y á la vez sublimes rasgos, á explicarnos el modo como procedió Dios en el acto de la creacion : dijo *sea*, y *fue*; *habló*, y fue hecho el sol, fueron hechas las estrellas; *habló* otra vez, y las aguas se retiraron de la superficie de la tierra, nacieron todos los vegetales, yerbas, plantas, árboles, flores, frutos y semillas, y poblaron las aguas tantas y tan diversas clases de peces; á *su voz* aparecieron las aves, los reptiles, los cuadrúpedos, y se estableció el orden, la conexion entre innumerables seres que ofrecen un aspecto tan imponente y agradable á la vez; *habló*, en fin, y todo fue hecho. Despues de haber analizado de un modo tan digno de Dios la creacion de las cosas, pasa á la creacion del hombre.

Hagamos (dice Dios, segun nuestro modo de entender), hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza, é invistámosle solemnemente de la soberanía de la tierra. Refiérenos despues el libro que en realidad crió Dios al hombre, y formó su cuerpo de la materia, y con una especie de soplo le infundió el espíritu, y luego de un modo poco distinto formó á la mujer, púsola en sociedad, y la encargó la produccion de sus semejantes. Concluido esto nos enseña que Dios, de una manera la mas explicita, dió á entrambos, y en ellos á todos los demás hombres, una verdadera y perfecta soberanía sobre todas las criaturas inferiores de la tierra; pero les advirtió de que dejaba á los demás animales, como á los hombres, el derecho de usar de los vegetales para su propia conservacion y bienestar.

Estos dos afortunados consortes salidos, prosigue el mismo libro, inocentes y puros de la mano de Dios, elevados al dominio de las criaturas, y distinguidos con tantos dones, quedaron establecidos, por cúmulo de los beneficios paternos, en el mas excelente y feliz estado, y en cierta extension de tierra la mas deliciosa y fértil. Dios, el gran Dios, que nada necesita, solo les pidió una correspondencia afectuosa y cordial, y particularmente un acto de vasallaje y obediencia en cosa muy fácil y de ningun cos-

te : entre tantos seres, yerbas, plantas, árboles, aves, cuadrúpedos y peces, que tan liberalmente les había dado, reservóse una sola planta, cuyo fruto debían respetar, y no probar, en señal de la sumisión que le debían como á Criador supremo y Bienhechor universal. Detengámonos un poco, y hagamos algunas reflexiones.

§ V. — *Reflexiones acerca los primeros rasgos de este libro.*

Este libro nos dice que todo el universo es obra de Dios, y que fue criado en el tiempo ; que el hombre fue formado de dos sustancias diversas : materia y espíritu ; que quedó como soberano y dominador de la tierra, que fue criado inocente y bueno, destinado á la felicidad, y puesto en un lugar delicioso, y que para cúmulo de tantos beneficios, Dios no quiso otra señal exterior de gratitud que un acto sencillo de obediencia y de sumisión.

Hasta aquí nada encontramos que fundadamente pueda tacharse de falso ; porque ya nuestros anteriores raciocinios, nuestras meditaciones sobre la naturaleza nos han persuadido firmemente de la verdad de todo lo dicho ; únicamente debemos advertir que esta expresion : Dios dijo *sea*, y *fue*, nos confirma la idea de la grandeza y poder de Dios, idea elevada, extraordinaria y sublime. Tan solo añadiremos, que no hemos encontrado en lo pasado rastro alguno de aquel acto de homenaje que Dios exigió al hombre, al menos que se hiciese sensible en algun modo, mientras hemos observado atentamente las relaciones y combinaciones de las criaturas ; pero que nos parece posible bajo todos aspectos, y á mas muy conveniente y adecuado.

Por último, hemos de confesar ingénuamente que sentimos una dulce complacencia al ver que el autor, ó los autores de este libro, sean cuales fueren, pensaban lo mismo que nosotros acerca tan importantes verdades, y especialmente tocante á la felicidad é inocencia primitivas del hombre.

§ VI. — *Prosigue el estudio de este libro.*

El hombre, por mas que fuese inocente y feliz, aunque sintiese en si mismo toda la fuerza de una tierna gratitud hácia su Criador, y estuviese inclinado al bien y á la virtud, como si no temiera, ó no hiciera caso de las terribles amenazas que Dios le había



hecho por sí no obedecía, dejóse sorprender, y junto con su compañera infringió el precepto divino, y negó á Dios aquel acto de reconocimiento que Dios queria : hecho esto, ved ya un cambio total, una subversion infáusta en la naturaleza del hombre. Ya el hombre no es inocente, ya no es feliz; el hombre, orgulloso é ingrato, queda confundido, envilecido y miserable; advirtió su falta, pero tarde; y sin embargo, como si Dios no penetrara en el interior de los corazones, trató de disculparse neciamente; mas la terrible justicia de Dios no tardó en pesar sobre entrambos, y hacerles conocer los funestos efectos que consigo lleva el desprecio de los supremos mandatos del Altísimo. Moriréis, se les dijo, moriréis<sup>1</sup>; mas antes, desgraciados é infelices, léjos de esta deliciosa morada, entre dolores y fatigas arrostraréis una vida miserable, en estado de degradacion y envilecimiento. En efecto, un ser sublime, de naturaleza espiritual y superior al hombre, da cumplimiento á los decretos de parte de Dios; y ellos se encuentran luego rodeados de indigencia, confusion y llanto, se sustentan miserablemente con el fruto de sus fatigas y sudores, y procrean hijos que son desgraciados y culpables como ellos; el uno derrama la sangre del otro, y trae por primera vez la muerte sobre la tierra: propáganse desgraciadas é infelices las generaciones, y propáganse aun mas las iniquidades: los descendientes de Adán, que así se llama el primer hombre, entréganse cási todos á las mas grandes abominaciones, á las mas enormes maldades; los infelices padres lamentan en los delitos de sus hijos su propio delito, pero no desconfian; y sabiendo que la misericordia del Señor es infinitamente mas grande que sus iniquidades, fomentan en su corazon esperanzas, que por primera vez lucieron<sup>2</sup> en el mismo instante en que les fue intimado el castigo; y por eso se consuelan, se alegran y gozan al ver á sus hijos y á sus nietos

<sup>1</sup> Solo he pretendido presentar un fiel extracto de los primeros capítulos del Génesis, y por eso no debe imputárseme á verdadera falta el haber olvidado algunas minuciosas circunstancias; pero no puedo dispensarme de advertir, que este libro supone que el hombre no hubiera muerto si hubiese permanecido en el estado de inocencia, y que su espíritu y su cuerpo hubieran quedado, por especial privilegio, eternamente en la perfeccion de hombre en cualquier época, lugar y circunstancias. Nadie, sin embargo, deducirá, que el hombre hubiese tenido que estar siempre en este mundo.

<sup>2</sup> *Ipsa conteret*, ó como se lee en el ejemplar griego, *Ipsa conteret caput tuum*.

ofrecer al Señor sacrificios expiatorios y de propiciacion. Llega, por fin, el tiempo fijado por el irrevocable decreto de Dios, y la muerte ejerce su imperio sobre aquellos, por cuya culpa vino á señorear el mundo, y con su guadaña inexorable les corta el hilo vital. Multiplicanse los hombres, y pasan unas y otras generaciones; pero todas son constantes en sus iniquidades, y hacen abominable la tierra. Sobradamente ha tolerado Dios; ordena á una familia piadosa y fiel (la de Noé) que construya un vasto navio, indicándola que por medio de este quiere salvar á algunos hombres de un terrible azote, y con ellos la estirpe de todos los demás animales, porque ha resuelto quitar de la tierra todos los vivientes. Un diluvio de aguas cubre hasta los mas altos montes, todo lo engulle y lo aterra, y solamente se encuentran salvos sobre las aguas los animales escogidos y la predilecta familia, los cuales vuelven á poblar el mundo.

§ VII. — *Prosiguen las reflexiones.*

Encierran, sin duda, algo de extraordinario la variedad de las ideas, la conexion de los hechos, y el aire de franqueza que usa este libro.

El hombre, pues, salió hermoso, inocente y puro de las manos del Señor, inclinado al bien, amante del orden, y amigo de la virtud; fue colocado en un halagüeño estado de belleza y felicidad; pero el hombre no es ahora lo que debería ser, no es como Dios lo crió, sino al contrario, está degradado y corrompido, es naturalmente desgraciado é infeliz; verdades todas que ya nosotros habíamos descubierto con auxilio de nuestras meditaciones, y que ahora encontramos tan uniformemente delineadas en este libro, el cual tiene, por consiguiente, acerca estas cosas el sincero carácter de la verdad. Pero nosotros ignorábamos que el origen de nuestro desvío y degradacion, la fuente de todas las miserias y de la muerte misma fuese un delito personal de nuestros padres: podíamos creer que abundase la iniquidad en los primeros tiempos, lo mismo que en los nuestros; pero no era fácil que nos la figurásemos hasta un grado tal que atrajese sobre sí un castigo tan grande cual fue el diluvio universal, del cual aun hoy dia se encuentran vestigios seguros en las entrañas de los mas elevados montes: en una palabra, brillan en este libro los caracteres de la

verdad, y es muy feliz esta nacion que lo guarda y venera como dictado por el espíritu de Dios. No necesita ella nuestras atentas investigaciones, ni las observaciones laboriosas de muchos hombres, y que no se adaptan á todas las capacidades. Dios lo dice, y esto le basta... Mas no nos extraviemos. Nos hallamos, pues, fuera de nuestro orden natural, estamos degradados: nosotros ya lo sabíamos, y ahora una nacion entera nos lo asegura, y nos añade que Dios lo dijo. Pero estas ideas nos entristecen demasiado, nos abaten, y dejan nuestro espíritu en un estado terrible de ansiedad é incertitud; no encontramos cosa alguna que nos consuele y vivifique, la naturaleza enmudece, todo está oscuro y tenebroso. Solo esta nacion, solo este libro nos habla de esperanza... Pero ¿cuáles han de ser los objetos de nuestra esperanza? Un Libertador, nos contesta esta nacion, un Hombre extraordinario, que nos será enviado por Dios, para enseñarnos las vias del Señor, instruirnos en nuestros deberes, ayudarnos y conducirnos á la felicidad. Tomemos alguna noticia de un suceso tan singular, y para nosotros tan interesante. Paréceme que si con tanto valor y constancia hemos superado tantas dificultades para conocer á fondo nuestras miserias, con mas ardor y firmeza debemos ahora investigar si existe el remedio, y cuál sea este, ya que de él no nos habla la naturaleza, y si lo hace, no llegamos á comprenderla. Una nacion entera nos avisa que debemos esperar, nos habla del objeto de nuestras esperanzas; pero no tiene ella por sí sola autoridad para imponernos esa creencia. Nos presenta un libro, diciéndonos que está contenido en él cuanto podamos desear y saber acerca este punto, y nos lo supone dictado por muchos hombres de diversos siglos, ilustrados y dirigidos por el espíritu del Señor, y por consiguiente que lleva consigo un gran carácter de luz y de verdad. Veámoslo.

§ VIII. — *El lenguaje de este libro puede ser realmente de Dios.* — *Se sueltan algunas objeciones.*

Decís que este libro contiene el lenguaje de ciertos hombres, y que estos hablaban el lenguaje de Dios; luego nos dais este libro como lenguaje de Dios: y ¿no es verdad que Dios habla de continuo y con dignidad á los hombres por medio de las demás criaturas y de todos los seres inferiores? ¿Por qué, pues, ha tomado

otra manera de hablar á los hombres por medio de los hombres mismos? ¿Acaso diremos que Dios despues de la creacion del hombre, y de la modificacion de las demás criaturas con respecto á él, se ha olvidado de decir al hombre alguna cosa necesaria? En segundo lugar, los caractéres del lenguaje de Dios son los de pertenecer á todos los tiempos, á todos los lugares y á todos los hombres, lo cual me parece propio de la grandeza y de la equidad de Dios; estos caractéres los hallamos en las criaturas inferiores, que hablan á todos los hombres, en todo lugar y en todo tiempo; pero no vemos semejantes caractéres en aquel libro. Hubo un tiempo en que él no existió; se encuentra ahora reducido á una pequenísimá nacion como sois vosotros, y habla, por consiguiente, á muy pocos hombres; este libro no lleva, por lo tanto, los caractéres del lenguaje de Dios: no se niega por eso que pueda serlo; pero, si lo fuese, únicamente lo seria para vosotros, y por consiguiente ni seria universal ni necesario. Veamos cómo nos contesta esta nacion.

Dios crió al hombre inocente, y lo destinó á la felicidad junto con todos sus descendientes; sujetó todas las criaturas al dominio del hombre, é hizo que estas, por su parte, hablasen natural é incessantemente al corazon del hombre. Este es el verdadero y natural lenguaje que Dios habló al hombre inocente. Pero el hombre no permaneció en ese estado de inocencia, se hizo culpable y desgraciado, y en su culpa y desgracia envolvió á toda su posteridad, y por eso se hace necesario que Dios hable al hombre desgraciado y culpable, ó modificando á las criaturas con respecto al hombre, ó por algun otro medio extraordinario que haga conocer al hombre su culpa y su miseria, y le dé remedio contra ellas. Lo uno y lo otro ha hecho Dios; ha modificado unas cuantas criaturas que, haciéndose ahora dañosas al hombre, y rebeldes á su soberanía, le hacen sospechar que él no es lo que fue algun dia; le dirigen á buscar su natural culpabilidad y miseria, y á buscar el remedio de ellas, si es posible; y por otra parte, por medio de aquellos hombres, cuyo lenguaje está contenido en este libro, le ha hecho saber Dios mas claramente cuál era su estado, y le ha dado benéficas esperanzas; y si el lenguaje de Dios por medio de estos hombres no es de todos los tiempos, es porque bastó á los primeros hombres la tradicion de ciertas noticias generales, que Dios quiso desarrollar despues poco á poco, y el que no

sea de todos los lugares y de todos los hombres consiste solo en la voluntad de Dios. Tengamos bien entendido que la justicia intrínseca del Ser supremo exige que instruya á todos los hombres de su voluntad en todo lugar y tiempo; pero esta justicia supone siempre al hombre en estado de inocencia; y para el hombre culpable casi parece conveniente un silencio eterno; Dios podia castigar á los hombres ciegos, dejándolos en su ceguera; y si ha instruido á algunos, es solo por un efecto de su misericordia, que Dios puede usar con los hombres, y estos no pueden pretender de Él. Mucho ha hecho descubriendo á los hombres todos su corrupcion, por medio de ciertas miserias naturales, poniéndoles así en estado de buscar en todas partes el remedio; muchísimo ha hecho si ha instruido mas claramente á algunos hombres, y si ha prometido, segun nuestro libro, instruir á su tiempo hasta á todo el género humano.

§ IX. — *El lenguaje de este libro es realmente de Dios.*

No encontramos repugnante el que este libro pueda ser verdaderamente emanado del espíritu del Señor; concedamos esa posibilidad, pero de ahí no se sigue que lo sea; una nacion entera lo presenta como tal, y lo asegura, bien; pero ¿cuáles son los motivos por los que los hombres todos de esta nacion lo creen firmemente y lo reciben como tal? Dicen que los que compusieron este libro se daban como enviados de Dios, y en nombre de Dios hablaban. *Oid, ó pueblos*, decian, *oid al Dios de los ejércitos, al Dios de nuestros padres*. Pero ¿qué garantía daban ellos de una mision tan grande y extraordinaria?

Nosotros hemos visto algunos de ellos, nos contestan, y nuestros padres nos dan testimonio de haber visto otros, todos de un carácter sencillo al par que enérgico y constante: esos hombres, léjos de acto alguno de vileza y de adulacion, y contra todas las miras de interés ó de ambicion, intimaban al pueblo la verdad, que este muy á menudo desoia: lo irreprochable de su vida, la pureza de sus costumbres les hacian hombres respetables; pero su eficaz imperio sobre toda la naturaleza, sobre la vida y la muerte, la presciencia cierta é infalible que ellos poseian los daban á conocer por hombres que no mentian, que no abusaban del nombre de Dios, y ofrecian pruebas decisivas de su imponente minis-

terio. Y como una sencilla prueba de ello, uno de estos hombres á quienes llamamos profetas (Isaias), *algunos siglos antes de que acaciera*, advirtió á las naciones que llegaría un tiempo en que la ciudad y el templo serian destruidos, y reedificados despues; llama con su nombre propio á un rey (Ciro), que debia nacer un siglo mas tarde, cuyo reino no estaba aun formado, y en nombre de Dios le dice que es el destinado para libertar al pueblo de Israel. Despues de esto, otro profeta (Jeremías) habla con mayor claridad de esa destruccion, y advierte que el pueblo será conducido esclavo al nombrado reino (el de Babilonia), y fija en setenta años la duracion de la esclavitud. Otro (Daniel) pronostica con doscientos años de anticipacion la destruccion de un imperio por otro, nombra el rey y las naciones, y dice que el reino del conquistador quedará dividido en cuatro principales, pero que ninguno de ellos le igualará en poder. Todo esto ha sucedido, las historias lo refieren, y los mismos extranjeros lo aseguran<sup>1</sup>; pero en verdad el objeto principal de estos hombres enviados de Dios no era precisamente instruir á las naciones de tantas cosas particulares; hablaban así para dejar á la posteridad un monumento sólido de su autoridad infalible, para que viendo realizadas sus predicciones, y tocando los efectos de sus promesas y amenazas, no pusiesen en duda la veracidad de las profecias que ellos publicaban acerca el futuro Rey, y Libertador del género humano, que era el objeto principal de sus palabras é intimaciones. Mucho mas se veria si con paso retrógrado quisiéramos nosotros ir delineando los singulares y majestuosos caractéres de nuestro legislador Moisés; baste decir que era un hombre, que sacó mas de seiscientos mil de nuestros antepasados, sin contar las mujeres y los niños, del cautiverio de Egipto: y teniendo en su poder todos los elementos y todas las criaturas, domó la ferocidad y obstinacion de un poderosísimo soberano (Faraon), que se resistia á las órdenes de Dios, y que al fin, sumergido en el mar con todo su ejército perdió la vida, al tiempo que por medio de un prodigio singular nuestros mayores lo atravesaban á pié enjuto. Su carácter de sinceridad y desinterés, el espíritu de prediccion, y la soberanía absoluta sobre la naturaleza de que dió pruebas distintas

<sup>1</sup> Léanse las historias de *Ciro*, rey de Persia, y de *Alejandro el Grande*, llamado por *Daniel* rey de los griegos. Los autores extranjeros de estas historias no pueden ser sospechosos.

á la faz del pueblo entero, nos han autorizado su voluntad y sus leyes, que por su sublimidad, rectitud y prevision son la admiracion de cuantos extranjeros las han estudiado. Nosotros las reconocemos por leyes emanadas del mismo Dios, porque Dios mismo se dió bien á conocer de nuestros padres en el acto de promulgarlas, á fuerza de innumerables y extraordinarios prodigios, que no podian ocultarse á las miradas de mas de seiscientos mil hombres, de cuyos hechos, tan dignos de la majestad y grandeza de Dios, y tan propios de la especial proteccion que siempre el Señor ha querido dispensarnos, no podríamos dudar aunque quisiésemos, porque á mas de haberlos sabido de nuestros abuelos, que por haber sido testigos de vista los transmitieron á los padres de nuestros padres, tenemos un vivo testimonio en nuestras ceremonias y fiestas, las cuales datan de aquellos beneficios singulares y maravillosos que entonces recibimos de Dios, y que hasta los extraños reconocen y mencionan <sup>1</sup>.

§ X. — *Esta nacion no nos engaña, y nosotros entramos en sus sentimientos.*

Si esta nacion no nos engaña, nos hallamos en estado de encontrar lo que deseamos, y podemos ya decir á nuestros semejantes: Tomad este libro, él solo os enseñará, sin mas investigacion, vuestro principio, vuestra naturaleza, vuestras esperanzas y vuestro fin. Cierto que el espíritu de prevision, el mando absoluto sobre la naturaleza son caracteres que señalan evidentemente la autoridad del Ser supremo. Yo sé que solo Dios ha criado el universo, que solo Él ha formado sus leyes, y que por consiguien-

<sup>1</sup> De Moisés y de sus empresas han hablado con elogios Diodoro de Sicilia en el libro XL de su *Biblioteca*, Strabon en el XVI de su *Geografia*, Justino en el XXXVI, y Tácito en el V de sus *Historias*; á estos pueden añadirse los muchos testimonios de antiquísimos escritores: Artaban en su *Historia*, Numenio, filósofo pitagórico, en su libro *Del verdadero bien*, Eupolemo, Maneton, y otros, cuyos sentimientos fueron extraídos por José Hebreo (*contra Appio*), por Eusebio (*Preparacion evangélica*), por Clemente Alejandrino. Verdad es que estos escritores, de distinta religion que Moisés, al hablar de los maravillosos hechos de este grande hombre, los atribuyen á las ciencias naturales, ó á arte mágica, pero no se atreven á negar su sustancia, ni á poner en duda los hechos; así Artaban, no solamente refiere los prodigios que cuenta el Éxodo, sino que añade otros, y cita por fiadores á los sábios de Menfis y de Eliópolis.

te á Él solo toca el suspender la eficacia de estas: yo sé que las cosas futuras, dependientes de causas totalmente accidentales <sup>1</sup>, no pueden de ningun modo ser previstas, mucho menos minuciosa y circunstanciadamente algunos siglos antes, sino por aquel Ser supremo, á cuya esencia todo está patente, que ve el porvenir en sí mismo, todo lo futuro, que no existe mas que en Él, y no puede ser visto sino por Él solo. Por otra parte, ¿cómo podemos temer que nos engañe una nacion entera, que á mas de las muchas pruebas que nos tiene dadas de candidez y sinceridad, solo nos habla de hechos, y nos advierte que muchos de estos mismos hechos los encontraremos ratificados en las historias de los mismos extranjeros, y nos afirma que estos hombres vivian muchos siglos antes de verificarse los sucesos <sup>2</sup>, y que sus escri-

<sup>1</sup> Para disipar todo lo que pudiera oscurecer una prueba tan luminosa, hay que considerar: 1.º Que nadie puede sostener que el suspender las leyes de la naturaleza, el impedir sus efectos no toque esencialmente al Criador, y que por lo mismo este impedimento, esta suspension no sea por sí misma una verdadera voz de Dios. 2.º Que ningun hombre, ó ningun otro ser que quiera suponerse, puede imitar este impedimento y esta suspension de las leyes de la naturaleza hasta hacer difícil de distinguir la voz de Dios de la de sus imposturas; y que si bien puede acontecer que algunos hombres salgan tal vez engañados por el prestigio ajeno, esto no se debe mas que á la irreflexion y poca prevision de los hombres. 3.º Que ciertas leyes de la naturaleza se presentan á nuestros ojos como realmente suspendidas, sin que podamos dudar de una mano milagrosa que obra sobre ellas, como por ejemplo, cuando la sencilla voz de un hombre calma los mares y los vientos, ó da la vista á un ciego de nacimiento. 4.º Que ciertos hechos de esta especie, por ser sobrado claros, no han sido jamás imitados por la mentira, y no parecen susceptibles de imitacion, como el llamar á la vida á un hombre verdaderamente muerto, reunir dos sustancias diversas, separadas ya una de otra, y reproducir en cierto modo al mismo hombre. 5.º Que bajo las leyes de la naturaleza, la fuerza y poder de cualquiera ser criado no puede existir sino dependiente en todo y subordinada á Dios, el cual no puede permitir que ningun ser le usurpe la voz para engañar á las criaturas. 6.º Que los efectos de estas excepciones de las leyes naturales forman finalmente el punto de parangon, que aleja hasta la menor sombra de engaño, que es como decir, que si los milagros tienen por objeto conducir al hombre á la virtud, no pueden venir mas que de un ser sumamente bueno, porque un ser perverso no puede guiar á los hombres á la virtud. 7.º Que el conjunto de estas observaciones, reflexionando bien en ellas, lleva esta prueba (de los milagros) al mas alto grado de evidencia. (Véase nuestra obra, *Escuela de Filosofia y de Religion*, de la que es sacada la mayor parte de esta nota).

<sup>2</sup> Si dos ó tres historiadores de nombradía y autoridad nos asegurasen estas



tos se conservaban en depósito por la autoridad pública, y se examinaban atentamente con temeroso respeto cuando se veía empezar el cumplimiento del vaticinio? ¿Cómo podemos temer que se engañe esta nacion, siendo como es una base de comparacion entre la verdad y la impostura, esa realizacion tan minuciosa de los hechos previstos y anunciados siglos antes? ¿Temeremos, acaso, que estos hombres de un carácter tan sincero y cándido, que no inspiraban con sus palabras mas que celo ardiente por la gloria de Dios, un deseo vivo y desinteresado del buen orden de la sociedad, y del bienestar de los hombres todos, abusasen de la ignorancia de los pueblos, y que sus prodigios no sean mas que maravillas naturales presentadas ante la ligereza y sencillez del pueblo? Y ¿cómo podemos temer esto? ¿Seria por ventura razonable nuestro temor? Si se tratase de una ley dulce y suave para los hombres, podriase decir que este pueblo tenia gran interés en creer á ciegas los prodigios, sin hacer investigacion alguna, porque le autorizaban á disfrutar placeres; pero tratándose de una ley dura y penosa, en decir del pueblo mismo, debemos suponerlo atento, muy sobre sí, y acaso incrédulo, á menos que queramos suponer que este pueblo obraba lo contrario que cualquier otro pueblo hubiera obrado, y que es costumbre natural de los hombres todos. Ciertamente, podemos penetrar en los sentimientos de esta nacion, y yo dejo al juicio de cualquiera que use de candor é imparcialidad, el resolver si es ó no razonable nuestra resolucion. Nosotros por medio de nuestras meditaciones y de la observacion de la naturaleza, hemos comprendido infaliblemente que el hombre no es como deberia ser por esencia, y por consiguiente no es tal como lo crió Dios, y hemos descubierto, al contrario, que está fuera de su orden natural, revestido de un no sé qué de malicioso, desordenado y gastado, debiendo añadirse que él es desgraciado por necesidad, como que pesa sobre él la pena impuesta por el Ser supremo, sin que pueda evitar de ningun modo su desgracia, á la cual no estaba destinado; hemos visto que despues de esto ya nos faltaban muy pocos pasos en la investigacion de la naturaleza, que esta comenzaba á oscurecerse, y dejaba de ilustrarnos precisamente en la ocasion en que mas necesarias, las creeríamos sin ninguna sospecha; ¿no seria, pues, una irracionalidad no querer prestar fe á una nacion entera, tratándose de hechos de tanta consecuencia para ella misma?

cesidad teníamos de guías mas seguros y voces mas claras y decisivas; hémonos dirigido, es cierto, á nuestros semejantes, y nos hemos formado un cuadro de todos los siglos, de todos los lugares, de todos los hombres; pero despues de muchas y repetidas miradas, en vez de descubrir alguna luz que nos guiase en medio de las tinieblas, y abriese un camino á nuestros pasos, hemos encontrado pruebas irrefragables de la ignorancia, ceguera, corrupcion y miseria humanas, sin descubrir en todas partes otra cosa que extravío, degradacion y castigo: despues de esto encontramos una nacion sola, que en presencia de las demás figura muy poco, pero que nos da esperanzas de ulteriores progresos, y nos habla un lenguaje singular, simpático, atractivo al par que enérgico, sincero y verídico; vemos que posee nuestras mismas ideas acerca la existencia de Dios, acerca la virtud, la verdad y el hombre; pero conocemos que ella está cierta de todo esto de un modo distinto que nosotros; nosotros lo estamos á fuerza de combinaciones, de escrutinios y de meditacion; y ella sin investigacion humana se precia de haber sido cerciorada de ello por hombres que dominados del espíritu de Dios no querian, ni podian engañarla: nosotros la pedimos las pruebas, y ella nos ofrece las mas propias<sup>1</sup>, las mas convincentes, las mas persuasi-

<sup>1</sup> J. J. Rousseau en su *Emilio*, tomo III, nos hace esta objecion: ¿Quién produce semejantes pruebas? hombres. ¿Quién nos asegura estos hechos? hombres. ¿Quién escuchó las profecías? hombres. ¿Quién vió su cumplimiento? hombres. ¿Quién las afirma? hombres. ¿Quién nos ha dejado escritas todas estas cosas? hombres; en suma, siempre hombres, siempre testimonios humanos. ¡Oh, cuántos hombres entre Dios y yo, entre yo y la verdad!

¿Y qué? digo yo, ¿buscáis acaso una demostracion geométrica acerca estos hechos? Curioso seria el que se le antojase á cualquiera pedir una demostracion geométrica de la existencia de Pekín, capital de la China. Los hechos no son susceptibles de una certeza geométrica, pero sí de otra certeza que, si bien se discute, equivale absolutamente á la geométrica; de una certeza que está fundada no solo en lo moral sino en lo físico del hombre. Sujetemos á la mas severa crítica todos los principales hechos, de que nos da testimonio la nacion judáica: en primer lugar, no podemos caracterizarlos por imposibles, porque hay en ellos, segun dice esta nacion, la fuerza sobrenatural de Dios, y á Dios nada le es imposible. En segundo lugar, nosotros no sabemos que en los tiempos en que por primera vez se tuvo noticia de estos hechos, nadie los tuviera por falsos ó los impugnara; y finalmente, los vemos testificados por personas de edad y carácter diversos, de distinto modo de pensar, y hasta de nacion diferente. Sentado esto, yo ratiocino del siguiente modo: Nadie dice una cosa sin motivo que le obligue á ello; pues, si estos hechos, *que no son aislados,*

vas; y ¿no hemos de entrar en los sentimientos de esta nacion que nos promete el descubrimiento de aquellas verdades y nos da aquellos consuelos que la naturaleza nos oculta y niega? ¿Dónde estaria el raciocinio?

§ XI. — *Esta nacion nos instruye acerca la mision del que ha de venir, y nos da alguna señal para que lo reconozcamos.*

Nos asegurais, pues, que todas nuestras esperanzas, nuestros razonables deseos se dirigen hácia este grande hombre, que ha de venir; nos decís que á él solo está reservado el enseñarnos, instruirnos y conducirnos á la felicidad: y nosotros no podemos menos que lisonjearnos dulcemente con estas promesas y esperanzas, que no solamente causan regocijo, sino que levantan á nuestro espíritu de su deplorable abatimiento. Pero ¿está señalada la época en que ha de sobrevenir ese grande acontecimiento? ¿Teneis de ello señales seguras? ¿Vuestro libro lo expone de modo que pueda comprenderse claramente? Inmediatamente des-

*sino que forman un cuerpo compacto*, si estos hechos no han sucedido realmente, todos aquellos hombres habrán tenido algun motivo para transmitirlos á la posteridad, y erigir monumentos que recordasen una mentira; y todos los demás hombres, que no ignoraban esto, y veian las maquinaciones de la impostura, algun motivo tendrian para estarse callados, y cooperar, bien que negativamente, al engaño. Siendo, pues, verdaderamente imposible que estos hombres bayan podido tener semejante motivo, así como lo es que ningun hombre pueda decir una cosa sin motivo para decirla, será tambien imposible que estos hombres en aquellas circunstancias pudieran amontonar mentiras sobre mentiras, y engañar al género humano.

Efectivamente, ¿quién nos asegura de la destruccion de una monarquía tan poderosa como la de los caldeos? ¿quién nos asegura que el destructor fue Ciro, y que este mismo fundó la monarquía de los persas? ¿Quién nos dice que Alejandro Magno destruyó la de los persas, y fundó la de los griegos? ¿Quién nos habla de tantos cónsules de la república romana, y de Augusto, que consolidó en sí mismo toda la autoridad, y la redujo á un gobierno monárquico? ¿Quién nos explica minuciosamente tantas cosas de Ciro, de Alejandro, de Roma? ¿No son siempre hombres? Y sin embargo, ¿hay entre los hombres quien dude de ellas? ¿Hay algun hombre que no esté íntimamente persuadido de la verdad de estos hechos, así como está persuadido de que cuatro y cuatro son ocho, de que los tres ángulos de un triángulo son iguales á dos rectos? Así el conjunto de testimonios y relaciones, que comprueba la verdad de estos hechos, no es en nada superior (como hemos visto) al que comprueba la verdad de los hechos afirmados por la mencionada nacion. Conocido esto, véase que es la objecion sino una jactancia de palabras y falta al buen sentido.

pues de la caída de la humanidad, y no bien hubo esta probado los primeros funestos efectos de su castigo, fue prometido al mundo el Libertador; el Mesías. Desde entonces se ha hablado siempre de ese hombre que ha de venir; y este ha sido el objeto mas grande que ha interesado siempre á nuestra nacion; su nombre dulce y suave sonaba de un modo halagüeño en todos los labios, desde los de los viejos decrepitos hasta los de los niños. Bello es descubrir en nuestro libro el grandioso conjunto de sus cualidades, de su estado, de sus acciones, que nos ofrecen aquellos hombres extraordinarios, que iluminados por Dios comparecian de cuando en cuando á sacudir á la nacion de su letargo, y renovar la las promesas del Señor y sus esperanzas. Imponente es, al par que tierno, el ver que todo descansa, todo tiende, todo acaba en este grande y deseado suceso: ya se hable á la nacion de cualquier objeto particular, ó se la prometa un cambio feliz de circunstancias, ya se la ofrezca de parte de Dios un cuadro amenazador de castigos y penas; toda promesa, toda amenaza viene á acabar ordinariamente con un rasgo sublime, una enérgica y viva pincelada acerca el futuro Mesías, acerca el Deseado de las gentes. Pero hay á mas algunas particularidades mas marcadas, y se anuncian ciertos sucesos que deben preceder á la venida de este hombre tan predilecto y extraordinario, y llamar, por consiguiente, la atencion de la nacion entera; como por ejemplo nosotros, que un tiempo estuvimos divididos en doce tribus, conocemos no solamente la tribu (la de Judá), sino tambien la línea y la familia (la de David), la ciudad (la de Belen), de la que debe salir infaliblemente, y por esta razon custodiamos nosotros tan fiel y celosamente nuestras genealogías con objeto de evitar imposturas; sabemos que ha de venir en una época en que nuestra nacion estará para arruinarse sin la menor esperanza, perdida su soberanía, ó sea el libre gobierno de sí misma, porque claramente se nos ha asegurado así (Gen. XLIV); sabemos tambien que no puede tardar mucho, porque en cierto modo podemos calcular los años que se nos han fijado (por Daniel, cap. ix), y señalado por ciertos sucesos que deben preceder al grande acontecimiento que traerá consigo la destruccion del pecado, la justicia eterna, el Santo de los Santos. Estos y muchos otros indicios, que con frecuencia nos recordamos unos á otros, se nos dejaron solamente para fortalecernos en nuestras esperanzas, y recordarnos que no

hemos nacido para ser desgraciados, y que la mano misericordiosa del Señor no se quedó escasa con nosotros, al concedernos en la fijacion de la época, de las circunstancias, de la estirpe y de la familia una uniformidad de caracteres que nos permita conocer al que ha de venir, al que esperan todas las gentes. Y para mayor consuelo encontramos un carácter descrito solo original, y con tanta claridad, que no podrá ocultarse ni aun á aquellos que no quieran verlo: se nos pinta el Mesías como un hombre que lo abatirá y destruirá todo, que sobre las ruinas de lo antiguo levantará su eterno trono; que todas las naciones y reyes de la tierra se postrarán á sus piés, y dirán, que de Jerusalem (la capital de los judíos) ha salido la palabra y la ley de Dios; y sabemos por igual medio, que ese universal Deseado será humilde, pobre y manso, irá montado en un jumento, sufrirá oprobios, y será mirado como el último de los hombres, taladrados sus piés y manos, será el hombre de dolores y de amargura... Estos caracteres parecen opuestos entre sí; ignoramos cómo puede abatirlo y destruirlo todo él que no quiebra la caña cascada, ni apaga la torcida que humea (*Isai. XLII*); pero por lo mismo que estos caracteres parecen totalmente opuestos y contradictorios, ofrecen un conjunto maravilloso, un arcano que nosotros confesamos ingénuamente que no podemos descifrar; nuestros descendientes, mas afortunados, comprenderán en sus dichosos tiempos ese arcano, y todo les será revelado y descubierto; nosotros, entre tanto, adoramos profundamente los secretos impenetrables de Dios, y ciertos y seguros de que todo se cumplirá hasta el último ápice, nunca llegamos á titubear acerca las promesas del Señor, porque sabemos que Él es infinitamente sábio y poderoso, y que siendo naturalmente bueno, no puede engañarse, ni permitir que seamos nosotros engañados <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Los rabinos antiguos y modernos admiten estos caracteres del Mesías, que señalaron los Profetas; pero confiesan tambien que no saben de qué modo combinarlos; y sin embargo, pueden hermanarse.

Puede verse el libro *Sanhedrin*, cap. *Halec*, lo que dice Rabbi Josué, hijo de Leví, en el *Talmud*, pág. 2, lib. VI, cap. 3, de *Fest. Tabernac.*, en el *Beresith Rabba*, y en David Kimchi, Selemeh Farchi Abenezra, y otros, que claramente confiesan su confusion é ignorancia. Nadie creerá así que yo haya puesto en boca á los hebreos estas ó aquellas palabras que mejor me han parecido, sino que realmente los hebreos, en la época en que yo los he citado, dijeron lo que hemos escuchado; y yo me lisonjeo de haber presentado un cua-

§ XII. — *Reflexiones sobre estas noticias.* — *Conclusion.*

¿Es posible que un hombre de discernimiento y de saber, al paso que candoroso y sincero, resista á tantas pruebas como rodean y hacen brillar las aserciones de esta nacion hasta el mayor grado de certeza y de verdad?

¿No es por ventura exponerse á la burla de la posteridad el indicar el pueblo, la tribu, la ciudad, la familia, de que ha de salir el Restaurador de los hombres, señalar época, y presentar una multitud de caracteres suyos? No por cierto, no cabe, ni puede haber aquí la mentira, porque, dejando á un lado el carácter imponente de que estaban revestidos aquellos hombres que hablaban en nombre de Dios, resulta siempre cierto que se ha realizado cuanto ellos anunciaron muchos siglos antes á las naciones, y se realizará tambien todo lo que ellos prometen en nombre de Dios á sus hijos; el enviado del Señor vendrá en el tiempo señalado, y saldrá del pueblo, de la tribu, de la ciudad, de la familia indicadas; y estará adornado de todos los caracteres que se le atribuyeron: no podemos dudar de ello, que fuera irracional obstinacion.

dro histórico y verídico, no un romance engañoso y falaz. Para mayor certitud léanse los sagrados Libros, donde se encuentra la historia completa de este pueblo, y á mas las obras de Filon y las historias de aquellos autores gentiles que se ocuparon de la Judea.

Debo advertir, sin embargo, que no entra en mi objeto demostrar fundadamente la perfecta autenticidad de los Libros sagrados uno por uno; bástame haber presentado pruebas generales y muy robustas de por sí; por lo demás, yo remito al lector á aquellos que han tratado del asunto, entre los cuales por la brevedad y solidez de las pruebas se distinguen Pascal, en su *Discurso acerca el libro de Moisés*, y Nonnote, en su *Diccionario filosófico de la Religion*, artículo ESCRITURA.

## CAPÍTULO II.

### CONTINUACIÓN DEL CUADRO.

#### § I.— *La llegada del Mesías.*

Pero es hora ya de que volvamos á nuestro cuadro, que aun no hemos recorrido del todo, por detenernos en observar muy en particular y minuciosamente á esta nacion.

Vemos pasarse los años y los siglos, y desarrollarse las naciones y los pueblos en su civilizacion y sus iniquidades. El nombre de Dios solo es conocido en la Judea, solo es grande en Israel. Algunos de entre los gentiles, que llegan á conocerlo, se envanecen en sus propios juicios, y arrastrados por el universal desorden, creyendo ser sábios, se hacen como los demás, iníquos y necios. Observamos que las virtudes no son en todas las naciones mas que fantasmas, ó acaso vicios disfrazados de virtudes. El aspecto exterior de ciertos pueblos es grosero y feroz, en otros abominable y vil; y en estos y aquellos expresa admirablemente el estado interior. Algunos pueblos presentan á nuestra vista cierto entusiasmo por la gloria, por los honores; pero se forman de esta gloria y honores ideas muy diversas, extravagantes y miserables: otros, al contrario, sin hacer alto en lo que de ellos pueda decirse, entréganse indignamente á los placeres y á la molicie. Las guerras desolan el mundo, en ellas triunfa exteriormente la justicia y la razon; pero en realidad solo el interés y la ambicion las dan pábulo y las dirigen. En ciertas naciones mas cultas, las vidas de los soberanos están en continuo peligro, y muchas veces caen sus cabezas de los tronos, objeto de ambicion y de envidia. El verdadero amor mútuo no se encuentra en ninguna parte, porque en ninguna hay el fundamento en que debe descansar, que es Dios; y en su lugar reina un amor superficial, interesado y fingido que hace comunes el fraude, el engaño, la traicion y todos los crímenes; y hasta en algunos lugares vemos entronizarse la supersticiosa creencia de aplacar á la Divinidad con los actos mas abominables, nefandos é iníquos. Pero ya las semanas de Daniel

van á cumplirse <sup>1</sup>, ya vacila el trono de los judíos, su autoridad se debilita y decae; acértese la plenitud de los tiempos, va á venir el Enviado del Señor, el Deseado de las naciones. No solamente los judíos están en expectativa, sino que el Oriente todo <sup>2</sup> espera, porque de una á otra parte se extiende la voz de que pronto vendrá el Fuerte, el Admirable, el Sábio, el poderoso Rey de los hebreos, el Dominador del mundo. Unos hablan de su futura grandeza, otros de su bondad, y otros esperan algo de su justicia; pero ninguno trata de combinar sus propias ideas con las palabras, los signos, las pinturas que de él nos dieron los Profetas. Muchos se lo figuran como un famoso guerrero, que todo lo vence y lo abate, y se sienta en un trono eterno de gloria para dictar leyes al mundo entero. Y nosotros ¿qué dirémos de él? Yo no sé acertarlo... Sé que estoy degradado, corrompido, miserable é infeliz, sé que no me importa el vivir sujeto á un soberano ú otro, ó en una reducida república ó en un vasto imperio, y que solamente busco uno que me diga cuál ha de ser mi fin, y qué debo hacer yo con esta interior malignidad y corrupcion.

Séase lo que fuere, yo te aguardo, ¡oh Admirable, oh Fuerte, oh Salud divina! que en tí reposan todas mis esperanzas; yo me postro ante tí, ¡oh luz y guía del género humano! destructor de la ignorancia y del pecado; conozco y confieso mis miserias, y te deseo y aguardo con todo el fuego de mi corazón <sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Cualquiera que esté versado en las historias de las naciones hará justicia á la veracidad de nuestro cuadro.

<sup>2</sup> Esta voz universal se oía aun en los tiempos de Vespasiano, emperador de los romanos, segun el testimonio de dos historiadores gentiles Suetonio y Tácito; el primero dice en el cap. 4 *in Vespas.*, que se habia divulgado por todo el Oriente la opinion antigua de que de la Judea debia salir por aquel tiempo el Señor del mundo; y el segundo lo mismo en el lib. V de la historia.

<sup>3</sup> Hasta algunos filósofos gentiles deseaban la venida de ese Mentor del género humano, porque conocian á fondo su natural ignorancia y sus miserias; Sócrates (segun Platon), entre otros, dice claramente á su discípulo Alcibiades, que se espera uno que ha de enseñarnos nuestros deberes para con Dios, y que nos ilustrará y nos hará buenos; y añade, que es mejor aguardar á este hombre antes de resolverse á ofrecer sacrificios, que ignoramos si son ó no gratos á Dios. Véase tambien al mismo Platon en el *Fedon* y en el *Epinomides*, y se encontrarán esparcidas aquí y allí varias expresiones del mismo Sócrates bastante claras para hacer sospechar que este filósofo tuviese noticia del que debia venir, ó por saber algo de la historia de los hebreos, ó por cualquier otro medio indirecto, ó acaso porque la conciencia de sus propias necesidades hiciese nacer en él aquella esperanza.



Pero un imperio poderoso y fuerte por su extension va dilatando por todas partes sus conquistas, y haciendo su nombre formidable para todas las naciones, cierra el templo de la guerra, y da la paz al mundo; pero ni las ventajas de una paz universal, ni los visibles progresos de las ciencias, ni los suaves atractivos de las virtudes morales, menos ignoradas en cierto modo, ni la incesante voz de los filósofos tienen poder alguno sobre el corazón del hombre: por todas partes descubrimos una superstición crasa: los mismos vicios, que antes reinaron, se hacen ahora más estables y tenaces, sostenidos por el fausto y el orgullo, y en todas partes se nos manifiesta el hombre abandonado á sí mismo, á su corrupción y decaimiento. Y hasta la misma nación tan ilustrada, tan sabia, parece declinar sensiblemente de la pureza y sublimidad de su ley. Los príncipes de Judá, á quienes no han dejado más que un frágil resto de autoridad los terribles conquistadores del mundo, han crecido en orgullo nacional en medio de su propia humillación. La idea de un Mesías guerrero y conquistador de todo el mundo parece ser ahora la idea dominante del pueblo; no habla ya de otra cosa, ni busca ni desea más que eso, creyéndose cercano á dominar á sus conquistadores.

Entre tanto un hombre humilde y pobre, seguido de algunos, al parecer pobres también, se me presenta como aquel, á quien una pequeña parte de los judíos tiene por el Mesías. Fijo atentamente mi vista en este hombre, sigo todas sus acciones... él afirma que ya ha llegado la deseada hora en que el Señor ha de ser adorado en espíritu y verdad: habla de cierta renovación del hombre interior: llama su Padre á Dios, y se llama á sí mismo el camino, la verdad y la vida; advierte á sus discípulos, que no juzguen de él con los ojos de la carne, que él es verdadero hijo del hombre, pero que tiene un origen anterior al mundo, y es una misma cosa con su Padre; les habla de una vida sóbria, pura y humilde, y de la necesidad de comer su carne y beber su sangre para hallar el remedio contra la corrupción natural: pero les advierte que ellos, como á novicios en las vías del Señor, no pueden formarse de estas verdades sino ideas muy materiales y groseras, que con el tiempo todo se descubrirá ante sus ojos, y su entendimiento quedará iluminado. Yo encuentro en este hombre un ardiente celo por el honor y la gloria de Dios, por la ilustración y la felicidad de los hombres; siempre se muestra dotado de

una fuerza extraordinaria de constancia y firmeza; aconseja, comprende, y quiere guiar á los hombres todos al bien y á la virtud. Hace observar á la nacion que él es el que debia venir, el que se esperaba, y que si ella no le cree por sus palabras, le crea al menos por sus obras. Véole dominar absolutamente la naturaleza; los mares y los vientos, las enfermedades, la muerte: todo cede á sus mandatos, á su imperio... Posee el corazon del hombre, lee en él, y penetra sus mas escondidos arcanos, y acaso con la dulzura de sus maneras le encanta, lo atrae, y se lo hace todo suyo, y al mismo tiempo le hace enamorar de los sufrimientos y humillaciones, y de la abnegacion de sí mismo, objeto principal de la doctrina y de los afanes de este hombre. Y veo á mas, que con admirable franqueza promete él cosas grandes y extraordinarias, que no están ciertamente en el poder ni en la libertad del hombre: á estas remite á sus discípulos, como á la última y mas concluyente prueba de la verdad de sus palabras. Recorre muchos lugares de la Judea, y en todos se adquiere partidarios. Anda á veces rodeado de multitud de personas; pero este voluntario séquito no es á modo de súbditos que rodean á su príncipe, sino como discípulos al rededor del maestro; él es pobre, y los pobres forman la mayor parte de este cordial y espontáneo cortejo. Veo, por otra parte, que él cuenta gran número de enemigos, y los mas de estos son de los que mayor distincion gozan en la nacion; estos le caracterizan de seductor, de enemigo de la ley de Moisés, hijo de un carpintero, y hasta de encantador y mago. Sus discípulos al contrario, dicen, que por él han visto cosas estupendas y maravillosas; que él ha dicho muchas veces que no ha venido para abolir la ley de Moisés, sino que ha sido enviado para darla el cumplimiento tantas veces prometido por los Profetas y por el mismo Moisés; y aseguran, que léjos de ser él un sublevador del pueblo, no deja nunca de inculcar máximas de subordinacion, de concordia, de amor; y sin ánimo alguno de parecer grande, como suelen buscar los magos y encantadores, sus prodigios no son juegos que engañen á los incautos, sino verdaderas suspensiones de la ley de la naturaleza en beneficio no mas de la infeliz humanidad. Otra observacion hay digna de nuestras consideraciones, y es que este hombre habla á veces como quien ha de figurar á gran altura en el mundo, diciendo que lo atraerá todo á sí, y á veces se explica de manera, que parece ser

el último de los hombres, destinado á los padecimientos, al oprobio... Mas en tanto va creciendo el número de los partidarios de los enemigos de este hombre... el pueblo, que le amaba, empieza á ser ya indiferente, vencido por las amonestaciones poderosas de los ministros de la religion y de los grandes de la nacion... pero aquel hombre no desmaya, levanta su voz ante los doctores de la ley, ante los pueblos todos de la Judea; les invita á confrontar las Escrituras con el conjunto de sus acciones, de sus circunstancias y de su vida, para encontrar así cuanto puedan desear para justificarle; mas, avisa á la nacion, llamada por él ingrata, que pocos se aprovecharán de estas luces, y que ella prevenida contra él no querrá ver lo que seria imposible no ver, que hay un pueblo que no es el suyo, pero que lo será, y que el que es su pueblo no lo será ya mas: *¡Oh nacion incrédula, Jerusalén corrompida! dia vendrá en que tus enemigos te aterrarán, te destruirán, y de tu grandioso templo no quedará piedra sobre piedra; porque no has querido conocer el tiempo de gracia, los dias de tu salvacion*<sup>1</sup>. Y lo que es mas, promete y constantemente afirma que todo esto sucederá, y que la misma generacion presente verá tan funestos sucesos. Pero sus enemigos se rien de semejantes invectivas, y lo miran como un objeto que ha de sacrificarse por la salud pública, por la paz comun: sus afanes y diligencias alcanzan por último su objeto: uno de los discípulos es seducido, y le hace traicion; este hombre maravilloso está entre las manos de sus enemigos, sus discípulos llenos de temor y espanto huyen y se ocultan; y él es llevado en burlesco triunfo, como víctima que ha de sacrificarse á la ira, á la venganza de la nacion, á la justicia, á la santidad del Dios de Israel; algunos testigos deponen que él ha hecho alarde de reedificar el templo en tres dias, y que no solo se llama Rey, sino que dice ser una misma cosa con Dios; los ancianos y los sacerdotes de la nacion lo llevan ante el tribunal de un extranjero (Pilatos), que preside, como delegado, al buen orden de la Judea; le acusan como seductor y enemigo del imperio romano, y piden su muerte. El Presidente no encuentra fundamento en la acusacion, y le declara inocente. Renuévanse las instancias en tono suplicante, bien que algo fuerte y amenazador: el Presidente lo deja al juicio de la nacion; y esta responde en alta voz que no tiene facultad para matar á nadie: el Presidente

<sup>1</sup> Luc. xix; Matth. xxiv.

declara otra vez la inocencia del acusado, y se niega á derramar su sangre. Mas, ¿el pueblo? El pueblo seducido y ébrio levanta la voz y grita: Caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos la sangre de este hombre. Clavado en una cruz entre dos malhechores, de los cuales uno se hace súbitamente discípulo suyo, representa á su eterno Padre la ignorancia, la ceguedad de sus enemigos, y rogando por ellos, muere. Coinciden con la muerte de este hombre ciertos fenómenos, que unos miran como naturales, y otros como milagrosos; tiembla la tierra, el sol se oscurece, y en mitad del día aparecen estrellas en el cielo, toda la naturaleza se conmueve... Parte del pueblo muda de opinion, se arrepiente; pero inflexibles los jefes de la nacion, colocan guardias junto al sepulcro para eludir la esperanza de sus discípulos, á quienes, segun dicen, habia prometido aquel hombre, que resucitaria, y les asistiria en la gran empresa que iban á emprender... Pero en un momento cambian de aspecto las cosas: los guardas vuelven á la ciudad, y afirman que habiéndose ellos dormido, los discípulos de aquel hombre han abierto el sepulcro, y llevádose el cuerpo del ajusticiado maestro: y al contrario, algunos de estos discípulos tímidos y aturdidos se llenan de valor, y dicen y sostienen con constancia que han hablado con su Maestro, le han visto y tocado, y que de la misma dicha han disfrutado gran número de amorosos y desconsolados hermanos. Póseense de un raro entusiasmo los principales y mas íntimos seguidores de aquel hombre muerto ya: son ellos todo vigor, todo fuego, y como si estuvieran investidos de algo extraordinario, se presentan resueltamente ante aquella multitud que los mira como á enemigos y seductores. ¡Cómo, siendo pescadores pobres é ignorantes hablan con tal eficacia, con persuasion tan grande! ¡Con qué facilidad manejan las Escrituras sagradas de la nacion, y cómo las adaptan á su objeto con aire triunfante y victorioso! Galileos de nacimiento, hablan diversos idiomas, y se hacen comprender prodigiosamente de todos los hebreos, que se encuentran entonces en gran número en la capital, partos, medos, egipcios, frigios, romanos, árabes y los de la Capadocia, de la Mesopotamia, del Ponto, del Asia menor... Como á sucesores de su Maestro, se les ve mandar eficazmente á la naturaleza, y penetrar tambien los escondidos arcanos del corazon humano... Hablan á la multitud en nombre de Jesús, que así se llamaba este hombre resucitado, y levantan su

voz para decir que todo está cumplido, que se ha roto por fin el velo á las sagradas Escrituras de la nacion: que el Mediador entre Dios y los hombres ha consumado su precioso y voluntario holocausto, ha vuelto el hombre á Dios: que todo debía suceder así, pues que todos los pasos de la vida y muerte de Jesús están minuciosamente pronosticados, y no hay salvacion, dicen ellos, sino en este nombre. Una porcion de judíos, escasa si se la compara con el cuerpo de la nacion entera, se hace partidaria de este hombre crucificado, y busca su renovacion interior. Todos estos partidarios se despojan de su aficion á los bienes terrenos, aspiran á la purificacion de su espiritu, miran á sus semejantes como á hermanos suyos, los sacan de su pobreza partiendo con ellos sus propios bienes, y procuran practicar todas las virtudes siguiendo la doctrina de su Maestro. Mas, el resto de la nacion permanece inflexible y enemiga. Se propone la ruina y la destruccion total de los hebreos crédulos, les amenaza, los persigue, y los condena á muerte. Pero estos en los padecimientos, los apuros y el olvido de sí mismos, fundan el verdadero carácter de la imitacion de su Maestro; gustosos y alegres prueban los ultrajes, las cadenas y la muerte, seguros, como ellos dicen, de ir en busca de otra vida mejor, de una eterna felicidad en Dios. Mas, en tanto, los Apóstoles, que así se llaman los discípulos mas íntimos de aquel hombre, hablan en alta voz á todos los pueblos de la Judea, y protestan que quieren abandonar la nacion á su propia ceguera, y pasar á las ciudades extrañas, á las naciones, á los imperios, á los pueblos, á las tribus, para anunciar el nombre de su Maestro á los principes del mundo, á los soberanos que siguen en las tinieblas y en la muerte, á los grandes, á los pobres, á los libres y á los esclavos, hasta los confines de la tierra. Estos hombres, poco antes pescadores ignorantes y tímidos, sostenidos, segun ellos dicen, por su divino Maestro, verifican entre sí una especie de division del mundo: uno pasa al Oriente, otro al Occidente, este al Septentrion, aquellos al Mediodía, á las islas del Océano; atraviesan los mares; salvan desiertos, rios, montañas; desprecian la sed, el hambre, el frio, el calor, el cansancio, las necesidades, las persecuciones, y no hay obstáculo que resista á su valor: anuncian á las naciones el nombre de Jesús; levantan, dicen, levantad, pueblos, vuestras frentes, sacudid vuestra estupidez, acércease el tiempo en que quedaréis iluminados; no están

lêjos los dias de la redencion ; reconoced á vuestro único Criador y Señor, que os llama hácia sí, os levanta desde vuestro envilecimiento á la contemplacion de su ser ; regenerad vuestro corazon, alejándolo de las criaturas, para las cuales no está criado, y volvedlo hácia el Criador, para el cual solamente vive. El vínculo, el centro de union entre el hombre corrompido, degradado, y el supremo Señor justo y misericordioso es Jesucristo, que fue anunciado desde el principio del mundo, que ha llegado ya, y con él hemos hablado, que se ha engrandecido con los prodigios obrados por su mano, que en todo ha demostrado la sublimidad de su mision, y la constancia y fortaleza de sus propósitos. Todos los pueblos de la tierra, al escuchar estas voces y á la vista de aquellos hombres, míranse unos á otros, cual si despertaran de algun profundo letargo, y se sienten naturalmente arrastrados ; pero los intereses particulares, las voces de la iniquidad, que deben acallarse, el hábito de la corrupcion, la irreflexion tan comun, la necesidad de comenar una vida contraria á las ideas pasadas, y el terrible deber de la abnegacion de sí mismos, hacen que la mayor parte se obstine en la ceguedad ; pero no obstante, en todos los países, en todas las naciones y en todos los climas, gran parte del pueblo siente en su corazon la santidad del Evangelio, queda sorprendida ante las sorprendentes dotes de los Apóstoles, y así se levanta y crece un gran pueblo, que en el nombre de Jesús invoca á su Criador, al Ser supremo, á quien no conocia ; un pueblo, que bendice el momento de la destruccion de su ignorancia tenebrosa, y que siente en el corazon los dulces atractivos de la virtud. Los príncipes de la tierra estupefactos, y atónitos los filósofos, maestros del orgullo y de vanas superfluidades, los sacerdotes que sostenian la supersticion y la idolatria, sorprendidos todos y maravillados de tan extraordinario fenómeno, únen-se resueltamente para oponerse con todas sus fuerzas á los inesperados progresos de una religion tan contraria á sus ideas é intereses : jurán su destruccion, y aunque haya diversidad en sus opiniones é intereses, andan unidos en el propósito de quitar del mundo este Evangelio, y borrar hasta sus menores vestigios ; calumnias, ultrajes, súplicas, lágrimas, halagos, y hasta el fuego y el hierro, las cadenas y la muerte se usan : mas en vano ; los que siguen á Jesús son sobrado fuertes é imperturbables : ponen la cabeza bajo el hacha de sus enemigos, y se sonrien... Pero, volvien-

do la vista á otra parte, observamos que están muy cerca de cumplirse las amenazas de aquel hombre. La nacion predilecta, há poco citada, se encuentra en una situacion peligrosísima, y por todos lados amenaza ruina; los seguidores del Crucificado, seguros de una total y perpétua desolacion, dejan la capital, y abandonan á la venganza del cielo la nacion ingrata é infiel. En tanto un formidable ejército se hace dueño á viva fuerza de una parte de la Judea, bloquea al inmenso pueblo, que de toda la nacion se ha recogido en Jerusalem; nace de esto una guerra que es de gran trascendencia para la nacion; derrámase á torrentes la sangre, se amontonan los cadáveres; el hambre, las discordias intestinas asolan á las grandes ciudades: y ofreciéndoseles por distintas veces el perdon, lo rehusan siempre con obstinacion y soberbia. El templo está en peligro; pero el vencedor quiere y ordena su conservacion; todo favorece al enemigo; la ciudad está tomada; el santuario, á pesar de la prohibicion, queda reducido á cenizas; desaparecen las habitaciones, los baluartes, las murallas de aquellos infelices, que ó murieron en la guerra, ó por el hambre, ó por las disensiones interiores.

Todo está perdido; ya nada poseen los principes de Judá.

La nacion entera, vencida y esclava, totalmente dispersa y sin riquezas, sin hogar, sin sacerdotes, sin templo ni altar, solo sirve de funesto é ignominioso espectáculo á toda la tierra. Mientras tanto el pueblo naciente, que va acrecentándose en todos los países, en todos los climas con asombrosa rapidez, pretende suceder de un modo mas extenso al disperso Israel en la posesion de sus derechos<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> La veracidad de este cuadro está tan bien establecida, que no acierto á ver qué pueda oponerle la crítica mas fina y rebuscada; no obstante, con respecto á los hechos extraordinarios y maravillosos que en él se ponen de manifiesto, debo advertir que los milagros de Jesucristo, ó sea aquel sorprendente dominio que ejercia sobre las leyes de la naturaleza, en lo que toca al hecho, nunca fue puesto en duda por sus mayores enemigos; véanse sino Celso, Juliano el Apóstata, Geroles, el *Talmud*, el *Alcoran*, y el infame libro *Toledod Jescu*, y se verá no solamente la certitud de mis asertos, sino tambien lo fútil del efugio de atribuir aquellos hechos, no pudiendo ya negarlos, á conocimientos físicos, al arte de la magia, ó á haber sabido Jesús pronunciar de un modo particular el nombre de Dios.

Á mas, relativamente al prodigioso oscurecimiento del sol, sabemos que nuestros apologistas de los primitivos tiempos, en que era reciente todavía la memoria de la muerte de Jesús, usaban, como de un argumento de mucha

§ II. — *Primeras reflexiones acerca este cuadro.*

El deseo de no contentarnos con lo superficial de las cosas, sino de penetrar su fondo, y observarlas por todos lados, nos lleva ahora á las mas serias reflexiones acerca los maravillosos rasgos del cuadro que se nos acaba de descubrir. Doy yo ante todo una rápida ojeada al conjunto; veo un espectáculo que me sorprende; una revolucion tan universal y fecunda en resultados, producida con medios tales, que no tienen ejemplo en las demás revoluciones. Conozco que Jesús ha hecho admirablemente y con facilidad lo que no han sabido, ó no han podido hacer, los mas ilustrados filósofos de las naciones, los legisladores mas sábios de la antigüedad; el hombre ya no será para la criatura, sino para el Cria-

fuerza, de este hecho, y señalaban á los gentiles sus propios anales, sus historiadores, y hasta sus mismos archivos, donde, segun decian, habia testimonios irrefragables de la verdad de cuanto ellos afirmaban. Véase á san Luciano, mártir, á Tertuliano en su *Apologético*, á Orígenes contra Celso, á Julio Africano, á Minucio Félix en su *Octavio*, y otros, entre los cuales son de notar los pasajes de dos autores gentiles: Tello, escritor del siglo I, en las historias siríacas, y Flegon, historiador del siglo II, en sus Anales. Tomamos del mismo Flegon las siguientes palabras: *En el cuarto año de la docentésima segunda olimpiada sobrevino un eclipse de sol mayor que cuantos se habian visto anteriormente: á la hora sexta del día se declaró una noche tan oscura, que las estrellas aparecieron en el cielo, y un terremoto destruyó en Bitinia varios edificios de la ciudad de Nicea. Y lo mas digno de observar aun es, que en el año XVIII del imperio de Tiberio, al que corresponde el año cuarto de la docentésima segunda olimpiada, no hubo ni pudo haber eclipse alguno natural de sol, segun opinion de todos los astrónomos griegos y romanos. Hablando en razon, tampoco podemos dudar de la real y sobrehumana infusion del don de lenguas en los Apóstoles de Jesucristo, en aquellos hombres que debian anunciar el Evangelio por toda la tierra á tantas y tan diversas naciones. Prueba de esto es el que se vea en los primeros tiempos hasta á los fieles mas sencillos en posesion de ese don maravilloso, y de ello tenemos una irrefragable memoria en la primera carta del mismo san Pablo á los corintios, de cuya autenticidad no sé que nadie haya dudado: en ella habla el Apóstol á los corintios de aquel don como de una cosa usual y comun entre ellos, les enseña y les da reglas para usar de él con provecho propio y para la conversion de los infieles. Cualquiera notará la incongruencia y la imposibilidad moral de que san Pablo escribiera en tales términos á una Iglesia recientemente creada por él mismo, no siendo verdadero y permanente el fundamento de sus amonestaciones, y si se le hubiese podido replicar: *Nosotros no entendemos lo que decís acerca esos milagros, que suponéis como cosa comun para nosotros.**



dor. Tu nombre, ¡oh Ser supremo! será conocido y ensalzado desde el Oriente hasta el Ocaso, tu nombre será grande en toda la tierra; en medio de las naciones idólatras se oirán tus alabanzas. En verdad, el conocimiento de Dios es un gran beneficio que nosotros recibimos de aquel Hombre; séase él quien quiera, y sean cuales fueren sus miras, no puede negarse que él prestó un inmenso servicio á la humanidad. Pero internémonos con alguna atencion, y meditemos acerca los actos, y los fines de este Hombre. Yo veo un hombre que habiendo tomado con ardor el difícil empeño de ilustrar á sus semejantes, y no solamente de arrancarlos de su ignorancia, sino de transformar su corazón, enseñarles la virtud, y hacérsela amar hasta el mayor grado... Encuentro un hombre que habla claramente de una reforma general, de una renovacion interior de todos sus discipulos, y que dice que el espíritu del mundo no es el espíritu de los que á él le siguen. Hasta aquí todo va bien. El hombre necesita una renovacion interior; esta es una verdad sobrado evidentemente enlazada con nuestra corrupcion que hemos demostrado ya, con la sensible degradacion de la humanidad. El hombre necesita una regeneracion interior; esto es cuanto yo deseo, y cuanto puede desear un hombre que se conozca á sí mismo... Mas, el decir despues: *Yo soy el camino, la verdad y la vida... Yo existia antes de existir el mundo; Yo y el Padre somos una misma cosa*; ¿acaso no equivale á decir: Yo participo de la naturaleza de Dios; yo soy Dios? ¿Y qué? ¿Por ventura ha dividido el Altísimo su trono con un hombre? ¿ó ha segregado para él una porcion de la indivisible Divinidad? Hé ahí una cosa inconcebible, un absurdo. Pero ¡qué idea mas repugnante que la que encierra lo de: *quien no come mi carne, ni bebe mi sangre, no vivirá!* Este lenguaje, ó es muy duro, ó está lleno de oscuridad, de enigmas. A pesar de todo, yo observo que nunca se acaba de levantar la voz, y de encomiar las acciones de aquel Hombre; y no se deja de propalar por todos lados que él ha obrado el bien, que ha vuelto el oido á los sordos, el habla á los mudos; y sin cesar se sostiene á despecho de los mas respetables jefes de la nacion, que los vientos y las olas obedecen á Jesús, que él alumbrá á los ciegos de nacimiento, cura los estropeados, y llama nuevamente y con imperio á la vida á los difuntos que ya despiden hedor; jamás acaban los relatos de las menores particularidades, del número, y de los irrefragables testimonios

de estas cosas. Por mas que reflexione atentamente, no puedo comprender, y aun me parece una cosa absolutamente imposible, que si estos hechos no son ciertos, se haya tenido la inconcebible audacia de individualizar ciudades y personas, de decir que en tal parte habia un ciego de nacimiento muy señalado por su pobreza, y bien conocido de toda la poblacion antes de la venida de aquel hombre reparador y benéfico, y que este ciego goza ahora de la vista por la sola fuerza de su palabra: que en tal ciudad, en tal castillo á pocas leguas de distancia de nosotros, se hallaba enfermo de peligro, desahuciado, tal individuo de una familia señalada, sin que pudiese haber duda de su enfermedad, porque era evidente para sus allegados, amigos, criados y ciudadanos todos; la imperiosa voz de ese Hombre le restituyó por sí sola de un modo instantáneo la salud: que en tal época, en tal lugar, en tal circunstancia, volvió la salud y la vida á estas y á aquellas personas pública y claramente, y que hasta sus mismos enemigos debieron quedar confusos y parados. ¡Ah! estos hechos no son falsos; el hombre nunca miente con tal descaro, y mucho menos posible es que un número tan crecido de hombres, desconocidos en parte unos de otros, sean impostores tan descubiertamente, tan circunstanciadamente y con tanta uniformidad. Mas, si no es posible al modo natural de obrar de los hombres, si no es posible el tramar tantas y tan singulares mentiras, sin quedar solemnemente desmentido por los mismos á quienes en tan gran número se llama para que sean testigos seguros; estos hechos serán verdaderos. Yo no acierto á ponerme de acuerdo conmigo mismo. ¿Cómo puede ser que un hombre que se eleva hasta el trono del Altísimo, que se propone á sí mismo como á partícipe natural de la esencia divina, un hombre, un hombre semejante tenga tan absoluto dominio sobre la naturaleza? ¿No comete una impostura horrible la criatura que quiere hacerse igual al Criador? Y ¿una criatura podrá dominar de un modo absoluto á la naturaleza, y hacer oír en favor de sus engaños la voz del Ser omnipotente? Y el Omnipotente, el Criador, que es la verdad y la bondad por esencia, ¿tomará parte en el engaño de sus criaturas? Esto no se concibe; un impostor no domina soberanamente la naturaleza, y un hombre que tiene en su mano los secretos de la creacion, no fabrica imposturas, no miente.

§ III. — *Turbacion y oscuridad en que se encuentra el hombre respecto á la persona de Jesús.*

Busco yo á un hombre imparcial é indiferente, y le digo: Defíndme ese personaje extraordinario y para mí inconcebible; decídmeme, ¿cómo puede ser que no mienta un hombre que se eleva hasta declararse igual á Dios, y participe natural de la esencia suprema; y decídmeme luego si es posible que un verdadero impostor posea la real y visible facultad de suspender las constantes leyes de la naturaleza y ejercer un dominio absoluto sobre todo lo criado? Yo fluctúo entre diversos pensamientos... Unas veces me digo á mí mismo: ¿cómo puede ser que Jesús no me seduzca? Y otras: ¿cómo es posible que me engañe Jesús, que habla á mi corazón, y me hace gustar los atractivos de la virtud? ¿Con qué franqueza anuncia él castigos á su nación! ¿cómo los particulariza, y señala un breve término á su realizacion! ¿Desea él acaso ser muy pronto objeto de execracion para los pueblos engañados y seducidos, si no se cumplen sus amenazas en la época fijada? ¿Hay quizás en este Hombre una baja estupidez unida á la mas fina impostura? No por cierto. Observemos á Jesús, escuchemos su voz, estudiemos sus acciones, oigamos la sublimidad de sus lecciones; ¿es por ventura un necio, un ignorante? ¿qué es lo que habla? ¿Por qué anuncia con tanta claridad y franqueza á la nacion lo que á él le sucederá, cosa que no está pendiente ni de los conocimientos naturales, ni de las palabras de un hombre? ¿Conoce él acaso el porvenir? Mas, ¿cómo puede ser que el porvenir, que no existe mas que en Dios, esté presente y declarado á un hombre, y á un hombre que pretenda seducir al género humano? ¿Cómo es posible que Dios siga concediendo un don suyo á un hombre que usa actualmente de él para engañar á sus prójimos, y contra el mismo Dios? ¿Pueden conciliarse estas ideas?

Jesús, pues, no me engaña; pero ¿cómo no me engaña un hombre que se eleva hasta la esencia de Dios?

§ IV. — *Los seguidores de Jesús aclaran estas dificultades con sus explicaciones.*

Mi entendimiento se agita sin cesar. Yo no me canso de discurrir pausadamente en el conjunto de cosas favorables á ese Hombre, ni en la multitud de dificultades, al parecer insuperables, que se le oponen. Este Hombre se llama Dios á sí mismo, sus enemigos se lo echan en cara, sus discípulos lo admiten, y unos y otros creen tener razon. Un hombre Dios, un Dios muere; hé ahí una idea tan repugnante en sí misma, que sin necesidad de desenvolverla y explicarla forma un obstáculo, un dique insuperable al primer golpe de vista. Por otra parte oigo á los seguidores de aquel Hombre proclamarse poseedores de la verdad, y llevar nuestro entendimiento á profundas meditaciones acerca la esencia de Dios; ¿no habeis encontrado, dicen ellos, una produccion intrínseca en la esencia de Dios? ¿no veis en la unidad del Ser supremo un Productor distinto de lo producido, y un Amor distinto de lo producido y del Productor? ¿No os habeis complacido en la elevacion de estos arcanos de la Divinidad? ¿no ha quedado convencida vuestra razon? Hé aquí el principio fundamental de la aclaracion de este arcano.

El verbo de Dios uno con el Padre que lo produjo, uno con el Santo Amor, que de uno y de otro procede, lo creó todo, produjo todo lo que es exterior á la Esencia divina. Esto es, si bien el universo se supone criado por las tres personas existentes en la unidad de Dios, reconocemos de un modo especial al Verbo como universal Criador de todo. Hasta aquí todo es razonable. El Verbo, pues, co-igual al Padre, creó admirablemente al hombre en estado de inocencia, y haciéndose aun mas admirable por su eterna misericordia, quiere reproducirlo, regenerarlo cuanto está degradado y corrompido. Estas ideas son coherentes; pero lo arduo es su aplicacion: Jesús es un hombre, el Verbo de Dios es incompreñsible é inmenso; la humanidad necesita una renovacion interior, espiritual; el hombre no obra mas que exteriormente; á esto se replica del modo siguiente:

El hombre que yo veo no es el Verbo de Dios, que es invisible; el hombre que veo es un hombre criado en el tiempo, compuesto de espíritu y de materia, un hombre verdadero; pero este hom-

bre no excluye al Verbo, al cual yo no veo; el Eterno é Invisible elevó hácia sí lo criado y lo visible, y el momento de esta elevacion no va separado del primer momento de la existencia de este. El hombre vive en el Verbo y por el Verbo, aunque el hombre no sea el Verbo, ni el Verbo sea el hombre. No confundamos la naturaleza de las cosas: el Verbo es siempre el Verbo, el hombre siempre es el hombre; pero el Verbo y el hombre constituyen á Jesús, una sola persona. Jesús se mueve, se alimenta, anda; mas no es el Verbo como á tal quien verifica esos actos, sino el hombre del Verbo, unido con este en una sola persona, que dirigido por el Verbo obra lo que el Verbo quiere. Ved ahí los incomprendibles misterios de Dios, ved ahí los eternos consejos del Omnipotente. Dios que ha criado al hombre, lo ha regenerado tambien; el hombre por sí solo no lo habria conseguido, Dios no lo ha querido hacer por sí solo, y el Hombre-Dios ha alcanzado la salvacion del hombre, y su reconciliacion con Dios.

Si el hombre, como á criatura de Dios, debia á este toda sumision y dependencia, el hombre seducido, reo de orgullo y de independencia, debia á Dios en razon de esta culpa algo mas que su natural dependencia y sumision. Si un hombre rompió los vínculos que unen al hombre con Dios, otro hombre ha vuelto á acercar entre sí á Dios y el hombre. Si el primero apartó al hombre de Dios, el segundo lo ha vuelto hácia él: y si aquel pudo apartarle como á cabeza que era de todos los hombres, ha podido el segundo volverle por ser Señor y Criador de todos los hombres. Si grande fue el delito de la humanidad contra Dios, mas grande ha sido el homenaje que la humanidad le ha prestado; si todos los hombres pecaron con el primer hombre, todos los hombres han quedado satisfechos por el segundo, y si con el primer hombre los hombres todos negaron á Dios el tributo de vasallaje y de obediencia, los hombres han ofrecido á Dios con el segundo un holocausto de expiacion sobreabundante é infinito. Ved ahí la grandeza de los consejos de Dios, ved ahí la fuente de las misericordias para el hombre, ved ahí el único holocausto grato á Dios, el punto central de reunion entre Dios y el hombre, la humillacion, la pasion, la muerte voluntaria del Verbo-hombre. Muerte, que no es del Verbo en cuanto á Verbo, sino del hombre del Verbo en cuanto es hombre; muerte que no separa al hombre del Verbo, sino que quita del cuerpo del hombre el espíritu humano. Un hom-

bre puro, por lo mismo que necesita para sí misericordia y perdón, no hubiera podido reconciliar al hombre con Dios; el Verbo solo, siendo Dios como es, al hacer la parte del hombre, habría hecho lo que no era competente á Dios, sino al hombre; y el Hombre-Dios ha cumplido lo que tocaba á Dios y lo que correspondía al hombre. La grande obra de la Redencion es mas admirable que la de la creacion. No tenia el hombre ningun desmérito para no ser criado; pero si para no ser restaurado. Jesús, el sangriento sacrificio de Jesús ha vuelto el hombre á Dios.

§ V. — *Siguen las reflexiones. — Gloriosa resurreccion de Jesús.*

No podemos negar que el desarrollo de estas ideas nos ha modificado, explicado y hecho respetable lo que antes mirábamos como inconcebible absurdo; y tampoco podemos negar que por esto nos sentimos revestidos de un nuevo valor para proseguir el emprendido exámen.

Jesús ha muerto; mas, no ha terminado todo en la tumba de este hombre. Dicese que Jesús ha resucitado, y se habla mucho de que su cuerpo no ha sido hallado en el sepulcro, y los soldados que lo guardaban llenos de terror contestan que se han dormido; es lo cierto que se decia que aquel Hombre volveria á la vida, pues él lo habia prometido; y por eso se puso guardia en el sepulcro; y tambien es cierto que el cuerpo de ese Hombre no está en el sepulcro. Los soldados que lo custodiaban dicen que habiéndose ellos dormido, lo han arrebatado sus partidarios, sus discípulos. Pero, ¿cómo es posible, les diré yo, que os hayais dormido todos *sin exclusion de alguno*, sabiendo que guardábais un punto tan importante? Y si realmente estábais durmiendo, ¿cómo podeis asegurar que los discípulos, los partidarios de aquel Hombre os hayan arrebatado furtivamente su cuerpo? Y respecto á esos partidarios y discípulos, el suponer que hombres tímidos, hombres que huyeron cobardemente al ser preso su Maestro, hayan creído poder hallar dormidos todos los guardas del sepulcro, y de tal modo dormidos, que les permitiesen romper con seguridad la losa, y transportar á otro lado el cadáver, todo con enorme peligro, para continuar la impostura (pues todo seria impostura si aquel Hombre no hubiese cumplido sus promesas, y no hubiese resucitado) en favor de un Hombre que les habia engañado y seducido,

el suponer todo esto es un desatino. La naturaleza, por arrebatada que esté de entusiasmo ó exaltada por una pasión, nunca conduce los hombres á obrar tan irracionalmente. ¿Podremos suponer acaso que estos hombres naturalmente pobres hayan corrompido los guardas á fuerza de dinero, y quieran ser impostores por sacar algun provecho ó interés? Pero, ¿qué interés podían prometerse oponiéndose de frente á todo el género humano? ¿Qué mira interesada han dejado ver ellos posteriormente en su conducta? Observemos bien sus cualidades; ¿pueden acaso hermanarse con la impostura? Todos los hombres obran siempre con algun fin, y no pueden obrar de otra suerte; ¿qué fin, pues, fuera de la verdad, hemos de suponer á los Apóstoles de Jesucristo?

§ VI. — *El nombre de Jesús es anunciado á toda la tierra. — Es imposible que la sola voz de los Apóstoles haya convertido al mundo.*

Jesús resucitado es anunciado por los Apóstoles á los pueblos y á las naciones, y los pueblos dan su fe, reconocen á Jesús resucitado. Hé aquí un hecho. La introduccion, la propagacion, el engrandecimiento del Evangelio está ante nuestra vista. Observemos bien este suceso, indaguemos su causa, y busquemos la relacion, la proporcion que existe entre uno y otra.

¿Quiénes son esos que extendiéndose por toda la tierra hablan á los pueblos? Unos hombres de la Judea, que no hace mucho dejaron las redes y el anzuelo, pobres... ¿de qué hablan? De un hombre de Judea tambien pobre y crucificado. Y ¿qué dicen de él? Que es el único mediador entre Dios y el hombre, que es un hombre Dios. Y ¿qué piden, qué quieren ellos? Que este hombre de Judea, pobre, condenado por su nacion á morir en una cruz, sea mirado no solo como hombre inocente, sino como hombre Dios, y no ya un Dios á la manera de sus dioses, sino de la esencia suprema de un solo Dios; quieren que se reconozca á este Hombre vuelto de la muerte á la vida como fuente perenne y única, de donde manan los favores de Dios para el hombre, y la elevacion del hombre hácia Dios. ¿Qué deducen ellos de esto? Que todos los pueblos deben seguir á este Hombre, porque fuera de él no hay salvacion, no se halla el remedio á la degradacion natural, ni puede esperarse aquella felicidad interminable, para la cual fue criado y está destinado el hombre. Preten-

den, por lo tanto, que todos los hombres confiesen la miserable ceguera, la ignorancia de sus mayores; que llenos de indignacion derriben con sus propias manos sus dioses, reconozcan que todas sus religiones son engaño é impostura, y dirijan sus homenajes y adoraciones á un solo Dios distinto en tres personas. Mas no basta esto, quieren que los hombres soberbios bajen su altivez, se hagan humildes y sencillos; desean que los avaros se desprendan de las cosas de la tierra, y sean verdaderamente pobres de espíritu; que los impúdicos se vuelvan castos y continentales, los iracundos sufridos y dulces, los intemperantes sóbrios y moderados; que todos los hombres se esfuercen en refrenar sus pasiones, en ejercitar las virtudes, renovando así totalmente su ser corrompido y degradado. Pero aun no basta esto: quieren ellos que los seguidores del Hombre crucificado no solo hagan abnegacion de sí mismos, cambien totalmente su camino, ni tengan objeto sobre la tierra que les captive su corazon; que no solamente no han de hacerse cristianos por algun fin indirecto ó interés temporal, sino que contra todos sus intereses sostengan valerosamente esta Religion delante de los judíos, de los príncipes y de los reyes de la tierra, y á pesar de los tormentos, del martirio, de la misma muerte; y esto lo exigen así de las tiernas vírgenes y de los viejos decrepitos, como de los hombres mas lozanos y robustos. Y ¿qué prometen ellos en cambio de todo esto? Una cosa grande sí, pero que no puede verse, Dios; la beatificacion en Dios, la adquisicion del fin á que fue destinado el hombre, el objeto del hombre, Dios. Segun ellos, la muerte es el término de las miserias del hombre, y el principio de la felicidad del cristiano... pero ¿cómo garantizan ellos sus promesas? ¿Nos bastara su sola palabra? Reflexionemos aun mas atentamente: ¿*Quiénes son los que hablan?* ¿*qué es lo que pretenden?* El nombre de judío odioso á las naciones... la infamia de la cruz... un hombre-Dios crucificado, que no quiere otros dioses... el respeto de los pueblos hácia las opiniones de sus antepasados... la veneracion á sus sacerdotes... la antiquisima posesion de otra religion que se acomoda mucho á los gustos y á los deseos de todos... el tener que confesar que hasta la sazón se habia vivido en la ignorancia y el engaño... ¡Cuántos obstáculos! y no nos detengamos aquí: todavía se le hiere al hombre mas en lo vivo. La idea de tener que vivir en adelante derramando lágrimas, de tener que odiar lo que hasta entonces se apreciaba, la



imposibilidad de encontrar objeto alguno sobre la tierra de sólido y verdadero placer: aquel desprecio total de sí mismo... ¡oh Dios!... aquella lucha incesante, aquel vencer á sí mismo... ¡oh qué cosa mas dura y cruel!... Ved ahí la muerte interior del hombre corrompido... Pero no acaba aquí todo. Si el hombre se resuelve á traspasar, á romper todos los obstáculos, se le preparan las mas dolorosas consecuencias.... los ultrajes domésticos, las burlas de los amigos, las atractivas ternezas de los mas allegados, el despojo de los bienes, el destierro, la falta de comodidades, la pobreza, las cárceles, el furor de los jueces, el desprecio de los soberanos, los tormentos, la muerte... ¡oh Dios!... ¿y la sola voz de cuatro hombres ha de dar á entender cosas tan oscuras, y en cierto modo increíbles, á casi todas las naciones, y en todos los climas?... ¿la voz sola de cuatro pescadores ha de conmover el mundo entero, y obligar á los hombres á ejecutar cosas tan difíciles y duras, cosas que los mismos hombres no quisieran hacer, y casi se sienten imposibilitados de hacerlas? Esto es imposible. Se promete al hombre una cosa grande, Dios; pero el prometérsela no es dársela, no es asegurársela; seria preciso que la naturaleza del hombre fuese distinta de la que es, para que los hombres hiciesen ahora tantos y tan grandes sacrificios por un bien futuro, fundado no mas que en las promesas de unos hombres oscuros.

§ VII. — *Las cualidades de los Apóstoles, por sorprendentes que se quieren suponer, no son suficientes para producir por sí solas la conversión del mundo.*

Prosigamos nuestras observaciones. Se suponía á estos hombres, se me dice, como dignos de toda atención y de toda fe, porque se les creía dotados de prendas admirables y extraordinarias: el poder absoluto sobre las leyes de la naturaleza, la penetración de los corazones, el espíritu de profecía, el don de lenguas. Pero ¿cómo puede hacerse semejante suposición? Aquí no se trata de halagar las inclinaciones, los gustos de los hombres, sino de contrariarlos; y por lo tanto, los hombres antes de resolverse quieren verlo y juzgarlo todo con claridad. ¿Por qué? Porque su instinto natural, en tales circunstancias, los induce á ser incrédulos. ¿Cómo, pues, podían creer los hombres firmemente que los Apóstoles resucitaban los muertos, si no se hubiese sabido claramente

cuándo, cómo y dónde? ¿ó que penetraban los corazones, si no lo hubiesen experimentado por sí mismos, ó no se lo hubiese asegurado alguno á quien pudiesen ellos dar crédito? ¡Ah! El charlatanismo y la impostura no hacen progresos, cuando no favorecen las inclinaciones humanas; y la mentira y el engaño quedan muy pronto á descubierto, siempre que los hombres tienen algun interés real, sensible, en no quedar engañados. Luego, no podemos negar á los Apóstoles estas cualidades, que son por otra parte ciertas, y están demostradas. Mas, los Apóstoles revestidos de las citadas cualidades ¿habrán podido por sí solos producir esa completa mutacion en el Mundo?

Repitamos nuestras investigaciones: ¿qué es lo que vemos? El mundo que cambia de aspecto en lo que mira al conocimiento de Dios y á la práctica de la virtud, este es el efecto. Unos cuantos hombres de Judea, ignorantes, que se extienden por toda la tierra, dotados de cualidades sobrenaturales, y ejercen la predicacion, hé aquí la causa. ¿Se encuentra la debida proporcion entre esta causa y aquel efecto? No por cierto; si penetramos en el corazon del hombre, nos será preciso confesar que la causa es débil, no es proporcionada al efecto. Y ¿por qué razon? La razon se halla en el mismo corazon humano: observémoslo con toda atencion. No basta que quede el hombre iluminado y convertido, para que se mude y se convierta; ni basta el conocer que debe hacerse una cosa, para que en realidad se haga. Los Apóstoles con todas sus cualidades morales extraordinarias pudieron muy bien darse á conocer, y convencer al mundo de que ellos hablaban la verdad, y de que debia obrarse lo que ellos inculcaban; pero no por eso podian atraer á los hombres, mudar sus corazones, y hacerles ser muy diferentes de lo que eran. En prueba de ello penetremos dentro de nosotros mismos. ¿Cuántas veces no conocemos que el hacer tal cosa es un bien, que debe hacerse, que en hacerla tenemos un verdadero interés, y sin embargo hacemos lo contrario? ¿Cuántas veces vemos el bien, lo aprobamos, y luego abrazamos el mal? ¿Quién lo creeria, si el sentimiento propio no nos lo enseñase, si una experiencia frecuente no nos hiciese sentir la total subversion de la integridad de nuestro ser?

Ahora, pues, lo que nosotros sentimos en nuestro corazon apliquémoslo á los hombres de aquel tiempo. Ellos conocerian la verdad, y no podian menos que conocerla; pero aquellos deberes,

aquellos sacrificios, aquel temor, aquella exposicion á los azares del destierro, de los tormentos, de la muerte, son obstáculos imponentes. Ved ahí por eso á todos los hombres andando en busca de motivos para no dar crédito á los Apóstoles; unos esforzándose en poner dudas, otros aplazando el tiempo para examinar la verdad; estos dirigiendo á otro lado sus pensamientos, aquellos resistiéndose á perturbar su corazon, y muchos, en fin, obstinándose en gozar de lo presente sin cuidarse de lo futuro; ninguno sabe resolverse, porque sus corazones no aman, y no quieren tomar una resolucion, cuyas consecuencias son tan duras y dolorosas. No es otro el fruto de las extraordinarias fatigas, y luminosas cualidades de los Apóstoles. Y sin embargo, los hechos no son estos; en todos lugares un gran pueblo vence los obstáculos, y sigue á los Apóstoles. ¿Qué es, pues, lo que iguala y proporciona esta causa á este efecto? Vamos á verlo.

§ VIII. — *La accion invisible de Dios en el corazon humano ha formado el Cristianismo.*

La voz de los que publican el Evangelio, que se deja oir en toda la tierra, las luminosas y sobrenaturales cualidades de los Apóstoles, no son suficientes en verdad para el citado objeto; así lo hemos visto, y lo mas digno de observar es, que esos mismos Apóstoles lo reconocen, y confiesan claramente que nunca hubieran acometido una empresa tan grande y totalmente arriesgada, á no haberles prometido su Maestro que estaria, aunque de un modo invisible, á su lado, que quebrantaria todos los obstáculos, y por último pondria la tierra bajo su dominio. Hé aquí, pues, que hemos encontrado sin advertirlo la explicacion del gran suceso. Cierta lenguaje interior, un dulce encanto, una atraccion suave del corazon del hombre, tales son los resortes que han causado todo el efecto: solo esa divina atraccion interior ha podido hacer que sonase tan dulcemente al oido de tantos hombres la voz de los Apóstoles; solo ella ha podido despegar al hombre de sus lazos, resolverle á vencer todos los obstáculos, todas las tendencias de la naturaleza, á llevar la sonrisa en los labios ante la ira de los soberanos, el desprecio de los hombres ante el horror mismo de una muerte sangrienta y cruel; solo ella ha podido abatir el orgullo de los poderosos, la ostencion de los filósofos, la

fuerza de los reyes, y poner la tierra á los piés de Jesucristo. Sin ella hubiera sido imposible la conversion del mundo: así lo hemos visto; la voz de unos cuantos hombres oscuros no era proporcionada á la exigencia de cosas tan elevadas, y de tan grandes sacrificios: las distinguidas cualidades de los Apóstoles pueden ilustrar al hombre á despecho de él mismo, pero no son bastante enérgicas para quebrantar todos los impedimentos, y modificar el corazon del hombre. El lenguaje íntimo, la suave influencia de Aquel que de derecho domina en los corazones, todo lo dulcifica, todo lo resuelve, lo consume todo. Ved ahí el complemento de esta gran revolucion: observémosla en sus principios, en sus medios, en su fin, siempre es admirable; parangonémosla sin temor con todas las revoluciones, y la hallaremos incomparable; y si la impostura quisiese asemejarse á ella, ella con el esplendor de la verdad la arrancaría el velo, y la disiparía<sup>1</sup>.

§ IX. — *Armonía y concordancia de todo lo dicho.*

Al recorrer estas mis reflexiones, las comparo á las anteriores ideas, y las encuentro tan conexas unas con otras, que se hace del todo evidente la armonía, la identidad de sus principios.

¿Quién ha podido abrir en la sucesion de los siglos tantos y tan diversos caminos?

¿Quién ha podido dirigir y disponer desde el principio tantas y tan diversas cosas, si no es aquel que domina en todos los siglos, en todas las circunstancias, y en todos los corazones? ¿Quién ha consumado la grande obra sino el que la comenzó? Dios, que vió la caída, la degradacion del hombre, empezó ya desde entonces la obra de su restablecimiento. ¿Quién, sino Dios, podia llamarse autor de este orden de cosas, y ordenador de esa cadena de acontecimientos? ¿Quién, sino Él, podia anunciarlas, muchos siglos antes, á una nacion? ¿Temerémos acaso la mano y la fuerza de algun ser intermedio entre Dios y el hombre? ¿Ó dirémos que el hombre puede haber sido engañado? No por cierto. Un ser bue-

<sup>1</sup> Observemos atentamente todas las mas grandes revoluciones de la tierra, entremos en sus mas profundos secretos, y descubriremos en todas el interés personal, no solo de los que las han promovido, sino que tambien de los que las han favorecido y abrazado: no hallaremos una que no se haya acomodado al genio sensible y placer presente del hombre.

no no engaña á una criatura de Dios: un ser perverso, aun cuando quisiese y pudiese, nunca dirige al hombre á la virtud, que él aborrece; no toma nunca por objeto el ilustrar al hombre, el mejorarle; no busca la felicidad del hombre, su union con Dios, verdadero objeto y fin del espíritu de Jesucristo. Ese fin, ese efecto no lo alcanzaria aquel, porque no tiene los medios necesarios; ni lo querria, porque es perverso; y hé aquí destruida la última trinchera de la incredulidad.

Aquí dejo yo, pues, á los enemigos de Jesucristo entregados á las mas serias reflexiones acerca la expectacion, el nacimiento, la vida, la muerte y la resurreccion de aquel grande Hombre; les dejo observando la debilidad de la infancia, lo desproporcionado de los medios, el afortunado desenlace de la mas grande de las revoluciones; déjoles á merced de sus propias luces, de su sinceridad y candor, y me vuelvo hácia vosotros, infelices restos del disperso Israel; á tí, ¡oh desolada y triste hija de Sion! dirijo mi voz: vosotros que algun día fuisteis la querida fuente de mi ilustracion, tierno objeto de complacencia para mi corazon; ¡cómo me conmoveis ahora con vuestro dolor y con vuestras lágrimas! ¿Cómo es que en la época en que esperábais el engrandecimiento de vuestra nacion, la magnificencia, el esplendor visible del mas grande de vuestros reyes, os habeis hallado inesperadamente bajo las cadenas de vuestros enemigos, y rodeados de desastres y desolacion? ¡Oh Dios! ¡qué catástrofe para un pueblo el mas antiguo, el mas privilegiado, y el mas respetable de la tierra; para un pueblo, que gozaba de una seguridad infalible acerca la venida del Deseado de las naciones, de sus glorias y grandeza, y del dominio que debia ejercer en toda la extension del mundo! Sin embargo, ¡oh casa de Judá! no debia faltarte el cetro, ni debias quedar sin un jefe de tu propia sangre hasta la venida de Aquel á quien esperaban todas las gentes; y sin embargo, tú estás viendo, ¡oh casa de Judá! que has perdido toda soberania, que desolada y esclava andas errante entre las naciones, y ya no ejerces como antes sobre tus hijos tus derechos. ¿Dónde están aquellos Profetas que tantas veces te prometieron tu próxima libertad? Y tu santuario, tu templo, al cual habia de descender el *Dominador que tú buscas*, y el *Ángel del Testamento* que deseas, y reconocerlo por suyo; y que el *Deseado de todas las gentes debia llenar con su gloria*, ha corrido igual suerte que la gran Ciudad, y en el universal estrago

ha quedado bañado en sangre y reducido á un monton de ruinas. ¿Te han engañado por ventura tus Profetas? No puede caber en tu entendimiento semejante idea; pregunta á tus padres cuál fue siempre su veracidad, y te asegurarán que si en tantos hechos que se referian á la suerte futura de la nacion nunca mintieron los Profetas, mucho menos debieron engañarte en el asunto mas grande é interesante, acerca el cual te hablan todos uniformemente. ¿Habrá venido, pues, el que se te prometió que vendria? ¿habrá venido en los días del visible decaimiento de tu soberanía? ¿habrá descendido á tu templo y llenádolo de gloria con su presencia? ¡Ah! te obstinas todavía en esperarle. Pero ¿aquel que se esperaba no es Jesús? ¿No es Jesús, reconocido como tal por cierto número de tus hijos; Jesús, que segun confesion tuya, tenia algo de extraordinario y maravilloso; Jesús, condenado por tí á muerte en una cruz; Jesús que se dice resucitado? Y ¿cómo no es Jesús el esperado de las gentes? Escúchame, ó casa de Israel, enjuga por un momento tus lágrimas; óyeme, pueblo querido: ¿por qué no es Jesús aquel á quien tú esperabas? Me contestas, que Jesús no ha rehabilitado vuestra nacion, no ha sujetado á su imperio reyes, pueblos y naciones: Jesús ha anunciado una nueva ley, ha formado un nuevo orden de cosas. Jesús ha pretendido darse á conocer como Dios. Jesús es un hombre crucificado: y estos no son los caractéres que nosotros esperamos.

¿Quién os lo ha dicho? os contestaré yo. Jesús no ha restablecido vuestra nacion en el sentido que lo tomáis vosotros; ello es cierto; mas acordaos de que ahora sois vosotros aquel pueblo del cual se dijo á vuestros padres, de parte de Dios, *que era su pueblo, pero que no seria ya mas su pueblo*; y que de ese pueblo sois vosotros descendientes. (*Osee*, 1, 11). Jesús no ha sujetado á su imperio los reyes, los pueblos, las naciones,... mas, ¿de qué clase de sujecion hablais? ¿Quereis que vuestro Mesías sea un conquistador, un soberano universal? Consultad vuestras propias necesidades; ¿seréis vosotros mas felices en un estado tan luminoso, y bajo un imperio tan vasto? ¿Hubieran ensalzado de tal modo vuestros Patriarcas y Profetas, aquellos hombres todos de Dios, hubieran saludado de léjos con ansia esos días de esplendor y grandeza, si solo se hubiese tratado de una grandeza, de un esplendor temporal y fugaz? Considerad atentamente vuestros ritos, las ceremonias de vuestra religion, ritos y ceremonias que de par-

te de Dios se os han señalado sin que conozcais los motivos; ¿no descubris en ellos los emblemas, la imágen de Jesús? Hé ahí, pues, el primer brillante rasgo de su gloria. Tended ahora la vista por los pueblos y naciones que llenan la tierra, de los cuales se dijo (*Isai.*, II, XVII) : *Que destruirian sus ídolos y altares que se convertirian á su Criador, al santo de Israel, que verian la gloria de Dios, y ensalzarian su nombre, que aceptarían la ley del Señor, la palabra divina salida de Jerusalem.* (*Psalm.* XXI, LXXXV; *Isai.*, II, LXVI; *Mich.*, IV). Estos, á la voz de Jesús, quiebran sus ídolos, reconocen á su Criador, glorifican su nombre, escuchan dócilmente la palabra salida de Jerusalem, y se apresuran á dirigirse al monte del Señor por los caminos de la virtud, ensalzando en todo tiempo, bendiciendo en todas partes el nombre adorable de Jesús. Jesús es reconocido en toda la tierra, y bendecido de todas las naciones; la ley de Jesús se extiende, y es recibida de una á otra extremidad de la tierra. Ved ahí la majestad, el esplendor, la gloria de vuestro Mesías, vedla ahí en toda su plenitud en Jesús; comparadla con lo que vosotros deseais; ¿qué alcanzaríais con estar sujetos á un monarca poderoso? ¿Se satisfacen con esto las necesidades del hombre? El hombre necesita uno que le dé á conocer cuál es su ser, que le instruya acerca sus deberes, le dirija á la virtud, renueve su corazon, le restablezca en su dignidad, y en cierto modo en sus derechos; tal es el objeto de Jesús, vedlo claramente en los hombres.

Jesús ha anunciado una nueva ley; y ha abolido vuestras leyes políticas, porque no se adaptaban á todas las naciones, que habian de ser coherederas de las promesas y bendiciones del Señor. Jesús ha anulado vuestras leyes en las ceremonias y ritos, porque ya se ha cumplido lo que en su esencia ellos anunciaban. Pero, ¿os ha quitado Jesús vuestras leyes morales, vuestro Decálogo? No; antes bien quiere que se observe en toda su plenitud, en toda su sublimidad.

Jesús ha establecido un nuevo órden de cosas, ello es cierto; mas acordaos del *nuevo pacto* de la *nueva alianza*, que tantas veces se os ha prometido por vuestros Profetas: no ya aquel pacto y alianza que hizo Dios con vuestros padres, cuando los sacó de Egipto (*Jerem.*, XXXI; *Isai.*, XLII, XLIX, LV); sino *alianza y pacto de salud, de luz para las naciones, y de ley para el corazon.*

Jesús ha pretendido darse á conocer como Dios, es verdad;

mas nunca Jesús ha querido presentar su humanidad como naturaleza divina; Él ha dicho que es hombre, verdadero hermano de los hombres, pero que tiene otro origen, es el verbo de Dios, igual á Dios; Dios asumió al hombre, y hé aquí como el hombre es Dios. Jesús es, pues, *aquella sabiduría concebida antes del tiempo en el seno de Dios* (Prov., VIII), *el es aquel hijo de Dios*, cuyo nombre se os pregunta (Prov., XXX), es aquel que fue engendrado en el esplendor de los santos *antes de la Aurora*, es aquel Señor á quien el Señor dijo: Siéntate á mi derecha (Psalm. CIX). Mas, ¿qué pensáis vosotros de vuestro Deseado? ¿No es acaso aquel que se llama el Santo de los Santos, cuyo nacimiento es desde los días de la eternidad (*Mich.*, V), cuyo nombre es antes que el sol? (*Psalmus LXXI*).

Jesús es un hombre crucificado: hé ahí el motivo de vuestro escándalo, y la fuente de nuestro consuelo; el Hombre-Dios ha prestado por el hombre á Dios un homenaje digno del mismo Dios, ha reconciliado al hombre con su Criador; eso es lo que vosotros no advertís ni aceptáis, á pesar de que vuestros Profetas os hablan tan claramente de las penas, de las tribulaciones, de la muerte voluntaria de vuestro Mesías; y si lo representan poderoso y grande, Señor de los pueblos y naciones, le llaman también *varón de dolores*, le presentan *como el último de los hombres, cuyo rostro está escondido y despreciado; como oveja es llevado al matadero, enmudece, y no abre su boca; llagado por vuestras iniquidades, cargado con vuestras debilidades y dolores, nos salvará á nosotros con sus penas, será muerto, se borrarán las iniquidades, y con Él tendrá cumplimiento la profecía*. (*Isai.*, LIII; *Dan.* IX). ¿No es este el verdadero retrato de Jesús? Pero pasemos mas adelante: reflexionad sobre vuestros ritos, vuestros sacrificios; ¿por qué creéis que Dios se aplaca, y perdona al hombre á la vista de la sangre de las ovejas, de los toros, de las cabras, de los carneros? ¿Cómo se aviene semejante cosa con la idea elevada que teneis del Criador? ¿Se complace Dios acaso en los agradables perfumes de la carne á medio quemar? ¡Oh! levantad mas vuestras ideas. El sangriento holocausto de vuestros animales, que de vosotros pasó á todos los pueblos de la tierra, no pudo ser ordenado por Dios sino para que representara la muerte sangrienta, el agradable holocausto, que voluntariamente debia hacer de si mismo un Hombre-Dios para la expiación de nuestros pecados, para la redencion del hombre. Este



es el solo medio por el cual todo bien para el hombre viene de Dios, y todo el bien del hombre sube agradablemente hasta Dios. Y ¿aquellas tan frecuentes lustraciones y libaciones de la sangre del animal sacrificado; y aquel animal sobre el que se os mandó cargar todas las iniquidades de Israel? (*Levit.*, xvi) ¿Por qué no abris los ojos? ¿Cómo no veis en estos ritos á Jesús que ha cargado con todas las culpas, con las iniquidades del género humano? ¿La sangre de Jesús que ha lavado saludablemente á todos los hombres? ¿Tendré que dar lecciones yo á un pueblo del cual he adquirido tantos conocimientos, y recibido tantas luces? ¡Oh verdad amable, cuánto poder tienes sobre mi corazon! Vuelvo yo á levantar mi voz, y digo: Considerad, ó hombres, la grandeza y la humildad de aquel á quien esperais, y comparadlas con la grandeza y la humildad de Jesús; cotejad la época, la patria, la familia de aquel con la época, la patria y la familia de este; reparad en el fin, en el objeto del uno, y los hallaréis iguales al fin, al objeto del otro; mirad el estado y las condiciones del pueblo que *le hubiese negado* (*Dan.*, ix), y luego contemplad vuestra situacion, vuestro estado presente: ¡oh infelices restos del disperso Israel! rasgad el denso velo que os cubre los ojos, y abrid vuestro corazon á las dulces influencias de la voz de Dios <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Es un hecho indudable, segun confesion de los mismos gentiles y judíos, que en la general dispersion de estos hay algo de extraordinario y maravilloso. Basta ver solamente lo que nos han dejado escrito los historiadores de aquellos tiempos, y especialmente Cornelio Tácito en el libro V de *Las Historias*, y Flavio Josefo en el VII de la *Guerra judáica*. Puede verse tambien el *Talmud*, que señala minuciosamente hechos y circunstancias dignos de oportunas reflexiones.

Conviene advertir á mas, que en el total exterminio de Jerusalem no se vió perecer á ninguno de los secuaces de Jesús, que antes de él se hallaban en gran número en esa ciudad; y que aun se sabe por una antiquísima tradicion registrada en nuestras historias, que acordándose todos de la prediccion de su Maestro, á las primeras señales se retiraron á Pella, ciudad situada en un país montuoso, al otro lado del Jordan en los confines de la Judea y de la Arabia, cuya prediccion de Jesús, en decir de un escritor pagano, fue recordada en un modo amenazante á los hebreos por los santos apóstoles Pedro y Pablo antes de ser llevados al suplicio. (*Flegon, Olimp.* lib. XIII; *Orig. cont. Cels.* lib. II).

## CAPÍTULO III.

### NUEVO ASPECTO DEL CUADRO.

#### § I. — *Establecimiento del Cristianismo.*

Destruida la capital, dispersos los miserables restos del pueblo predilecto, vamos á fijar atentamente nuestra vista en otro pueblo que se levanta y se forma en todas las partes del mundo, y á ver como entregándose con todo afecto á los homenajes y adoraciones de su hasta ahora desconocido Criador, se reviste de un carácter propio y del todo particular; yo descubro en todos sus individuos cierta suavidad de espíritu, que se pinta en sus semblantes unida á la calma propia tan solo de un corazón inocente; y en su mayor número descubro cierto alejamiento y desprecio de todo cuanto ellos creen que no conduce á Dios; y encuentro en ellos, por otra parte, un amor mútuo, una caridad tal, que forma una especie de comunidad de bienes de fortuna. Sus conversaciones están llenas de alabanzas de la misericordia del Señor: todo es allí consuelo, amor, paz; y ellos, que saben cuán odiados son del resto de los hombres, se animan mútuamente, y conservan, unida á ciertas miras prudentes, una verdadera impavidez que se revela en su exterior á aquellos que tienen bastante atención y perspicacia para observarlos. Volviendo la vista hácia otro lado, veo que se celebran asambleas y consejos, y se trabaja con mas seriedad que antes en quitar del medio, en destruir todo este pueblo; todos forman su proyecto; uno propone las amenazas, otro la suavidad, este el desprecio y la burla, aquel, por último, la prueba de los mas acerbos tormentos. Los príncipes, los sacerdotes, los filósofos, el pueblo, todo se conjura contra el Cristianismo; cada uno, segun las fuerzas y medios de que dispone, procura perseguir á los sécnaces de Jesús. Y sin embargo, yo observo que léjos de disminuirse su número, se aumenta rápidamente. Descubro allá una turba de judíos que poco á poco va creciendo, levanta la voz, y hace resonar toda la Judea con el anuncio de la venida del Me-

sias al mundo (Barcochab); de todos lugares vienen á agruparse los miserables despojos de la ira romana, se robustecen, y engraidos por una que otra victoria, preparan ya las cadenas á toda la tierra. Mas ya estoy viendo como la misma fuerza que deshizo y dispersó no há mucho á la nacion entera, la misma fuerza de los romanos viene á desvanecer la lisonjera esperanza de las mediatadas victorias. En efecto, los hebreos, los tristes restos de este pueblo, desesperados y derramando sangre huyen de la ira del vencedor, que, sin dar cuartel, hace de ellos un estrago y un escarmiento, y ellos detestan al fin al impostor que los ha seducido, y se complacen en verle victima de su propia falsedad; pero ni aun por eso se vuelven á Jesús, antes bien su furor se aumenta, y aunque mucho mas faltos de fuerzas, tienen gran ánimo y malignidad para dañar á los Cristianos. Todavía esperan ellos á su Mesías conquistador, y esta esperanza les enjuga las lágrimas, y les consuela en medio del deplorable conjunto de sus miserias... Pero entre tanto, los seguidores del Crucificado en nada han mejorado de condicion; veo que el orgullo de sus enemigos se ha hecho mas fiero por las victorias sobre los hebreos, y se desencadena contra ellos; se busca por todos los medios el quitarlos de la tierra, desterrar su nombre; y como ni los halagos, ni las promesas, ni los premios, ni los mas sensibles atractivos tienen poder sobre sus corazones, todo se colma al fin de amarguras y de furor. En todas partes no se ve mas que un espectáculo de crueldad y de barbarie. Los mismos padres, venciendo el afecto natural, y sofocando el instinto, no contentos con insultar á sus callados y pacientes hijos, los arrojan de su presencia, les conducen á la mendicidad, á la desgracia, y acaso les arrancan la vida que ellos mismos les dieron. La naturaleza se estremece. Por igual causa los hijos atentan contra la vida de sus padres, y levantan el cuchillo homicida sobre el seno mismo de la infortunada madre que les dió el ser. El pueblo grita furibundo en las ciudades que quede abolido el Cristianismo. En cualquier infortunio, en cualquier desgracia, en cualquier suceso natural que no sea del gusto de la multitud, resuena por todos lados la voz de: *Los Cristianos á los tormentos, á las fieras, á la muerte*; pero yo veo que en tan universal desastre jamás pierden estos el valor: el uno va en busca del otro, y mutuamente se dan consuelos y se animan; el amigo abraza con ternura al amigo, el hijo infunde valor al padre,

las madres mismas apagan el llanto de sus tiernas hijas, y les señalan el cielo. Los ministros del santuario, los sucesores de los Apóstoles son los mas activos, los mas intrépidos: yo les observo en todas las ciudades y provincias encomendadas especialmente á su vigilancia, volar ahora á un punto ahora á otro para socorrer la timidez, acrecentar el valor, prodigar consuelos, y llenar de gozo á sus hijos; ellos les preceden con su ejemplo, entregan generosamente sus miembros á los tormentos, y su cabeza á la espada. De lo mas oculto de las casas paternas se arranca violentamente á las temerosas y púdicas vírgenes, y hasta las niñas de la mas tierna edad, en cuyos rosados semblantes se lee la inocencia: yo las veo con admiracion ante los jueces, revestidas de una constante firmeza, llenas de celestial sabiduria, contentas en medio de los dolores y los tormentos, hasta mostrarse festivas y risueñas. Veo á los jóvenes robustos gozar en los tormentos, complacerse en su propia fortaleza; y decadentes ancianos, que ofrecen con débil voz el resto de una vida respetable, y se glorian de regar con sangre sus canas. Algunos, sin embargo, no résisten á los halagos y ofertas, otros ceden vilmente á los primeros tormentos, y renuncian solemnemente á Jesucristo; pero estos son muy pocos en comparacion de los demás; y aun muchos de estos, ocultándose timidamente á los ojos de sus compañeros, lloran en silencio su falta; y no pocos, arrepintiéndose de su propia vileza, se presentan espontáneamente á los tiranos, se retractan de su error, y mueren con mas valor, con mayor firmeza que ninguno; otros con el semblante enrojecido por la vergüenza se postran ante aquellos que padecieron ó están padeciendo por Jesucristo; doblan ante ellos la rodilla, lánvanles los piés con sus lágrimas, y les suplican que alcancen para ellos no solo el perdon de Dios, sino tambien el ósculo de paz de sus hermanos. Mas, observo que las súplicas de estos son recibidas con una saludable severidad, aunque con una dulzura que no les quita del todo la esperanza. Pásanse los años: y si cede en un punto el furor de las persecuciones, es para acrecentarse en otro: yo estoy viendo que se cambian los gobiernos, se mudan los soberanos, y á pesar de esto goza la Iglesia largas épocas de una paz casi universal; pero observo que en medio de la calma exterior algunos falsos hermanos por su atrevimiento, ó por un sistema de vida opuesto al espíritu de Jesucristo, se levantan contra los demás, y causan mayor disgusto á los verdade-

ros seguidores de Jesús. Dividense aquellos en varios partidos; y aunque discordes todos entre sí, todos están unidos para separarse del centro de unidad de la Iglesia: mas, la severidad, que es inflexible para estos, se dulcifica para aquellos á quienes hemos visto renunciar á Jesús por solo temor, y que por largo tiempo lloran su falta, y renuevan su comunicacion y la paz con la Iglesia; á algunos de ellos veo ya en los vestibulos de los lugares de oracion postrados en tierra, esparcidos sus cabellos, implorar piedad y misericordia: y contemplo á otros marcharse llenos de tristeza y pesadumbre, porque no se les permite asistir como antes al mas augusto de los misterios. Es un espectáculo que conmueve el alma el que ofrece su nuevo género de vida, las penitencias, las austeridades, los gemidos, el llanto, aquella poca compasion de sí mismos. Pasemos á otro punto: la Iglesia ha gozado ya bastante paz: renuévase con mas resolucion y violencia las persecuciones; pero los Cristianos son siempre los mismos, su firmeza se aumenta todavía. Algunos de aquellos que una vez faltaron, arrepentidos ahora consuman generosamente su sacrificio. Lo que mas digno de atencion me parece es que, solamente la *Iglesia verdadera ó principal* es objeto del furor de los idólatras. Las sectas separadas de aquella gozan comunmente de paz. Los Cristianos, cuanto mas perseguidos son, cuanto mas estrago se hace en ellos, tanto mas suben en número por la adquisicion de nuevos prosélitos: ... hácese algunas conversiones repentinas: algunos de improviso desprecian sus bienes, sus riquezas, huyen de sus parientes y amigos, y van á ser pobres y olvidados: allá veo oficiales distinguidos deponer á los piés del soberano sus condecoraciones militares, y declararse impávidamente discípulos de Jesús: en algunos lugares los jueces bajan de sus sillas, y protestan que quieren entrar en el número de los perseguidos Cristianos, y luego se les ve entregar con serenidad y presencia de espíritu su cabeza al hacha de aquellos verdugos, que algún dia estuvieron á merced de su voluntad, y ahora pálidos y trémulos descargan el golpe; y algunos de estos mismos, salpicados de sangre cristiana, como si los revistiera una fuerza superior, besan de repente los ensangrentados vestidos, desean, buscan y consiguen la suerte que hicieron ellos sufrir á los secuaces de Jesús. Ante tales sucesos, atúrdense los príncipes de la tierra, los soberanos quedan atónitos y estupefactos. Una fortaleza tan maravillosa, y tan fecunda en increi-

bles efectos, llega ya á desalentar al pueblo. Y ¿ qué hacen los filósofos? Los filósofos, que habian metido gran ruido hasta ahora con sus incesantes burlas de la humildad cristiana, toman al fin resueltamente la pluma, y creen ya digna de su sutileza y de sus raciocinios una cosa que antes tenian por despreciable y ridícula: sus escuelas, sus partidos, su fama son imponentes por cierto, y causan alguna impresion; pero ya veo que algunos entre los tiranizados y perseguidos Cristianos toman ánimo, levantan su voz, impugnan los escritos, descubren su nombre, y contestan, segun ellos dicen, á las falsedades, calumnias, incoherencias y sofismas de sus orgullosos enemigos... Pásanse los años... Algunas circunstancias locales mudan de aspecto; y la Iglesia se encuentra aquí en medio de la crueldad de persecuciones pasajeras; allí entre las disputas de los sofistas; ahora con un momento de paz, y luego rodeada de las amarguras que la ocasionan sus falsos hijos, hasta que se presenta el soberano mas grande del mundo (Constantino) á dar la paz al Cristianismo, haciéndose él mismo cristiano. Hé aquí una época memorable... La Iglesia no sufre mas que en los lejanos confines á donde se extiende: en todos los lugares á donde se extiende el vasto dominio de este Emperador la Iglesia vive segura, y las sillas apostólicas están en paz: todos los fieles, desde Oriente á Occidente, concurren al centro de unidad, á la Iglesia romana. Pero ese descanso dura poco: aparece un corto número de hombres con opiniones nuevas, que seducen á muchos cristianos: el mal va tomando creces; las principales dignidades de la Iglesia se declaran contra estas novedades, y condenan con indignacion estos errores, que ellas llaman escandalosos é impíos; pero no bastando nada de esto, trátase de tomar una resolucion formal. Ya veo á las cabezas de las iglesias particulares, á los Obispos, ponerse en movimiento, y acudir de todas partes hácia un lugar determinado. En Nicea, con la fuerza é infalibilidad que dicen prometió Jesucristo á sus reuniones, condenan formalmente, de acuerdo con el supremo Pontífice, la nueva doctrina, y separan de su comunión á los autores y secuaces de ella. Apenas queda remediada esta profunda herida de la Iglesia, cuando aparece sobre el trono mas grande de la tierra un apóstata (Juliano) de la religion de Jesucristo, que, emprendiendo de nuevo la destruccion del Cristianismo con mayor resolucion que otro alguno, y dotado de un ingenio perspicaz, llama en su ayuda

muchos hombres de talento y elevadas condiciones; quiere devolver su esplendor á la idolatría, y procura transformarla y embellecer su doctrina. La base de su sistema es el orgullo: y por eso con toda oportunidad se vale de ciertos puntos de honor para seducir á los fieles de Jesucristo: sabe prometer, y hasta rogar sin rebajarse; hace uso, aunque con medida, de las amenazas y de los tormentos, y finalmente, sabe poner en juego la discordia, las divisiones intestinas. Abre valerosamente los ya olvidados templos de los ídolos, y llama á todos sus súbditos á la antigua religion de sus padres. Y no para aquí su atrevimiento: quiere descubrir con claridad lo que él llama impostura de Jesucristo; y sabiendo que este predijo á los hebreos la ruina de su nacion, y la destruccion permanente é irremediable de su templo, intenta presentar esta profecía á los Cristianos, que jamás han dudado de ella, como una falsedad. Ved ahí á la nacion hebrea levantada de su envilecimiento por el mas grande de los emperadores; á Jerusalem poco tiempo despues reedificada en cierto modo en su antigua situacion con el nombre de Elia, Jerusalem, en la cual por orden del Soberano no debia sentar ya mas el pié ninguno de este pueblo, vedla poblada de hebreos. Estos corren de un lado á otro alegres y contentos, haciendo burla de la credulidad de los Cristianos, y se entregan con ardor á la reedificacion de su gran templo: ya todo está dispuesto, y no se ha visto otra nacion mas entusiasta que esta. Ved á los trabajadores destruyendo los antiguos restos, sin dejar piedra sobre piedra, tratando ya de echar nuevos cimientos. En tal situacion quedan sorprendidos todos los cristianos de Jerusalem; pero su fe no vacila, y aseguran firmemente que los intentos del Apóstata son vanos, que son inútiles los esfuerzos de los hebreos, los cuales quedarán para siempre sin templo, porque nunca lograrán reedificarlo. En efecto, llama mi atencion un hecho maravilloso. Empiezan á brotar de la tierra globos de fuego, que destruyen los trabajos, y reducen á cenizas á los trabajadores: horribles sacudimientos del terreno impiden repetidas veces la obstinada continuacion de la empresa; pero todavia no mengua la tenacidad de los hebreos. Un viento de un ímpetu prodigioso arrebata los materiales amontonados; y el fuego sigue devorando los instrumentos para la obra, y hasta los mismos hombres. El signo de la Cruz aparece resplandeciente por el aire, y, lo que parece increíble, en los vestidos de los atónitos circunstantes se

pinta de un modo indeleble el signo de salvacion, la cruz. Los hebreos, al fin, abandonan desesperadamente su obra: la nacion, aunque secundada y animada por el Apóstata, se humilla y se desanima; pero persistiendo en su ceguedad, vuelve á su antigua degradacion y miseria. El Cristianismo perseguido, pero tan visiblemente apoyado por el cielo, conquista nuevos secuaces, y se propaga. La idolatría, á pesar de cuanto se la favorece y protege, decae rápidamente. La muerte del Soberano da la paz á la Iglesia, y forma en cierto modo el triunfo mas completo de la religion de Jesucristo <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Todos los monumentos históricos de los primeros cuatro siglos de la Iglesia dan unánime fe de la autenticidad de este cuadro. Aunque esté al alcance de todos no crey poder dispensarme de advertir cuáles sean las fuentes de donde he sacado ciertas noticias que podrian parecer á algunos poco dignas de crédito.

Tocante al centro de unidad que se ha observado en la Iglesia de Jesucristo, lo he visto señalado no solo en todos los escritores eclesiásticos de aquellos siglos, sino tambien en muchos de los paganos, de los que voy á citar algunos ejemplos: Celso con el nombre de *grande Iglesia* distinguía á la verdadera de cualquiera otra secta que se hubiese separado del tronco, del todo universal. (*Orig.* lib. V). Aureliano, emperador, adjudicaba la *causa de la Iglesia* exclusivamente á aquellos cristianos que estaban en comunión con los *obispos de Italia, y con el de Roma.* (Eusebio, *Historia eclesiást.* lib. VII, cap. 30. Véase tambien á Bossuet, *Dis. sobre la historia universal*). Ammiano Marcelino (lib. XV), hablando de la condenacion de san Atanasio, dice claramente que el emperador Constancio hacia cuantos esfuerzos eran imaginables para que *fuese confirmada por la autoridad que tienen sobre los demás los Obispos de la Ciudad eterna*, es decir, de Roma. Que la gran Iglesia católica fuese el único objeto y blanco de las persecuciones lo sabemos por Orígenes (*lib. V contra Cels.*) entre otros; y por Justino el Filósofo (*Apolog. 2*). Estos lo testifican irrefragablemente á la presencia de los mismos perseguidores. Y por lo que se refiere al maravilloso impedimento, al obstáculo prodigioso que tuvo la empresa de reedificar el templo, que no debía ser reedificado jamás, encuentro una multitud de respetables escritores que hablan de él con toda minuciosidad y fuerza de racionio; Teodoro, Sócrates, Sozomeno, Rufino, y lo que es mas, san Gregorio Nacianceno (*orat. 4*), san Ambrosio (*epist. XL*), san Juan Crisóstomo (*orat. 2 in judaeos; homilia IV in Matth.*), tres autores casi contemporáneos que vivían casi en aquellos tiempos, el primero en Capadocia, el segundo en Italia, el último en Siria. Y aun sobre estos tengo el testimonio y las palabras mismas de un escritor exacto y verídico, pagano de religion, amigo, admirador y oficial de aquel Juliano, que favorecia tanto la citada empresa, y es el mismo Ammiano Marcelino. En su historia, que publicó desde el tiempo de Neron hasta la muerte de Valente, nos ha dejado para nuestro objeto estas memorables palabras: « Cuando Alipio ayudado por el gobernador de la provincia



§ II. — *Reflexiones acerca los obstáculos opuestos al establecimiento del Cristianismo. — La corrupcion de la naturaleza humana se opone al establecimiento del Cristianismo.*

Creo conveniente no pasar adelante hasta exponer algunas reflexiones acerca los hechos observados hace poco. ¿Por qué los príncipes, los filósofos y el pueblo se conjuran tan resueltamente y con tanta obstinacion contra la multitud siempre creciente de los que siguen el Cristianismo? ¿Cuál es el móvil de la fuerza, de la generalidad, y de la duracion de las persecuciones? Y por otra parte, ¿cómo explicaremos la firmeza, la constancia de los Cristianos, y su admirable adhesion á Jesús? ¿Cómo no ha podido ser arrancado jamás del corazon del hombre el espíritu de Jesús por todas las influencias de la tierra? Observando atentamente fundo yo mis reflexiones en el incontrastable principio de que «ningun hombre obra, ni puede obrar, sino á la vista de algun interés.» Y ¿qué interés podia mover á los príncipes, en cualidad de príncipes, á sostener la fiera y constante persecucion contra el Cristianismo? ¿Eran, por ventura, los Cristianos gente facinerosa y cargada de delitos para que debiese descargarse sobre ellos la espada de la justicia? No por cierto: y de ello tenemos incontrastables testimonios hasta de sus propios enemigos. ¿Eran ellos acaso sediciosos y rebeldes á las autoridades de la tierra? En ninguna de las sediciones, motines y conjuraciones, tan frecuentes en aquellos tiempos, se ve mezclado ni á un solo cristiano; así es que, por confesion de sus mismos perseguidores, sabemos que en cuanto se refiere al gobierno exterior, eran los Cristianos los súbditos mas obedientes y fieles. Luego, los príncipes no pueden haber tenido motivo alguno constante para perseguir tan fieramente al Cristianismo. Pasemos mas adelante. Aunque algunos hombres, que se preciaban de razonadores, y se llamaban filósofos, tuviesen algun motivo de queja contra el Cristianismo, porque el Cristianismo en muchas cosas no iba acorde con sus ideas, no me parece que esto sea una razon tan poderosa para alarmarse á tal extremo, cuando

«activaba vivamente la obra, levantáronse terribles globos de fuego de los ci-  
«mientos, sacudidos por fuertes terremotos, que redujeron á cenizas á los  
«operarios, é hicieron el lugar inaccesible. Descargándose de este modo el  
«elemento, aun con mayor obstinacion, cesó la empresa.»

tantos otros se llamaban tambien sábios, y eran tantas entre los mismos filósofos las escuelas que se hacian la guerra, y miraban mutuamente sus teorías como ridiculeces y locuras; sin que, á pesar de la contrariedad de sus opiniones, dejasen de mostrarse mutuamente placenteros y alegres. Por lo tanto, no se encuentra el verdadero motivo que podia animar á los filósofos á la persecucion de los Cristianos. Y el pueblo, ¿ en qué podia quejarse del Cristianismo? ¿ Qué podian intentar los Cristianos contra los derechos ó contra las costumbres del pueblo? Su posicion no les facilitaba aconsejar cosa alguna á los soberanos ni en provecho ni en daño de los súbditos, ni dependia de los Cristianos la dicha ó la desgracia de los demás hombres; antes bien, de la caridad propia del espíritu de Jesucristo emanaban copiosos auxilios y abundantes limosnas. Este argumento tiene mucha fuerza; pero es fácil de notar que el saber que todos los secuaces de Jesucristo tenian á los demás hombres por ciegos é impíos, no pudo menos que ser un poderoso incentivo para las persecuciones; bien que, atendiendo al carácter y á la duracion de ellas, no puedo descubrir yo una causa *proporcionada* á tan constante y general efecto, pues es sabido que los gentiles tambien compadecian á los Cristianos como espíritus débiles, y de igual concepto gozaban los mismos hebreos sin ser por eso perseguidos, sino aun considerados como aliados y hermanos. Luego, el pueblo no tenia motivo que le incitase á perseguir tan cruel y constantemente el Cristianismo.

Por lo tanto, si ni los príncipes, ni los filósofos, ni el pueblo, pueden haber tenido un motivo constante para emprender las persecuciones con tanta resolucion, universalidad y perseverancia, acaso lo habrán tenido como á hombres particulares, es decir, por fines intrínsecos, naturales y privados. Observémoslo con atencion. Desde el instante podemos sentar estos dos principios.

La religion de Jesucristo ha de ser odiosa á toda la humanidad, porque su espíritu es el negarse á sí mismo, violentar en todo las inclinaciones naturales, y corregir la corrupcion de la humanidad.

La religion de Jesucristo tiene en sí misma, y en cuanto la rodea ciertos rasgos de verdad, que han de resplandecer necesariamente á los ojos de cualquier hombre, por poco atento y reflexivo que sea.

Sentado esto, se deduce que la religion de Jesucristo es por sí misma odiosa á la humanidad, y por lo mismo debe naturalmente

ser perseguida, considerando cuál es en sí esa religion, y cuáles son en sí los hombres. Hé ahí, pues, como hemos encontrado un motivo intrínseco que pudo producir las persecuciones; un motivo constante é invariable, como es la naturaleza del hombre. La naturaleza, pues, era la que combatía contra el Cristianismo y contra los Cristianos: por eso los príncipes, los filósofos y el pueblo se conjuraron tan resueltamente contra ellos, que cada dia componian mayor número. Pero, si era la naturaleza la que combatía contra el Cristianismo, siendo la naturaleza comun á todos los hombres, habria en la constancia de los seguidores de Jesucristo alguna cosa que combateria en favor del Cristianismo, alguna cosa mas fuerte y de mas poder que la misma naturaleza. Internémonos mas en la materia.

§ III.—*La naturaleza humana fue dominada por algo superior á ella.*

En la naturaleza del hombre no puede hallarse cosa alguna mas fuerte y poderosa que la misma naturaleza. De este principio se deduce la consecuencia de que aquella cosa que es mas fuerte y poderosa que la naturaleza del hombre, ha de ser superior á ella. Apliquémoslo ahora al caso actual. La constante adhesion de los hombres hácia el Cristianismo está en contradiccion con la naturaleza humana, segun queda probado; luego, el impulso, la causa de esta adhesion es por consecuencia mas poderosa y fuerte que la naturaleza del hombre; en esta nada puede haber mas poderoso y fuerte que ella misma, luego la causa y el impulso de la adhesion hácia el Cristianismo es sobrenatural al hombre, y como esa causa sobrenatural se dirige al bien y á la ilustracion del hombre mismo, como luego demostraremos; no puede derivarse sino de aquel de quien procede todo bien, no puede ser mas que una luz, una singular inspiracion de Dios, luego solo por esta puede explicarse la adhesion constante de los hombres hácia el Cristianismo. Á pesar de la exactitud de este raciocinio, cualquiera podría oponer una objecion al principio que yo he sentado, diciendo, que la determinacion obstinada de la libre voluntad del hombre es á veces mas poderosa que toda fuerza ó inclinacion natural; pero se le podría preguntar, de dónde toma origen, en las circunstancias referidas, ese esfuerzo de determinacion, que supera todas las tendencias é inclinaciones de la natu-

raleza; si viene de Dios, el raciocinio mencionado queda en todo su vigor, y si no se deriva de Dios, ese esfuerzo será una aberracion del espíritu, será fanatismo; nada de esto ocurre en el presente caso; luego, la objecion ninguna fuerza tiene contra nuestro raciocinio. No: el fanatismo no tiene lugar en nuestro caso; y ved ahí como lo demuestro: El fanatismo no es otra cosa que una perturbacion de la mente, y por lo mismo jamás es tan universal en un gran pueblo, que abrace todos los lugares, todas las generaciones, todas las edades y todos los siglos. Una universalidad tan completa de fanatismo, ni se ha visto jamás, ni creo que pueda verse. El fanatismo, como perturbacion que es de la mente, no es apto ciertamente á resistir con *constancia* á todas las adversidades prolongadas por el tiempo, á todas las persecuciones, á todos los tormentos; porque la mente, á la sola aprehension de un peligro grande é inminente, á una sensible y dolorosa experiencia, luego vuelve en sí y reconoce su error. Ni menos es compatible con la serenidad de semblante, quietud del corazon y presencia de espíritu. Esto es cosa manifiesta por sí misma. Pues bien. El vigoroso esfuerzo superior á la naturaleza, y la adhesion constante de los secuaces de Jesús al Cristianismo, es de todos los lugares, de todas las generaciones, de todas las edades, de todos los siglos; es el mas á propósito para resistir constantemente á todas las adversidades, persecuciones y tormentos, y va siempre acompañado de la mas grande serenidad de mente, quietud del corazon y presencia de espíritu. Luego, no puede ser un efecto de fanatismo.

Recogiendo, pues, ahora toda la fuerza de estos raciocinios, sale claramente la gran consecuencia, que, *la naturaleza corrompida del hombre combatió el Cristianismo, y la gracia de Jesucristo lo salvó.* Sin la corrupcion de la naturaleza del hombre, el Cristianismo, generalmente hablando, no podia ser perseguido, y no podia salvarse sin la gracia de Jesucristo. La naturaleza corrompida se lanzó contra su remedio con todas sus fuerzas; pero el que enviaba el remedio supo vencer á la naturaleza, y esta, mas que no quisiera, se encontró salvada sin advertirlo.

§ IV. — *Algunas reflexiones mas acerca el mismo asunto.*

Habiéndonos obligado el precedente raciocinio á ser demasiado extensos, nos detendremos muy ligeramete en lo que nos queda que decir acerca el aspecto del cuadro que vamos desenvolviendo.

Todo se reduce á dos solas reflexiones. — 1.<sup>a</sup> La evidente accion de la mano de Dios en el estado actual de los hebreos; — 2.<sup>a</sup> los efectos de las promesas de Jesucristo.

Primera : Dios, que en sus eternos decretos estableció el orden admirable de todas las cosas, que humilla las naciones, levanta los imperios, forma y destruye los pueblos, ha descubierto á veces con hechos marcados alguna determinacion especial de su voluntad. Así es en el presente caso. Este pueblo tan favorecido de Dios anteriormente, este pueblo por su obstinada ceguedad amenazado despues por el mismo Jesús con su total dispersion y ruina, este pueblo es en efecto vencido, sojuzgado y puesto en dispersion por una gran potencia; en lo cual reconocen la mano de Dios hasta los mismos idólatras destructores (Vespasiano y Tito). Este pueblo, despues de haber experimentado por algun tiempo los efectos de la ira celeste, prueba aun levantarse con todo su vigor, y Dios se sirve de la misma potencia (en tiempo de Adriano), para humillarle y envilecerle de nuevo. Mas, para que sus enemigos por su brutalidad é ignorancia no puedan gloriarse de semejante empresa, hace que ellos mismos se junten (en tiempo de Juliano) para levantar otra vez y restablecer aquel pueblo, y no puedan conseguirlo á despecho suyo y de este mismo pueblo. Ved ahí la mano de Dios. Los romanos abaten una nacion, y no pueden realzarla. Los hebreos al intentar restablecerse encuentran el obstáculo de los romanos; los romanos y los hebreos al intentar el restablecimiento de estos, tienen por obstáculo el cielo.

Segunda : Jesucristo profetizó que el templo seria destruido, y nosotros vemos que el vencedor no consiguió salvarlo <sup>1</sup>, como

<sup>1</sup> Un soldado romano cogió algunos tizones ardiendo, y movido de una inspiracion divina, en decir de Josefo, se hizo subir en hombros de los que le rodeaban, y echó el fuego por una ventána al interior del templo, sin que las órdenes, ni la misma presencia de Tito pudiesen contener el progreso de las llamas, y el templo quedó reducido á cenizas.

tampoco consiguió el Apóstata su reedificación. El templo quedó destruido. Y al contrario, Jesucristo prometió que su espíritu, que su religion se establecería sólidamente en la tierra; en vano se opusieron todos los soberanos, todos los filósofos, todos los pueblos de la tierra; la Religion quedó establecida. Aseguró Jesucristo que la idolatría sucumbiría; en vano la sostuvieron los hombres con todas sus fuerzas; la idolatría sucumbió. Lo que Dios quiere que se destruya no puede el hombre conservarlo; lo que Dios quiere conservar, no puede el hombre destruirlo.

Obsérvese bien lo que voy á decir, y esta será la conclusion. Dios antes de usar del favor de los príncipes (de Constantino) para la propagacion del Cristianismo, quiso demostrar que el Cristianismo se establecía sin semejante ayuda, á despecho del poder de los hombres; y para dar á conocer á los mismos príncipes que ni aun la menor parte del engrandecimiento del Cristianismo se debía á ellos, hizo que el Cristianismo y la idolatría se hallasen á su vez en iguales circunstancias, y que el primero quedase siempre victorioso, mientras que esta iba en decadencia.

Contémplese en conclusion este breve cuadro.

La religion de Jesucristo, rechazada y perseguida en todas partes, se establece y se propaga por todos lados.

La religion de Jesucristo favorecida por los reyes, al comenzarse el siglo IV, toma mayor aumento y se engrandece.

La religion de Jesucristo, ferrozmente combatida de nuevo bajo el imperio de Juliano, se mantiene fuerte y vigorosa.

La religion de Jesucristo todo lo abraza, todo lo llama hácia sí.

La idolatría favorecida al mismo tiempo por la naturaleza y sostenida por todos los hombres va menguándose, y decae.

La idolatría en la misma época, por una sencilla prohibicion corre rápidamente á su fin.

En la misma época reúne la idolatría todas sus fuerzas, quiere levantarse, y no puede.

La idolatría se aparta de la vista de los hombres, y queda destruida.

## CAPÍTULO IV.

SIGUE LA DESCRIPCION DEL CUADRO.

### § I.— *Efectos del Cristianismo.*

Volved los ojos al cuadro que ofrece en estos mismos tiempos la Iglesia de Jesucristo extendida por toda la tierra, y gozando casi de paz universal á pesar de la violencia exterior de los perseguidores. Ved como la Iglesia de Jesucristo se halla en la mayor amargura, si atendemos á los errores, á los cismas que en su interior se levantan por el orgullo de falsos hermanos; pero observad tambien que la Iglesia, la *verdadera Iglesia*, no tuerce ni un punto de su acostumbrada marcha en tales circunstancias; ya no reconoce á aquellos por hijos suyos, los rechaza de su seno... Mirad entre tanto las brillantes cualidades de muchos sucesores de los Apóstoles, que hacen respetar la misma Iglesia hasta á sus mayores enemigos... Ved la regularidad del clero, lo elevado de su doctrina; contemplad la constancia, la inflexibilidad de los Obispos en sostener el espíritu del Cristianismo, sus asambleas, sus reglas de disciplina, la uniformidad de sus sentimientos en lo tocante al dogma y á la moral, y la victoria que á despecho de los amaños, artificios y cábalas, se declara al fin en favor de la verdad. Pasemos mas adelante: véase como el espíritu de Jesucristo ha poblado la soledad de los desiertos; los bosques, las breñas escarpadas, las cuevas se han convertido en moradas no ya de hombres salvajes, sino civilizados, y grandes acaso á la faz del mundo. Introduzcámonos en estos solitarios lugares, é indaguemos atentamente. ¿Quién es aquel que sentado encima una piedra, meditabundo y silencioso, levanta los ojos al cielo?... Es aquel hombre de letras y de ingenio, que no há mucho era la admiracion del mundo por su elocuencia, su posicion y sus talentos; pero ¿qué ha venido á hacer aqui? ha venido á hacerse humilde y sencillo por Jesucristo, ha venido á ofrecerse con mas libertad y desahogo todo entero á su Criador; pero ¿cómo

ha podido desprenderse de los honores, y de la estimacion que le prodigaban los demás hombres? Violentándose á sí mismo; ha hallado dificultades, y las ha vencido; ha roto todos los lazos, superado todos los obstáculos, y ha corrido á este lugar con toda la energía de su espíritu. ¿Y aquel otro, postrado de rodillas, pobremente vestido, con aire abatido y mortificado, y triste y dolorido semblante? Es aquel empleado de la corte tan querido y respetado de todos, cuyo afecto y cuyo favor se buscaba con tanto afán. Y ¿cómo ha abandonado los honores, la estimacion, las dignidades, las riquezas, la familia, la patria? Es que, mucho tiempo hacia que cansado de los placeres y bienes de la tierra, se sentía inclinado á este género de vida penitente; y al fin se ha resuelto. Pero, ¿qué ha dicho el mundo? El mundo le ha tenido por loco; y él ha llamado loco al mundo. Y ¿quién es aquel que se oculta en el hueco de una peña, y se guarece bajo la sombra de los árboles? Es el hijo del rey de... Y ¿cómo ha tenido valor para despreciar el esplendor de su destino, abrazando una vida tan austera y penitente?... ¡Qué! siempre habia deseado el momento de quedar libre para hacerlo... Mas no nos detengamos aquí. Volved la vista, ved aquellas verdes chozas, aquellas casillas formadas por un monton de piedras: todas están llenas de hombres que han despreciado las cosas del mundo, que se entregan á la lectura, al trabajo, al llanto, y viven totalmente entregados á Dios con toda su sencillez é inocencia. Pasad ahora á lugares menos áridos, mas accesibles; y allí se os ofrecen ciertos sagrados recintos, ciertos retiros silenciosos, en cuyo interior habitan hombres que llevan una vida austera, laboriosa y penitente, que renunciando á cuanto les ofrecía el mundo, se han renunciado hasta á sí mismos ante la voluntad de un jefe... ¡Oh Dios! ¡Qué paz, qué amor, qué union, qué armonía, qué orden, qué silencio, qué emulacion en el fervor, en la austeridad, en la práctica de las virtudes! las lágrimas de unos, la jovialidad de otros, la expansion del espíritu, los cánticos nocturnos, las bendiciones y alabanzas del Señor, la alegría, el llanto, forman un conjunto que nos sorprende el alma, y arrebatá el corazon. Y ese sexo al que se llama débil, y que por la gracia del Señor ha dado tantas pruebas de varonil fortaleza en el furor de las pasadas persecuciones, tampoco queda rezagado en tan admirable carrera. Por todas partes aparece una multitud de vírgenes que se alejan



del hogar paterno, se desprenden de los brazos de un amoroso padre, ó de las tiernas caricias de una madre acongojada; huyen de la abundancia, de los placeres, de todo cuanto el mundo les ofrece de lisonjero y halagüeño. Véase aquí un total desprendimiento, un trabajo recíproco y una paz inviolable; no hay ya propiedad particular, lo de una es de otra; todas se hacen pobres por Jesucristo, todas dependen de una sola voluntad, y ¡cosa admirable! en esos lugares tan resguardados, de difícil acceso para los extraños, rodeados de grande austeridad y de mortificaciones, aparecen semblantes risueños, lentos de dulce alegría y suave contento. ¿Quién lo creyera? A estos lugares que inspiran horror y espanto á los espíritus mundanos, á esos lugares de que está llena la cristiandad aspiran los incesantes deseos de tantas doncellas, á quienes los deberes filiales no han permitido ir á encerrarse en ellos... El tiempo pasa... pero estas cosas no son momentáneas... nuevos prosélitos vienen á reemplazar á los que han sido arrebatados por la ambicionada muerte, y el espíritu de Jesucristo se mantiene así de un modo perfecto y visible sobre la tierra. Pasemos adelante... La verdadera Iglesia, la Iglesia que en el exceso de su alegría parece insensible al dolor y á las heridas que la causan algunos de sus hijos desnaturalizados, recibe un golpe inesperado. Levántase una multitud de bárbaros anunciando una religion nueva (mahometanos), que buscan secuaces, forman un gran pueblo, y se proponen por objeto la destruccion del Cristianismo. ¡Qué rápidos progresos! ¡Las mas ricas y florecientes provincias son presa de su furor y crueldad! Pero ved al mismo tiempo, como el Cristianismo, humillado en muchos lugares, muestra en otros su antiguo vigor: preténdese en vano destruirlo; la fortaleza, la constancia, la voz de los jóvenes, de los ancianos, de las vírgenes, aturden á aquellos bárbaros; y sin embargo, prosiguen ellos en su empresa; y aunque no puedan derramar en todas partes la sangre de los Cristianos, muestran desde léjos su espada sangrienta y cruel. Pásanse los años,... aparecen nuevas herejías,... nuevos cismas,... nuevas reuniones de los Obispos,... nuevos anatemas; y siempre la Iglesia disfruta de inalterable firmeza, siempre subsiste el mismo centro de unidad (la Sede romana), siempre la misma doctrina. Y ¿qué hace en tanto la nacion predilecta? ¡Ah! desparramada aquí y allá, esclava en todo el mundo, ha venido á ser el blanco de las irri-

siones y del desprecio de todas las gentes. Sin virtud, sin principios, y entregada á los mas miserables trabajos de la tierra, teniendo á Jesús por un objeto de odio y abominacion, ve pasarse unos dias tras otros, sin que le llegue su Mesías, y ha de desconfiar al fin. Sus doctores mudan de sistema, rechazan las tradiciones de los antepasados, no admiten ya sus interpretaciones de las sagradas Escrituras acerca los caractéres del Mesías, é instigados por los Cristianos inventan nuevas interpretaciones, se acogen á ellas, y las defienden con nuevas ridiculeces... ¡oh Dios! este espectáculo es en extremo digno de compasion. Observad, entre tanto, como algunos hombres apostólicos con sus afanes, predicacion y ejemplo conducen al seno de la Iglesia nuevas naciones, otros pueblos, abatiendo sus ídolos, y ensalzando el nombre de Dios en los mas bárbaros y helados climas. Mas ¡ah! este gozo de la Iglesia es contrariado por intestinas discordias (el cisma griego), que preparan y amenazan un cisma deplorable. Por otra parte, se entibia el fervor de los Cristianos; el espíritu de Jesucristo, que tantas veces ha resistido á los furioses del hacha y de la espada, parece dispuesto á ceder, y que poco á poco vaya quitándose del corazon de los hombres. Con la irrupcion de los pueblos bárbaros se ha arraigado la ignorancia, y ha extendido su velo por toda la cristiandad. Pero, observad tambien como todavía algunos hombres ilustrados, algunos sucesores de los Apóstoles disipan la oscuridad, y sostienen la doctrina y el espíritu de la Iglesia en toda su pureza. Mas, si bien se nota, sus esfuerzos no son proporcionados á tan grande empresa, y el Cristianismo degeneraria en superficialidad y se destruiria irreparablemente, si Dios, que hasta ahora lo ha conservado entre los hombres á despecho de estos mismos, no mostrase de nuevo su poderoso brazo. En aquellos sagrados retiros mencionados hace poco, donde tambien habia penetrado el espíritu del mundo, el espíritu de Jesucristo suscita hombres por todas partes, los fortalece y anima á sostener á favor de la disciplina monástica la vacilante Religion. Ellos son los primeros en dirigir la voz á sus compañeros, en conducirlos por la laudable senda de sus padres. De aquí nacen aquellas varias reformas que vuelven á los yermos y á los monasterios la austeridad y el fervor. El mundo se aprovecha de esto, pero no basta para la adquisicion del fin, porque el amor y la profesion de la soledad no son los que mas se adaptan á la ilustracion de los

hombres : el disipar la ignorancia , cosa fatal á la religion de Jesucristo , está reservado en gran parte á otros hombres , á otra suerte de individuos , que dirigidos por distintos jefes tienden á un solo fin. Diseminados estos en muchos lugares , reunen la virtud de los solitarios á la actividad de una vida dedicada al bien de los pueblos. Hé aquí uno de los medios principales para despertar el verdadero espíritu de Jesucristo. Ved á esos hombres que , elevados al grado sacerdotal por los Obispos , y enviados por estos á toda la tierra , ponen en accion á los pueblos , inflaman el corazon de los hombres , y conducen con su ejemplo y sus palabras á los secuaces de Jesucristo hácia aquellos deberes en parte olvidados ó mal cumplidos. La utilidad palpable de estas comunidades religiosas excita á otros hombres , y por eso se ven nacer nuevas sociedades , de las que cada una tiene su espíritu propio , aunque todas se dirijan al bien comun del pueblo. Todo este aparato de cosas grandes parece que debia tener otro objeto. En efecto , observad como despues de haber experimentado algunas de estas comunidades ó congregaciones una multitud de vicisitudes , producidas por la lucha entre la corrupcion de la humanidad y el espíritu de Jesucristo , se abre un nuevo campo á los trabajos del apostolado con el descubrimiento del Nuevo Mundo.

§ II. — *Primera reflexion acerca el aspecto de nuestro cuadro. — El estado monástico.*

Dejando aparte la vida monástica considerada en si misma , en su esencia y en sus cualidades , pasemos á observar aquella multitud de hombres , que en todos tiempos han despreciado el mundo , y se han entregado á la soledad y á la penitencia. Veamos qué causa , qué motivo ó impulso les ha movido. ¿ Quiénes son los que han dado un tal paso , qué es lo que han dejado , y qué es lo que han abrazado ? Los que han dado un tal paso son hombres. Y ¿ qué es lo que descubrimos en el hombre si atentamente escudriñamos su naturaleza , y nos internamos en su corazon ? ¿ Cuán grande es su tendencia á las cosas sensibles y materiales ? ¿ Cuán violenta es la inclinacion de su corazon , que no quiere sentir razon , ni guarda respeto alguno , mientras goce los placeres , y se halle entre los honores y las riquezas ? ¡ Oh cuán amante es el hombre de todo lo que puede causarle el menor alivio. El padre ,

la madre y hermanos, las comodidades domésticas, las delicias de las ciudades, la benevolencia de los amigos, los aplausos de los demás hombres, los honores y las dignidades, son cosas que por sí mismas influyen de un modo admirable á aliviar las miserias connaturales al hombre. Pues bien, una muchedumbre de hombres ha superado estas tendencias de la naturaleza, esta eficacia que las cosas tienen por sí mismas, y con resolucion se ha desprendido de todo, no en un tiempo solo, sino en todos los tiempos; no por pocos dias, meses ó lustros, sino por toda su vida; no en un arrebato de la mente, sino con la mas madura reflexion. Hagamos la experiencia, y probémoslo nosotros, no *teóricamente*, sino en la práctica, comenzando á desentendernos de estos y semejantes vínculos, y para poder juzgar de los otros, sintamos antes el peso de nuestras dificultades... ¿No es verdad que se necesita un esfuerzo sobrenatural para hacer estas cosas? Pero pasemos adelante. ¿Á qué se consagraron aquellos hombres en cambio de todo esto? A la austeridad, á las mortificaciones, al absoluto sacrificio de su voluntad, á la renuncia total de su libertad. Y á vista de estas cosas, si volvemos á entrar en el corazon del hombre, y le hablamos de humildad, de penitencias, de la abnegacion y pérdida de la libertad, ¿qué es lo que sentiremos? Este es un objeto el mas terrible para nuestro corazon, que tanto mas lo aborrece y huye, cuanto mas desea lo contrario. Con todo, nosotros vemos esa multitud de hombres, que en todos tiempos, con toda reflexion y por toda la vida han escogido este objeto, lo han deseado, y por fin lo han abrazado con la mayor alegría y contento de su corazon. ¿Cuál es la razon de una cosa tan extraordinaria? ¿Quién ha causado tan grande subversion en el corazon humano? No es fácil acertarlo, ni hay medio mas propio y seguro que á los que lo han experimentado. Entremos, pues, en los sagrados recintos, en los yermos y monasteriós. Remontémonos á los primeros siglos, y vengamos luego á nuestros tiempos: veamos si la diversidad de los lugares y de los climas diversifica las razones y los motivos: veamos si todos los que han abandonado el mundo nos dan igual respuesta. Preguntemos á uno de ellos ¿cómo habeis tomado tal resolucion, y la sosteneis con tan visible contento? ¿por qué singular contraste este lugar, que para muchos es de horror y de abominacion, se convierte para vosotros en una morada llena de placer? Yo no lo sé á punto fijo, nos con-

testa, ni podría dar de ello un motivo particular; solamente puedo declarar, que libre mi espíritu de ciertos lazos, separado poco á poco de las cosas de la tierra, y sin hallar solaz en sus delicias y placeres, se dirigió afanoso hácia estos lugares; yo siento en medio de su silencio el efecto de la misericordia del Señor, y mi corazón, que no desea ninguno de los objetos que ha dejado, solo aspira á ser todo entero de su Criador. ¡Oh Dios! yo siento en mi corazón mas fuertemente mi corrupcion ante la gracia de Jesucristo: ¡quién podrá explicar mis caidas y mis recursos, mis trabajos y mis auxilios, mis amarguras y mis consuelos! Siento un oculto reproche contra mis ingratitudes, cierta fuerza para destruir mi corrupcion, para restablecer en algun modo mi naturaleza. Preguntemos ahora á aquella tierna y delicada doncella, qué extraño capricho la ha hecho renunciar á los halagüenos esponsales que se la preparaban; por qué ha abandonado las comodidades y los placeres entre los cuales se hallaba; y cómo ha podido retirarse á un lugar tan poco adecuado á su natural delicadeza; y nos contestará: Mi corazón es de Dios, y es manifiesto que se lo debo por todos títulos. Yo temí que en medio de las vanidades y desórdenes del siglo llegase á cambiar miserablemente de objeto; por eso dirigí la vista á este lugar, lo deseé como mi refugio, como mi asilo, y lo he alcanzado como mi puerto de salvacion. ¿Cómo podré explicar lo que obra la mano de Dios sobre mí? me atrae hácia sí, me dirige, y desea que pase una vida inocente; siento en el corazón la voz de mi Esposo, que me consuela, me humilla primero, y luego me da fuerzas para levantarme: si Dios tuviese límite, como el hombre, en sus palabras y obras, diria yo que mi Criador se emplea todo en mí, solo me observa á mí, no piensa mas que en mí, y solo á mí me quieré. Pasemos de unos á otros lugares, de uno á otro siglo, y siempre tenemos igual respuesta. ¡Oh! ¡cuántos caminos que se dirigen á un solo fin! ¡Qué uniformidad de plan! ¡qué semejanza de medios! ¡qué diversidad en su aplicacion! Pero obsérvese la aptitud, las proporciones, el trabajo interior, y se entra en cierto modo en el mundo de los espíritus, en un grandioso teatro de cosas que se abre á nuestros ojos, cuyo orden y direccion interior no se circunscribe á los sagrados y taciturnos recintos, sino que se extiende, mas ó menos, á todos los lugares, á todas las personas, y á toda la tierra... Un cierto modo interior, un cierto lenguaje del Criador, que

se hace sentir de todas las criaturas racionales á proporcion de su inocencia, de sus costumbres, de su recogimiento, segun los eternos, justos é incomprensibles juicios de Dios, es demasiado claro y sensible para poderlo poner en duda.

Ved ahí, pues, la razon y motivo que buscábamos. Aquella misma razon que ha conducido á los hombres idólatras y viciosos al Cristianismo, ella misma es la que ha conducido á los Cristianos á la soledad y á la penitencia. Dios los ha llamado, Dios los ha dirigido, se los ha hecho suyos con aquella atractiva y suave dulzura, con aquel tacto interior que todo lo llena de suavidad y dulzura, y que hace sobrellevar las fatigas, los trabajos, la austeridad, las enfermedades y la muerte misma, con el valor en el corazón y la sonrisa en los labios <sup>1</sup>.

§ III. — Segunda reflexion. — Progresos del Mahometismo.

Los rápidos progresos de esta religion nueva ¿podrán ponerse en parangon con los del Cristianismo? Esa religion se ha propagado con suma rapidez; pero no se ha propagado con la prontitud con que se propagó el Cristianismo, ni se ha difundido tanto como este. Puédese replicar, que sea como fuere, esa religion se ha extendido con rapidez, y que por lo tanto, la rapidez con que se ha propagado el Cristianismo no sirve de argumento á su favor, hallándose esta rapidez en favor de otra religion á la cual llamais impostura.

Para contestar á esta objecion, bastará fijar la atencion en este reducido cuadro :

Esta nueva religion habla siempre segun las inclinaciones del hombre.

La religion de Jesucristo habla de un modo totalmente opuesto á las inclinaciones humanas.

Esta religion nueva se ha pro-

La religion de Jesucristo se

<sup>1</sup> La historia eclesiástica del Ilmo. Claudio Fleuri, que presenta reunidos en sus palabras originales algunos hermosos pedazos de la antigüedad, podrá servir al lector, como el medio el mas expedito entre otros, para cotejar la fidelidad de nuestro cuadro. El que á mas quiera despreocuparse en orden á las acusaciones hechas á los Órdenes monásticos, vea el *Discurso* de Señeri el Antiguo sobre un tal objeto.

pagado por la fuerza de las armas, diciendo: cree ó muere. ha propagado sufriendo contra ella toda clase de fuerza y de violencia.

Luego, los progresos de esta religion nueva son totalmente naturales <sup>1</sup>. Luego, los progresos de la religion de Jesucristo son bajo todos conceptos maravillosos.

§ IV. — *Tercera reflexion. — Ceguedad y obstinacion del pueblo hebreo.*

Una atenta consideracion acerca el estado presente de este pueblo, acerca la desdicha de sus hijos, nos hace descubrir en ellos un denso velo que ciega sus ojos, un pertinaz endurecimiento de la voluntad, y cási una falta absoluta de raciocinio en lo tocante á su religion. No ven ellos que es cosa vana el esperar en un libertador venidero; y á pesar de que confiesan que los tiempos, las *semanas* están ya cumplidas, no se convierten á Jesús. Para librarse de dificultades no quieren que se cuente ahora, ó se busque el tiempo en que vendrá el Mesías: y en sus libros llenan de maldiciones á los que tuviesen la osadía de no obedecerles. (*Maimon. in Epist. Is. Ab. de c. fidei. Rabbi Samuel. Jonat. Saned. Ghem. Babil.*), y sus padres ciertamente no lo hacian así. Ved ahí la terrible ceguedad de su entendimiento. Las profecias relativas á la venida del Mesías están muy claramente cumplidas en Jesucristo, mas ellos sostienen que ya esta, ya aquella profecia, no se refiere al propio Mesías; y sin embargo, el sentido, el espíritu de ella está sobradamente claro, así lo atestigua la mas remota tradicion, y sus mismos doctores no se apartaron de esta tradicion, y la aplicaron al Mesías. Ved aquí el endurecimiento de su voluntad. Pero contestan ellos, que entonces no se preveian las consecuencias, no se esperaban las presentes circunstancias. ¡Ah! ¿Por ventura porque del juicioso consentimiento de hombres respetables salen consecuencias que no agradan, se debe rechazar el mismo sentimiento, comunmente conocido, confirmado y aprobado por la antigüedad? porque no acomoda una consecuencia, ¿debe rechazarse la verdad del principio en que se apoya? Véase

<sup>1</sup> No creo deber detenerme mas en hablar de este fantasma de religion presentado por Mahoma á los ignorantes y fanáticos árabes. En el Mahometismo no se encuentra el mas débil carácter de verdad: la corrupcion del corazon humano y la ignorancia le sostienen sobre la tierra.

ahí una deplorable ceguedad voluntaria: los judíos están convencidos; sus mismos libros, sus doctores les condenan <sup>1</sup>.

§ V. — *Prerogativas de la Iglesia católica.*

La gran Iglesia católica, llamada así por excelencia por los escritores gentiles para distinguirla de las sectas separadas; la gran Iglesia reclama nuestra atención, y nos hace discurrir sobre tres cosas notables, especial y exclusivamente pertenecientes á ella.

1.<sup>a</sup> La fuerza é índole de las persecuciones que no han podido destruirla.

2.<sup>a</sup> Su conducta igual y constante en lo referente á los errores y cismas.

3.<sup>a</sup> La perpetuidad de sucesion en ella.

Tocante á la primera, si es verdad, como hemos demostrado antes, que el Cristianismo en sus primeros tiempos debia caer y destruirse por sí mismo, por ser su espíritu contrario á la naturaleza degenerada, y á la corrompida inclinacion del hombre, es consiguiente que la constante existencia de la Iglesia católica solo se explica por un milagro; y aun se aumenta la fuerza de esta consideracion si se atiende á que, no solo esa Iglesia se ha sostenido por sí misma, sino que ha resistido á toda clase de persecuciones, del hierro, del fuego, de los atractivos y promesas, contra todos los esfuerzos del error, de los cismas, de las obstinadas, intestinas y terribles discordias, suscitadas por los falsos hermanos; y ha podido sostenerse hasta en medio de la decadencia moral, y del espíritu de tibieza y frialdad que á veces han padecido sus miembros. Hasta que se nos dé una explicacion natural de esa singular constancia, estamos en el derecho de creerla extraordinaria y sobrenatural. Pasemos á la segunda.

Descúbrese en esta el espléndido carácter de la verdad. La verdad no puede estar en paz, no puede hacer treguas con la mentira: y como la Iglesia católica es la única verdadera, por eso ella sola nos ofrece ese luminoso carácter como propio suyo. No tiene igual en la historia la inflexibilidad de la Iglesia católica. Es ella

<sup>1</sup> *Gen. tra. Saned. c. 1. Paraph. onkelos Johnatan et Jerosol. Berescit Rabba, Rabbi menasè Talmud, Sanedrin, c. 11. Rabbi Alsech in Isai, LIII. Véase tambien el caballero de Rossi, profesor de lenguas orientales, en su Vana espectacion de los hebreos, Parma, 1773.*



inexorable y firme para conservar en toda su pureza la doctrina, la moral y el espíritu de Jesucristo. Si se levantan errores, la Iglesia avisa á sus hijos, y les muestra la tradicion y la Escritura. Si los partidarios del error crecen en número, la Iglesia renueva sus amonestaciones, y nunca cede. Apártase acaso del centro de unidad una provincia, una nacion entera : pero nada importa ; como ella no vuelva á su primitiva doctrina, queda separada del centro de unidad.

Respecto á la tercera, obsérvase que la Iglesia católica, que descende directamente de Jesucristo, no reconoce otro fundador ni reformador que el mismo Jesucristo, y ha visto nacer y sucumbir tantas herejías, tantos cismas ; llena siempre de vida, apenas recuerda el nombre de muchas sectas, y á aquellas que con harto dolor ve aun existentes les dirige su voz, y dice á sus secuaces : *Un dia érais vosotros hijos míos ; ¿por qué os alejásteis de mi seno ? ¿por qué queréis continuar en los errores de vuestros padres ?* La perpetuidad de sucesion en la Iglesia se descubre de un modo palpable ; el que ahora la gobierna descende sin interrupcion por medio de sus antecesores del primero de los Apóstoles, que, junto con estos, oyó la verdad de boca del mismo Jesucristo. Y aun no basta esto : vemos que establecido con la Religion este centro de unidad cristiana, quedó destruido el sacerdocio, el centro de unidad de los hebreos ; y aquí está el punto de union entre uno y otro centro, entre un pueblo y otro pueblo, entre la sombra y la verdad, el Hebraismo y el Cristianismo. El Pontífice actual toma su origen en san Pedro, san Pedro se une al espirante sacerdocio antiguo hasta Aaron, Aaron á los primeros Patriarcas hasta el principio del mundo ; y así, la Iglesia católica *exclusivamente* abraza en su seno la autoridad y la tradicion de todos los siglos.

---

## CAPÍTULO V.

### ÚLTIMAS PINCELADAS DEL CUADRO.

#### § I. — *Los protestantes reformados y los filósofos incrédulos.*

La Iglesia católica, esta gran sociedad derramada por toda la tierra, en el instante en que empieza á gozar los beneficios de la paz recibe un nuevo golpe. Un hombre turbulento (Lutero) hallándose empeñado en cierta disputa, no tiene la fuerza suficiente ni la humildad necesaria para ceder, y se lanza á provocar una inmensa conflagracion; únensele otros hombres iguales á él, hijos todos de la Iglesia católica, y gritan á su madre comun: *Reforma*. Apodérase de muchos el entusiasmo al escuchar la palabra *reforma*; pero no andan acordes en sus opiniones y sentimientos, y forman entre sí diversos partidos; el uno censura al otro, uno decididamente se opone al otro; varios son los partidos, y aun en el seno mismo de un partido son varios y opuestos los sentimientos religiosos. Mas esa reforma que ellos predicán no se dirige á mejorar las costumbres, y corregir los abusos que la Iglesia llora también y condena, sino á destruir lo que la Iglesia enseña y aprueba. Los miembros de la comunión católica llaman al órden á sus hermanos extraviados, y estos se niegan á escucharles. Todo está en confusion y desórden. Los novadores saben poner en juego ciertos resortes del corazón humano, y ganarse gran número de partidarios. La Iglesia, con la voz de su autoridad les amonesta, les muestra las sagradas Escrituras y la tradición de todos los siglos; pero ellos se obstinan, y protestan contra la Iglesia, y esta no puede ya hacer mas que deplorar tal extravío, y separarlos de su seno. No cambian por esto de propósito los innovadores, se dividen en multitud de sectas, y no aciertan á formar un cuerpo de doctrina que los reuna á todos en un centro comun: todo es en ellos problemático é incierto. El que no goza de un juicio recto, el que no observa la marcha de los sucesos pasados, el que no se une estrechamente al centro de la uni-

dad católica, fácilmente permanece indeciso. Así lo demuestran los hechos. Algunos hombres, abrumados por tanta diversidad de opiniones, se constituyen árbitros, y llaman á su tribunal á unos y otros contendientes sin distincion, y á todos condenan. Mas aun : sacudiendo casi todo yugo de religion no quieren ya mas oír hablar de Iglesia ni sectas, ni Sede apostólica, ni de reforma, ni de Cristo... Todo es impostura segun ellos. Véase cómo dirigen su voz al mundo entero: Hombres, sed filósofos, desechad vuestras preocupaciones, borrarad las impresiones de la educacion, desterrad la supersticion, amaos unos á otros, seguid las inclinaciones de vuestra naturaleza, y esto os basta. Semejante lenguaje no podia menos de atraer en tales circunstancias gran número de partidarios. La Iglesia, entre tanto, aunque privada de muchos de sus hijos, y desolada por su apostasía, es siempre grande, siempre católica, y abraza en su seno nuevos pueblos y naciones. La solicitud de los Sumos Pontífices sobre todas las iglesias particulares es incansable, y envia, como en anteriores tiempos, apóstoles que iluminen las Indias del Oriente y del Occidente, propagando en ellas el Cristianismo. Vense en esos lugares renovadas las virtudes de los primeros cristianos; vense levantarse tambien nuevas persecuciones en que otros héroes ponen á prueba su paciencia y fortaleza, iguales á las de los héroes de los primitivos tiempos. Y no se hallan esas cualidades solamente en los que llevan la mision de publicar el nombre de Jesucristo, sino tambien en los recién convertidos, que descubren una virtud enérgica, desconocida en aquellos países. Y aun mas : ved como otros hombres, llenos del espíritu de Dios, émulos de los Apóstoles, atraviesan los mares, suben á las montañas, penetran en las selvas en busca de hombres casi embrutecidos, y les encantan con sus atractivos modales, les sacan de los bosques, les enseñan á manejar el arado, á fabricarse casas, á vivir en sociedad, á conocer al Creador de todo, y á ser verdaderos cristianos; y entonces, donde no habia mas que selvas y desiértos aparecen aldeas y ciudades, en las cuales reina la sencillez, el amor mútuo, la inocencia, ofreciendo un espectáculo jamás visto á toda la tierra.

Ved como entre tanto se aumenta el número de los que se titulan filósofos, y con qué ostentacion se declaran maestros de los demás hombres; y ora ocultándose, ora descubriéndose, exteriormente tímidos, pero siempre enérgicos, hablan y escriben, pasan

de unos á otros lugares, dan valor á los temerosos, atemorizan á sus enemigos, hacen suyos á los indiferentes, difunden sus libros, y seduciendo á todos con sus doctrinas hacen filosofar hasta al labrador mas rudo. Dos puntos, dicen algunos, dos solos principios bastan al hombre; sobre ellos estriba la felicidad humana. Buscad, dicen, vuestros gustos, vuestro propio interés, pero cuidad que sea molestando lo menos posible á vuestros semejantes. Otros piensan de diverso modo. Venid, dicen, y ved el sagrado libro de la naturaleza, que no engaña como los libros de los hombres, y en él encontraréis la verdad. Pero la verdad no se encuentra; y esos maestros que se jactan de haber aprendido su ciencia en el libro de la naturaleza, que erigen cátedras, y se atraen discípulos, no solamente andan discordes entre sí, sino que sus mismos discípulos no se avienen con ellos. Este admite una verdad, aquel la niega; este da una cosa por cierta, aquel la pone en duda; algunos adelantan mas sus pasos, y despues se embrollan y confunden; otros vuelven atrás, y dicen que todo es incierto y problemático; pero en sus decisiones les veréis á todos muy altaneros, con un tono decisivo y dogmático, y lo que es mas notable aun, que al paso que aseguran conocerlo y saberlo todo, nada prueban, todo lo destruyen, y no edifican cosa alguna; charlan, mofan, se atacan, combaten y burlan mutuamente, y cada cual se gloria de haber obtenido la victoria y el triunfo. La Iglesia, firme é inmóvil en sus doctrinas, es el objeto principal de su aversion, porque es el mas fuerte obstáculo que se les opone, y la que ha resistido por espacio de diez y ocho siglos á las mas sangrientas y terribles persecuciones, ha de caer, segun ellos, víctima de sus esfuerzos. Mas ella, que deplora en su seno algunos vestigios de la naturaleza corrompida de sus hijos; ella, que se ve precisada á reprimir nuevas disputas intestinas y nuevos errores (el Jansenismo), fundada en las promesas infalibles de su Fundador divino no tiembla, y con sus antiguas armas de la paciencia y confianza se dispone á resistir á una lucha tan pomposamente anunciada, y á un sacudimiento tan terriblemente promovido... Pero ya la fermentacion es demasiado grande, el entusiasmo se ha propagado demasiado, y en un instante crecen los secuaces de estos filósofos. La Religion es escarnecida públicamente, derrúmbanse los tronos, óyense las voces de *libertad é igualdad*, y en la parte mas floreciente del Cristianismo (la Francia) los filósofos dan leyes al mun-

do. La Iglesia queda solemnemente declarada como una imposura: ciérranse los templos, derribanse los altares, se hace escarnio de los ministros del santuario, y estos oponen al despojo, á la deportacion, á la matanza, el sufrimiento mas heróico y la mas invencible constancia. Todo es desórden, confusion y horror. Ved á esa pseudo-filosofía, que poco antes se llamaba tolerante y humana, levantar el puñal homicida sobre el vulgo ignorante. Una horrible corrupcion de costumbres y crímenes inauditos la descubren al fin ante las personas sensatas, y la llenan de vergüenza y de oprobio. Mas no por eso se rinde. Mientras tanto un gran conquistador (Napoleon) con la fuerza de su brazo abate la anarquía, extiende la mano al centro de la unidad cristiana, abre los templos, levanta los altares, y la Iglesia vuelve á respirar. Pero nótese pronto que esta no es en manos de este hombre sino un instrumento de política y de miras ambiciosas. Todo ha de ceder á su voluntad; pero la Iglesia, que en sus leyes, en su moral, en su doctrina no reconoce legisladores, ni soberanos, no cede, y en la persona del supremo Pontífice rehusa á prestarse á aquellos fines, y esto la promueve una nueva persecucion. Las guerras van desolando al mundo, corre la sangre á torrentes, aumentanse las apostasias en la Iglesia; los filósofos se aprovechan de ello, y anuncian al mundo que se acerca á su fin el Cristianismo. Pero Dios echa al fin una mirada benigna sobre la tierra, y manda á los elementos que dén la paz al mundo. La victoria se retira de las banderas del terrible Conquistador; cae este, y se proclama luego la paz universal; los dispersos Obispos vuelven á ver con gozo á su rebaño, y el supremo Pontífice (Pío VII) vuelve á la gran ciudad para dar la paz al mundo cristiano.

§ II. — *La llamada Reforma queda juzgada por los hechos.*

La Iglesia de Jesucristo, á la cual pertenecen los justos de todos tiempos y naciones, fue fundada por Él mismo, y constituida en un cuerpo derramado por toda la tierra con la promesa de una duracion perpétua. Esto es una verdad incontrastable.

La Iglesia de Jesucristo no puede condenar la verdad, porque si así lo hiciera apadrinaria el error, y dejaria de ser *aquella columna de verdad* que ha de durar para siempre.

Si, pues, la Iglesia de Jesucristo no puede condenar la verdad,

todo lo que ella ha condenado y condena es error : y habiendo condenado desde los tiempos de los Apóstoles la doctrina de multitud de sectas, se deduce que las doctrinas de estas sectas son erróneas ó falsas. Sentado esto, pasemos á las aplicaciones.

Es un hecho cierto é indudable que la Iglesia establecida en toda la tierra ha condenado siempre la pretendida Reforma, y se sostiene inflexible tres siglos hace en la condenacion de esas doctrinas : luego son estas erróneas y falsas.

Por lo tanto, siendo falsas las doctrinas de la Reforma, no puede esta pertenecer á la Iglesia de Jesucristo, y con gran motivo la misma Iglesia la ha declarado, como á las demás sectas, herética y cismática.

No cabe aquí efugio alguno; ó debe sostenerse contra lo que evidencian las sagradas Escrituras y la historia entera, que no ha habido jamás sectas heréticas, ó confesar que la titulada Reforma es una de ellas.

El método que ha seguido la Reforma para defender sus doctrinas, valiéndose de la divina Escritura, es igual al que han seguido las demás sectas.

Las quejas y la oposicion que ha hecho la Reforma al Concilio general y á la Iglesia universal, son las mismas que todas las sectas que la han precedido han hecho á la propia Iglesia y á los Concilios. El resultado final de la Reforma es igual tambien al de las demás sectas, tal es el de ser separada del cuerpo de la Iglesia católica por herética.

A vista de estas consideraciones, ¿ cómo es posible que cualquier hombre ilustrado, que ame la verdad y tema las consecuencias de sus voluntarios errores, pueda permanecer unido á esta pretendida Reforma, y no volver al seno de la madre Iglesia en que vivian sus antepasados? ¿ Cuáles son las causas de semejante ceguedad? ¿ Lo será tal vez la que han señalado algunos seriamente ó en chanza, esto es, que es bueno morir católico y vivir protestante, esto es, libre de las vigiliias, ayunos, confesiones y misa? ¿ Lo será acaso cierto espíritu de indiferencia que considera solo la Religion bajo el aspecto político, y quita la reflexion á las consecuencias funestas de una indiferencia voluntaria? Séase como fuere, el interés por la verdad de la religion que cada uno profesa está enlazado con la idea indeleble de la muerte; y solo el que estuviese seguro de no tener alma, ó de no morir, po-

dria fácilmente hallar excusa ó indulgencia en un hombre que haga uso de la razon, y que es consiguiente á sí mismo. Pero muchas veces sus respuestas no son mas que palabras punzantes que no hacen al caso, ó sueños derisorios. Tal es el estado de la miserable humanidad <sup>1</sup>.

§ III. — *Exacta descripcion de las nuevas conquistas hechas por la Iglesia católica.*

La Iglesia católica ha sido compensada abundantísimamente de las recientes pérdidas, de que hemos hablado hace poco, con la conversion de muchos pueblos de los nuevos continentes é islas últimamente descubiertas. Sus hijos han superado todos los obstáculos, y atravesando los mares han llevado el estandarte de la Cruz desde la extremidad de las Indias orientales hasta los últimos confines de la América.

Un hecho solo será objeto de nuestras reflexiones: las misiones verificadas en pueblos salvajes de diversos climas, condiciones, idiomas y costumbres. Es indudable que los hijos de la Iglesia católica penetraron en estas selvas, pobres é inermes, á manera de los Apóstoles, sin otra cosa para defenderse que su dulzura y paciencia. Y es tambien cierto que lograron convertir en cristianos á una multitud de bárbaros, civilizarlos, y formar poblaciones, en las que con asombro se veia reflorcer la inocencia, la simplicidad, el amor al trabajo, y todas las virtudes que honraron la Iglesia en los primeros siglos. Es no menos innegable que muchos de estos hombres apostólicos fueron víctimas del furor y de la inconstan-

<sup>1</sup> Han pasado muchos años despues de la muerte de Bossuet, quien se apuró mucho por la conversion de los Protestantes con sus *Advertencias*, y particularmente con la célebre *Historia* de sus variaciones. A esta historia podría ahora añadirse un apéndice copioso con lo ocurrido despues de la muerte de este Prelado. El había predicho lo que naturalmente debia suceder á estas diversas sectas, que pasan con el nombre genérico de Protestantes. Nosotros vemos su cumplimiento. Entre ellos se enseñan impunemente nuevas doctrinas, que años atrás hubieran llenado de horror á sus padres; y de aquí es que se precipitan á tropel en el iluminismo, socialismo é indiferentismo de religion. Véase Mr. Tabaraud sobre *la reunion de las comuniones cristianas*, Mélang. de Philosoph. 1808, Paris, en Adrien le Clerc. *Consideraciones sobre la divinidad de Jesucristo*, de Mr. Empaytas, protestante ginebrino, 1816. *El Amigo de la Religion*, tomo XII, 1817, Paris, Adrien le Clerc.

cia de estos bárbaros, pereciendo por veneno ó asaeteados, ó despedazados por los mas duros suplicios; y á la noticia de su muerte acudian á reemplazarles en aquellos lugares de muerte y sangre otros héroes desde remotos países. Dígase ahora, ¿qué explicacion natural tiene este fenómeno?

Los comerciantes, deseosos de acumular riquezas, y de llegar á un estado de opulencia terrena, y que no se desdeñaban de conducir á los misioneros en sus naves, muy distantes de dignarse dar una mirada á estas selvas, se encaminaban bien armados á comerciar en las ciudades y parajes mas seguros; y los resultados solian corresponder á sus esperanzas, pues volvian á su patria cargados de tesoros á gozar el fruto de sus fatigas y sinsabores.

Los militares labraban comunmente su suerte en las conquistas, llevando á todas partes el estrago y el terror, saciaban su ambicion, y dominaban despóticamente á los pueblos en nombre de un soberano desconocido y lejano.

¿Dirémos lo mismo de los nuevos apóstoles? Saliendo los mas de Europa, donde dejaban á sus familias, y despreciando el bienestar y todas las comodidades de la vida, se arriesgaban en medio de inmensos mares, viajaban luego á pié, arrostraban mil peligros en los lagos, en los rios, en los desiertos; acosados por el hambre y el sufrimiento, teniendo siempre la muerte ante sus ojos, no se detenian hasta alcanzar los lugares destinados á ser teatro del triunfo de la fe y de la regeneracion de la humanidad.

¿Dónde están los fastuosos dominios con que han lisonjeado ellos su ambicion? ¿dónde están los tesoros enviados á los parientes y amigos? ¿Podrá hallarse una sola familia que se haya enriquecido con los sudores de un misionero? ¿Qué honores, qué dignidades han conseguido ellos al volver á Europa? Ó por mejor decir, ¿son muchos los que han abandonado aquellos áridos países por gozar una vejez reposada y una muerte tranquila? ¿Dónde está, pues, el móvil que les ha arrastrado á tantas fatigas y á tantos sufrimientos? ¿Podrá ser tal vez la quimérica esperanza de seducir su corazon? Pero con la dolorosa experiencia é infaustas noticias de sus muertes horribles, ¿qué prestigio seductor ha podido inducir tantos otros á apresurarse á sustituirles, exponiéndose con intrepidez á tan grandes y evidentes peligros? Aquí no hay salida. Nos es preciso concluir que aquel mismo principio animador, aquel espíritu interior que transformó débiles é igno-



rantes pescadores en Apóstoles emprendedores y enérgicos, y vírgenes delicadas en esforzadas heroínas, ha obrado también esos prodigios inexplicables, para gloria de Dios y esplendor de su Iglesia, siempre una, siempre la misma en sus máximas, en su espíritu y en sus efectos, siempre sola, siempre virgen y santa, semejante al sol, cuyos rayos no se ensucian con la sordidez de la tierra, no queda empañado con los detestables vicios de muchos de sus hijos<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Robertson, ministro protestante, habla con grande elogio de los misioneros católicos mirados, como dice él, *por los indios como sus defensores naturales contra las violencias de los ministros régios.* (*Annal. lit. y moral.* tomo I, pág. 36, 1804). Dice el proverbio: Por los frutos se conoce el árbol. La Iglesia católica, que es el solo árbol plantado por la mano de Dios y regado perennemente con los benéficos influjos de su asistencia, produce ciertos frutos de virtudes, que ni la filosofía humana, ni las sectas separadas de esta Iglesia han podido jamás imitar con sus abortos; entre estos puede contarse el celo por las misiones á los pueblos idólatras de todos los siglos. Cerca el fin del siglo XVII y principios del XVIII las solas misiones de la Compañía de Jesús se extendían de los montes Hiperbóreos del Alta Asia hasta el centro del Africa; del Tibet y Cáucaso hasta la Etiopia; del Labrador y California á las tierras Magallánicas. (*Bercast. histor.* tomo XXIII). ¿Cuántos y cuáles son los mares y los montes atravesados por nuestros filósofos anticristianos para diseminar con sus fatigas y peligros las luces de la filosofía á los pueblos incultos y bárbaros? ¿Dónde están las naciones convertidas al Cristianismo, y civilizadas por los herejes y cismáticos? Ni aun la conversion de la Rusia forma una excepcion á favor suyo; porque consta de la historia, que los griegos en aquella época estaban en comunión con el centro de la unidad católica, y su cisma no era aun consumado. (*Bergier, Dicción. p. Russi,* tomo V). De aquí es que las grandes conversiones y civilizacion de tantos pueblos en todos los siglos, por derecho de heredad y de conquista son de la Iglesia católica, madre universal, aunque infeliz, de todos los sectarios, herejes y cismáticos, inútiles ó infecundos despues de su separacion, segun confesion ingénuá de muchos de ellos mismos. (*Salmon, Gordon y los Autores de la Bibliot. inglesa.* Véase *Bergier, Dicción. p. Miss.* tomo IV, *An. lit.* tomo I, pág. 138). Pero limítémonos á las solas misiones de los pueblos salvajes. Ninguno podrá negar que estos viviesen degradados, casi hasta la condicion de los brutos; ningun hombre sensato pondrá en disputa si fuese un bien ir allá, moralizarlos, unirlos en sociedad, y hacerlos partícipes de los benéficos influjos del Cristianismo. ¿Han probado jamás nuestros filántropos incrédulos ir inermes y sin auxilio alguno humano á penetrar aquellas selvas y trepar aquellos montes? ¿Han tenido mas valor los herejes y cismáticos? Vayan aparte las chanzas. *Apage vugas.* Yo estoy persuadido que podria muy bien aplicárseles la respuesta que el soldán Meledino dió á san Francisco, que se ofrecia entrar en una grande hoguera con los doctores mahometanos, á fin de que el Criador de los elementos diese á conocer la verdadera fe. *Mucho dudo,* respondió Meledino sonrién-

§ IV. — *Breves reflexiones acerca los ataques de los modernos filósofos contra el Cristianismo.*

El raciocinio y el *sentido íntimo* conduciéndonos de verdad en verdad nos han hecho cristianos y católicos. Hemos encontrado la naturaleza del hombre en su esencia y en sus necesidades estrechamente enlazada con el Cristianismo, de suerte, que podemos asegurar sin vacilar un instante, que esta es la única religion natural al hombre, la verdadera y sola religion del género humano.

Ahora pues, cuando se encuentra una verdad evidente, todo cuanto se diga contra ella es puro sofisma, desviacion y error. Si se nos disputase, por ejemplo, la realidad de nuestra existencia, el movimiento de la naturaleza, la existencia del sol que nos ilumina y calienta, si se nos quisiese poner en duda que cuatro y cuatro son ocho, ú otras verdades por el estilo, ¿acaso nos tomaríamos el trabajo de defenderlas de tan absurdos ataques? No por cierto. Si alguno pretendiese hacernos ver que la ciudad de Constantinopla ni existe ni ha existido jamás, y para probarlo formase un grueso volúmen de razones y motivos contra la autenticidad de todas las historias que hablan de ella, y contra el unánime consentimiento de tantos hombres existentes que nos aseguran haberla visto; ¿acaso nos vendría el pensamiento de confutarlo, y nos dignaríamos leerlo? Es claro que no. La existencia de Constantinopla nos seria tan cierta como antes, y juzgaríamos digno de ser contado entre los locos el autor de la negativa. Pues bien.

Nosotros hemos conocido la verdad del Cristianismo por una série de argumentos, que despues de haber ilustrado al entendimien-

*dose, que alguno de nuestros Iman quiera entrar en el fuego por causa de su religion. (Bercast. histor. lib. XII).*

La filantropía separada de la Religion con todo su entusiasmo no ha podido formar ni una sola hermana hospitalaria, ni una sola hija de san Vicente de Paul, y mucho menos á enviar un solo hombre á servir gratuitamente á los apestados para honor y decoro de la filosofía moderna. Si las virtudes naturales y humanas han tenido vigor alguna vez para hacer algun bien á los hombres, é interesarse por la suerte infeliz de los esclavos, jamás han tenido fuerza para formar Raimundos y Paulinos, que habiendo apurado todos los otros medios, por fin se vendian á sí mismos por esclavos para dar libertad á los hijos de las viudas. Estos rasgos de la mas sublime generosidad son propios de la Iglesia católica, ayudada de una fuerza interior inefable é inagotable.

to han despertado los sentimientos del corazon en favor de aquel; y nuestros filósofos, despues de haber apostatado del Cristianismo, vienen á combatirlo no de frente ni en su unidad, porque esto es imposible, sino por los flancos, separando un racionio de otro, una verdad incontrastable de otra que dimana de esta, y en ella apoya toda su evidencia.

Así pues, aunque podríamos disputarles palmo á palmo el terreno, y destruir sus sofismas, nos contentaremos con decir que los apóstatas del Cristianismo no pueden ser mas que apóstoles del error. Nuestro objeto ha sido encontrar la verdad, y presentarla en sus nativos resplandores, que encantan, arrebatan y arrastran el corazon, no ya el confutar todas las locuras de los hombres dirigidas contra la misma. Sin embargo, detengámonos un momento en examinar cuáles son sus intenciones, sus recursos, sus motivos.

1.º Sus escritos y sus palabras, la historia de los hechos recientemente acaecidos dan á conocer que los filósofos se han propuesto aniquilar todo cuanto hasta aquí se ha practicado y se ha tenido por sagrado y respetable. Tal es su intencion.

2.º ¿Cuáles son sus medios? Cuanto hay en los cielos y en la tierra todo se ha usado, todo se ha puesto en movimiento para destruir el Cristianismo; lo verdadero y lo falso, lo licito y lo ilícito, lo presente y lo pasado, el sarcasmo y el racionio.

3.º Pero, ¿dónde está el motivo, cuál es la causa de esta conspiracion tan enérgica, obstinada y universal? Si examinamos profundamente los escritos de estos hombres, su género de vida, sus costumbres, veremos claramente que les anima igual causa que incitaba á los antiguos gentiles y emperadores á desterrar el Cristianismo. Nuestras profundas meditaciones nos han hecho conocer que, atendida la corrupcion de nuestra naturaleza, la religion cristiana nos es naturalmente odiosa, y que, si bien ciertos vestigios de la antigua y original hermosura del hombre le hagan amable en abstracto no solo la religion sino que tambien la virtud; la práctica le es muy dura y pesada. Por esto, si una fuerza superior no le tira hácia lo uno y lo otro, el hombre se abisma en sus vicios, y si el orgullo no le sostiene se hace semejante á los brutos, desea su suerte, y se cree como ellos. En pocas palabras: las máximas severas del Evangelio espantan el entendimiento y el corazon, la vehemencia de las pasiones hace desear que sea falsa

una religion que tanto incomoda; se temen sus verdades, ni se quisiera que lo fuesen; ciegameute se toman los propios deseos por opiniones respetables, y se persigue con el hierro, con el fuego, la calumnia, sofismas, burlas y escarnios, todo lo que se les está en oposicion.

4.º Y ¿qué han conseguido con todos sus esfuerzos? Un sin número de apostasias, la difusion de cierto espíritu de indiferencia religiosa mas funesto tal vez que la irreligion declarada, una horrible corrupcion de costumbres, una multitud de suicidios, la relajacion de los lazos sociales, una inquietud universal, sistemas en lugar de virtudes, problemas en vez de deberes morales, nulidad de principios, incertidumbre en todo. Tales son los frutos de esta filosofia.

5.º Y en tanto, la religion que debia estar ya destruida ó aniquilada, y ceder su lugar á la *nada*, ó al culto insensato de la *filantropia* y de la *razon*, la religion combatida por la espada, por los sofismas, el desprecio, y por la apostasia de muchos de sus hijos, sin conmoverse levanta los altares, extiende por todos lados sus conquistas, fortalece los vínculos sociales, restablece sus benéficas instituciones, deja oír de nuevo la voz de su autoridad, para llamar á los hombres al perdon, á la paz, al amor mútuo, y sobreviviendo á la muerte horrible y desesperada de sus mas furiosos enemigos da á conocer que su trono es imperecedero, y su escudo impenetrable.

Hombres desleales, grita ella, hombres desleales, hijos rebeldes á la mas tierna de todas las madres, hombres que quereis saberlo todo, y despues cerrais los ojos á la luz, y temblais temiendo hallar la verdad, ¿no os convenceis aun de que son quiméricas todas vuestras miras, vanos é inútiles vuestros esfuerzos? ¿No os ha desengañado aun la constante experiencia de diez y ocho siglos? Indagad en hora buena, buscad, examinad, disputad á vuestro gusto, que sin mí caminaréis siempre sin guia, sin seguridad, sin tranquilidad; sin mí, ó nada creeréis, ó si creéis alguna cosa, vuestra creencia será siempre titubeante, incierta, dudosa, irresoluta<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Luego que fue rota en el Norte, pocos siglos hace, la gran barrera de la autoridad divina de la Iglesia, y del derecho que ella sola posee de presentar á sus hijos el verdadero sentido de las Escrituras por lo que toca al dogma y moral del Cristianismo, se experimentaron los funestos resultados, que han

traido las mas desgraciadas consecuencias. Salieron luego una infinidad de sectas divididas y discordes entre sí, que pretendiendo cada una tener la razon de su parte, sin reconocer autoridad alguna visible sobre la tierra que pudiese contenerles, se perpetuaron subdividiéndose cada dia mas, variando continuamente en sus doctrinas, hasta llegar al caso de deberse dudar de todas. De aquí resultó que aquellos, que tal vez no tenian otra intencion que formar un partido poderoso contra la Iglesia católica, plantaron sin advertirlo el primer anillo de la grande cadena que insensiblemente conducia los hombres á una incredulidad total. Este mal epidémico pasando de generacion en generacion se apegó á no pocos de los Católicos, á quienes era pesado el vivir como tales, y amalgamándose con los herejes, no solo se fortificaron en la incredulidad, sino que dándose mutuamente la mano formaron el gran plan de destruir el Cristianismo, en quien no creian ya, y cuyas doctrinas aborrecian altamente.

1.º Los sofistas de la impiedad comenzaron á hablar y escribir, minando directa ó indirectamente los grandes principios de la Religion y de la moral, bajo el manto de la filosofia y literatura. Secundados por las sociedades secretas, que se propagaban con la mayor rapidez, y se gloriaban de regir el mundo todo con sus manos ocultas y fuertes, juzgaron tener bastante fuerza para proclamar por toda la tierra una nueva regeneracion, que con la destruccion del Cristianismo y de los Gobiernos antiguos debia traer al mundo la bella edad de oro y la felicidad universal de las naciones. Son estos hechos innegables, confesados por los mismos jefes y motores. Leed la correspondencia de Voltaire, de Aembert, de Federico, rey de Prusia; ved las memorias del abate Barruel, en donde hallaréis citados muchos monumentos, y entre otros los procesos, escrituras, cartas y deposiciones juridicas recibidas en el año 1784 por los jueces diputados de la corte de Baviera: abrid las obras de Condorcet y de todos los revolucionarios como él, que cantando la victoria antes de tiempo han descubierto los secretos y tramas, que ahora una mano secreta procura, aunque en vano, ocultar en las tinieblas: leed, por fin, las obras de La Harpe y otros que se han desengañado con los frutos maduros de la filosofia sediciosa, y veréis hasta el mas alto grado de evidencia la existencia de la sagaz y horrible conspiracion de que hablamos.

2.º Los medios de que se sirvieron son tantos y tales, que para describirlos, y hacer ver su malignidad, destreza é impiedad, se necesitaria un volúmen. Se comenzó por un diluvio de libros de toda especie y cualidad; se llamaron en ayuda todas las ciencias y artes; se usaron todos los artificios y estratagemas, lo jocoso, lo sério, el tono grave, el chiste, las alabanzas hipócritas, el maligno sarcasmo, y todo muy astutamente cundido con una buena dosis de obscuridad cubierta, ó impudente. De los papeles volantes, chistes poéticos y romances amorosos se pasó á los libros sistemáticos, á las dudas escépticas, y á las historias falsificadas; y conociendo muy bien que los libros en las librerías son como la espada en la vaina, pusieron todo su esmero en procurar su propagacion y diffusion. Apenas salian á luz ciertos libros, se tocaba la trompeta en todas partes; los periódicos los colmaban de alabanzas, se decantaban como divinos, inimitables, inmortales; se leian en las públicas plazas, se pasaban á las conversaciones privadas, se citaban en las cátedras, y hasta las mujeres electrizadas de filosofia, graciosamente las difundian. Habia libreros en las ciudades estipendiados para difundirlos á un precio vil, y suprimir la di-

fusion de las obras escritas en un sentido contrario, y á fin de que los aldeanos no quedasen privados de las luces filosóficas y destructoras, habia igualmente vendedores pagados para pasarlos de un lugar á otro, y aun darlos graciosamente, segun la oportunidad, á honor inmortal de la filosofia. A las personas de buen sentido que levantando la voz gritaban *depravacion, irreligion, inmoralidad*, se les oponian las voces de *luces del siglo, libertad de comercio, fanatismo de sacerdotes*; y hallando resistencia en algunos gabinetes que probaban de oponerse, ó al menos de retardar los efectos devastadores de este torrente, no se perdonaba ni dinero, ni calumnia, ni cábalas, ni intrigas para reducir y ganar á los que se oponian, ó para desterrarles de las cortes, y sustituirlos por otros que fuesen propicios á la grande empresa.

Estos y otros hechos son tan repetidos y notorios, que ninguna necesidad hay de garantizarlos con citaciones; sin embargo, el que quiera podrá leer á mas de las obras indicadas las Memorias para servir á la *Historia eclesiástica del siglo XVIII*, vol. IV, París, en Adrian le Clerc, 1816, en donde hallará hechos indudables y numerosas citaciones que garantizan lo que hemos expuesto.

Pero detengámonos un poco, y hagamos desfilar delante de nuestros ojos este imponente ejército de los llamados filósofos, que han jurado la destruccion del Cristianismo para pasar despues, como han comenzado ya, á abolir toda idea de Dios, y preparar á sus descendientes el ser asesinos sin remordimientos.

Se presentan en primer lugar los Escépticos, que han esparcido dudas sobre todas las cosas, y ayudados por los Idealistas nos dicen que ni siquiera sabiamos con certeza nuestra existencia individual. Vienen luego los Cosmólogos ateos, que admitiendo la existencia de las cosas no convienen en admitir su causa; para evadir la necesidad de admitir un Criador recurren á la casualidad, á la fatalidad, á los átomos, al agua, al fuego, á las fuerzas de atraccion, de repulsion... Siguen los Naturalistas, que para desmentir la cosmogonía de Moisés y hacer pasar los principios de la Religion por una impostura, van á socavar los montes, á examinar las sierras y minerales, hacen hipótesis sobre los mares, miden los álveos de los rios antiguos, cuentan, calculan, y deciden con un aire magistral que los nuevos descubrimientos de la filosofia no convienen con las habladurias de Moisés. Vienen en ayuda de estos los Materialistas, que no admitiendo existencia sino de lo que ven, esto es, de la materia, se alambican los sesos para materializar el espíritu, ó espiritualizar la materia; y de aquí es que ayudados por los Ideólogos hablan de las cualidades ocultas de los cuerpos orgánicos, y á fuerza de *sensibilidades, de pasibilidades, de sensaciones, ó de especies de sensaciones*, se esfuerzan á analizar las operaciones del entendimiento, de la memoria, de la voluntad, del juicio, y exaltan la fuerza y energia del *órgano pensante* desconocido, que á la muerte se descompone y se va en humo.

Entran despues los Moralistas, y anuncian á todo el mundo que han descubierto el verdadero origen de la moral, de la virtud y de los vicios, pero sobre fundamentos quiméricos: que vicio y virtud en el sentido antiguo son nombres vanos: porque todo lo que es útil es virtud, y lo dañoso vicio: que todo es relativo, y por consiguiente lo que á veces es virtud, á veces será vicio, y al contrario, lo que es vicio virtud, segun las circunstancias, localidades y climas. Sacan de aquí las grandes doctrinas sobre el derecho del mas fuerte, y obligaciones del mas débil, obligaciones, pactos, ó contratos que son siempre con-

dicionados tácitamente, y dejan de obligar si el mas débil llega á ser mas fuerte. De aquí es que impugnando, ó no haciendo caso de la inmortalidad del alma, ni de Dios, Juez indagador de los mas secretos escondrijos del corazon humano, dicen, que ninguna necesidad hay de tales dogmas para apartar el hombre del mal, y obligarle á obrar el bien; que los pecados de pensamiento ó de deseo nada hacen de mal, y que para prevenir ó castigar los delitos bastan las leyes humanas y códigos penales, sin necesidad alguna de paraíso ó infierno para las acciones no sujetas á los tribunales, estando el hombre interesado á abstenerse del mal y obrar el bien, so pena de ser aborrecido y despreciado de los demás hombres, debiéndose contentar con los deleites que podrá hallar aquí, ya que no pueda gozar aquellos inefables, que se suponen en la otra vida. (Véanse las obras de Hobbesio, de Elvezio, del baron de Holbac y compañeros).

Siguen los Fatalistas, y gritan altamente que en el universo físico y moral todo está indistintamente atado á la grande cadena de la necesidad y del destino, y que el sentimiento interior que el hombre tiene de su libertad no es mas que una ilusion; porque el delito del malhechor es tan ligado con la necesidad como la emanacion y ejecucion del decreto á la horea.

Entran luego los Filósofos políticos, forman raciocinios sobre los derechos naturales del hombre, plantan teorías, segun su modo de ver evidentes, y con sus escritos, palabras y energia procuran poner en revolucion toda la tierra; pero por no saber, ó no querer distinguir los dos estados naturales del hombre, de que hemos hablado, y de que nos habla la Religion, esto es, el estado natural en que fue criado el hombre, y el estado de degradacion en que cayó por su culpa, en la aplicacion de muchas teorías se hallan engañados, como lo demuestran los hechos recientes; y si bien siguen obstinados en su empresa, despues de muchos rodeos y replicadas modificaciones de sus sistemas la experiencia les hace conocer, que si alguna cosa verdadera hay en sus teorías no es aplicable al estado presente del hombre, porque no siendo cual debería ser, y cual fue criado por Dios, la aplicacion no corresponde al principio, ni le corresponderá jamás.

Hallando, pues, tantos obstáculos se enfurecen contra la Religion, uniéndose á sus enemigos para humillarla y destruirla.

Despues de estos vienen los Historiadores viajeros, y aseguran que en ciertas costas del mar, y entre montes desconocidos han hallado hombres que ni conocen divinidad alguna, ni tienen la mas mínima idea de la vida futura, y aunque hayan solamente observado de paso estos hombres en la breve demora que hicieron entre ellos, afirman que de este fenómeno se puede deducir que la idea de Dios y de la vida futura no son naturales al hombre, y que el tan decantado argumento del consentimiento universal de todos los hombres pasados y presentes, nada sirve ya á favor de la existencia de Dios y de la inmortalidad del alma. De aquí es que pasando luego á hablar de los ritos, usos y supersticiones que inundan aquellas lejanas y desconocidas tierras, que dicen haber viajado, y hallando cierta relacion ó semejanza con los dogmas y ritos del Cristianismo, concluyen que siendo aquellos unas imposturas demostradas, lo son igualmente los de la religion cristiana.

En su socorro acuden los Mitológicos y anuncian á todo el mundo que ellos solos son los depositarios del gran secreto, cuyo descubrimiento humillará la memoria de todos los hombres que han habitado la tierra de veinte siglos has-

ta al día presente. Todas las religiones, dicen, sin excluir el Cristianismo, son imposturas nacidas casualmente de los misterios de los sacerdotes egipcios y persas, que poniendo ciertos nombres al sol, á las estrellas, planetas, épocas de las inundaciones del Nilo, á las estaciones del año y á los elementos, no habian intentado mas que hablar de agricultura y cosas pertenecientes al bienestar sobre la tierra; pero los hombres, y los mismos sacerdotes con sus astucias realizaron estos emblemas, estos ritos y nombres cabalísticos, y la ignorancia formó la Religion; de modo que los indios, los gentiles, hebreos y cristianos, bajo los nombres mitológicos de sus dioses, adoraron los astros sin saberlo. Discurriendo de este modo deducen la certeza del descubrimiento de este grande arcano de la analogía de muchas palabras, de la semejanza de usos y misterios, que segun ellos son en cierto modo comunes á todas las religiones. La inmensa erudicion de estos mitólogos, y sus discursos razonados admiran; pero citan libros antiguos y modernos, tomos y páginas, sin que en la realidad se halle en los originales una palabra de lo que citan. Impudencia verdaderamente original! ¿Quién lo creyera? Los Cristianos que hacen tanta pompa de su saber en materia de Religion son los mas tontos de todos los hombres; Jesucristo, de quien tanto hablan, jamás ha existido, es un ente de razon; los Evangelios que explican, sus hechos, su moral y sus dogmas son invenciones humanas é imposturas; falso el Talmud de los hebreos, falso el Alcoran de los turcos, que hablan de Jesucristo como de un verdadero personaje que existió en un tiempo determinado; engañados vivian todos los historiadores hebreos, griegos y gentiles; y los Cristianos que tantos siglos hace lo veneran son unos bobos. Por consiguiente preciso será que quememos todas las historias y monumentos, que digamos á los hebreos que su Talmud les engaña, y que odian un fantasma; que avisemos á los turcos del grande error del Alcoran hablando de Jesucristo como del grande Profeta que precedió á Mahoma. Será preciso decir que fueron unos insensatos y tontos, no solo los reyes de la Persia, y los filósofos griegos y latinos; sino tambien los emperadores romanos, que tanto hicieron para destruir el Cristianismo; porque no supieron decir á los Mártires, que padecian por un hombre que nunca habia existido, y que falsamente suponian que poco antes hubiese nacido, vivido y muerto en una *provincia romana*: no supieron decirles, que su vida, palabras y acciones, tenidas por tan públicas y circunstanciadas, no eran mas que quimeras inventadas ocultamente; y que aquellos Apóstoles, cuyos pretendidos libros conservaban, y cuyas cenizas veneraban, no eran mas que los doce signos del zodiaco, ó bien los doce genios de los meses del año solar presentados á su veneracion por los sacerdotes impostores. Esta sublime doctrina, este maravilloso y extraordinario descubrimiento estaba reservado á las investigaciones de los grandes hombres del siglo XVIII. Hé aqui las palabras de Volney, maestro de las locuras del muy conocido Dupuis, y diputado en la Asamblea nacional de Francia, en su libro intitulado *las Ruinas*, que segun su traductor italiano G. Barrere es una obra que no tiene igual; (y verdaderamente no hay otra obra que iguale la de Dupuis en bestialidades, alteraciones de textos, absurdidades y cuanto puede salir del frenesí de los locos). Despues de haber hablado á los indios, á los del Japon y de África sobre el origen de sus dioses, se dirige á los Cristianos, y dice: «Y vosotros, ó Cristianos, vuestro buey del Apocalipsis «con sus alas símbolo del aire no reconoce otro origen, y vuestro Cordero de



« Dios inmolado por la salud del mundo como el Toro de Mitra, no es otra cosa mas que el mismo Sol en el signo del Aries celeste, que abriendo á su vez « el equinoccio, en los tiempos posteriores, fue creído que libraba al mundo « del mal, esto es, de la constelacion del Serpiente, de aquel culebron engen- « drador del invierno, emblema del Ariman, ó Satan de los persas vuestros ins- « titutores. Así es: vuestro cielo imprudente vanamente condena los idólatras « á los tormentos del Tártaro, que ellos mismos han inventado. Toda la base de « vuestro sistema es el culto simple del sol, cuyos atributos habeis reunido en « vuestro personaje. Es el Sol el que, bajo el nombre de Orus, nacia como vues- « tro Dios en el solsticio del invierno entre los brazos de la vírgen celeste, y que « pasaba una infancia oscura entre la desnudez é incomodidades que lleva con- « sigo la estacion del hielo. Él es aquel que bajo el nombre de Osiris persegui- « do por Tifon y por los tiranos del aire era muerto, puesto en una oscura tum- « ba, emblema del hemisferio del invierno, y que levantándose despues de la « zona inferior hácia el punto mas sublime de los cielos, resucitaba vencedor « de los gigantes y de los ángeles destructores. ¿Qué es lo que murmurais, ó sa- « cerdotes? Vosotros llevais sus señales sobre todo vuestro cuerpo. Vuestra ton- « sura es el disco solar; vuestra estola es el zodiaco, y vuestras coronas son los « emblemas de los astros y de los planetas. ; Vosotros, ó pontífices, ó prelados! « Vuestra mitra, vuestro pastoral, vuestro manto son los de Osiris, y esta cruz « de la cual sin comprenderlo tan altamente proclamais el misterio, es la cruz « de Serapis delineada por los sacerdotes egipcios sobre el plan de un mundo « figurado... Ó reyes, ó sacerdotes (cap. 24), por algun tiempo podréis aun sus- « pender la solemne promulgacion de las leyes de la naturaleza; pero no está en « vuestro poder el destruirlas.»

Si á estos señores les pedimos: ¿cómo ha sido posible que se estableciese esta voz tan universal de la existencia de este hombre, que llamamos Jesucristo? Responde Volney (cap 22): «A fuerza de hablar de él hubo quien dijo que «le había visto, y esta primera voz bastó para establecer una certeza general.» *Ab uno disce omnes.* Mr. Huet en su *Demostracion evangélica* emprende demostrar con mas razon y fundamento, que las tradiciones de todos los pueblos tienen su origen en el pueblo hebreo, el mas antiguo de todos. Lo hace igualmente Mr. Bryant en su *Análisis de la mitología antigua*. Tambien lo hace la sociedad literaria de Calcuta en sus *Investigaciones asiáticas*; Mr. Mauricio en la *Historia del Indostan*; y Freret, *Siècles Litter. art. Freret., ann. Lit., tomo I, París.*

3.º Nada diremos sobre los efectos de la filosofía de nuestros dias. Toda la Europa y parte de la América ha experimentado y experimenta sus benéficos influjos. Solo en Francia en el año 1793 el número de los divorcios superó de una tercera parte el de los matrimonios. *Ami de la Religion*, marzo 1816. En una obra intitulada *Inventario de la revolucion francesa, 1815*, se lee: (sea lo que fuere de la exactitud del cálculo, que verdaderamente nos parece excesivo en sus resultados), que en el tiempo de aquella fueron hechas 25,428 leyes, sin comprender 8 constituciones; que los primeros funcionarios del Estado costaron 1,176.404,077 francos; que hasta al consulado de Napoleon hubo 1,136 conspiraciones; que fueron dilapidados 7.000,000 de millones de bienes nacionales, ó de emigrados; que por fin el resultado de tantas leyes, gastos y conspiraciones fue la muerte de 8.526,476 franceses.

4.º Por lo que toca á la religion cristiana, de la cual decia Voltaire: «Cansado estoy de oír repetir que doce hombres fueron bastantes para establecer el Cristianismo, y yo quiero probarles que uno solo basta para destruirlo.» Y respondia «así lo veremos» á Mr. Hérault, lugarteniente de policía que no era de su parecer (*Condorcet vie de Voltaire*). Esta Religion que se proscribía en los clubs de Francia, y que era atropellada en las cárceles y patíbulos; esta Religion á la que se renunciaba solemnemente en nombre de las naciones, y que con aplauso era blasfemada por tanta multitud de libros y periódicos de Italia y Francia; esta Religion que era burlada é insultada, convidando sus mismos seguidores á embalsamar la candente vejez de su cabeza suprema y pontífice Pio VI, porque ciertamente seria el último; esta Religion subsiste aun, y en este mismo tiempo de persecuciones y de sangre dilató sus confines á las provincias unidas de América, del Coromandel, Malabar é Indostan, y ha hecho ver que ella sola está fundada sobre una piedra firme, y que sus enemigos fabricando sobre arena vacilan al soplo mas ligero del viento.

Estas vacilaciones y mutaciones de sus enemigos forman uno de sus triunfos.

Efectivamente; se cuentan dos retractaciones de Voltaire, la una del 30 de marzo de 1769, la otra del 2 de marzo de 1778 (*Annal. Cat.*, tomo III): se confiesa estando enfermo en 1724, 1733, 1750 y 1778: declara que se ha confesado con el abad Gauthier, y que pide perdon á Dios y á la Iglesia de los escándalos que hubiese dado, etc. (*Mélang. de Philos.*, tomo IV, 1808).

Bayle nació protestante, fue despues católico, otra vez protestante y despues escéptico dudando de todo.

J. J. Rousseau protestante, despues católico sinceramente unido á esta Iglesia, como él mismo confiesa (*Promenad.* 3), y otra vez protestante, solo para recobrar sus derechos de ciudadano de Ginebra, como dice el mismo. (*Confes.* lib. 8). En sus escritos ya se inclina á los griegos cismáticos, ya á los socinianos, ya se muestra libertino, ya impío, ya devoto, y finalmente es suicida, como se cree.

Espinosa nació hebreo, fue despues calvinista, luego filósofo, y por fin ateo declarado.

Condorcet se gloria de haber calmado los espantos de Alembert en la hora de la muerte, y de haber impedido su retractacion.

Diderot en la hora de la muerte, nada seguro de sus sentimientos filosóficos, por medio de un criado confidente suyo hace llamar un eclesiástico, y trata con él con las mejores disposiciones, inutilizadas despues por sus amigos, que habiéndolo sabido lo distraen lisonjeándolo que obtendrá la salud llevándolo al campo.

Elvezio se retracta dos veces, y así otros muchos...

Otro triunfo de la Religion es la conversion de tantos enemigos suyos, ya en vida, ya en la hora de la muerte. Si quisiésemos escribir la historia de estas conversiones deberíamos formar un grueso volúmen; así es que nos contentaríamos con solo indicar algunas. Las de Mr. La Harpe, de Marmontel, de Chateaubriand hechas en perfecta salud son demasiado conocidas para que hablemos de ellas.

Mr. Charnois, célebre por sus escritos, á vista de la paciencia, resignacion é hilaridad de los sacerdotes católicos en las cárceles de la Abadía, y por el contrario, de la rabia, gritos y desesperacion de los filósofos de la misma cárcel,

busca ser instruido, se convierte, confiesa, y muere en la comun matanza. (*Ann. Relig.*, París, tomo I).

El conde de Boulainvilliers murió despues de haber recibido los Sacramentos con mucho conocimiento y religion.

La Mettrie despues de haberse confesado, en la hora de la muerte suplicaba á Rosembert que invocase consigo todos los Santos, y recitase las oraciones de los agonizantes.

Du Marsais, que murió en 1736, quiso recibir los Sacramentos, é hizo un conmovente discurso al sacerdote que se los administraba, de modo que Voltaire, escribiendo á D' Alembert, dice: «Estoy muy afligido por las monadas «de Du Marsais en la hora de la muerte.»

El mismo en la misma carta se muestra afligido de que Deslandes hubiese ordenado muriendo, que luego fuese quemado un cierto libro. Y en otra carta á D' Alembert, dice: «¿Qué decís de Mauvertuis muerto entre dos capuchinos?»

Fontenelle, que los filósofos contaban á su favor, pidió y recibió los Sacramentos, diciendo que habia vivido y queria morir en la fe de la Iglesia católica.

El demasiado célebre marqués de Argens, en su larga enfermedad comienza á desconfiar de sus antiguos sentimientos, y despues de haber tenido sérias conferencias sobre la Religion queda convencido, se arrepiente, confiesa, y pide al sacerdote que lo asiste que le sugiera oraciones para el gran paso de la muerte. Su hermano el Presidente cuenta con satisfaccion que este impio tan presuntuoso por fin se humilló.

Buffon se confiesa con el P. Ignacio Bongault, capuchino, recibe los Sacramentos en presencia de muchas personas, y tiene una muerte edificante. Á decir la verdad, siempre se mostró enemigo de los incrédulos, aunque les haya favorecido en sus obras. (Véase tomo IV *Mélang. de Philos.*, París, 1808).

Boulanger, autor del *Cristianismo sin velo*, en su última enfermedad asegura, que jamás habia tenido sino dudas, y que el solo dolor que sentia era de no poder reparar bastantemente el mal que habia hecho por el malhadado deseo de hacerse nombre.

El abad de Prades en su retractacion de 6 de abril de 1754 dice, que no podia tener bastante vida para llorar su conducta pasada. (*Barruel, Mem.* tomo I).

Mr. Boguer, miembro de la Academia Real de Francia, incrédulo bien conocido, despues de muchas conferencias se convirtió sinceramente á la religion católica, y murió en ella en el año 1738.

Montesquieu en su última enfermedad cumple todos los deberes de cristiano con grande edificacion, y dice, «que él jamás fue incrédulo de corazon; pero «que la vanidad de ser conocido y exaltado por los escritores del dia lo indujo «á comparecer tal, y que él confesaba que la Revelacion era el don mas bello «que Dios hubiese hecho á los hombres.» (*Feller, diz. ann. catol.* tomo III; *Barruel, Mem.* tomo I).

Thomas, en 1785, murió entre los brazos del arzobispo de Lyon, volviendo á la fe católica con las mejores disposiciones.

Mr. Thibault en *Mes Souvenirs de vingt ans à Berlin*, cuenta la muerte penitente del filósofo Toussaint, que en el acto de recibir la Comunion del sacerdote católico hizo un energético discurso á su mujer é hijos, y entre las muchas

cosas que dijo pidiendo perdon á Dios y á los hombres, confesó, que toda su incredulidad en sus obras, acciones, escritos y conversaciones familiares habia sido efecto de vanidad, de respeto humano, y para agradar á ciertas personas; pero que jamás habia sido incrédulo por convencimiento. (*Ann. Lit. Mor.*, París, tomo II).

Marmontel ya citado empleó los últimos años de su vida en el retiro y ejercicios de virtud, terminándola con una muerte cristiana. «Nosotros, dice el autor de los *Anales literarios y morales*, tomo IV, nosotros mismos le hemos oído maldecir estas pretendidas luces, de las que veía el horrible resultado, «y suspirar por los errores en que habia caído mas por vanidad que por concupiscencia, y llorar su imprevisión, reprobándose el haber concurrido sin conciencia, y contra los votos de su honesto corazón, á la infelicidad de su patria.»

Malesherbes públicamente abjuró sus principios filosóficos, gimiendo por haber ayudado la Revolucion. (*Tableau de Paris, An. Catt.* tomo III).

Mr. de Langle en su larga enfermedad que lo condujo á la muerte en 1807, se desengaña, arrepiente, y publica su arrepentimiento, pide perdon, y muda de costumbres, se vuelve dulce, paciente, resignado, habla de Dios, de sus gracias, de la Religion y de sus beneficios, se admira de no haber conocido estas cosas por tan largo tiempo, escribe en defensa de la Religion, da varios consejos á su familia, le pide perdon de la mala educacion que le ha dado, recibe los Sacramentos, y muere penitente. (*Mélang. de Philos.*, París, tomo IV, 1808).

Segun nos asegura *L'Ami de la Religion et du Roi*, París, tomo II, 1814, Mr. Larcher, muerto en el mes de diciembre de 1812, muchos años antes de su muerte fue iluminado por los funestos efectos de la Revolucion y por los frutos de la filosofia. En el dia 3 de mayo de 1793 firmó una retractacion en la que confiesa sinceramente «que él estaba unido con algunos pretendidos filósofos, «y que junto con ellos habia determinado destruir en cuanto pudiese la religion cristiana, y que á este fin en sus notas sobre Erodoto habia esparcido «máximas y proposiciones dirigidas á la subversion de toda religion,» añadiendo, que «detesta tales máximas y absurdas opiniones.»

El mismo autor (tomo IV, 1814) nos asegura que Mr. Mercier, famoso por el *Tableau de Paris* y por otras paradojas, se convirtió algunos años antes de su edificante muerte, y se entregó á los brazos de la Religion.

Lo mismo hizo el abad Soularie, autor de las memorias de Richelieu, de Aiguillon y de Massillon, como igualmente Mr. Carlos Palissot, conservador de la Biblioteca mazarina, el cual en los últimos años de su vida se desengañó, pidió los Sacramentos con expresiones edificantísimas, y murió con sentimientos cristianos.

A estos y otros muchos hechos, que los estrechos límites de una nota no nos permiten citar, ¿podrán los filósofos oponer un solo católico, aun de costumbres corrompidas, que fiel á su religion en vida, la haya abjurado en la hora de la muerte? ¿Puede acaso gloriarse la filosofia de nuestros dias de haber hecho un solo prosélito en aquel gran paso del desengaña, cuando ni se temen las violencias de los príncipes, ni las habladurías de los pueblos?

Finalmente la Religion cuenta otro triunfo sobre sus enemigos. Reunamos, por ejemplo, todos estos filósofos del dia con sus libros; tengamos la escrupulosa advertencia de no admitir en esta grande asamblea sino únicamente aque-

llos que á voz comun son reconocidos por libres pensadores y filósofos del siglo; recojamos de todo este gran conjunto de libros todo lo que directa ó indirectamente han escrito contra la Religion; formemos un gran libro, que por lo original de sus ideas, y por la variedad de sistemas entre sí, justamente podria intitularse *De las locuras humanas*; y luego reunamos de lo que queda de sus producciones todo lo que favorece, confirma y defiende la Religion, y tendremos otro gran libro de verdades, una apología imponente de la Religion, y veremos que ella sin tener en cierto modo necesidad de sus hijos que la defiendan, halla en sus enemigos protectores poderosos y defensores enérgicos de su moral y de sus doctrinas. ¡Tanta es la fuerza de la verdad y la eficacia de los resplandores de la Religion! Al que quiere el mundo eterno se le oponen los deístas, que reconocen la creacion: al que hace el mundo anterior de muchos siglos de lo que dice el Génesis, se oponen otros muchos que defienden la Cosmogonia de Moisés, protestando que no lo hacen por respeto á Moisés, sino que se confirman en este sentimiento por las escrupulosas observaciones que han hecho. Los ateos y fatalistas hallan terribles contradictores en los filósofos, que fijan por base la existencia de Dios, y que defienden el sentimiento íntimo de la libertad humana. Los que reprueban la moral evangélica son contradichos con acrimonia por otros, que la alaban y exaltan. Y bajando á hechos particulares, ¿quién ignora que el *Sistema de la naturaleza* ha sido confutado por Federico, rey de Prusia? ¿A quién son desconocidas las opiniones de Voltaire, y los sentimientos opuestos de J. J. Rousseau sobre la espiritualidad é inmortalidad del alma, las dudas del primero y los triunfantes argumentos del segundo? *L'Esprit* de Elvezio, tan aplaudido por muchos naturalistas, era mirado con indignacion por Voltaire, y llamado el libro de la materia, *lleno de errores y verdades triviales proferidas con énfasis*. ¿Podrá hallar Espinosa un opositor mas enérgico, un enemigo mas declarado que Bayle?

D'Alembert tiene por fábula é invencion el famoso testamento del párroco Meslier, publicado veinte años despues de su muerte, y difundido con tanto afan por Voltaire. (*Mélanges de Philos.*, París, 1809). Rousseau confiesa que el tratado con los enciclopedistas léjos de debilitar su fe la habia confirmado. (*Confes.*, lib. 8). Habla del amor del orden; pero demuestra que este estéril amor no sirve para atraer los hombres á la virtud. (*Emil.*, tomo III y IV).

¡Qué gloria no resultaria á la Religion de un libro tan grande y voluminoso, si en un lado de una misma página se hallasen expresas las objeciones de los filósofos contra la Religion, y en el otro las victoriosas respuestas de los mismos á favor de ella!

---



---

# LIBRO TERCERO.

## DE LA COMPOSICION INTRÍNSECA DEL CRISTIANISMO.

---

### CAPÍTULO I.

#### DE LA AUTORIDAD DE LA IGLESIA CATÓLICA.

##### § I. — *De la enseñanza que da á los hombres la Iglesia católica.*

La contemplacion de la naturaleza nos ha llevado á la Religion, y la Religion nos ha conducido inmediatamente á la Iglesia católica por la fuerza del racionio. La Iglesia católica difundida por toda la tierra, que recibió de su divino Fundador la promesa solemne de una continua asistencia, nos presenta grandes verdades, nos exige nuestra fe, no se dirige á los hombres con palabras sublimes, no usa del racionio y de la persuasion, sino que se reviste de una imponente y majestuosa autoridad. Veamos si le conviene ese lenguaje.

##### § II. — *Razones en que se funda esa instruccion.*

La Iglesia está fundada por la verdad, que es Jesucristo, Verbo de Dios, y hombre, establecida en la verdad, é invisiblemente asistida por la verdad. Ella es verdad, porque tiene el espíritu de la misma verdad increada; luego cuando ella habla es la misma verdad eterna la que habla en ella ó por medio de ella. Y como el carácter esencial de la verdad es el de no poder engañar, ni ser engañada, se sigue de ahí que cuando la Iglesia habla á los hombres serian estos muy faltos de razon si exigiesen de ella pruebas

persuasivas, ó racionios; debiéndoles bastar el saber que es la verdad que habla, la que por esencia no puede engañar ni ser engañada; y si bien la Iglesia, como verdad, debe demostrar á los hombres que lo es, cuando ya estos la han reconocido por tal, debe ella usar en atencion á su propio carácter no el lenguaje del filósofo que enseña, sino la voz del legislador que impone <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> El repetir ciertas verdades establecidas anteriormente será tal vez pesado á alguno de nuestros lectores; pero por poco que se consideren las cosas y las ocasiones se verá que es no solo útil, sino necesario para presentarlas en otro aspecto mas claro, ó bien para deducir otras verdades, que la série, ó las cualidades de lo que debia deducirse no han permitido hacerlo. Sirva esta advertencia para lo sucesivo, y vengamos al caso.

Ni la Iglesia, en cuanto por razon de su carácter es la verdad, debe hablar, dirigir y enseñar á los hombres de un modo diverso del que usa; ni los hombres, segun su presente estado natural, son susceptibles de otra instruccion y direccion. Fijemos un principio, y expliquemos nuestras ideas.

El conocimiento de la propia esencia, del fin á que está dirigido, y de los medios proporcionados á este fin, es necesario al hombre en cuanto es racional. Este es el principio.

Todos los hombres son racionales; luego como á tales á todos les es igualmente necesario de su propia esencia, del fin á que están dirigidos, y de los medios á él proporcionados. Estas verdades necesarias á todos, son igualmente para todos; por lo tanto, todos deben buscarlas y aprenderlas. Pero yo no veo para obtenerlo mas que dos caminos: el exámen propio, y la autoridad de otro. Detengámonos aquí y reflexionemos. La via del exámen no es adaptada, en primer lugar, porque es demasiado ardua, muy sujeta á inconvenientes, y fácil á declinar en mentiras é imposturas; y en segundo lugar, porque no es para todos los hombres. En prueba de ello demos una rápida mirada á la humanidad, considerada en su presente estado natural, y con relacion á la sociedad. En cuanto á lo primero, ¿cuántos hombres hay de un entendimiento obtuso, oscuro y poco perspicaz? ¿cuántos luchan con enfermedades y dolores? ¿cuántos tienen casi naturalmente un desórden de ideas, un trastorno del buen sentimiento, que muy sensiblemente da á conocer su natural degradacion? Y estos ¿serán á propósito para meditar atentamente, para combinar con acierto, reflexionar y hallar la verdad? Y en cuanto á lo segundo, ¿cuántos hombres hay que están obligados á emplearse en las artes de primera necesidad, que exigen toda la atencion del hombre, y sin las cuales no puede subsistir la sociedad, ni el hombre mismo? ¿Cuántos hombres hay de talento y penetracion que deben del todo ocuparse de la direccion del órden público y administracion de la justicia? Y estos ¿tendrán ocasion y tiempo para atender al descubrimiento de la verdad, trabajo tan dificultoso, largo y penoso para el hombre en su presente estado natural? Luego la via del exámen no es para todos los hombres; pero como por otra parte el conocimiento de estas verdades es esencialmente necesario á todos, forzoso es decir que esta no es la via adaptada, ni la propia de la humanidad, y que por tanto deben los hombres ser instruidos y dirigidos



§ III. — *El hombre, recibiendo las lecciones de la Iglesia de Jesucristo y sometién dose á ella, descubre en ella cualidades mas preciosas.*

Nos encontramos ya en el seno de la Iglesia, iluminados por sus resplandores. Nuestro entendimiento se somete á ella, y ella nos muestra por un lado el sagrado depósito de las Escrituras y de la tradicion, y por otro nos manifiesta la santidad de sus hijos fieles á su espíritu, y sus sorprendentes y sobrenaturales cualidades. Fijemos un poco nuestras ideas.

por otro medio. Otro no queda que el de la autoridad. Mas si consideramos este medio, en cuanto que la autoridad viene de los hombres, *con relacion á aquellas cosas que el hombre debe saber como hombre*, es esta via contra la misma naturaleza del hombre; porque ningun hombre, en órden á aquellas cosas que hemos dicho, tiene derecho para obligar á otro, ni alguno hay que deba sujetarse á las invenciones de otro. No es, pues, la via propia para hallar tales verdades la de la autoridad de otro hombre, y no siéndolo tampoco la del exámen, otra no nos queda que la de la autoridad del Criador y Gobernador de las criaturas, esto es, la autoridad de Dios. Este es el verdadero camino de la humanidad; y hé aquí que hemos venido á parar á la autoridad del Verbo increado de Dios, en cuanto es el Reparador, que habla al hombre decaído, así como el espíritu del Verbo increado de Dios, en cuanto es Criador, hablaba en cierto modo por medio de las criaturas inferiores, y era muy bien entendido del hombre inocente y perfecto. Ved ahí que estamos ya á la voz de la Iglesia, en cuanto es la verdad; ved ahí que hemos llegado al nexo de los dos anillos inseparablemente unidos. La grande Iglesia católica, en cuanto es la verdad, en razon de su carácter, no debe instruir á los hombres sino con su imponente autoridad, y los hombres, segun su presente estado natural, no pueden ser instruidos sino por una firme é imponente autoridad.

Se dirá tal vez, que si la via del exámen no es la via de la humanidad los hombres no pueden ser racionalmente cristianos; porque si bien es verdad que fundados en la firme autoridad de la Iglesia, no deben poner en duda, examinar ni investigar ninguna de las verdades que ella les propone; no pueden sin embargo dejar de examinar é investigar si la Iglesia tiene la infalibilidad, observar sus fundamentos, y pesar sus prerogativas. No haciéndolo así obrarian irracionalmente haciéndose cristianos, ó permaneciendo en el Cristianismo; y la mayor parte de los hombres entraria en él atraído por un no sé qué mas bien que por los resplandores y prerogativas de la Iglesia, que no habrian examinado, ni estarían en el caso de examinar, permaneciendo en él, únicamente porque en él han nacido.

Esta es una objecion que se forma con nuestros mismos principios. Con todo, sostenemos aun que la via del exámen no es la via de la humanidad; pero hagamos advertir á nuestros contrarios que aunque lo fuese nosotros tenemos una gran ventaja sobre ellos, debiendo ellos buscar, examinar é indagar cada

Desde el instante en que nuestro natural deseo de conocer la verdad nos hizo recorrer con una rápida ojeada todos los tiempos, todos los siglos y todos los pueblos de la tierra, hasta el punto en que descubrimos las brillantes cualidades de un pueblo privilegiado; desde el instante en que las luminosas cualidades de un pueblo resplandecieron á nuestra vista, é infundieron en nuestro temblante corazon un rayo de esperanza y alegría, observamos que la grande obra de la restauracion del hombre estaba anunciada desde los primeros dias del mundo; vimos que este pueblo iba recogiendo las señales, las tradiciones, que el Señor se

una de las verdades, como ya hemos manifestado, y nosotros no debemos buscar mas que una sola cosa, esto es, la veracidad de la Iglesia; siendo ellos mismos obligados á confesar que los resplandores de veracidad, los luminosos caracteres y prerogativas de la Religion de Jesucristo son tales que para ser aprobadas necesitan mas bien de atencion que de exámen. Pero no es esta nuestra respuesta directa porque siempre se verifica que una gran parte de los Cristianos no tiene de estos resplandores y caracteres fundamentales y luminosos sino un embrion, y una débil idea tal vez mal formada é inconexa, que no puede racionalmente formar cristianos, ni racionalmente conservarlos tales. Concédase todo esto; pero este embrion, esta idea confusa se halla unida en cada hombre con un don especial de Jesucristo de tal naturaleza y fuerza, que pone al hombre en un estado de seguridad, y lo dispensa de cualquier otro exámen. Ciertamente que no contamos doctas fábulas: un cierto sentimiento íntimo de la verdad de la Religion de Jesucristo forma el constitutivo de este don de Dios, y juzga cada cual si esto es un efugio para asegurar la débil fuerza de nuestros raciocinios. Vengamos á un hecho particular.

Hé aquí un jóven idiota que comienza á hacer uso de su razon. Nació en el Cristianismo, y tiene, como se supone, una idea confusa, un embrion de las bellas cualidades del mismo. Asiste con frecuencia á las instrucciones de su párroco: la voz de este, la fuerza de sus propias pasiones y el ejemplo de los otros le hace conocer que la Religion le manda cosas duras; pero al mismo tiempo y sin advertirlo reflexiona que estas cosas tan duras á la humanidad corrompida, son muy conformes á su razon. De cuando en cuando siente ciertas tendencias de su corazon que son aprobadas por su razon; ve sus necesidades naturales, y halla una mútua conexion entre ellas y la voz de su párroco con los medios que este le propone en nombre de la Iglesia. Siente entre estas voces y estos medios, entre estas tendencias del corazon y sus necesidades, una admirable relacion, y lo que es mas aun, muchas veces experimenta la innegable eficacia de una fuerza invisible de estos medios, que le arrebatara el corazon, se lo mueve, y lo conduce á la rectitud y probidad. A veces siente en su corazon unas dulzuras inefables que lo llaman á Dios; á veces ve cuadros terribles de sus propias miserias, experimenta impulsos interiores, oye internas reconvencciones, observa con frecuencia cuán bella y proporcionada se le presenta la conducta interior de su espíritu, ve en lo pasado ciertos rasgos de la

dignaba recordarle de tiempo en tiempo por medio de hombres extraordinarios y llenos de su espíritu; fijamos nuestra atención sobre la diligencia de este pueblo en examinar la misión y veracidad de estos hombres; observamos igualmente el extremo cuidado del mismo en conservar y aumentar este depósito sagrado, y vimos el aumento de luz que poco á poco se difundía sobre este grande objeto, viéndonos en la precisión de admirar la perfecta consonancia de cosas y de sentimientos provenientes de hombres de siglos, edades y genios tan distantes unos de otros. Por fin, vimos en la plenitud de los tiempos la realización de esos anun-

Providencia divina, las ocasiones, los motivos y fines; y estas cosas unidas á aquellas, y otras á otras, producen en su corazón este sentimiento íntimo de verdad, que toma mayor firmeza experimentando en todo lo que observa en el Cristianismo una cierta fuerza de seguridad, un cierto atractivo, que el mismo no sabe decir de dónde venga. Hé aquí que este hombre es cristiano á fuerza de sentimiento: siente mas su religión, de lo que la entiende, y este sentimiento íntimo, producido por la experiencia de una encadenación de tantas cosas y accidentes, lo hace racionalmente constante y firme mas que cualquier fuerza de persecución ó de exámen.

Pero, ¿será cierta, dirá alguno, será cierta la existencia de este sentimiento íntimo? ¡Hola! ¿Deberé yo demostrar á fuerza de racionios una prueba de sentimiento? Vos mismo, en cualquier parte, en cualquier lugar, preguntad á estos ignorantes; escoged, si quereis, aquellos que segun la filosofía tienen mas candor y probidad, preguntadles por qué ó cómo son, y han venido á ser cristianos: vos ciertamente veréis, que muy poco adecuadamente saben explicaros este *por qué*, este *cómo*: les hallaréis en una grande confusión y en una especie de ignorancia, que os moverá á pensar que su credulidad es efecto de nacimiento, de preocupacion y del ejemplo. Pero observad su firmeza y constancia á toda prueba, especialmente en muchos de los mas buenos, pesad sus grados y fuerza, y hallaréis una persuasión tan grande, que os obligará á pensar que antes dudarian de la existencia del sol, que de la verdad de su Religión. Y ¿de dónde viene una tal persuasión? Ellos lo ignoran: racionan sin saber racionar, reflexionan sin saber reflexionar, deducen consecuencias sin saber deducir, y todo esto lo hacen naturalmente y por una fuerza de sentimiento, que mas bien les hace sentir la verdad que conocerla. Este sentimiento íntimo, eficazmente victorioso de todos los sofismas, es el que la Iglesia presenta á sus hijos como uno de los dones que su Fundador le infunde perennemente. Él lo fija con mas ó menos fuerza; lo acompaña con mucha ó poca luz; como quiere, continuo ó intermitente; pero siempre ha sido y es victoriosamente comun á los sábios é ignorantes, á los grandes y á los pequeños, á los fervorosos y á los débiles, y muchas veces aun á los malvados en medio de sus oscuridades. Hé aquí el sello del Cristianismo, hé aquí la piedra que desmenuza todas las objeciones, hé aquí el punto que une el hombre á la grande obra de la restauración.

cios, el punto central de todas las tradiciones, la restauracion del hombre, el establecimiento de la Iglesia, el objeto de la revelacion. Ved á ese pueblo (cristiano) formado por todos los pueblos, y que presenta tambien sus Escrituras y sus tradiciones, apenas nacido. Mas bien pronto la irreparable y anunciada sustitucion del primero (el pueblo hebreo) hace ocupar al otro su lugar. La Iglesia tomó posesion por derecho de la guarda de las sagradas Escrituras y de las tradiciones de todos los siglos, y uniéndolas ella á sus Escrituras y recientes tradiciones formó *un todo*, que es el hermoso cuadro de la grande obra de la Redencion. ¡Cosa admirable! Las Escrituras y tradiciones de una nacion enemiga se enlazaron é ingertaron con tanta perfeccion en las tradiciones y Escrituras de la Iglesia, que formaron juntas un todo admirable y precioso. Saquemos de esto las deducciones oportunas.

En primer lugar, la unidad del cuadro de las sagradas Escrituras y de las tradiciones, su admirable conexion y enlace nos descubre la unidad del espíritu que las dictó, y nos da á conocer que el mismo que empezó la obra en los primeros siglos, la siguió despues, y la dejó luego cumplida y acabada.

En segundo lugar, el depósito de las sagradas Escrituras y de las tradiciones, que vemos confiado desde su origen á un pueblo, del cual pasa legitimamente á otro que lo conserva con gran celo por espacio de muchos siglos, y el derecho que goza la Iglesia de poder guardar solo ella las Escrituras y las tradiciones, son una consecuencia legitima á favor del privilegio exclusivo de que la Iglesia disfruta de presentarlas á los hombres, interpretarlas segun su verdadero sentido, y allanar sus dificultades; teniendo ella por otra parte las cualidades necesarias para que los hombres no teman que los quiera engañar, ó pueda ser engañada <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Si alguno, ó despreciando, ó no haciendo caso de las evidentes promesas de Jesucristo, ó no atendiendo á las luminosas cualidades de la Iglesia y á la posesion no interrumpida de presentar ella sola á sus hijos el verdadero sentido de las Escrituras, de aprobar, condenar, aclarar, etc., etc., nos dijese: yo quiero beber en la fuente, y para regla de la fe y de las costumbres me bastan las sagradas Escrituras, porque aquí se siente la voz pura de Jesucristo, sin ser corrompida por las tradiciones de los hombres, ¿qué le responderíamos? Está muy bien, le diría yo; tomad, pues, las sagradas Escrituras, separaos en este punto de la Iglesia, comunicad directamente con Jesucristo; pero advertid que lo que vos haceis tienen derecho de hacerlo los demás hombres, ya que se trata de las verdades esenciales, de la grande obra de la Redencion,

Por último, la realidad de la revelacion, el cumplimiento de la grande obra nos demuestra que la autoridad de la Iglesia no se ha fundado para crear, ó para enseñar nuevos dogmas y verdades antes desconocidas, ó aumentar los preceptos de la moral, sino para conservar perennemente viva la voz de Dios, y hacer resaltar las bellas cualidades del depósito á ella confiado.

El curso natural de nuestras ideas nos lleva á decir algo acerca otra cualidad de la Iglesia; la santidad. En el cuadro que dejamos trazado de la mencionada nacion, vemos desde el principio de los siglos una série numerosa de hombres dotados de las

que son igualmente necesarias á todos, y todos *en cualidad de hombres* deben saberlas. Ved ahí, pues, las sagradas Escrituras sujetas al sentido é interpretacion comun de todos los hombres. ¿Qué resulta de esto? La razon, y lo que es mas aun, la experiencia, nos enseña que un hombre halla en ella una verdad, otro otra; para uno esto es claro, para otro nada tiene de concluyente; algunos sacan de allí algunas verdades, otros las combaten obstinadamente; todo es confusion, y por lo mismo, dividida la Iglesia de Jesucristo, desterradas todas las tradiciones, desfigurada la grande obra de la Redencion, y hecha incierta, fluctuante é inútil. Estas son las legítimas consecuencias del paso que habeis dado, consecuencias que manifiesta la experiencia. Pero no nos detengamos aquí: hagamos otra reflexion. ¿No advertís que de este modo obligais y atraeis á los demás á la via del exámen? ¿que este no es el camino de la humanidad, como poco hace hemos demostrado; por consiguiente, que os habeis desviado, y conducido á los demás fuera de su propio camino, y que por lo mismo estando fuera de camino pasaréis, y tiraréis á los demás de error en error, de tinieblas en tinieblas, y de precipicio en precipicio, como lo hace ver la mas clara experiencia? En efecto, el mismo Rousseau (*Lettre de la Mont.*) en prueba de esto dice expresamente: « Los ministros protestantes no saben ya ni lo que creen, ni lo que quieren, ni lo que dicen... Se les pide si Jesucristo es Dios, no se atreven á responder... Se les pide qué misterios admiten, no se atreven á responder... El solo interés temporal es el que decide de su fe... No se sabe ni lo que creen, ni lo que no creen; no se sabe ni menos lo que fingan crear. Su modo de establecer su fe es impugnar la de los otros. » (*Feller, Cat. filos.*). Si Rousseau hubiese sobrevivido hasta nuestros dias, ¿qué es lo que hubiera dicho de las tan celebradas expresiones de teólogos protestantes, que caracterizan los dogmas de fe como *nubes de opiniones y sutilezas metafísicas?* (Véanse mis *Caractères de la verdadera Religion*, cap. 3, § 3). ¿Qué hubiera dicho de las clamorosas cuestiones ventiladas ahora por sus teólogos de Ginebra, de sus dudas, de sus subterfugios, en pocas palabras, de su claro socinianismo? (Véase *l'Ami de la Religion et du Roi*, tomo III y IV, París, 1817).

Volved, pues, las Escrituras sagradas á la Iglesia católica, respetad sus tradiciones, que son las tradiciones de todos los siglos, oid su voz, que es la misma voz de Jesucristo, que le ha prometido su infalible asistencia, y volviendo á entrar en el verdadero camino, seguid nuestros pasos.

mas bellas cualidades, adornados de dotes prodigiosas, llenos del espíritu del Señor, que de edad en edad, de siglo en siglo, despertaban á su nacion, y la conducian á la senda de sus antepasados, enseñándoles con diligencia obrar bien, porque les querian santos y perfectos. En medio de sus instancias, sus amenazas y sus consejos, vimos que sus palabras iban selladas con lo irreprehensible de su vida pública y privada. La santidad de estos hombres se comunicaba á multitud de individuos de aquella nacion, y así esta, en medio de la oscuridad del mundo entero, derramaba copiosa luz á los idólatras, y hasta á lo restante de aquel mismo pueblo, que se hallaba en el mas alto grado de corrupcion. Adelantando por grados, y llegando á la anunciada época de la irreparable desolacion de ese mismo pueblo, vimos que la nacion citada perdió junto con su templo, reino y altar, el luminoso espíritu de santidad y de dones extraordinarios; pero ese mismo espíritu de santidad, lo descubrimos desde el instante en la naciente Iglesia de Jesucristo. ¿Qué deduciremos ahora de estas observaciones?

1.º Que el mismo que concedió el espíritu de santidad al mencionado pueblo, el mismo que se lo mantuvo en medio de su mayor corrupcion, lo extendió á la Iglesia de Jesucristo, y lo conserva benignamente en ella como un don exclusivo.

2.º Que no pudiendo este pueblo disperso y degradado lisonjearse de que continúe en él un espíritu de santidad igual, ó semejante en algun modo, al que adornaba á muchos de sus antepasados, se persuade en medio de su palpable ceguedad, del error en que vive; muy al contrario, la Iglesia de Jesucristo, que en su origen ha recibido el espíritu de santidad, posee la verdad con tan grande resplandor, que atrae á sí las miradas de todos, á todos ilumina, y á todos arrebatá.

3.º Que hallándose cerrados para el corazon del hombre degradado y corrompido todos los caminos que conducen á Dios, se sigue de ahí, que el espíritu de santidad no puede nacer mas que del punto central de la restauracion del mismo hombre, que es Jesucristo; y por eso debemos decir que todos los hombres justos y santos de la nacion citada pertenecian á Jesucristo, y eran ya partícipes de los frutos de la redencion ya decretada, aunque de ella solo tenian la esperanza y un conocimiento enigmático; luego, todos los hombres justos y santos de todos los siglos y de

todos los lugares, pertenecen á la Iglesia de que es cabeza Jesucristo.

§ IV. — *Conexión visible que tienen entre sí la luz progresiva de la razón humana, de la nación citada y de la Iglesia de Jesucristo.*

¡Qué idea mas grande tenemos nosotros del Ser supremo! El ente por sí, el órden por esencia, el infinito, el inmenso, el omnipotente, el criador universal! ¡Qué bellas cosas nos ha dado á conocer nuestra razón! Hemos penetrado en cierto modo en la misma esencia divina. ¡Un Padre generador, un Verbo engendrado, un Espíritu de amor que procede de entrambos! La mencionada nación, en medio de la profunda oscuridad en que yacia todo el mundo, se nos presenta revestida de brillantes caracteres, nos habla de Dios y engrandece nuestras ideas acerca de él. Ven-gamos á la Iglesia. ¡Oh Dios! Ved ahí la luz que nos ilumina plenamente; ved ahí los resplandores que brillan á nuestro alrededor; ved ahí la fuerza que nos atrae, nos arrebatá y roba el corazón. ¿Qué es Dios, segun el lenguaje de la Iglesia? ¿qué ha hecho el Criador universal por sus criaturas? ¿Á dónde las llama, á qué las destina, para qué las quiere? Vamos á verlo. La razón humana es como el alba que blanquea los cielos y los aires; es la citada nación como el sol naciente que dora las cimas de los montes, y la Iglesia de Jesucristo es la luz del mediodía que penetra en los valles, en las cuevas, da vida y movimiento á la tierra, á las plantas, á los animales, y llena el mundo de hermosura y de fecundidad. Siempre es el mismo sol: el sol es el que envia primero temprana claridad, es el sol el que nace despues, y el sol es el que mas adelante ilumina y vivifica. Así igualmente, si nuestra razón es obra de Dios, lo son tambien los caracteres de la nación citada, lo es tambien la Iglesia de Jesucristo. Es una obra sola: las partes son separadas, pero unidas... ved ahí un solo órden, una sola proporción. Este es un excelente instrumento, cuyas cuerdas son diversas... admirad en él la pericia del artifice... tocadle; oid; produce un solo sonido armonioso.

Y ¿será efecto de combinaciones accidentales tan admirable y bello entrelazamiento? Extendámonos en algunas otras observaciones. Ahí tenemos al hombre, ser dotado de razón y libre albedrío, espíritu sublime que penetra y se eleva hasta los mismos

arcanos de la Divinidad, soberano de la tierra, y objeto amado y predilecto de Dios. ¡Cuán grande se presenta el hombre á la luz de nuestro entendimiento! No son otros los juicios que forma la mencionada nacion acerca el hombre.

Segun ella el hombre es criado de un modo especial á imágen de su Criador, segun ella el hombre ha recibido inmediatamente de Dios la soberanía de la tierra: ella califica las condiciones y reservas de este dominio, y segun su lenguaje es el hombre un objeto de especial complacencia á los ojos de su Criador. ¡Cuán grande es el hombre! Pero, ¿y la Iglesia cómo piensa sobre el hombre? La Iglesia, adoptando las mismas ideas añade aun, que la naturaleza del hombre es mas grande y mas preciosa á los ojos de Dios de lo que el hombre es capaz de imaginar y creer. ¡Qué cosa tan grande es el hombre segun las expresiones de la Iglesia!

Pero, segun nos lo descubre nuestra razon, la naturaleza del hombre está en pugna con sus deberes hácia Dios, hácia los demás hombres y hácia sí mismo; la naturaleza humana está privada de la aptitud propia que deberia poseer para cumplir los fines á que está destinada. El hombre, por consiguiente, no es tal cual deberia ser, y así ni menos como Dios lo crió, está fuera de su verdadero estado natural, se ha degradado y corrompido. ¡Qué tinieblas! ¡qué oscuridad! Pero, ved ahí que en medio de esta oscuridad y confusion viene en nuestra ayuda la citada nacion, nos descubre nuestra corrupcion, nos señala su origen, y nos ofrece el remedio, manifestando sus cualidades, las circunstancias y hasta el tiempo mismo en que se nos ha de dar. Viene la Iglesia de Jesucristo, atestigua y confirma nuestra degradacion, su causa y su origen; reconoce legítimas aquellas esperanzas y promesas, las realiza, hace observar aquellos caracteres anunciados, las cualidades y el tiempo, y presentándolo todo á los hombres, manifiesta sus poderosos y saludables efectos. ¡Qué bello orden de cosas! ¡qué precioso enlace de ideas! ¡qué admirable cadena! La razon es su primer grande anillo, á este está unido el segundo (la nacion), y á este el tercero (la Iglesia). Estos son tres anillos principales distantes entre sí, pero visible y directamente unidos por una série de otros intermedios. ¡Qué hermoso resplandor de verdades! Fijad el primer anillo que recibísteis inmediatamente de Dios, y conoceréis la naturaleza de las cosas criadas y las lu-



minosas verdades que nacen de la razon humana. Pero deteneos... Buscad ahora, si podeis, ese enlace en las engañosas invenciones de los hombres (*las falsas religiones*), y se os descorrerá el velo que encubre á la engañoso obra de las criaturas, y las separa infinitamente de la resplandeciente verdad de Dios.

## CAPÍTULO II.

### ESTRUCTURA INTERIOR DEL CRISTIANISMO.

#### § I.—*Introduccion.*

Debemos ahora apartar la vista de este bello orden de cosas, para ocuparnos en otro objeto que llama poderosamente nuestra atencion. Tal es la disposicion interior del Cristianismo. ¿Cuáles son las cualidades de Jesucristo? ¿Cuál es su propósito, su fin, tocante á los hombres? ¿Qué medios ha empleado para alcanzarlo? ¿qué ayuda ha concedido á los hombres para que la aplicacion de esos medios sea eficaz? ¿qué relaciones tienen ellos con la sociedad? ¿qué ventajas producen? Estos y otros puntos vamos á explicar; y al ver la estructura del Cristianismo hemos de quedar mas llenos de admiracion aun, que cuando contemplábamos la naturaleza y observábamos la Religion en general.

#### § II.—*Esencia natural del Autor del Cristianismo.*

La tradicion de todos los siglos, el texto de las sagradas Escrituras y el lenguaje de la Iglesia nos presentan con mas ó menos claridad al deseado de las gentes como Dios, perfectamente Dios, y como hombre, perfectamente hombre. Ved ahí los misterios del Señor. El Verbo que nace y emana sin cesar del seno del Padre, que es el esplendor de su gloria y es amado de él; para dar cima á la obra de la restauracion del hombre, crea, se adapta y se hace suyo un hombre con la cooperacion del Padre y del Espíritu Santo, que obran como un solo Dios. El Verbo de Dios, el alma y el cuerpo del hombre en el Verbo de Dios, son un todo solo; pero el Verbo de Dios no es el alma y el cuerpo del hombre; ni el alma y el cuerpo del hombre es el Verbo de Dios. Hay dos naturalezas perfectamente distintas. El Verbo de Dios es consustancial al Padre, Dios, esencialmente Dios. El hombre es consustancial al hombre, enteramente hombre por razon de la

naturaleza humana. Y no es el hombre el que ha asumido, encierra en sí, termina y perfecciona al Verbo de Dios, esto es imposible; es al contrario el Verbo de Dios el que ha asumido y termina al hombre. Es una sola persona, el Verbo que lleva al hombre; lo invisible que hace suyo lo visible, lo increado que lleva la criatura; lo infinito, lo inmortal, lo impassible que toma á sí lo finito, mortal y pasible. El Verbo y el hombre constituyen á Jesucristo, como el alma y el cuerpo constituyen al hombre. Hé ahí, pues, dos principios activos en un solo compuesto, el Verbo de Dios, y el alma humana de Jesucristo; pero el Verbo de Dios, en esta cualidad de Verbo, no obra separadamente del Padre y del Espíritu Santo, sino en los actos personales intrínsecos; luego, el alma humana es el principio activo inmediato de todas las acciones visibles de Jesucristo, mas el alma humana no subsiste por sí, sino en el Verbo y por el Verbo; por lo que esas acciones no son total y realmente suyas sino del Verbo y con el Verbo; así es que los actos y pasiones de Jesucristo son actos y pasiones de un hombre-Dios. Hé aquí lo que es Jesucristo: hé aquí lo que es el Deseado de todas las gentes, el esperado de todos los siglos. Un Dios-hombre. El corazon nos dicta la conveniencia de estas cualidades.

Si él fuese solo Dios, y aparentemente hombre, exclamaríamos en medio de nuestro envilecimiento y corrupcion: ¡cuán distantes estamos de él! y si no fuese Dios, y no mas que hombre, diríamos, que se halla á gran distancia de Dios para atender á nuestras necesidades; pero un Dios-hombre... nos ofrece una garantía segura de las misericordias del Señor hácia nosotros, nos acercamos á él, y él nos eleva hasta Dios, nos da esperanza, consuelo y fortaleza.

### § III. — Admirable nacimiento de Jesucristo.

El Verbo de Dios, que debia ser en su humanidad consustancial al hombre, verdadero descendiente y verdadero hijo del infeliz Adan, el Verbo de Dios, que exceptuando el pecado y el desorden de los apetitos, debia cargar con todas nuestras debilidades y miserias, habia de ser concebido y nacer de una mujer como los demás hombres. Así fue; y esto es lo que corresponde á Jesucristo como á hombre. Pero el esplendor de la gloria de su Padre exi-

gia una distincion singular. El espíritu del Señor con una fuerza invisible formó el cuerpo de Jesucristo en el seno de una Virgen purísima, la mas santa y perfecta de todas las criaturas, y que habia sido prevenida con la afluencia de las bendiciones celestiales; mas la Virgen, por privilegio inaudito, fue Madre y Virgen, quedó Virgen y Madre, y perseveró siempre Virgen.

§ IV. — *Distincion mas clara de la voluntad humana de Jesucristo.*

El alma humana de Jesucristo en el Verbo de Dios se penetró desde el primer instante de su existencia de los designios del Señor sobre él, y de su misericordia hácia los hombres; desde aquel punto conoció el alma humana de Jesucristo, que se hallaba destinada para la grande obra de la Redencion de los hombres; vió lo pasado, lo presente y lo futuro, todo se descubrió ante sus ojos, sus penas, sus dolores, su crucifixion, su Iglesia, sus dones, la ingratitud de muchos hombres, la buena correspondencia de algunos, la incredulidad de otros, las blasfemias, la piedad, el amor de todos los siglos: todo lo conoció, á todo se prestó, y á todo se sujetó. Ella fijó sus miradas en el Verbo, y aprobó y destinó para el tiempo, cuanto el Verbo queria y habia predestinado antes de los siglos. La gloria y la voluntad de Dios, su Creador y su Padre, la restauracion de los hombres sus semejantes y hermanos suyos, fueron el objeto y fin de su voluntad <sup>1</sup>.

§ V. — *Aclaracion acerca la verdadera época de la fundacion de la Iglesia de Jesucristo.*

Jesús fundó su Iglesia; mas conviene advertir que no hablamos aquí ya de aquella fundacion exterior y pública, de aquella admirable consistencia que hace diez y ocho siglos dió Jesucristo mismo á la Iglesia; nos referimos al orden interior, y á los medios que Jesucristo ha establecido para conseguir la eficacia de su redencion en los hombres. Jesucristo, pues, fundó su Iglesia, ó

<sup>1</sup> Adviértase que si para poner mas en claro y distinguir la voluntad humana de Jesucristo de la voluntad del Verbo hemos usado algunos términos que no son teológicos en todo rigor, jamás ha sido nuestra intencion desunir la voluntad humana de Jesucristo de la persona del Verbo. Las acciones se atribuyen á la persona, aunque provengan de la naturaleza.

por mejor decir, la perfeccionó y realizó, por que la Iglesia no tuvo principio en esta época. Volvamos la vista á los primeros tiempos; al infeliz padre del género humano, el primer hombre, primer hijo de la Iglesia de Jesucristo, el primero que haya experimentado los efectos preciosos de la determinada redencion; y si descendemos paso á paso en la historia, ; cuán bello no ha de parecernos ver el sucesivo engrandecimiento de la Iglesia de Jesucristo en aquellos primeros Padres y antiguos Patriarcas del pueblo escogido ilustrados ya acerca el futuro Libertador, que saludaban á lo léjos y cuya gracia sentian ya en sus corazones, y por la cual eran iluminados y santificados ! Y aun nos parecerá mas admirable en la época de Moisés el ver el engrandecimiento firme y ordenado de la Iglesia de Jesucristo, que debia venir, que era esperado, y como venturo era prefigurado, y como delineado con la mayor precision en los sucesos de este pueblo, en los ritos y en las mismas ceremonias que aquel antiguo legislador ordenó en nombre de Dios para forma exterior de la religion que á aquel pueblo convenia; mas, hé aquí que en la época del Cristianismo ya no es la Iglesia de Jesucristo el esperado, el que ha de venir, sino la Iglesia de Jesucristo que ha realizado ya las esperanzas, ha satisfecho los deseos con su venida al mundo; no es ya la Iglesia que recibe de su futuro libertador luces y auxilios retrógrados; no, es la Iglesia que goza en la posesion de ese Libertador el cual no abandonará jamás. Y sin embargo, es siempre la misma y única Iglesia. Jesucristo no se limita como antes á verificar el restablecimiento moral del hombre por medio de una fuerza invisible y poco conocida, sino que usa ya de medios materiales y sensibles con cuya aplicacion comunica sus gracias y dispensa sus misericordias interiormente, significando en el acto material y sensible la operacion espiritual é interior.

#### § VI. — *Carácter del sacerdocio de la Iglesia de Jesucristo.*

Desde la época infeliz de la caída del primer hombre se ve la necesidad de la institucion del sacerdocio. En cada tribu, en cada familia, el jefe de ella era en los tiempos antiguos el verdadero y único sacerdote de todos sus miembros, de todos sus hijos y descendientes. Es de notar, que esos jefes de familia movidos del

espíritu del Señor, que mas ó menos directamente se les comunicaba, ofrecían á la majestad de su Criador sacrificios de propiciación y de paz, que simbolizaban al místico Cordero que habia de ser sacrificado para su felicidad y salvacion; pidiendo en ellos para sus familias las bendiciones y prosperidades presentes y futuras. Mas tarde aparece el sacerdocio de Aaron creado por derecho de estirpe, y dispuesto de manera que simbolizase mas claramente en los ritos, en las ceremonias al Deseado de las naciones. Los sacerdotes lo ejecutaban entonces todo, segun las órdenes que el Señor les habia comunicado por medio del legislador Moisés. Los sacrificios de corderillos degollados, las asperciones frecuentes de la sangre de los sacrificios, la irremision de los pecados sin efusion de sangre nos conducen directamente al sacerdote eterno, víctima y Sacerdote á la vez, que viene como un manso cordero al sacrificio sustancial de su propia sangre, para realizar su sacerdocio, y continuarlo hasta el fin de los siglos. Jesucristo forma la última época del sacerdocio. Despues de él los sacerdotes no son elegidos ya por su estirpe, ni de una sola nacion, ni sacrifican en un solo lugar; la realidad, la plenitud del sacerdocio no sufre estos vínculos; Jesucristo ha elegido sus sacerdotes de todas las familias, y de todos los pueblos, de todas las estirpes; les ha investido visiblemente en sus antecesores de su autoridad y gracia, las cuales se les comunican invisiblemente en el acto de su consagracion indeleble, y se les conservan invisiblemente. Son ellos los depositarios de las misericordias del Señor, los dispensadores de los Sacramentos, y por medio de su visible ministerio Jesucristo da las gracias, la vida y el restablecimiento invisible. Jesucristo obra por medio de ellos, mas bien, obra en ellos. Y si los antiguos sacerdotes anunciaban al pueblo lo que debia venir, estos le enseñan lo que ya se ha cumplido; si aquellos ofrecían en holocausto un cordero, como emblema del cordero que debia borrar el pecado del mundo, estos ofrecen en sacrificio al mismo Cordero que ya ha borrado el pecado; aquellos eran la representacion y el principio del sacerdocio, estos son la realidad y el complemento del mismo.

---

---

## CAPÍTULO III.

DE LOS MEDIOS, Ó SEA TESOROS SAGRADOS, QUE DEJÓ JESUCRISTO  
EN SU IGLESIA PARA EL RESTABLECIMIENTO DEL HOMBRE.

### § I.—*Ideas preliminares.*

Después de haber visto la realidad de los dones prodigados por Jesucristo al sacerdocio para edificación y aumento de su Iglesia, vamos ahora á observar cuáles son esos tesoros, esos dones, en una palabra, esos Sacramentos de Jesucristo. Lo primero que acerca este punto se nos ofrece es, que estos Sacramentos son muy á propósito para significar el despojo interior de la corrupción de Adán, la renovación del espíritu y una nueva vida del alma. Consolador en extremo es el ver como por medio de Jesucristo renace el hombre de nuevo en Dios, crece, se fortifica, se alimenta, y cayendo vuelve á levantarse haciéndose vencedor del pecado y de la muerte. Observamos en segundo lugar, que Jesucristo quiso usar de signos materiales y sensibles, para dar cierta fuerza exterior á su invisible acción en el corazón del hombre, y que habiendo sido cosas materiales y sensibles las que ocasionaron la caída del hombre, sean también cosas materiales y sensibles las que sirvan de medio para su restablecimiento, no por su propia virtud, sino por la eficacia de los méritos de Jesucristo.

### § II.—*Del Bautismo.*

Id, dijo Jesucristo á sus discípulos, id á anunciar esta buena nueva por toda la tierra, y bautizad á los hombres en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; el que crea y sea bautizado se salvará. Este es el primer Sacramento con que Jesucristo introduce á los hombres en su Iglesia, y forma de todos los pueblos y naciones una sola sociedad. Esta visible aspersion de agua indica la purificación y el nacimiento invisible y espiritual del hombre. Jesucristo, que había recibido del Padre todo poder,

ofrece á los hombres este favor gratuito. Él presenta así á los hombres ante la presencia de Dios puros y cándidos, bellos é inocentes cual salieron un dia de su mano creadora. De su anterior degradacion solo le quedan al hombre escasos vestigios que no le hacen enemigo de Dios, sino que le obligan á tenerle presente, y á no olvidar su anterior desdicha; que no le fuerzan á apartarse de Dios, sino que le quedan por ser ocasion de acercarse mas á Dios; que ciertamente lo ejercitan y contristan; pero que al mismo tiempo le hacen cooperar laudablemente con Jesucristo y por Jesucristo á su destruccion, y á la propia perfeccion. Tales son los efectos del Bautismo, efectos que aunque no dén al hombre en el tiempo toda la plenitud de sus antiguos derechos, le devuelven en abundancia los que tiene á la posesion de Dios y á la eternidad <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Los vestigios de que hemos hablado poco hace consisten en cierta oscuridad del entendimiento, en la débil tendencia de la voluntad hácia Dios, y propension de la misma al anterior estado de desórden: esos vestigios no son pecado, pero son en comparacion á este como es la cicatriz á la llaga, la convalecencia á la enfermedad; no constituyen el hombre, pero están en el hombre; no lo dominan, pero lo llaman, le incitan é inclinan: y como no son residuos de lo que fue natural al hombre, sino de una cosa que debia haber sido en él, no tienen virtud para hacerle violencia, si él no se deja conducir, acomodándose y entregándose á ellos. En este caso únicamente es que se levantan, le sujetan y dominan, sin cambiar por esto de naturaleza, y quedando siempre vestigios y reliquias de aquel desórden original del hombre. Con todo, como la voluntad se les sujeta, inducen un nuevo desórden que el hombre mismo aprueba y quiere; y hé aquí un actual desórden en el que lo pone fuera de camino, y lo hace nuevamente esclavo, sin poder volver á la recta senda, y recobrar su libertad sino por medio de alguna fuerza superior que le alargue la mano, lo levante, y ayude á desatarse de estas cadenas, y volver al órden y á la libertad.

Por lo que mira á los efectos, á veces sensibles, del Bautismo, podria citar testimonios de hombres, que ciertamente no eran entusiastas ni sencillos; pero valga por todos san Cipriano, el cual de filósofo pagano que era se hizo finalmente cristiano despues de muchas y sérias reflexiones y meditaciones. Este en su carta á Donato se expresa en estos términos: « Cuando yacia yo en las « tinieblas y en una oscura noche, cuando me volvía acá y allá como dudoso y « ondeante en el peligroso mar de este mundo, sin conocer mi vida, y privado « de luz y de la verdad, juzgaba difícil y casi imposible, segun mis costumbres, « lo que la divina Bondad me prometia para mi salvacion: esto es, que se pu- « diese renacer, y que, animado con una nueva vida por medio del Bautismo, « dejase uno de ser lo que era, quedando sin embargo la misma construccion « del cuerpo, y que el hombre pudiese cambiar de ánimo y de entendimiento. « ¿Cómo es posible, me decia yo á mí mismo, una conversion tan grande? ¿có- « mo es posible que se destruya en un instante lo que la naturaleza y una larga



§ III. — *De la Confirmacion.*

El hombre renacido en Dios que levanta su frente serena hácia su Criador, y que comienza á gustar los dones de aquel, que en cierto modo lo ha amado en medio de sus mismos extravíos; el hombre, que debe cooperar con su benéfico Libertador á la perfeccion de un total restablecimiento, y á la destruccion en sí mismo de los restos del pecado, y de los efectos de los mismos, necesita de una fuerza superior; y ved ahí porque con el símbolo de la Confirmacion Jesucristo ha legado al hombre con la uncion del óleo sagrado la infusion del espíritu del Señor, y el valor y la fortaleza para abatir la iniquidad, y para no avergonzarse del nombre de Jesucristo, resistir á los enemigos, despreciar la falsa sabiduría del mundo, y abrazarse firmemente con la cruz. Ved ahí los efectos de este Sacramento. Si nos remontamos á los primitivos tiempos de la Iglesia, los veremos con toda su plenitud en los Apóstoles, que de tímidos y pusilánimes llegaron á ser por la infusion del espíritu del Señor, fuertes, valerosos y capaces de grandes empresas, despreciaron la muerte, y se sostuvieron victoriosamente contra los ataques del mundo entero conjurado contra ellos.

§ IV. — *De la Eucaristía.*

Hemos llegado al mas inefable misterio, á la fuente de las gracias, á la plenitud de los dones de Dios, á la adorable Eucaristía. No es este Sacramento una muestra de la gracia del Redentor, sino que es la gracia misma, el mismo Redentor. El que en el principio de los siglos, como Verbo del Padre, *dijo*, é hizo salir de la nada y formarse todas las cosas; el que con el mismo imperio é igual eficacia, *dijo* tambien en la plenitud de los tiem-

« costumbre ha endurecido y habituado? Pero despues que lavada toda mancha  
« con el agua regenerante, una luz superior bajó en mi pecho ya limpio y puri-  
« ficado; despues que, mediante el espíritu celestial, el segundo nacimiento me  
« hizo otro hombre, las cosas dudosas al instante se me volvieron ciertas, ma-  
« nifiestas las ocultas, claras las oscuras, y me pareció fácil lo que me parecia  
« difícil, y practicable lo que me parecia imposible, de modo que se podia bien  
« conocer, que lo que yo antes sentia en mí de carnal y sujeto al pecado era ter-  
« reno, y que al momento que el Espíritu Santo nos vivifica comenzamos á ser  
« de Dios. »

pos, é hizo el mas admirable y estupendo de los prodigios: Jesús, que en nombre de toda la humanidad está sentado á la diestra del Padre, no ha abandonado por eso á la Iglesia, y la asiste con su presencia corporal. Merced á este inefable misterio quiso estar tambien sentado personalmente entre los hombres de un modo admirable, espiritual é invisible, y con un solo acto dejar á los hombres el mas dulce de los consuelos, el Sacramento mas santo, el mas augusto sacrificio. Desenvolvamos nuestras ideas, y examinemos la Eucaristía bajo estos dos respectos: como sacrificio y como sacramento.

§ V. — *De la Eucaristía como á sacrificio.*

Para tomar el asunto desde el principio, recordemos otra vez como el sacrificio de Jesucristo se remonta en su origen, en su institucion hasta los primeros tiempos del género humano. Los primeros padres, de que podemos tener memoria, nos ofrecen el sacrificio de corderos, toros, y machos de cabrío degollados, como dimanado de la voluntad expresa del Señor; y todos los pueblos que sucesivamente fueron poblando la tierra conservaron en medio de su embrutecimiento y corrupcion la creencia de que se alcanzaba el perdon de los pecados y el favor de la Divinidad á beneficio de la inmolacion sangrienta de los animales. En los tiempos de Jesucristo la tierra toda estaba llena de estos holocaustos de sangre y muerte. Pero las figuras y los símbolos tocaban ya á su término. La muerte y la sangre de aquel Libertador deseado detuvo la corriente de estos sacrificios, y trajo la realidad y la verdad á la tierra. Jesucristo, tantas veces ofrecido al eterno Padre desde los antiguos tiempos, y sacrificado y muerto en símbolos y figuras de animales inocentes, en el acto de su voluntario sacrificio, término, complemento y realidad de los anteriores sacrificios, no quiso hacer á su Iglesia de peor condicion, y dejó á sus hijos la dulce satisfaccion y la eficaz oblacion por la cual el hombre iba á reunirse á Dios, y por la cual todo lo que pertenecia al hombre se hacia agradable á Dios. Y no teniendo ya valor los símbolos y las figuras, porque la verdadera realidad del sacrificio se habia mostrado ya en medio de la tierra á la presencia de los pueblos, quiso Jesucristo que esa realidad continuase por todos los siglos de un modo inefable, y que la posteridad renovase incesantemen-

te ese sacrificio real, ofreciéndole á Él mismo en holocausto, así como los antiguos pueblos lo ofrecían en figura y símbolo de esperanza. Ved ahí un solo y único sacrificio, que con una sola y única esperanza, y con un solo y único fin, ha sido ofrecido en todos los tiempos por todos los pueblos y naciones, y con el mismo fin y esperanza lo es aun en todo clima, en todo lugar y en toda la tierra, y lo será hasta la consumacion de los siglos. Esta es aquella Hostia pura, que debía ser ofrecida y sacrificada al Señor (*Malach. 1*) desde el Oriente al Occidente, y por la que debía ser glorificado el nombre de Dios en medio de todas las naciones.

§ VI. — *De la Eucaristia como á Sacramento.*

No menos admirables son las reflexiones que nos ocurren acerca la Eucaristia como Sacramento, las cuales nacen inmediatamente de las relaciones que tenemos con Jesucristo, y de las que Jesucristo tiene con nosotros. Él es Verbo del Padre, y hombre al mismo tiempo como nosotros; pero su humanidad es santa totalmente, y divinizada por la persona del Verbo. Nosotros somos hombres con la misma humanidad de Jesucristo; pero nuestra humanidad se resiente todavía de su anterior corrupcion. Él es para nosotros el punto central de toda santidad, y nosotros en su presencia somos el principio de todo desórden. Todo cuanto lleva y ofrece Jesucristo al Padre de nosotros por nosotros, es grato y aceptable en Él y por Él, y todo cuanto alcanza Él del Padre para nosotros se nos hace gustoso, suave y benéfico; en Él y por Él se ha hecho hermano y representante nuestro, y nosotros somos dichosos en extremo pudiéndonos llamar hermanos suyos. Él es el primogénito de los hombres, el hombre por excelencia, que encierra en sí y representa la humanidad entera sin distincion de pasado, de presente y de futuro, á la manera que el primer hombre que fue criado contenia y representaba á toda la humanidad que deba nacer de él, ó por decir mejor, todos los hombres que debian descender de él. Él es la causa eficiente de nuestra justificacion; así como aquel lo fue de nuestra pérdida, nosotros somos sus miembros; mas no somos tan solo sus miembros místicos, pues quiso Él hacernos *en cierto modo* sus miembros naturales. Ved ahí los misterios del Señor. Jesús, bajo las especies de pan

y de vino nos hace partícipes de su propia naturaleza humana, nos alimenta con este manjar celeste, que por un modo muy diverso de lo que sucede con el alimento corporal, no lo convertimos en nuestra carne, sino que Él nos convierte en sí mismo. Así nosotros nos revestimos de la humanidad de Jesucristo, en la cual se convierte, si así puede decirse, nuestra humanidad. ¿Dónde está ahora nuestra corrupción? ¿dónde está la victoria de la muerte? ¿dónde está el príncipe de las tinieblas? Nosotros somos hijos adoptivos, y *en cierto modo*, naturales de Dios, objetos de la complacencia del Padre y del amor del Hijo, templos del Espíritu Santo, porque Dios no ve en nosotros mas que la humanidad de Jesucristo. Hemos adquirido un derecho mas firme, mas estable, inconcuso á la eternidad, al cielo, á Dios, porque somos y vivimos en Jesucristo.

Cuando hacíamos nuestras observaciones acerca la persona de Jesucristo, y escuchábamos aquellas palabras: «El que no coma «mi carne y beba mi sangre no vivirá;» ¡cuán repugnante se nos hacia esta idea! No sabíamos combinarla con los resplandores que nos comunicaban las cualidades de Jesucristo. Mas ahora, ¡qué consoladora perspectiva se ofrece á nuestra vista! ¡Cómo cambian de aspecto las cosas observándolas en su origen, en sus relaciones y en su fondo! ¡Qué preciosas son las luces del Señor! ¿No es cierto que las verdades están todas encadenadas y dispuestas entre sí con cierto agradable orden, y una vez se ha hallado el hilo, todo se aclara, todo se desenvuelve, y la verdad nos encanta con su brillo y esplendor?

#### § VII. — *De la Penitencia.*

Hasta aquí, en medio de lo mucho que acabamos de decir, hemos supuesto siempre que el hombre no ha de poner obstáculos á las operaciones interiores de Jesucristo; porque conviene advertir que si bien el Verbo de Dios crió al hombre sin la intervencion del hombre, no quiere redimirle y restaurarle sin la cooperacion del mismo, y se hace preciso que el hombre con la gracia de Jesucristo coopere á las gracias interiores del mismo, que haga lo que puede, que pida lo que no puede, á fin de ser ayudado á hacer que pueda. Así estamos viendo á cada paso transformaciones por la gracia de Jesucristo de personas que no piensan como

antes pensaban, que desean lo contrario de lo que antes deseaban, y causan admiracion al mundo, porque sus ideas ya no son las del mundo, sus acciones son opuestas á las del mundo, y sus virtudes no dimanán del mundo <sup>1</sup>; y al contrario, se observa que

<sup>1</sup> En este mundo moral exterior por lo regular no se ven las cosas sino por mitad, y á veces los engaños, las ficciones, las hipocresías, los disimulos y pretextos son tales y tantos, tan maliciosamente dispuestos y con tantos artificios, que embrollan, confunden y deslumbran al hombre pensador, que con un profundo exámen se esfuerza en hallar y conocer la verdad, meditando las acciones de los hombres, los sucesos humanos, y sus causas y efectos.

¿Cuántos, por ejemplo, quieren aparecer ricos, y no lo son; y por el contrario, cuántos desean aparecer pobres para enriquecerse mas? ¿Cuántos pretenden figurar entre los doctos, y son muy ignorantes? ¿Cuántos tesoros de candor, de simplicidad y de inocencia se hallan cubiertos de andrajos, y olvidados de todos? ¿Cuántos, que son un almacén de vicios, viven adornados con el oro, y condecorados con órdenes reales, recibiendo los homenajes, alabanzas y aplausos de todos? ¿Cuántos tienen por un punto de honor el ser morigerados, y en el fondo son hipócritas y malvados? ¿Cuántos quieren aparecer espíritus fuertes, y entre aquellos que no temen á Dios ni á los hombres, y tiemblan interiormente á la vista de un relámpago, y al movimiento de una hoja? ¿Cuántas vírgenes de nombre, que afectan un verecundo pudor y una pureza intacta, y en secreto imitan las mas desvergonzadas prostitutas? ¿Cuántas castas Penélopes en el exterior, modelos de fidelidad conyugal, y en la apariencia extremadas amantes de sus maridos, son en la realidad las mas impuras y traidoras, que aborrecen en vez de amar, troncan las genealogías de las familias, á veces tan vanamente ostentadas, y tienen aun la impudencia de ofenderse altamente á la menor sombra de sospecha de su quimérica fidelidad? ¿Cuántos amigos, benévolo en la apariencia, son en sustancia enemigos y traidores, que adulan dulcemente para morder con mas seguridad y eficacia?

Al contrario, ¿no gimen otros en los destierros y entre las cadenas, hechos víctimas de sus émulo, y aunque sean rectos de corazón é inocentes, no aparecen como la hez de la iniquidad á la presencia de los hombres? Y ¿no es verdad que se hallan muchos hombres doctos, naturalmente enérgicos y activos, sepultados en una vida privada, que, si estuviesen sobre el candelero, atraerian á sí la admiracion comun por sus virtudes y saber; pero que por no ser entrometidos, por no buscar ni ambicionar cosa alguna, contentos con su suerte, son tenidos por hombres de poco corazón, de baja esfera, y por tontos? Y ¿no hay otros de alma inocente y recta, que juzgan con las mas sanas y rectas intenciones, que generalmente son estimados por imprudentes, hipócritas y fanáticos?

Mas al entrar en el gran mundo interior de las conciencias, se disipan los engaños, las máscaras y las apariencias; y se ve al hombre cual es en sí, y la verdad aparece desnuda y sola. ¡Ah! ¡Si pudiésemos entrar en este gran mundo! ¡Cuántos nuevos descubrimientos se nos ofrecerian! ¡Cuántos misterios descubiertos! ¡Cuántas justificaciones de la rectitud de los divinos juicios! ¡Cuántas demostraciones de las mas grandes misericordias! ¡Ah! En-

mucha parte de los que llevan en sí los caracteres indelebles de hijos de la Iglesia de Jesucristo, sin atender á la preciosidad de los dones del Señor, y siguiendo las inclinaciones de su corrompida naturaleza, dando fuerzas á los restos y vestigios del peca-

tonces sí que veríamos la razon de ciertas elevaciones sublimes é improvisas, de ciertas desgracias impensadas, de ciertas muertes funestas, y comprenderíamos como tal vez las desgracias de un reino, las desolaciones de una guerra, las destrucciones de un terremoto, el exterminio de los bienes de una familia, como igualmente el auge de las riquezas terrenas, de las prosperidades, de los honores y dignidades humanas son magistralmente manejadas por la mano de Dios, de modo que al mismo tiempo sirvan á unos de premio efimero de alguna buena cualidad, ó de principio de un castigo eterno; y á otros de un misericordioso llamamiento á la virtud, ó de un mas claro desengaño para perfeccionarles en las virtudes. Si uno de aquellos hombres que por razon de su carácter tienen el mas grande y honroso encargo que se conoce en la tierra, cual es apartar los hombres de los vicios, y conducirlos á la virtud, pusiese á nuestra vista el mundo de las conciencias, nos llenaríamos de horror. Él nos haria ver las operaciones interiores del Criador sobre sus criaturas, las correspondencias y las negativas de estas; las réplicas, los alicientes, las amenazas y los reproches de aquel, las obstinadas repulsas ó respuestas complacientes de las mismas; las gradaciones de un merecido abandono del Criador, y la progresion de una densidad de tinieblas y endurecimiento de corazon de la perversa criatura, que hecha semejante á los brutos, ni advierte, ni siente, ni cree ya, y se regocija en su alucinamiento y miserable libertad.

Efectivamente un director de almas iluminado y sábio observador no puede tener una prueba mas y cierta de esta verdad de la religion cristiana, que esta vista y este tacto del mundo de las conciencias. Él pasa de ciudad en ciudad, de reino en reino, de nacion en nacion, y admira en todas partes los portentosos efectos de la gracia de Jesucristo; observa los medios y las direcciones con las cuales Dios conduce los hombres á su fin; ve los grados de malicia con los cuales las criaturas, desviándose siempre mas y mas, se alejan del Criador, y se halla en estado casi de anunciar anticipadamente los sucesos felices ó infelices que en tantos hombres pondrán término á la carrera de esta vida mortal. Considera las conciencias de los justos, y comparándolas con las de los malvados, admira las bellas disposiciones y órden tranquilo de aquellas, al paso que le espanta el tenebroso desórden y estado horrible de estas. ; Qué cosa mas admirable! En el gran mundo de las conciencias ve él en cierto modo á Dios y á los hombres, los caminos de la virtud y de los vicios, los progresos y los obstáculos, Dios siempre constante en sí mismo, y los hombres siempre los mismos, Dios triunfante de la dureza de los hombres, y estos que le dan su corazon, se lo toman otra vez, y otra vez vuelven á consagrárselo. Él observa como unos corren llorando por el camino de la virtud, otros tripudian corriendo por el mismo; y como á un repentino cambio de escena, el que tripudiaba llora, y el que lloraba tripudia. Él, por fin, contempla como á veces el malvado rie en medio de sus iniquidades, y á veces llora entre sus remordimientos; y como á veces la mano omnipotente de Dios se hace sentir sobre de él, rompe los lazos y las

do, no solo dejan de cooperar á las influencias interiores de Jesucristo, sino que renunciando en cierto modo al beneficio de la Redencion, corren por los senderos del mundo, entréganse á la iniquidad, destruyen el órden que en ellos habia establecido la gracia santificante de Jesucristo, y vuelven á su espíritu su antigua corrupcion. Hé aquí al hombre nuevamente fuera del órden, y lo que es aun peor, por su propia y actual voluntad, y con de-liberacion. Hé aquí al hijo de Adan que toma de nuevo la senda de su padre, y que por la regeneracion recibida de Jesucristo es también culpable de ingratitude y atrae sobre sí mayor castigo. Semejantes hombres nada tendrian que ver con Jesucristo, ó por decir mejor, Jesucristo nada tendria que hacer ya con estos hombres; ¿cuánto no ha obrado en su favor? Les ha regenerado y

cadenas que le tienen atado, y con un gozo inexplicable lo hace pasar al camino de la virtud. ¡Oh! ¡Qué admirable cosa es un pecador que se convierte! ¡Qué vistas inesperadas en su espíritu! ¡Qué sentimientos tan diversos! ¡Qué dulzura de atracciones! ¡Qué ternura de consuelos! ¡Qué pena mas suave! ¡Qué amor de penitencia! ¡Qué alegría del corazon! Pero al contrario, ¡qué es un justo que se aparta del camino de la rectitud! Ya no conoce lo que conocia, ni siente lo que sentia; ha dejado al Criador, y se ha dirigido á la criatura, y por esto corre errante y ciego sin saber á dónde, y pasa de tinieblas en tinieblas, de precipicio en precipicio, de pecado en pecado, siempre inquieto, sin hallar otro reposo que en sus irreflexiones ó en el suicidio. Hé aquí lo que vé un director de almas. ¡Cuántas dulces ideas se presentan á su espíritu! ¡Cuántas reflexiones penosas afligen su corazon! ¡Cuántas esperanzas, cuántos temores, cuántas solicitudes! Por una parte ¡cuán semejantes son los hombres los unos á los otros, y por otra cuán desemejantes! ¡Qué especie de uniformidad de proceder, y qué diversidad de operaciones! Se ve en el mundo físico el grande prodigio de los innumerables semblantes humanos, compuestos todos de los mismos miembros y todos desemejantes; pero el prodigio que se ve en el mundo moral de las conciencias es mucho mas grande aun: todas son semejantes, y no hay una que sea perfectamente conforme á la otra.

El incrédulo y el hombre del gran mundo no entienden esto; este lenguaje es bárbaro y desconocido para ellos. No entienden lo que decimos, porque no pueden percibirlo; y esta prueba de sentimiento de la verdad de la religion cristiana no es para ellos, porque no son susceptibles de ella, ni pretendemos que lo sean.

Vengan á atestiguarlo los infieles hechos cristianos, los herejes sinceramente reconciliados con la Iglesia nuestra madre, los pecadores verdaderamente convertidos, los débiles enfervorizados, los justos, los inocentes, las almas rectas de corazon, simples, inmaculadas, de toda edad, siglo, nacion y clima desde los tiempos presentes hasta los siglos mas remotos. Todos confirmarán lo que decimos; los pasados con las historias ingenuas de su vida y acontecimientos, y los presentes con una sincera confesion á solo honor de la verdad y gloria de Dios.

hecho puros é inocentes en presencia de su Padre, les ha fortalecido con su santo Espiritu, les ha alimentado con su propia humanidad, y convertidos en cierto modo en sí mismo. Sin embargo, la mano del Señor no se ha agotado para ellos; la bondad y misericordia de Dios es inconcebible para el hombre. El hombre que ha multiplicado sus ingratitudes, que se ha alejado de Dios, puede acercarse otra vez á él, y hacer que se olvide en cierto modo de su ingratitud. Jesucristo no olvidándose jamás del hombre, fijó este beneficio inestimable con ciertas condiciones. Él quiere que el hombre reconozca su deplorable miseria, que se humille ante el Señor, y apenas se atreva á elevar su vista al cielo, que llore sus extravíos, que implore piedad, y grite desde lo mas profundo de la humillacion, perdon y misericordia, que aborrezca sus desórdenes con dolor sin igual, y proponga firmemente hacer cuanto pueda para no caer de nuevo. Grandes cosas son estas; pero como la miseria y la perversidad del hombre llegan á tal extremo que le impedirian hacer esas cosas del modo que se requiere, Jesús le ha dicho, que las pida, y que se le harán posibles. Pero no basta esto: Jesucristo quiere que el hombre abata su orgullo, su soberbia presentándose ante otro hombre en el cual vea la misma persona de Jesucristo representada por la continuacion del sacerdocio, y le confiese oralmente una por una todas sus iniquidades, se obligue á hacer por ellas la penitencia debida, reciba las saludables amonestaciones del sacerdote del Señor, pida con instancia la vivificante absolucion, y el sacerdote del Señor á quien dijo Jesucristo mismo en sus antecesores, que cuanto él desate en la tierra quedará deshecho en el cielo, con un acto sensible le concederá por el precio de la sangre de Jesucristo y á nombre de Jesucristo la deseada absolucion, mientras que Jesucristo, segun él mismo nos ha asegurado, con una operacion invisible lo recibirá de nuevo en su seno, lo adornará con su gracia santificante, y lo volverá justo, del mismo modo y por los mismos medios con que en el Bautismo lo volvió hermoso, puro é inocente. Hé aquí, pues, otro nuevo Sacramento, otra nueva tabla de salvacion para arrancar al hombre del mas peligroso y funesto naufragio. No basta aun esto para el hombre; las gracias de Jesucristo en favor de este ser infeliz, ingrato y prevaricador no tienen fin. Si el hombre sucumbe nuevamente, y emprende otra vez la abandonada senda del mal, puede, alcanzando de Dios los mis-



mos sentimientos y resoluciones, agarrarse otra vez á esa tabla y salvarse del naufragio. ¿Qué mas podía hacer Jesucristo por el hombre <sup>1</sup>?

§ VIII. — *De la santa Uncion.*

No se cumplen aun con esto las benéficas miras del Señor. La vida del hombre es una lucha continua. Aunque supongamos que él conserve y aprecie el don inestimable de Jesucristo, y permanezca en la mas pura inocencia, le veremos siempre en un continuo combate interior. El espíritu del Señor que habita en él, y el espíritu de la carne que tiende á su anterior desvío se hacen mutuamente la mas cruda guerra, y el hombre que se siente inclinado ya hácia un lado, ya hácia otro, apenas puede negarse á la

<sup>1</sup> No se nos diga que esta individuacion de pecados hecha al sacerdote es una invencion bárbara de la Iglesia; porque al que hablase de este modo lo remitiriamos á nuestras anteriores reflexiones sobre las prerogativas y cualidades de la misma Iglesia, y pediriamos que nos dijese y determinase la época de esta cruel imposicion de un yugo tan pesado sobre los fieles de Jesucristo, y nos mostrase las quejas y reclamaciones que necesariamente debian haberse hecho sentir entonces en toda la vasta extension del Cristianismo. Nada de esto podria hacer ciertamente; porque antes al contrario, desde los primeros siglos de la Iglesia hallamos los testimonios mas ciertos de esta confesion. Ni menos se nos diga, que el manifestar á otro hombre lo que altamente nos deshonra, esto es, nuestras debilidades é iniquidades, es contra la naturaleza del hombre, por mas alto y escrupuloso que se sea el secreto impuesto al sacerdote, porque la misma naturaleza nos obliga á callar. El que habla de este modo da bien á entender que no conoce la naturaleza del hombre, y que no sabe distinguir entre lo que es *absolutamente* y *relativamente* contrario á la misma. Es ciertamente contra la naturaleza del hombre el cortarse un pié ó una mano; pero esta contrariedad es solamente *relativa*; porque si el cortarlos se hace indispensable para la conservacion del individuo, deja de ser contra, y pasa á ser muy conforme á la naturaleza racional del hombre. Así pues, aunque *relativamente* sea contra la naturaleza del hombre el verse obligado á manifestar á otro hombre las propias debilidades é iniquidades, deja de serlo, y pasa á ser muy conforme á la naturaleza racional del hombre, despues que Jesucristo ha unido la tal manifestacion á los otros medios por los cuales el hombre vuelve á Dios. Ni el hombre es obligado ó violentado, porque Jesucristo ciertamente no fuerza á ninguno. Él en la extension de sus misericordias presenta al hombre este nuevo medio para su salud, si él, que con la malignidad de sus obras ha renunciado ya al derecho de hijo del Señor, no quiere servirse de él para restituirse otra vez en gracia de su Padre, haga lo que le parezca, y su heredad será con los herejes é infieles.

tendencia que le llama á su anterior degradacion; él se pone sobre sí, se resiste, vuelve atrás, pero es fácil que á pesar de esto se haga culpable de cierta debilidad, de cierta casi involuntaria propension que le mantiene en una infinidad de faltas. ¡Cuán miserable es el hombre! No ha perdido por eso la gracia santificadora y la inocencia bautismal, mas no puede hacer alarde de aquella pureza que le fue restituida por Jesucristo, no puede preciarse de aquel santo amor que al separarse del cuerpo le llevaria inmediatamente al seno de Dios. Avancemos algo mas. El hombre que ha empañado su inocencia, que se ha entregado voluntariamente al desorden y á la corrupcion, pero, que conociendo al fin lo deplorable de su condicion, se vuelve afligido y triste hácia Dios; este hombre tiene dos enemigos que combatir, siente en su interior los restos de su corrupcion original y la fuerza de su desviacion presente, y ambas causas conspiran á su ruina. Él vive continuamente en una guerra mas cruel y dura aun, y entre el caer y levantarse, entre las victorias y las debilidades, va alternando sus lágrimas, gemidos y consuelos. De semejante condicion es comunmente la vida del hombre, mas al fin, cuando suena la hora de la muerte, el decreto irrevocable debe cumplirse sobre todo hombre: próximos á presentarse al Señor lo mismo tiembla el inocente que el penitente; tiembla el primero por su misma inocencia. ¡Dios! Ciertamente es una gran cosa, ¡Dios! ¿qué inocencia hay bastante pura en su presencia? Se le presentan sus defectos, sus faltas, sus ingratitudes, las inspiraciones del Señor, la gracia de Jesucristo, los peligros que ha corrido, las inclinaciones que ha halagado, y casi diré la fuerza que ha hecho para despojarse de la misma inocencia; y mientras tanto, el penitente piensa, reflexiona, se desalienta y llena de terror y espanto. ¿Dónde se halla el punto de union entre la justicia de Dios y su consoladora misericordia? ¡Cuán grandes serán, exclama él, los obstáculos que impedirán á mi corazon el unirse á su objeto y á su fin! ¿Y llegaré, por fin, á alcanzarlo? ¿No tengo motivos de desconfiar hasta en los últimos instantes? ¿Y cuán dolorosa é inconcebible será mi pena y mi tormento? Tal es la situacion del hombre en el lecho de muerte. Pero Jesucristo no le olvida. Hasta allí viene á enjugar sus lágrimas y á consolarle en su afliccion. Si él se halla rodeado de imperfecciones é impurezas, si no ha sabido aprovechar los beneficios de mi redencion, y por esto no

es digno de comparecer ante la presencia de mi Padre : Yo le haré tal. Jesús ha legado este don en la santificacion del óleo santo. El sacerdote del Señor unge á los atletas de Jesucristo, y al hacer sobre ellos la señal de la cruz, de la fuente inagotable de la gracia de Jesucristo mana un agua saludable que limpia, purifica y embellece al enfermo que coopera de su parte, y se reviste de esperanza. Los poderosos efectos de este Sacramento aparecen *á veces de un modo sensible al exterior*. Miradlo atentamente, ¿ dónde está ahora aquel horror de la muerte? ¿ dónde están aquellos temores y angustias? ¿ de dónde ha venido esa calma del espíritu, esa fortaleza, esa confianza total en Jesucristo? La muerte ya no es pavorosa para él, pues la mira solo como un tributo debido á la justicia de Dios, y como un medio que le conduce hácia su Criador por medio de Jesucristo. Las consecuencias de esta muerte, que tan funestas le parecian, no lo son ya; porque él ha renunciado su suerte, y ha abandonado todo su ser á su Criador y Libertador, al dominador de la muerte, al destructor del pecado. Sabe bien él que este le ama, que lo puede todo, y todo lo quiere en favor de aquel que no tiene mas voluntad que la de servirle. Así es la muerte del justo; este es el fin de las misericordias del Señor y de los beneficios de Jesucristo hácia el hombre en la tierra.

¡ Oh Dios, qué consuelo, qué ayuda, qué gozo es este ! ¡ Cómo este consuelo y este gozo nos demuestra y nos afirma en la evidencia de otras verdades que la Iglesia ofrece á la creencia de sus afortunados hijos !

El justo, ó el verdadero penitente moribundo, concentrado en su interior se anima y se llena de consuelo; porque sabe que todo el mundo ruega por él, y que él toma parte del mérito de toda accion virtuosa, de todo bien espiritual que provenga de los católicos sus hermanos, que se extienden del uno al otro polo de la tierra. Goza al considerar la inmensidad y perpetuidad de los votos de toda la Iglesia católica en favor de él despues de su muerte; y ¡ cuánto le mitiga sus penas y sus dolores la idea que él se forma de la solicitud que en su favor desplegarán las almas escogidas, y en especial las que fueron de sus deudos y amigos, que están ya unidas al sumo Bien ! ¡ Cómo se anima su esperanza ! ¡ cómo se llena de valór para encontrar impávidamente la muerte ! Si alejando de él estas ideas abre los ojos, y ve en derredor de su lecho la esposa, los hijos, los hermanos, todos sus amigos, que

lloran por él, se dirige á ellos, y les dice : ¡ *Hola ! ¿Qué es esto ? ¿os estoy saludando acaso por la última vez ? ¿Ha de ser eterna nuestra separacion ? ¡ Ah ! Dejemos estas ideas funestas á la bárbara filosofía del siglo, que no ve cosa alguna mas allá de la muerte. Nosotros estamos seguros de que nuestro último fin es Dios, busquémosle, pues, con afan ; en ese venturoso centro gozaremos juntos inseparablemente, dentro de poco y para siempre nuestra comun felicidad* <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Las grandes verdades que la Iglesia presenta á la creencia de sus hijos acerca la comunión universal de los bienes espirituales, acerca los sufragos para los difuntos y la intercesion de los Santos, y su solicitud hácia nosotros, elevan el alma del cristiano y la fortalecen.

---

---

## CAPÍTULO IV.

DE LAS INSTRUCCIONES DE JESUCRISTO DIRIGIDAS Á LA DEBIDA COOPERACION DEL HOMBRE Á ESTOS MEDIOS QUE JESUCRISTO HA ESTABLECIDO PARA LA REPARACION DEL HOMBRE MISMO.

### § I. — *Introduccion.*

Si Jesucristo hubiese considerado al hombre en la grande obra de la redencion como á un ser meramente pasivo, habria bastado entonces que el hombre se hubiese acercado á los Sacramentos, para poseer la gracia interior de Jesucristo, y ser regenerado; mas ni fue ni es así. El Señor quiso que el hombre cooperase activamente á su redencion, á su salvacion eterna; quiso que la libertad del hombre dependiese de Dios y del mismo hombre; si el hombre nada bueno puede obrar, ningun mérito contraer sin Dios, Dios nada quiere de este bien en el hombre sin el hombre. Sentemos, pues, este principio cierto é inconcuso, que el hombre debe trabajar por sí propio en su reordinacion moral, para su espiritual restauracion. Preguntemos ahora cómo ha de obrar el hombre.

Hé aquí que los hombres todos, abandonados á sí mismos, nada ven ni comprenden; se hallan circuidos por densas tinieblas que les ciegan. Con una mirada que se dé á los pueblos de la tierra se tiene una prueba evidente de ello. Pero Jesucristo acude también aquí al auxilio del hombre. No se limitó su amor á dar cima con el mas majestuoso aparato á la grande obra de la redencion; no quedó satisfecho con dar copiosamente los medios é instituir admirablemente los signos, de los cuales podia usar el hombre para conseguir la eficacia de aquella redencion. Él ha llamado al hombre á que cooperase... No basta. Lo ha solicitado con halagos. Aun es poco. Lo ha levantado y sostenido. Si el amor inmenso de Jesús no le hubiese inclinado á ofrecer al hombre tantos medios para que se levantara de su miseria y se robusteciera en la virtud; la obra de la redencion hubiera sido bella, preciosa, ad-

mirable solo en si misma ; pues el hombre para el cual se cumplió permanecería en su envilecimiento y en su depravacion. No por eso se habrian ocultado al entendimiento del hombre las dulces, las amorosas, las sorprendentes relaciones de esta grande obra con él ; pero semejante conocimiento hubiera hecho brotar á lo mas una que otra lágrima de sus ojos, mas no hubiera logrado conmover su corazon á una conversion saludable. Jesucristo, por lo tanto, con sus inspiraciones admirables ilustró el entendimiento para que conociera lo que debia obrar, y movió y mueve despues la voluntad á ejecutar lo que es debido.

§ II. — *De los mismos medios é instrucciones en particular.*

Las instrucciones que Jesucristo ha suministrado á los hombres para procurar su cooperacion dimanen directamente de la misma naturaleza de las cosas. Si el hombre, dice Él, está corrompido y siente en sí las inclinaciones y tendencias de su desviacion, esfuércese contra sí mismo, haga violencia á esta su corrupcion, procure cooperar á las gracias del Señor, y despojándose de sus malos hábitos, busque y use todos los medios para despojarse enteramente del hombre viejo, y alejarse resueltamente de aquellas cosas que, ó no forman su objeto y su fin, que es Dios, ó le impiden el alcanzarlo. Pero Jesús no se ha contentado con estas expresiones generales, que hubieran sido poco inteligibles al hombre, sino que se dignó manifestar con claridad, individualizar con precision, é inculcar con amor lo que de nosotros quiere. Él desea no solamente que nos despojemos de todas las maldades y de todos los defectos, sino tambien que nos revistamos de todas las virtudes y perfecciones, que dejemos de ser hijos de Adan prevaricador, y lo seamos de Dios restaurador.

Nos presenta un objeto general en el cual, como en un espejo, debemos fijar la vista. Mirad, dice, observad el mundo y los que siguen al gran mundo. El espíritu del mundo es el espíritu de la corrupcion y de la muerte ; vuestro espíritu es el espíritu de la reedificacion y de la vida ; por eso vuestro espíritu debe ser diametralmente opuesto al espíritu del mundo.

Los hombres del mundo gustan de hacer pomposos alardes, y de recibir con fausto y orgullo honores, estimacion y respeto de todos ; ambicionan y procuran llevar en todo la primacia. Que no

sucedá así con vosotros ; el que sea el último sobre la tierra será el primero en el reino de los cielos ; no tengais otro deseo ni aspireis á otro honor que al de ser hijos adoptivos de Dios.

Los hombres del mundo se juzgan afortunados cuando pueden acaudalar ricos tesoros, conquistar inmenso poder, y gozar tantos bienes de la tierra cuantos es capaz de desear su corazón. No seais así vosotros.

Daos por felices cuando os halleis en medio de la penuria, de las angustias, de la pobreza, acordándoos de que teneis un tesoro, un poder, un bien que nadie podrá usurparos.

Los hombres del mundo se entregan á las delicias y á los placeres carnales, se engolfan en los excesos y en la intemperancia. Pero no habeis de ser así vosotros.

Os llamaréis dichosos cuando sintais en vuestro pecho una suave inclinación á la castidad, un espíritu de templanza, de penitencia, de mortificación ; usaréis de los manjares de esta tierra únicamente para vivir, acordándoos siempre de la mesa espiritual del cielo, de aquella cena de la vida eterna que os prepara vuestro Padre celestial para saciar vuestra hambre por toda la eternidad.

Los hombres del mundo, vuelvo á decir, desean ser conocidos y estimados de todos, buscan títulos honoríficos, derechos de preferencia, mendigan el favor de los magnates, la protección de los soberanos, y todo lo esperan de los demás hombres.

Poned vosotros toda vuestra confianza en el Padre celestial, no busqueis mas título ni mas derecho que el de aspirar al reino eterno de los cielos, y podeis contentaros con que solo os conozca el Padre celestial, que os ha vuelto humildes, y os ha inscrito en el libro de la vida, porque sin su querer no se alzaré contra vosotros una piedra, ni caerá un solo cabello de vuestra cabeza.

Los hombres del mundo se irritan contra los obstáculos que contrarian su voluntad, alimentan un espíritu de violencia, de ira, de odio. No seais vosotros de esta suerte.

Sed mansos, humildes de corazón, añables, dulces en vuestros modales, sufridos en los contrastes, sin causar molestia á nadie, sino respirando en todas las adversidades y en todo lugar un espíritu de paz y de amor, de benevolencia y de olvido hasta de las mismas injurias, á imitación de vuestro Padre celestial que lleva el sol y derrama sus beneficios lo mismo sobre los buenos que sobre los malos.

Los hombres del mundo viven en la tierra como si hubiesen de habitarla eternamente; mas vosotros debéis vivir en ella de suerte que no os importe el abandonarla mañana.

Los hombres del mundo lo dirigen todo á sus placeres, á sus delicias, á su propio fausto y gloria; mas vosotros no habeis de alzar una paja del suelo, ni mover los párpados tan solo, sin dirigirlo á la gloria de vuestro Padre celestial, en el cual se halla vuestra gloria, vuestro provecho y vuestro bien.

Estas son las cosas que yo os mando; esto es lo que debéis obrar por mí; vuestro camino es el camino de los pocos, opuesto á las máximas del mundo; haced que se abra francamente para vosotros, y seguidlo con constancia.

Haced cuanto podais, pedid lo demás: abandonaos con toda sencillez en el seno de vuestro Padre celestial, pedidle con instancia, como tiernos hijos, que ilumine vuestro entendimiento, nueva vuestra voluntad, levante vuestras fuerzas, incline vuestro corazon á amar lo perfecto, lo santo, lo que sea digno de Él; pedidle que sea santificado su nombre en todos los pueblos y naciones, que venga á nosotros su reino, que se haga su voluntad, que os dé el pan de cada día, que os perdone vuestros pecados, que mire con ojos compasivos vuestras miserias, y no os deje caer en tentaciones superiores á vuestras fuerzas, y os libre de todo mal.

Pedid y obtendréis, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá.

Hé aquí en pocas palabras cuanto ha de hacer el hombre, trabajar, buscar, instar, y descansar luego en el que comenzó la obra de sus misericordias hácia él, que ciertamente le alargará su poderosa mano para que consiga el fin.

### § III. — *Se suelta una objecion.*

El hombre fue criado por Dios para gozar, no para sufrir; para la felicidad, no para la miseria; el hombre fue colocado por Dios sobre la tierra para que disfrutase placeres, no para que se privase de ellos; Dios dotó al hombre de tan bellas cualidades para que usase de ellas en provecho suyo y para gloria del Criador, no para que la sofocase y las aniquilase en cierto modo. ¿Qué especie de moral es esta que impone la mortificacion y la penitencia, é intenta conducir el hombre á la virtud por la senda de las lá-



grimas y del dolor? ¿qué moral es esta que aconseja mas bien la castidad que el matrimonio, el desprecio de sí mismo mas que el honor, la pobreza mas bien que las riquezas? Dios, benéfico por esencia, no ha criado á los hombres para esta moral extraña y contradictoria á la naturaleza. Ved ahí una objecion que tiene mucho vigor en apariencia, pero que en sustancia es á manera de un vapor ténue que al nacer se dilata y desaparece; ó cual leve sombra, que no bien se ha formado queda desvanecida.

La objecion cae por sí misma, porque el supuesto en que se apoya es falso. Dicese: *Esta moral, ó sea esta regla de moral no es para el hombre criado por Dios.* Nos hallamos perfectamente acordes con esto.

La dificultad está en que el hombre, segun hemos demostrado evidentemente, no es tal como lo crió Dios, sino muy diferente: luego la regla de la moral destinada por Dios al hombre inocente, ha de ser muy diferente de la regla de moral impuesta por Dios al hombre corrompido y degradado.

Sigamos con la objecion. *El hombre fue criado por Dios, no para sufrir, sino para gozar; no para la miseria, sino para la felicidad. Lo concedo. El hombre fue colocado por Dios en la tierra para que disfrutase de los placeres, no para que viviese privado de ellos. Admitido. El hombre fue dotado por Dios de tantas y tan bellas calidades para que usase de ellas en provecho propio, y mayor gloria del Criador, no para que las sofocase y las aniquilase en cierto modo.* No puede negarse; pero es preciso, replicaré yo, que me concedais tambien lo que antes he demostrado, que el hombre no solamente fue criado por Dios, sino tambien dirigido á Dios como á su último fin. Sentado esto, si el hombre fue criado por Dios, si el fin verdadero y sustancial del hombre es Dios, es preciso conceder que el hombre fue criado con una suave inclinacion á su fin; que sus cualidades, sus dotes, sus prerogativas, debian naturalmente llamarle, conducirle y unirle á su fin: es preciso conceder que en este estado dichoso el hombre habria debido poseer un dominio libre y absoluto sobre todos sus apetitos, y que en vez de ser dominado por los objetos sensibles, habria él ejercido su imperio eficaz sobre todos ellos. La vista de un rostro agraciado no habria sido capaz de ofuscar su mente, ni de arrastrar su corazón, y ligarlo, finalmente, á la criatura; antes bien le habria elevado á la contemplacion y al amor de las bellezas originales del Criador, de las cuales solo

es aquel rostro una *efimera* y pálida imágen. La melodía de una voz encantadora léjos de desviarle del Criador y estrecharle totalmente con la criatura, le habria transportado á la suavidad y dulzura de las eternas armonías, á Dios, órden increado, inmenso y supremo. Los atractivos de los inocentes placeres terrenos habrian excitado en él ardorosos sentimientos de la mas tierna gratitud hácia Dios, y en estos placeres habria hallado una muestra de los placeres eternos. ¿Puede decirse otro tanto en el estado actual del hombre? No por cierto: sus dotes, sus prerogativas, sus sentidos, sus cualidades naturales, en vez de conducirlo á Dios, que es el objeto y el fin á que se dirigen su razon y su corazon, le alejan de él, le unen á las criaturas, y á pesar de los toques de su conciencia le arrastran á cometer faltas, cuya malicia no desconoce, y aborrece aun en ocasiones mas favorables. Hé ahí, pues, la razon, la indispensable necesidad que tiene el hombre de moderar, regular y mortificar con los mas vigorosos esfuerzos sus cualidades naturales, rebeldes á Dios, que es su objeto y su fin. Mas estos esfuerzos, esta moderacion, se hace penosa á la humanidad degradada y corrompida, que no quisiera freno alguno, y que anhela, contra el dictámen de su razon y los sentimientos del corazon, apartarse de Dios, y abandonarse á las criaturas; aunque por constante experiencia solo encuentre un placer momentáneo, seguido de fastidio y cansancio, que le advierten el vil é injurioso cambio, y la abominable desviacion que ha hecho del camino señalado á él por Dios y por la razon. Por eso es que el hombre no puede practicar la virtud, único medio que le conduce á Dios, sino con esfuerzo y con dolor. ¡Desgraciada humanidad! ¡Infelices hijos de Adan! Vosotros fuisteis criados para Dios; vuestro noble destino fue el de participar, despues de un breve tiempo, de la misma felicidad de Dios; y fuisteis dirigidos á tan noble fin por medio del verdadero gozo, de rectos placeres, y de sólido honor. Pero ¡desgraciada humanidad! ¡Infelices hijos de Adan! Vosotros no sois ya como os crió Dios; ya no estais en vuestro estado natural, sino en otro totalmente opuesto; así no volveréis á Dios por la via del gozo, de los placeres y de los honores, sino solo por la via de la penitencia, de la mortificacion, de las lágrimas, del abatimiento y del dolor. Cualquiera otro camino está cerrado para vosotros; este solo os queda abierto. Hé ahí una demostracion sacada de lo íntimo de nuestra natu-

raleza. Y si hay hombres que cierran los ojos á tan intensa luz, vendrá á abrirselos una experiencia funesta, vendrá una edad mas madura á manifestarles los funestos efectos de tal ceguedad.

Aquí no hay salida, y tenemos el valor de decir que nuestros raciocinios acerca la degradacion de la naturaleza humana, unidos á los sentimientos de nuestro corazon, son tan convincentes, que no dan lugar á la menor refutacion, á la mas leve duda, ni á la mas fugaz sospecha. La razon y el corazon están acordes en proclamar que el hombre no es tal cual fue criado por Dios; la experiencia demuestra que las cualidades naturales del hombre, y sus sentidos no regulados, no moderados ni mortificados, forman del hombre un mónstruo horrible y abominable á sus mismos ojos<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> ; Grandes verdades! Pero estas verdades que pesan en el corazon de todos los hombres son insufribles en el corazon de muchos filósofos del siglo, hombres embrutecidos que, contra el dictámen de una sana razon, y contra el sentimiento mismo del corazon, quisieran que el hombre fuese destinado á las criaturas y no al Criador; hombres que envidian la suerte á los brutos, y se les hacen semejantes, buscando todos los medios para empantarse en el fango, y legitimar su inmundicia.

El hombre, dicen, ¿es criado por Dios? Quitemos este Dios, y digamos que nació de la tierra, y volverá á la tierra.

El hombre debe practicar la virtud: este es el solo medio que lo conduce á la felicidad y á su fin. Pero ¿la virtud es penosa? Digamos, pues, que no hay virtudes ni vicios; que son quimeras y nombres fantásticos inventados por los hombres.

Pero la moral de todos los tiempos y naciones, aun antes de Salomon, hasta nuestros dias está incontestablemente contra de nosotros. Pues bien: formemos una moral nueva, y plantemos por principio, que todo lo que es útil se llama *virtud*, y lo que es nocivo *vicio*: se nos opondrá que de un tal principio resulta una enorme lesion de los derechos del hombre; digamos con resolucion que no hay mas derechos sobre la tierra que el del mas fuerte; y si nos echan tu cara las consecuencias de un tal principio, y que una vez admitido serian vanas é ilusorias la firmeza de las promesas mutuas privadas, y la fe de los públicos contratos; no importa. Confesemos que en el comercio humano las promesas privadas y los contratos públicos son y deben ser siempre condicionados, es decir, que prometemos abstenernos de tal accion, que aceptamos la fiel y constante ejecucion de tal cosa mientras serémos mas débiles que los demás; pero que si llegamos á ser mas fuertes, toda promesa, toda fe y contrato es nulo por su naturaleza.

Este es el sistema establecido por Elvezio en su libro del *Espiritu*. El gérmen es sacado de Lucracio, Obbesio, Tolando y Espinosa. Elvezio ha sido precedido y seguido de muchos otros; y se ve claramente en las científicas produc-

ciones del día que, bajo el manto de una mas fina y adelantada ideología y fisiología, se prueba, mas ó menos solapadamente, de insinuar y dar curso á estas falsas y perniciosas doctrinas, que cuadran mas al corazon corrompido del hombre.

Con todo, la mayor y mas respetable parte de los filósofos incrédulos se atiene á la moral de todos los tiempos, cuya base es la misma naturaleza de las cosas, ó por decir mejor, la verdad eterna, que es el mismo Dios.

Estos, si bien alguna vez llenen de elogios la moral enseñada por Jesucristo, sin embargo, poco perspicaces ó menos consiguientes á sí mismos, le ponen terribles excepciones. La principal, y sobre la cual mueven tanto ruido, es la siguiente: — ¿Qué moral es esta, dicen, que mas bien aconseja la castidad que el matrimonio, que antepone la virginidad á los inocentes placeres de la naturaleza? —

De este modo, echando polvo á los ojos, seducen á muchos simples ya prevenidos por la vehemencia de una pasion vergonzosa. Para su desengaño hagámosles ver la pureza é inocencia de estos placeres... Pero ¿deberémos ensuciar este papel, y ser tal vez ocasion de escándalo á las almas puras y castas? Bárbara y cruel filosofía, que en nuestros días te esfuerzas á proclamar las torpezas del género humano, y á poner á la vista de todos el oprobio natural y las abominaciones comunes de la humanidad degradada. Animémosnos á este paso violento para avengonzar su degradante filosofía, que seduce sí, pero no raciocina. Segun nuestro método, remontemos al principio de las cosas.

El hombre, ó sea la especie humana, fue criada por Dios. Esta es una verdad incontestable y demostrada.

Nada que sea torpe y desordenado puede salir de la mano de Dios. Esta sale inmediatamente de la misma naturaleza de Dios, órden eterno é increado. Luego el hombre, ó sea la especie humana, fue criada por Dios en honor, órden y proporcion. Nada de *torpe*, nada de *desordenado*, nada de *vergonzoso* puso Dios en el hombre; todos sus miembros eran proporcionados á sus fines y destinos; todos eran igualmente dignos de honor á la presencia de Dios y de los hombres.

Á mas de la razon natural del hombre, aquel grande libro, cuya divinidad hemos demostrado; aquel libro que, aun considerado naturalmente, es el mas antiguo y respetable de todos los libros, nos asegura que los vestidos no son naturales al hombre, y que nuestros Padres, puestos en el estado en que Dios les habia criado, iban desnudos sin avergonzarse. Efectivamente ¿de qué tenían que avergonzarse? ¿Por ventura de las obras de Dios, admirables en su artificio interior y exterior, y tan bien proporcionadas á sus fines honrosos y puros? Pero despues que su orgullo les hizo infringir el precepto de Dios, el desórden moral que se apoderó de su espíritu pasó tambien en naturaleza á su cuerpo. Un desórden físico, que puso en desórden y contumacia sus miembros, dice el mismo libro, hizo humillar y avergonzar estos orgullosos hasta al punto de huir sus mútuas miradas, y cubrir su oprobio y vergüenza. Las mas secretas tinieblas fueron de ellos buscadas para la propagacion de sus hijos, que heredaron el físico desórden, la rebelion, contumacia y torpeza de los padres; y de este modo, entre estas tinieblas y vergüenza el género humano ha sido propagado hasta nuestros días sin distincion de tiempos, climas, pueblos y naciones

Que nos den nuestros filósofos y fisiológicos alguna razon física ó moral mas satisfactoria que esta. Pero continuemos.

¿Qué es la especie humana en este punto, á pesar de tantas precauciones tomadas mas ó menos por todos los pueblos y naciones para esconder á la vista de los demás lo que el pudor no permite nombrar? ¿Cuántos son los hombres que puedan gloriarse de haber sido siempre puros, y nunca tocados de esta suciedad? Para conocer el mas grande desórden que ha causado, basta leer las historias, que á veces con grandes reservas y palabras enigmáticas indican los efectos de esta infame y desenfrenada concupiscencia. No hablo de los efectos indirectos, esto es, de los odios intestinos, traiciones horribles, y guerras que han desolado naciones enteras; solamente digo, que si se quitasen las sobredichas reservas, y con toda libertad se compilase un volúmen de las impurezas infecundas, abominables, asquerosas é infames de todos los tiempos y pueblos, y casi diré de cada individuo, bastaria no solo para envilecer, sino para colmar de infamia y de oprobio todo el género humano. Torpezas ocultas que no tienen nombre; porquerias tales, que los mismos cómplices se avergüenzan de hablar de ellas, y á veces solo de pensarlas; suciedades infames y ciegas, que no perdonan edad, sexo, ni á los mismos brutos, que en tal materia, no obstante de ser irracionales, pueden servir de modelo de templanza y de órden al hombre furioso. Pasion general, que extiende sus furores y fealdades desde la corte de los mas grandes entre los reyes, hasta las chozas de los mas miserables entre los hombres; pasion insaciable, que no atiende á peligros, enfermedades, dolores, ni á la muerte misma; y que con frecuencia llega á tal extremo, que en estos furores libidinosos hasta los fétidos miembros de una prostituta, y ciertos esqueletos ambulantes de hombres, víctimas de sus lascivias, no dejan de arastrarse por este fango en el seno de la muerte misma, exhalando un alma corrompida, que causa horror á los presentes, pero no enmienda: en fin, una pasion tanto en desórden, que el refrenarla cuesta al hombre largas é increíbles violencias, y el satisfacerla conduce insensiblemente á los sobredichos excesos. Ved aquí cuáles son los placeres de la naturaleza llamados inocentes. Con todo, de estos se habla con gusto y en modos alegóricos en las reuniones y conversaciones; de estos se trata ó se insinúan en las obras de los literatos; sobre estos se canta en los teatros; y estos son disfrazados y hermoseados con el nombre de *amores*, y por ellos los hombres vuelven locos y furiosos.

Dios solo Autor de la naturaleza puede mediar este desórden introducido por el pecado. Esta verdad ha sido creida y proclamada desde muchos siglos (*Sap. VIII, 21*), y los hombres han implorado el auxilio de su Criador para ser castos. Estos auxilios interiores acompañados de precauciones exteriores é incasantes mortificaciones no solo han conducido otra vez sobre la tierra la castidad, sino que, especialmente despues de la venida de Jesucristo, han atraido del cielo la virginidad, virtud admirada en abstracto por los hijos de Adan, pero creida casi imposible.

Á este precio solamente se ven almas castas, púdicas y vírgenes, en las cuales reina la paz, órden y tranquilidad, de modo que parecen restablecidas en el estado de la inocencia original. Ellas con su pureza practican la virtud, subiendo á los grados mas sublimes, é iluminadas de sabiduria celestial, y como palomas que aborrecen el fango de la tierra, extienden sus alas, y se levantan

hacia Dios; estado envidiable, al cual el poderoso Reparador de la humanidad convida á los hombres, pero no los fuerza. Él ha puesto freno á la pasión dominante, dando las reglas del matrimonio indispensable al género humano, elevándolo á la cualidad de Sacramento santo, y prometiendo los auxilios interiores para cumplir rectamente sus deberes, y sostener sus pesadas cargas. Con todo, ¿á cuántos desórdenes y excesos no está sujeto el mismo matrimonio? Del estado matrimonial; qué turba sale de adúlteros habituados... de prostitutas infames, de... que de un uso legítimo pasan á intemperancias trascendentales é increíbles! ¿Quién es á mas de esto el que pueda gloriarse de ser incontaminado en el uso y fin del matrimonio? Los hombres mas buenos están sujetos á debilidades que les hacen avergonzar, de modo que, mucho mas fácil es hallar un hombre virgen y casto, que un casado temperante, regulado segun la luz de la razón y segun las máximas de Jesucristo; y ved aquí el por qué: *Bonum est homini mulierem non tangere* (Cor. 1); ved aquí el por qué la moral de Jesucristo aconseja la virginidad ó castidad perfecta mas bien que el matrimonio, ó la castidad conyugal. Conocia bien Jesucristo que este consejo seria seguido de pocos, y lo habia advertido con aquellas palabras: *Non omnes capiunt verbum istud, sed quibus datum est* (Matth. xix), y que seria muy provechoso á los particulares individualmente, sin perjudicar á la propagacion de la especie humana. El celibato virtuoso es tambien muchas veces útil á la sociedad, á cuyo bien se consagran muchos hombres libres de los cuidados del matrimonio; pero el celibato aparente le es siempre funesto, é impide la propagacion. De aquí es que estos hombres detestables, ni aun satisfechos de una ancha poligamia, manifiestan con el hecho su deseo de que las ciudades enteras fuesen serrallos á su disposicion.

---

---

## CAPÍTULO V.

### DE LOS MEDIOS ESTABLECIDOS POR JESUCRISTO PARA LA FELICIDAD DEL ESTADO SOCIAL.

#### § I. — *Disposición de estos medios.*

No acaban aquí los beneficios de Jesucristo hacia el hombre; hasta ahora ha mirado al hombre en su naturaleza, en adelante le contempla en la sociedad, y derrama por todos lados sus luces, sus gracias y sus favores. ¡ Cosa admirable por cierto ! La religion cristiana, que parece hecha únicamente para el cielo, forma tambien la felicidad de los hombres en la tierra. Observemos un momento esa estable consistencia que Jesús ha dado á la sociedad, y la manera como despues de haber reunido al hombre con Dios, ha juntado al hombre con el hombre ; demos una ojeada á las relaciones admirables que ha establecido entre los que mandan y los que obedecen ; veamos cómo ha enlazado al esposo con la esposa, al hijo con el padre, al ignorante con el sábio, al rico con el pobre. Observemos cómo ha sabido hacerse obedecer, cómo ha encontrado ciertos medios y ciertos impulsos tan adecuados á la naturaleza del hombre, que no pueden menos que producir su efecto en provecho de la sociedad. Y consideremos, finalmente, como él al traer, en cuanto es posible, la felicidad á la tierra, al mismo tiempo y con los mismos medios ha preparado y dispuesto á los hombres para el cielo.

#### § II. — *Admirable enlace de estos medios.*

Sin entrar en discusiones particulares, hablando en general, nosotros descubrimos que el estado de sociedad es natural al hombre, porque ha recibido de la naturaleza ciertas facultades que de otra suerte le serian inútiles. Si, pues, miramos el estado de sociedad como dimanado de la naturaleza del hombre, debemos considerarlo como efecto de la voluntad de su autor, porque la ino-

cente voz de la naturaleza no es mas que la voz del autor de ella; mas si nosotros miramos el estado de sociedad para los hombres, como exigido por la naturaleza, y por consiguiente del Autor de ella, debemos reconocer por lo mismo á las autoridades legítimas derivadas de la misma naturaleza del hombre, y por consiguiente dimanadas de la voluntad; porque la sociedad de los hombres no puede subsistir en manera alguna, segun es el estado presente natural del hombre, sin estas autoridades, sea cual fuere el nombre que les demos. Todas estas nociones son clarísimas, y se desprenden legítimamente una de otra. Pasemos adelante.

Aunque la corrupcion visible de toda la humanidad, aumentada mas y mas en el decurso de los tiempos, no hubiese podido introducir en la sociedad un estado anárquico, y destruir todo poder, porque la sociedad habria quedado necesariamente disuelta; sin embargo, hizo á la sociedad juguete de ciertos hombres que mutuamente se suplantaban, y violentamente se entrometían á mandar á los demás hombres, que no les buscaban, y antes bien les aborrecían, de lo cual provenia la caida de los Gobiernos, la esclavitud de los pueblos, y la horrible frecuencia de las revoluciones.

En la época de Jesucristo no solo se alcanza el buen orden interior del hombre, que es el esencial, sino tambien se establece cierto buen orden exterior del mundo moral, que demuestra el poder del que se hizo Restaurador benéfico y amoroso de uno y otro. Jesucristo, pues, dió una consistencia estable á todos los Gobiernos, consolidó la soberanía, y cerró la puerta á las revoluciones ilegítimas, nacidas de los caprichos y de las pasiones de los hombres <sup>1</sup>. Él dispuso que se diese á Dios lo que era de Dios,

<sup>1</sup> J. J. Rousseau confiesa claramente que los Gobiernos modernos deben sin duda al Cristianismo la mas segura autoridad, y hace las revoluciones menos frecuentes; y Montesquieu en su *Espíritu de las leyes* (Lib. XIV, cap. III) descubre el espíritu de dulzura que el Cristianismo ha introducido en las naciones, y poco despues (Lib. XXIV, cap. VI), refutando una paradoja de Bayle, hace ver cuáles serian necesariamente segun sus principios los ciudadanos cristianos en cualquier Gobierno. Y ¿por qué no? «Ellos, dice, serian ciudadanos «infinitamente iluminados en orden á sus deberes, y tendrian un celo grandísimo para llenarlos; comprenderian muy bien los derechos de la defensa natural, y cuanto mas pensasen deber á la Religion, tanto mas creerian deber á «la Patria. Los principios del Cristianismo bien impresos en el corazon tendrian «una fuerza infinitamente mayor que los falsos honores de las monarquías.



y á las autoridades de la tierra lo que á ellas pertenecia. Intimó á los pueblos que en lo venidero debian mirar de una manera distinta que hasta entonces á sus príncipes y soberanos, y que lejos de todo espíritu de terror y de intolerancia debian obedecerlos con amor y sumision, y reconocer en ellos personas á quienes Dios y la sociedad habian hecho sagradas é inviolables; que en lo venidero no se atreviesen á fomentar el antiguo espíritu de descontento y de insubordinacion, sino que respetando en las disposiciones de sus Gobiernos las disposiciones y la voluntad de Dios, pasasen sus dias con aquella serenidad y paz que Él habia dado como un don característico á sus hijos y secuaces; y les dijo á mas, que el resistir á las autoridades de la tierra era resistir á Dios, y que si su sagacidad llegaba á sustraerles del juicio y de la mano de los príncipes, no lograria librarles de su poderosa diestra, de su tremendo juicio <sup>1</sup>. Hé aquí la estabilidad que Jesucristo ha dado á los Gobiernos de la tierra, y la seguridad que ha formado para el poder del siglo. Pero si Jesucristo ha dado una consistencia estable á los Gobiernos, si ha consolidado la seguridad de los tronos, no ha querido ciertamente autorizar aquel horrible despotismo que deshonoraba la humanidad, y oprimia entonces toda la tierra. Por eso ha intimado á los príncipes grandes cosas, á saber, que no creyesen jamás ser soberanos con el fin de gozar placeres y delicias con menos templanza y con mas libertad, de suerte que sus súbditos fuesen esclavos instrumentos de su torcida voluntad; antes bien les enseñó á reconocerles como á semejan-

«que las virtudes humanas de las repúblicas, y que el temor servil de los estados despóticos.» Bolingbrocke dice (*Obras póstumas*, tomo IV. V Tassoni, *La Religion demostrada*, t. III): «No se ha visto jamás religion en el mundo «que mas directamente tienda al fin de procurar la paz y la felicidad de los hombres que la cristiana.» Y Voltaire confiesa «que si el Evangelio es un error, «semejante error hace felices á los hombres.» (*Nouv. Mélang. philosoph.* V. el mismo Tassoni).

<sup>1</sup> Atribuimos á Jesucristo la regla de moral que inmediatamente despues de la caida de la humanidad empezó á desarrollar para la restauracion del hombre; porque siendo Jesucristo como el punto central de esta grande obra, la reconoció como suya inalterable hasta el fin de los siglos. (*Matth. v*).

Sirva esta advertencia á nuestros lectores, que alguna vez hallarán en esta obra algunas expresiones puestas en la boca de Jesucristo, que no se hallan registradas en los Evangelios, pero que forman la sustancia de la moral cristiana, apoyada en el gran libro de las divinas Escrituras, dirigido al restablecimiento del hombre corrompido y degradado.

tes suyos, confiados á sus cuidados paternales para protegerles, asegurar su vida y sus propiedades, y procurarles todo el bienestar y felicidad posibles; y les intimó, finalmente, que si esa espada que empuñan en nombre de Dios y en provecho de la sociedad la revolviessen algun dia contra los pueblos ó contra la ley del Señor, Él será su vengador y juez inexorable. Hé aquí las firmes bases en que Jesucristo ha establecido la libertad de los pueblos. Ha ordenado á mas Jesucristo á su sacerdocio no solamente que haga respetar á los soberanos de la tierra, sino que coopere junto con estos á mantener el buen orden en la sociedad, á fomentar la paz y el amor mútuo entre los hombres, y ha intimado al mismo tiempo á los soberanos que hagan mantener el debido respeto al sacerdocio, y se unan con él para que no se viole la ley del Señor, y se conserve viva en los corazones de sus súbditos. Por otra parte, Jesucristo ha cortado de un solo golpe la raiz de una gran parte de los males de la tierra, y ha inaugurado para las familias y las generaciones futuras una era de paz. Tal es la ley que regula la propagacion del género humano, para la cual se habian guiado los hombres por un espíritu de brutalidad y torpeza. Una sola esposa, dice, recibirá en lo venidero el afecto de un solo marido; será compañera, y no esclava; mas no dominará, sino que estará sujeta; su nudo comun, consagrado y santificado por la gracia, será perpétuo, y solo la muerte podrá modificar aquellas mútuas promesas de reciproco amor y fidelidad: y se mirará como un acto de maldad y de traicion todo libertinaje, tan opuesto físicamente á la propagacion, y toda comunicacion furtiva del tálamo nupcial. La mujer del prójimo será sagrada, y deberá respetarse el pudor de las vírgenes. La numerosa prole, tierno objeto de un solo amor, recogerá los beneficios y los afectuosos cuidados de sus padres; y estos presentarán al Criador con amorosa ansiedad sus tiernos hijos en la inocencia y pureza, y les enseñarán bien pronto á balbucear el nombre de su Padre celestial, valiéndose industriosamente de todos los medios para robustecer estas tiernas plantas, y hacerlas crecer en la virtud, y en cuanto es conveniente y digno del hombre. Por otra parte, los hijos respetarán en sus padres los medios que la providencia del Criador universal ha usado para darles la existencia, el crecimiento corporal y la educacion de su espíritu; Jesucristo exige de ellos la docilidad, la obediencia y el amor, y cuando la decrepitud y las

canas, ó algun suceso fortuito de los padres les haga necesitar los socorros filiales, desea Jesucristo ver en estos los sinceros efectos de la gratitud.

La miserable condicion de los hijos de Adan, y los restos de la corrupcion original que Jesucristo ha querido dejar no solamente en lo interior del hombre, sino tambien en lo exterior del mundo moral, exigen que haya entre los hombres mucha irregularidad y diversidad en la capacidad y sabiduría de cada uno, y una desigualdad notable en la reparticion de los bienes de la tierra. Jesucristo, aun dejando á los hombres ese rastro de su degradacion original, ha hecho que, obedeciendo estos sus mandatos, pudiese reaparecer sobre la tierra la hermosa era de la inocencia. Ha intimado al hombre sábio y de talento que le pedirá estrechísima cuenta del uso de esos dones de su mano liberal, que debe utilizar en bien de la sociedad; ¡ay de él si se oculta cuando debe comunicar sus luces; si calla, cuando es hora de hablar; y peor aun si hace uso contra la sociedad de lo que Dios le ha dado para que sirva en favor de ella! Ha dicho al hombre que se halla falto de aquellos conocimientos y luces, que le corresponden en cualidad de hombre, segun su estado, grado y oficio; que vaya á buscar la ilustracion en aquellos hombres que Dios ha erigido en fuentes perennes de una doctrina saludable, y que si se niega á aprender, su ignorancia será voluntaria, culpable y malvada. Ha mandado al rico que no se crea ni se titule jamás dueño absoluto de sus riquezas, y que solo se considere como usufructuario, ó mejor, un verdadero distribuidor de los dones de Dios, que á él están encomendados los pobres, y que ha de ser el protector de las viudas y de los huérfanos; y por otro lado, Jesucristo ha indicado al pobre que á él se dirige especialmente aquel decreto que obligó al hombre á comer el pan con el sudor de su rostro, que sus robustos brazos deben aprestarse al servicio de los demás hombres, y que la ociosidad y la pereza no solo le acarrearán el justo odio y la indignacion de toda la sociedad, sino que tambien atraerán sobre él la venganza del cielo; y como con esto podrian los sábios, los poderosos y los ricos enorgullecerse, y alzarse contra los demás hombres, y estos tomar de ahí pretexto para insultar el fausto y la soberbia de los primeros, Jesús ha dicho á los unos que no se ensoberbeciesen por su sabiduria, por su pretendido mérito, ni por sus dignidades, esclarecido origen y riquezas, por-

que todo esto de Él lo han recibido, y han de dar por ello estrechísima cuenta á un Juez penetrante, escudriñador de los corazones é intenciones, que hallará una infinidad de miserias y defectos en los mas buenos y justos; y ha hecho presente á los otros que el Padre celestial derrama sus dones en quien le place; que los beneficios de Dios deben respetarse en cualquier persona, y que es un deber el manifestar gratitud y reconocimiento á aquellos que les ilustran su entendimiento, y les amparan en sus necesidades.

Jesucristo, al fin, les ha llamado á todos á su presencia, soberanos, súbditos, sábios, ignorantes, ricos y pobres, maridos y mujeres, padres é hijos, pequeños y grandes, y les ha hecho entender que ante Él todos son iguales, que Él es su Padre comun, que todos son hijos suyos, criados para un mismo fin, y dirigidos á un solo objeto; y que así deben amarse como hermanos, socorrerse mutuamente, y hacer unos con otros lo que desearian se hiciese por sí mismos.

### § III. — *Del modo como ha sabido Jesucristo conseguir la obediencia.*

Los soberbios filósofos de la tierra, discordes siempre entre sí, han formado cada uno por su parte sistemas y mezquinos proyectos, que han presentado á los hombres; pero, á mas de que todos, sin excepcion, son defectuosos y débiles, y que para evitar un desórden incurren en otro, y huyendo de anteriores defectos caen en otros nuevos, no están dotados de aquel impulso necesario para conseguir la obediencia en cualquier época, en cualquier lugar, y lo que es mas, de cualquier pueblo. Basta leer estos proyectos, basta escudriñar bien los sistemas de estos legisladores, para que quedemos convencidos plenamente de ello <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Aquí se da una vuelta al argumento contra nosotros mismos, y se dice: que si todos los hombres fuesen verdaderamente cristianos, y obrasen segun la humildad que Jesucristo prescribe, no se verian en el mundo sino seres viles arrastrándose por la tierra, y escondiéndose dentro las chozas y grutas en una continua lucha con sí mismos para suprimir la nobleza de las ideas, que á pesar suyo se haria sentir, por ser propia y natural al hombre. Se dice tambien que no se atreverian á pensar, y mucho menos á emprender obras grandes.

Pero ved aquí la buena fe con que se argumenta contra el Cristianismo. Se crea una humildad á capricho, se embiste, se derriba, y se canta la victoria. Pongamos, pues, en claro las ideas, iluminemos los hombres, á fin de que no

Solo Jesucristo ha sabido hacerse obedecer : 1.º dándose á conocer por el Deseado de las naciones ; 2.º haciendo palpables las ventajas que sus leyes acarrearán á la humanidad ; 3.º demostrando que el conjunto de estas leyes está formado de los deberes originales, y dimanados de la misma naturaleza del hombre ; 4.º ame-

se dejen seducir ; y demos una definicion verdadera y exacta de la humildad cristiana. La humildad cristiana no es ciertamente una vileza, una supresion de las nobles ideas del hombre, ni menos consiste en arrastrarse por la tierra. Todo lo contrario.

La humildad cristiana consiste en una íntima persuasion producida por un sentimiento íntimo y avalorada por la fe : 1.º de que el hombre es nada á la presencia de Dios ; que es corrompido y desviado ; que la oscuridad de su entendimiento, las malas tendencias de su voluntad, y los ocultos movimientos de sus pasiones le hacen inhábil al éxito feliz de cualquier empresa sin un don especial de Dios ; 2.º que él es miserable y lleno de defectos, inclinado á sumergirse en un abismo de iniquidades, si la poderosa mano de Dios no lo detuviese como por fuerza ; 3.º que la corrupcion de su naturaleza es tal, que por sí mismo y sin un auxilio especial de Dios ni tan solo podria levantar los ojos á su Padre celestial.

Pero, se replica, un tal conocimiento necesariamente debe hacer nacer en el hombre una entera desconfianza de sí mismo. Es esto del todo verdadero, y si esta fuese la completa definicion de la humildad, el argumento quedaria en toda su fuerza, y seria insoluble ; pero no es así. Jesucristo al formar el constitutivo de su humildad ha puesto ciertamente por base el conocimiento de sí mismo, y ha intimado la desconfianza que de él resulta ; pero ha querido al mismo tiempo que nuestras empresas fuesen acompañadas de una confianza activa y esperanza firme de la bondad, sabiduria y fuerza del Omnipotente.

Ame enhorabuena el hombre la generosidad de su corazon ; fomenta, si quiere, la nobleza de sus ideas ; emprenda obras grandes ; pero reconozca que todo le viene de Dios, todo lo espere de Dios, y lo reponga todo en Dios. Este es el carácter del verdadero humilde, del cristiano humilde.

Mas para hacer ver que una de las cualidades características de la Religion de Jesucristo es hacer lucir tanto mas sus resplandores por todas partes, cuanto mas es combatida y atacada, llamemos un hombre puesto á la discrecion de su corazon, que tenga ideas las mas altas, y pensamientos los mas sublimes, y comparémosle con un cristiano humilde, dotado de igual talento y enérgica actividad. Hé aquí los dos puestos en la ocasion de una empresa grande, que debe redundar en beneficio de la sociedad. Cada cual raciocina prudentemente consigo mismo segun sus respectivos principios. El primero, consiguiente á sus máximas, no tiene otro impulso que la gloria de su nombre, ó sea su interés personal. El segundo, igualmente consiguiente á las suyas, mira su propio deber y la voluntad de Dios. Aquel medita lo arduo y escabroso de la empresa en la misma cualidad de la obra, reflexiona sobre la multiplicidad y fuerza de los obstáculos que se le ofrecerán por parte de los hombres, y emprende la obra lleno de sí mismo, y confiando en sus talentos y conocimientos. Este

nazando á los transgresores con los mas terribles castigos temporales, y lo que es mas, una eterna separacion de Dios, y una infelicidad perpétua é inevitable por un juicio incorruptible; 5.º prometiendo y asegurando al hombre la eterna bienaventuranza, la fruicion de Dios, que es su objeto natural; 6.º infundiendo á los

pesa tambien los obstáculos y dificultades intrínsecas con toda madurez y prudencia; pero á la vista del propio deber, y con un cierto conocimiento de la voluntad de Dios emprende el trabajo confiando en Dios, lleno de valor y fuerza. El primero necesariamente disminuye sus cuidados, se espanta, se confunde y retira del trabajo cuanto puede, si por casualidad en lo mejor de sus fatigas llega á prever que no obtendrá aquel nombre que pensaba, ó bien que perderá su interés personal. Pero el otro, mientras descubre en su deber la voluntad de Dios, no se detiene, y es constante é irremovible. Aquel, por alta que sea la idea que puede tener de sí mismo, no puede dejar de sentir alguna vez una cierta desconfianza de sí mismo á la vista de la fuerza de los obstáculos que se le presentan; porque, en fin, conoce ser hombre: mas el otro, siempre firme en su deber, redobra sus esfuerzos contra las dificultades que sobrevienen, y no teme; porque sabe que no obra solo, sino que le asiste y ayuda Dios, vencedor de todos los obstáculos, y firme en su empresa no desiste de ella hasta que no se persuada hallar su propio deber y la voluntad de Dios en lo contrario. Dígase ahora: ¿cuáles principios son mas útiles y fructuosos á la sociedad, aquellos con que se dirige el primero, ó aquellos que sirven de regla al segundo? ¿Qué es mas deseable y eficaz en las grandes empresas, la humilde confianza del cristiano, ó la soberbia altivez del hombre? Meditense las historias, y se verá que no son esto meras especulaciones, y que mas de una vez un hombre solo, regulado segun estos principios á costa de su misma vida, ha emprendido y felizmente conducido al fin empresas tales, que una sociedad entera de hombres no habria llegado ni aun á imaginar. ¿Qué no ha hecho en los últimos tiempos un Ignacio de Loyola, un Vicente de Paul, y por no decir otra cosa, qué no hicieron los Apóstoles, y especialmente un Pablo?

Una correlacion de principios nos conduce á otra objeccion sobre el desasimimiento de los bienes de la tierra, que Jesucristo ha puesto como una de las bases principales que sostienen la moral del Cristianismo. No se puede comprender como Jesucristo haya hecho una cosa útil al estado social, quitando á los hombres los cuidados por las cosas de la tierra, y por esto se asegura y pretende que si los hombres se regulasen por tales principios, las ciudades se convertirian en bosques, y las habitaciones de los hombres serian chozas, etc., etc. ¡Oh! ¡Cómo ve las cosas al revés la sabiduría de los hombres! Esta objeccion falta en los fundamentos como la precedente. El desasimimiento que se ataca y combate no es el del Cristianismo. Recurramos á la definicion.

El desasimimiento del Cristianismo no es, como vosotros lo entendeis, un desprecio de los dones de Dios. Consiste en no darse á las cosas de la tierra; servirse de ellas, pero no servirles; dirigirlas á nosotros, no nosotros á ellas. Este es el desasimimiento del Cristianismo. ¡Cuán sorprendente es el ver como todas las líneas del Cristianismo vienen á terminar en un solo punto central, que es

hombres un sentimiento interior de la veracidad de sus palabras: 7.º haciéndoles sentir una fuerza invisible que, sin violentar el corazón del hombre, le atrae, y le comunica acción y vida.

Y ¡qué precioso es aun el observar como estos medios, estas relaciones, de que antes hemos hablado, están dirigidas al orden

la renovación del hombre! ¿Por ventura no es según la dignidad del hombre un desasimiento semejante? ¿No es este el estado en que fue puesto el hombre inocente? ¿Qué otra cosa, pues, ha hecho Jesucristo que volverla á poner en su primitivo estado? Y ¿será posible que este estado, en el cual fue puesto originalmente el hombre por el Criador, sea nocivo al bien general de la sociedad? No ciertamente. Las verdades son correlativas, y si Dios quiere la sociedad, no puede querer por cierto la destrucción de la misma. Pero bien, se añadirá, ¿cómo será posible obrar con diligencia, si no debemos fijar nuestro corazón en las cosas que debemos hacer? ¿Cómo podremos á un mismo tiempo amar y no amar las mismas cosas? Pero esto no es mas que un rodeo de palabras. El hijo de Adán, el hombre del mundo obra por su presente interés personal, y por lo mismo no puede dejar de estar apegado á estas cosas, en las cuales y por las cuales halla su fin y su bien. Cambiad de principios, y obrad como hijos de Jesucristo por el solo deber, y experimentaréis todas las cualidades de dicho desasimiento. Por lo que toca á la sociedad, esta tiene mucho que temer que, debilitado vuestro interés personal, se debiliten también vuestros cuidados por su provecho temporal; pero ella no puede temer en el segundo caso, porque sabe muy bien que la ley del deber no se debilita ni cesa. Ella observa con complacencia el semivivo cadáver de un verdadero discípulo de Jesucristo que se erige sobre el lecho de la misma muerte, y con una quietud y serenidad imperturbable ordena y dispone las cosas de la tierra, al paso que á veces ve caer un hombre del mundo con la palidez en los labios, por no poder llevar consigo, ó destruir lo que con tanto sudor ha edificado.

La vida monástica, que se quiere hacer servir para dar fuerza á la objeción, confirma admirablemente lo que hemos dicho. Aquellos que el Señor llama á este camino mas expedito á la perfección de su espíritu, abandonan la propiedad, y dejan á los otros hombres del siglo el cuidado y arbitrio de sus cosas temporales; pero esto es puntualmente por temor de que las ocultas intrigas de sus pasiones con el nombre y el pretexto del deber no seduzcan su corazón fijándolo en las cosas de la tierra. Mas observadles atentamente cuando lejos de este peligro del personal interés, puestos en una comunidad de todo, sin tener nada propio, y pudiéndoseles quitar todo por la obediencia, la ley del deber se ve en ellos con todo su vigor y fuerza. Observad que si su primera renuncia hubiese sido un desprecio de los dones de Dios, no tendrían en sus monasterios el mas exacto y escrupuloso cuidado de estas cosas, no creerían un delito abusar de ellas y despreciarlas. Observad, por fin, que si su primera renuncia hubiese sido un fastidioso descuido de las cosas de la tierra, vuestras historias no os dirían que ellos, generalmente hablando, en todas partes con sus brazos incansables han desmontado los terrenos, fertilizado los campos, secado las lagunas, y dado ocasión á la construcción de muchas ciudades y aldeas.

social, y que de uno ú otro modo, y hasta á despecho del hombre mismo, producen sus benéficos afectos! Si indagamos bien, y co-tejamos exactamente estas cosas, descubriremos que todas las transgresiones de las leyes de Jesucristo, todas las iniquidades morales de los hombres en una republica cristiana, redundan al fin en verdadero bien y provecho de los demás hombres, y por eso se comprende que Jesucristo ha creído mejor dar á conocer su sabiduría haciendo dimanar el bien del mismo mal, que destruyendo totalmente del Cristianismo todo mal moral. Á vista de esto, ¡cuán débil y miserable es la sabiduría de los hombres!

§ IV. — *Jesucristo al traer la felicidad á la tierra, cuanto es posible, ha preparado á los hombres, al mismo tiempo y con los mismos medios, para la felicidad celeste y eterna.*

En la naturaleza todo está relacionado, y todos los seres que nosotros conocemos se dirigen mediata ó inmediatamente, y se enlazan al hombre. El hombre es el centro de todas las relaciones, y él las eleva con su propio ser hasta el Criador; así, hasta la mas humilde yerba comunica con el Criador por medio del hombre, y todas las criaturas, sirviendo al hombre y relacionándose con él, se relacionan con Dios y le sirven. Este es un orden admirable, y una cadena que forma el mas hermoso, mas tierno y gracioso cuadro.

Mas el hombre destruyó infaustamente este precioso orden, quebró desde los primeros tiempos esta cadena admirable, y no usando de sí mismo y de las demás criaturas sino para su propia gloria y para sus particulares intereses y vanidades, ha hecho que las criaturas inferiores no comuniquen con su Criador, y no le sirvan ni se relacionen con Él; comunicando solamente con el hombre, y sirviendo y terminando no mas que en una criatura como es el mismo hombre.

¡Oh hombre rebelde é ingrato, cómo por tu culpa la naturaleza toda aparece desconcertada y desordenada al ojo penetrante y examinador!

Pero el Verbo de Dios, que crió la naturaleza, y que en la inmensidad de sus misericordias habia decretado levantarla de su decadencia, no ha obrado como los hombres, que ponen siempre á descubierto el cómo y el por qué de lo que hacen. Así Jesu-



cristo ha vuelto el orden á la naturaleza sin decir palabra, ha intimado sencillamente á los hombres que lo dirijan todo á Dios, y hé aquí con este anillo reordinada la gran cadena, y todas las criaturas puestas de nuevo en comunicacion con su Criador mediante el hombre. Jesucristo ha hecho esto sin decir el *por qué*, reservando *este por qué* á su sabiduría, y dejándola á las meditaciones de los hombres.

Descendiendo ahora á casos particulares, el hombre no debe encerrarse en sí mismo y en sus presentes y naturales intereses, sino que todo lo debe dirigir á Dios. Así como la madre afectuosa, que por instinto natural acaricia y alimenta sus hijos no debe encerrarse en este instinto natural, sino dar á sus trabajos mas noble motivo, mirando en ellos la voluntad de su Padre celestial... El hijo tierno no ha de buscar solo en la simpatía natural los laboriosos auxilios que suministra á su anciano padre, sino que debe ennobleclos, atribuyéndolos á la voluntad de Dios. El rico no ha de remediar la indigencia del pobre solo por conmiseracion natural, sino que, elevando mas sus miras al tender su mano benéfica, acatará la voluntad de Dios que le impone este deber. El amigo no solo manifestará afecto al amigo por aquel reconocimiento natural que necesariamente dimana de los beneficios recibidos, sino que buscará los efectos de su gratitud en la voluntad de Dios. Así tambien el soberano no se limitará en los deberes que tiene impuestos para el bien de sus súbditos, sino que levantando su espíritu reconocerá en ellos la voluntad de Dios; y el súbdito en sus relaciones con el soberano, y el marido con su consorte, y el sábio con el ignorante, se dirigirán en sus mútuos deberes á Dios, último anillo de la gran cadena, principio y fin de todas las criaturas. Y hé aquí que obrando así los hombres sobre la base firmísima de un Dios Criador, al paso que consolidarán el orden social, se dispondrán para alcanzar á Dios, su verdadero objeto y perpétuo fin.

Estos son los saludables y felices efectos de la sublime moral que el Verbo de Dios bosquejó al pueblo hebreo, depositario de la grande obra de la restauracion del hombre, que Jesucristo proclamó despues para bien de todos los pueblos de la tierra, y que sus discípulos escogidos derramaron por todas las naciones del mundo.

---

---

## CAPÍTULO VI.

### PINTURA DEL VERDADERO CRISTIANO.

#### § I. — *El cristiano considerado en sí mismo.*

Penetremos por un momento en el mundo de las conciencias, levantemos el velo con que los hombres procuran ocultarse á las miradas ajenas. ¡Qué horrible espectáculo se ofrece á nuestra vista! Corazones, ó roídos por la envidia, ó agitados por la ambicion, ó engolfados en brutal lascivia, ó dominados por sórdida avaricia, ó encendidos en deseos de venganza, ó sepultados en una ociosidad fastidiosa, engendradora de desórdenes; y todos estos corazones atravesados de crueles remordimientos, que sin cesar les hostigan y dan tormento. Ved aquí lo que se nos presenta. Esos corazones desdichados buscan con ansia la paz ó alguna calma en sus sufrimientos, mas no pueden hallarla. Solo la distraccion, solo la irreflexion adormece un momento sus dolores; pero luego se renuevan sus angustias, y van á caer de nuevo en los tormentos de su desordenada conciencia. Tal es la comun suerte de esos hombres detestables que no tienen de cristianos mas que el nombre, fantasmas de cristianismo que deshonoran la Religion, de la que no son mas que secos y áridos miembros.

Entremos ahora en el corazon de un verdadero cristiano. ¡Qué orden, qué calma, qué paz descubre en nuestros ojos! ¡qué fortaleza, qué elevacion de alma! ¡qué constancia en dominar sus apetitos rebeldes! Ahí se encuentra la verdadera grandeza de la tierra. El verdadero cristiano obra siempre por principios. La reflexion forma su bien, conoce las relaciones de su corazon con su Criador, y á él dirige todas sus ideas y sentimientos, sin descuidar por esto el estado presente en que está colocado. La tranquilidad de su espiritu es el bien que actualmente debe á sí mismo, y por esto tiene enfrenadas, dirige y modifica sus pasiones; un momentáneo interior tumulto puede sorprenderle, pero él bien pronto aplica todo su cuidado y autoridad para sujetarlas y do-

marlas. Manda, y todo vuelve en calma. Contento con el estado en que le ha puesto una providencia elevada é inescrutable, modera cualquier pensamiento indiscreto y tumultuante deseo de quiméricas ventajas de la tierra é imaginarias grandezas. No ambiciona el nombre de grande, pero desea serlo, no en presencia de los hombres, sino en lo íntimo de su corazón. Su inteligencia, iluminada por los resplandores de la fe sabe como se puede ser grande en cualquiera condicion y estado, y que la verdadera grandeza no consiste en ganar ciudades, conquistar reinos, y desolar naciones, en inundar de sangre toda la tierra, sino en poseer la soberanía de sí mismo, en la inocencia interior, en el cumplimiento de los deberes, y en una paz constante é imperturbable en todas las situaciones de la vida. No es insensible al dolor, sino resignado y paciente; las calumnias y las persecuciones pueden agitarle, pero nunca envilecerle; y aunque lleguen á oprimirle todos los males de la tierra, no torcerán su rectitud ni perturbarán su inocente tranquilidad.

Porque una sencilla reflexion le da á conocer el temple de los bienes y males de la tierra, y con solo levantar la vista hácia aquella benéfica Providencia que dispone todos los sucesos y lo gobierna todo, se resigna enteramente, y le llena de confianza, de consuelo, y de amor y de alegría. Es feliz en medio de las mayores desdichas. Su objeto final es Dios: nadie puede disputárselo, nadie se lo puede quitar: no busca otra cosa, y esto solo le basta.

## § II. — *El cristiano en la vida doméstica.*

Observemos á este hombre en el recinto de su morada y en medio de sus relaciones domésticas. ¿Podrá hallarse un hijo mas respetuoso, mas sumiso, mas obediente que él? ¿Esposo mas tierno, fiel y amante? ¡Qué padre mas activo y cuidadoso! Y si movidos de su ejemplo siguen los demás sus pasos, ¡qué armonía, qué paz, qué felicidad, qué paraíso terrenal, qué espectáculo tan tierno ofrece al mundo esta dichosa casa! La envidia y los celos son para ella nombres bárbaros y desconocidos. El egoismo y la discordia no se atreven á sentar el pié en este santuario de union, de paz y de amor.

§ III. — *El cristiano considerado en la sociedad.*

Observemos á este hombre en sus relaciones sociales con los demás hombres. No adula á los grandes, pero los respeta; rinde honores á quien es debido, derrama el honor y la afabilidad cuando conviene, no es avaro ni pródigo, ni con su liberalidad fomenta la pereza y la ociosidad ajenas, mas no deja de socorrer por eso las verdaderas necesidades de sus semejantes. Él goza con los que gozan, y llora con los que lloran; él es, en suma, todo para todos. Su amistad no tiene por base el sórdido interés ni la ambicion, sino los sagrados debéres de un amor sincero y leal. ¡Dichoso el que tiene la suerte de estrechar con él los vínculos de una amistad cordial y cristiana! Firme y constante le hallará en todas ocasiones, y cuando en sus desgracias huya de él la turba de falsos amigos, entonces probará con la experiencia el temple de la amistad del verdadero cristiano. Este hombre es imperturbable, ni las alabanzas le engrien, ni los reproches le envilecen, procura hacer bien á todos, y mal á ninguno. No le detiene ni el desprecio ni la ingratitud; concentrado en sí mismo vive tranquilo, satisfecho de la pureza de sus intenciones y del interior testimonio de su conciencia. Si se halla en posesion de medios que le permitan derramar beneficios, huye de pomposos aparatos y de necios dispendios, economiza para ser menos espléndido acaso, pero mas liberal y benéfico; verdadero padre de la patria ofrece á las miradas ajenas un espectáculo que conmueve, y con sus acciones enseña á la turba de ricos frívolos el verdadero uso de las riquezas.

§ IV. — *El cristiano en los empleos públicos.*

Si su reconocida probidad y su mérito le alejan de la vida privada, y le elevan á las dignidades y á los honores, los recibe con modestia; juez incorruptible, es el seguro apoyo de las viudas desamparadas y de los oprimidos huérfanos; el inocente jamás pone en él en vano toda su confianza; no le conmueven las astutas adulaciones, ni las políticas intrigas; ¡ay del reo que deba caer bajo su inspeccion, porque hallará en él una frente imperturbable, y un corazon fuerte y constante para resistir hasta el ex-

tremo á los defensores de la iniquidad y de la injusticia! No le aturden las amenazas de los grandes del siglo, así como no le seducen promesas y esperanzas. Sigúe su carrera sin intrigas, sin pretensiones, sin temores; habla á los mismos soberanos el lenguaje de la verdad, y aunque respetuoso con ellos es intrépido, leal y franco; y si, como sucede con frecuencia, es sacrificado á la envidia ajena, desciende de su elevacion, y deja los honores y las dignidades con la misma modestia y magnanimidad de corazon con que las adquirió, volviendo á sus cuidados domésticos y á la dulzura de sus amistades particulares.

§ V. — *El cristiano considerado en el desempeño del sacerdocio.*

Si libre de las cargas domésticas, y suelto de los vínculos conyugales, atraído por una dulce vocacion y ungido con el óleo sagrado, queda públicamente revestido del noble encargo de apartar á los hombres de los vicios, y de guiarlos á la práctica de las virtudes, se presenta al mundo como un hombre transformado y nuevo, dedicado no á sí mismo, no á ningun negocio terreno, sino todo entero á la Iglesia y á Dios. Si no está destinado, como otros hermanos suyos, á llevar la luz de la verdad á las naciones bárbaras, si no está llamado á surcar los mares, á penetrar en las selvas, á trepar sobre las peñas para civilizar pueblos ignorantes y embrutecidos, no por esto se cree desembarazado de su solicitud y fatigas; hombre nuevo que entra en un nuevo mundo cual es el de las conciencias, levanta en nombre de Dios un tribunal en cuya presencia son iguales todos los hombres sin distincion ni parcialidad; su voz majestuosa y fecunda se hace oír lo mismo de la mas humilde mujercilla que del mas grande de los reyes y de los sábios de la tierra; humilde en el mas alto de los ministerios, con aquella fuerza interior que Dios mismo le prometió, hace dar á cada uno lo que le compete, y suple así á menudo la impotencia de los tribunales del siglo; arranca del vicio á los malvados, anima á los tibios á mejorar sus costumbres, y dirige á los justos por el difícil camino de las mas puras virtudes. Le veréis en las casas y en los lugares públicos apaciguando los tumultos, privando las disensiones, pacificando las familias; no se desdeña él, como los grandes del mundo, de encorvarse para penetrar en las mas viles chozas, y llevar allí la paz y los inefables consuelos de la Religion.

Se presenta en las cárceles y presidios, y á la manera que se saca el fuego del pedernal, con su voz poderosa despierta los adormecidos restos de la virtud en los corazones malvados y empedernidos; pasa á los hospitales, y en esa escuela de las miserias humanas se hace todo para todos, amonesta, consuela, anima, y su voz es solo de paciencia, de resignacion y de amor; sentado junto al lecho de algun corazon endurecido en los vicios ruega, supplica, implora de lo alto un rayo de misericordia, é inclinando al fin su cabeza ante los inescrutables juicios de Dios, tiembla al asistirse á la muerte del impío. Mas, dirigiéndose luego al justo que muere, ved cómo brilla en sus ojos el santo amor, ¡qué prendas de paz, qué humilde confianza y qué consuelos le lleva, con qué alegría le dice: — Hijo de la Iglesia, sube al cielo! — ¿De dónde saca él tanta fuerza, tantos medios, tan distintos caracteres y tan prodigiosos efectos? Venid, observadle. Cubierto con los místicos sagrados vestidos, en una postura sobrehumana, como un hombre, me atrevo á decir, que no pertenece á la tierra, se presta al mas grande y augusto de sus ministerios. Mediador entre los hombres y Dios, ofrece á Dios un homenaje universal del mayor reconocimiento y gratitud; una víctima viviente á la que nada se niega; pide para los hombres extraviados perdon y paz, para los justos un aumento de gracia y misericordia, y para sí mismo una copia de luces y dones celestiales para que, haciéndose mas humilde, sea mas poderoso y eficaz en sus empresas. Ved con qué dignidad desempeña este augusto misterio de salvacion eterna, cómo se leen en su rostro sus ardorosos deseos, cómo se conoce la humildad de sus súplicas, la fuerza de sus esperanzas, cómo sus ojos modestos expresan el mas puro afecto, y luego animado de una fuerza interior supera todos los obstáculos, vence todas las dificultades que podrian impedir la santificacion propia y la ajena; vive en la tierra, y suspira por el cielo; el dia de la muerte, tan terrible al comun de los hombres, es para él el dia de su descanso, de sus consuelos, de sus alegrías, el término de sus trabajos, de sus lágrimas y de sus penas.

## CAPÍTULO VII.

### BREVE OJEADA Á LA OBRA DE LA NATURALEZA Y Á LA DE LA RESTAURACION DEL HOMBRE.

§ 1. — *Estas obras proceden de una misma mano, de un mismo autor.*

¡Hasta dónde hemos llegado! ¿Dónde están ahora los hombres con sus sistemas? Si al aparecer el sol se oscurecen las estrellas, ¿no desaparecerán las tinieblas apareciendo la luz? Pero, ¿nos detendremos aquí? No, pasaremos adelante. Las maravillas del Señor no tienen término, y participan de la infinidad de su autor. Si el Verbo de Dios es el autor del orden físico de la naturaleza, y también lo es de este nuevo orden de cosas que forman la restauracion del hombre, no puede faltar entre esos dos cuadros algun rasgo de semejanza. Confrontemos, pues, la naturaleza universal y la restauracion del hombre.

Por mas que un perito pintor quisiese ser desconocido en alguna produccion suya, un hombre penetrante y examinador lo descubriría con solo el cotejo de alguna otra obra suya cierta y conocida. Ciertos rasgos de ornato, cierto aire del colorido, ciertas escapadas del pincel no engañan. Lo mismo sucede en nuestro caso, comparando la naturaleza universal y la restauracion del hombre. Aquella es obra de Dios, ni puede darse una verdad mas cierta que ser Dios el Criador del universo. Veamos, pues, si podemos conocer que la otra sea obra de la misma mano. Entremos desde luego con la espléndida luz de la razon á observar el gran cuadro de los seres físicos... Nos hallamos en medio de una inmensidad de cosas, y por lo mismo contentémonos de algunos lineamientos... ¡Oh Dios, demasiado seria pretender otra cosa!... ¡Sabiduría admirable!... ¡Es esta una estupenda singularidad! Un solo acto simple ¡cuántas cosas comprende! Si un hombre por medio de una sola palabra proferida una sola vez hubiese hallado el modo de ser comprendido y obedecido en muchas y diversas cosas, y que por esta sola palabra se produjesen muchos y

diversos efectos, ¿qué se diría de la sabiduría de este hombre? Y sin embargo, semejante cosa solo sería una mezquindad, una real y verdadera necesidad ante el precioso artificio de la grande obra del Criador universal. Observad: Aquella lluvia que baña la superficie de la tierra, es una agua que al mismo tiempo penetra en las raíces de los árboles, y da curso á los jugos nutritivos, á beneficio de los cuales crecen las ramas y se perfeccionan los frutos. Y qué, ¿por ventura no hace otra cosa? El ojo superficial creeria haber descubierto todo lo que encierra en sí; pero en la realidad no es así. Aquella misma lluvia, aquella misma agua está destinada á abastecer los depósitos de las fuentes, que, esparcidas acá y allá, hacen correr pequeños riachuelos que son los bebederos de tantos insectos, volátiles y cuadrúpedos. Aquella misma agua es la que esperan los peces que juguetean en los rios, á fin de que dé movimiento y curso á su natural elemento, y les lleve una infinidad de gusanillos é insectos recogidos de la tierra, como comida y alimento que les suministra su Criador. Aquella misma agua está destinada á ser atraída por los rayos del sol, á quitar el equilibrio del aire, y producir el viento. ¡Oh maravilla! Las hojas de los árboles arrancadas por estos vientos, ¡cómo vuelan por el aire! Pues bien: cada una tiene su determinado destino. Observadlo atentamente. Aquella hoja que cae allí á los piés de aquella yerbecilla está esperando ser macerada por los hielos del invierno, y disuelta en tenuísimas partículas para servir despues de alimento á la misma, que despliega mas vigorosas sus hojas, á cada una de las cuales el Criador ha destinado uno por uno sus insectos, estos á los volátiles, y estos y aquellos á... Pero qué, si quisiésemos explicarlo todo, pasaríamos por una infinita série de cosas, confundiéndose nuestro entendimiento, y perdiéndose nuestro espíritu en un conjunto de relaciones tan grandes... Todo está ligado en la naturaleza; plantad un anillo, y hallaréis una cadena continuada; entrad en un camino, observad todos los seres físicos, y pasad de aquí á los seres morales y libres, y hallaréis que la sabiduría del Criador ha sabido servirse de su misma libertad para enlazar y dar cumplimiento á sus planes. Aquella causa ¡cuántos efectos produce! Y estos efectos ¡cuántas cosas ocasionan! Y estas ocasiones ¡cuántas relaciones hacen nacer con otras causas y otros efectos! Dividid estas causas, estos efectos y ocasiones. Observadlas una por una. Aunque las considereis



como si cada una fuese sola en la naturaleza, ¡qué infinidad de relaciones inmediatas no encierra en sí misma!... En fin, podemos concluir que, el saber reunir en una simple causa una infinidad de relaciones y de efectos, es un modo singular de la sabiduría del autor de este gran cuadro de la naturaleza. Tengamos bien presente este rasgo, este aire, esta escapada de pincel del grande Autor de nuestro cuadro, y veamos si podemos hallar alguna cosa semejante en el gran cuadro de la restauracion del hombre. ¡Cuántas bellas cosas se nos presentan, cuántas causas, cuántos efectos y relaciones! Ellas miran á un tiempo la grandeza original del hombre y su envilecimiento; se refieren al entendimiento, y pasan á la voluntad, y al paso que parecen limitarse á su ser racional, influyen en el corazon y en la moral del hombre, y esta hace sentir sus influjos á la comun sociedad. Descúbrese ciertamente en todo esto la mas grande sabiduría. Pero dejemos las ideas generales, y particularicemos algun tanto el asunto. Jesucristo, por ejemplo, ha mandado á los hombres que amen á sus enemigos. Veamos, pues, los resortes que este solo precepto ha puesto en juego. Si se debe amar á los enemigos, estos, aunque enemigos, no dejan de ser hermanos nuestros. Si se ha de amar á los enemigos, luego todos los motivos de nuestros choques y discordias son en realidad á la vista de Dios necias vanidades. ¿Cuántas luces, cuántos conocimientos no salen de estas cosas?

Si se han de amar los enemigos, convendrá, pues, hacer grande esfuerzo sobre nuestra corrompida naturaleza que no querría obedecer, y así nosotros nos irémos acomodando á aquel espíritu de abnegacion que conviene al hombre corrompido y degradado, pues por lo mismo que corrompido y degradado tendrá en sí mismo sus defectos y miserias, y así, con este acto de violencia y abnegacion dará satisfaccion por sus defectos, disminuirá sus faltas, ofrecerá un homenaje de dependencia y un sacrificio de sumision al Criador, á quien debe todo lo que es, y como obligado que está á procurarse su propia felicidad, con el mismo acto se librá de los pensamientos de venganza que le molestan, y volverá la paz á su corazon... Y si todos los hombres prestasen este homenaje de dependencia, ofreciesen el sacrificio de su sumision, que Jesucristo les pide, no habria en la sociedad un solo enemigo, porque todos los hombres se amarian, y reinaria una paz universal. ¡Qué influencia ejerceria este estado en el órden moral, en

el físico, en el civil, en el político! Observemos entre tanto como Jesucristo ha unido el efecto de sus preceptos morales, aquel órden que establece y prueba su religion, y ha dado ocasion á hechos que han suministrado argumentos en favor de ella. El precepto de amar á los enemigos ha suministrado pruebas de la religion como tantos otros. Asi san Estéban imploraba gracia y misericordia para sus perseguidores; y ¿la obtuvo Saulo, el mas encarnizado de ellos? Y esa gracia y misericordia obtenidas de un modo admirable y repentino, ¿no fueron una prueba en favor de la Religion? Y el apostolado de las gentes que fué el fruto de esta gracia y misericordia, ¿de cuántas pruebas luminosas no ha provisto al Cristianismo? ¡ Ved, pues, qué bello enlace! ¡ qué influencia tiene un solo precepto, y cómo se relaciona con infinidad de cosas! Este es un solo precepto: pero observemos atentamente todo cuanto ha establecido Jesucristo, y descubriremos claramente multitud de esos enlaces y conexiones, que absorberán nuestras ideas, haciéndose impenetrables á nuestro conocimiento. Un solo acto, un solo resorte tocado por Jesucristo pone en movimiento toda la máquina construida por él. Dios está oculto. El Verbo de Dios crió y ordenó el universo; dijo, y fue hecho. Observamos su sabiduría admirable en abrazar tanta multitud de cosas en un solo acto; y admiramos tambien la grande obra de la Redencion por la infinidad de relaciones que dimanar de las cosas mas sencillas: en esta se encuentra el mismo carácter de sabiduría en la sencillez de las causas que en la obra de la creacion del universo, y entre una y otra una ley de analogia la mas estrecha que pueda darse, y que no se halla por cierto en las invenciones de los hombres. Esta singular escapada de pincel, este rasgo singular nos dice que el autor de este gran cuadro es el mismo, aunque en un modo oculto, que el que en el principio de los siglos ideó sábiamente la gran máquina del universo, y pintó deliciosamente el gran cuadro de la tierra.

§ II. — *Epilogo general de toda la obra.*

¿Hasta qué punto hemos llegado? ¿No nos acordamos de aquel tiempo en que casi no sabíamos si éramos hombres? ¿no nos acordamos de aquella oscuridad que al principio habia llenado de temor á nuestro espíritu, de aquellas tenebrosas dificultades que

tenian abatido nuestro valor? ¿ Dónde están ahora? ¿ Cómo las hemos superado? ¡ Con qué diverso aspecto se nos presentan! ¡ Oh luz, oh verdad! ¡ Nombre augusto, tan impiamente profanado por las imposturas de los hombres! ¡ cuán dulce eres á nuestro corazon! ¡ Oh Dios, qué caminos tan llenos de esplendores hemos recorrido!

La inmensa multitud de criaturas que por todas partes nos rodean nos han conducido por multitud de medios al Criador universal; nuestra propia naturaleza nos ha ayudado eficazmente á reconocer su autor, y nuestro entendimiento no acostumbrado aun al esplendor de la verdad, ¡ cuán sorprendido ha quedado al hallar en el Ser de los seres la causa original de todas las causas, el ser por sí mismo, el órden eterno de las cosas, la inmensidad que llena los cielos, lo hermoso que no puede explicarse, aquel todo que no puede definirse! Penetrando en la misma esencia de Dios, ¡ cómo se ha llenado de admiracion al distinguir tres subsistencias increadas en la mas perfecta unidad de la naturaleza, y cuán confuso ha quedado al ver que ese misterio era impenetrable! Necesariamente, pues, el entendimiento ha debido dirigirse á las criaturas y á sí mismo; y entonces nosotros hemos dedicado nuestra atencion á las criaturas inferiores, nos hemos concentrado dentro nuestro mismo corazon, y las cualidades de las criaturas, las disposiciones, los vínculos, las tendencias de las mismas y los sentimientos de nuestro corazon, nos han presentado claramente la nobleza de nuestro ser. Hemos quedado bien penetrados de qué el hombre fue investido del dominio de la tierra por la mano del Criador, de que el hombre está compuesto de dos diversas sustancias, de que es inmortal y objeto de complacencia para su Criador, que está estrechamente obligado á Dios, y es Dios su objeto final. Guiados por los anteriores principios, hemos deducido que del amor que el hombre debe á Dios dimana necesariamente el amor que debe el hombre á sus semejantes, y que el hombre que ama á Dios profundamente y con predileccion, es feliz en sí mismo, y difunde á su alrededor su felicidad, y que el hombre que se aleja de estas reglas se labra su propia desgracia. Del entendimiento hemos pasado al corazon, y hemos conocido que la naturaleza del hombre se halla en pugna con sus deberes hácia Dios. Esto nos ha llevado á un análisis mas riguroso de la naturaleza humana, el cual nos ha demostrado que el hombre no tiene la ap-

titud natural para conocer á Dios, que no es tal como le crió Dios; y esto nos lo han confirmado las supuestas tendencias que encierra el corazon humano, y los efectos de su degradacion en el estado social: y hemos encontrado luego que los hombres por mas que se esfuercen no pueden volver á su verdadero estado natural, porque seria preciso cambiar extrinsecamente su naturaleza. En tan duro trance, no sabiendo á dónde dirigirnos para descifrar y resolver un negocio tan importante al hombre, confundidos por el silencio de toda la naturaleza, hemos vuelto la atencion al órden moral, nos hemos representado como en un gran cuadro todas las naciones y pueblos antiguos, les hemos examinado con relacion á Dios, á la verdad, á la virtud; y hemos tenido ocasion de comprobar en los mismos la indicada degradacion de la humanidad. Mas al fin, en una corta extension de la tierra hemos encontrado una nacion singular en extremo, distinta de las demás; sus ideas, sus leyes, sus prerogativas nos han maravillado; nos ha anunciado cosas grandes, asegurándolas en las mas robustas pruebas, en las cuales hemos encontrado gran resplandor, y hemos descubierto por medio de esa nacion el anillo que une el órden de la naturaleza á un nuevo órden de cosas. Ella nos presenta en un hombre la causa de la degradacion de la naturaleza humana, y nos promete en otra su restauracion. El modo maravilloso con que ha sido anunciado este segundo hombre con todos sus caractéres han causado una dulce sorpresa á nuestro espíritu, y nos hemos trasladado luego á los tiempos señalados para la venida del Deseado de todas las gentes. Le hemos encontrado medio oculto en cierto modo, hemos confrontado para reconocerle el tiempo, el carácter, las cualidades; al pronto una multitud de hechos, de circunstancias y de relaciones, una mezcla de luz y de tinieblas, de oscuridad y de esplendor ha puesto en angustia nuestro espíritu entre la esperanza y el temor, pero al fin este hombre ha dado cumplimiento á lo que de él se habia anunciado; y entonces se ha corrido el velo, le hemos reconocido claramente. Sus nobles cualidades de Verbo de Dios y de verdadero Hombre han sido anunciadas por toda la tierra, y de entre todas las naciones se ha formado y se ha levantado rápidamente un pueblo, cuya formacion y aumento hemos seguido con la vista; y nuestra atenta y no interrumpida observacion nos ha hecho conocer que hasta las cualidades mas sorprendentes de los que anunciaron estas ver-

dades no estaban en proporcion con el gran defecto de la conversion del mundo, y hemos quedado convencidos de que la accion invisible de Dios sobre el corazon del hombre ha dado seguidores á Jesucristo, y ha formado el Cristianismo. Nosotros no hemos perdido de vista á la Iglesia, ese gran pueblo derramado por toda la tierra, hemos examinado su doctrina, probado sus principios, admirado sus costumbres, y hemos hallado un conjunto adecuado á las necesidades, á las cualidades y á los verdaderos principios de la naturaleza del hombre. De aquí hemos pasado á juzgar de la fuerza, del número y de la universalidad, de los obstáculos opuestos á la propagacion del Cristianismo, y hemos visto que, bajo distintos pretextos, era la misma naturaleza del hombre la que se oponia á su propio remedio, al establecimiento de esta Religion; mas hemos visto tambien con gran placer que una fuerza invisible ha vencido todas las dificultades, superado todos los obstáculos, y establecido la Iglesia de Jesucristo sobre la tierra. Y prosiguiendo nuestras observaciones hemos debido admirar la solidez de las bases de esta grande Iglesia, que ni los enemigos exteriores, ni los hijos errantes y rebeldes, ni todos los cismas y divisiones han podido conmovier; y entonces hemos comprendido sus admirables prerogativas. Hémonos detenido igualmente á contemplar otras artes, otras invenciones, otras herejías dispuestas á lacerar y destruir esta Iglesia; pero hemos hallado siempre la misma solidez, la misma constancia. La mano de Dios, hemos dicho, está con la Iglesia de Jesucristo. Pasando ya á nuestros tiempos, vemos levantarse contra el Cristianismo el espíritu soberbio de una pseudo-filosofia, el cual pone en juego los medios mas terribles, los mas sutiles y eficaces, se dirige á los fundamentos sin alcanzar mas que una nueva prueba de la solidez del Cristianismo, y un nuevo triunfo de la verdad.

Hemos llevado despues nuestras miradas á la Iglesia de Jesucristo, y hemos hallado en su misma esencia su infalible autoridad, sus bellas y singulares prerogativas; y comparando luego su doctrina con la de la citada nacion de los hebreos, las hemos hallado á entrambas en la mayor conexion y enlace. Adelantando aun mas, y penetrando en la estructura interior de la misma Religion, hemos admirado las cualidades de la persona de Jesucristo, su verdadero objeto y su fin principal. Hemos examinado la índole de los medios á los que ha confiado la regeneracion del hombre, y las ins-

trucciones y auxilios que ha dado á este para que pueda cooperar por su parte al mismo fin. De la intrínseca moralidad del hombre pasó Jesucristo á la sociedad, y aquí tambien le hemos acompañado, quedando sorprendidos al ver el órden con que dispuso las cosas para que solo dependiese del hombre el hacer reaparecer sobre la tierra la felicidad, y en cierto modo los bellos dias de la inocencia: y la profunda sabiduría con que hizo servir en utilidad del mismo hombre y del órden social hasta la inobediencia y las iniquidades de sus semejantes; y nuestra admiracion ha llegado al extremo cuando hemos observado que, Jesucristo al traer sobre la tierra toda la felicidad posible, ha preparado al mismo tiempo y con los mismos medios á los hombres para el cielo. Echando entonces una rápida ojeada por todas estas cosas, hemos descubierto por medio de una comparacion, que la restauracion del hombre es obra de la misma mano que la naturaleza universal, es un cuadro del mismo pincel, es un efecto de la misma causa.

§ III. — *Solo el autor de todas las causas pudo haber constituido la Iglesia de Jesucristo.*

¿Qué diremos ahora de la Iglesia de Jesucristo? ¿á qué compararemos esta grande obra? Diremos que es un gran edificio cuyos cimientos se echaron al principio de los tiempos, que se construyó despues de edad en edad, y fué engrandeciéndose de siglo en siglo, y tomando despues la forma del diseño, se levantó y consolidó: en este edificio no deja de trabajarse en el curso del tiempo, aumentando su solidez y fortaleciéndole de continuo, sin que alcancen otra cosa mas los que intentan destruirlo que poner á prueba la firmeza de la piedra sobre la cual está fundado, y la fuerza extraordinaria del que la defiende. El diseño de este gran edificio es un diseño en cuya ejecucion desde el principio han trabajado muchos hombres: unos han comenzado su construccion, y otros la han terminado, siendo lo mas admirable que aunque de edad, de condicion y de siglo diversos, todos han sido dirigidos por una mano invisible y á un mismo objeto; este, por ejemplo, ponía una piedra sin saber que otro hacia otro tanto, ni conocer su uso y su fin: aquel siguiendo la misma mano invisible formaba un ángulo de esta gran fábrica, sin conocer la relacion y la simetria que este tendria despues con el todo. El gran diseño

poco á poco se desarrolló, toda la gran fábrica fue terminada, y se vieron entonces las proporciones, alabándose la sabiduría del artifice que la diseñó, y admirándose su poder en enviar á tiempos proporcionados tantos y tan diversos operarios para ponerlo en ejecucion, y su asiduo cuidado en asistir á su trabajo en todos los siglos. Hé ahí una imágen verdadera de la formacion de la Iglesia de Jesucristo. El Verbo de Dios fue quien formó su diseño, y envió luego los trabajadores. Los Patriarcas pusieron los fundamentos con sus vivas y declaradas esperanzas. Los Profetas levantaron el edificio de siglo en siglo con sus veraces descripciones y realizadas profecías, el sacerdocio legal adelantó el trabajo con sus emblemas, figuras y ritos; aumentóse el número de los operarios, y como otro de ellos vino el mismo Arquitecto, dió las reglas, la proporcion á la obra, descubrió su admirable perspectiva, su objeto y fin, la consolidó, y dejó á los Apóstoles, para que con su poder y sus cualidades extraordinarias la pusiesen término; vinieron los Mártires, que la robustecieron con su sobrehumana fortaleza; siguieron los Santos, que con sus maravillosas virtudes la hicieron admirar y respetar; los mismos perseguidores, que en todos tiempos tan vigorosamente trabajaron para destruirla y aniquilarla, contribuyeron á su mayor solidez. Tal es la construccion divina de esta gran obra.

#### § IV. — *Conclusion de la obra.*

Mas los enemigos de la Iglesia de Jesucristo quieren presentarnos esta obra, como una de tantas invenciones de los hombres, como un efecto del engaño y de la impostura. Pero, díganos por favor y concluyamos: ¿quiénes son los que han engañado á los hombres? ¿Los Profetas ó los Apóstoles? ¿Se han convenido los predicadores del Evangelio con los sacrificadores del antiguo sacerdocio? ¿Ha hecho algun pacto Jesucristo con todos los hombres que le habian precedido, para que concurriesen todos, cada uno por su parte, á la fundacion de su Iglesia? Y ¿ha hecho otro tanto con los que despues de él han venido, para que continuasen y diesen término á la obra? Y ¿se ha convenido tambien, para que favorezca á su objeto la naturaleza misma del mundo? ¿Ha hecho algun pacto con los acontecimientos, combinaciones y accidentalidades para que de tiempo en tiempo cooperasen tambien

¿ su trabajo? Enemigos de la verdad, responded, ¿ cómo puede compararse la religion de Jesucristo con las inventadas supersticiones que llenan la tierra? Preséntense, si pueden, frente á frente esas malignas creaciones de los hombres, esas deformes imitaciones, que con sus ridiculeces y torpezas han hecho un objeto de desprecio para los impíos, ó de indiferencia para los ignorantes, la única, la santa y la verdadera Religion. Preséntense enhorabuena, y resistan la fuerza de la comparacion. Entonces tendremos el valor de explorarlas una á una, y hacerlas abandonar ese título pomposo que no les conviene. ¿ Es acaso difícil el señalar sus inventores, el indicar la época, los medios empleados para conseguir el fin, el éxito mas ó menos dichoso que naturalmente debian alcanzar? Fácil seria señalar las circunstancias que sostienen todavía en pié á esos fantasmas de religion, el declarar el por qué, y hacer tocar con la mano los motivos. Escóndanse, pues, las imposturas de los hombres, huyan de la verdad de Dios, de la cual basta un rayo para dispersarlas y desvanecerlas. Busquen las tinieblas, amen la ignorancia, acomódense á la estupidez de los pueblos, que la Iglesia de Jesucristo, la verdad no teme presentarse desnuda á sus enemigos, porque cuando será ella mas combatida, entonces por su naturaleza reflejará mas sus resplandores, moverá mas con sus atractivos, y arrastrará victoriosa detrás de su carro triunfante á los obstinados y voluntariamente ciegos.

*Certissimum est, atque experientia comprobatum, leves gustus in philosophia movere fortasse ad Atheismum, sed pleniores haustus ad Religionem reducere.* (Bacon de Verulam. de *Augmentis scientiar.*, lib. 1).



---

## APÉNDICE.

---

### § I. — *Modo fácil de distinguir la verdadera Religión.*

Fijemos nuestras bases. Al hombre ofuscado en el entendimiento y corrompido en el corazón no le bastan ciertas verdades aisladas, que en decir de nuestros filósofos forman la religión natural del hombre. El hombre necesita otras luces para conocerse á sí mismo, y otra fuerza para dirigirse á la felicidad y al fin para que fue criado. La religión es necesaria al hombre en todos conceptos, como hombre y como ente social. La razón humana y la experiencia comprueban esta verdad. Si, pues, la religión es necesaria al hombre, debe existir una religión verdadera. Mas ¿cuál es esta religión verdadera? Raciocinemos.

El autor de la naturaleza del hombre debe ser también autor de la religión, porque obra con analogía en ambas; por lo mismo aquella religión que no esté proporcionada á la verdadera naturaleza del hombre no puede ser la religión verdadera; aquella religión que no esté en cierto modo ingerida en la naturaleza del hombre, no puede ser la verdadera religión del hombre; aquella religión que no mejora el corazón del hombre, y que no eleva su entendimiento, no puede ser la religión verdadera; aquella religión, por fin, que no dirige el hombre á su fin verdadero é íntimamente conocido, no puede ser la verdadera religión del hombre. Hagamos un ligero exámen de las religiones que existen en la tierra.

*La idolatría.* No es preciso detenerse mucho en el análisis de la idolatría para conocer que no está proporcionada á la naturaleza del hombre, ni mejora su corazón, ni eleva su entendimiento.

Esto es evidente por si mismo, y lo hemos demostrado en el decurso de la obra. Basta solo considerar que la idolatría ha criado tantas suertes de dioses, cuantas necesidades y apetitos tiene el hombre: así un Baco hace la apología de sus crápulas, un Marte de sus venganzas, y una Vénus de sus liviandades.

*Mahometismo.* Prescindiendo de que esta religion no tiene en favor suyo el menor carácter de verdad, y de que no es por su novedad la religion de todos los tiempos y de todos los hombres, esta religion no está proporcionada á las necesidades de la verdadera naturaleza del hombre, sino que al contrario favorece sus corrompidas inclinaciones, le embrutece, segun dice el mismo Averroes mahometano, y léjos de mejorarle, justifica sus pasiones, especialmente la venganza y la lujuria, y dirige el hombre á un paraíso de carne y de brutalidades.

El desprecio de la ilustracion y la ignorancia impuesta sostienen esta religion; la espada y la corrupcion del corazon la propagan; luego el mahometismo no puede ser la religion verdadera.

*La religion de los hebreos.* Hemos demostrado ya que esta viene de Dios, que no es otra cosa mas que el fundamento del Cristianismo, y que lleva en sí misma por su propia naturaleza el gérmen de su propia destruccion, á la manera que en los árboles desaparecen naturalmente las flores al aparecer los frutos.

*El Cristianismo.* Estamos bien persuadidos de haber demostrado extensamente en el decurso de nuéstra obra que el Cristianismo no es mas que la obra de la restauracion de la naturaleza humana, que tiene todos los caracteres de la verdad *à priori* y *à posteriori* como dicen las escuelas, que está adecuada á la naturaleza del hombre criada por Dios, eleva el entendimiento, mejora el corazon, y dirige eficazmente al hombre á su verdadero fin. Luego, solo el Cristianismo es la religion verdadera y natural al género humano.

## § II. — Modo fácil de conocer cuál es la verdadera Iglesia.

Si el Cristianismo es la religion verdadera y natural del género humano, se sigue de aquí que todos los hombres deben abrazarlo y unirse con él inseparablemente. Héme ya cristiano, dirá alguno; mas, ¿qué son esos clamores que hieren mis oídos? Venid á nos-

otros dicen unos, que estamos iluminados, y hemos tenido la suerte de desterrar los errores en que la mayor parte de los cristianos están envueltos: venid á nosotros, replican otros, que profesamos el Evangelio en su antigua pureza, libre de los caprichos de los hombres, y de tantas supersticiones que deshonran la Religion: venid á nosotros, exclaman aquellos, que por medio de profundas meditaciones hemos hallado el anillo que une la felicidad terrena á la celeste, la política humana con la religion de Dios, la prosperidad temporal con la eterna. Entre tan opuestos clamores ¿ dónde podré hallar, dirá el indicado hombre, la verdadera Iglesia de Jesucristo, la que es poderosa no solo en palabras sino en obras? ¿ Deberé contentarme con ser cristiano y será indiferente que me junte á esta ó á aquella congregacion? Pero, ¿ cómo podré yo estar seguro de los portentosos efectos del Cristianismo sobre de mí, y de las consecuencias irreparables que me resultarían abrazándolo sin seguridad? Entre tantas contradicciones, ¿ dónde podré yo hallar la verdad? Con todo, yo estoy persuadido que esta verdad, esta grande Iglesia depositaria de la grande obra de la reparacion del hombre, por necesidad debe no solo conocerse, sino conocerse con facilidad, pues que de otro modo la grande obra de la redencion del hombre seria inútil, sus efectos no serian aplicables, y Dios su autor habria obrado en vano, lo que es imposible.

Vos habláis con mucha sensatez, le respondemos á este hombre; vos racionais muy bien; pero venid conmigo y observad: contemplad este gran cuadro, y decidid.

Sabed en primer lugar que ha habido siempre una Iglesia denominada católica, esto es universal, y que ninguna de las iglesias separadas que se llaman cristianas ha conseguido apropiarse aquella imponente denominacion, pues que la Iglesia católica, á pesar de cuanto se ha dicho acerca los rápidos y pasajeros progresos del Arrianismo, ha sido siempre la mayor y la mas extensa.

Contemplad por un momento el aspecto de esa gran ciudad puesta sobre un collado y á la vista de todos. Seguidme.

Observad el asombroso número de obispos ayudados de una multitud de sacerdotes en comunión con el gran centro de la unidad cristiana nuestro Pontífice actual. Ved á sus antecesores rodeados tambien del mismo séquito de obispos y sacerdotes y de

pueblo con la misma unidad, la misma doctrina, la misma moral hasta llegar sucesivamente san Pedro y Jesucristo, punto central entre la Iglesia actual y la Iglesia que anuncia su venida, la desea y la suspira. Pasad desde aquí á los supremos sacerdotes, á los levitas, á los profetas hasta Aaron, á los patriarcas, á los primeros hombres del mundo, á Adán, cabeza infeliz del género humano, autor voluntario, pero involuntario propagador de la corrupcion universal, de la corrupcion degenerada en naturaleza en todos los hombres. Veámosle humillado, arrepentido, anegado en llanto, temiendo por sí mismo, mas esperando para sus hijos un rayo de luz, de misericordia divina, una plenitud de misericordias, y animado de esta esperanza veámosle como asiste á los sacrificios de sus hijos, sacrificios ordenados por Dios para simbolizar la venida del Libertador prometido y su muerte misma. Detengámonos por un instante, y despues retrocediendo bajemos paso á paso hasta al punto de donde hemos salido, es decir, hasta nuestros dias. Desde luego vemos multiplicarse las iniquidades de generacion en generacion, oscurecerse y confundirse las antiguas tradiciones, y hasta borrarse de la mente de la mayor parte de los hombres la verdadera idea de Dios. Mas Dios la suscita de nuevo, y se forma un pueblo depositario de su grande obra de la restauracion del género humano. Dios no abandona por esto totalmente á los demás hombres: difunde los rayos de su luz disipadores de las tinieblas, toca los corazones, y tiene fieles adoradores que esperan en Él y que le aman aun en medio de las naciones las mas ciegas y corrompidas (Job, Melchisedech, etc.). Recorramos todos los patriarcas, profetas, sacerdotes y llegaremos de nuevo hasta Jesucristo, san Pedro, los Apóstoles, los discipulos, los obispos, los sacerdotes, hasta encontrar á los sucesores de estos, que recibieron de ellos su autoridad y su mision. Hemos llegado ya á los Cerintianos, Marcionitas, Gnósticos y Montanistas. Decidnos, vosotros todos: ¿quiénes sois vosotros? ¿de dónde venis? ¿qué relaciones teneis con Jesucristo y con la Iglesia de todos los justos de la tierra? ¿Qué Apóstol en nombre de Jesucristo se ha constituido vuestra cabeza y conductor? Ellos no responden, enmudecen. Prosigamos; y ved ahí los Sabelianos, Novacianos, Maniqueos, y luego los Arrianos, Macedonianos, Pelagianos, Nestorianos, Eutiquianos... que aparecen tambien. Hagámosles la misma pregunta. ¿Quiénes sois vosotros? ¿de dónde

venís? ¿Dónde estábais antes de Sabelio, de Novato, de Manes, de Arrio, de Macedonio, de Pelagio, de Nestorio, de Eutiches? ¿Dónde están vuestras credenciales? ¿Qué relaciones teneis con la Iglesia que abraza en su seno todos los justos de todos los siglos? Arrastrados por nuevas doctrinas, vuestra dura obstinacion os separa del gran tronco y de la unidad de la restauracion humana: vuestras sectas no son, pues, obras de Dios, sino invenciones de Arrio, de Pelagio, de Nestorio, etc. Sigue extendiéndose la Iglesia de Jesucristo, muchas naciones idólatras entran en su seno, brillan sus admirables prerogativas por toda la tierra, mas ¡ah! los mas de los griegos vacilan y se separan momentáneamente del tronco comun. ¿Qué es lo que haceis? ¿No habeis sido hasta ahora muy celosos de la unidad de la Iglesia? ¿No habeis combatido los cismas, y condenado las herejias en los concilios generales presididos por el romano Pontifice, separando del seno de la Iglesia universal á los autores y secuaces? ¿No habeis sido los primeros á proclamar en el gran concilio de Constantinopla el dogma de la unidad de la Iglesia? ¿Qué es lo que haceis ahora? ¿Quereis separaros de la fe de vuestros padres? Y vosotros obispos ¿quereis hacer traicion á la fe de los que os han consagrado? Ved allá el término de los secuaces de Corinto, ved el fin de los terribles Arrianos precedido del de los Sabelianos, Novacianos, Mácedonianos y Pelagianos. Las obras de los hombres vacilan y perecen, la obra de Dios está siempre viva, sólida y permanente. Los griegos se reunen á su antigua madre, mas, ¡ah! es para separarse de nuevo y consumir su cisma.

¡Cuántas variaciones! Los hombres varian; solo la verdad es inmutable. Prosigamos. La voz de Lutero, de Zuinglio, de Calvino, se deja oír de toda la Iglesia. ¿Qué pretenden estos hombres? Reformar la Iglesia en sus dogmas y en sus ceremonias. Luego la Iglesia está corrompida, y el error ha prevalecido contra ella. Luego la grande obra de la restauracion del hombre ha desaparecido del mundo. Luego Jesucristo no ha cumplido sus promesas. Estas consecuencias son legítimas. La Iglesia condena á estos sectarios á sus propias discordias y enemistades, y entre tanto dilata sus conquistas, abraza en su seno nuevas desconocidas naciones.

Enrique VIII, rey de Inglaterra, despues de haber combatido por escrito contra Lutero, cansado de sus veinte años de matrimonio

pide la disolucion de este, y no estando esto en las facultades de la Iglesia, se declara el mismo cabeza de la iglesia anglicana, forma su plan y sus leyes. Hé ahí la obra de los hombres. No complaciéndole á Eduardo su sucesor la iglesia de su padre la refunde y renueva. Elisabeth su hermana, que le sucede en el trono y en la dignidad de cabeza de la iglesia vuelve á hacer innovaciones en ella. ¿No veis las mutaciones de las obras de los hombres? Observad la Iglesia católica siempre la misma en la perenne sucesion de sus obispos, en su doctrina, en su moral y en las prerogativas que le son exclusivamente propias; siempre la misma en su unidad, siempre firme, siempre inflexible hasta nuestros dias. Contemplad atentamente este gran cuadro, contempladlo cuanto querais, y decidid.

Solo la Iglesia católica se remonta hasta la caida del género humano: ha visto el nacimiento de las sectas separadas de ella, y á muchas las ha visto desaparecer.

Todo cuanto tienen de verdadero y de bueno las sectas lo han recibido de la Iglesia madre, y lo han llevado consigo al separarse de su seno. La inflexibilidad de la Iglesia católica no tiene ejemplo: establecida por la verdad increada y fundada en la verdad no puede hacer pacto con el error. Al contrario de las sectas que se amoldan á los tiempos y á las circunstancias, varian sus doctrinas, y se venden á la política.

La Iglesia católica ha recibido de solo Dios su principio, su autoridad y su libertad. Las sectas están sujetas al capricho de los hombres.

La Iglesia católica es la única que como árbol frondoso alarga sus ramas en la extension de todos los siglos. Ningun cristiano, sea cual fuere la asamblea á que pertenezca, niega ni puede negar que la Iglesia católica haya sido su primera y antigua madre, la primera y antigua depositaria de la grande obra de la restauracion del hombre. Á ellos les toca el hacer ver la época de la traslacion de este depósito, y en qué reunión haya sido transferido, y de qué modo. No haciéndolo así, la presuncion estará siempre á favor de la Iglesia católica, aun á juicio de los mismos infieles, incrédulos y apóstatas.

El que se halla fuera del seno de la Iglesia católica, se halla fuera de la unidad del Cristianismo. El que no quiere instruirse, el que vive en la indiferencia, el que se obstina en no ver, el que

persevera en una ceguedad voluntaria, se halla fuera del orden, y en vano se lisonjea de pertenecerá Jesucristo, y de participar de los efectos de la redencion.

§ III. — *De si el presente libro es susceptible de refutacion.*

En el supuesto que la causa del Cristianismo haya sido tratada como se debe en el decurso de nuestra obra, hemos de decir francamente que esta no es susceptible de refutacion.

No queremos decir por esto que no se pueda alucinar á los hombres, cantar algun ridiculo triunfo, y tomando aislada, por ejemplo, alguna de aquellas pruebas que llamamos de congruencia, y que sirven de apoyo á las verdades magistrales demostradas, hacer ver tal vez que es mas sutil que sólida, mas aparente que sustancial. Tampoco pretendemos dar á entender que sea imposible mover cuestiones sobre alguna de tantas profecías que se refieren al Mesías esperado, favoreciéndolas las expresiones literales de algun código, y apoyándolas el sentimiento de los rabinos, especialmente de los modernos. Ni menos decimos que con un aparato de erudicion no pueda disputarse sobre algun prodigio, y hacerlo problemático y dudoso; que, por fin, sea absolutamente imposible esparcir dudas y suscitar cuestiones sobre algun hecho histórico; porque, en fin, aunque se concediese una completa victoria sobre semejantes cosas de poca ó ninguna importancia; no por esto podria sacarse alguna consecuencia perjudicial á la sustancia de nuestro libro y á la verdad inconcusa del Cristianismo. ¿Queda el leon menos fuerte y menos terrible á sus enemigos porque llega á quitársele algun pelo de la espalda? ¿Queda menos sombrosa y fuerte para luchar con los vientos una grande y espesa encina porque se le han quitado algunas pocas hojas? Estas en conclusion son frivolidades, que no pueden mover sino los hombres insensatos y frívolos.

Para combatir con eficacia el Cristianismo es preciso derribar las robustas columnas que sostienen este edificio, es preciso demostrar con evidencia que no hay Dios, ó por lo menos destruir las pruebas de su existencia; es preciso poder negar que el hombre no es ahora en su naturaleza lo que deberia ser, que no es como lo crió Dios, y no solamente esto, sino que se halla imposibilitado de volver á su verdadero estado. Hacia este punto deben

dirigirse todos los golpes, analizando, combatiendo y destruyendo todas las pruebas que hemos dado en el decurso de la obra, y pasar de aquí á atacar de frente el conjunto de la grande obra de la redencion del hombre.

Es preciso dirigirse al tronco, y no andarse por las ramas; de nada sirven las declamaciones y las burlas; es preciso aducir argumentos, demostraciones y pruebas.

FIN.



EL TRADUCTOR.

**ARMAS Á LOS DÉBILES**

**PARA VENCER Á LOS FUERTES.**

**DIVINIDAD DE LA RELIGION CATÓLICA.**

OBRA TRADUCIDA DEL ITALIANO.

dejarlos solos los cuales, analizando, conluchando y destruyendo  
todas las potencias que hacen dolo de el debilido y el debilido  
de el debilido se consigue el triunfo de la fuerza y la fuerza  
de el debilido se consigue el triunfo de la fuerza y la fuerza  
de el debilido se consigue el triunfo de la fuerza y la fuerza

No pocas dignas al tratar, y no muchas por las ratas y de  
nada dicen las fortificaciones y las fortalezas, es preciso advertir  
de las fortificaciones y las fortalezas, es preciso advertir  
de las fortificaciones y las fortalezas, es preciso advertir

## ARMAS A LOS DEBILES

# PARA VENCER A LOS FUERTES

---

DIVISION DE LA RELIGION CATOLICA.

DEL TALLER DEL TALLER

---

---

## EL TRADUCTOR.

---

*Habiendo parado por casualidad á mis manos la obrita italiana titulada : Armas á los débiles para vencer á los fuertes, reconoci desde luego su inmensa utilidad, ya por la importancia de las materias de que trata, ya por el tino con que el autor ha sabido ordenarlas, reuniendo en un pequeño volumen las principales pruebas á favor de nuestra Religión, así como los principales argumentos para combatir á toda especie de herejes. Y sabiendo que sujetos de reconocido celo é ilustracion, que deseaban ver traducida á nuestro idioma dicha obrita, han hecho vanos esfuerzos para procurarse un ejemplar á causa de haberse agotado enteramente las dos ediciones que se han tirado de la misma, he creido hacer un obsequio á estos y al público ofreciéndoles la presente traduccion, que no podrá menos de ser muy desaliñada á causa de los pocos conocimientos que tengo del idioma italiano. Pero como no es la hermosura de las palabras á la que debemos atenernos, sino á su verdad y utilidad, segun dice san Agustin, si logro este último objeto quedarán enteramente satisfechos mis deseos.*

---

---

## EL TRADUCTOR.

---

Habiendo pasado por cuidadosa y minuciosa revisión la obra de  
don Nicolás. Atento á los defectos para evitar á los lectores  
reconocer desde luego su inmensa utilidad, yo por la impor-  
tancia de las materias de que trata; yo por el tipo con que se  
imprime en un bello y elegante papel, y por el precio que se  
paga por ella, me he permitido recomendarla en un pequeño folio  
particular á favor de nuestra Religión, así como los  
principales argumentos para combatir á toda especie de here-  
jes. Y sabiendo que sujetos de reconocida celo é ilustración, que  
deben ser traductores de nuestra idioma dicha obra, han he-  
cho estos esfuerzos para procurarse un exemplar á costa de  
haberse agotado enteramente las dos ediciones que se han tirado  
de la obra, he creído hacer un obsequio á estos y al público  
recomendando la presente traducción, que no podrá ser menos de ser  
muy adelantada á causa de los pocos conocimientos que tengo  
del idioma italiano. Pero como no es la primera de las pa-  
labras á lo que debemos nosotros, sino á lo que ellos y nosotros  
según dice san Agustín, si sobre este mismo objeto quedará  
efectivamente satisfecho mis deseos.

---

---

---

## PREFACIO DEL AUTOR.

---

*En el siglo corrompido en que vivimos, es absolutamente necesario prevenir á los verdaderos fieles contra la seduccion en materias de fe. Todos los dias nos vemos inundados de toda especie de libros perniciosos; á cada paso y do quiera se oyen conversaciones impias, se siembran mil abominables doctrinas, se pretende inventar nuevos sistemas de religion; y todo esto con un descaro, con un aire de confianza y un tono de autoridad, capaces de impresionar y pervertir á los que no se hallen bien prevenidos contra la seduccion.*

*Bien se que se han escrito con este objeto tratados excelentes y muy á propósito para defender la fe, sostener el dogma y conservar intacto el sagrado depósito de la Religion; pero estos tratados son en su mayor parte ó demasiado sublimes para el comun de los hombres, ó demasiado voluminosos para ser leidos, y al mismo tiempo demasiado costosos para que puedan procurárselos muchas personas.*

*He creido obviar en algun modo este inconveniente ofreciendo á los fieles un compendio de la Religion, breve, preciso, al alcance de todos, y en el cual, sin entrar en cuestiones difíciles y de larga discusion, se dice no obstante lo suficiente para poner á toda inteligencia en estado, no solo de afirmarse en su creencia, sino tambien de responder á las falsas objeciones, á los engañosos sofismas, y para decirlo de una vez, á las impias blasfemias que continuamente se vomitan contra nuestra santa Religion y contra sus augustos misterios. ¡ Oh! ¡ qué ventaja para las almas si este objeto llenarse pudiera, y al mismo tiempo dar á los fieles un preservativo contra este diluvio de errores y de impiedad que de todas partes les circunda en estos azarosos tiempos!*

*Al expresado fin reduzco esta obrita á dos solos artículos, que, aunque enlazados entre sí y al mismo tiempo concisos, constituyen el fondo y la esencia de la Religion, y pueden suplir por tratados completos y acabados volúmenes.*

*Para tomar, pues, las cosas en su mismo origen y reducir la cues-*

tion á los primeros principios, siento que para caminar por la verdadera senda de salud es necesario ser cristiano, es necesario ser católico, sin cuyas condiciones no hay salvacion para nosotros.

Este era el bello y sublime pensamiento del célebre Paciano : « ¿Que-  
« reis saber mi nombre? decia á los paganos. Soy cristiano; ¿pedis mi so-  
« brenombre? soy católico. » Esto mismo que Paciano decia en su tiempo, decirlo debiéramos tambien nosotros ahora, y decirlo todos; y así cuando hubiésemos de hablar á todo el universo, el universo entero escucharia con gusto esta grande cuestion, que por ser cuestion de hecho interesa á todo el mundo.

Sed cristianos : he aquí cuanto se necesita para apartaros de todo lo que malamente se llama Religion, y que en el fondo no es mas que ilusion é impiedad.

Sed católicos : he aquí lo suficiente para, en medio del cristianismo, distinguir la verdadera Iglesia de lo que no es mas que herejia y secta.

Á estos dos puntos de vista limito el presente Tratado, porque á ellos reduce tambien todos nuestros deberes la misma Religion.

Pero ¿qué, se dirá acaso, no somos ya nosotros cristianos y católicos? ¿necesitábamos para esto de nuevas demostraciones y de nuevas pruebas? Norabuena : sois cristianos y católicos, alabad mil veces al Señor ; pero ¿sabeis las razones y motivos que os impelen á serlo? ¿sabeis las ventajas que de ello os han de resultar? ¿conoceis todas las obligaciones que con serlo habeis contraido? Esto es lo que vais á comprender mejor con el Tratado que os presento.

Fe divina que nos santificáis ; y Vos, Ser supremo, que sois su autor ; vuestra es la causa que aquí se defiende, sostenedla con la uncion interior de vuestra gracia, y con la fuerza omnipotente de vuestra palabra ; iluminad los entendimientos, inspirad los corazones, hacelless dignos de la Religion que Vos mismo les habeis enseñado.

---

ARMAS Á LOS DÉBILES

**PARA VENCER Á LOS FUERTES.**

---

PRUÉBASE LA DIVINIDAD DE LA RELIGION CATÓLICA.

---

CARACTERES DIVINOS QUE RESPLANDECEN EN LA RELIGION.

ARTÍCULO I.

Entro de lleno en esta importante materia, y sin pararme en la cuestion general de si era necesario que Dios revelase una Religion al universo, me atengo únicamente á la cuestion de hecho, y digo : existe una Religion revelada cuyos caracteres llevan visiblemente el sello de la divinidad; dicha Religion por consiguiente es divina, es verdadera, la sola por lo mismo que debemos abrazar, y esta es el Cristianismo.

¿ Cuáles son ahora los caracteres divinos que distinguen la verdadera Religion, y que deben unirnos eternamente á ella? Yo hallo cinco esenciales, que sucesivamente y por su orden procuraré desenvolver.

1.º El primer carácter de la divinidad del Cristianismo es el plan mismo y la idea de esta Religion. En efecto, ¿ hay nada tan grande, tan sublime y divino como lo que ella nos enseña acerca de Dios, del último fin, y de los medios que para alcanzarle deben practicarse? Trátase de una Religion que me hace conocer á un Dios por autor de mi ser, á un Dios-hombre por modelo de todas mis acciones, una eternidad por recompensa ó castigo de todas mis obras; de una Religion que me muestra un Dios que vela incessantemente sobre mí para guiar mis pasos; que me tiene siem-

pre perplejo en la expectativa de un juicio terrible; que debe pensar todas mis acciones; que me presenta la vida como una peregrinacion y un destierro, á fin de que siendo criado para el cielo, no me aficione demasiado á lo terreno; que me hace mirar la muerte no mas que como un paso á una vida mejor, á fin de que incesantemente aspire á ella.

Sé que esta Religion combate mis malas inclinaciones, y declara guerra abierta á las pasiones viciosas de mi corazon; así el orgullo, el deleite, el odio, la venganza, la cólera y avaricia son otras tantas víctimas que me es preciso inmolar; pero todo esto no me importa nada, porque cuando las pasiones se desordenan es preciso que la Religion las reprima. Sé además que dicha Religion me propone misterios incomprensibles, superiores á todo humano saber, y capaces de hacer sucumbir bajo su peso al que osare penetrarlos; pero todo esto léjos de hacer vacilar mi fe, por el contrario hace que me afirme mas en ella. Conozco que la debo el homenaje de mi entendimiento, así como el de mi corazon; es necesario, pues, que yo la sacrifique, no solo mis luces, sino tambien mis inclinaciones. Y ¿dónde estarian este homenaje y este sacrificio si nada tuviese yo que creer, si pudiese comprenderlo todo, si caminase siempre á la luz de la evidencia, y nunca en la oscuridad de la fe? ¿Hay acaso algun mérito en creer aquello mismo que se ve?

Hé aquí, pues, el plan que mi Religion me propone. Abriendo mis ojos á la luz de la fe, esta me muestra el cielo y la tierra: en el cielo, á un Dios sentado en el trono de su gloria; sobre la tierra, al hombre habitante en un valle de lágrimas. Para conciliar estos extremos y establecer una correspondencia divina entre el Criador y el hombre, ¿qué hace la Religion? Primeramente me hace considerar este vasto universo como una grande y numerosa familia, de la que Dios es cabeza y padre, y todos los hombres sus hijos y miembros; todos deben hallarse unidos entre sí con vínculos sagrados é indisolubles; estos vínculos son los de la Religion, que reuniéndolos á todos bajo unas mismas leyes, les conduce tambien al mismo fin; de manera que así como Dios es el primer principio del cual dimanan todas las cosas como de su propio origen, sea tambien el último fin á que todo venga á parar como á su centro.

Pero ¿qué modelos ofrecerán al mundo que correspondan á este



plan divino los que profesan Religion tan sublime? ¿Acaso los sábios tan celebrados de la antigüedad, y de los cuales esta sin embargo no conoció mas que el nombre? No; sino los verdaderos sábios, esto es, aquellos hombres en quienes se hallan reunidas como en compendio todas las virtudes: verdad en sus discursos, sinceridad de sentimientos, integridad de conducta, gravedad sin orgullo, modestia sin afectacion, grandeza sin fausto, humildad sin bajeza; hombres que saben reprimir sus apetitos, dominar las pasiones, sacrificar sus gustos, cumplir con sus deberes; tal es el cristiano: su corazon es el santuario de la virtud, su boca el intérprete de la verdad, toda su conducta el retrato fiel de un hombre-Dios. Tal es el verdadero sábio en todos los estados: buen rey, buen ciudadano, buen amigo, buen padre de familias: si la Religion fuese seguida, haria de los hombres la imágen de Dios, y de la tierra un paraíso de delicias.

Tales son los hijos que la Religion engendra en Jesucristo; hombres á quienes prohíbe tratar á los propios enemigos de otro modo que si fueran sus hermanos, no permitiéndoles vengar las injurias mas que con beneficios; hombres á quienes ordena amar la virtud, y conocerla solo para practicarla; despreciar las alabanzas, y solo aprender á merecerlas; huir de adquirir fama casi tanto como de pecar, y temer el pecado mucho mas que la muerte.

¡Oh Religion, cuán grande eres y cuán sublime! ¿Es posible que seas obra de un hombre, ó eres mas bien la obra maestra de la mano de Dios? ¿Serás una pura invencion de la fria razon, ó mas bien una emanacion de la luz eterna? Tal cual eres, aunque superior á mis alcances, reconózcote digna del mismo Dios, y que mereces por lo mismo mi estimacion y afecto, que deseo tribuarte eternamente.

2.º Pero ¿esta Religion ha existido siempre? Hé aquí un nuevo carácter de divinidad, un nuevo motivo de creencia, fundado en la antigüedad de la Religion; pues sabemos que para que una Religion sea verdadera, debe ser tan antigua como el mundo, y haber principiado con el género humano. En materia de Religion, para demostrar la falsedad de una, basta que se pueda fijar su origen, aun cuando este no fuese mas que de un dia posterior al del mundo; y este es un nuevo carácter de la divinidad del Cristianismo. Si; si quisiéramos remontarnos á su origen, nuestra Religion, al menos en cuanto al fondo y á la esencia, es tan antigua

como el universo; pues que principió con el mismo mundo y nació con el primer hombre. Dada solemnemente al pueblo de Dios, y transmitida al pueblo cristiano, no ha hecho mas que perfeccionarse en el transcurso de los siglos.

Adán la recibió inmediatamente del mismo Dios; Noé la salvó de las aguas del diluvio; Abraham la trajo consigo en su transmigracion; Moisés la hizo mas luminosa con las ceremonias; los Patriarcas la figuraron con sus sacrificios; los Profetas la habian anunciado con sus oráculos; la perfeccion y el complementor estaba reservado para el Mesías, que viniendo en la plenitud de los tiempos á disipar las sombras y la figura, debia sustituíles la luz y la realidad, y como piedra angular reunir sobre un mismo fundamento el testamento de la doble alianza, y todos los pueblos del universo bajo una misma ley.

Es de este modo como la luz de la Religion revelada fué acrecentándose de siglo en siglo, desde la primera edad del mundo hasta el tiempo del Mesías; como desde su infancia hasta su edad madura, á fin de que esta divina luz, semejante á la aurora, anunciase el nacimiento del Sol de justicia, é inspirase mayor deseo y ansiedad de verle; y cuando hubiese al fin amanecido, el universo, que estaba en expectacion, fijase en él su vista y sus miradas, y caminase á la luz de este nuevo astro que venia á darle nuevo resplandor. Infelices, ¡ah! infelices de aquellos ciegos que cierran voluntariamente los ojos á la luz! ¿Á quién echarán la culpa sino á sí mismos de su punible obcecacion?

3.º Son tanto mas culpables en esta parte, quanto que el esplendor de las profecias habia ya preparado el camino, y anunciado la ley de gracia con la venida del Mesías. Y ¿con cuántas profecias no ha sido anunciada y autenticada la Religion cristiana en todos sus acontecimientos y misterios? No hay mas que abrir los Libros divinos, y aun si se quiere, considerarles por un momento como libros puramente históricos, ¿qué es lo que se ve en ellos? Que el Mesías figura en todos los pasajes: su vida, su religion, sus acciones, sus misterios llaman á cada paso nuestra atencion. Todo en ellos se halla previsto, todo anunciado; fijadas las épocas y los tiempos; muy bien descritos los lugares; las personas llamadas por sus nombres; de modo que, como elocuente dice san Gerónimo, leyendo á los Profetas se cree leer una historia mas bien que una profecia.

Y ¿qué podrá alegarse para eludir la fuerza de una demostracion tan evidente? ¿Se dirá acaso que estas profecias han sido supuestas por los cristianos, é inventadas despues de los correspondientes sucesos? Pero sean aquí nuestros jueces nuestros mismos enemigos: *Inimici nostri sunt iudices.* (Deut. xxxii.) Hablo de los judíos, que son los que nos transmitieron la Escritura, de cuyas manos nosotros la poseemos. La Providencia, dice san Agustin, dispuso que este sagrado depósito nos fuese conservado por aquellos mismos que mas se interesaban en destruirlo y anonadarlo, porque á mas de denotar esto mismo su condena y nuestro triunfo, debia servir tambien para que los cristianos pudiesen decir con verdad, segun la significacion del oráculo, que recibíamos la salud de la misma mano de nuestros enemigos: *Salutem ex inimicis nostris.* (Luc. i.)

4.º Para dar cada vez nuevo esplendor á nuestra Religion, añadamos á las profecias la luz que nos prestan los milagros. Los milagros son la expresion del poder de Dios, el cual cuando quiere ser escuchado en materia de Religion, debe valerse de este lenguaje; lenguaje tanto mas necesario, cuanto que es infalible. Dios no puede obrar milagros á favor de una religion falsa; pues esto seria autorizar la mentira, y hacerse cómplice en la impostura. Por consiguiente la Religion cristiana lleva el sello de la verdad, si tiene los prodigios á su favor. Pero ¿dónde están estos milagros? ¿quién nos garantizará de su realidad? ¿Cuántos milagros falsos é ilusorios son únicamente efecto de la impostura de los mismos que los obran, ó de la sencillez de aquellos que los creen?

Haced que aun depongan sobre esto nuestros mismos enemigos, no os fieis absolutamente de nosotros. ¿A quiénes quereis por testigos? ¿Quereis á los paganos, á los herejes, á los idólatras, á los apóstatas, á los mahometanos? Interrogadles, pues, y veréis cómo deponen á nuestro favor; consultad á un Celso, que era la misma impiedad personificada; ved cómo se explica con sus discípulos, cuando reunidos en conversacion con él se preguntaban unos á otros, ¿qué dirémos de los milagros de los Cristianos y de su autor? Y responde Celso: decidles que estos son prestigios operados en virtud de un arte secreto y mágico: querer negarlos seria desacreditarnos, y el pueblo con la evidencia en la mano clamaria contra nosotros. Consultad á los Escribas y Fariseos, y

¿ á fe que su testimonio no podrá seros sospechoso : ¿ niegan estos los milagros de Jesucristo? No; sino que procuran investigar la causa; y ¿ qué dicen? Dicen que Jesucristo habia hallado el secreto de pronunciar el nombre inefable de Dios, el que habia tambien enseñado á sus discípulos, y que era por la invocacion misteriosa de este nombre que ellos obraban los milagros. Tal respuesta vale para nosotros mucho mas que de prueba. Consultad todavía á un Juliano, el apóstata, y tendrá que confesar mal de su grado, que habiendo querido reedificar la ciudad de Jerusalem con el fin de desmentir los oráculos, globos subterráneos de fuego que de improviso salieron de los fundamentos, interrumpieron la obra confundiendo de este modo á su autor. ¿ Qué mas podré añadir? ¿ Será necesario consultar á Mahoma? Que hable, pues, ya que es testimonio irrefragable en la materia. Sí, lo confieso, dice él, y toda mi secta lo reconoce tambien : Jesús era un profeta altísimo, y un hombre poderoso en obras y en palabras.

Ahora pregunto yo, ¿ en qué consisten los milagros si no deben tenerse por tales aquellos que reconocen nuestros mismos enemigos? Y ¿ no dicen estos lo mismo que afirman los Evangelistas, bien que con diferentes expresiones, á saber : los ciegos ven, los cojos andan, los enfermos curan, los muertos salen triunfantes del sepulcro?

Pero supongamos que sea así; y aun concedamos mas de lo que se pudiera pedir. Suspendamos por un momento la fe de los milagros; permitasenos dudar de su existencia en general, y con todo eso tenemos uno que hasta al incrédulo más obstinado se verá precisado á confesar : tal es el establecimiento del Cristianismo en el universo. Aquí puede hacerse al incrédulo la pregunta que en otra ocasion hacia san Agustín : ¿ Quereis que el Cristianismo se haya establecido con milagros ó sin ellos? Una de dos : si lo ha sido con milagros, ha de ser divino, pues que tiene el testimonio del mismo Dios; si lo ha sido sin milagros es todavía mas divino, porque ¿ no es el mas grande, mas sorprendente y el mas extraordinario de todos los milagros, el que una religion como el Cristianismo haya podido establecerse sin milagros? Que el Mahometismo se haya establecido en el mundo, nada extraño es, por cuanto halaga todas las pasiones; así que léjos de sorprenderme sus progresos, por el contrario me admiro de que no haya inundado todo el universo; pero que una Religion que está en oposicion con

nuestros sentidos, que combate las malas inclinaciones de la naturaleza, que cautiva y sujeta los extravíos de la razón, haya podido establecerse sin milagros en un mundo idólatra y perverso, en un siglo el mas vano y orgulloso, y á pesar de tantos obstáculos; ¡ah! si con todo esto aun buscáis prodigios, en verdad, añade san Agustín, ¿no sois vosotros mismos un prodigio el mas sorprendente de cuantos podeis desear?

Y ¿qué sería si, aclarando todo lo posible esta materia, pudiese manifestaros al mismo tiempo cuál era la grandeza del proyecto, la escasez de los medios, la gravedad de los obstáculos, la rapidez y extension de los sucesos, únicos fundamentos sobre los cuales debía elevarse este grande edificio? Remontaos á los primeros dias de la Iglesia naciente, cuando los Apóstoles saliendo del cenáculo, ó mas bien de Jerusalem, inflamados todavía del fuego divino, van á desparramarse por el universo. En este punto san Crisóstomo les detiene un momento: ¿á dónde vais, les dice, y qué pretendéis hacer? —Vamos á convertir el universo. —Y ¿á quién? — Á Jesucristo. — ¡Cómo! ¿Vais á convertir el universo, sumergido en toda suerte de excesos, y convertirlo á un hombre que pocos dias hace murió en una cruz? Y ¿no preveís el general alboroto que vais á excitar contra vosotros? Bien pronto veréis la depravacion de las costumbres, la supersticion de los pueblos, el apego á los antiguos errores, el orgullo de los filósofos, el libertinaje de los impíos, el poder de los Césares, la crueldad de los tiranos, el furor de los verdugos, y que todas las potestades de la tierra y del infierno conjuradas se desencadenarán contra vosotros. — Ya lo vemos; pero Dios manda, y á nosotros nos toca obedecer. — Pero para llevar á cabo vuestra empresa, ¿con qué medios podeis contar? ¿Teneis acaso tesoros para atraer á los pueblos con el incentivo de la riqueza? ¿Dónde está la ciencia para confundir á los sábios de las naciones? ¿dónde la política para hacer valer sus artes? ¿Teneis á lo menos soldados y ejército para sujetar á los pueblos con la fuerza de las armas? — Nada de todo esto tenemos; muy al contrario, nuestras tropas se reducen á nosotros doce; nuestras riquezas consisten en carecer de todo; nuestra política es la sencillez de la paloma; nuestra sabiduría la de la cruz. — Y esto no obstante, ¿persistís en vuestro proyecto? ¡Ay de mí! que cual tímidos corderos vais á ser presa de los lobos; inocentes víctimas, correis al altar; pronto seréis sa-

erificadas; dentro poco vuestra muerte prematura verificará demasiado nuestros presentimientos.

Prudencia humana que así discurre, ¿ignoras acaso que los prodigios son de Dios, y que puede valerse de serés que no existen para confundir á los que existen? Espera un poco, y pronto conocerás la mano que obra.

¡Qué veo, ó Dios mio! Y ¡cuán grande es la fuerza de vuestro brazo! Los Apóstoles aparecen en el universo, predicán el nuevo Evangelio, y la tierra atónita enmudece á su presencia; hablan, y sus palabras son de fuego; sus pasos son de gigante, y sus acciones otros tantos prodigios. ¡Ah! Yo me los habia figurado como tímidos corderos que corren al matadero, y veo que cual fogosos leones desafian los peligros, y cual veloces conquistadores recorren triunfantes el universo. Los milagros les abren el camino; las virtudes les siguen en tropel; los vicios asombrados y amedrentados huyen de su vista; la idolatría es arrancada de los altares, y la Religion triunfante elevándose sobre las leyes abolidas, establece por todas partes su imperio.

5.º Y ¡con qué rapidez se ha propagado en el mundo! Ya en su tiempo san Pablo (*Ad Cor.* 1, 23) bendecia á Dios porque el Evangelio se extendia por toda la tierra; todas las naciones, decia san Justino á fines del segundo siglo, todas las naciones, la griega, la romana, la escita, la bárbara se hallan sometidas á sus leyes. Imperio romano, decia despues de él Tertuliano, deja de ensalzar tus victorias y tus conquistadores; nuestros Apóstoles han ido mas léjos que todos tus héroes, y jamás Roma, ni en sus mas bellos dias, ha llevado tan léjos sus conquistas como la Iglesia su Evangelio. No veis el gran número que formamos, añade dirigiéndose á los Césares, nosotros vivimos en vuestras provincias, habitamos vuestras ciudades y campiñas, y puede decirse que lo llenamos todo á excepcion de vuestros templos y de vuestros espectáculos; vosotros nos perseguís, y si quisiéramos vengarnos, bastaria abandonaros para que vuestro imperio quedase desierto.

Pero no bastaba que la Religion llenase el universo, sino que tambien debia cambiarlo. Y ¿qué hay de mas admirable que el cambio de costumbres que ha obrado en todos? Cambio en una multitud de personas de toda edad, sexo y condicion, que despues de haber estado por tan largo tiempo envueltas en las sombras de la muerte y en las tinieblas de la idolatría, al cabo han

abierto los ojos á la luz. Cambio en aquellas personas mundanas, que despues de haber renunciado á las delicias pasajeras del siglo, se han sepultado en los desiertos para no ocuparse en otra cosa que en meditar las verdades eternas. Cambio en los mismos hombres mas depravados é impíos. Dadme, decia el célebre Lactancio, á los hombres orgullosos, avaros, coléricos, tímidos y sensuales; confiadles á la Religion, y veréis como pronto os los vuelve transformados en hombres nuevos; al orgulloso, conformado con los decretos de Dios; al avaro, que derrama sus tesoros sobre los pobres; al colérico, que presenta la mansedumbre del cordero; al tímido, que sabe arrostrar la muerte; al sensual, que se abraza con la cruz. Cambio admirable sobre todo en aquella turba inmensa de paganos felizmente convertidos, y que son otros tantos mártires, gloriosos atletas de la fe, cuyos nombres se hallan consagrados en nuestros anales; mártires en tan gran número, que en el cuarto siglo san Gerónimo los hace ascender á un millon y cien mil, de manera, que con estos solos la Iglesia hubiera podido celebrar cada dia la memoria de tres mil mártires: y ¡con qué valor y constancia consumaban ellos su sacrificio!

Constancia tan heróica, que se les veia arrostrar la muerte, insultar á los tiranos, y subir á los patibulos como vencedores.

Constancia tan universal, que parecia hereditaria en los Cristianos: así que, hombres, mujeres, niños, viejos, todo sexo era fuerte para su Dios; toda edad era apta para el martirio, y todo cristiano era soldado para defender su fe; su vida no era mas que una preparacion para el martirio, su ambicion solamente se fundaba en la muerte, y parecia que su sangre no circulaba en sus venas sino para ser derramada por una causa tan gloriosa.

Constancia tan extraordinaria, que venia á ser objeto de admiracion para los tiranos, cuya conversion obraba tambien algunas veces; al contemplar estos valerosos atletas las armas caian de sus manos; de tiranos pasaban á ser confesores, y de verdugos se hacian víctimas. Y ¿cuántas veces no se vió encorvar la cerviz bajo la espada á aquellos mismos que la habian levantado?

Y lo que hay todavia de mas sorprendente, y que acaba de poner el sello á este prodigio es, que el sacrificio de tan considerable número de cristianos no servia sino para multiplicarlos cada vez mas; de modo, que cuantos se inmolaban al cielo, tantos se formaban de nuevo en la tierra. Hubiérase dicho que despues

de haber perecido al hierro y al fuego, renacian de sus cenizas y salian de sus tumbas. Esto es lo que pensaba Tertuliano, á menudo citado y nunca suficientemente meditado, á saber, que la sangre de los Mártires venia á ser un gérmen de nuevos cristianos: *Sanguis martyrum semen christianorum*.

Así es que, despues de haber apurado el infierno todos sus esfuerzos, despues de trescientos años de cruel persecucion, despues de trece diferentes persecuciones, en medio del espectáculo de carnicería y de horror en que toda la tierra se hallaba inundada por rios de sangre, saciados y embriagados los tiranos de esta sangre, se habian causado de perseguir; y desesperando de poder acabar con el Cristianismo se hicieron tambien cristianos, y transformados de lobos en corderos entraron en el rebaño para aumentar el triunfo de la Religion.

Hé aquí el milagro de nuestra fe, hé aquí el prodigio de nuestra Religion: y este milagro existe aun al presente. El Cristianismo no es cosa que solamente pueda leerse en los libros, sino que puede verse con los propios ojos; él subsiste actualmente, y la prueba está en vosotros mismos que formais parte en este prodigio.

Reasumiendo, pues, todo cuanto se ha dicho, y colocando bajo de un solo punto de vista todas las pruebas del Cristianismo, la divinidad de su plan, la antigüedad de su origen, el esplendor de las profecias, la luz de los milagros, lo prodigioso de su establecimiento, la variedad, la extension, la rapidez de los acontecimientos, la perpetuidad de su duracion todavía existente; reasumiendo, repito, todas estas pruebas, esto es, si hemos de juzgar del árbol por su fruto y de las causas por sus efectos, pregunto: efectos tan grandes, tan extraordinarios, tan inauditos y divinos ¿pueden tener otro autor que Dios, y la gracia por auxilio, y la verdadera Religion por principio? Y en vista de todos estos prodigios, ¿podrémos menos de exclamar que aquí hay la mano de Dios? *Digitus Dei est hic?* (Exod. viii).

Con lo expuesto hasta aquí, ¿osarán dejarse ver y sufrir la luz del Cristianismo las otras pretendidas religiones? Todas se han desvanecido como vanos fantasmas y oscuras nubes; la verdad ha encendido su antorcha, y las sombras se han disipado. Hagamos no obstante que vuelvan por un momento siquiera para confundirlas. Y en primer lugar, ¿qué es el paganismo sino una série



abominable de fábulas, de contradicciones é impiedad, donde se ven divinizadas las pasiones, los vicios colocados sobre los altares, y los pueblos postrados delante de los ídolos prodigándoles sacrilego incienso? Pero apartemos la vista de estos horrores, el universo se ha ruborizado, y ha reconocido su error.

En cuanto al mahometismo ni siquiera mereceria que se hablase de él: ¿es por ventura el tal una religion? Y si lo es, ¿puede ser otra cosa que la religion de la carne y de la sensualidad? Esta religion nacida de la ignorancia, alimentada por el deleite, y sellada con el estrago y la sangre, camina con el hierro y fuego en la mano, y permite soltar la rienda á todas las pasiones. Huid, pues, abominaciones sacrilegas; vaya en pos de vosotras el insensato que quiera perderse.

El tolerantismo es el conjunto de todas las extravagancias de sectas contradictorias y opuestas entre sí; como la verdad y la mentira, la oscuridad y la luz, la noche y el dia. ¡Qué mónstruo, qué horror!

Nos falta por último el deismo; pero contra este así como contra las demás, nada tengo que añadir. Porque habiendo probado que el Cristianismo lleva visiblemente los caractéres de la divinidad, queda tambien demostrado que tiene los de la verdad: en vano se me opondrán objeciones y dudas; por toda respuesta solo tendré que presentarles la evidencia del hecho diciendo: la religion cristiana es visiblemente obra de Dios; dicha Religion por consiguiente es divina, es verdadera, y por lo mismo debemos someternos á ella y obedecer sus preceptos; todo cuanto podréis oponer, nada probará contra la misma; porque si la Religion es obra de Dios, nada podrán contra ella todos los discursos de los hombres; el único partido que os queda, es ceder y rendiros á la verdad del Cristianismo; él os llama, y extiende los brazos que tiene abiertos para recibiros; dichosos de vosotros si sabeis haceros dignos de él: entonces podremos todos juntos exclamar lo que Ricardo de San Víctor: Si nos engañamos, permítasenos decir, ó mi Dios, que sois Vos mismo quien nos engaña... *Si error est, à te decepti sumus.*

ARTÍCULO II.

Con pruebas tan convincentes, dirá quizás alguno, yo bien sería cristiano, abrazaría esta Religión, militaría bajo sus banderas; pero ¿qué veo? Entro en el Cristianismo, y no encuentro mas que division; todo es en él confusion y desórden; de todas partes me rodean sectas opuestas que se anatematizan; oigo pronunciar nombres diferentes: Arrianos, Macedonianos, Nestorianos, Calvinistas, Luteranos, Católicos, todos se llaman Cristianos, y quieren tener parte en la herencia. En todas partes oigo su confusa gritería; cada cual procura atraerme á su partido. ¿Quereis ser cristiano? seguid mis pasos, dice el Arriano; poneos de mi parte, dice el Luterano; si me abandonais sois perdido, dice el Católico; y ¿á dónde he venido á parar? ¿Es esta por ventura la Religión del verdadero Dios? Un reino dividido ¿cómo podrá subsistir? torre de Babel donde todos hablan y ninguno se entiende, porque cada cual habla distinto idioma. ¿Á dónde, repito, me habeis conducido? ¡Ah! yo creía entrar en el reino de la paz, y me halló en el centro de la discordia y de la confusion; creía haber hallado la luz, y héteme rodeado todavía de oscuridad.

Esperad, hasta aquí no habeis dado mas que el primer paso haciéndoos cristiano, dad un segundo, sed católico. — ¡Católico! Pero ¿podré serlo sin trabajo y sin remordimiento? Si abrazo este partido, todas las sectas opuestas me lo reprocharán y me condenarán; sus amenazas me asustan, y camino con paso trémulo. ¡Oh! Ser supremo que me has criado para tí, dignate enseñarme el camino que debe conducirme á tu morada... Tal vez habré sido escuchado; al través de la oscuridad que me rodea distingo un rayo de luz que viene á iluminarme, y me ocurre un pensamiento saludable. Digo entre mí: entre las diferentes sociedades que componen el Cristianismo es evidente que ha de haber una que sea la verdadera Religión, toda vez que como he visto la Religión verdadera se halla en el Cristianismo; puede sucederme que no conozca todos sus caractéres; pero no obstante me parece que ha de tener los siguientes: debe ser visible; todos deben abrazarla, y por lo mismo ha de estar al alcance de todos; debe ser la mas antigua, porque he visto ya que ha de haber principiado con el mismo mundo. Es necesario además que sea universal:

Dios está en todo lugar, y por do quiera debe ser adorado. Conviene tambien que sea infalible; porque ha de servir de regla, y una regla divina no puede engañarnos. ¡ Ah! ya respiro, y empiezo á caminar guiado por esta luz celestial.

¿ Es necesario, pues, que de entre estas diferentes sociedades abrace una y tome partido? Lo hago; pero con estas condiciones: debe á un mismo tiempo ser visible y atraer todas las miradas; antigua, y que abarque todos los tiempos; universal, y que se extienda á todos los lugares; infalible, y que resuelva todas las dudas. ¿ Tiene ella estas cualidades? Entonces la abrazo de todo corazón. ¿ No las tiene? La anatematizo.

Iglesia visible, y visible de manera, que al primer golpe de vista se presente á quien la busca, y que por la luz que despide, superior á las demás, impresione, y atraiga las miradas, haciendo exclamar naturalmente: héla aquí, esa es, no es posible engañarse. Y ¿ no es este el retrato que de ella hizo Jesucristo, y no nos representa esto mismo el carácter de visibilidad con que se nos manifiesta? La verdadera Iglesia, dice, es una ciudad situada en la cumbre de una alta montaña: *civitas supra montem posita*. (Matthaei, v). Desde este lugar, léjos de exigir que se la busque, atrae ella misma las miradas; y por la circunstancia de su elevada situacion, parece que incesantemente nos está diciendo: aquí estoy, acudid á mí los que quereis ser de Dios. En otro lugar dice: la verdadera Iglesia es una antorcha encendida, *lampas accensa*. Ahora, continúa el Salvador, cuando se enciende una luz, ¿ se oculta por ventura debajo del celemin para que no sea vista? ¿ No se pone mas bien sobre un candelabro para que alumbre á mayor distancia y con mas resplandor: *super candelabrum*?

Visibilidad esencial á la verdadera Iglesia: hasta los mismos herejes han tenido que admitirla, y nada han omitido para obtenerla; pero sus variaciones han hecho sospechosa su causa. Y ¿ en cuántos errores no han incurrido, diciendo que la Iglesia era visible ora en todos los fieles, ora solamente en los justos, ora en la administracion de los Sacramentos y en el ministerio de la predicacion? ¿ Qué puede pensarse de un novador en materia de creencias, que, segun sus deseos, hace y deshace, planta y destruye, edifica y arruina? Apenas encuentra una dificultad, hételo con la pluma en la mano reformando la Religion: diríase que es un arquitecto que corrige su plan. Este tal no puede ser sino un

hombre que no encuentra salida, por haber equivocado el camino.

La verdadera Iglesia debe por consiguiente ser visible; pero esta visibilidad ¿dónde se halla? No lo decidamos nosotros. Supongamos que un extranjero procedente de un país desconocido viene á buscarla entre nosotros. ¿Dónde la hallará? De una parte encuentra esparcidas algunas sectas que se confunden entre la multitud, circunscritas en un punto, y desconocidas en los demás lugares; y de la otra la religion católica que domina por la superioridad de su número, que recorre triunfante todo el universo, ostentando igual magnificencia así en su cabeza como en sus miembros. Á su vista ¿podrá menos de decidirse dicho hombre? Y ¿qué le parecerán las demás sectas comparadas con ella? No mas que débiles luces eclipsadas por el resplandor de un grande astro. La visibilidad está por consiguiente á favor nuestro.

¿Es la antigüedad que se nos pretende disputar? Venid, pues, sectas enemigas, venid, entrad en controversia con nosotros; por toda respuesta os recordaré vuestro origen, señalando la época de vuestro nacimiento, y llamando á vuestro autor por su propio nombre. Tú, secta arriana, nacistes en Egipto en el año de Jesucristo 316, y Arrio es tu padre. Tú, secta macedoniana en Constantinopla en el año 380, y Macedonio te fundó. Tú, secta nestoriana, en Tracia en el año 429, y sin Nestor jamás habrias parecido en el mundo. En cuanto á vosotros, Socinianos, Luteranos, Calvinistas y otros, vuestra época es todavía mas reciente; y ¿no sabemos por ventura el siglo, el año y aun el dia mismo que Socino empezó á dogmatizar en Italia; que Lutero se desencadenó contra la Iglesia en Sajonia; que Calvino enarboló el estandarte de la division entre nosotros en Francia? Y ¿aun osais disputarnos la antigüedad? ¡Oh! ¿vosotros que tan pocos dias contais de existencia? ¿Y dónde os hallábais trescientos años hace? Y cuando aparecisteis, ¿habia en el mundo una Iglesia, ó no la habia? ¿Diréis tal vez que no la habia? Pero esto es una blasfemia. Si la habia, ¿por qué la abandonásteis? Y ¿quién es vuestra cabeza visible? ¿De quién habeis recibido la mision? ¿Dónde están las credenciales, dónde los milagros que las autorizan?

¿Se dirá quizás tambien, como algunos herejes han osado afirmar, que durante los cuatro primeros siglos la Iglesia habia subsistido en todo su esplendor, pero que despues quedó ofuscada;

y que conservada ocultamente durante diez siglos por algunos fieles que no querian ofrecer incienso á Baal, habia cási desaparecido? ¡Oh! ¡la Iglesia cási desaparecida! ¿Y la Providencia habria desaparecido tambien? ¿Dormiria acaso en este tiempo la Providencia? Y ¿qué era entonces del oráculo de Jesucristo: *Mirad que estóy con vosotros hasta la consumacion de los siglos?* Y las puertas del infierno ¿habrian prevalecido tambien contra su Iglesia? Pero ¿cómo? ¿mil años enteros de sueño sin dar cási ninguna señal de vida? ¡Oh! y ¡cómo un tal sueño se parece á un sueño de muerte! Ea, pues, quitaos de ahí, id á ocultaros en la oscuridad de esa iglesia tenebrosa que formais, ¿puede ser otra cosa que obra del espíritu de las tinieblas? En cuanto á nosotros ni hemos desaparecido, ni caducamos; nuestra antorcha, una vez encendida á los rayos del Sol de justicia, no ha sido jamás extinguida en las tinieblas, ni ocultada debajo del celemin; colocada por Jesucristo en la cátedra de san Pedro, ha difundido su luz sin interrupcion; contamos una legitima sucesion de soberanos Pontífices; podemos llamarles á todos por su nombre. El timón ha ido pasando de unos á otros, y nos conduce todavía en este mar borrascoso. El imperio romano ha sufrido las revoluciones mas espantosas, pasando sucesivamente de los latinos á los griegos, de estos á los germanos, y de los germanos á los bárbaros. El gobierno civil ha cambiado mil veces de forma; ya bajo los emperadores, ya bajo los reyes, ya bajo los exarcos. La misma Roma, capital del mundo, ha sido ocupada, saqueada, abrasada, reducida á cenizas, sepultada en sus ruinas; y en medio de estas violentas borrascas, y del furor de estas tempestades, la Cátedra de la verdad, la Iglesia, ha permanecido firme y constante en su sucesion, invariable en sus decisiones, inalterable en sus dogmas; y todo esto sin mas auxilio que la verdad que preside á sus juicios, y sin otro apoyo que el oráculo que garantiza su duracion. Las herejías, como otras tantas oleadas, se empujan, se suceden y estrellan en esta roca inmutable. San Agustin contaba ya ciento en su tiempo, y nosotros contamos un número todavía mayor, del cual no queda ya vestigio sino en las decisiones que las han condenado, y en los anatemas que contra ellas se han fulminado.

Y si tales sectas no pueden disputarnos la antigüedad, ¿cómo osarán colocarse á nuestra altura con respecto á su universalidad

y extension? Y si ya en su tiempo Justino y Tertuliano no vacilaban en afirmar que la Iglesia católica extendía mas sus confines que el imperio romano sus conquistas, ¿cuánto mayores progresos no ha hecho posteriormente? ¿No puede con razon afirmarse que sus nuevas conquistas casi igualan á sus antiguas posesiones?

Esta Iglesia siempre triunfante se eleva sobre la cátedra de san Pedro como su centro de unidad; y desde allí dirigiendo la vista por toda la redondez de la tierra, no ve en todas partes mas que pueblos sometidos á su imperio: sin hablar de los países que habitamos, hace resonar su fama hasta las medias lunas de Constantinopla; enarbola sus estandartes en las áridas playas del Egipto, y coloca sus trofeos sobre los hielos del Canadá; la Siria, la Persia y hasta la China la rinden de consuno afectuoso homenaje; casi toda la América la conduce á sus habitantes en triunfo desde un extremo á otro del mar: *A mari usque ad mare* (Psalm. LXXI); del Septentrion al Mediodía, del Occidente al Oriente. La Europa, Asia, África, América... ¿Hay acaso otros países en el mundo? No por cierto. Ahora bien, en cada uno de estos países no hay reino donde la Iglesia católica no tenga sus hijos, sus altares, su culto, su victima, su sacrificio, y en una palabra, su imperio. Ella tiene sus límites; pero estos son los del universo. Hé aquí el oráculo anunciado. Yo te daré todas las naciones en rehenes: *Dabo tibi gentes* (Psalm. II); y extenderé tus posesiones hasta los confines de la tierra: *Et possessionem tuam terminos terrae.*

Comparad, pues, ahora, si os atreveis, comparad esta innumerable multitud de naciones, esta inmensa extension de países con algunas sectas, cuyo corto número deberia avergonzaros, y que no han de andar sino muy pocos pasos para salir de sus confines. Además, desde que aparecieron estos herejes, ¿qué es lo que han adelantado? Nada; sino que donde nacieron allí se quedaron: semejantes, dice Lactancio, á aquellos gusanillos que roen la madera donde nacieron, sin andar mas allá. Finalmente, ya que estos se titulan la verdadera Iglesia, ¿dónde está aquel celo abrasador de los siervos de Dios? ¿Dónde sus Apóstoles que van á predicar el Evangelio á las naciones? ¿Dónde aquel espíritu lleno de ardor y de fuego que busca el martirio entre los bárbaros? ¡Qué! ¿por ventura no hay ya en el mundo otros infieles que convertir? No nos alucinemos; la Iglesia es una viña que cultivada por el mismo Jesucristo extiende muy léjos sus vástagos; las sec-

tas al contrario, son sarmientos cortados de raíz, los cuales no recibiendo ya ni jugo ni vida, no pueden hacer otra cosa que secarse y morir.

Extension de la Iglesia. Observad asimismo, decia san Agustin á los herejes, observad que si algun extranjero os pregunta por la Iglesia católica, ninguno de vosotros le acompañará á su casa, ni á su templo; sino que nos lo dirigirá á nosotros; prueba evidente de que si se busca la Iglesia verdaderamente católica, es entre nosotros que debe encontrarse.

No falta ya mas que un solo carácter; y eso que es el mas esencial, á saber, la infalibilidad; si lo añadimos, el todo será perfecto; sino, la obra seria defectuosa. Dios no edifica sobre arena, ni sobre falsos fundamentos; establece una Iglesia, esta debe ser sin defectos, infalible; de lo contrario seria necesario quedar indecisos en nuestras dudas, y caminar como ciegos en las tinieblas; ó bien siguiendo un camino opuesto, seria necesario decidirse por sí mismo, y venir á ser la regla ó el juguete de las propias decisiones. ¿No seria esto por ventura sumergirnos en lo mas oscuro del fanatismo y del espíritu privado, y abandonar la Religion á ser presa de todos los caprichos, obstinaciones y extravíos del entendimiento humano? Pero aun entonces ¿no nos hallaríamos en el mismo caso que se hallan todos los días los herejes?

Quiero por un momento ponerme de su parte, y desde luego se me ofrece tener que aclarar cierta duda que me inquieta; ¿quién me aclarará, pues, esta duda decidiendo de una manera infalible? Digo *infalible*, porque no quiero arriesgar mi salud á la fe de un *quizás*; ¿quién me decidirá pues? ¿Acaso los sínodos? No; que esos no son infalibles; hasta los mismos herejes lo confiesan. ¿Serán los ministros? Mucho menos; seríamos dos ciegos que iríamos á precipitarnos en el abismo. ¿A quién recurriré pues? Leed la Escritura, se me dice, leed la Escritura, que es la voz del cielo y la palabra del mismo Dios. Pero ¿no es de la Escritura mal interpretada que se han originado todas las herejias y todas las sectas? Y como si estas no fueran suficientes, ¿tendré acaso que formar otra nueva? Leed la Escritura: bien, la leo, pero me hallo detenido á cada paso; y ¿quién me asegura que este sea el verdadero sentido, y que no tome la sombra por el cuerpo y las tinieblas por la luz? ¿No es esto verme aun reducido á tener que decidir yo solo, exponiéndome por lo mismo á engañarme?

Leed la Escritura: pero veamos, leedla vosotros mismos; vos Luterano de una parte, y vos Calvinista de otra. Aquí está la Escritura: ¿qué es lo que dice sobre la Eucaristia? Leed: *Este es mi cuerpo*; ¿y vos? *este es mi cuerpo*: esto es la pura letra; pero ¿cuál es su verdadero espíritu y sentido? Es la presencia real, dice el Luterano. No, no es mas que la figura y la imágen, dice el Calvinista. Con qué, ¿ya discordais en el primer paso? Vamos, poneos de acuerdo, y continuad leyendo. Yo leo y creo acertar, dice el uno; yo tambien leo y no creo equivocarme, dice el otro. Yo he meditado y examinado, y me parece que debe entenderse así, añade el uno. Yo tambien he meditado y examinado, y estoy por la contraria, replica el otro. ¿Con qué, tomais la Escritura por juez, y es ella la que os divide? Ella debe ser el vínculo de conciliacion, y es un muro de division que os separa. ¿Hubiera en verdad proveido suficientemente Dios al depósito de la fe si no hubiese constituido un Juez que pudiese decidir definitiva é infaliblemente? Por otra parte, Leed la Escritura, se dice. Pero ¿acaso se hallan todos en estado de leerla y comprenderla? Así ¿será necesario que un pobre trabajador, que una simple mujercuela lea la Escritura para decidirse? ¿No seria esto pedir un imposible?

Para que mejor se comprenda lo que estamos diciendo, notemos aqui la comparacion que hace un grande hombre. Supone á un pobre enfermo, á un paralítico postrado en el lecho del dolor, encogido de todos sus miembros. Pégase de repente fuego á su casa, crece el incendio, y ya las llamas le circuyen por todas partes, no viendo mas que fuego á su alrededor; justamente sobresaltado este hombre se dirige á cuatro diferentes personas que le dicen gritando: levantaos, corred, huid, salvaos del incendio. ¡Ay de mí! no puedo, y si no me socorren soy perdido. Entre tanto viene un quinto que le dice: pobre enfermo, venid, echaos en mis brazos: yo os salvaré, yo os llevaré, fiaos de mí. ¡Ah! ¡con qué gozo, con qué confianza no se entregaria este hombre! Hé aquí nuestra imágen. En el calor de las divisiones que pueden agitar la Iglesia, me dirijo á diferentes sectas que me dicen: leed, examinad, comparad, decidid; pero yo no puedo, y si no me dirigen soy perdido. Entonces se me presenta la Iglesia católica y me dice: venid, echaos en mis brazos, yo cuidaré de vuestra suerte, yo examinaré y decidiré por vos, pues para esto soy facultada de Dios, fiaos de mí y dejaos conducir. ¡Ó Iglesia! santa! con seme-



jante trato os reconozco por una tierna madre, y me echo confiadamente en vuestros brazos: ¡qué feliz soy en haberos encontrado, y cuánto os debo! Que mi lengua se pegue al paladar si jamás me olvidare de vos: *Adhaereat lingua mea* (Psalm. CXXXVI), y quede para siempre inútil mi diestra, si eternamente no me acuerdo de vuestros beneficios: *oblivioni detur dextera mea*, etc.

Ahora pues, alma fiel, ¿estás contenta de tu fe, estás satisfecha de sus pruebas? Y ¿cómo podrias no estarlo siendo racional?

Por lo demás puede muy bien suceder que no os acordeis de todas estas pruebas de vuestra Religión; pero á lo menos os acordaréis que siquiera las habeis tenido una vez, que estas os parecieron demostradas hasta la evidencia, y que en tal caso nada os queda ya que desear. Dad, pues, gracias al Señor por haberos colocado en el verdadero camino de salud, y no tengais de hoy en adelante otro deseo que seguirle fielmente, ni otro temor que apartaros de él.

## CONCLUSION.

Es tiempo que deduzcamos de estas grandes verdades las consecuencias que necesariamente se siguen. Almas cristianas y católicas, procurad comprenderlas bien; grabadlas profundamente en vuestros corazones, y haced de ellas para lo sucesivo la regla invariable de vuestra conducta.

### PRIMERA CONSECUENCIA.

Asegurados, como debeis estar, con las pruebas tan evidentes y convincentes de vuestra fe, es necesario que en adelante cerreis absolutamente los oídos á todo lo que se diga, haga ó escriba contra ella. Nada de cuanto podais escuchar en punto á conversacion, mofa y aun blasfemia debe inmutaros, y basta que digais interiormente: La fe que profeso lleva evidentemente todos los caractéres de la divinidad. Con esta sola sentencia contestais á todo. Pues que la fe es divina, no podrán prevalecer contra ella todas las cavilaciones de los hombres, ni los esfuerzos combinados del infierno. La fe es vuestro verdadero patrimonio, y vuestro patrimonio está apoyado en títulos tan sólidos, que nadie en el mundo podrá legitimamente disputároslos. Hallándoos uni-

dos é identificados con la Iglesia, caminais sobre una base firme como sobre una roca inmoble en medio del mar, contra la cual vendrán á estrellarse, semejantes á otras tantas oleadas, todos los discursos y todos los esfuerzos que se hagan, y jamás alterarán en lo mas mínimo la solidez de vuestra creencia: Mi Religion lleva el sello de la Divinidad. Sed firmes en esto, seguros de vuestra suerte, y felicitaos por esta dicha.

SEGUNDA CONSECUENCIA.

¿ Creéis de buena fe que los que hablan y blasfeman contra la Religion se hallan interiormente convencidos de lo que dicen? ¡ Ah, cuán desengañados quedaríais si pudiéseis leer en el fondo de su corazon! mayormente si pudiéseis descubrir las causas que les obligan á ello, y los sentimientos de que se hallan agitados en secreto. Y ¿ por qué creéis que estos hablan contra la fe? Porque la temen. La combaten porque les condena. Impugnan las verdades de la fe porque estas se oponen á los vicios de su corazon; puede decirse que no son incrédulos sino porque son culpables, y quisieran que no hubiese Religion porque se hallan interesados en no tener ninguna. Pero en vano pugnan contra sí mismos y contra la Religion, que á pesar suyo clamará siempre contra ellos desde el fondo de su corazon.

Porque, observad bien, que por mucho que discurran y se esfuerzen á porfía, jamás hallarán una demostracion, una prueba evidente contra la fe; todo lo mas que podrán hacer será acogerse á un *dudo*, á un *quizás*: quizás hay una Religion, quizás no la hay; nunca podrán penetrar mas allá. Y aventurar una eternidad sobre la fe de un quizás, ¡ qué ceguera, qué locura! Era necesario que las pasiones hubiesen llegado al mas alto grado para extraviar el entendimiento hasta tal extremo.

TERCERA CONSECUENCIA.

Por lo demás es necesario persuadirse, que nada hay nuevo en lo que dicen los incrédulos, los libertinos y los impíos contra la Religion. Cien veces antes se ha dicho, y otras tantas se ha contestado á cuanto ellos dicen y podrán jamás decir. Así como en todos tiempos ha habido hombres perversos que han atentado con-

tra la Religion, ha habido tambien varones sábios é ilustrados que han tomado las armas en su defensa, sacándola triunfante de todos los ataques. Los incrédulos de nuestros dias no son sino el eco de los incrédulos sus predecesores; y á pesar de que se ha contestado á todo, combatiendo sus falsas objeciones, y reduciendo á la nada sus racionios; al presente, como si nada se hubiese hecho, tienen la desvergüenza de renovar todas estas objeciones, presentándolas como nuevas, y como si ellos fuesen sus autores.

Léanse los célebres escritos de los Justinos, de los Tertulianos, de los Lactancios, de los Bossuet, de los Huet, y tantos otros antiguos y modernos defensores célebres de la fe. Mas no son estos los manantiales donde beben estos hombres; algunos opúsculos infames, algunos libelos infamatorios, algunas historias malignas y calumniadoras, tales son las fuentes de donde sacan el veneno que les infecta, y con el cual se complacen en infectar á los demás: y si por casualidad leen alguna obra de Religion, ¿con qué ánimo y disposicion lo hacen? Las mas de las veces no estudian la Religion sino para combatirla, para hallar en ella, si fuese posible, algun defecto, y tener con esto un pretexto para motejarla <sup>1</sup>.

Además, si oponéis razones sólidas á sus débiles argumentos, léjos de responderos sériamente como lo exigiria la importancia de la materia, una sonrisa maligna, un aire insultante, un chiste que no viene al caso, es casi siempre la única respuesta que obtendréis, y con esto creerán haber triunfado. Pero valerse de tales medios en asuntos de importancia, equivale á darse por vencido, y confesar la propia debilidad.

#### CUARTA CONSECUENCIA.

Al ver la grande agitacion que reina en los ánimos, las disputas, las divisiones, y esta lucha encarnizada en materia de fe, se comprende mas y mas la necesidad de que Dios estableciese en su iglesia un tribunal supremo é infalible para resolver todas las dudas y decidir todas las cuestiones que pudiesen suscitarse. Vuelvo á tocar, é insisto en este punto, porque me parece de la mayor importancia. Y en efecto, ¿qué sucederia si Dios hubiese abandonado la Religion á los juicios turbulentos y á las ideas arbitrarias

<sup>1</sup> ¿Son estas acaso las disposiciones que se requieren para buscar la verdad? y en tal estado ¿podrán lisonjearse jamás de encontrarla?

de los hombres, de modo que estos, en sus dudas y perplejidad sobre los objetos de su creencia, no tuviesen, para su seguridad y consuelo en sus penas, quien pudiese decidir de una manera absoluta? ¿Qué sería de un reino que no tuviese tribunal alguno donde las cuestiones particulares pudiesen ser decididas y arregladas definitivamente? Los mismos hombres conocen la necesidad de un tal tribunal en materia civil; y ¿podrán pensar que en materias espirituales y de fe, que son incomparablemente de mayor trascendencia, Dios habrá privado á su Iglesia, á su verdadero reino, de este auxilio, permitiendo de este modo que los entendimientos fluctúen inciertos, sin guía que les conduzca en sus dudas y agitaciones? Un tal pensamiento repugna á la sana razón, es indigno de Dios, y altamente injurioso á su Providencia. Existe, pues, este tribunal legítimo, soberano, infalible, en una palabra, todo divino, y este tribunal es la Iglesia católica. ¡Ay de aquellos que no reconocen su existencia y necesidad, ó pretenden sustraerse á su autoridad y á sus decisiones!

#### QUINTA CONSECUENCIA.

Hijos de la Iglesia, ¡cuán diferente es vuestra suerte en el seno de la Religión! Porque podeis deciros á vosotros mismos: la fe, es verdad, me propone creer misterios incomprensibles y superiores á todo humano entendimiento; pero yo la obedezco y los creo. Y ¿cuántas razones y motivos no tengo para hacerlo? Yo creo y sé á quien he confiado el depósito de mi fe: *Scio cui credidi, et certus sum.* (II Tim. 1). Yo creo, ¿y por qué? Porque Dios lo ha revelado, y la Iglesia en su nombre me lo enseña. Un Dios es el autor y el complemento de mi fe, la Iglesia la garante y depositaria de mi creencia. ¿No tengo razon para fiarme en ella y darla mi aprobacion?

Yo creo, ¿y á quién? No á la razon siempre limitada, no á los sentidos á menudo engañosos, ni á una experiencia siempre sospechosa, sino á una autoridad infalible que no puede engañarse ni engañarnos.

Yo creo, ¿y con quién? Con todos los mas grandes genios que ha habido en el universo: no hablo de los grandes genios temerarios, presuntuosos y llenos de sí mismos; sino de los humildes, dóciles y sumisos: los oráculos del mundo fueron hijos de la Igle-

sia. Creo con todas las almas que fueron justas é irreprehensibles: todo cuanto hubo de virtuoso militó por la fe.

Yo creo con todos los Mártires que la han autenticado y sellado con su propia sangre. Los discípulos de Platon sabian defender con ardor las opiniones de su maestro; pero ¿sabian morir por él?

Yo creo, y en una palabra, creo firmemente y creeré hasta la muerte; y estoy tan seguro de mi fe, como de mi existencia. Ella es mi patrimonio, mi consuelo y mi fortuna, y nada en el mundo será capaz de arrebatármela.

Última consecuencia, y quizás la mas esencial de todas, es que en suma no basta creer, sino que tambien es necesario obrar. ¡Alma fiel! vuestra Religion os ha concedido cuanto podiais pedir y esperar; pero ella á su vez tiene tambien que pedir os alguna cosa.

¡Ah, hablad, ó Religion santa! ¿Es necesario sacrificaros nuestros bienes, nuestra fortuna, nuestra salud y hasta nuestra misma vida? ¿Quereis que derramemos hasta la última gota de nuestra sangre? ¿Es necesario, en una palabra, morir por la fe?

¡Felices sentimientos si permaneciesen siempre vivos en nuestros corazones! Pero ¡ay de mí! que en muchos son bien diferentes; y aquí escuchad los llantos y lamentos de la Iglesia, nuestra tierna madre, que como otra afligida Raquel llora sobre un gran número de sus hijos, que continuamente se hacen indignos de ella: *Rachel plorans filios suos!* (Matth. 11). Y ¿cómo, nos dice ella, os hallaríais en estado de morir por vuestra fe, vosotros que apenas sabeis lo que es vivir por ella y segun su espíritu? Juzgado los otros mismos.

¿Es acaso vivir segun el espíritu de la fe el cumplir tan imperfectamente con sus deberes, y aun á menudo traspasarlos?

¿Es vivir segun el espíritu de la fe el descuidar los medios que podrian fomentarla y conservarla en nuestros corazones?

¿Es vivir conforme al espíritu de la fe el exponerse voluntariamente á tantas ocasiones en que se corre peligro de debilitarla, y no pocas veces de perderla?

¿Es vivir conforme al espíritu de la fe el permitirse la lectura de toda especie de libros perniciosos contrarios á la fe y á las costumbres, y aun muchas veces señalados con los anatemas de la Iglesia?

¿Es vivir conforme á las máximas de la fe el conservar íntimas relaciones con personas sospechosas, cuyas máximas y sentimien-

tos se insinúan insensiblemente, é introducen, sin que se advierta, el veneno en nuestras almas?

¿Es vivir conforme á la fe el soltar, y muchas veces escuchar acerca de las cosas mas santas apodos, equívocos y frases estudiadas, que denotan una especie de desprecio y mofa, ó por lo menos indiferencia y poco aprecio de las mismas?

¿Es acaso vivir conforme al espíritu de la fe el no atreverse á dar pruebas de la propia Religion en las ocasiones que conveniria manifestarla francamente? ¿El no atreverse á cumplir con sus deberes delante de los hombres, haciéndose esclavo de un vil y detestable respeto humano? Cristiano indigno es el que teme parecer lo que es, que se ruboriza de seguir el Evangelio, que hace traicion, y abjura en cierto modo su propia fe por temor de desagradar á un mundo perverso al que renunció solemnemente en el bautismo, y del que se constituye miserable esclavo aun en aquellos objetos en que mas deberia ostentar la generosa libertad de los hijos de Dios.

Con tales sentimientos, ¿podréis alabaros de decir que estais prontos á morir por vuestra Religion, si ella lo exigiese? No, no, vuestra Religion no exige que os sacrifiqueis por ella; madre tierna como es, temeria exponeros á pruebas demasiado fuertes.

Y ¿cómo, insiste ella, estaríais prontos á morir por mis intereses, vosotros que me abandonais todos los dias con vuestra conducta? ¿Cómo habiais de confesarme delante de los idólatras y de los infieles, vosotros que entre cristianos me vendeis cada dia alevosamente? ¿Cómo me defenderíais delante de los tiranos, cuando os avergonzais de confesarme en medio de vuestros hermanos? ¿Podríais ni siquiera sufrir el horror de los tormentos, vosotros que no podeis resistir sin susto la prueba mas insignificante? ¿No deberia temer mas bien que en vez de glorificarme vuestra constancia delante de mis enemigos, me deshonoraríais por el contrario dejándome vilmente abandonada?

¡Ah! Es tiempo de que cesen ya tan justas y sentidas reprehensiones; ¿y cómo? De este modo: 1.º Formemos desde luego la firme y generosa resolucion de vivir de hoy mas como verdaderos Cristianos. Porque no hay que lisonjearnos, ni lamentarnos amargamente delante de Dios; si vivimos como vive la mayor parte, no somos sino Cristianos á medias; llevamos el nombre y el carácter, pero nos falta el espíritu y las costumbres. Vivimos en el seno de

la fe por la profesion exterior, pero en la práctica somos extraños á la misma fe. Pensemos en esto á menudo y seriamente delante de Dios: *Dixi, nunc coepi.* (Psalm. LXXVI).

2.º Procuremos cumplir fiel é inviolablemente los deberes que la Iglesia y la fe nos imponen; observar sus mandamientos, someternos á sus decisiones, respetar sus piadosos usos y sanas prácticas, frecuentar los Sacramentos, observar los ayunos, santificar las fiestas; en una palabra, emplear todos los medios y aprovechar todos los auxilios que para nuestra salud ella nos procura: *Juravi et statui custodire judicia justitiae tuae.* (Psalm. cxviii).

3.º Debemos siempre estar poseidos de un temor saludable y de un extremado horror á todo lo que pueda disminuir, alterar ó sofocar en nosotros los sentimientos de la fe; como libros perniciosos, correspondencias sospechosas, compañías turbulentas, palabras seductoras, chanzas indecentes. Todo esto, y cuanto se le parezca, debemos mirarlo como otros tantos lazos funestos y peligrosos venenos, y como mónstruos, cuya sola idea debe inspirarnos el temor, la fuga y el horror. *Quasi à facie colubri fuge.* (Eccli. xxi). El que ama el peligro perecerá en él.

4.º Sobre todo guardémonos de que el vil é indigno respeto humano esclavice nuestro corazon, y degrade nuestros sentimientos; este es el escollo mas fatal y mas comun despues de los tiranos; y hace quizás mas apóstatas que no hicieron aquellos.

Finalmente, respetemos la santidad de nuestra fe, saboreemos su excelencia, practiquemos sus actos, sigamos sus máximas, muévannos sus intereses, y unámonos inviolablemente con ella; pues que no basta confirmarnos en la fe, sino que es necesario que ella resplandezca en toda nuestra conducta. Somos Cristianos, vivamos como tales; somos Cristianos, vivamos como Santos. Sobre todo acordémonos que un dia serémos juzgados segun nuestra fe, la cual siendo nuestra regla, será tambien nuestro juez. Pensamiento terrible para los que no viviendo conforme á la fe esta les ha ya condenado; pero al mismo tiempo pensamiento consolador para los que viviendo segun el espíritu de la fe pueden esperar con fundamento, que esta santificará todos los momentos de su vida, recibirá sus últimos suspiros, y que finalmente tendrán un dia la felicidad de oir de boca del mismo Jesucristo esta consoladora sentencia: *Fides tua te salvum fecit.* (Marc. x). Vuestra fe animada por la caridad os ha salvado. Seámosle fieles hasta la muer-

te, y Dios nos asegura una corona de vida: *Esto fidelis usque ad mortem, et tibi dabo coronam vitae.* (Apoc. ii).

ACTO DE FE.

¿Cuántas gracias no tengo que daros, ó Dios santo, ó Dios de bondad, por haberme colocado en el seno de la fe, y haberme iluminado con su divina luz, mientras que hay tantos que gimen en las tinieblas del error y en las sombras de la muerte? Y ¿cómo podré aseguraros de mi justo reconocimiento por tan inestimable beneficio, si no es con una entera sumision á las verdades que ella me propone, por mas que sean superiores á mi razon?

Sí, Dios mio, creo humildemente las santas verdades que la Iglesia me enseña, porque sois Vos mismo, eterna verdad, que las habeis revelado, y que no podeis engañaros ni engañarnos.

Las creo firmemente; y con el auxilio de vuestra gracia estoy pronto á derramar hasta la última gota de mi sangre para defenderlas.

Las creo sinceramente; y en adelante nada proferirá mi boca que no tenga firme asenso en mi corazon.

Las creo universalmente; y guárdeme el cielo de que jamás tengan restriccion ni límites mi sumision y mis sentimientos. Creo todos los artículos de fe, pues que todos emanan de un mismo origen, y están apoyados sobre un mismo principio.

Pero no me contentaré solamente con creer estas verdades especulativamente, sino que procuraré seguirlas en la práctica, ofreciéndoo, ó buen Dios, el homenaje de las obras que la fe de mí exige; cumpliré con mis deberes, seguiré sus máximas, respetaré sus piadosos usos, atenderé á sus intereses y á su gloria, me guiaré en todo por sus luces, y haré que sean la regla de toda mi conducta; y espero que habiendo sido la fe la antorcha que me habrá iluminado en el curso de mi vida, será tambien mi refugio y mi consuelo en la hora de mi muerte, santificando mis últimos sentimientos, y recibiendo mis últimos suspiros. Así sea.



EXISTENCIA DE DIOS Y DE UNA PROVIDENCIA SUPREMA DEMOSTRADA  
CON LA VISTA Y ESPECTÁCULO DE ESTE UNIVERSO.

Aparte de todas las demás pruebas acerca de la existencia de Dios y de una Providencia suprema, la sola vista y espectáculo de este universo, así como del orden admirable que en él reina, nos suministra una mas que sensible y convincente para todo ser que piensa y reflexiona.

Todo orden establecido supone una inteligencia; y en cuanto este orden es mas regular, universal y constante, tanto mas grande, sublime y admirable debe parecer esta misma inteligencia. Ahora bien, ¿qué hay mas regular, universal y constante que el orden maravilloso que reina en este vasto universo y en todos los seres que lo componen? ¿Qué puede darse, ni imaginarse de mas admirable que este hermoso concierto que incesantemente observamos, en la elevacion y extension de los cielos, en el movimiento y esplendor de los astros, en la revolucion y sucesion de las estaciones, en las producciones y frutos de la tierra, en el flujo y reflujo del mar, en los constantes límites que tiene prescritos, los cuales no le es dado traspasar, y en los que tiene que descargar todo el impetu y furor de sus olas? *Hic confringes.* (Job, xxxviii). A esta vista maravillosa, á este espectáculo imponente, ¿podrémos menos de exclamar transportados de admiracion, que la tierra y el mar de concierto con los cielos, nos están anunciando del modo mas elocuente la gloria de Dios y la existencia de un Ser supremo, de una inteligencia superior que todo lo ve, regla y conserva, que dispone soberanamente de todo, y todo lo hace contribuir á sus fines?

Tomemos por ejemplo uno de los mas insignificantes objetos que tenemos á la vista, porque Dios no se manifiesta menos admirable en las cosas pequeñas que en las mas grandes. Un pajarillo, un reyezuelo, por ejemplo, no necesita mas que algunos granos de mijo para vivir y sustentarse; veamos luego estos granitos, pequeñísimos como son, qué relaciones tienen, y qué encadenamiento forman con el resto del universo, y admiremos la inefable economía de esta providencia divina, que en cierto modo hace contribuir todos los elementos á la conservacion de este débil pajarillo; porque al fin estos granos necesarios á su subsistencia no

existirian si la yerba no creciese; la yerba no creceria si la tierra no la produjese; la tierra tampoco la produciria sin el auxilio de las lluvias; las lluvias y el rocío no caerian sin las nubes; las nubes no correrian sin los vientos; los vientos no se formarían sin los vapores; los vapores sin el agua atraída de los rios ó del mar, la cual tampoco lo seria sin los ardores del sol.

Considerad, pues, y admirad este órden inefable con que el cielo y los astros, el aire y los vientos, las nubes y las lluvias, el mar y los rios, la tierra y sus frutos, el sol con sus ardores, el universo en fin, en su inmensa extension, todo obra de concierto á favor de un pajarillo, produciendo unos pequeños granos para su alimento.

Aun no para todo aquí. ¿De qué serviria haber producido el alimento de este pajarillo, si él mismo no estuviese en estado de conocerle, distinguírle, cogerle, prepararle, introducirle en su cuerpo, y convertirle en su misma sustancia?

Es, pues, absolutamente necesario que el cuerpo de este pájaro se halle organizado de modo que tenga ojos para ver cuanto le sirve de alimento, piés para buscarlo, un afilado pico para cogerlo, una gola para introducirlo, un estómago para digerirlo; y por último debe tener una multitud de pequeños órganos, estrechos canales, pequeñas venas y delicadas fibras por las que difundíéndose por todo el cuerpo el jugo de los mismos alimentos digeridos, le nutran, animen y vivifiquen; en términos que faltando una sola de estas cosas, las demás quedan inútiles.

Si se reflexiona, pues, y atentamente se considera el prodigioso encadenamiento de causas y efectos que deben concurrir á la formacion de este grano, el sorprendente número de órganos que se necesitan para prepararlo y convertirlo en la sustancia de este animal; la sola consideracion de este ejemplo, ó mas bien de esta especie de prodigio, nos hará comprender y admirar con mas fuerte razon la bella armonía, el órden exacto, universal y constante, en virtud del cual todas las cosas tienen y conservan su destino en este vasto universo: porque si un objeto tan pequeño, un ser tan insignificante requiere tanto arte, industria y sabiduría, ¿qué diremos de la infinita multitud, inmensa grandeza y admirable disposicion de todos los seres que forman la estructura, órden y armonía de este vasto universo?

Debe por cierto admirarse infinitamente mayor arte é industria

en la creacion de un pequenísimó animal, de una hormiga, por ejemplo, de un mosquito y de todo reptil que anda arrastrando, que no hay en las mas bellas y magníficas obras de toda la industria humana. Ella ha sabido en verdad levantar soberbios edificios, construir grandiosos palacios, inventar máquinas sorprendentes de todo género; pero jamás ha podido formar un insecto con vida, un pájaro que vuele, un pequeño tallo de yerba que crezca; ¡qué digo formar! no nos es dado ni siquiera comprender y conocer todo su prodigioso mecanismo. Júntense todos los filósofos y sábios, y reunan todos sus conocimientos, ¿comprenderán acaso el modo admirable y el mecanismo inefable con que, difundiendo la luz del sol sobre la tierra, ilumina todos los objetos, y comunicándose despues al ojo del mas pequeño animal, de un pájaro, de un mosquito y de otro cualquier insecto, le advierte y da á conocer con tanta prontitud y seguridad la magnitud, forma, figura, distancia y color de los cuerpos que le rodean, y esto del modo mas propio y conveniente para que pueda evitar cuanto pudiese dañarle, y procurarse cuanto pueda serle útil? ¿Cuántos ejemplos, igualmente palpables y sorprendentes, podrian añadirse al que acabo de presentar?

Pregunto, pues, considerando este bello órden que reina en el universo: ¿podrá dejár de reconocerse que un órden tan sábio que lo regula todo; tan universal que todo lo abarca; tan eficaz que todo lo sujeta; tan constante que no varia ni jamás se altera, debe necesariamente ser el efecto, la obra, el prodigio de una inteligencia suprema soberanamente sábia, ilustrada, omnipotente, en una palabra, divina y superior á nuestro entendimiento, á nuestra crítica y á todo nuestro encarecimiento?

Reasumamos aquí lo expuesto, y digamos: un órden que ninguna humana industria pudo jamás imitar, ninguna inteligencia comprender, ningun obstáculo interrumpir, ningun extraño agente destruir, turbar ni desconcertar, es evidentemente un órden singularmente perfecto en todo género, y por consiguiente la obra maestra de una inteligencia suprema, que proporcionando y dirigiendo los medios al fin, hace que todas las cosas tiendan natural y eficazmente á este mismo fin que se ha propuesto, y al que han sido destinadas para su gloria: *Attingit à fine usque ad finem fortiter, et disponit omnia suaviter.* (Sap. viii).

En vista, pues, del grande espectáculo de este universo y del

orden admirable que resplandece en todas las cosas, ¿qué diremos de los sueños de Epicuro y de sus secuaces, los cuales pretenden que todo lo de este mundo ha sido formado por el concurso fortuito de los átomos, y que despues ha sido abandonado al acaso, sin que haya una inteligencia que lo presida y lo gobierne? ¿Podríamos contener la risa si se nos dijera que del concurso fortuito de diferentes átomos, diversa y casualmente combinados, se habia visto salir de repente un ejército de soldados bien armados y formados en batalla? Y si este concurso casual de átomos ha podido formar este bello universo, dice elocuentemente el romano orador, ¿por qué no forma tambien un templo, un palacio, una ciudad, que ciertamente no requiere tanto orden y combinacion cual se necesita para la estructura de este universo? Al ver un magnífico cuadro, al oír un excelente concierto de música, al momento os ocurre la idea de que existe seguramente un hábil pintor, un célebre músico. Y ¿es posible que viendo el grande edificio, el espectáculo imponente del cielo, de la tierra y del mar, dudeis de que haya un artífice que los ha formado?

¿Quién se atreveria á contar, ni aun á los muchachos, el que inmenso cúmulo de piedras y de átomos haya sido alguna vez agitado con tal violencia y transportado con tal furia por los vientos, que haya formado de repente aquí una magnífica ciudad; allá una espesa selva; aquí numerosas flotas para surcar el mar; allá relojes primorosamente trabajados para arreglar la medida y sucesion de los tiempos, y todo ser efecto de la casualidad? Esto, repito, no me atreveria á contarlo ni siquiera á los niños; y filósofos que pretenden pasar por sábios ¿osarán afirmar con toda su gravedad, que la grandiosa máquina de este universo haya sido formada por este concurso casual de átomos agitados, transportados y esparcidos á la ventura, como si un violento torbellino de impetuosos vientos los hubiese reunido, formando estas maravillosas obras que hermocean el mundo? ¿No es esto por ventura soñar mas bien que discurrir, y hablar como un insensato en vez de razonar como un sábio?

En una palabra, del grande espectáculo que presenta el universo, cuyas diferentes partes, aunque variables, contingentes, desiguales en perfeccion, infinitas en número, diferentes en esencia, forman no obstante un conjunto perfecto, un todo maravilloso, se puede inferir con toda certeza y evidencia la existencia de

un Ser supremo, de un ser inmutable, necesario, único, perfecto; esto es, la existencia de un Dios, primer principio y último fin de todas las cosas.

Pasemos mas adelante, y de estas verdades reducidas á sólidos principios deduzcamos verdades saludables en la práctica para el arreglo de nuestras costumbres. Hay pues un Dios. Pero ¿qué se sigue de aquí, y qué consecuencias deben deducirse? Estas son tan evidentes y necesarias, como sólidos é incontrastables los principios.

Hay un Dios: por consiguiente existe sobre nosotros un Ser supremo á quien todo se debe referir, pensamientos, palabras y acciones, todo debe dirigirse á este fin: y obrar de otro modo es apartarse de la regla y del orden. ¡Oh! ¡qué exámen conviene que hagamos sobre nosotros y nuestra conducta!

Hay un Dios: existe por consiguiente un soberano Señor á quien todo debe obedecer, y á la voluntad del cual es necesario someterse: él tiene derecho para mandarnos, y nosotros estamos obligados á obedecerle. ¿Hemos cumplido con sus preceptos, respetado y observado sus mandamientos? Hé aquí un nuevo exámen, pero exámen muy sério y minucioso.

Hay un Dios: y por consiguiente hay un justo Juez, el cual nos hará comparecer á su tribunal para darle rigurosa cuenta de todo, y recibir allí la sentencia decisiva de nuestro eterno porvenir. ¡Oh! ¡qué cuenta tendremos que dar, qué juicio tendremos que sufrir! Es necesario, pues, pensar en él, y mas todavía prepararse.

Sí, hay un Dios, un soberano Juez; y este Dios y Juez vengador citará un dia á su tribunal á estos impíos, á estos ateos, que osaron negar su existencia y armarse contra él; les hará comparecer ante este tribunal terrible; y allí con el proceso en la mano triunfará de sus injustas dudas, de sus temerarios discursos, de sus artificiosos sofismas, de sus máximas perversas, y finalmente de todos los excesos á que se entregaron estos hombres atrevidos. Allí, para mayor confusion, hará revivir los secretos remordimientos de una conciencia que pudieron distraer por algun tiempo, pero jamás sofocar ni enteramente extinguir. Allí disipará esas negras nubes y esos malignos vapores que quisieron elevar para ofuscar y oscurecer el resplandor de una providencia suprema, cuyas miradas no podian sufrir. Allí se vengará, finalmente,

de todos los enemigos de su gloria, haciéndoles contribuir, á pesar suyo, á la justificación y al triunfo de su sabiduría.

Pero si hay un Dios justo y vengador terrible para los impíos que le abandonan y blasfeman, almas fieles, consolaos; pues hay asimismo un Dios bueno y misericordioso para los que le aman y le sirven. Temamos á este Dios vengador, amemos á este Dios misericordioso. Felices de aquellos que desconfiando de sus débiles luces, habrán sometido su razon á la fe, su corazon á la gracia, y habrán preferido la humilde sencillez que edifica, á la ciencia presuntuosa que envanece.

## PREFACIO.

# DIVINIDAD DE JESUCRISTO.

## DIVINIDAD DE JESUCRISTO.

---

---



---

## PREFACIO.

---

*Cuando los objetos son de suyo interesantes, siempre parecen nuevos: por mucho que se mediten jamás se agotan, siempre se reproducen con nuevo fruto y se sacan cada vez nuevas ventajas. Ahora bien, si hay objeto capaz de interesarnos es sin disputa el que ofrezco á mis lectores, á saber, la divinidad de Jesucristo; objeto el mas grande, mas sublime y mas vasto que pueda jamás ocuparnos; objeto en efecto tan esencial, como que constituye el fundamento y la base de todas las verdades de la fe; tan interesante, que enternece hasta el mas duro corazon; tan sublime, que hace al hombre superior á si mismo; tan vasto, que abarca el dogma y la moral en toda su extension; finalmente, objeto sin el cual no habria dogma, ni moral, ni Religion, ni Cristianismo sobre la tierra. Este objeto interesa á todo el universo, y el universo entero debe tomar parte en él. Solo dos clases de personas componen el mundo, fieles que creen, é infieles que no creen. Hago que comparezcan unos y otros á alegar sus pruebas y fallar en su consecuencia. Examino las pruebas que el Cristiano aduce, escucho las razones que puede oponer el infiel, y dirigiéndome á todos, digo al infiel: Si Cristo no es Dios gozaos en vuestro triunfo; pero si lo es temblad por vuestra incredulidad; ella hará vuestra condenacion, pues tendréis un Juez. Digo al Cristiano: Si Jesucristo no es Dios deplorad vuestra suerte; pero si lo es afirmaos en vuestra creencia; ella será vuestro consuelo, pues teneis un Salvador. Ahora trátase de establecer aquí esta gran verdad, presentando al infiel convencido con las pruebas luminosas de la divinidad de Jesucristo, y por lo mismo al Cristiano consolado en virtud de aquellas luminosas pruebas. Hé aquí lo que debe resultar de cuanto tengo que decir. Si esta verdad fuese bien meditada y comprendida, pondria á todos los hombres en la disposicion en que se hallaba con respecto á Jesucristo el centurion del Evangelio, y les haria exclamar con él: Vere filius Dei erat iste (Matth. xxvii): Este hombre era verdaderamente el hijo de Dios.*



---

## LA DIVINIDAD DE JESUCRISTO.

---

Han transcurrido ya diez y ochosiglos desde que en la Judea, bajo el imperio de Augusto, apareció en el mundo un hombre extraordinario llamado Jesús, autor de la Religion que se llama Cristiana: él enseñó una doctrina sublime, formó discípulos; decia que enseñaba la palabra de Dios, y que hablaba en su nombre; quiso autorizar su doctrina con milagros; murió á la edad de treinta y tres años; se cree que resucitó al tercer dia como habia predicho; finalmente, con la predicacion de su doctrina hizo cambiar la faz al universo. Hé aquí en compendio el objeto de que trato; son hechos sobre los cuales, y en prueba de los cuales, sienta proposiciones fundamentales como otras tantas pruebas de la divinidad de Jesucristo, y digo:

Un hombre cuya venida fue anunciada al mundo mucho tiempo antes de su nacimiento:

Un hombre cuya vida y costumbres fueron santas y la expresion fiel de la misma santidad:

Un hombre que viviendo en el mundo se dió á conocer por Dios, y que á ello fue autorizado por el mismo Dios:

Un hombre cuyas obras fueron prodigiosas y superiores á todo humano poder:

Un hombre, finalmente, cuyos sufrimientos y la muerte misma fue gloriosa y seguida de prodigios:

Semejante hombre, si tal puede considerarse, es sin duda un hombre extraordinario, un hombre enviado de Dios, y un hombre-Dios. Ahora, que Jesucristo haya sido efectivamente tal, es lo que me resta probar. La conclusion podrá cada cual deducirla fácilmente por sí mismo, y no podrá ser otra que esta: Luego este hombre era verdaderamente Dios. *Vere filius Dei erat iste.* (Matth. xxvii).

Antes de entrar en materia, pido solamente dos cosas: 1.<sup>o</sup> Que si se ofrece á la mente alguna dificultad, no se crea que la paso

por alto, aunque de pronto no quede resuelta; que se espere hasta al fin, y se verá, estoy seguro, que á todo se ha respondido cumplidamente: la 2.<sup>a</sup> que no se separen una de otra las proposiciones que he sentado; porque si bien cada una de ellas tomada separadamente hace prueba, no obstante es del enlace y correlacion de todas juntas que debe sacarse la prueba completa de la verdad esencial y fundamental que establezco, á saber, que este hombre era verdaderamente Dios: *Vere filius Dei erat iste*. Entremos, pues, en un detalle que nos hará ver de una ojeada lo principal de nuestra Religion.

Primera proposicion: Un Hombre que fue anunciado al universo muchos siglos antes de su nacimiento. Abro las Escrituras que se llaman divinas; y digo que se llaman divinas, porque á fin de evitar toda disputa no las considero aquí desde su principio sino como un libro puramente histórico que existia mucho tiempo antes que Jesucristo. Esto es constante y me basta. Abro, pues, las Escrituras, y en todas partes veo anunciado un Mesías. Siento al patriarca Jacob vaticinar á Judas su hijo que el cetro no saldrá de su familia hasta que haya llegado el Deseado de las naciones: *Non auferetur sceptrum de Juda, donec veniat qui mittendus est*. (Genes. XLIX).

Escuchó al que se llama el profeta Ageo anunciar, en nombre del Dios de los ejércitos, á Zorobabel, jefe de la tribu de Judá, que el Señor va á satisfacer la expectacion de su pueblo enviándoles al que es objeto de sus votos y esperanzas. Leo sobre todo en Daniel que han de pasar setenta semanas desde la reedificacion del templo hasta el nacimiento de Cristo, el cual será sentenciado á muerte en la semana septuagésima segunda: profecía tan clara, que Porfirio no pudiendo negarla, y confesando que no tenia réplica, osó afirmar, para eludir su fuerza, que habia sido hecha despues de la muerte del Mesías; pero su impostura, dice san Gerónimo, viene á ser una nueva prueba. Los judíos, que leían quinientos años antes una tal profecía, desmintieron públicamente la asercion de Porfirio. ¡Cuántas otras profecías sobre la vida, la virtud, los trabajos y la muerte del Mesías! Porque todo se halla predicho, todo anunciado: deberá nacer en Belen de Judá: *Et tu Bethlehem terra Juda... ex te exiet dux* (Matth. II); deberá ser conducido fugitivo á Egipto: *Ex Aegypto vocavi filium meum* (Ibid.); deberá pasar su vida en la abyeccion y olvido:

*Opprobrium hominum et abjectio plebis* (Psalm. xxiv); deberá ser entregado á traicion y vendido: *Appretiaverunt pretium appetiati* (Matth. xxvii); deberá ser tenido y contado en el número de los malvados é impíos: *Et cum iniquis deputatus est* (Luc. xxii); será conducido como un cordero al matadero: *Tamquam ovis ad occisionem ductus est* (Act. viii); será contado en el número de los muertos, sin enlace alguno con los vivos, y saldrá triunfante del sepulcro: *Inter mortuos liber* (Psalm. lxxxvii); su mismo sepulcro vendrá á ser glorioso: *Erit sepulchrum ejus gloriosum.* (Isai. xi).

Así hablan los Patriarcas y Profetas con respecto al Mesías; pero estos no eran todavía mas que débiles luces. El esplendor de la luz debia ser difundido por esta aurora. Hé aquí al Sol de justicia que comparece por sí mismo; el momento fijado por la Providencia ha finalmente llegado, y es precisamente en el tiempo anunciado, á saber, en las semanas de Daniel, que el Mesías tanto tiempo y tan ardientemente deseado apareció sobre la tierra. El mundo estaba en expectacion de un libertador, pero era particularmente su pueblo el que consideraba mas cercano el fin de sus deseos. Era tal la persuasion de que habia llegado el tiempo de su venida, y tan constante la opinion de su llegada, que por espacio de sesenta ú ochenta años se creia ver al Mesías en todas partes; unos creian hallarle en su Precursor, otros en algunos hombres célebres; el mismo Josefo, judío de origen, le reconocia en Vespasiano. De aquí resultó que se llenó el mundo de falsos Cristos, de falsos Mesías. Fue en estas circunstancias que apareció finalmente el verdadero Emanuel que fue anunciado á los hombres, y los hombres le ven con sus propios ojos: *Nobiscum Deus.* (Isai. viii).

Descúbrese en él un hombre cuya doctrina y costumbres fueron siempre santas, y la expresion fiel de la misma santidad. ¿Qué hay en efecto de mas santo, mas sublime y divino que su doctrina y sus leyes? En todo lo que han enseñado antes que él los sábios tan celebrados de la antigüedad ¿hay algo que se parezca á la sublimidad de sus dogmas y á la pureza de su moral? La pretendida sabiduría de los Sócrates y de los Platones no es mas que locura comparada con las máximas de Jesucristo. Verdad, solidez, extension, sublimidad, todo se halla en ella, y todo se sostiene sin que nada absolutamente se contradiga. En las leyes de los mas sábios filósofos hay siempre algun defecto; las huellas de la

humanidad se descubren siempre en las obras de los hombres, y los mas grandes de entre estos incurren á menudo en los mas extraños absurdos. ¿Quereis una prueba? Sócrates, por ejemplo, autoriza el divorcio sin motivo alguno. Licurgo aprueba el latrocinio con tal que sea hecho con arte y finura. Solon tolera la satisfaccion de apetitos sensuales tan vergonzosos, que ruboriza hasta á los mismos á quienes los permite. El mismo Séneca ¿no colma de los mayores elogios á los que se quitan á si mismos la vida? Ó razon humana ¿á dónde vas á parar? ¿Son estos acaso los hombres que tú has formado? En la doctrina de Jesucristo al contrario, nada se halla que no sea santo y digno de su autor: en ella se condenan todos los vicios, se recomiendan las virtudes, y se nos hace ver claramente la excelencia de todas ellas. Ella es la primera que nos ha hecho conocer aquellos secretos inefables hasta ahora desconocidos, á saber, la abnegacion de sí mismo en medio de las delicias, el perdón generoso de las mayores injurias, el desprecio de las riquezas en medio de la abundancia, el mérito de la virginidad en la fragilidad de la carne, la humildad pura en el esplendor de los honores, virtudes todas de las que los paganos no conocian ni siquiera el nombre.

Considerad esta ley santa bajo sus diferentes aspectos. Con respecto al Ser supremo no es mas que amor, humildad, dependencia; delante de él el hombre es nada. Con respecto al prójimo no es mas que dulzura, caridad, ternura: todos los hombres son hermanos. Con respecto á sí mismo el hombre no debe tener sino modestia, moderacion, templanza y vigilancia. El hombre es el solo enemigo de sí mismo, y en saberse despreciar consiste su verdadero amor. Si esta doctrina fuese seguida, y practicada esta moral, el órden reinaria en todo, el mundo seria para el hombre un paraíso de delicias, y el hombre mismo seria la imagen viva de Dios. Una moral tan pura ¿puede acaso ser obra de un hombre? Y ¿dónde la habria aprendido? ¿En qué libro, en qué academia, en qué lugar de la tierra? ¡Ah! una tal moral no puede considerarse sino enviada del cielo juntamente con su autor.

Pero esta santidad, esta majestad en sus discursos, ¿la ha sostenido Jesucristo en la práctica? La sublimidad de sus dogmas ¿ha sido acaso desmentida por su ejemplo? Convenceos por vosotros mismos, tomad su Evangelio, consultad sus máximas, y parangonadlas con su ejemplo. Tomad y leed.

El ha santificado la pobreza. ¿Qué es lo que posee? nada; carece de todo, he aquí su patrimonio. Él ha demostrado el falso esplendor de los honores; pretenden elegirle rey, lo rehusa. Ha condenado los placeres; es el hombre de los dolores. Ha prohibido la venganza; su rostro es humillado con un infame bofetón. ¿Qué es lo que hace? ¿Qué dice? Su ejemplo va mas lejos que sus máximas; su conducta habla mas que su moral; sus palabras forman santos, y en él se halla la misma santidad.

Este hombre extraordinario vivió en público y en relacion con los hombres, y á pesar de que se procuró sorprenderle con capciosas preguntas, y se le tendieron lazos y asechanzas; ¿qué es lo que pudo echársele en cara? ¿De qué fue acusado? De que comia con los publicanos, de que sus discípulos se sentaban á la mesa sin lavarse las manos, de haber curado enfermos en dias de sábadó: la mas maligna censura no pudo hallar mas que esto; de manera que entre tantos centinelas de vista y oídos atentos á sus palabras, entre tantos enemigos como tuvo en todos tiempos, en todos lugares y en todas las naciones, judíos, paganos, herejes, que se coligaron y conspiraron á denigrarle é infamarle, ni uno solo hubo que pudiese hallar en él la mas pequeña accion reprehensible.

Por el contrario, cuanto mas se procuraba descubrir en él defectos, tanto mas resplandecian todas sus virtudes. No me toca á mí exponerlas aquí una por una; ¿podria la lengua de un mortal expresar al vivo toda su excelencia? Y ¿qué podria decir que fuese suficiente á dar de ellas ni siquiera la menor idea? Su caridad fue inmensa, su celo sin límites, su sabiduría singularmente ilustrada, su ternura santamente animada, su fervor divinamente inflamado; cada una de sus palabras es un oráculo, cada accion un prodigio, cada paso un modelo de alguna virtud. Infinitamente bueno, amable y perfecto; por mas que añadiese á esta pintura aun cuando hablase el lenguaje de los Ángeles, todo cuanto diria seria superior á toda creencia, y muy distante de la verdad. Tal convenia que fuese el Pontífice santo y sin mancha y enteramente separado del contagio de los pecadores, al que solo fue permitido entrar en el santuario, unir el testamento de la doble alianza, efectuar la grande obra de la reconciliacion entre el cielo y la tierra, ser elevado mas alto que los cielos: *Talis decebat, ut nobis esset Pontifex sanctus, innocens, impollutus, segregatus á peccatoribus, et excelsior coelis factus.* (Hebr. vii).

Ahora este hombre tan santo, tan perfecto y tan célebre entre los hombres, ha declarado ser Dios, y Dios ha autorizado su asercion del modo mas sensible y auténtico. Esta es la tercera verdad.

Que Jesucristo se ha anunciado por Dios, es cosa cierta; él lo ha publicado y declarado altamente, siendo bien explicitas sus palabras en esta parte. Yo os lo digo, y en verdad lo digo, mi Padre y yo no somos mas que uno: *Ego et Pater unum sumus.* (Joann. x). Yo que os hablo soy el principio y autor de todas las cosas: *Ego principium, qui et loquor vobis.* (Joann. viii). Existia antes que Abraham: *Antequam Abraham fieret ego sum.* (Ibid.). Todos sus discursos, todos sus pasos se dirigian á esto: y cuando se le pedia declarase si era Dios, vosotros lo habeis dicho, respondia; Yo soy: *Vos dicitis quia ego sum.* (Luc. xxi).

Esto era lo que únicamente le echaban en cara los judíos diciéndole: ¿cómo no siendo mas que un hombre os atreveis anunciaros por Dios? *Tu homo cum sis facis te ipsum Deum?* (Joann. x). Apoyado en esto mismo pregunto yo ahora: ¿entre todos los delitos, impiedades y atentados que pueden cometerse, hay alguno mas grande, mas enorme y mas feo que el de pretender erigirse en Dios, ser adorado como Dios, y abrogarse los derechos de la divinidad? Bien sé que entre los paganos insensatos muchos llegaron á este exceso de locura: los Salmoneos en Creta, los Anones en Cartago, los Alejandro en Grecia, los Tiberios, los Neronés en Roma quisieron erigirse en divinidad; pero ¿cómo han sido mirados despues por el universo y la posteridad? Como monstruos coronados que han deshonrado la humanidad queriendo salirse de la esfera de hombres; esos eran culpables, eran dignos de execracion sin duda alguna; pero no temo afirmarlo, Jesucristo lo seria aun mas si no fuese Dios como él mismo se ha anunciado. Porque observad que estos principes orgullosos, estos hombres ambiciosos no llegaron á tal exceso sino en aquellos días tenebrosos en que la prosperidad les deslumbraba, y la fortuna les cegaba, á la cabeza de los ejércitos, en medio de los triunfos, en la embriaguez y transporte de las pasiones, circunstancias en que no eran absolutamente dueños de sí mismos; mientras que Jesucristo, por el contrario, se ha declarado por Dios á sangre fria desde su nacimiento en este mundo por todo el tiempo de su vida.

Aun hay mas: aquellos en el delirio de su imaginacion no se



erigian en divinidad sino dentro de un pueblo, dentro de una nacion, sin que por otra parte pretendiesen ser ellos los solos dioses en este mundo, ni rehusasen dividir con otros el incienso y los altares; Jesucristo al contrario, ha pretendido ser el solo Dios, el solo adorado de todo el universo y de todos los pueblos. Vosotros no teneis mas que un Señor, decia á sus discípulos, y este Señor soy yo, á saber, Cristo: *Magister vester unus est Christus.* (Matth. xxiii). El que no está conmigo, está contra mí: *Qui non est mecum, contra me est.* (Luc. xi). Y de aquí abolió toda otra ley como impiedad, las otras religiones como supersticion, y los sacrificios como sacrilegio y profanacion: repito, pues, si Jesucristo no es Dios, ¡qué delito, qué impiedad, qué exceso el suyo de atribuirse exclusivamente los derechos de la divinidad, y erigirse de este modo altar sobre altar en presencia del mismo Dios! Porque, robar á otro los bienes, ajar la reputacion, quitar la vida, es un desórden, una injusticia, un delito; pero proponerse por blanco de sus deseos y llevar sus pretensiones hasta la misma divinidad, es un atentado, una villanía, una monstruosidad. Bien se necesita para llegar á tal extremo toda la hinchazon del orgullo, toda la audacia de la presuncion, todas las tinieblas de la ceguera y todos los excesos á que pueden llegar los desórdenes.

Ahora bien, Jesucristo se ha gloriado de ser Dios; y si realmente no lo es, ¿cómo es que le tolera Dios desde el cielo? Qué, ¿no tiene ya rayos que fulminarle en medio de su cólera? ¿Ni truenos ni saetas en los depósitos de su venganza? ¿Y qué? Un hombre se declara por Dios, invoca al mismo Dios por testigo, se apoya en su autoridad, apela en testimonio á su santidad y á su poder, ¿y Dios no le fulmina y no le extermina para desmentirle y contrarestar de este modo el efecto de este prestigio? No, Dios no solo no le castiga ni le extermina, sino que por el contrario él mismo le declara por tal, le sostiene y autoriza del modo mas claro, mas eficaz y mas auténtico, á saber, por medio de los prodigios y de los milagros.

¡Paraos aquí vosotros que os jactais de espíritus fuertes, hombres indóciles! Ya me parece que estoy viendo como levantaiis la voz contra esta palabra milagros que vosotros no creéis, y como vuestra incredulidad se arma además contra todas mis pruebas á favor de los mismos. Aguardaos, repito, pues no es esta la senda por donde quiero conducirlos. Bien podria aquí sin duda, en vez

de hablar yo mismo, hacer hablar, para mayor gloria de Jesucristo, á tantos ciegos que han recobrado la vista, á tantos paralíticos que han vuelto á usar de sus miembros, á tantos enfermos curados, tantos muertos resucitados; tambien podria hacer depouner las tempestades calmadas, y las olas del mar tantas veces abonzadas: su voz mil veces mas elocuente que todos los discursos, seria un testimonio irrefragable de la verdad que os anuncio; esto es lo que podria muy bien hacer, y haciéndolo ¿cuán sólidas no serian mis pruebas á favor de estos milagros? Testigos oculares los publican, autores en gran número los anuncian, el universo hace ya mas de diez y siete siglos que los atestigua y los cree; así que toda sana razon podria, por consiguiente, vivir tranquila y segura.

Pero como aun podriais contradecirme interiormente y tacharme de falsario, y no quiero que os quede sobre la materia ningun pretexto ni motivo de duda, dejo aparte todos los otros milagros de Jesucristo, y solamente escojo uno al que es imposible impugnar, porque actualmente le teneis á la vista; y este es la Religion misma de Jesucristo todavía existente, y esta Religion considerada con respecto á su establecimiento y á su duracion; tratándose de otra cualquier prueba que yo adujese, citariais al milagro en el tribunal de vuestra razon; por lo que hace á esta, invoco vuestra misma razon para examinar el milagro, al que por ahora no quiero dar este nombre; solo expondré su naturaleza y efectos, despues de lo cual podréis llamarlo con el nombre que mejor os plazca.

¿De qué se trataba cuando apareció Jesucristo sobre la tierra, y qué era en aquel entonces este mundo? El universo habia caido en dos abismos profundos é impenetrables: abismo de ignorancia que cegaba á los entendimientos, y abismo de depravacion que corrompia los corazones. La idolatría dominándolo todo hacia reinar consigo el error, la supersticion, la impiedad y todos los horrores; la tierra estaba llena de ídolos, de templos, de altares y de dioses; sus estatuas eran en tan gran número, que el mundo se parecia á un bosque de estos ídolos infames; los astros, los árboles, las plantas, los animales, todo era divinizado. La corrupcion de costumbres seguia al extravío de los entendimientos; los vicios eran ensalzados, consagradas las pasiones, los delitos mas vergonzosos colocados sobre los altares, recibian el culto y el incienso; los hombres abandonados á sus desordenados deseos, de

nada se avergonzaban ya sino de ser virtuosos; un solo pueblo en un rincón de la tierra adoraba el verdadero Dios, y eran los judíos; pero estos mismos judíos aguardaban un Mesías, en el cual se prometían hallar un conquistador y un rey, que en medio de la pompa y esplendor sujetaría al universo con las armas, y le sometería á sus leyes.

Hé aquí el proyecto que se debía formar para establecer el Cristianismo; se debía lograr que los paganos en lugar de sus dioses, y los judíos en vez de un conquistador adorasen á Jesús de Nazaret, hombre pobre, ignorado, de condición oscura, sin fama y sin aura popular, y que le adorasen como único en el universo; y en su consecuencia debían ser derribados todos los templos, arruinados todos los altares, hechos pedazos los ídolos, y sobre las ruinas de estas falsas divinidades enarbolar el estandarte triunfante de la Cruz.

No para aquí todo, sino que en lugar de los vicios y de las pasiones hasta entonces dominantes, debían reinar todas las virtudes; la castidad, la templanza, la humildad, la dulzura, la paciencia, las cuales á su vez debían ser colocadas sobre el altar, á saber, sobre el corazón del hombre, corazón avaro, corrompido, lleno de aspereza y de hiel. Y ¿á quién debía anunciarse este nuevo Evangelio? Á los judíos, supersticiosamente escrupulosos en cuanto á la observancia de sus prácticas; á los paganos indóciles, que no conocían otra ley que la de no tener ninguna; á los griegos altivos, que motejaban de bárbaros á las demás naciones; y finalmente á los romanos, acostumbrados á sojuzgarlo todo. ¡Qué de obstáculos no debía, pues, superar una empresa como esta!

Grandes verdades debían asimismo anunciarse á los hombres; á los crueles, altivos y orgullosos se les debía decir: humillaos, pues no sois más que ceniza y polvo, sois nada; á los avaros, devorados del deseo insaciable de amontonar: dejadlo todo, ó poseed como si no poseyérais; á los arrebatados, coléricos, vengativos: amad á vuestros enemigos, y solamente vengaos de ellos haciéndoles bien. Todo lo cual viene á ser lo mismo que si se dijera á los lobos rapaces: entrad vosotros mismos en el aprisco y apacentad los ganados; á las serpientes venenosas y astutas: tened la candidez de la paloma; á los leones feroces: sed mansos como un cordero.

Tal es la grandeza del proyecto, y ¿á quién confía Jesucristo

su ejecucion? Á doce pescadores á quienes dice: Id á anunciar el Evangelio á las naciones, á combatir los vicios, á predicar la virtud, y hacer cambiar la faz á toda la tierra: *Euntes, docete omnes gentes.* (Matth. xxviii).

Y para la ejecucion de un tal proyecto, ¿qué auxilios les dió? Su sola palabra, sin prometerles ningun otro humano socorro: por el contrario les manifiesta todos los obstáculos que deberán superar, los tormentos y la muerte que les estaba preparada, no ocultándoles nada de cuanto deberán sufrir en su nombre y por la Religion. Os envio, les dice, como corderos en medio de los lobos: *Ecce ego mitto vos sicut agnos inter lupos.* (Luc. x). Seréis odiados, perseguidos, calumniados: *Eritis odio omnibus propter nomen meum.* (Matth. x). Seréis arrastrados como malhechores ante los jueces y tribunales de la tierra: *Ad reges et praesides ducemini*; allí seréis acusados, condenados, castigados, tratados indignamente como hombres culpables merecedores de todos los suplicios; y tratándoos de esta suerte se creará rendir homenaje á Dios: *Venit hora, ut omnis qui interficit vos, arbitretur obsequium se praestare Deo* (Joann. xvi): esto es lo que os anuncio y vosotros debeis esperar.

El efecto corresponde á la promesa. Apenas los Apóstoles comienzan su mision cuando de todas partes se desata contra ellos el odio de la multitud, y una general sublevacion conspira á su exterminio. Aquí los judíos y la Sinagoga amedrentados se arman de todo lo que la envidia y el odio puede sugerirles de mas áspero, cruel y afflictivo. Allá la filosofia pagana, orgullosa y altiva, observándolos con desprecio, se mofa de su sencillez, y procura por todos los medios impedir el que se les dé crédito, llenándolos al efecto de desprecio y de oprobio. De otra parte los infieles, los idólatras, los adoradores de falsas divinidades, tratan de impositores é impíos á los Apóstoles porque pretenden abolir el culto de los dioses: la plebe enfurecida, animada de la supersticion, del error y de la mentira, les llena de maldiciones, imprecaciones y blasfemias; y finalmente todo se halla preparado para apedrearles, dado que osaren presentarse en público.

Bien pronto los príncipes, los reyes de la tierra y las potestades seglares, difunden el terror de los suplicios por medio de amenazantes edictos y de fulminantes sentencias; en todas partes se preparan cárceles, se levantan patibulos, se encienden hogueras, todos los aparatos de muerte ofrecen á la vista un espectáculo hor-

roroso de estrago y de sangre. Nada mas horrible que la pintura que de esto hace san Ambrosio : *Fremeabant gentes, irascebantur populi, saeviebant reges et potestates, contradicebant superstitiones, et totius mundiolvebantur errores* ; las naciones bramaban de rabia, los reyes y las potestades prevenidas de todo lo necesario, usaban de inaudita crueldad ; todos los errores, todas las supersticiones é impiedades se preparaban de consuno á guerra implacable, proponiéndose nada menos que extinguir la Religion en su cuna, y ahogarla en su misma sangre.

La agitacion que reinaba en los tribunales seculares hacia subir de punto el furor contra los Cristianos ; la rabia de los paganos levantando por do quiera un grito de terror, se parecia á los bramidos del mar agitado ; en todas partes se preparaban escollos en los que debia naufragar la cristiana constancia ; era infinito el número de los que perecian al furor de la tempestad ; el terreno ya ocupado por los Cristianos resonaba al grito que daban las naciones como si ya fuesen vencedoras ; el peligro de una total submersion amenazaba á la religion de Cristo, y el mundo cristiano parecia ya casi ahogado en general naufragio, del que no se creía posible que de ningun modo volviese á levantarse.

En vista de un espectáculo tan espantoso y amenazador , ¿ quién no habria dicho que esta Religion pereceria en breve , que seria destruida y aniquilada, y confundido su autor y sus secuaces ? Y en efecto, á juzgar por lo humano, ella debia perecer ; é infaliblemente hubiera perecido á no haberla sostenido una mano superior omnipotente.

Pero ¿ qué es lo que sucedió ? y ¿ á qué vinieron á parar todos los esfuerzos de sus conjurados enemigos ? Á que en vez de perecer esta Religion y de ser anonadada, fue por el contrario la misma persecucion la que la sostuvo, acrecentó y exaltó, no sin grande admiracion del universo conjurado contra ella.

Aquí me valdré de la bella y sublime idea que de la Iglesia nos dan los santos Padres, comparándola con el Arca de Noé durante el diluvio. Transportada dicha Arca sobre las aguas, se elevaba á proporcion que estas crecian, y que la inundacion sobrepujaba las mas elevadas montañas : *Multiplicatae sunt aquae, et elevaverunt Arcam in sublime.* (Gen. vii). Hé aquí la Iglesia ; ella desde su nacimiento fue perturbada y agitada por las aguas de un diluvio casi general ; los vientos, los huracanes, las tempestades, los torbe-

llinos, los escollos, todos los abismos parecían conspirar á su exterminio; los torrentes de las persecuciones engrosaban de todas partes, y á proporcion que el diluvio crecía la Iglesia se elevaba triunfante, anunciándose de este modo á lo léjos con mayor gloria y esplendor; en todas partes se veían rios de sangre, cadáveres á montones, y otros que fluctuaban; no se contaban ya los muertos por individuos sino por naciones enteras, los hijos de la Iglesia eran otras tantas víctimas que sucumbían bajo la espada de la persecucion, de las que la tierra se hallaba cubierta; y multiplicándose con estas mismas pérdidas extendía sus conquistas á nuevos y remotos climas.

El viento de tan ardientes persecuciones soplaba con furia en el Asia, y el bajel de la Iglesia avanzaba triunfante á tomar puerto en Europa. La tempestad descargaba en Roma con mas furia que en otra parte, y la Iglesia dirigía su rumbo hácia las playas del África, en cuyas bárbaras riberas iba á enarbolar el estandarte de la Cruz. Á do quiera que se dirigen suceden las mismas inundaciones, las persecuciones, los tormentos y las mismas muertes; y no obstante en todas partes reportan también las mismas victorias y los mismos triunfos. Por cada cristiano que moría por la fe, cien idólatras se decidían á profesar el Evangelio; y cuanto mas los tiranos inventaban nuevos suplicios, tanto mas se alentaban los Mártires contra el furor de sus perseguidores. Toda edad, todo sexo y condicion escribía con caracteres de sangre su profesion de fe, se multiplicaban los estragos, las víctimas, las torturas y los tormentos, y la sangre de los Mártires hacia cada vez mas fecundo el campo de la Iglesia. Es de este modo como esta Arca agitada por las olas iba elevándose mas y mas por la violencia de la misma tempestad, y desde su elevacion sublime se manifestaba siempre mas gloriosa.

La Iglesia atravesó triunfante el espacio de los tiempos, y ya han transcurrido diez y ocho siglos desde que de edad en edad y de pueblo en pueblo introdujo en todas partes sus conquistas. Las naciones civilizadas la anunciaron á las bárbaras y salvajes; el Mediodía la publicó al Septentrion, el Oriente la anunció al Occidente; en todas las cuatro partes del mundo ella llevó por do quiera el nombre y la gloria de su autor.

¿Quereis milagros? Aquí los teneis. ¿Puede darse otro mas grande, maravilloso y sorprendente? Este milagro subsiste toda-

vía y lo teneis á la vista; habla á todas las inteligencias que quieren comprenderlo, por si mismo se manifiesta tal, y no ha menester para ser reconocido sino de un ojo justo que voluntariamente no quiera cegarse sobre un punto tan evidente.

Recopilemos todas las circunstancias de este milagro, y admiraremos toda su grandeza. Doce pobres pescadores, gente ruda, oscura, ignorante y falta de todo auxilio, emprenden el cambiar la faz del universo, instruir todas las naciones, sujetar todos los imperios, derribar los altares de las falsas divinidades, y elevar sobre sus ruinas el estandarte de un hombre muerto con infamia en una cruz. Al oír una tal novedad que se considera una locura, ármanse y sublévanse contra estos doce Pescadores, mirados como insensatos, todos los pueblos infieles, todas las naciones idólatras, todas las potencias de la tierra y del infierno: y sin embargo á pesar de tanto furor y de tales conjuraciones, la obra se emprende, se ejecuta, prosigue y subsiste. ¿Qué contraseña nos hará reconocer aquí una obra puramente humana? Ó mejor, ¿quién no se verá obligado á admirar en esto una fuerza superior á todo humano poder? Y si la obra es evidentemente divina, ella anuncia altamente la divinidad de su Autor: *Vere filius Dei erat iste.* (Matthaei, xxvii). Esta es una verdad contra la cual se sublevarán siempre, bien que jamás prevalecerán contra ella, todas las potestades del infierno.

En vano el incrédulo en apoyo de su error, ó para tranquilizar su conciencia, opondrá mil dificultades, diciendo que el populacho abraza con avidez todo lo que se le presenta, que es fácil arastrarle á la novedad, ó que lo principal para hacerse partidarios consiste en sorprenderles con algun hecho extraordinario. Á todo esto se podria responder: ¿acaso era solamente la plebe la que abrazó el Cristianismo? Y los Justinos, los Orígenes, los Tertulianos, los Basilio, los Agustinos y tantos otros, ¿eran tambien rudos plebeyos? Pero ¿cómo diez y ocho siglos no fueron bastantes á disipar la ilusion? ¿No se conjuraron por ventura durante este tiempo todas las potencias del infierno para derribar el edificio de la Religion? Esto es lo que yo podria responder, y mi respuesta no careceria de fundamento; pero además de esto respondo con la prueba ocular, y á todo lo que se me puede oponer presento hechos constantes que jamás serán desmentidos. Digo pues:

1.º Que la fundacion del Cristianismo principi6 en Jerusalem,

en donde se aguardaba un Mesías conquistador, y donde este Mesías fue sentenciado á muerte en una cruz.

2.º Que los que obraron su establecimiento eran doce pescadores, pobres, débiles, rudos, ignorantes, y segun expresion del mundo los últimos de los hombres.

3.º Que tuvieron que verificarlo, faltándoles todos los medios y careciendo de todo humano auxilio.

4.º Que hicieron cambiar la faz á todo el universo.

5.º Que esta obra subsiste actualmente, es visible, y por sí misma se ofrece á la vista de todos.

Sentados estos principios, deducid vosotros mismos las consecuencias: únicamente añadido una reflexion y es, que si desde el principio del Cristianismo se hubiesen pedido milagros en prueba de la divinidad de su Autor, ¿hubiérase podido desear otro mas grande y sorprendente que el que estamos viendo con nuestros propios ojos?

Si en el instante en que Jesucristo espiró en la cruz se hubiese dicho: vendrá un dia en que este hombre será adorado por toda la tierra, todas las naciones le reconocerán por Dios, su cruz será colocada sobre los altares y sobre la corona de los Césares, sus oprobios serán venerados, su nombre será llevado en triunfo hasta los confines de la tierra, su Religion será la dominante en todo el universo; si se hubiese hecho un tal vaticinio, ¿no se hubiera mirado como el prodigio mas sorprendente, al par que como una cosa absolutamente imposible? Pues bien, el prodigio se ha obrado, y la pretendida imposibilidad se halla actualmente realizada. Jesucristo reina, su cruz se halla sobre los altares, su nombre es venerado, y su Religion la dominante; y si el árbol se conoce por sus frutos, y por las obras se conoce el autor, siendo la religion de Jesucristo una obra divina, ¿podrémos menos de decir sino que el mismo es un hombre Dios, el Hijo de Dios, verdadero Dios del verdadero Dios? *Vere filius Dei erat iste.*

Pero este hombre murió, se dirá tal vez; y muriendo ¿no quedó ofuscada su gloria por las sombras de la muerte, y eclipsada su divinidad por los horrores de la tumba? No sin duda; por el contrario intentó probar, que sus sufrimientos y su muerte misma fue gloriosa, y da nueva fuerza y esplendor á la prueba de su divinidad. Y ¿cómo? Porque muere habiéndolo predicho, muere porque ha querido; su muerte es un nuevo prodigio de poder y



de virtud, y es por efecto de esta misma muerte que ha coronado la grande obra de su mision: todo lo que significa que si murió, murió como Dios: *Vere filius Dei erat iste.*

Jesucristo murió, pero su muerte, así como su nacimiento, había sido profetizada de muchos siglos atrás: los Profetas la habían anunciado con todas sus circunstancias; todas las Escrituras resonaban de oráculos fúnebres acerca de esta muerte; el Cristo debía ser inmolado, el Santo de los Santos debía entrar en el santuario por la vía de su pasión y muerte; la víctima por excelencia debía suceder á los sacrificios imperfectos de la ley antigua; la nueva alianza debía sellarse con la sangre del Cordero sin mancha. Esto es lo que se había dicho en los siglos precedentes; pero lo que daba mayor evidencia á la prueba, era la prediccion que había hecho el mismo Jesucristo de su próxima muerte, exponiendo todas sus circunstancias, y hablando de ella como si la tuviese á la vista. Mirad que vamos á Jerusalem, decía á sus discípulos, y allá es donde el Hijo del hombre será abandonado á los pecadores; allá será vendido, ultrajado, crucificado: *Illudetur, crucifigetur.* (Luc. XVIII). Con estos tristes colores es como pinta al vivo la sangrienta catástrofe de su pasión y muerte.

Digo despues: un hombre que no muere sino porque ha querido. No, este Hombre no puede considerarse como una víctima que es arrastrada con violencia al altar; es el inocente Cordero que se ofrece espontáneamente á la muerte: *Oblatus est quia ipse voluit.* (Isai. LIII). Él ha deseado esta muerte hasta anhelarla con ardor: *Baptismo habeo baptizari, et quomodo coarctor usque dum perficiatur!* (Luc. XII). En vano sus discípulos amedrentados por tales predicciones intentan disuadirle de ir á Jerusalem. Apartaos de mí, les dice; mi Padre me presenta el cáliz, ¿cómo no he de recibirle con gusto de su mano? *Calicem quem dedit mihi Pater non vis ut bibam illum?* (Joann. XVIII).

Cuando sus enemigos vienen á prenderle, él mismo les sale al encuentro, y se entrega sin resistencia en sus manos: *Surgite, eamus: ecce appropinquavit qui me tradet.* (Matth. XXVI).

Pero lo que mas evidentemente prueba quizá su divinidad, es la manera toda divina con que murió, y los sentimientos que hizo resplandecer en medio de los oprobios, de los tormentos y de todos los suplicios, sin que jamás se le escapase una palabra, un lamento, un gesto, un suspiro que supiese, no digo á disgusto y

pesadumbre, pero que ni siquiera indicase la mas pequeña agitación; siempre por el contrario el mismo, siempre dueño tranquilo de su alma; no con aire de vana ostentacion, que pareciese insultar á la muerte, sino con un aire de modestia y de fortaleza que es el propio de la virtud oprimida, sin que nada rebaje á la sensibilidad de la naturaleza que sufre.

Observad con qué dulzura inalterable permite á los soldados apoderarse de su sagrada persona, el maravilloso y constante silencio que guarda delante de los jueces, y que jamás interrumpe sino cuando lo exigen la verdad y la gloria de su Padre celestial: él es acusado, mas no profiere palabra: la inocencia queda justificada por sí misma: es conducido á los tribunales: obedece: oye el decreto de su muerte: se conforma: se le presenta la cruz, la toma en sus brazos; exaltado, finalmente, en esta cruz, colocado entre el cielo y la tierra, hecho espectáculo de todo el universo, ¿cómo se manifiesta? Como Dios, de una manera digna de Dios. Ve á los pecadores, intercede por ellos; tiene delante á sus verdugos, suplica á su Padre les perdone; ve á su lado á un culpable, pero penitente, procura justificarle, y sella su sentencia con su propia sangre; siente, finalmente, acercarse su postrer momento, lo espera con resignacion, encomienda su espíritu á las manos de su Padre celestial, inclina la cabeza y espira: *Consummatum est.* (Joann. xix). Se acabó.

¡ Oh muerte! muerte sensibilisima, cuyo relato hace derramar lágrimas, ¿es posible que seas la de un hombre culpable y enemigo de Dios? Sol eclipsado, ¿por qué cubrirte de negras nubes? ¿Para hacer mas patente la injusticia de esta muerte? Y vosotras piedras y rocas, ¿por qué partiros de dolor? ¿Acaso para dar en cara á los hombres su insensibilidad? Y tú, tierra vacilante y conmovida hasta los cimientos, ¿has querido honrar con tu dolor las exequias de quien te crió? Pero tú, Jerusalem, ciudad infortunada, ciudad perversa que te has cebado en la sangre de tu Redentor, preséntanos los miserables restos de tus funestas ruinas, y en estas y aquellos el espectáculo horroroso de la venganza celestial: este Dios Salvador lo habia ya anunciado, condo-liéndose de tu infausta suerte: Jerusalem, Jerusalem, que has dado muerte á los Profetas y enviados de Dios, ¡ cuántas veces quise reunir tus hijos en torno mio, cual la gallina reúne á sus polluelos debajo de sus alas! Tú lo rehusaste; pero ya va á rayar el dia

funesto en que en pena de tus delitos, tus enemigos te cercarán por todas partes, sucumbirás bajo sus armas, y no dejarán en tí piedra sobre piedra. Jerusalem, ciudad saqueada, ciudad arruinada, contempla los desastres de tus habitantes, cuyos miserables restos persigue aun hoy día el Dios vengador terrible, y á los cuales ha librado de una venganza todavía mayor, para presentarles como objeto y espectáculo de execración á todas las naciones y á todos los siglos. ¡Desastres horribles! ¿ Pueden ser otra cosa que el castigo terrible de un deicidio, y una prueba siempre sensible y subsistente de la divinidad de Jesucristo? Porque á no ser él Dios, conforme se anunciaba, léjos de merecer su muerte una venganza tan terrible, ¿ no hubiese sido por el contrario la accion mas justa y legítima á los ojos de Dios y de los hombres? Y por una accion de esta naturaleza, ¿ continuaria Dios, infinitamente justo, persiguiendo pasados tantos siglos una nacion que él mismo se habia escogido de entre todas las naciones de la tierra? ¿ Qué otra pudo ser, pues, la causa de tantos desastres, sino que con haber llegado este pueblo perverso al colmo de sus delitos crucificando á Jesucristo, poniendo sus sacrilegas manos en el ungido del Señor, no le quedó ya lugar á misericordia, él mismo puso el sello á su reprobacion, y se obstinó en cerrar los ojos á la luz y el corazon á la gracia?

Tal debia ser la venganza por la sangre y la muerte de un Dios Salvador, á fin de que el universo no pudiese desconocer el brazo que pesó sobre el pueblo deicida, á fin de que todos los que fuesen testigos quedasen horrorizados de los efectos de esta horrible imprecacion que atrajo sobre sí y sobre sus hijos este pueblo insensato: *Sanguis ejus super nos, et super filios nostros.* (Matth. xxvii).

Y nosotros, convencidos de todas estas pruebas, y absortos á vista de tantos prodigios, ¿ no deberémos animarnos de sentimientos de respeto, de admiracion y de adoracion profunda, y testigos de todas estas maravillas, postrarnos al pié de la cruz, y en medio de una santa agitacion y religioso temor, exclamar con el Centurion conmovido, penetrado y convertido: *Vere filius Dei erat iste?* Si, yo doy esta gloriosa prueba de mi fe: ¡ que no pueda se-  
llarla con mi sangre!

Ó cielo, ó tierra, ó criaturas del universo, sed testigos del homenage solemne que en este dia rindo al Autor de mi ser y de mi salud.

¡ Jesús ! verdadero Dios, Hijo de Dios engendrado desde la eternidad en el seno del Padre, concebido en el tiempo en el seno de una Virgen Madre, Dios de Dios, luz de luz, verdadero Dios del verdadero Dios, yo os adoro, y creo en Vos.

Sí, creo en particular que habeis bajado á la tierra para la salud de los hombres; creo que habeis vivido y habitado temporalmente este mundo para servirnos en todo de modelo; creo que habeis muerto en la cruz para rescatarnos con el precio de vuestra misma sangre; creo que reinais actualmente triunfante y glorioso en el cielo; creo que vendréis un dia cual Juez soberano de vivos y muertos á premiar á cada uno segun sus obras.

Yo os reconozco y adoro como á mi Dios, mi Salvador, mi Redentor, mi Rey y mi Padre: dignaos recibir el homenaje de mi espíritu, de mi corazon, y de todos mis sentimientos.

En aquel memorable dia que vendréis á juzgar al universo que os ha juzgado á Vos, espero hallar gracia en vuestras miradas, que os pido en este momento por las entrañas de aquella misericordia que os hizo descender del cielo, por aquella vida santa que llevásteis en la tierra, por aquella sangre adorable que derramásteis por los pecadores, y por decirlo de una vez, os la pido por vuestra misma divinidad que creo, reconozco y adoro: pueda yo adorarla, bendecirla y alabarla eternamente en el cielo, ¡ en Vos Rey de gloria y Dios de toda virtud ! *Regi saeculorum immortalí, soli Deo honor et gloria.* (1 Timoth. 1).

#### LA RESURRECCION DE JESUCRISTO ES OTRA DE LAS PRUEBAS DE SU DIVINIDAD <sup>1</sup>.

Antes de entrar en materia, hé aquí algunas verdades que deben ser tenidas por indudables y universalmente recibidas:

1.<sup>a</sup> Hay una certeza metafísica, fundada en la evidencia de los primeros principios y consecuencias que de ellos inmediatamente se siguen; por ejemplo, es evidente que dos veces dos hacen cuatro, que el todo es mayor que sus partes, y esta es la evidencia propiamente dicha.

2.<sup>a</sup> Hay una certeza física fundada en el testimonio de los sentidos; por ejemplo, es cierto que existen cuerpos que nos rodean, que vemos y tocamos, etc.

<sup>1</sup> Para tratar esta materia hemos consultado la obra inglesa de M. Ditton.

3.<sup>a</sup> Hay una certeza moral fundada en el testimonio de los hombres ; por ejemplo , es cierto que existe actualmente la ciudad de Roma , y que ha existido un César , un Alejandro , etc. : de seguro nadie habrá que se atreva á ponerlo en duda.

Fácilmente se comprende que tratándose de hechos y acontecimientos , no se puede exigir una certeza , una evidencia metafísica ; los hechos no son susceptibles de ella , y solo pueden probarse con el testimonio de los hombres que los refieren , ó de los monumentos que existen y los atestiguan.

Ahora bien , aunque el testimonio de los hombres no pueda formar una evidencia metafísica , este testimonio puede ser tan constante , revestido de caractéres tan claros y apoyados en pruebas tan sólidas , que equivalgan á una certeza metafísica. Por ejemplo , aunque la existencia actual de la ciudad de Roma , y la pasada de un César y un Alejandro , no pueda probarse sino con el testimonio de los hombres , se tendria por insensato á cualquiera que dudase de ella , y la tachase de falsedad.

Pero ¿ qué caractéres deberá tener este testimonio que puedan tranquilizar á todo hombre racional é imparcial , que solo se propone buscar la verdad ?

Si este testimonio , digo yo , se halla apoyado en testigos oculares numerosos , desinteresados , de conocida probidad , uniformes entre sí , é invariables en su deposicion , á pesar de todas las promesas y amenazas , la prueba será completa. Todo testimonio que se halle dotado de estos caractéres debe mirarse como infalible , y debe ceder á él todo hombre que raciocina ; rehusar esta prueba , seria obstinarse contra la verdad conocida , y no querer creer sino aquello que se ve con los propios ojos ; y una tal conducta seria mirada en la sociedad y en materia de moral como el colmo del absurdo y de la irracionalidad. Dios no puede permitir que la falsedad y el error se hallen revestidos de tales caractéres ; entonces no tendríamos medio alguno de preservarnos y de salir de él ; Dios mismo seria su Autor.

Por lo demás , cuando citamos aquí los libros del Nuevo Testamento , no los citamos sino en calidad de libros puramente históricos , cuya verdad y autenticidad no es este el lugar de probar ; pero hallándose ya probada por los santos Padres y por diversos autores , pueden usarse con seguridad , y citarse con confianza.

Ahora , para entrar en el asunto que me he propuesto , digo : es

evidente que toda la religion cristiana se halla fundada en la divinidad de su Autor, y que la prueba de su divinidad se funda principalmente en la verdad de su resurreccion; esta es la gran prueba que nos ha dado constantemente él mismo, y á la que tambien se remitió. El Evangelio está lleno de declaraciones expresas que él hacia, no solamente acerca de los oprobios de su muerte, sino tambien acerca de sus gloriosas consecuencias, y principalmente acerca de su resurreccion al tercer dia: *Coepit Jesus ostendere... quia oporteret eum... occidi, et tertia die resurgere.* (Matth. xvi). Me preguntais, decia á los judíos, con qué milagro probaré mi derecho para usar de la autoridad omnimoda que me atribuyo; hélo aquí: despues que con una muerte violenta habréis destruido este templo visible, que es mi cuerpo, lo restableceré al tercer dia: *Solvite templum hoc, et in tribus diebus excitabo illud.* (Joann. ii). Esta nacion infiel, decia en otra ocasion, pide un milagro en prueba de lo que soy; y el milagro que les presentaré será aquel de quien el profeta Jonás fue la figura; despues de haber estado encerrado por espacio de tres dias en el seno del sepulcro, saldré lleno de vida, como Jonás del seno de la ballena: *Sicut fuit Jonas in ventre ceti tribus diebus et tribus noctibus, sic erit filius hominis in corde terrae.* (Matth. xii).

Jamás los Apóstoles predicaban de Jesucristo sin hablar al mismo tiempo de su resurreccion, como una prueba auténtica de su divinidad: *Virtute magna reddebant Apostoli testimonium resurrectionis Jesuchristi* (Act. iv): de tal modo la miraban como invencible. Qué, ¿ un nuevo discípulo debe ocupar el lugar del pérfido Judas? Lo único que de él se exige, es que como estos haya sido testigo de esta gloriosa resurreccion: *Testem resurrectionis ejus nobiscum fieri unum ex istis.* (Act. i). Efectivamente, la verdad de esta resurreccion es la prueba evidente de todas las otras verdades de la fe, y la demostracion de todos los otros misterios. Si Jesucristo resucitó por sí mismo como anunció, es Dios; si es Dios, su Evangelio es divino, divina su moral y su Religion, y por consiguiente la sola verdadera, la sola que conduce á la vida; de donde se sigue que probada la verdad de esta resurreccion, queda indudablemente probada la verdad de toda la Religion.

Examinemos ahora cuáles son los caractéres del testimonio y de los testigos que declaran la verdad de esta resurreccion, y veamos si son efectivamente tales que, según los principios por nos-

otros sentados, ningun hombre racional é imparcial pueda rehusar el creerla.

1.º Estos son testigos oculares: anunciando la resurreccion de Jesucristo, atestiguan lo que han visto con sus propios ojos: Jesús resucitado se les apareció, se les manifestó, bebió y comió con ellos; tuvieron el tiempo necesario para asegurarse de la verdad del milagro hasta poder tocar su cuerpo, y poner la mano en sus llagas. Siendo llamados ante los jueces, se les prohibe anunciar su doctrina, y sobre todo la resurreccion de este Jesús. ¡Ah! ¿cómo, responden ellos con modestia al par que con firmeza, cómo podremos dejar de anunciar lo que hemos visto con nuestros ojos, y escuchado con nuestros oídos? Juzgado vosotros mismos: *Non enim possumus quae vidimus et audivimus non loqui.* (Act. iv).

2.º Estos testigos son en gran número. Despues de haberse manifestado muchas veces á algunos en particular Jesucristo resucitado, se manifiesta aun á mas de quinientos de sus discípulos reunidos mucho tiempo despues de haberse publicado esta resurreccion; muchísimos de aquellos vivieron todavía, y continuaban publicándola como testigos en gran número. Estos en seguida la anunciaron á un número mucho mayor, estos otros á sus sucesores. De este modo de edad en edad, y como de mano en mano, se ha transmitido y perpetuado hasta nosotros la verdad de esta resurreccion. Cuando un gran número de personas asegura haber sido testigo ocular de un hecho, y declara estar tan cierto de él como de su propia existencia, ningun hombre sensato puede dejar de creerlo, de lo contrario pretende pasar por un hombre singular y de una especie diferente de la de los demás hombres.

3.º Estos testigos afirman la resurreccion de Jesucristo en el mismo lugar, é inmediatamente de haberse verificado. Así que no hablan de un hecho acontecido en lejanas tierras y despues de largo tiempo ocurrido. Los Apóstoles dan testimonio en el mismo lugar donde se ha verificado la cosa, á saber, en la misma Jerusalem; y los judíos para cerciorarse del hecho no tienen que moverse de su patria; ellos no aguardan para publicar la resurreccion de su Maestro que se haya borrado la memoria de su persona y de su muerte, sino que la anuncian en el mismo dia de su acontecimiento: si lo que dicen es falso, deben quedar confusos; y todos deben hallarse interesados en que cese su predicacion: la verdad del prodigio debe ser muy luminosa y cons-

tante, para resistir á tantas pruebas y no quedar desmentida.

Al mismo tiempo estos testigos dan á su asercion la mayor energia, y la anuncian de la manera mas solemne: no se contentan con hablar en secreto de la resurreccion de Jesucristo, sino que la publican abiertamente y á voz en grito en las calles, en las plazas públicas y en medio de los mas numerosos concursos, escogiendo al efecto una ocasion en que habian acudido á Jerusalem extranjeros de todas las naciones; ellos van á las sinagogas, se presentan al templo, en las casas, en las azoteas, y en todas partes publican altamente la resurreccion de su Maestro. No les detiene ni les hace bajar la voz el temor ni el respeto humano, sino que por el contrario, procuran dar á su testimonio toda la posible autenticidad y el mas luminoso esplendor.

4.º Estos testigos fueron de probidad conocida y nada sospechosa. Jamás fue controvertida su virtud, ni aun por sus mayores enemigos. Se les injurió, se les llenó de oprobios, pero nadie desacreditó sus costumbres; y á fe que por poco que á ello hubiesen dado motivo no se les hubiera respetado. Es por el contrario una prueba bien clara de su candor la manera misma con que hablan de sí mismos y de sus colegas: ellos confiesan sin ficcion sus propias debilidades y las de sus compañeros, las cuales hubieran sido del todo ignoradas si ellos mismos no las hubiesen manifestado. A haber sido impostores no habrian hecho semejante confesion. Esta franqueza, pues, y esta fidelidad histórica, denotan una sencillez y un amor á la verdad que les hace acreedores á que se dé entero crédito á todo lo que refieren.

5.º Estos testigos no tenian interés alguno temporal en dar este testimonio de la resurreccion de Jesucristo; muy al contrario, nada podia darse mas opuesto á todos sus intereses. ¿Qué podian en efecto prometerse de parte del mundo, si no es aquello mismo que mas debia intimidarles? Ellos anuncian á los judíos que se han hecho culpables de una sangre inocente, y que esta sangre clama venganza contra ellos; anuncian á los gentiles que la sabiduria de sus filósofos no es mas que locura, y que solo se halla la verdadera en la práctica de la Religion que han publicado. Ellos comprenden bien que anunciando tales verdades se exponen á todo el odio y á todo el furor de los judíos, al mismo tiempo que al desprecio y á toda la indignacion de los gentiles. Es por consiguiente evidente, y de una evidencia de demostracion,



que estos testigos no pudieron proponerse por objeto los honores, las riquezas, ni los deleites de este mundo, y que no podia animarles otro interés que el de la verdad que habian reconocido.

6.º Estos testigos, aunque numerosos, fueron unánimes en su deposicion. Todos anuncian la misma verdad, y están acordes en la solemne declaracion que de ella hacen. Una impostura puede ser obra de algunas personas; pero tratándose de un hecho grave y de consecuencia, es difícil y moralmente imposible el que muchos convengan juntamente en una impostura hasta en sus mas pequeñas particularidades, que la afirmen con la misma certeza, y se hallen siempre uniformes entre sí sin jamás contradecirse. Este acuerdo universal, esta general uniformidad en la deposicion dada en tales circunstancias, no puede considerarse sino como el lenguaje de la verdad mas auténtica y de la mas íntima persuasion.

7.º Estos testigos fueron siempre muy constantes, á pesar de todas las promesas y amenazas que se les hicieron para impedir la predicacion que habian comenzado. Cuando un testimonio no tiene otro apoyo que la mentira y la impostura, no puede sostenerse largo tiempo; la obstinacion, la pertinacia, la cábala, pueden, es verdad, resistir por algun tiempo á ciertos ataques; pero finalmente la iniquidad se desmiente por sí misma, y revela su ficcion. Cuando por el contrario el testimonio se apoya en la verdad y en la probidad, es imperturbable é incapaz de ser desmentido. Tal es el de los Apóstoles; lo que publicaron al principio lo publican hasta el fin, sin que el aliciente de las promesas, ni el terror de las amenazas puedan hacerles variar jamás de lenguaje ni de sentimientos. ¡Qué! ¿se les cita ante los tribunales? al salir anuncian la resurreccion con mayor energia; ¿se les sujeta á una cruel é ignominiosa flagelacion? la sufren con firmeza, y se tienen por dichosos en sufrir por el nombre y la gloria de su divino Maestro; ya uno de ellos se halla inmolado con la espada, ya cargan de cadenas al mas anciano de todos, y le ponen en la cárcel para conducirlo á la muerte; todos los demás ruegan por él, pero entre tanto no cesan de anunciar la verdad de la resurreccion: en una palabra, ni el temor de los tormentos, ni el furor de los tiranos, ni el aparato de la muerte ó de mil muertes, logran jamás vencer la firmeza y constancia de su testimonio, que, bien léjos de haber sido desmentido por alguno de ellos,

todos le han sellado con su propia sangre. ¿Qué mas se requiere para que ceda la incredulidad mas obstinada? Consúltense finalmente las páginas de la historia, ¿se hallará un solo ejemplo de alguno que para sostener una mentira haya llevado su locura hasta el extremo de sacrificar á una impostura su tranquilidad, sus bienes, su reputacion, su libertad y su vida? Aun digo mas, y me atrevo á asegurar que en ningun monumento de la historia, ni en toda la duracion de los siglos, se hallará un hecho memorable tan sólidamente probado y afirmado de un modo tan invencible como el de la resurreccion de Jesucristo; y en su consecuencia rehusarla nuestra creencia, es no creer únicamente porque no se quiere creer, y porque se hace cuestion de honor de nuestra misma incredulidad.

#### RESPUESTA Á LAS OBJECIONES.

Sentadas ya las pruebas de la resurreccion de Jesucristo, es tiempo de responder á las objeciones, siendo la principal que los discípulos robaron á viva fuerza el cuerpo de su Maestro. Esta es la primera y la mas ordinaria oposicion que hacen los judíos y todos los incrédulos. Pero ¿qué pruebas tienen de ello? ¿qué actos públicos, qué monumentos antiguos pueden asegurárselo? Nada responden á todo esto. Nosotros les probamos lo contrario, y lo probamos patentemente.

Los discípulos, dicen los judíos, robaron el cuerpo; pero ¿qué hacen estos judíos para descubrir el fraude de los discípulos y convencerles de impostura? Les citan ante su tribunal; les amenazan, y les prohíben el predicar la resurreccion de Jesucristo. Pero ¿era este acaso el único medio de que podian valerse? ¿No tenian otros expedientes mas seguros y mas eficaces? Todos los discípulos se hallan en su poder; si les creen culpables, ¿cómo es que no mandan arrestarles, conducirles á la cárcel, interrogarles separadamente, y hasta sujetarles á un careo con los soldados para saber la verdad de su misma boca, y obligarles á revelar este misterio de iniquidad? ¿Cómo es que ni siquiera les preguntan qué es lo que han hecho del cuerpo robado? Donde quiera que este cuerpo estuviese, insistiendo en la violencia se hubiera hallado. Esto interesaba esencialmente á los judíos, y todo les obligaba á poner en juego cuantos medios podian emplear

para lograr su intento. Nada mas importante para ellos bajo cualquier aspecto, ya sea de Religion ó de Estado, pues que se trataba nada menos que de la ruina de su templo, de la abolicion de su ley, de la destruccion de la Sinagoga, y de una revolucion general en toda la nacion; si esta Religion queda certificada, deben esperar todas las desventuras que les están profetizadas. ¿Qué hacen pues? ¿Qué emprenden? En sus manos está todo el poder y los medios; ¿cómo es que no los ponen en juego? ¡Ah! porque conocen demasiado que esta resurreccion se ha verificado, y temen por consiguiente que todas las indagaciones que quisiesen hacer para descubrir la falsedad, no servirian sino para darla mayor certitud y autenticidad.

No, no temo decirlo, para todo hombre que reflexiona, esta conducta, esta inaccion de los judíos en un negocio tan esencial, es una prueba evidente, y de una evidencia mas que moral, de la verdad de la resurreccion de Jesucristo; si ellos no demostraron su falsedad, fue porque no pudieron, y porque creyeron que á pesar de todo lo que harian, la creencia de esta resurreccion quedaria siempre firme é indudable.

Los discípulos han robado el cuerpo; y ¿quién querrá creerlo? ¿Quién podrá persuadirse que estos discípulos, hasta entonces tan tímidos, que huyen al presentarse el enemigo, que abandonan cobardemente á su Maestro, y á quienes una sola palabra de una fregona basta para llenarles de terror, se hayan vuelto de repente intrépidos y valerosos, hasta el punto de venir á las manos con soldados armados, forzar públicamente una guardia, arrosstrar todos los peligros y todos los tormentos, y todo esto por el solo objeto de robar el cuerpo de un hombre muerto y hacerle pasar por vivo? En verdad que sentar tales absurdos es querer cegarse á sí mismo, ó tener por ciegos á los otros; y eso tanto mas cuanto que no se citan en prueba sino testigos que se hallaban durmiendo: sea permitido el decirlo, hablar de este modo no es razonar sino delirar.

Esto no obstante, se insiste en que los discípulos robaron el cuerpo de su Maestro. Pero ¿qué interés podia moverles á ello? ¿Cuántos daños por el contrario no debian prever que de hacerlo se les seguirian? ¿No habrian sido los Apóstoles los mas ciegos é insensatos de todos los mortales en querer obstinarse en dar por cierta una resurreccion que sabrian evidentemente ser falsa? ¿En

querer sostener la reputacion y la gloria de un hombre que les habria engañado, y que por lo mismo no debia parecer á sus ojos sino como un astuto impostor é impío? ¿En exponerse finalmente á todo el odio y furor de los judíos, y por consiguiente á todas las persecuciones y tormentos? ¿No era por el contrario mas natural presentarse á los principales de la Sinagoga, y manifestarles que habian sido engañados y seducidos haciendo de ello una pública y solemne confesion? Portándose de este modo habrian sido acogidos benignamente y recompensados con profusion, mientras que persistiendo en su impostura no podian prometerse mas que tormentos y muerte. A mas de esto seria necesario suponer que los Apóstoles eran otros tantos impíos y malvados, sin fe, sin religion y sin costumbres: enemigos de Dios á quien habrian ofendido con el horror de mil delitos; enemigos de la patria que habrian envuelto en la confusion; enemigos de su conciencia que habrian manchado con un perjurio; y finalmente enemigos de todos sus intereses temporales y eternos que habrian sido plenamente arruinados. Pero ¿cómo suponer tal depravacion en hombres que hasta entonces no solo no fueron acusados sino que ni siquiera sospechosos de ningun delito? ¿En gente de otra parte sencilla, grosera é ignorante, incapaz de formar tales manejos é intrigas, y mas aun de defenderlas y de sostenerlas? No, nadie puede creer capaces de tales maldades á los Apóstoles, sin suponerles aquella maliciosa perversidad que se nutre en el mismo corazon.

Hé aquí una nueva respuesta igualmente convincente en contra de esta objecion. Bien era necesario que este pretendido robo fuese tenido por falso, y que esta resurreccion fuese reconocida por verdadera aun entre los judíos, para que inmenso número de estos se hiciesen discípulos de Jesucristo y abrazasen su Religion; y para que la religion cristiana se fundase en la misma Jerusalem y fuesen los judíos los primeros en seguirla. Si este robo hubiese sido probado, y declarada por consiguiente falsa la resurreccion, ¿se puede, no digo presumir, pero ni siquiera imaginar que los judíos que vivian en Jerusalem ó en sus cercanías, y que por lo mismo podian estar al corriente de todo, hubiesen abrazado una religion, cuyo fundamento hubiese sido falso, su Autor un impostor, y sus Apóstoles unos seductores? ¿No es por el contrario mas claro que la luz del sol, que habiéndose he-

cho los mismos judios discipulos de este Autor de la nueva ley, estaban bien seguros, no solo de la falsedad del robo, sino tambien de la verdad de la resurreccion, esto es, que habrian visto y comprendido que una nueva religion, sellada con un milagro de tanto esplendor, no podia ser sino una Religion divina, y la sola capaz de dar despues salud y vida?

Avancemos todavia mas, y para completar la prueba manifiestemos cuán absurdo es el obstinarse en afirmar que el cuerpo de Jesucristo fue robado, y que su resurreccion no fue sino impostura y bellaquería.

Seria necesario creer que doce pescadores, gente plebeya, sin luces, sin elocuencia y sin talento la hicieron prevalecer sobre todo ingenio y sobre toda la ciencia del mundo, y que predicando una religion que condenaba todas las pasiones, la difundieron de modo que no quedase una sola nacion en el universo que absolutamente ó en parte no la recibiese como una revelacion divina y como la única via de salud.

Seria necesario suponer que una de las mas grandes y memorables revoluciones del mundo ha sido producida sin medios naturales; los Apóstoles carecian de todos, y Dios no podia por un medio sobrenatural autorizar la impostura. Hé aquí, pues, la revolucion mas sorprendente del mundo producida sin causa alguna. ¿No és esto un absurdo?

Seria necesario creer que estos doce pescadores sencillos, ignorantes y groseros, fueron capaces de tramar sus manejos é intrigas de modo, que ni el siglo en que vivian, ni todos los siglos subsiguientes pudiesen descubrir la impostura, ni los grandes talentos y profundos ingenios demostrar su falsedad, á pesar de todas sus investigaciones y esfuerzos.

Seria necesario suponer á los Apóstoles de tal modo destituidos de todo interés, que despreciasen todos los bienes de la vida, se expusiesen á todas las miserias, á todos los oprobios, á todos los tormentos, á la muerte y á su misma condenacion eterna, y esto sin motivo, sin razon y sin esperanza de recompensa en este mundo, y todo con un valor y firmeza jamás desmentida. En verdad que si tales hombres hubiesen existido por casualidad, serian de una especie diferente de la de los demás. Aun digo mas, seria necesario creer que hombres que no podian ser sino unos impostores y malvados de primera clase, habian dado al mundo el sis-

tema de moral mas perfecto que antes ni despues se hubiese conocido, y lecciones de virtud superiores á todo lo que han enseñado los mas grandes filósofos; que hombres cuyo único objeto era engañar y seducir, habian establecido sobre los mas sólidos fundamentos la paz pública y particular, que siendo unos hipócritas infames habian pasado toda su vida en medio de los mayores trabajos y peligros, ocupándose únicamente, ya que ellos eran perversos, en hacer á los demás sinceramente virtuosos, y en predicar todas las penas de la eternidad contra los hipócritas, mientras ellos se hacian culpables de cuanto la hipocresía tiene de mas detestable.

En verdad, si hay alguno que sea capaz de creer tales absurdos, no merece el que se hable con él; y todo incrédulo que no quiere creer la verdad de la resurreccion de Jesucristo, se ve precisado á creer cosas sin comparacion mas prodigiosas é inconcebibles que todos los misterios de los Cristianos.

Réstanos una objecion que hacen algunos sin mucho fundamento. ¿Por qué, dicen estos, no dió Jesucristo especial publicidad á su resurreccion? ¿Por qué no la hizo pública como su muerte? ¿Por qué no se expuso á la vista de todo el pueblo? De este modo todo el mundo la habria creído, y ninguno habria podido dudar de ella y negarse á su evidencia.

Hablar de este modo no es objetar, sino que todo lo mas es proponer una sencilla cuestion.

Aun cuando no supiéramos dar razon del por qué la resurreccion de Jesucristo no fue tan pública como su muerte, esto nada probaria contra la verdad de la misma. Dios habrá tenido para ello sus fines que nos son desconocidos, pero que por esto no son menos dignos de su infinita sabiduría.

Pero para responder mas directamente, digo que Dios, por lo que respecta á la publicidad de su resurreccion, hizo lo conveniente para obtener el fin que se propuso, cual era el dar suficientes motivos, y motivos fuertes, para que se creyera esta resurreccion. En efecto, ella fue creída en todas partes, y los motivos fueron suficientes para autorizar su creencia. Dios podia hacer mas, pero este mas no era necesario; ya que lo que hizo bastó para llenar el fin que se propuso. Dios quiso á la vez autorizar nuestra creencia y ejercitar nuestra fe. Y si bien carecemos acerca de la resurreccion de aquel grado de evidencia geo-

métrica de que los hechos no son susceptibles, como hemos dicho antes, no obstante tenemos lo suficiente en que apoyar nuestra creencia y nuestra convicción acerca la susodicha resurrección.

Pero ¿por qué no la manifestó Jesucristo con mas esplendor? ¿Por qué? para castigar entre los judios aquellos genios altivos que todo querian pesarle con la balanza de su débil razon, á aquellos hombres crueles que habian sacrificado á su envidia la inocencia mas manifiesta, á aquellos entendimientos obstinados que se habian hecho sordos á los milagros mas sorprendentes. Y ¿no merecian estos que Dios les abandonase á su voluntaria ceguera, mientras que otros mas dóciles abrian los ojos á la luz, y el corazon á la gracia que se les habia ofrecido?

Añadiré tambien, que con respecto á ciertos incrédulos, la objecion es mucho mas grave; pues que aun cuando la resurrección de Jesucristo hubiese sido revestida de mayor publicidad, no por esto se hubieran dado por convencidos. ¿Se rinden por ventura al testimonio de los demás milagros obrados en presencia de todo un pueblo? Dirian de la resurrección de Jesucristo lo que dicen de los demás prodigios: son ficciones, son apariencias, y aun quizás lo atribuirian todo á mágia y prestigio.

Si aun se persiste en decir: ¿Por qué no dió Jesucristo mayor publicidad á su resurrección, por qué no la hizo con mas esplendor? Diré, ¿quién eres tú, ó mortal, para censurar la conducta de Dios, para trazarle el camino que debe seguir, y para pedirle cuenta de sus designios y de sus obras? Parémonos aquí; ¿osaríamos citar la inteligencia suprema al tribunal de nuestra débil razon? Y ¿no nos estremece la idea de creernos mas sábios que Dios? Contentémonos con adorar todo cuanto ha hecho, y con someternos á sus superiores decretos.

Puede hacérsenos además otra pregunta, para la que debemos estar prevenidos. ¿Cómo es, se nos preguntará acaso, que teniendo la resurrección de Jesucristo una evidencia moral, igual á la que tienen tantos otros hechos constantes, como, por ejemplo, la existencia actual de Roma, y la pasada de un César, de un Alejandro, etc.; cómo es, repito, que no se cree el hecho de esta resurrección tan universalmente como se creen los dos hechos mencionados? Si para creer la resurrección de Jesucristo, respondo, nada hubiera en el corazon del hombre que la repugnase, y á ella se opusiese, se creeria del mismo modo que se creen los

demás hechos; pero creyendo en la resurreccion de Jesucristo, es necesario creer igualmente en su Religion, vivir conforme á su Evangelio, sujetar las ínfulas de la razon, dominar las inclinaciones naturales, reprimir todas las pasiones, y esto encierra grandes obstáculos y repugnancia. No es necesario hacerse gran violencia para creer que actualmente existe la ciudad de Roma, y que ha existido un César y un Alejandro; pero sí que es necesario armarse, y combatir consigo mismo y con las propias inclinaciones, tratándose de creer la resurreccion de Jesucristo; y aun cuando el entendimiento la admitiera, teniendo de ella una íntima conviccion, el corazon y las pasiones podrian oponerse; en cuyo caso podria decirse que el hombre se halla convencido, pero no convertido.

Examínese séria y profundamente el corazon humano y sus sentimientos, y se verá la verdad de mi asercion. Rehusamos someternos á la fe, porque tememos la reforma de nuestras costumbres. El colmo de la dificultad y el grande obstáculo al homenaje que se rendiria á la Religion, consiste en poner esta un freno á las pasiones; podrán pretextarse varias razones, pero la verdadera tiene su origen en el fondo del corazon.

### CONCLUSION.

Pareceria que falta á esta obra alguna cosa, si habiendo establecido sólidamente las pruebas de la resurreccion de Jesucristo, no diésemos una ojeada á las ventajas que ella nos procura. Son estas en efecto demasiado grandes y preciosas para no ocuparnos de ellas, prestándolas toda nuestra atencion.

La resurreccion de Jesucristo establece y afianza nuestra fe; ella es su fundamento y base; y cuando los fundamentos son sólidos, todo el edificio permanece inmóvil. Es en virtud de nuestra certeza que podemos exclamar con san Pablo: «Sé á quien he confiado el depósito de mi fe, y ésto y seguro que siendo todo poderoso conservará este precioso depósito hasta el gran dia de la revelacion, en que la oscuridad de la fe cederá el lugar al resplandor de la gloria:» *Scio cui credidi, et certus sum quia potens est servare depositum meum in illum diem.* (II Tim. 1).

Ella establece sobre fundamentos igualmente sólidos nuestra confianza en la misericordia de Dios. Tenemos en nuestro Padre



celestial un abogado y un mediador que intercede por nosotros. Sin él nuestros pecados clamarian venganza contra nosotros; pero ahora sabemos que si bien este mediador ha muerto por nuestros pecados, tambien ha resucitado para nuestra justificacion: *Traditus est propter delicta nostra, et resurrexit propter justificationem nostram.* (Rom. iv).

La resurreccion de Jesucristo es especialmente una prenda y una prueba de la feliz resurreccion de los fieles. Jesucristo, dice san Pablo, puede considerarse la primicia de los que mueren en la gracia del Señor, y que muriendo no hacen mas que entregarse á un sueño de paz: las primicias son el principio de una obra grande que debe tener la misma perfeccion. La resurreccion del Salvador es un triunfo, del cual nuestra resurreccion será la consecuencia. Creamos, continúa el Apóstol, que si Dios murió y resucitó, tambien el Señor llamará á sí los miembros adormecidos en su cabeza: *Christus resurrexit à mortuis primitiae dormientium.* (I Cor. xv).

La esperanza de nuestra resurreccion, fundada en la de Jesucristo, es un manantial inagotable de consuelos en medio de todas las aflicciones de la vida. ¿Qué efecto no debe producir en un cristiano que sufre, la esperanza de la resurreccion que tiene prometida en méritos de la de Jesucristo, y de la felicidad que esta le asegura? ¿Qué son todos los consuelos de este mundo, en comparacion de aquel? Esta vida y sus placeres se disipan como las sombras; su corta duracion, léjos de recrear al corazon, le llenan de amargura. ¡Qué dulzura y solidez no tiene por el contrario la esperanza cristiana! Sufrimos en este mundo con Jesucristo, pero un dia reinarémos con él en el otro. ¿Hay afliccion, por acerba que sea, que no suavice el bálsamo de tal esperanza? *Reposita est haec spes mea in sinu meo.* (Job, xix).

Esta resurreccion del Salvador es un motivo poderoso para animarnos contra el terror de la muerte. Nuestra vida es muy corta; bien pronto nuestros ojos se cerrarán á la luz; y echados de la sociedad de los vivientes, entrar en la region del olvido es la suerte que nos amenaza á cada instante; pero esto mismo, que es triste á los ojos de la naturaleza, deja de serlo para el cristiano fiel; él lo considera sin susto; sostenido y animado por los sentimientos de la fe, dice en su corazon con Job: Sé que debo morir, pero sé tambien que vive mi Redentor, y que un dia saldré

del seno de la tierra y de las sombras de la tumba: mi alma y mi cuerpo no se separarán temporalmente sino para reunirse en union eterna; la muerte será absorbida en la victoria: *Scio quod Redemptor meus vicit, et in novissimo die de terra surrecturus sum.* (Job, xix). ¿Hay cosa mas consoladora y á propósito para animarnos, que el poder considerar la muerte como el puerto seguro de libertad, como el fin de todos los trabajos, y como el principio de una vida nueva y eternamente feliz?

Finalmente, la esperanza de la resurreccion, fundada en la de Jesucristo, es sobre todo de gran eficacia para animarnos á la virtud y á la práctica de todas las obras justas. Esta es la penetrante exhortacion que hacia san Pablo á los fieles: «Hermanos «míos, les decia, sed firmes, invariables y abundantes en la obra «del Señor, pues sabeis que vuestra obra no quedará sin precio- «so efecto. Todos nuestros deberes tienden á otra vida como á su «fin; aquí no debemos hacer mas que prepararnos para el cielo; «viviendo como cristianos, hacemos temporalmente lo que debe «formar nuestra ocupacion en la eternidad. Sembremos en este «tiempo tan breve, para recoger en una eternidad por siempre «inmutable. Las obras de la gracia son el camino que conduce á «la gloria que nos espera. Pero ¿á quién somos deudores de tan- «tos bienes sino á un Dios Salvador, que con sus sufrimientos nos «ha trazado el camino, y por medio de su resurreccion nos llama «á aquel lugar, donde fué á prepararnos un puesto de eterna se- «guridad?» *Vado parare vobis locum.* (Joann. xiv).

¡Ó fe divina! ¡Ó sublime esperanza! ¡Augustas promesas de la Religion! ¡Luces dulcísimas y consoladoras del Evangelio! Y ¿no seréis capaces de apartar nuestro entendimiento de todos los falsos bienes de este mundo, de sostener nuestros corazones en todas las aflicciones de la vida, de animar nuestro ardor en la práctica de todas las virtudes, al ver la corona y las recompensas que un Dios Salvador nos tiene preparadas en su gloria? ¿Puede el incrédulo procurarse medios tan dulces, y tan consoladoras esperanzas en las diversas vicisitudes en que puede hallarse en el curso de su vida? ¡Qué desgracia para él quedar privado de estos medios y de estas esperanzas, y verse reducido por su incredulidad á la triste situacion de no poder esperar otra cosa en la hora de la muerte que uno de estos dos profundos abismos, ó el abismo terrible de la nada, ó el terrible del infierno!

---

## PREFACIO

---

### PRUEBAS SÓLIDAS Y BREVES

CONTRA TODOS

# LOS ENEMIGOS DE LA FE.



---

---

## PREFACIO.

---

*El Principe de los Apóstoles nos aconseja que estemos siempre prontos á satisfacer á los que desearan saber los fundamentos de nuestra fe y de nuestra esperanza ; quiere que sobre esto nos hallemos siempre en estado de justificar el sábio partido que seguimos, y de presentar los títulos que á ello nos autorizan.*

*A este fin, pues, he procurado formar aqui como un cuerpo de pruebas y de principios sobre la Religion, no solamente para confirmar mas y mas á los fieles en su fe, sino tambien para ponerles en estado de responder á las objeciones que pudieran hacerseles para apartarles de su creencia. En tales ocasiones, no es siempre fácil tener á mano un libro para consultar, ó algun doctor á quien preguntar. Aun quando este compendio parezca breve, suministrará armas suficientes para defenderse, y aun para acometer si fuese necesario.*

*Todo quanto aqui se expone se há sacado en gran parte de los santos Padres y de los teólogos. Algunas veces hemos citado á los mismos filósofos quando han pensado y hablado conforme á los verdaderos principios : tomando por guías á los mismos israelitas hemos creido poder aprovecharnos de los despojos de Egipto. De otra parte es para nosotros doble ventaja el combatir á los enemigos de la fe por medio de sí mismos, y el volver contra ellos sus propias armas.*

---

---

## PREFACIO

---

El Principio de los Axiomas es conocido por todos siempre que se trata de matemáticas y de las que se refieren a los fundamentos de nuestra ciencia y de nuestras especulaciones; pero que sobre esto nos hallamos siempre en el estado de justicia y de equidad que conviene, y de preservar los límites que a ello nos competen.

A este fin, pues, he procurado formar este libro de cuerpos de principios y de principios sobre la filosofía, en términos que sean comprensivos para todos y para todos los países en la cual también para poderlos en estado de ser usados a las opiniones que diferentes autores han reportado de su ciencia. He sido siempre fiel tanto a uno como al otro para consultar a quien doctor a quien profesor. He creído que con pocas palabras breves, sencillas y claras se puede explicar y explicar y con pocas palabras se puede explicar.

Todo cuanto aquí se expone se ha tratado en gran parte de los puntos de vista y de los hechos. Algunos otros hechos están a los mismos hechos cuando son sencillos y sencillos conforme a los principios que son sencillos por parte de los mismos hechos como ciertos hechos sencillos de los hechos de la filosofía. De otra parte es para nosotros sobre ciertos hechos sencillos a los cuerpos de la filosofía y el cuerpo de ellos en propios términos.

---

## PRUEBAS SÓLIDAS Y BREVES

CONTRA TODOS

# LOS ENEMIGOS DE LA FE.

CONTRA LOS ATEOS.

*Diálogo entre un militar y un teólogo.*

*Militar.* ¡Oh! señor, cuánto me alegro de encontraros; vos sois sábio é ilustrado, y yo he de proponeros una cuestion importante. Todos los dias oigo como hablan ciertos hombres por esos mundos; pero ¿preside la verdad en sus discursos? Como yo no soy hombre de estudios, algunas veces no sé que pensar. Pregunto, pues, si hay un Dios en este mundo; no es que dude de ello, solo si para desvanecer ciertas ideas y disipar ciertas nubes que algunas veces, y á pesar mio, se presentan á mi imaginacion: ¿podriais darme de esta verdad pruebas sólidas é incontestables?

*Teólogo.* Sí señor, y vos mismo sois la prueba. Existis; luego hay un Dios.

*Militar.* ¡Bella conclusion!

*Teólogo.* No tan extraña como os parece, porque al fin, veamos. ¿Quién os ha dado el ser y la vida? Vuestro padre, y á él su padre; de este modo proseguid hasta el primero, porque bien es preciso que haya habido uno que ha sido el primero. Este no se ha dado el ser á sí mismo; luego es necesario de toda necesidad conocer un Ser primero, un Ser supremo, principio de todos los seres, esto es, un Dios. Si fuera posible remontarnos del hijo al padre, del padre al abuelo, del abuelo al bisabuelo, de generacion en generacion; vendriamos al fin á reconocer á un Ser su-

perior, infinito en poder, eterno en duracion, que ha sido el primer origen, el primer autor, el primer principio de todos los seres emanados de su poder. Estos son argumentos contra los que se disputará siempre, y á los cuales jamás se contestará. ¿Quereis otra prueba todavía mas sensible? Voy á ponéros-la á la vista. Mirad al cielo, y considerad los astros, su resplandor, su número é inmensa magnitud, la rapidez de su movimiento, la regularidad de su curso; todo este bello órden que reina en la construccion del universo, el sorprendente espectáculo que presenta toda la naturaleza; á esta vista prodigiosa ¿podréis menos de reconocer una inteligencia suprema que ha creado este gran todo, que lo regula, lo gobierna, y continúa en cierto modo creándolo á cada instante? Desentenderse de esta prueba es renunciar á todas las luces de la sana razon; y al que tal haga es inútil presentarle otras pruebas; este hombre no razona sino que disputa; bien resuelto á no ceder, cualquiera que sea la evidencia que se le presente.

*Militar.* Me parece mas acertado continuar hablándoles, para probar á convencerles y persuadirles.

*Teólogo.* Pero ¿de qué sirve presentar la luz á quien no quiere ver? ¿De qué sirve hablar al que no quiere dejarse persuadir? Digo mas: ¿de qué sirve esforzarse en convencer al que se halla ya enteramente convencido? Si cuando este pretendido ateo habla contra Dios pudiesen leer en el fondo de su corazón, veriais que habla contra su sentimiento íntimo; no es contra la existencia de un Dios que él disputa, sino contra sí mismo, y en pro de sus pasiones, de sus vicios y de todos sus desórdenes; sabe bien que si hay un Dios, hay un vengador del pecado; quisiera por consiguiente sofocar sus remordimientos, y poderse abandonar impunemente á todos los desórdenes de su corazón. Así el Espíritu Santo nos asegura que, cuando el impío ha dicho no hay Dios, es solo en su corazón que lo ha dicho: *Dixit insipiens in corde suo: non est Deus.* (Psalm. xiii). El corazón y las pasiones lo dicen, pero el espíritu y la razon afirman lo contrario; ellos claman en alta voz contra él, y le fuerzan á que interiormente se condene á sí mismo.

¿Qué seria, en efecto, de un Estado en el que no hubiese ni rey, ni soberano poder? En medio de una completa impunidad cada cual seria dueño de escoger para sus propios intereses todo lo que le acomodase; y como los intereses propios raras veces concuer-



dan con los ajenos, ¿qué se seguiria de aquí? Guerra perpétua, eternas disensiones, un latrocinio espantoso y universal; en términos que seria preciso tener continuamente las armas en la mano para defender los bienes y aun la propia vida: el pobre robaria al rico, el vecino despojaria á su vecino, el fuerte oprimiria al débil, se vengarian los resentimientos particulares con el estrago y asesinato, y reinaria por do quiera la confusion y un trastorno general. Lo que aquí apliço á un solo reino, es lo que el ateo quisiera sucediese en todo el mundo, cuando combate la existencia de Dios.

Es verdaderamente extraño que mientras los Cristianos, que han nacido á la luz de la fe, combaten la existencia de un Dios, los paganos nacidos en las tinieblas de la infidelidad, reconocen la existencia de un Ser supremo. ¿Qué prueba puede darse mas brillante que la que sobre el particular aduce Ciceron? *Quid tam apertum, tamque perspicuum, cum coelum suspicimus, quam esse aliquod numen perfectissimae mentis quo haec regantur?* Cuando miramos al cielo ¿podemos menos de comprender hasta la evidencia que hay una inteligencia suprema que lo gobierna? Esta vista del cielo, dice Trismegisto, es una filosofía natural para la razon; los astros son verdaderas letras que al primer golpe de vista graban en nuestro corazon estas palabras: *Dios ha existido siempre.* ¿Qué quereis mas? ¡Los paganos abren los ojos á la verdad mas esencial de todas las verdades, y los Cristianos la combaten! ¡Ah! esto sucede porque los impíos sofocan las luces de su razon; si hay un Dios, el castigo debe ser su herencia; y el mas terrible de todos los castigos es dejar de comunicarles su divina luz, y abandonarlos á sus depravados sentimientos.

Sed firme en esto, señor, y cuando halláreis alguno de esos pretendidos ateos, guardaos bien de disputar con ellos; ellos no merecen que se les hable; dejadlos solos, abandonadlos al horror de las tinieblas en que quieren vivir y cegarse: en una palabra, quedad bien persuadido de estas dos verdades:

La primera, que no hay verdadero ateo en el universo. Dios ha grabado con caractéres indelebles la prueba de su existencia en todo hombre que viene á este mundo: *Signatum est super nos lumen vultus tui.* (Psalm. iv).

La segunda, que el que habla contra la existencia de Dios, habla contra su sentimiento íntimo, y no lo hace sino para adorme-

cer su conciencia, sofocar los remordimientos, y buscar cómplices en sus desórdenes. Léjos de escucharlo miradlo con horror, y huid de él como se huye del áspid y del basilisco, que envenenan con sus miradas.

Á este propósito citaré un hecho sucedido al sábio P. Oudin. Vino un dia á su casa un pedantillo, uno de esos pretendidos filósofos modernos; y presentándose con aquel aire de arrogancia y confianza tan comun en las personas de este carácter, le propuso el disputar con él. El Padre se excusó diciendo que siempre habia procurado evitar disputas sobre puntos esenciales de fe. Al menos, añadió el jóven, tengo el honor de advertiros que soy ateo. A esta palabra paróse el Padre, y guardando un profundo silencio le contempló largo rato, examinándole atentamente de piés á cabeza. Pero, ¿qué notais en mí de singular, dijo el jóven antagonista, que así me examineis tan detenidamente? Contemplo, respondió el Padre, la figura de este animal que se llama ateo, del cual habia oido hablar muchas veces, sin que jamás hubiese tenido el gusto de verle, y ahora estoy bien contento de conocerle. Esta respuesta hizo desaparecer á aquel animal, que no osó replicar palabra, viendo que tan á las claras se mofaba de él. Esta era la respuesta que merecia.

*Militar.* Vos me habeis curado de dos graves males; yo caminaba ciego y extraviado, y vos me habeis iluminado y vuelto al verdadero camino; ¿qué podré hacer yo ahora para manifestaros mi justo reconocimiento?

*Teólogo.* Creed la existencia de un Dios, y no os avergonceis de servirle; á esto se reduce todo lo que de vos exijo.

*Militar.* Sí, creo en un Dios, y nada será capaz de apartarme de mi creencia. Por lo que respecta á servirle sin rubor, habeis de saber, que las personas de mi profesion no se paran mucho en eso de respetos humanos; así que, léjos de avergonzarme de servirle, será por el contrario mi mayor gloria; si me glorio de servir al Rey, con mas fuerte razon debo gloriarme de servir á mi Dios. A Dios, señor, os dejo, y parto lleno de intrepidez contra estos pretendidos sábios; vos me habeis procurado un escudo para defenderme de sus dardos.

CONTRA LOS DEISTAS, LOS FILÓSOFOS DEL SIGLO Y TODOS LOS  
INCRÉDULOS.

Apoyados como estamos sobre sólidos fundamentos en materia de Religion, no debe infundirnos pánico temor ni el número de los incrédulos, ni todos sus vanos clamores, ni sus inútiles sofismas, ni sus insulsos chistes, ni tampoco su tono imponente. Asegurados sobre una piedra inmóvil, dejemos que choquen contra ella todas estas olas; su furor finalmente se estrellará y se disipará como el humo. Pero remontándonos al principio, es evidente que, probada la divinidad de Jesucristo, se ha contestado á todas las objeciones de los incrédulos, y se han disipado todos sus errores. Finalmente, ¿qué puede darse mas fuerte, mas sólido y elocuente que lo que sobre la materia dice el demasiado célebre J. J. Rousseau? Escuchémosle, y confundamos á los filósofos con las palabras mismas de un filósofo: «Confieso, dice, que la majestad de la Escritura me sorprende, la santidad del Evangelio habla á mi corazon. Registrad los libros de los filósofos con toda su pompa: ¡cuán mezquinos son en comparacion de aquel! ¿Es posible que un libro á la vez tan sublime y sencillo sea obra de hombres? ¿Es posible que aquel cuya historia refiere no sea él mismo mas que un hombre? ¿Es ese el tono de un entusiasta, ó el de un ambicioso sectario? ¡Qué dulzura, qué pureza de costumbres! ¡qué tierna gracia en sus instrucciones! ¡qué sublimidad en sus máximas! ¡qué profunda sabiduría en sus discursos! ¡qué presencia de espíritu! ¡qué sagacidad y qué tino en sus respuestas! ¡qué imperio sobre sus pasiones! ¿Dónde se halla el hombre, dónde el sábio que sepa obrar, sufrir y morir sin flaqueza ni ostentacion? Cuando Platon pinta á su justo imaginario, cubierto de todo el oprobio del delito, y digno de todo el precio de la virtud, retrata punto por punto á Jesucristo; la semejanza es tan evidente, que todos los santos Padres la han reconocido, y no es posible engañarse. ¡Qué preocupaciones, qué obcecacion, ó qué mala fe ha de tener quien se atreva á comparar el hijo de Sofrónico con el hijo de María! ¡qué distancia del uno al otro! Sócrates muriendo sin dolor y sin ignominia sostuvo fácilmente su papel hasta el fin; y si su fácil muerte no hubiese honrado su vida, dudáramos si con todo su

«talento fue Sócrates otra cosa que un sofista. Dicen que inventó  
«la moral; pero otros antes que él la habian practicado: él no  
«hizo mas que decir lo que otros habian hecho, y ordenar en lec-  
«ciones sus ejemplos. Aristides habia sido justo, antes que Sócras-  
«tes hubiese dicho qué cosa era la justicia. Leónidas habia muer-  
«to por su país, antes que Sócrates hubiese hecho un deber del  
«amor de la patria. Esparta era sóbria, antes que Sócrates hubie-  
«se alabado la sobriedad. Y antes que él hubiera definido la vir-  
«tud, la Grecia abundaba en varones virtuosos.

«Pero ¿cómo habia aprendido Jesucristo entre los suyos esta  
«moral pura y sublime, cuyo ejemplo y lecciones solo él ha dado?  
«En el seno del mayor fanatismo se hizo escuchar la mas alta  
«sabiduría, y la sencillez de las mas heróicas virtudes honró al  
«mas desagradecido de todos los pueblos. La muerte de Sócrates,  
«filosofando tranquilamente con sus amigos, es la mas dulce que  
«se pueda desear; la de Jesucristo espirando entre tormentos,  
«injurado, escarnecido y maldito de un pueblo entero, es la mas  
«horrible que se pueda temer. Sócrates tomando la copa envene-  
«nada bendice al que se la presenta llorando; Jesucristo en medio  
«de un atroz suplicio ruega por sus desnaturalizados verdugos.  
«Sí, si la vida y la muerte de Sócrates son de un sábio, la vida y  
«la muerte de Jesucristo son de un Dios.

«¿Dirémos que la historia del Evangelio ha sido inventada á  
«capricho? Amigo mio, nadie inventa así; y los hechos de Só-  
«crates, en que ninguno pone duda, están mucho menos com-  
«probados que los de Jesucristo. En realidad esto es desviar la  
«dificultad sin destruirla, y mas inconcebible fuera que cuatro  
«hombres de comun acuerdo hubiesen fabricado este libro, que  
«el que uno solo haya suministrado la materia. Jamás autores ju-  
«díos habrian podido inventar un tal hombre y una tal moral; y  
«el Evangelio tiene caracteres de verdad tan grandes, tan mara-  
«villosos é inimitables, que el inventor seria mas asombroso que  
«el héroe.» (*Emilio*).

¿No se diria que es un santo Padre, mas bien que un filósofo,  
el que habla así? Y ¿no es bien extraño que habiendo hablado aquí  
tan admirablemente á favor de la Religión, haya disparatado tan-  
to en otros lugares? Tan cierto es que el espíritu humano necesi-  
ta de una regla que le sirva de guia infalible, sin la cual dis-  
currirá bien en ciertas materias, y se extraviará desgraciadamente

en infinidad de otras. Como sea, de todo este discurso se deben deducir estas verdades:

- 1.<sup>a</sup> Que Jesucristo es Dios.
- 2.<sup>a</sup> Que si es Dios, es tambien divina su Religion.
- 3.<sup>a</sup> Que si su Religion es divina, no lograrán quitarle el carácter de divinidad de que se halla revestida, ni los violentos esfuerzos, ni todos los falsos razonamientos y vanos sofismas de los filósofos y de los incrédulos: jamás las puertas del infierno prevalecerán contra ella.

Síguese de aquí, que aun cuando no supiéreis responder á todas las objeciones que os hicieren los enemigos de la Religion, debeis no obstante estar segurísimos de que se engañan; pues que atacan una obra divina, que por lo mismo es superior á todos los ataques.

No obstante lo expuesto, á mayor abundancia de pruebas, digamos con un célebre orador cristiano: Para reconocer la divinidad de la Religion no se necesitaria mas que considerar atentamente y de buena fe la sublimidad de sus dogmas, la santidad de su moral, el prodigio de su establecimiento, la rapidez de su propagacion, su duracion, su persistencia, y todo esto á pesar de la grandeza del proyecto, de la insuficiencia de los medios, la gravedad de los obstáculos, la violencia de las persecuciones, la crueldad de los tiranos, el furor del mundo y de todas las potencias del infierno conjuradas contra ella.

Además, cuando los Apóstoles predicaron, anunciaron y fundaron esta Religion, ó eran inteligentes, ó no lo eran; si lo eran, ¿cómo no previeron las dificultades? Si no lo eran, ¿cómo pudieron superarlas? Ó eran sábios, ó no lo eran; si lo eran, merecen nuestra creencia; si no lo eran, ¿cómo obtuvieron la del universo? Ó eran virtuosos, ó no; si lo eran, ¿cómo es que abandonaron su primera religion? si no lo eran, ¿cómo sufrieron los tormentos y la muerte por una religion nueva? Ó hicieron milagros, ó no; si los hicieron, deben considerarse como enviados de Dios; si no los hicieron, ¿no es el mas grande milagro el haber convertido el mundo sin milagros? Sí, ó el mundo entero es insensato por haber abrazado la Religion, ó lo serémos nosotros no creyendo en ella.

Supongamos, en efecto, á un pagano que haya visto los principios y como la cuna del Cristianismo; él ha oido á los Apóstoles,

ha conocido á los Mártires, los ha ridiculizado igualmente en todas partes tratándoles de insensatos, y de descabellados sus proyectos. ¿Podía dudar este pagano de que esta nueva secta no existiría sino para ser extinguida al momento y aniquilada? Resucite ahora este hombre, y poseído de estas ideas recorra la Europa; incierto de si duerme ó está despierto, ¿qué pensará al ver esta Religion universalmente establecida, sus templos á cada paso, su doctrina anunciada, la Cruz puesta por trofeo sobre los altares, las ceremonias practicadas, en una palabra, el Cristianismo dominante en todas partes? ¿Qué se han hecho aquellos nombres en otro tiempo tan venerados, de Júpiter, Apolo, Marte y Mercurio; y hoy dia tan despreciados y tan solo conocidos en la fábula? Por do quiera, no se conoce y adora mas que un Dios creador, eterno, inmenso, infinito; un Dios salvador bajado del cielo sobre la tierra, muerto en una cruz, y eternamente reinante en el cielo.

Estas verdades son constantes, estos prodigios saltan á los ojos, este cambio subsiste hace ya mas de diez y ocho siglos; y en vista de una revolucion tan prodigiosa, ¿podria este pagano admirado dejar de exclamar: *Si, una mano divina ha desplegado aqui todo su poder; este cambio, este milagro, excede los limites regulares; y á pesar mio, me veo obligado á exclamar con los Cristianos: Digitus Dei est hic?* (Exod. VIII).

Es de este modo como la Religion ha iluminado, santificado y cambiado el universo, y como en lugar de las tinieblas y de las pasiones ha hecho reinar la luz y el esplendor de todas las virtudes.

Veamos, por el contrario, qué es lo que la incredulidad ha producido desde su propagacion en el mundo. ¿Es por ventura un cuerpo de doctrina, una regla de costumbres, un principio, un orden de gobierno? Muy al contrario, es el aniquilamiento de todo orden, de todo gobierno y de toda sana doctrina: ella no edifica, sino que arruina; no sabe, sino que duda; no corre, sino que va á tientas y extraviada. La Religion establece, la incredulidad todo lo destruye; la una ilumina, la otra ciega; la una reúne, la otra disipa; aquella difunde sus benéficos rayos, esta los extingue. Es un monstruo que desolaria las ciudades, yermaria los campos, y oscureceria los astros. Calcúlense juiciosamente estas funestas consecuencias, y se verá, que despojando esta al hombre de sus títulos, de sus derechos, de sus esperanzas, y hasta

de la misma naturaleza y dignidad de su alma, éasi le confunde con los brutos: *Comparatus est jumentis insipientibus.* (Psalm. XLVIII).

En su consecuencia, ¿qué otra cosa vemos en el mundo sino una espantosa inundacion de toda especie de delitos? La impiedad, la injusticia, la crueldad, el libertinaje, el espíritu de independencia, el espíritu de artificio y de engaño, llevando el exceso del desórden y del furor hasta el punto de atentar el hombre contra sus días, y darse á sí mismo la muerte con la espada de la desesperacion, que es el mas horrible y detestable de todos los delitos: hé aquí los frutos del pretendido siglo de las luces, del siglo que piensa, del siglo de la humanidad, y del que regenera todas las virtudes. ¡Oh siglo perverso! ¡oh mónstruo de iniquidad! ¡hasta cuándo has de alucinar los entendimientos, y so pretexto de humanidad hacer la infelicidad del género humano! «Si la irreligion no hace derramar sangre de los hombres, es «menos por el amor de la paz que por la indiferencia para el «bien; porque poco importa al pretendido sábio que se pierda to- «do, con tal que pueda estar tranquilo en su gabinete. Sus prin- «cipios no hacen sacrificar á los hombres, sino que les impiden «el nacer, destruyendo las costumbres que les multiplican, y re- «duciendo todas sus afecciones á un secreto egoismo, tan funesto «á la poblacion como á la virtud. La indiferencia filosófica se pa- «rece á la tranquilidad de un Estado gobernado despóticamente: «es la tranquilidad de la muerte, mas funesta aun que la misma «guerra. Así el fanatismo, aunque mas funesto en sus efectos in- «mediatos que lo que se llama espíritu filosófico, lo es mucho «menos en sus consecuencias.» (*J. J. Rousseau*).

Rodeados, por tanto, como estamos de tantos enemigos de la fe, expuestos á tantos peligros de seduccion, envueltos en cierto modo por las densas nubes de tantos errores, ¿qué otro partido podemos seguir que el que nos aconseja el mismo ya citado *J. J. Rousseau*? «Huid de los incrédulos, dice, huid de aquellos «que so pretexto de iluminar los entendimientos, siembran en «los corazones doctrinas desconsoladoras, y cuyo escepticismo «aparente es cien veces mas afirmativo y dogmático que el tono «decisivo de sus contrarios. Pretextando con altivez que solo ellos «son ilustrados, veraces y de buena fe, nos someten imperiosa- «mente á sus despóticas decisiones, y pretenden darnos por ver- «daderos principios de las cosas los sistemas ininteligibles que

«han forjado en su imaginacion. Tergiversando en tanto, des-  
«truyendo y hollando cuanto los hombres respetan, quitan á los  
«aflijidos el último consuelo en sus miserias, á los ricos y po-  
«derosos el único freno á sus pasiones; arrancan del fondo del  
«corazon los remordimientos del delito, la esperanza de la vir-  
«tud; y aun osan gloriarse de ser los bienhechores del género  
«humano. La verdad, dicen, jamás puede perjudicar á los hom-  
«bres: lo mismo que ellos pienso yo, y esto, á mi ver, es la prue-  
«ba de que no es la verdad lo que enseñan.

«He consultado á los filósofos, he leído sus libros, y examinado  
«sus varias opiniones: á todos les he hallado arrogantes, decisi-  
«vos, que nada ignoran, que nada prueban, y que reciproca-  
«mente se desprecian; y este punto, comun á todos, me ha pa-  
«recido el único en que tienen razon. Fuertes cuando atacan,  
«débiles cuando se defienden, si se pesan sus razones, no las  
«tienen sino para destruir. Si contais los votos, cada uno está re-  
«ducido al suyo, y no están de acuerdo sino en disputar. El es-  
«cucharlos no era el medio para salir de mi incertidumbre. Con-  
«cebi, pues, que la insuficiencia del entendimiento humano es  
«la primera causa de esta extraña diversidad de pareceres, y que  
«el orgullo es la segunda.» (*Emilio*).

Y es un filósofo quien lo dice, que puede mirarse aquí como el azote de los demás filósofos. ¡Qué lástima que un tal hombre no haya consagrado sus talentos á la fe! Habria servido á la Religion defendiendo sus dogmas; y la Religion le habria servido á él preservándole de sus errores.

Concluyamos este artículo, dirigiendo á los filósofos del siglo las bellas expresiones de un verdadero filósofo cristiano, profesadas en un discurso que mereció el premio de la Academia francesa: «Crearlo todo sin discernimiento, dice, es propio de un  
«estúpido, lo confieso; pero es todavía un extremo mas peligroso  
«el desenfrenado orgullo de la razon, que se complace en amon-  
«tonar nubes, y correr por el borde de los precipicios, en los cua-  
«les, interrogando á la naturaleza, quisiera hallar las verdades  
«que Dios ha ocultado en los abismos de su insondable sabiduría.  
«¡Qué absurdo! ¡qué delirio! Es una razon ébria de orgullo que  
«se pierde en sus deseos, y que Dios abandona á sus ilusiones.  
«¿Cuáles son, pues, los límites que en materia de religion no de-

<sup>1</sup> El P. Guenard, jesuita.



«be traspasar el espíritu filosófico? Fácil es decirlo. La misma «naturaleza le advierte á cada momento su flaqueza, y le marca «en esta parte los estrechos límites de su entendimiento. ¿No «siente, por ventura, ofuscársele la vista y turbársele la razon, «cuando quiere profundizar demasiado? Es, pues, entonces que «conviene pararse. La fe le permite todo lo que puede compren- «der, y no le oculta sino los misterios y objetos impenetrables.

«Diré, pues, á los filósofos: No os afaneis por querer penetrar «estos misterios, que son superiores á vuestra razon; respetad «esas nubes de que la Religion se ha rodeado en cierto modo, á «fin de impresionar con igual actividad á los entendimientos gro- «seros que á los perspicaces. Hé aquí los fundamentos de la Re- «ligion, minad, pues, en torno de estos, bajad con la antorcha «de la filosofía hasta encontrar la primera piedra, tantas veces «removida por los incrédulos, y á cuyo peso han sucumbido «siempre. Pero advertid que al llegar á cierta profundidad ha- «llaréis la mano del Omnipotente, que desde el principio del mun- «do sostiene este grande y majestuoso edificio; paraos entonces, «y no intentéis penetrar mas allá. La filosofía no sabria conduci- «ros mas léjos sin extraviaros; entrais en los abismos del infinito: «ella debe vendar aquí sus ojos, como el pueblo adorar sin ver, «y poner otra vez al hombre confiadamente en manos de la fe. «Se os han concedido suficientes luces para satisfacer vuestra cu- «riosidad mientras no sea excesiva; dejad, pues, para Dios aque- «lla profunda noche, donde se complace en retirarse con sus ra- «yos y misterios.

«Filósofo temerario, ¿por qué querer escudriñar objetos mas «elevados que tú, de lo que lo está el cielo de la tierra? ¿Á qué «viene tanta displicencia por no poder comprender el infinito? «Este granito de arena que pisas es un abismo que no puedes «penetrar, y ¿quisieras medir la grandeza y profundidad de la «sabiduría eterna? y ¿quisieras reducir al Ser de los seres á la «suficiente pequeñez, para poderle comprender con nuestra dé- «bil razon, incapaz de penetrar ni siquiera un solo átomo? La «sencilla credulidad del vulgo ignorante ¿fue nunca tan irraccio- «nal como esta orgullosa razon, que pretende encumbrarse sobre «la sabiduría divina?»

CONTRA TODOS LOS HEREJES Y SECTARIOS.

El punto esencial contra estos, es probarles la indispensable necesidad de una autoridad infalible, que fije, regule, y decida absolutamente, que hable en nombre del mismo Dios, y sea su lugarteniente. Ahora en cuanto á que esta necesidad sea absoluta, lo dejamos ya probado (pág. 327).

Así como la divinidad probada de Jesucristo es el grande argumento, el grande principio que combate y confunde á todos los anticristianos, así tambien la necesidad de una autoridad infalible, de un tribunal siempre subsistente, es el grande principio, la gran prueba que combate y confunde á todos los anticatólicos. Jamás los herejes han respondido ni responderán á este argumento. En vuestras dudas sobre la fe, ¿quién decide de una manera segura? En las diferentes opiniones y partidos que pueden suscitarse entre vosotros, ¿á quién podréis apelar para que falle definitivamente? ¿Acaso á la santa Escritura? Bien, tendréis la letra, pero ¿quién declarará su sentido? ¿Acaso á vuestros sinodos? ¿A vuestros ministros? No, que no son infalibles, y ellos mismos lo han declarado. ¿A quién recurriréis, pues? ¿Al espíritu privado? Pero cada cual tiene el suyo, y se cree inspirado de Dios como vosotros mismos. El espíritu privado es sin duda un germen de opiniones, de divisiones, de errores y de fanatismo. Hé aquí, pues, la fe abandonada sin remedio á las dudas, á la incertidumbre, á la flaqueza y á los extravíos del entendimiento humano, sin tener en que apoyarse, ni saber cómo decidirse, á lo menos de una manera segura, y á la que pueda atenerse sin temor de engañarse y de ser engañado.

Ahora bien, ¿dónde estaria la sabiduría y la providencia de Dios, si hubiese dejado á su Iglesia sin tribunal supremo que lo presidiera todo? ¿Si hubiese permitido que los espíritus vacilasen inciertos, y expuestos á ser arrastrados por todo viento de doctrina? ¿Si hubiese, digámoslo así, abandonado su bajel fluctuante, sin timon y sin piloto que lo dirigiera, y sostuviera el rumbo que ha de seguir para llegar con seguridad á puerto? No solo no podríamos admirar en esto la obra de un Dios, sino que ni siquiera la de un hombre sensato. Es, pues, de absoluta necesidad el que haya en la Religion una autoridad infalible, un tribunal siempre

existente al que se pueda acudir con seguridad, que resuelva todas las dudas, y decida soberanamente de todo. Y no habiendo otra que la Iglesia católica en la que se halle esta autoridad siempre infalible, este tribunal siempre existente; se sigue ser la sólo que lleva los caracteres de la divinidad; y que las otras pretendidas religiones reformadas, ó sectas diferentes, no son sino edificios fabricados por la mano del hombre sobre los fundamentos del error, los cuales por lo mismo amenazan ruina por todas partes.

Hay todavía otra prueba decisiva, otro argumento invencible contra estos, y es la falta de mision en sus primeros reformadores, en sus pretendidos apóstoles. Escuchemos todavía á J. J. Rousseau, que es en esta parte donde principalmente triunfa, y desbarata completamente á sus contrarios.

«Remontémenos, dice, á los primeros tiempos de la religion protestante. Cuando empezaron á manifestarse los primeros reformadores, la Iglesia universal estaba en paz, todos los sentimientos eran unánimes, y no habia entre los Cristianos un solo dogma esencial impugnado. En este estado pacífico alzan de repente la voz dos ó tres hombres, y gritan por toda la Europa: «Cristianos, mirad que os engañan, os extravian, os conducen por el camino del infierno; el Papa es el Anticristo, el lugarteniente de Satanás; su Iglesia la escuela de la mentira; si no nos escuchais sois perdidos.

«Atónita la Europa á estas primeras voces guardó silencio por algún tiempo, esperando ver en qué pararía la cosa. Finalmente vuelto en sí el clero de su sorpresa, y viendo que estos recién venidos empezaban á hacer prosélitos, comprendió que debia formalizarse; y comenzó por preguntarles contra quién se las habian con toda aquella baraunda: respondieron bruscamente que eran los apóstoles de la verdad, llamados á reformar la Iglesia, y apartar á los fieles del camino de perdicion por el que les guiaban los sacerdotes.

«Pero, se les replicó, ¿quién os ha dado esta bella comision de venir á turbar la paz de la Iglesia y la tranquilidad pública? «Nuestra conciencia, dijeron ellos, la razon, la luz interior, la voz de Dios, á la que no se puede resistir sin delito; él nos llama á este santo ministerio, y nosotros seguimos nuestra vocacion.

«¿Con qué sois los enviados de Dios? replicaron los Católicos. «En este caso convenimos en que debeis predicar, reformar, ins-

«truir, y que se os debe escuchar; pero para obtener este derecho  
«empezad por manifestar que sois tales; profetizad, curad, ilus-  
«trad, haced milagros, que serán las pruebas de vuestra mision.  
«Nosotros somos los enviados de Dios, replicaron los reformado-  
«res; pero nuestra mision no es extraordinaria; así que no os  
«traemos una revelacion nueva, sino que nos ceñimos á la que se  
«os ha dado, y que vosotros no entendeis.

«Si los Católicos, sin pararse en chanzas sobre las pruebas de  
«la mision de sus contrarios, se hubiesen limitado á impugnarles  
«el derecho de predicar y enseñar, les hubieran dejado malpa-  
«rados.

«Primeramente les habria dicho: vuestro modo de razonar no  
«es mas que una peticion de principios. Vosotros os llamais en-  
«viados de Dios, y pretendéis ser creidos sobre vuestra palabra,  
«pues que no presentais otras pruebas que las nuevas interpreta-  
«ciones de la Escritura, la cual en todos tiempos ha sido expli-  
«cada en sentido bien diferente del que vosotros la dais. Nos de-  
«cís tambien que no predicais doctrinas nuevas; ¿á qué viene,  
«pues, vendernos vuestras nuevas explicaciones? El dar un nuevo  
«sentido á las palabras de la Escritura, ¿no es acaso establecer  
«una nueva doctrina? ¿No es hacer hablar á Dios en sentido di-  
«ferente del en que ha hablado? No es el sonido sino el sentido  
«de las palabras el que nos ha sido revelado; por lo que cambiar  
«este sentido reconocido y establecido por la Iglesia, ¿no es cam-  
«biar la revelacion? ¿Con qué títulos, pues, pretendéis someter  
«nuestro juicio comun al vuestro particular? Vosotros nos decla-  
«rais guerra abierta, y haceis fuego por todas partes; oponerse á  
«vuestras lecciones, segun vosotros, es hacerse rebelde, idólatra  
«y digno del infierno. ¿Y qué? vosotros novadores de ayer, sin  
«mas títulos que vuestra opinion, defendida solo por algunos cen-  
«tenares de hombres, condenais á las llamas á vuestros contra-  
«rios; y nosotros con quince siglos de antigüedad, y con cien mi-  
«llones de voces, ¿no tendremos razon en condenaros á vosotros?  
«Ó dejad de hablar y de obrar como apóstoles, ó mostradnos  
«vuestros títulos.

«¿Qué es lo que á tales argumentos habrian podido replicar  
«sólidamente nuestros reformadores? Al menos yo no lo veo; y  
«soy de parecer que se les hubiera obligado á callar, ó habrian  
«tenido que hacer milagros.» ¡Qué fuerza de argumentacion!

¡qué energía de expresiones! Por estos solos rasgos se puede conocer á J. J. Rousseau.

El mismo argumento habia hecho tambien Tertuliano á los herejes y sectarios de su tiempo. Hé aquí cómo hace hablar á la Iglesia contra estos: ¿Quién sois? ¿Cuándo y de dónde habeis venido? ¿Qué haceis en mis dominios no siendo hijos míos? ¿Con qué derecho, ó Marcion, cortas mi selva? ¿Quién te ha permitido, ó Valentino, el desviar mis fuentes? ¿Con qué autoridad, ó Apeles, arrancas mis confines? ¿Cómo es que siendo yo la posesora, y sin consultar mas que vuestro capricho, sembrais en mis dominios, y apacentais en ellos vuestros rebaños? La posesion es mia mucho tiempo hace, y tengo títulos auténticos que recibí de los mismos á quienes pertenecia el dominio, soy la heredera de los Apóstoles: *Qui estis? Quando et unde venistis? Quid in meo agitis, non mei? Quo denique jure, Marcion, sylvam meam caedis? Qua licentia, Valentine, fontes meos transvertis? Qua potestate Apelles, limites meos commoves? Mea est possessio, olim possideo, habeo origines firmas ab iis auctoribus quorum fuit res, ego sum haeres Apostolorum.* (Tertul. de Praescript.).

Y ¿no podria la Iglesia católica dirigir las mismas palabras á todos los herejes y modernos sectarios? Y ¿qué es lo que estos podrian responder? «Nunca, dice san Agustin, puede haber pre-  
«texto plausible, ni legitimo motivo para separarse de la Iglesia  
«y destruir su unidad, levantando altar sobre altar, y cátedra so-  
«bre cátedra: *Unitatis praescindendae numquam justa necessitas esse  
«potest.*» (Contra Parmen., cap. 11).

La mision evangélica debe hacerse constar con pruebas que lleven el sello de la divinidad: no llevando este sello divino hay derecho para rechazarla. El célebre Paciano, hablando de los herejes de su tiempo, y especialmente de Novaciano, les dirige estas palabras: «¿Ha profetizado acaso Novaciano? ¿Ha hablado  
«diferentes idiomas? ¿Ha resucitado muertos? Pues para tener  
«derecho de predicar un nuevo Evangelio debia haber obrado al-  
«guno de estos milagros. El que viene en nombre y con la auto-  
«ridad de otro, no debe pretender que se le crea sobre su pala-  
«bra, sino produciendo sus pruebas. Es de este modo como Moi-  
«sés y Jesucristo probaron con prodigios los mas sorprendentes  
«que eran enviados de Dios: *An linguis locutus est Novatianus?  
«Prophetavit? Suscitare mortuos potuit? Horum enim aliquid habere*

«*debuerat, ut Evangelium novi juris induceret. Nemo veniens ex alterius auctoritate ipse eam sibi ex sua affirmatione defendit.*» (Pacianus, Epist. ad Sympronianum).

«En cuanto á mí, dice elocuentemente san Agustin, ni el Evangelio creería, si á ello no me impeliere la autoridad de la Iglesia católica: *Ego vero Evangelio non crederem, nisi Ecclesiae catholicae commoveret auctoritas.*» (Aug. contra Epist. Manichei., c. 5).

Los herejes recurren siempre á la Escritura, y no reparan que no teniendo medios para asegurarse de si la interpretan bien ó mal, se equivocan en aquello mismo en que pretenden apoyarse. Voy á presentar una prueba sacada de un trozo de historia. Hallábanse yendo de viaje en diligencia un noble prusiano protestante, y un clérigo católico y doctor; uno y otro eran sujetos de talento, ilustracion y gentileza; por lo que habiendo contraído bien pronto amistad, pasaron el tiempo tocando diferentes asuntos, viniendo finalmente á parar el discurso en materia de Religion; mas la conversacion no pudo durar, porque llegaron á la posada, y despues de la cena cada cual se retiró. Poco tiempo despues vino el Prusiano á la estancia del Doctor y le dijo: Señor, quedé muy satisfecho de nuestra conversacion, por lo que desearia conferenciar mas largamente con vos sobre diferentes materias de Religion. Con muchísimo gusto, repuso el Doctor, tendré á mucho honor el poder conversar con vos; pero permitidme os diga, que segun se desprende de nuestra anterior conversacion, discordarémos en muchos puntos, acerca los cuales vos seréis de un parecer, y yo de otro; y así será necesario buscar un tercero que nos concilie: ¿á quién tomaremos, pues? Teneis razon, dice el Prusiano, este tercero está hallado, será la santa Escritura: tengo un ejemplar que traigo siempre conmigo; voy á buscarlo. Vuelve, pone el volumen sobre la mesa, siéntase cada cual á su lado, teniendo en medio la santa Escritura.

El Doctor la toma, recorre rápidamente algunas páginas, y luego volviéndose al Prusiano, Señor, le dice, vos habeis traído aquí un libro; pero ¿quién os ha dicho que es la santa Escritura? ¿Pues qué no la habeis visto, dice el Prusiano? La he visto; pero vuelvo á preguntar, ¿quién os ha dicho que es la santa Escritura? ¿Acaso no la reconocen todos, y aun vos mismo por tal? dice el Prusiano algo sorprendido. ¡Oh! señor, replica el Doctor, el caso es muy diferente entre los dos; cuando yo aseguro que es la

santa Escritura, lo hago apoyado en una autoridad infalible que me la garantiza, la recibo de su mano y sobre su autoridad, que reconozco por infalible: de este modo no puedo equivocarme; pero vos, señor, ¿en qué os apoyais, y cómo podeis estar seguro de que ella sea la santa Escritura? ¿de que este libro no haya sido adulterado? Y no pudiendo asegurarlo, ¿cómo podeis tomarlo por árbitro de nuestros diferentes sentimientos? Aun hay mas, pues aun cuando estuviésemos de acuerdo sobre las palabras del texto, si discordamos en su sentido, ¿quién nos la explicará de modo que podamos estar infaliblemente asegurados? Señor, responde entonces el Prusiano despues de haber discurredo un rato, me haceis un argumento que nunca me habia hecho, merece ser meditado, y prometo hacerlo seriísimamente. Comprendo que decidido este punto, decidiria pronto todos los demás, y que sin este seria disputar en vano; basta, pues, por ahora: haré mis reflexiones; pero antes de retirarme quiero pedir un favor, y es que me indiqueis el lugar de vuestra habitual morada; ignoro á dónde pueden conducirme los sucesos, pero os aseguro que si la casualidad me trajera al lugar de vuestra residencia, pondré todo mi anhelo en procurarme la satisfaccion de volveros á ver. Á Dios, señor. Y se fué á descansar.

Despues de algunos años hallóse el Prusiano en el país en que vivia el Doctor, y su primer cuidado fue ir á visitarle. Entrado en su aposento, despues de los primeros cumplidos, Señor, le dice, ¿os acordais del Prusiano con quien viajásteis en cierta ocasion? Sin duda me acuerdo, ¡oh, y cuánto me alegro de volveros á ver! Pues bien, sabed, señor, dice el Prusiano, que entonces hablásteis con un protestante, y ahora hablais con un católico declarado con conocimiento de causa. Á estas palabras el Doctor le abraza tiernamente, y dándole mil parabienes por su suerte, permanecieron así largo rato bañados uno y otro en lágrimas de alegría. Entonces el Prusiano contó por extenso, como á consecuencia de la conversacion que habian tenido, habia examinado, meditado y consultado seriamente; y que despues de muchas reflexiones, habia tenido finalmente la suerte de reconocer la verdad, abjurar todos sus errores, y entrar en el seno de la Iglesia católica. Este día, añadió el Prusiano, fue el mas dichoso de mi vida; pues que hasta entonces habia fluctuado siempre entre dudas é inquietudes, sin punto fijo que pudiese decidirme; pero de en-

tonces acá he vivido en la mayor paz y tranquilidad, asegurado en mi estado y contra todas mis dudas sobre la autoridad infalible de la Iglesia, cuya necesidad absoluta reconozco cada vez mas, y cuyos preciosos frutos recojo á manos llenas.

Se separaron finalmente, no sin grande sentimiento, considerando que segun toda probabilidad no volverian á verse en este mundo. Yo sé esta historia de boca del mismo Doctor á quien sucedió, y la cuento sobre su palabra.

#### CONTRA EL TOLERANTISMO EN MATERIA DE RELIGION.

Se puede afirmar con seguridad, que querer tolerar todas las religiones, equivale á no tener ninguna. La verdadera Religion es obra de Dios, y la obra de Dios no puede contradecirse, ni combatirse á sí misma. No hay mas que un Dios y un Criador; por consiguiente no puede haber mas que una religion y un culto. Y ¿qué sería una mezcla de muchas religiones diferentes, todas contrarias, y tan opuestas entre sí como á la verdad y á la razon? ¿Podría ser otra cosa que un mónstruo de cien cabezas?

¿Podrá, pues, una religion admitir indiferentemente en su seno á todos los sectarios con sus contradictorios sentimientos? ¿Á un pagano, por ejemplo, que adora muchos dioses, y á un fiel que los detesta; á un malabar que se postra delante de un pagoda, y á un cristiano pronto á derribarlo y hacerlo pedazos? En una palabra, Paganos, Judíos, Cristianos, Mahometanos, Maniqueos, Nestorianos, Pelagianos, Calvinistas, Luteranos, Socinianos, podrán vivir en amigable paz; y todos así reunidos ¿formarán un cuerpo de ejército para pelear las batallas del Señor? ¡Ah! digamos mas bien que todas las sectas irán acordes con los enemigos de Dios, y que solo pelearán contra Él.

Detestemos una mezcla, que por lo deforme y monstruosa repugna á la razon y al sentido íntimo, y hasta se opone á la misma luz natural. Una religion que admite todas las demás, no es religion, sino mas bien un escarnio de todo culto religioso, pues que hace de la Divinidad un ídolo infame, para quien es indiferente cualquier especie de homenaje: tal culto es injurioso á un Ser supremo, infinitamente santo, y perfecto cual es Dios.

Este era tambien el pensamiento del grande san Leon, que expresa con estas bellas palabras: Que Roma pagana y triunfante,



dice, admita en su seno un tolerantismo universal en materia de religion; que señora del universo prohija todas las supersticiones, amontonando en el Panteon todos los dioses de la Italia, de la Grecia, del Egipto y de todas las naciones, nada extraño es; pues es natural que los errores se toleren unos á otros, y que las tinieblas se concilien con las tinieblas; pero que la verdadera, y la sola verdadera Religion permita y sufra todas las demás, es lo que no puede ni podrá jamás suceder; pues que la verdad es esencialmente enemiga de la mentira, y las tinieblas de la luz. *Cum pene omnibus dominaretur gentibus, omnibus gentium serviebat erroribus, et magnam sibi videbatur assumpsisse religionem, quia nullam respuebat falsitatem.* (Serm. de Natal. Apost.).

La religion católica es intolerante, se dice; pero ¿de qué lo es? De los errores, de las sectas, de las herejías, y de toda novedad peligrosa; y debe serlo; pues que no seria santa y digna de Dios, si tolerase aquello mismo que Dios detesta. Ella es intolerante, pero no de un modo sanguinario; su intolerancia consiste en declarar que no hay salud fuera de su seno; en separar del número de sus hijos á los espíritus rebeldes y obstinados; y es la mas falsa de las imputaciones, y la mas injusta de las calumnias, el atribuir á la Iglesia tratos de crueldad y de violencia, que en diversas épocas pueden haber empleado algunos individuos animados de un falso celo. La Iglesia, léjos de autorizarlos, es la primera en reprobarlos y condenarlos; pues sabe bien que el espíritu de Jesucristo es un espíritu de dulzura y de caridad, y que celoso de poseer los corazones, reprueba todo homenaje forzado. El que profesa la Religion contra su voluntad, no la profesa, dice san Atanasio: *Piæ Religionis est suadere, non cogere.* (In Apolog.). Finalmente, no dejan de tener sus motivos los enemigos de la Religion, y sobre todo los modernos filósofos, para predicar la tolerancia con tanto ardor, pues quisieran vivir tranquilos, teniendo libertad de pensar, y entregándose á sus desordenadas pasiones. Para tranquilizar su conciencia quieren tener y aparentar que tienen una religion: así se forman una á su manera, y hallan buenas todas las demás; y para vivir en paz en su relajada conducta, dejan á los otros que vivan y piensen como ellos pretenden vivir y pensar.

Muy diferentes son los principios sobre los cuales ha establecido Jesucristo su Iglesia: él quiere una esposa sin mácula; y por

lo mismo no puede tolerarla el mas mínimo defecto que ofuscaría su esplendor, ni disimularla el mas pequeño error que destruiría su verdad, su santidad, su infalibilidad; y siendo así, el querer tolerar todas las religiones, todas las sectas y partidos, ¿no sería formar en vez de una Iglesia santa, una infame torre de Babel, donde todos los insectos y reptiles podrían difundir impunemente su detestable veneno, infectando á cuantos tuviesen la desgracia de exponerse á su influencia? Además, el sistema de tolerantismo no es ya un sistema nuevo. Segun refiere Eusebio, ya los antiguos sectarios lo adoptaron con ardor, y el heresiarca Apeles en particular se declaró altamente á su favor. «No debe inquietarse á nadie por sus ideas, decia, sino dejar á cada cual que viva en la creencia que ha abrazado; y todos los que pondrán su confianza en Jesucristo serán salvos, porque consagran su vida al ejercicio de las buenas obras.»

La tolerancia era igualmente comun y auxiliar á los herejes en la época de Tertuliano, que se expresa en los siguientes términos: «Ellos, dice, tienen hechas paces con todo el mundo; por que aun cuando tengan diferentes sentimientos, lo único que les importa, es el conspirar de consuno á la destruccion de la verdad; este es el solo punto en que todos están de acuerdo: *Pacem quoque cum omnibus habent; nihil enim interest illis, licet diversa tractantibus, dum ad unius veritatis expugnationem conspirent.*» (Tertul. Praescript. cap. 4).

Todo católico que reconoce en la Iglesia una autoridad infalible, establecida por Jesucristo, debe en su consecuencia mirar como excluidos del reino de Dios á todos los que no se sujetan á ella. No es lo mismo de los herejes, los cuales tolerándose unos á otros obran consiguientemente. Todo hereje intolerante que rehúsa someterse á la autoridad de la Iglesia, se atribuye por este mero hecho la libertad de conciencia, y abrogándose este privilegio, no puede negarlo á los demás, que tienen igual derecho que él.

Pero Jesucristo condena este tolerantismo de la manera mas expresa y formal, cuando recomienda á los fieles que miren como paganos y publicanos á todos los que no escuchan la voz de la Iglesia: *Sit tibi sicut ethnicus et publicanus.* (Matth. XVIII).

El apóstol san Juan, instruido en la escuela de su divino Maestro, condena la tolerancia con la misma energía cuando dice: «Si

«se os presenta alguno que no profese esta doctrina, no le recibais en vuestra casa, ni le saludéis; porque saludándolo participaría de sus malas acciones: *Si quis venit ad vos, et hanc doctrinam non affert, nolite recipere eum in domum, nec ave ei dixeritis.*» (II Joann. x).

Siguese de lo dicho, que la tolerancia es en cierto modo la mas peligrosa de todas las herejías, porque las encierra todas, permitiendo sostenerlas igualmente todas, y concediendo á la conciencia una falsa paz. Y ¿cómo esta amalgama de sentimientos tan diferentes entre sí, como opuestos los dogmas que sostienen, podrá formar la Iglesia de Jesucristo, que nos ha declarado ser la misma verdad? *Ego sum veritas.* La verdad, pues, es esencialmente una. No hay mas que un Dios, un Cristo, una Iglesia, una cátedra fundada sobre Pedro por la palabra del mismo Dios; no puede levantarse, pues, otro altar, ni fundar un nuevo sacerdocio; estas son las bellas palabras de san Cipriano: *Deus unus est, et Christus unus, et una Ecclesia, et una cathedra super Petrum Domini voce fundata: aliud altare constitui, aut sacerdotium novum fieri praeter unum altare, et unum sacerdotium, omnino non potest.* (Cypr. Epist. 43). Así, pues, ó una sola Iglesia, ó ninguna: toda secta que aprueba las demás es reprobada, y el que no las anatematiza, él mismo queda anatematizado.

En una palabra, el decir que puede haber salvacion en todas y cada una de las sectas cristianas, es el último asidero de un partido, que cae desvirtuado por sus mismos principios; es el extremo remedio aplicado á un mal desesperado, que no sirve sino para hacerle absolutamente incurable.

#### CONTRA LA INDIFERENCIA.

La indiferencia es una consecuencia, y como un ramo del tolerantismo; maldito árbol que no puede producir sino malos frutos. Ser indiferente en materia de Religion, es como si dijéramos no declararse en pro ni en contra, no estar adentro ni afuera. Digamos mejor, que ser indiferente en materia de Religion equivale á no tener ninguna. Se encuentran no obstante hombres de este temple, los cuales abrazando este partido, procuran justificarlo y cohonestarlo con razones y pretextos que á primera vista parecen plausibles.

En cuanto á mí, dicen estos, amo la paz, no estoy á favor ni en contra de nadie, ni me curo de examinar quién tiene razon. Qué, oigo suscitarse disputas, y que se confunden á gritos; dejo que allá se las hayan, no me mezclo en sus debates, y sin ponerme de parte de estos ni aquellos, me quedo tranquilo, y no me meto en nada.

Razones son estas al parecer especiosas, pero en el fondo son vituperables y malditas de Dios. ¿Quereis saber en efecto en qué se funda comunmente este estado de neutralidad? Yo os lo diré, y convendréis conmigo si quereis ponerlos de buena fe.

Consiste en ser indiferente á los intereses de la Religion, porque si nos interesásemos verdaderamente por ella, atenderíamos y tomaríamos parte en todo lo que la pertenece, sentiríamos sus daños y provechos, y no permaneceríamos en esta especie de letargo, que denota lo poco que nos mueve cuanto puede sucederla de próspero ó adverso, de útil ó nocivo.

Es ser infiel en el ejercicio de la Religion, pues que para practicarla hay que llenar ciertos deberes, siendo uno de los principales el de unirnos con ella, protestarla estimacion y afecto, ser exactos en cumplir lo que nos manda, y evitar con cuidado todo cuanto nos prohíbe. Y ¿qué ejercicios de Religion pueden practicarse permaneciendo en este estado de insensibilidad y de neutralidad hácia todo lo que la pertenece? ¿Es este por ventura el espíritu de la Religion?

Es ser indolente en defender la Religion. ¡Oh! ¿Seréis espectadores de sus combates en todas partes, veréis como la declaran guerra abierta mil enemigos armados contra ella, y permaneceréis indiferentes sin tomar partido á favor ni en contra? ¿Con qué títulos, pues, pretendéis pertenecerla? ¿Con qué distintivo podrá reconocerlos por hijos suyos? Ó declaraos por ella, ó dejad de apellidaros sus afiliados, y de presentaros bajo sus banderas.

Es hacer escarnio de la santidad de la Religion; y en efecto, ¿no es en cierto modo burlarse de ella el pretender haber cumplido con todo lo que de justicia se la debe, no obrando bien ni mal? ¡Qué! la santidad que ella prescribe ¿consistirá en cerrar la boca cuando convendría hablar, y en estarse con los brazos cruzados cuando fuera necesario obrar? Y ¿es de este modo como los Santos han llegado á ser Santos? Y pretender serlo por tales medios, ¿no es mofarse de la Religion y de toda santidad?

¿Qué mas podré decir? No temeré añadir para caracterizar esta indiferencia, que en sustancia es prevaricar contra la misma Religion, abandonarla, desertar de sus banderas, y en cierto modo abjurarla: mucho dicen estas expresiones, pero no demasiado, pues que tanto se fundan en la razon como en la Religion.

No, no se exige de vosotros el que sin mision y sin carácter vayais á trabar combate con los enemigos de la fe, á disputar y altercar con los herejes, y exponeros á discusiones superiores á vuestras fuerzas; lo que vuestra Religion puede justamente pretender de vosotros, es que declareis de parte de quién estais, y no la dejeis en duda acerca de si estais á favor ó en contra de ella. Y en efecto, ¿qué es lo que la prometisteis al ser regenerados por medio del sagrado Bautismo? ¿Acaso no la asegurásteis sino de que seriais frios espectadores, en todo lo que pudiese sucederla? ¿De qué permaneceriais indiferentes sin tomar parte en los combates que tendria que sufrir, diciendo que por lo que toca á vosotros no estais en pro ni en contra? En tal caso sabed, que vuestra misma Religion está contra vosotros, y os rechaza de su seno.

Escucho el fulminante anatema que el mismo Jesucristo lanza contra una tal disposicion cuando dice: «El que no está conmigo, está contra mí; y el que no recoge conmigo, pierde el tiempo y la hacienda; no hay medio, no hay neutralidad, ella es maldita y reprobada: *Qui non est mecum, contra me est: et qui non colligit mecum disperdit.*» (Luc. xi).

Las mismas expresiones dejaba oír el profeta Elias en el calor de sus sentimientos. «¿Hasta cuándo fluctuaréis sin decidiros? «Si el Señor es vuestro Dios, adoradlo; si es Baal, adorad á Baal: *Usque quo claudicatis in duas partes: si Dominus est Deus, sequimini eum; si autem Baal, sequimini eum.*» (III Reg. xviii).

Iguales expresiones os dirijo yo tambien: si reconoceis una religion, estad por ella; si no la reconoceis, declaraos, y no andéis indiferentemente de acá para acullá; ser neutral, es no ser cosa alguna; y por otra parte, ¿no veis que esto no es mas que una falsa política, una prudencia mundana, carnal y maldita, que os tiene subyugados, y os hace esclavos en el punto que mas interesa ser libres, para proceder con la generosa libertad de los hijos de Dios? Salid de esa indigna esclavitud, sed y manifestad que sois lo que debeis ser.

La verdad católica nos impone dos deberes: el primero, de con-

servarla en nuestro corazon : *Corde creditur ad justitiam* ; el otro, de confesarla en alta voz siempre que fuese necesario : *Ore autem confessio fit ad salutem*. (Rom. x).

Cada cual, segun su estado, debe defender la fe siempre que se halle combatida : los Pontífices con su doctrina, los sábios con la pluma ; los fieles con las plegarias, los ejemplos y las obras. Esta es la máxima que san Juan predicaba á los Cristianos de su tiempo, y que los Cristianos todos deben observar fielmente, si circula todavía en sus venas sangre cristiana.

#### DIFERENTES REFLEXIONES SOBRE LA FE.

##### I.

Hablando de Dios, debemos contentarnos con saber que existe, y adorarle sin querer penetrar la profundidad de sus perfecciones y misterios : es sobre esto que san Hilario profiere estas bellas palabras : « Si me pedís que os explique las grandezas de Dios, no me avergonzaré de responder : *Ego nescio, non requiro, consolor tamen : Archangeli nesciunt, Angeli non audierunt, saecula non noverunt, Dei Filius ipse non edidit* : » Nada sé, ni me curo de saberlo, y me consuelo de mi ignorancia : los Arcángeles no lo saben, los Ángeles lo ignoran, los siglos no lo han aprendido, el mismo Hijo de Dios no lo ha revelado enteramente. Para comprender las grandezas de Dios, seria necesario ser el mismo Dios, y yo no soy sino una débil y mortal criatura : *Quae Dei sunt nemo cognovit, nisi Spiritus Dei*. (I Cor. II).

San Agustin buscaba á su Dios en cada una de las criaturas, y le hallaba en todas ; á lo menos hallaba, que todas se le referian y le encaminaban á él. « ¿ Quién es Dios ? decia. ¡ Cuestion profunda ! En vano interrogo á la naturaleza. Lo he preguntado á la tierra ; y me ha respondido : no soy tu Dios, ni nada de lo que contengo. Lo he preguntado al mar, á los abismos y peces que nadan en su seno, y me han respondido : no, no somos vuestro Dios ; buscadlo sobre de nosotros. Lo he preguntado al aire que respiramos, y á los pájaros que vuelan en su extension, y todos á una me han dicho : no somos vuestro Dios, él es quien nos ha criado. Me he dirigido al cielo, al sol, luna y estrellas ; y toda la milicia celestial me ha respondido : nosotros cantamos las glo-

«rias de Dios, y no somos vuestro Dios. Finalmente, me he dirigido á todos los seres que me rodean, y les he dicho: Ya que no sois mi Dios, hacedme saber alguna cosa de él; y todos á una han exclamado: Él nos ha criado; somos obra de Dios, pero no somos Dios; solo él puede deciros quién es: *Interrogavi terram, et dixit: Non sum, et quaecumque in ea sunt, idem confessa sunt. Interrogavi mare, abyssos et reptilia, et responderunt: Non sumus Deus tuus, quare super nos. Interrogavi auras flebiles, et universus aër cum incolis suis ait: Non sum Deus. Interrogavi coelum, solem, lunam, et stellas: Nequaquam nos sumus quod quaeris, inquirunt. Et dixi omnibus quae circumdant fores carnis meae: dicite mihi aliquid de Deo meo: et exclamaverunt voce magna: Ipse fecit nos.» (Aug. lib. I Confess.).*

¿Quién es Dios? Decidlo Vos mismo, ó Dios mio, porque vuestras criaturas no pueden comprenderlo. Yo soy el que soy, dice el Señor: *Ego sum qui sum.* (Exod. III). ¡Si, Dios mio! Vos sois el Ser por excelencia, el Ser necesario, eterno, inmutable, el Ser supremo, principio, origen y fin de todos los seres. Todo lo que no es Vos, no es sino un ser finito que recibe su esencia de vuestro poder y de vuestra bondad. Solo Vos sois por Vos mismo lo que sois. ¡Belleza siempre antigua y siempre nueva! Todas vuestras criaturas os adoren, amen y bendigan eternamente.

Es menos necesario el demostrar con pruebas la existencia de Dios, que el hacer que gustemos de ella con los sentimientos; y estos sentimientos los hallaremos en nuestro mismo corazón: á pesar del estrago que ha hecho en nosotros el pecado, conservamos todavía restos de la excelencia de nuestro primer origen, y la imagen de Dios no ha sido del todo borrada en nuestras almas: este medio de tal modo es á propósito para hacernos conocer y creer en Dios, que él mismo nos incita á desear que exista, y nos consuela desvaneciendo nuestras dudas.

Creer en Dios, es el primer paso hácia la felicidad. Temerle y adorarle, es aproximarse mas á ella. Amarle de todo corazón, es el colmo de la felicidad en este mundo, y nos dispone para la felicidad inmutable del otro.

Se hace muy bien en predicar el temor de Dios; pero yo quisiera que se nos exhortase aun mas á la confianza y al amor. Con tantas faltas como hemos cometido, necesitamos tener mas confianza, porque somos mas débiles.

Amar á Dios, porque nos ha dado el ser y la vida, es el deber de toda criatura respecto de su Criador. Amar á Dios, porque nos ha rescatado, es el sentimiento de un esclavo hácia su libertador. Amar á Dios, porque puede hacernos felices, es el sentimiento de un corazon que todavía se interesa por sí mismo. Pero amar á Dios únicamente por ser quien es, y por sus perfecciones infinitas, es el verdadero amor á que debemos aspirar, porque es el mas perfecto en sí mismo, el mas agradable á Dios, y el mas meritorio para nosotros.

Para reconocer que hay un Dios, el espectáculo de este universo es un libro abierto, que pueden leer tanto los sábios como los ignorantes, pues se halla escrito en idioma que todos pueden entender si quieren. Pero ¡cuántos lo rehusan! Un culpable no mira de buen ojo al juez que ha de condenarle, por el contrario, querría aniquilarle si posible fuese.

Procurad que vuestro corazon se halle siempre en estado de desear que haya un Dios, y de este modo no lo pondréis jamás en duda.

## II.

El poder de un Dios Criador habia sacado al mundo del abismo de la nada; la venida de un Dios Salvador lo ha renovado y como criado de nuevo. ¿Qué era este universo? y ¿en qué abismo se hallaba sumergido el género humano antes que Jesucristo viniera á iluminarlo y santificarlo? Las naciones mas famosas vivian en el estado de ceguedad mas deplorable. Atenas, la mas civilizada y mas sábia de todas las ciudades de la Grecia, miraba como ateos á los que trataban de cosas intelectuales; siendo esta una de las causas por las que condenó á Sócrates á la muerte. Si algunos filósofos se atrevian á enseñar que las estatuas no eran dioses, eran tenidos por impíos por sentencia que mandaba publicar el Areopago. Toda la tierra vivia en el mismo error; la verdad no osaba descubrirse, los vicios eran colocados sobre los altares, y ocupaban el lugar de la virtud. Hé aquí como el hombre abandonado á su propia razon se precipita en los desórdenes mas monstruosos, mezclando lo que hay de mas abominable con lo que hay de mas sagrado.

¿Qué es lo que debe inferirse de esta horrorosa pintura? No es menester meditar mucho para deducir de ella la necesidad de una



revelacion; nunca hubo consecuencia que mas legítimamente resultara de sus principios. (*Bossuet, Hist. univ.*)

Hasta los mismos paganos conocieron la necesidad de una revelacion. Un sábio del paganismo, viendo el extravío de la razon en las costumbres y en el culto religioso, reconoció lo difícil que era que los hombres saliesen de tales desórdenes, si no bajaba del cielo un ser benéfico que hiciera resplandecer sobre ellos una luz divina capaz de iluminarles. El partido que debemos tomar en medio de nuestra incertidumbre, dice Platon, es que alguno venga á instruirnos en nuestras obligaciones para con Dios y para con los hombres. El que os enseñe estas cosas, añade, dará pruebas de que se interesa realmente por vuestra suerte. Venga, pues, este hombre sin mas titubear... Yo estoy pronto á hacer todo cuanto me ordene, y espero que mejorará mi condicion.

Es, pues, nuestra misma razon la que en medio de su ceguera y de su incertidumbre nos hace sentir la necesidad absoluta de una revelacion.

«*Necessarium est igitur expectare donec aliquis doceat quo animo er-  
ga Deos et homines esse oporteat. Quando vero illud erit, et quis illud  
docturus est? Libentissime viderem hunc hominem: ita enim me com-  
paravi, ut nihil eorum quae imperabit subterfugiam; quicumque tan-  
dem fuerit ille vir, dummodo melior sim evasurus.*» (Plato, Alcib. 2).

El mismo Platon añade, que la ignorancia del verdadero Dios es la peste que mas estragos causa en los imperios: *Veri Dei ignoratio est summa omnium rerum publicarum pestis.* (L. 1 de Legibus). Y lo mismo debe decirse de la ignorancia acerca del culto que se le ha de dar.

Segun nuestros modernos filósofos no debemos creer sino aquello que comprendemos, desechando todo lo que no está á nuestros alcances. Y en verdad, que semejante proposicion es el mayor de los absurdos. ¿Conocemos por ventura de qué modo el alma se halla unida con nuestro cuerpo? ¿Sabemos cómo conserva el equilibrio en los espacios de la inmensidad el vasto globo de este universo? ¿Nos es bien conocida la causa del flujo y reflujo del mar? ¿Sabemos cómo un átomo, un grano de arena es, ó no divisible al infinito? ¿Se conoce el origen de los vientos, la naturaleza de la luz, y tantos otros fenómenos? Y porque no los conocemos, ¿tomaremos el partido de dudar de ellos y no creerlos? Y si en las cosas que percibimos con nuestros sentidos nos

vemos obligados á confesar nuestra ignorancia, y á humillar nuestra frente, reconociéndolas superiores á nuestros medios de conocer; si en las cosas naturales y sensibles, repito, nos sucede esto, ¿qué diremos de las sobrenaturales y divinas, que son infinitamente superiores á nuestro limitado entendimiento? Y el rehusarlas nuestra creencia por el mero hecho de que no se comprenden, ¿no es avanzar, en vez de una máxima que pueda calificarse de sabia, la mas absurda de las paradojas? ¿No es, me atreveré á decirlo, llegar al colmo de la irracionalidad y del delirio, á fuerza de querer parecer racional? Y ¿no se dirá, por lo mismo, que para aspirar al dictado de espíritu fuerte es necesario renunciar al sentido comun?

¡Ah! dice san Agustin, ciegos mortales como somos, reconocamos á lo menos que Dios omnipotente puede hacer algunas cosas que no podemos comprender, y que la debilidad de nuestra vista no nos permite penetrar hasta la majestad de su trono y la sublimidad de sus obras: «*Dicamus Deum posse aliquid quod nos fateamur investigare non posse; in rebus enim naturalibus tota ratio facti est potentia facientis.*» (Aug.)

Nada mas luminoso y sorprendente que el sol: pero si un imprudente osa mirarle de hito en hito, cuando se halla en su meridiano, queda de repente deslumbrado por el mismo resplandor de sus rayos; de que se sigue, que si no ve no es por falta de luz en el sol, sino por debilidad del órgano visual de quien le mira. Lo mismo sucede con respecto á la grandeza de Dios y de sus misterios. El que querrá penetrar su profundidad, no podrá sufrir el peso de su majestad, y quedará deslumbrado por el resplandor de su luz: *Qui scrutator est majestatis opprimetur à gloria.* (Proverbiorum, xxv).

¿Qué ha resultado, en efecto, de todas las investigaciones y sistemas de los filósofos? Que han extraviado los entendimientos, confundido las ideas, y pervertido las costumbres; ellos mismos han perdido el juicio, y han llegado á ser tan malvados como todos sus secuaces. Los males que han ocasionado serán una fuente inagotable de nuevos extravíos y de nuevas desventuras para cuantos les siguieren. El profeta Oseas los pinta elocuentemente en dos palabras: Han sembrado viento, dice, y han cogido tempestades: *Ventem seminabunt, et turbinem metent.* (Osee, viii).

Es una máxima reconocida por los mismos paganos, que repu-

diar la religión es destruir los fundamentos de la sociedad humana; debiendo, en su consecuencia, todo impío ser mirado como enemigo del Estado. *Omnis humanae societatis fundamentum evellit, qui religionem convellit.* (Plato, de Leg. lib. 1).

¿A no haber sido alumbrados por la divina antorcha de la Religión, ¿qué sería aun hoy día la filosofía, sino lo que era en otros tiempos, á saber, un caos de ilusiones y errores? No, no temo afirmarlo, dice Clemente Alejandrino, los filósofos no son sino niños, si Jesucristo no los hace hombres: *Parvuli sunt philosophi nisi à Christo viri fiant.* (Strom., lib. 1).

La filosofía, dice Bayle, se parece á los polvos muy corrosivos, que despues de haber consumido las carnes gangrenosas de una llaga, roen la carne viva, se introducen en los huesos, y penetran hasta su meollo. Ella al principio rebate los errores; pero si no se la detiene, ataca la verdad, y va tan léjos, que al fin se pierde, y no halla donde pararse.

Uno de los artificios de que se valen los filósofos para seducir los ánimos, es hacer vana ostentacion de la hermosura de lenguaje, de las galas de estilo y brillantez de la locucion. Pero no es esto á que debemos atenernos, dice san Agustin: «Es propio «de un buen entendimiento amar la verdad en las palabras, y no «las palabras mismas; pues ¿de qué me sirve una llave de oro, «si no puede abrir la puerta del lugar donde quiero entrar? Y «¿qué me importa que sea de madera, si con ella logro el fin que «me propongo?» *Bonorum ingeniorum insignis est indoles in verbis verum amare, non verba: quid enim prodest clavis aurea, si aperire quod volumus non potest? Aut quid obest lignea, si potest, quando nihil quaerimus nisi patere quod clausum est?* (Aug., lib. 4, de Doctrina christiana).

Cuando la razon es dócil y ordenada, se aviene perfectamente con una fe ilustrada. La razon somete sus luces á la fe, esta presta sus auxilios á la razon, y resulta de esta correspondencia que se rinde á Dios un homenaje sincero y digno de Dios. Es en este sentido que dice san Pablo: *Rationabile obsequium vestrum.* Pero cuando la razon, saliendo de sus límites, quiere sacudir el yugo de la fe y guiarse por sus luces, la sucede á menudo, que en vez de ir bien dirigida, se extravía; y entonces hasta los mas grandes ingenios han de caer en los mayores errores. ¡Cuántos y cuántos ejemplos han probado esta verdad y la probarán en lo sucesivo

San Juan Crisóstomo no teme afirmar, que la corrupcion de costumbres y el amor de la gloria son la verdadera causa de la incredulidad: *Illud maxime causa incredulitatis est, vita nempe corrupta, et gloriae amor*. Un espíritu humilde y dócil, y un corazón puro y arreglado se habria apartado de los escollos, y preservándose del naufragio.

Los que abrazaron el malhadado sistema de no creer nada, reflexionen atentamente que es el colmo de la desgracia el abrazar un partido sin asegurarse de si es bueno, y que por mas que se crea tener discrecion y talento, puede uno quedar engañado. En aquel triste momento que decidirá para siempre de todo, al rasgarse aquel denso velo que nos permitirá ver de lleno la verdad, ¿cuál será la suerte de los que reconocerán haberse extraviado, y que su extravío es ya entonces irreparable? Si alguna cosa merece ser meditada, es esta seguramente, y meditada con detencion.

Además, parece que ha de ser muy grata á Dios la adhesion que se conserve á su causa, principalmente cuando la Religion y la piedad se hallan abandonadas y perseguidas. Así como un príncipe echado de sus Estados por sus mismos súbditos rebeldes, conserva un grande afecto á los que le quedan fieles, así debemos pensar que Dios mirará con particular bondad á los que conservan y defienden la fe cuando se halla combatida. ¡Oh! ¡cuán poderoso motivo para unirnos mas íntimamente con el Señor! Esta íntima union atraerá sobre nosotros aquellas gracias de que tantos otros se hacen indignos.

### III.

Se puede creer con toda probabilidad, que cuando los herejes comenzaron á propagar sus errores, no creian llevarlos tan adelante como en efecto los han llevado. Una falsa máxima conduce á otra mas falsa aun. Cuando se ha sentado una proposicion, es necesario sostenerla; sosteniéndola crece el empeño; y cuando se ha llegado á cierto punto, seria mengua el retroceder, y por otra parte cuesta al amor propio el tener que retractarse: se disputa entonces, se usan subterfugios y ficciones; llega finalmente el momento en que es preciso quitarse la máscara, declararse abiertamente, y establecer un cisma perpétuo: es ya tarde para volver atrás.

De manera, que tocante á herejias, se puede afirmar con seguridad, que la vanidad las engendra y hace nacer; la obstinacion las nutre y las fomenta; el respeto humano las retiene y encadena; y la obstinacion las consume y propaga: *Superbia omnium haereticorum mater*, dice san Agustin. Si se pudiese deshacer lo hecho, dudo que se quisiera emprenderlas de nuevo y continuarlas. ¡Cuántos males se habrian ahorrado á la Iglesia, y cuántos remordimientos á la conciencia, si nunca se hubiese abandonado el recto camino! Sobre todo, ¡cuánto no preferiríamos en la hora de la muerte este consuelo á la terrible cuenta que tendríamos que dar á Dios por haber extraviado tantas almas, que habrán sido víctimas del error y de la obstinacion!

Nada mas sábio y saludable en materia de fe y de dogma que el consejo que nos da san Agustin. « Si se suscitan disputas, dice, « en materia de fe, apartémonos de todo espíritu de partido; búsquese pacíficamente la verdad, no por el prurito de vencer, sino por el sincero deseo de encontrarla; dispuestos á abandonar « nuestro modo de pensar, siempre que se nos indique otro mejor. No somos vencidos, sino instruidos, cuando se nos propone « un partido mejor, cualquiera que sea la persona que nos haga « este beneficio. Es mas útil un enemigo que nos hace ver nuestro error, que un amigo tímido que nos oculta la verdad. Finalmente, acordémonos siempre que no se entra en el santuario de « la verdad sino por medio de la caridad: » *Quaeso deponite studia partium, et verum, non vincendi, sed inveniendi gratia quaerite.* (Augustinus, de moribus Manich.)

*Non enim vincimur quando offeruntur nobis meliora, sed instruimur: caeterum non intratur in veritatem nisi per à charitatem.*

Es propio de los hombres el engañarse; pero es una malicia diabólica el perseverar voluntariamente en el error: *Humanum est peccare, diabolicum perseverare.* (Aug., Serm. 169). Todos deberíamos tener grabada esta máxima en el fondo del corazon. Conservad la unidad en las cosas necesarias y esenciales; la libertad en las dudosas, y observad la caridad en todas: *In necessariis unitas; in dubiis libertas; in omnibus charitas.* ¡Cuántas disputas se habrian terminado con esta regla bien observada!

La unidad de culto en un Estado es un centro donde vienen á reunirse todos sus miembros; pero la variedad es un germen de discordia que tarde ó temprano se hace sentir. Verdad cons-

tante que han conocido hasta los mismos paganos. «En un go-  
«bierno ilustrado, dice Platon, de ningun modo se debe permitir  
«que se dispute contra Dios y su providencia. El que se rebela  
«contra los dioses del cielo, no está muy distante de reconocer á  
«los de la tierra:» *In republica bene morata, nequaquam tollerandæ  
sunt disputationes contra Deum et ejus providentiam.* (Plato, lib. 1,  
de Leg.).

No hay otra que la Iglesia católica que conserve el verdadero  
culto, dice Lactancio; ella es la fuente de la verdad, la morada  
de la fe, el verdadero templo de Dios: *Sola Ecclesia catholica ve-  
rum cultum retinet; hic est fons veritatis, domicilium fidei, templum Dei.*

Es, pues, la sola con la que debemos unirnos. (*Lact. lib. 4,  
divin. instit.*). Con razon se considera que deriva de la tradicion  
apostólica todo lo que la Iglesia observa y ha observado siem-  
pre, y no ha sido instituido por los Concilios. Esta es la gran  
máxima establecida por san Agustin, para formar y asegurar la  
cadena de la tradicion desde los Apóstoles hasta nosotros: *Quod  
universa tenet Ecclesia nec à Conciliis institutum sed semper retentum  
est, auctoritate apostolica traditum rectissime creditur.* (Aug. Cant.  
Dom. 1. 5, c. 24).

Mantengámonos constantemente unidos con la Iglesia, ya que  
en ella estamos seguros; así como vivimos tranquilos en un bajel  
agitado por las olas, cuando llegamos á puerto. (*Pascal.*)

Es necesario tener siempre dispuesto el espíritu á recibir la ver-  
dad, y abierto el corazon á la gracia: la verdad iluminará nues-  
tros pasos; la gracia santificará nuestras acciones, y una y otra  
asegurarán nuestra felicidad en la gloria.

#### IV.

El cielo, el infierno, ó la nada, todo debe necesariamente redu-  
cirse á estos tres términos. El cielo no es ciertamente para los que  
dudan de que su alma sea inmortal. Para estos no hay mas que  
el infierno, ó la nada. Procuren, pues, apartar de esto su consi-  
deracion, pues que la eternidad avanza insensiblemente, y la  
muerte les pondrá dentro poco en la horrible necesidad de ser  
eternamente anonadados, ó infelices. ¡Qué terrible perspectiva,  
un eterno aniquilamiento, ó una eterna desesperacion!

Figurémonos un número de hombres puestos entre cadenas y

sentenciados á muerte : todos los dias algunos de estos son ejecutados á la vista de los otros, viendo los que quedan la suerte que les espera en los mismos que han sido ajusticiados. Se miran, por consiguiente, unos á otros con dolor, y aguardan de este modo por instantes el postrer momento de su existencia. Tal es la condicion de los hombres en este mundo. Y ¡cuán desolador no seria este espectáculo si la fe no nos sostuviese, y no nos hiciese esperar una suerte mas feliz despues de esta vida!

Es bien extraño ver cómo se dejan llevar los hombres del sentimiento por las cosas de este mundo y del siglo, y la especie de insensibilidad que afectan, respecto de las del cielo y de la eternidad. Un hombre metido en una oscura prision sabe que se halla sentenciado á muerte, y que no le queda mas que una hora, que puede ser suficiente para hacer revocar la sentencia fatal, si sabe aprovechar los instantes. ¡Cuál seria la locura del que solo la emplease en jugar y en divertirse! Hé aquí el estado de tantos pecadores en este mundo, con la terrible diferencia de que los males con que estos se hallan amenazados no pueden compararse con la simple pérdida de la vida ; y no obstante, corren como ciegos al precipicio, y se burlan de quien les avisa y tiembla por ellos.

¿De qué sirve tener apego á las cosas de este mundo, debiendo la muerte despojarnos de todo? ¿Qué diríamos de un mercader que se apresurase á cargar un barco de mercancías, sabiendo que ha de naufragar en el puerto, y que todas sus mercancías serán sepultadas en lo profundo del mar? ¿Qué pensaríamos de un viajero, que debiendo pasar de un reino á otro, proveyese de monedas que no son corrientes en el país á donde va? Hé aquí la imágen de tantos ricos y poderosos del mundo. En la hora de la muerte ¿de qué les servirán las riquezas y honores? No pasan en la otra vida, y á menudo no sirven sino para hacer esta desgraciada y culpable.

No andemos, pues, tras sombras fugitivas que nos engañan; ya que tanto deseamos adquirir bienes, procurémonos bienes sólidos y permanentes que puedan seguirnos despues de la muerte.

La fe nos los anuncia, la esperanza nos los presenta, y la caridad nos asegura su posesion.

AVISOS SALUDABLES SOBRE LA FE.

Estos son necesarios á todos, en todos los estados y en todos los tiempos, principalmente en los que atravesamos.

1.º Comprended todo el precio y estima de la fe; es este un punto esencial sobre el que jamás se reflexionará lo bastante. San Pablo hace de esto una admirable enumeracion muy á propósito para darnos de la fe la sublime idea que debemos concebir de ella.

Es por la fe que Abel mezcló su propia sangre con la de las victimas; es por la fe que Noé navegó por las aguas del diluvio; es por la fe que Abraham consintió en sacrificar á su hijo único, digno objeto de su cariño; es por la fe que Moisés prefirió el destierro á la corte del rey Faraon. Tambien por la fe Judit triunfó de Holofernes, David de Goliat, Sanson de los filisteos; por la fe los Apóstoles iluminaron las naciones, dominaron los imperios, y cambiaron la faz del universo; por la fe los Mártires salieron vencedores en los tormentos y en medio de las hogueras, haciéndose superiores á los tiranos, á los suplicios y á la misma muerte. Finalmente, es por la fe que en todos tiempos Dios ha sostenido, confortado y consolado á los Santos. Comprendamos, pues, cuál es la excelencia, cuál el valor y estima de la fe, y cuántos prodigios obraría en nosotros, si ardiese en nuestros corazones. No obraría milagros, pero produciría virtudes preferibles á todos los prodigios: *Sancti per fidem vicerunt regna, operati sunt justitiam, adepti sunt repromissiones.* (Hebr. xi).

2.º Dad continuamente gracias á Dios por el favor que os ha dispensado colocándoos en el seno de la fe, y manifestadle vuestro reconocimiento por este beneficio de que tantos se hallan privados. ¿Cuántas obligaciones no tenemos en efecto para con la fe? Ella conforta nuestro espíritu con su autoridad, regula nuestro corazon con su pureza, y vivifica nuestras acciones con su santidad. La fe nos facilita la entrada al reino de Dios; la esperanza nos procura los auxilios, la caridad nos asegura su posesion; pero siempre será cierto, que despues de la gracia, es la fe el principal don que recibimos de Dios, y como la prenda que nos asegura todos los otros. ¿Cuán agradecidos no debemos, pues, estar á tal favor? Por grande y vivo que sea nuestro reconocimiento, ¿podrá jamás compararse con lo grande y precioso de un benefi-



cio, que viene á ser para nosotros el principio de nuestra salud, y sin el cual es imposible salvarse? *Sine fide impossibile est placere Deo.* (Hebr. xi).

3.º Conservad con el mayor cuidado el sagrado depósito de la fe. Ella es vuestro verdadero patrimonio, no os lo dejeis arrebatar. Sed solícitos en evitar cuanto pueda alterar en vosotros estos preciosos sentimientos; no os avergonceis de llamaros Cristianos, teniendo valor para ser y parecer lo que sois; no os dejeis arrastrar por la violencia de las pasiones, por la perversidad de las máximas, ni por la seducción y contagio del ejemplo; ya que todo se arma contra la fe, armaos también contra todos sus enemigos, que son también los vuestros. Mientras conservaréis íntegra la fe, tendréis un refugio seguro; pero si llegais á perderla, perderéis con ella todo lo demás, y quedaréis entonces abandonados, no solo á las densas nubes de vuestras dudas é incertidumbre, sino también á las tinieblas del error y del extravío, que son la triste imagen y funesto preludio de las tinieblas eternas.

Rogad, pues, incesantemente al Señor que os conserve este precioso depósito hasta el gran día de las revelaciones, en que la oscuridad de la fe hará lugar al esplendor de la gloria: *Potens est depositum meum servare in illam diem, justus judex.* (II Tim. 1).

4.º Alimentad vuestra fe con las obras: la fe es en cierto modo como el fuego; y así como este se extingue si no se le suministra combustible, así también se extinguiría la fe si no se conservase con las obras; sin estas no sería sino una fe muerta, incapaz de darnos vida: *Fides sine operibus mortua est.* (Jacob. 11). Haced á menudo actos de fe, pero hacedlos con verdadero espíritu de fe, es decir, con fe viva, firme y eficaz: las más veces no se hacen sino por costumbre, sin reflexión y sin movimiento interior, y á estos no los produce la fe ni los anima. Haced, pues, continuos actos, pero siempre con atención, con afección y respeto, y decid más bien de corazón que de boca: *Credo, Domine: adjuva incredulitatem meam.* (Marc. 1x).

5.º Hacedos un deber de respetar todas las prácticas de piedad sancionadas por la fe, hasta aquellas que parecen menos importantes, y se miran como vulgares y triviales. Llevad encima la imagen de Jesucristo crucificado; tened agua bendita en vuestro aposento, armad vuestra frente con la señal de la cruz, llevad alguna reliquia, ó bien tenedla en vuestro oratorio, celebrad vues-

tro cumpleaños, honrad al Santo de vuestro nombre; en una palabra, adheríos prácticamente á cuanto os autoriza el ejemplo de los Santos, y nada omitais en este punto en que todo es precioso. No es la grandeza de las cosas, sino la del fin, la que constituye el mérito delante de Dios; este Dios de bondad promete la mas generosa recompensa al que le habrá sido fiel hasta en las cosas mas pequeñas: *Quia super pauca fuisti fidelis super multa te constituam.* (Matth. xxv).

6.º Hay todavía un punto esencial, sobre el cual conviene estar prevenido, hablo de las dudas en materia de fe. Siempre que os halleis inquietado por tales dudas, no os pareis en examinarlas, ni porfiéis en combatirlas, ni disputeis con ellas ni con vos mismo; no son sino nubes, dejadlas pasar; hallándoos colocado sobre una roca firme, nada teneis que temer, ni de la tempestad que amenaza, ni del choque de las olas; ellas se calmarán por fin, y la paz renacerá en vuestro corazon. ¿Por qué inquietaros? No habiendo voluntad, no hay sombra de pecado. Dios ve vuestro corazon, y movido de vuestras penas os socorrerá. Recurrid, pues, á él, vuestra confianza será vuestra fuerza: *Resistite fortes in fide.* (I Petr. v).

Con respecto á ciertas tentaciones y á ciertos enemigos, el despreciarlos es el medio mas seguro de vencerlos.

Pensad por último en el consuelo que tendréis en la hora de la muerte, de exhalar vuestros últimos suspiros en el seno de la fe y con los dulces sentimientos que ella os inspirará; bien diferente en esta parte del de aquellos que terminan sus dias sin saber lo que hacen, ni á dónde van, ni lo que será de ellos, y mueren en medio de la confusion, de la agitacion y espanto, y aun quizás en una letárgica indiferencia por su eterna salud, ó mas bien en una funesta y espantosa desesperacion: ¡Qué situacion! ¡Qué muerte!

¡Ó fe santa! ¡Ó fe divina! Acudid á nuestro auxilio en aquellos terribles momentos; vos seréis nuestra fuerza, nuestro refugio y consuelo; recibireis nuestros últimos sentimientos, y pondréis nuestra alma en las manos de su Criador. ¡Dichosos los que mueren con estas santas disposiciones! *Beati mortui qui in Domino moriuntur.* (Apoc. xvii).

Unámonos, pues, inviolablemente con la fe, vivamos conforme á su espíritu. Ella nos hará vivir la vida de los justos, y nos alcanzará la corona de la gloria: *Justus ex fide vivit.* (Rom. i).

Cuenta el Padre san Agustín (*Confess. lib. viii, cap. 6*), que permaneciendo el emperador Teodosio en la ciudad de Tréveris para presenciar los famosos juegos del Circo, dos de sus cortesanos rehusaron asistir á aquel espectáculo; pero no sabiendo entre tanto cómo pasar el tiempo, resolvieron salir juntos de la ciudad para disfrutar de la vista inocente de la campiña. Echaron por diversas sendas, platicando sobre diferentes asuntos, hasta encontrarse en un solitario bosque, donde moraban en una rústica choza algunos ermitaños penitentes. Entraron por casualidad en aquel albergue, y mientras admiraban, como sucede, lo chico de la habitacion, así como la penuria de muebles, repararon sobre una pequeña mesa un libro ya bastante estropeado. Uno de ellos lo toma, abre, y ve que contiene los hechos del grande Antonio. Empieza á leer por curiosidad, luego por gusto, y poco á poco se siente inflamado á imitarlos, cuando de repente abrasándose su corazon en un santo amor, y lleno de rubor su semblante, prorumpe en suspiros, y dice al compañero: ¡Ay de nosotros que andamos por tan diferente senda! *Dic quaeso te, omnibus istis laboribus nostris, quo ambimus pervenire? Quid quaerimus?* Ó Señor, decidme por vida vuestra, ¿qué es lo que pretendemos con tantos afanes, servicios y humillaciones? ¿Podemos aspirar á mas que conseguir la amistad del Príncipe? *Major ne esse poterit spes nostra quam ut amici Imperatoris simus?* Pero ¿quién nos asegura que lleguemos á merecerla? La vida es corta, falaz la juventud, las fuerzas van faltando, son muchos los pretendientes, y pocos los agraciados. Pero aun cuando llegásemos á conseguirla: *Quid ibi non fragile, plenumque periculis?* ¿Qué habrémos hecho al fin si no es cambiar trabajos con trabajos, servicio con servicio y peligro con peligro? ¿De cuántas envidias no serémos víctimas, de cuántos odios, persecuciones y calumnias? ¿Con qué recelo no deberémos vivir, y qué precauciones no deberémos tomar? Al contrario, para ser amigo de Dios, basta el quererlo: nadie podrá jamás disputárnoslo, y ninguno impedirnoslo: *Amicus autem Dei, si voluerit, ecce nunc fit.* En eso volvió á fijar la vista en el libro, y absorto en cierto modo del cambio de afectos que agitaba su alma, tan pronto pálido como encendido su rostro, ora pensativo, ora lloroso, leía á un mismo tiempo y suspiraba. Por último, cierra de repente el libro, y dando con la mano un golpe sobre la mesa, dice resueltamente al compañero: Por lo que á mí ha-

ce, estoy del todo decidido á no partir ya mas de aquí. Desde este momento y en este mismo sitio quiero consagrarme todo á Dios; si vos no quereis imitarme, guardaos á lo menos de estorbármelo. *Ego jam Deo servire statui, et hoc ex hora hac, in hoc loco aggredior: te si piget imitari, noli adversari.* ¿Cómo? replicó el otro movido de su ejemplo: no permita Dios que escoja para mí la tierra dejándoo á vos el cielo. Ó volverémos los dos á la corte, ó juntos nos quedaremos aquí. Y así resueltos á no volver con el Emperador, le mandaron una esquila avisándole su comun resolucion; y habiéndose despojado inmediatamente del oro y púrpura, se vistieron de un saco, se ciñeron una cuerda, y se encerraron en una celda; y allí en la mayor pobreza, siempre pálidos, siempre descalzos, pasaron el resto de sus dias, que nunca tuvieron de mas dichosos en el mundo como cuando lo despreciaron.

¿Cosa admirable! Dios ha prefijado á los hombres, como fin principal de su vida, el alabarle, honrarle y servirle, y de este modo salvarse; y no obstante la mayor parte se obstina inconsideradamente en hacer todo lo contrario. Regalar exquisitamente un cuerpo destinado á consumirse, acumular perecederas riquezas, captarse admiracion y aplauso, prolongar por todos los medios el corto intervalo de esta vida caduca, hé aquí el miserable afan hoy dia casi universal del mundo. Pero ¿de qué nos servirá todo esto si ha de menoscabar nuestra eterna salud? *Quid prodest homini si universum mundum lucretur, animae vero suae detrimentum patiatur?* Y es el mismo Jesucristo Nuestro Señor quien nos exhorta á tan seria consideracion. Nuestro último fin ha de ser la regla invariable de nuestros actos y deseos. Porque

¿De qué sirve vivir sano y condenarse? ¿No es mejor vivir enfermo y así salvarse?

¿De qué sirve hacerse rico y condenarse? ¿No es mejor estarse pobre y así salvarse?

¿De qué sirve figurar y condenarse? ¿No vale mas ser humilde y así salvarse?

¿De qué sirve vivir mucho y condenarse? ¿No vale mas morir presto y así salvarse?

FIN.

## ÍNDICE.

	<i>Pág.</i>
Breve reseña biográfica de Raimundo Sabunde. — Carácter y objeto de la presente obra.	7
<b>LIBRO PRIMERO.</b>	
<i>De las criaturas y del Criador.</i>	
<b>CAPÍTULO</b> I. — Aspecto del mundo físico.	9
§ I. — La tierra y los minerales.	12
§ II. — Los vegetales.	12
§ III. — Los animales.	14
§ IV. — Anillos intermedios, que enlazan los cuatro grados de la escala natural.	20
§ V. — Conexion y armonía de todos los seres entre sí.	21
§ VI. — Parangon del hombre con los tres grados á él inferiores en la escala natural.	22
§ VII. — Contemplacion del cielo.	23
<b>CAPÍTULO</b> II. — Del Criador de todas las cosas.	26
§ I. — Del Ser increado.	26
§ II. — Ordenador supremo.	27
§ III. — Motor universal.	28
§ IV. — Inteligente previsor.	30
§ V. — Infinito en todas sus perfecciones, único en su esencia.	31
§ VI. — Incomprensible en la totalidad de su esencia.	33
§ VII. — Único y sin igual.	34
<b>CAPÍTULO</b> III. — Siguese hablando de los atributos del Criador de todas las cosas, ó sea de Dios.	37
§ I. — Regla general.	37
§ II. — Se suelta una objeccion.	38
§ III. — Prosiguese la regla general.	39
§ IV. — Relaciones entre la esencia increada de Dios y la esencia creada de las criaturas.	39
§ V. — Lugar de las criaturas.	41

§	VI.— Dios es naturalmente invisible.	41
§	VII.— Dios es inmóvil en su esencia.	42
CAPÍTULO	IV.— La producción, ó sea la creación del universo de la nada en el tiempo, nos suministra alguna prueba de la existencia de otra producción oculta y eterna de la misma naturaleza de Dios.	44
§	I.— Ideas preliminares.	44
§	II.— Se comienza el raciocinio.	45
§	III.— Prosigue el raciocinio.	48
§	IV.— La pluralidad de personas en la suma unidad de Dios.	49
§	V.— Se continúa.	51
§	VI.— Conclusion.	53
§	VII.— Epilogo.	54
CAPÍTULO	V.— Del hombre.	57
§	I.— Privilegios del hombre.	57
§	II.— El hombre es dominador en la tierra.	58
§	III.— El hombre es el único ser en la tierra que conoce al Criador.	59
§	IV.— El hombre está compuesto de dos sustancias.	59
§	V.— Continúa.	63
§	VI.— El hombre criado para Dios.	63
§	VII.— El hombre amado por Dios.	68
CAPÍTULO	VI.— De los deberes del hombre.	70
§	I.— El hombre obligado estrechamente á Dios.	70
§	II.— El hombre debe amar á Dios, y á todas las cosas en Dios.	72
§	III.— Siéntanse sólidos principios acerca el amor del hombre hácia sí mismo y hácia sus semejantes.	75
§	IV.— Dos propiedades del amor.	78
§	V.— El hombre que ama á Dios en orden á los precedentes principios, posee el don de la felicidad.	81
§	VI.— El hombre malvado labra su propia desdicha.	84
§	VII.— Otro deber del hombre.	86
§	VIII.— El hombre debe á Dios honor y gloria.	88
CAPÍTULO	VII.— De la existencia de otras criaturas invisibles para el hombre.	91
§	I.— Existencia de otras criaturas semejantes al hombre.	91
§	II.— Existencia de los espíritus.	94
§	III.— Himno eucarístico en loor y gloria del Criador universal.	95
CAPÍTULO	VIII.— La naturaleza del hombre en contraposición con sus deberes.	98
§	I.— Ideas preliminares y verdad de sentimiento.	98
§	II.— Investigaciones y observaciones acerca las disposiciones naturales del hombre hácia sus fines.	100
§	III.— El hombre no tiene una aptitud natural suficiente para conocer á Dios cuanto es menester.	102

§	IV. — El hombre no es tal como debería ser.	103
§	V. — El hombre no es tal como fue criado por Dios.	103
§	VI. — Dos intimas tendencias naturales opuestas, que existen en el hombre, confirman que no es tal como lo crió Dios.	104
§	VII. — Dedúcese que la naturaleza del hombre está degenerada y corrompida.	107
§	VIII. — Primera objecion contra esta verdad.	109
§	IX. — Otra objecion.	110
§	X. — Otra prueba mas de sentimiento. — El hombre no es lo que debe ser, no es tal como lo crió Dios.	111
§	XI. — Otra prueba. — La vanidad y la irreflexion son naturales al hombre.	113
§	XII. — Prosíguese.	113
§	XIII. — Conclusion.	117
§	XIV. — El hombre está fuera de su estado verdadero y natural.	118
§	XV. — Prosíguese.	120
§	XVI. — Siéntase por conclusion que el hombre se halla fuera de su estado verdadero natural.	121
§	XVII. — El hombre, aunque quisiera, no podría recobrar su estado verdadero y natural.	122
§	XVIII. — ¿De dónde le ha venido á la humanidad tan grande mal?	123
§	XIX. — La naturaleza calla, y el hombre se encuentra en la oscuridad y la confusion.	128
<b>LIBRO SEGUNDO.</b>		
<i>Del mundo moral.</i>		
CAPÍTULO	I. — Introduccion.	131
§	I. — Rápida ojeada á un cuadro que ofrece á la vista todas las naciones y todos los pueblos.	132
§	II. — Una nacion totalmente singular y distinta de las demás nos habla de un modo muy racional y satisfactorio.	136
§	III. — Medio de evitar errores.	138
§	IV. — Esta nacion nos presenta un libro.	139
§	V. — Reflexiones acerca los primeros rasgos de este libro.	140
§	VI. — Prosiguen el estudio de este libro.	140
§	VII. — Prosiguen las reflexiones.	142
§	VIII. — El lenguaje de este libro puede ser realmente de Dios. — Se sueltan algunas objeciones.	143
§	IX. — El lenguaje de este libro es realmente de Dios.	145
§	X. — Esta nacion no nos engaña, y nosotros entramos en sus sentimientos.	147

	§	XI.—Esta nacion nos instruye acerca la mision del que ha de venir, y nos da alguna señal para que lo reconozcamos.	151
	§	XII.—Reflexiones sobre estas noticias.— Conclusion.	154
CAPÍTULO		II.—Continuacion del cuadro.	155
	§	I.—La llegada del Mesías.	155
	§	II.—Primeras reflexiones acerca este cuadro.	164
	§	III.—Turbacion y oscuridad en que se encuentra el hombre respecto á la persona de Jesús.—	167
	§	IV.—Los seguidores de Jesús aclaran estas dificultades con sus explicaciones.	168
	§	V.—Siguen las reflexiones.—Gloriosa resurreccion de Jesús.	170
	§	VI.—El nombre de Jesús es anunciado á toda la tierra.—Es imposible que la sola voz de los Apóstoles haya convertido al mundo.	171
	§	VII.—Las cualidades de los Apóstoles, por sorprendentes que se quieran suponer, no son suficientes para producir por sí solas la conversion del mundo.	173
	§	VIII.—La accion invisible de Dios en el corazon humano ha formado el Cristianismo.	175
	§	IX.—Armonía y concordancia de todo lo dicho.	176
CAPÍTULO		III.—Nuevo aspecto del cuadro.	182
	§	I.—Establecimiento del Cristianismo.	182
	§	II.—Reflexiones acerca los obstáculos opuestos al establecimiento del Cristianismo.—La corrupcion de la naturaleza humana se opone al establecimiento del Cristianismo.	189
	§	III.—La naturaleza humana fue dominada por algo superior á ella.	191
	§	IV.—Algunas reflexiones mas acerca el mismo asunto.	193
CAPÍTULO		IV.—Sigue la descripcion del cuadro.	195
	§	I.—Efectos del Cristianismo.	195
	§	II.—Primera reflexion acerca el aspecto de nuestro cuadro.—El estado monástico.	199
	§	III.—Segunda reflexion.—Progreso del mahometismo.	202
	§	IV.—Tercera reflexion.—Ceguedad y obstinacion del pueblo hebreo.	203
	§	V.—Prerogativas de la Iglesia católica.	204
CAPÍTULO		V.—Últimas pinceladas del cuadro.	206
	§	I.—Los protestantes reformados y los filósofos incrédulos.	206
	§	II.—La llamada Reforma queda juzgada por los hechos.	209
	§	III.—Exacta descripcion de las nuevas conquistas hechas por la Iglesia católica.	211
	§	IV.—Breves reflexiones acerca los ataques de los modernos filósofos contra el Cristianismo.	214



LIBRO TERCERO.

*De la composicion intrinseca del Cristianismo.*

CAPÍTULO	I.— De la autoridad de la Iglesia católica.	227
§	I.— De la enseñanza que da á los hombres la Iglesia católica.	227
§	II.— Razones en que se funda esa instruccion.	227
§	III.— El hombre , recibiendo las lecciones de la Iglesia de Jesucristo y sometiéndose á ella , descubre en ella cualidades mas preciosas.	229
§	IV.— Conexion visible que tiene entre sí la luz progresiva de la razon humana , de la nacion citada y de la Iglesia de Jesucristo.	235
CAPÍTULO	II.— Estructura interior del Cristianismo.	238
§	I.— Introduccion.	238
§	II.— Esencia natural del Autor del Cristianismo.	238
§	III.— Admirable nacimiento de Jesucristo.	239
§	IV.— Distincion mas clara de la voluntad humana de Jesucristo.	240
§	V.— Aclaracion acerca la verdadera época de la fundacion de la Iglesia de Jesucristo.	240
§	VI.— Carácter del sacerdocio de la Iglesia de Jesucristo.	241
CAPÍTULO	III.— De los medios , ó sea tesoros sagrados , que dejó Jesucristo en su Iglesia para el restablecimiento del hombre.	243
§	I.— Ideas preliminares.	243
§	II.— Del Bautismo.	243
§	III.— De la Confirmacion.	245
§	IV.— De la Eucaristía.	245
§	V.— De la Eucaristía como á sacrificio.	246
§	VI.— De la Eucaristía como á Sacramento.	247
§	VII.— De la Penitencia.	248
§	VIII.— De la santa Uncion.	253
CAPÍTULO	IV.— De las instrucciones de Jesucristo dirigidas á la debida cooperacion del hombre á estos medios que Jesucristo ha establecido para la reparacion del hombre mismo.	257
§	I.— Introduccion.	257
§	II.— De los mismos medios é instrucciones en particular.	258
§	III.— Se suelta una objecion.	260
CAPÍTULO	V.— De los medios establecidos por Jesucristo para la felicidad del estado social.	267
§	I.— Disposicion de estos medios.	267
§	II.— Admirable enlace de estos medios.	267
§	III.— Del modo como ha sabido Jesucristo conseguir la obediencia.	272

§	IV. — Jesucristo al traer la felicidad á la tierra, cuanto es posible, ha preparado á los hombres, al mismo tiempo y con los mismos medios, para la felicidad celeste y eterna.	276
CAPÍTULO	VI. — Pintura del verdadero cristiano.	278
§	I. — El cristiano considerado en sí mismo.	278
§	II. — El cristiano en la vida doméstica.	279
§	III. — El cristiano considerado en la sociedad.	280
§	IV. — El cristiano en los empleos públicos.	280
§	V. — El cristiano considerado en el desempeño del sacerdocio.	281
CAPÍTULO	VII. — Breve ojeada á la obra de la naturaleza y á la de la restauracion del hombre.	283
§	I. — Estas obras proceden de una misma mano, de un mismo autor.	283
§	II. — Epílogo general de toda la obra.	286
§	III. — Solo el autor de todas las causas pudo haber constituido la Iglesia de Jesucristo.	290
§	IV. — Conclusion de la obra.	291

#### APÉNDICE.

§	I. — Modo fácil de distinguir la verdadera Religion.	293
§	II. — Modo fácil de conocer cuál es la verdadera Iglesia.	294
§	III. — De si el presente libro es susceptible de refutacion.	299

#### ARMAS Á LOS DÉBILES

#### PARA VENCER Á LOS FUERTES.

El Traductor.	303
Prefacio del Autor.	305

#### PARTE PRIMERA.

Pruébase la Divinidad de la Religion católica. — Carácterés divinos que resplandecen en la Religion.	307
Conclusion.	325
Existencia de Dios y de una providencia suprema demostrada con la vista y espectáculo de este universo.	333

#### PARTE SEGUNDA.

Prefacio.	341
La Divinidad de Jesucristo.	343
La resurreccion de Jesucristo es otra de las pruebas de su divinidad.	360
Respuesta á las objeciones.	366
Conclusion.	372

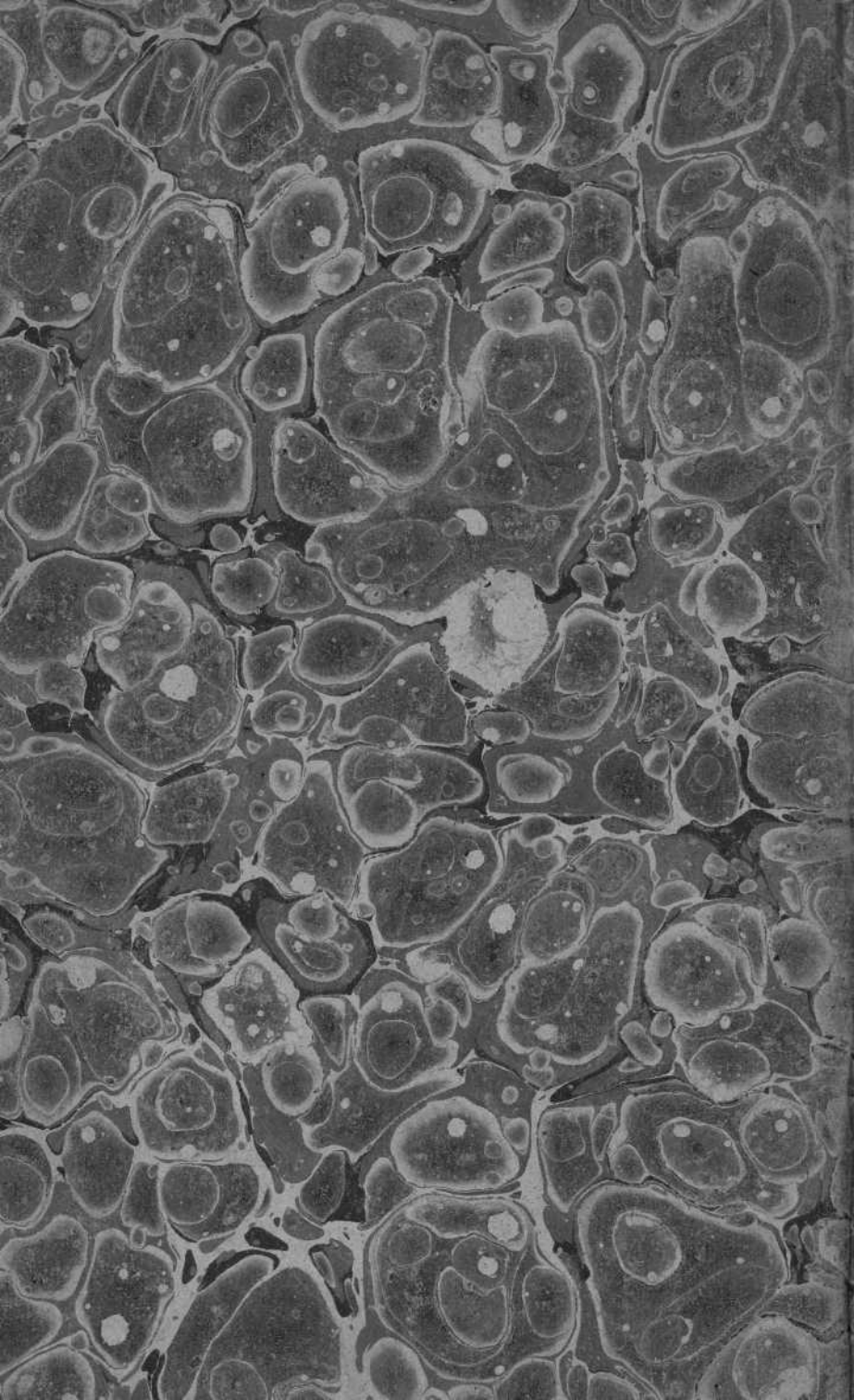
PARTE TERCERA.

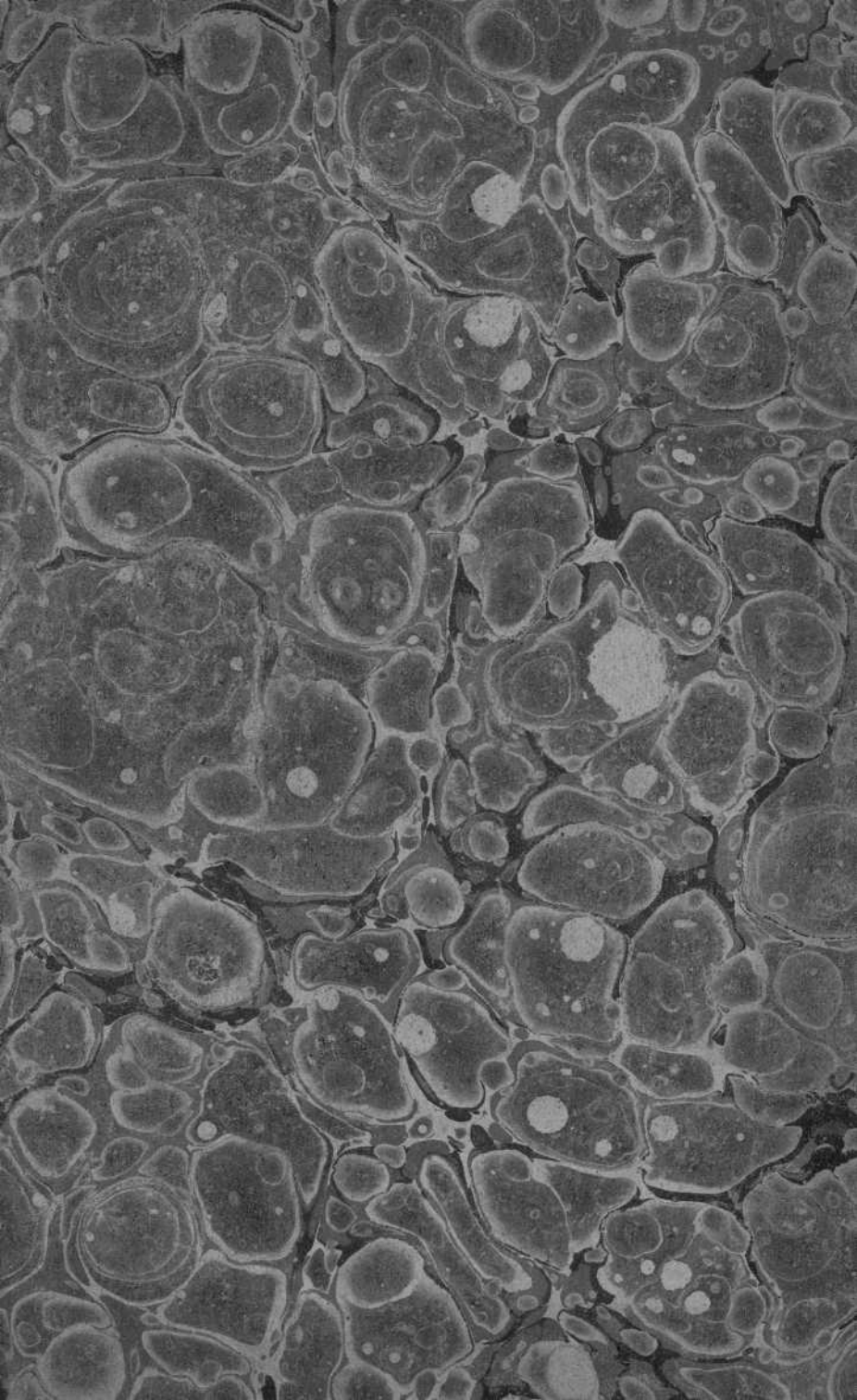
Prefacio.	377
Pruebas sólidas y breves contra todos los enemigos de la fe. — Contra los ateos.	379
Contra los deistas, los filósofos del siglo y todos los incrédulos.	383
Contra todos los herejes y sectarios.	390
Contra el tolerantismo en materia de religion.	396
Contra la indiferencia.	399
Diferentes reflexiones sobre la fe.	402
Avisos saludables sobre la fe.	412

FIN DEL ÍNDICE.













SABUND

FRANCOISA

TH. 1660

PARIS

HEBIBRE

PARA VAGUER

1667

1667

D-1

1667